

P. Flaviano Amatulli Valente, fmap

Inculturar la Iglesia

—Un reto para el Siglo XXI—

**Apóstoles de la Palabra
— México 2008 —**

Diseño y edición de interiores

P.D. Jorge Luis Zarazúa Campa, fmap

Renato Leduc 231

Col. Toriello Guerra Tlalpan

14050 México, D.F:

Tel. (01 55) 5665 5379 * Fax: (01 55 5665 4793)

jorgeluiszarazua@prodigy.net.mx

Diseño de Portada:

Efraín Del Ángel Bragado

Ediciones Apóstoles de la Palabra

EN MÉXICO

Melchor Ocampo 20

Col. Jacarandas, Iztapalapa

09280 México, DF

Telfax: 01/55/5642.9584

Telfax: 01/55/5693.5013

Nuestra dirección en Internet:

<http://www.padreamatulli.net>

E-Mail: apostle@prodigy.net.mx

Ventas e informes:

edicionesapostoles@hotmail.com

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

PRESENTACIÓN

El poder de los sueños

Según los expertos, los sueños representan para el cerebro un mecanismo de protección contra el desgaste, que le permite una constante regeneración celular. Como consecuencia de este proceso regenerativo, se desarrolla en el individuo la capacidad de vivir en un estado de perenne juventud.

Por lo tanto, para que un individuo viva en plenitud y sea realmente feliz, es extremadamente importante que aprenda a soñar y sueñe lo más que pueda. En realidad, soñar es como respirar. Como no se puede vivir sin respirar, lo mismo no se puede vivir sin soñar. Por lo tanto, soñar o no soñar, es cuestión de vida o muerte, felicidad o infelicidad.

Cuentan de un famoso galeno que en cierta ocasión, al sólo ver a un paciente, lo apostrofó: “Tú duermes, pero no sueñas. Allí está la raíz de todos tus malestares”. Según él, los sueños representan la clave de la felicidad y de la misma existencia humana. Una vida sin sueños no es vida, sino una muerte en vida, un automatismo puro, sin rumbo ni ganas de nada, al borde del coma. De ahí el papel determinante que juegan los sueños en orden a una vida plena y feliz.

Por eso, cuando al galeno en cuestión se le presenta algún paciente, la pregunta de rito es: “Cuéntame qué soñaste”. Siendo un verdadero especialista en la materia, en alguna ocasión, antes de que el paciente abra la boca, le dice: “Tú soñaste esto y esto; por eso estás así y así”.

Algunos están convencidos de que se trata de un verdadero brujo o adivino: “Es que le conté mis sueños — comentan— y me predijo todo lo que me iba a pasar”. Nada de eso. Sencillamente se trata de puro conocimiento científico con una buena dosis de psicología y mucha experiencia.

En su obra maestra *“La Magia y el Poder de los Sueños”* encontramos lo siguiente: “Es tan grande el influjo de los sueños en la vida real de cada ser humano que, con sólo conocer sus sueños, se puede predecir con certeza su futuro. En el fondo, la vida del ser humano

no es otra cosa que la explicitación de sus sueños. Se puede afirmar con toda seguridad que soñar es vivir y no soñar es vegetar”.

Sueños truncados

De acuerdo, no soñar es lo peor que le pueda pasar a uno. Ahora la pregunta es: “¿Qué tal cuando se trata de sueños truncados?” A muchos les pasa que, en el momento más importante del sueño, toca la campana y uno tiene que levantarse; pasa un avión, se da un choque o la gente litiga y se interrumpe el sueño.

“En este caso — afirma el catedrático en su obra maestra—, la situación no es tan grave como la anterior. De todos modos, hay que tener mucho cuidado, porque, si el hecho se repite con cierta frecuencia, puede ocasionar un grave daño a la salud, creando en el individuo un mecanismo de defensa, que debilita notablemente su capacidad de soñar, hasta hacerla desaparecer por completo. Entonces se cae en la situación descrita anteriormente o en un estado de profunda depresión”.

Otro detalle de suma importancia, que ninguna persona comprometida con el bien de la humanidad puede descuidar: “La enfermedad de los sueños truncados puede volverse contagiosa, cuando llega a desarrollar un virus especial, que provoca la fiebre de los sueños truncados, que a su vez puede dar origen a una epidemia, la epidemia de los sueños truncados.

Es lo que se puede fácilmente comprobar en las familias disgregadas o en las sociedades en estado de descomposición. Se pierde la capacidad de soñar y los individuos se vuelven totalmente insensibles, unos verdaderos robots, desgarrándose mutuamente por un mendrugo de pan, un puesto al sol o por el puro gusto de hacer sufrir”.

Alguien puede preguntar: “¿Existe una vacuna especial contra este tipo de enfermedad?” Sí, existe, aunque se trate de una vacuna muy difícil de conseguir y sea bastante costosa. Consiste en tener una enorme fe en sí mismo y en el poder del Creador, que le permite a uno nadar contracorriente y esperar contra toda esperanza.

Otra pregunta: “A nivel de salud pública, ¿se puede hacer algo para desterrar de la humanidad el terrible flagelo de los sueños truncados?” Otra vez la respuesta es afirmativa, aunque se trate de algo extremadamente difícil de realizarse. En efecto, se trata de reestructurar la sociedad de manera tal que a todo individuo se le garantice el derecho a soñar en paz y luchar para hacer realidad sus sueños, sin la amenaza constante de verse molestado a causa de su contenido o, peor aún, ser interrumpido en el acto mismo de soñar.

Que el derecho a soñar llegue a formar parte de los derechos fundamentales del hombre y la mujer y que a todo niño y niña, desde sus primeros pasos en el camino de la vida, se les enseñe a soñar, teniendo en cuenta una de las máximas más acertadas de un antiguo sabio: *“Sueña y persigue tus sueños. Llegarás lejos”*.

Un sueño más

Lo que estoy por relatar quiere representar un intento por recuperar mis sueños truncados y darles rienda suelta en la ficción. ¿Una manera sencilla de exorcizar al demonio de los sueños truncados y así crear las condiciones para dar inicio a una nueva era de creatividad en busca de un Nuevo Modelo de Iglesia y Sociedad?

Como siempre, el estilo es esencialmente vivencial, más que conceptual como es propio de los catecismos o los manuales de filosofía y teología. ¿Un reflejo más de la fascinación que desde los primeros años de mi vida ha ejercido sobre mí aquel libro tan excepcional y cautivador, que es la Biblia, el libro por excelencia?

Bucaramanga (Colombia), a 2 de febrero de 2007.

PREÁMBULO

Creando una nueva imagen

Son las seis de la mañana. Me despierto como de costumbre, sin el auxilio del despertador. Se ve que me estoy volviendo como una máquina: preciso, metódico y rutinario. Así se garantiza mejor la salud. Todo calculado, bien distribuido y a la misma hora. De seguir así, el doctor me garantiza que voy a vivir hasta los cien años y pico.

Ya me recuperé casi completamente de los excesos propios de la juventud: misiones por todos lados, a pie o a caballo, por selvas y ríos, tomando los alimentos a cualquier hora. Tiempos pasados. Tiempos de locura. ¿Y con cuáles resultados? Casi nulos.

Ya llegué a la edad madura, a la edad de la sensatez. Ya basta de aventuras. Tengo derecho a una vida cómoda, como conviene a todo un señor cura, licenciado en teología dogmática y titulado en comunicación por la Universidad Católica de Milán (Italia).

Poco a poco tengo que ir borrando la imagen del misionero popularacho, que se lleva bien con los campesinos y los indígenas, explotando su credulidad. Que vean quién soy en realidad. Es tiempo de hacer valer mis títulos de estudio. No vayan a pensar que soy del montón. Tengo derecho a que se me tome en cuenta por lo que soy realmente.

Posiblemente alguna clase en el seminario o en alguna universidad no me haría mal. Esto daría un toque de elegancia a mi personalidad, un poco deteriorada por el asunto de las misiones. "Le presento al P. Antonio, profesor de dogmática en el Seminario Mayor, catedrático en la Universidad Nacional y párroco de La Purísima". Que diferencia entre esta presentación y la de antes, cuando se hablaba de mí como un simple "misionero entre los indígenas". Es cuestión de estilo y es tiempo de que empiece a crear mi estilo propio, a renovar mi imagen.

Una cita con el señor nuncio

Mientras con calma estoy tomando mi cafecito, pensando en todo esto, suena el teléfono. Es una religiosa de la Nunciatura Apostólica. Me pregunta a qué hora puedo acudir a la Nunciatura para un asunto importante. Me destanteo completamente. ¿De qué se tratará? ¿Alguna llamada de atención por el último artículo que publiqué en el periódico de mayor circulación nacional acerca del problema de los matrimonios gays? En el fondo, no dije nada especial, que pudiera perjudicar mínimamente la imagen de la Iglesia. ¿O más bien se tratará de la propaganda, que se está haciendo acerca del próximo diálogo que tendré por radio con el fundador del grupo “*Los endemoniados*”?

Posiblemente de hoy en adelante será mejor poner más cuidado en la temática que voy a manejar para no correr el riesgo de dañar mi imagen, enfrascándome en problemas sin ninguna necesidad. Mejor ser más precavido y empezar a pensar un poco en una posible carrera eclesial, aunque sea *in extremis*. En realidad, no es lo mismo empezar la carrera desde un principio o empezarla a los cincuenta años.

De todos modos, después del primer momento de confusión, empiezo a sentirme mejor. En conciencia, sé que actué bien, en plena ortodoxia y sin querer perjudicar a nadie. Por lo tanto no dudo en contestar a la religiosa que estaré con el señor nuncio dentro de unas horas.

- ¿Desayuna en la Nunciatura? — pregunta la religiosa.
- Con mucho gusto — es mi respuesta.

Sondeando el terreno

Llegando a la Nunciatura Apostólica, me abre la puerta la religiosa que me telefoneó y me pasa pronto al comedor. Ya me esperan el señor nuncio y su secretario. Me reciben con grande amabilidad y distinción, como si fuera una persona importante. Que bueno. Se ve que no se trata de nada de lo que me imaginaba al principio. Sin duda, me van a proponer que escriba algún artículo o prepare un estudio sobre el problema del proselitismo religioso, como sucedió en otra ocasión con el nuncio anterior.

La religiosa empieza a servir el desayuno: café, leche, pan tostado, mermelada, fruta y huevos al gusto. Yo pido un par de huevos estrellados, el señor nuncio pide huevos tibios y el secretario se sirve solamente una malteada. Dice que está un poco pasado de peso y está siguiendo una dieta.

Se habla un poco de todo: política, recientes nombramientos de obispos para cubrir las sedes vacantes, la salud del Papa, su última encíclica... Todo normal, como si se tratara de algo totalmente rutinario. Con relación al motivo de la cita noto un completo hermetismo. Nada que me pueda proporcionar alguna pista.

Al terminar el desayuno, el secretario pide licencia a los dos para ausentarse unos minutos con el objeto de concluir un documento urgente, que tiene que ser enviado con urgencia al presidente de la conferencia episcopal. El señor nuncio aprovecha para enseñarme el último arreglo que acaba de hacerse en la sede de la Nunciatura: una cancha de tenis.

— Es para el secretario, que necesita hacer algunos ejercicios para bajar de peso. Al mismo tiempo, yo también estoy aprovechando para moverme un poco. Es que la vida sedentaria perjudica bastante la salud. Añoro los tiempos de mi servicio en África, cuando seguido me iba a dar una mano a los misioneros de la selva, trasladándome de un lugar a otro en motocicleta y a veces en bicicleta. Se sufría un poco, pero al mismo tiempo se ganaba en salud. Aquí, al contrario, pura oficina y recepciones. Cuando hay que trasladarse de un lugar a otro, se va en avión o carro. ¿Y el ejercicio físico? Casi nunca. Por eso decidimos acondicionar esta cancha. Casi todos los días, una media hora de ejercicio. Así sudamos un poco y quemamos algunas calorías.

El proselitismo religioso

Mientras paseamos por la cancha, el secretario concluye el trabajo o lo trae al señor nuncio para la firma.

— Entrégalo a la hermana para que lo envíe pronto al señor arzobispo. Te esperamos en el recibidor — el señor nuncio le ordena al secretario. Este le hace una profunda reverencia y le contesta como un soldado:

— Sí, excelencia — y se aleja de prisa.

Unos minutos después, los tres nos encontramos en el recibidor. Me imagino que pronto llegaremos al grano. No. Los tres nos sentamos cómodamente; el señor nuncio toma el periódico y empieza a hojearlo. El secretario me pregunta acerca de mi pueblo natal.

— Soy de Conversano, provincia de Bari (Italia). ¿Y usted?

— De un pueblo de Sicilia, muy poco conocido. Soy de Mazalo del Vallo.

— Mira nomás, qué casualidad. Acabo de estar allá el domingo pasado para una conferencia sobre el problema del proselitismo religioso. Fijese que también en Italia este fenómeno se está haciendo presente.

— Allá tenemos también el problema del musulmanismo. En Marsala, una ciudad cercana a mi pueblo natal, hay barrios totalmente musulmanes.

El señor nuncio, después de haber hojeado el periódico, se une a la conversación.

— A propósito de sectas o proselitismo religioso, ¿cómo van las cosas en México? Parece que cada día están avanzando más. ¿A qué se debe?

— El asunto es bastante complicado, señor — le contesto con cierto desencanto—. Nuestro modelo eclesial ya no funciona. Supone una sociedad totalmente católica, mientras que estamos viviendo en una sociedad plural. Si seguimos así, poco a poco nos iremos acabando. Como Iglesia, aún no hemos entrado en la modernidad. Nos parecemos a una empresa floreciente en el pasado, que ahora está en franco retroceso. ¿Por cuál razón? Por no adecuarse a los tiempos actuales. Falta de tecnología, mercadotecnia y cosas por el estilo. Mientras la competencia avanza. ¿Por qué? Por utilizar toda la herramienta que proporciona el mundo moderno. Nosotros tenemos un producto mejor, pero no lo sabemos manejar; ellos (la competencia) saben manejar bien lo poco que tienen y por eso avanzan.

— Explíquese mejor, p. Antonio — me interrumpe el señor nuncio—. No entiendo qué tiene que ver la Iglesia con una empresa comercial. La Iglesia Católica fue fundada por Cristo y nadie la podrá destruir, aunque sus enemigos utilicen todos los métodos humanos más sofisticados.

— Claro que nadie la podrá destruir totalmente, pero hacerle daño y desaparecerla de algún lugar, sí. ¿Qué pasó con las comunidades cristianas de origen apostólico que florecieron en Palestina, Siria y la actual Turquía? Casi desaparecieron por completo. Llegaron los musulmanes y arrasaron con todo. Lo mismo pasó en África del Norte.

— ¿Cree usted que esto puede suceder ahora con los países latinoamericanos de tradición católica? — pregunta el señor nuncio, con cierta preocupación.

— Claro que sí. Es suficiente ver lo que está pasando ahora en Guatemala y aquí en México en la diócesis de San Cristóbal de Las Casas. Un 50% de la población ya no es católica. De seguir con la actual tendencia a la baja, de aquí a unos años el catolicismo en muchos lugares se va a reducir a bien poca cosa.

Pretextos

— Es algo realmente preocupante — comenta el señor nuncio—. Por un lado la competencia va para arriba y por el otro nosotros vamos para abajo; por un lado hay espíritu de conquista y por el otro pura pasividad; por un lado creatividad y por el otro pura rutina. Disculpe, p. Antonio, ¿ha pensado alguna vez cuál podría ser la raíz de actitudes tan diferentes? En realidad, no me convence lo que continuamente me repiten en las visitas que hago a las distintas diócesis: que nadie se quiere comprometer, que la gente es floja y tantas otras cosas por el estilo. Creo que se trata de puros pretextos. Hay que ir más al fondo de las cosas y descubrir las verdaderas raíces del problema. Muchas veces me pregunto: “¿Por qué alguien, al ser católico, es tan apático en las cosas de Dios, mientras, al dejar la Iglesia Católica e integrarse a un grupo proselitista, se vuelve tan activo y entusiasta?”

— Es lo mismo que pasa cuando alguien, que aquí es tan indolente, al llegar a los Estados Unidos, se vuelve activo y emprendedor. Es el influjo del ambiente.

— Entonces, me pregunto — sigue el señor nuncio—: ¿Dónde está la raíz de una diferencia tan grande entre el mundo católico y estos grupos proselitistas, que van multiplicándose cada día más?

— La respuesta es muy sencilla: mientras el señor cura se dedica a ordeñar y trasquilar las ovejas que tiene (ni alcanza a ordeñarlas y trasquilarlas todas, por la gran cantidad que tiene a su disposición), el pastor de los grupos proselitistas, antes de ordeñar y trasquilar a las ovejas, las tiene que buscar y convencer a meterse bajo su cayado. Y una vez conquistadas, las tiene que cuidar, para que no se le escapen, puesto que la competencia entre los distintos grupos proselitistas es igualmente feroz. Para el señor cura, al contrario, la mesa ya está puesta y no alcanza a comerse todo lo que está servido. Por lo tanto, ni se entera ni le interesa, si le roban parte de la comida. Y cuando alguien le hace ver lo que está pasando, no se alarma. “Ni modo: como yo, que coman también ellos”. Y con eso se siente abierto, generoso y ecuménico. En lugar de ver qué puede hacer para poder atender a todas sus ovejas, se limita a constatar las propias deficiencias y ver lo positivo que puede haber en los grupos proselitistas. Según él, “en el fondo, todos estamos buscando al mismo Dios. ¿Por qué angustiarnos tanto? Hacemos lo que podemos. Lo demás lo ponemos en las manos de Dios. Él sabrá cómo arreglar las cosas. ¿Por qué meternos en una camisa de once varas?”. Y se sale con razonamientos de tipo teológico: que la salvación es un don de Dios, mientras nosotros somos simples instrumentos en sus manos. Por lo tanto, ante esta situación, según él, lo mejor que se puede hacer,

es seguir el consejo de Gamaliel: “Déjenlos en paz. Si es obra de los hombres, fracasará; pero, si es obra de Dios, no conseguirán nada. No sea que se vayan a encontrar luchando contra Dios” (Hech 5, 38b-39). Naturalmente se trata de puros pretextos para justificar la propia pereza mental, cobardía y flojera. Sería como si un ganadero, al no poder atender personalmente a todas sus vacas, viera con buenos ojos que otros se las llevaran. Un absurdo. Lo más lógico sería que buscara gente que lo ayudara a cuidar a las vacas. Parece que la línea del señor cura sea: “Solamente yo y nadie más; prefiero que se pierdan las ovejas, antes de buscar ayudantes, a quienes hay que pagar. Si quieren ayudarme, que lo hagan gratis”. Claro que, con estas condiciones, son muy pocos los que prestan algún servicio a la Iglesia y, por lo general, se trata de un servicio de mala calidad, especialmente en el campo de la catequesis, que por lo mismo resulta muy deficiente. Pues bien, estando así las cosas, ¿qué esperamos para el futuro de nuestra Iglesia?

Propuesta

Durante unos instantes el señor nuncio me mira muy pensativo. Por fin, dirige la mirada hacia el secretario, como para decirle: “Al grano”. El secretario abre una carpeta, saca algunos papeles y empieza a explicarme el motivo de la invitación:

— P. Antonio, según los informes que guardamos en la Nunciatura, usted ha trabajado durante algunos años en distintas partes del país, impulsando fuertemente la pastoral con el auxilio de algunos jóvenes voluntarios. Ahora bien, teniendo en cuenta su celo por la misión y su capacidad de organización, el señor nuncio ha pensado confiarle toda la región que corresponde a Sierra Azul: un total de 90-100 mil habitantes, reunidos en 20-30 cabeceras municipales y unas 600 aldeas, diseminadas en un vasto territorio de unos 15 mil kilómetros cuadrados. Pues bien, a causa de las dificultades propias de la región (comunicaciones difíciles, falta de higiene, agua potable y electrificación, sistema educativo muy deficiente... cosas que usted bien conoce) y la escasez de vocaciones, de aquí a unos dos o tres años toda aquella población se va a quedar prácticamente abandonada, puesto que los dos o tres curas que aún quedan pronto se van a jubilar por la edad y los achaques.

— Pronto se va a crear un verdadero desierto espiritual — comenta el señor nuncio—. Los pocos curas, que durante los últimos veinte años trabajaron por allá, se enfrascaron en meros asuntos políticos, dejando al pueblo en el más grande desamparo ante la invasión de las sectas. Dicen que el 60-70% de la población ya no es católica. ¡A qué punto hemos llegado! Un verdadero desastre.

— Bueno — empiezo a balbucear—. Estando así las cosas, ¿cuál sería mi papel?

— Salvar lo salvable — contesta el señor nuncio—, administrando los sacramentos a los pocos católicos que aún quedan. Naturalmente, dadas las circunstancias, será difícil encontrar a otros curas que quieran acompañarlo en una aventura tan desalentadora. De todos modos, conociendo su optimismo y espíritu de creatividad, estoy seguro de que no le faltarán agallas para enfrentar la situación con éxito. Por lo que se refiere al aspecto económico, trataremos de buscarle un subsidio de parte de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

— Mire, excelencia. El aspecto económico es lo de menos. Estoy seguro de que el pueblo nunca dejará morir de hambre a quienes están a su servicio. En este aspecto tengo mucha experiencia. He vivido muchos años con los indígenas y los campesinos. Conozco su espíritu de solidaridad. Lo que me preocupa, más bien, es el sentido de mi presencia en Sierra Azul. Si se trata de ir allá para repartir sacramentos, como siempre se ha hecho, definitivamente es mejor que no piense en mí. Ya estoy desencantado. Se trata sencillamente de tapar un hoyo y nada más. ¿Para qué desgastarme tanto en los pocos años de vida que me quedan, si el problema no se resuelve de raíz? En realidad, supongamos que yo acepte, ¿qué pasará de aquí a unos años, cuando por enfermedad o muerte, la misión volverá a quedarse sin pastor? Tratarán de buscar a otro idealista como yo para que se siga tapando el hoyo. No, excelencia. Así no juego. Prefiero quedarme donde estoy. Que Sierra Azul se queeme de una vez. Ya basta de sembrar en el mar. O se hace algo serio o nada. Busque por otro lado.

— Es que — aclara el señor nuncio—, si usted acepta, pronto será nombrado...

— Prefecto o vicario apostólico. Ya me sé el cuento de memoria. Títulos y títulos, como si con los títulos se resolvieran los problemas. Aquí se necesita algo más que un simple título.

— Es la praxis de la Santa Sede — insiste el señor nuncio—, cuando se presentan situaciones parecidas a las que se dan en los territorios de misión. Entonces, el prefecto o vicario apostólico goza de facultades especiales.

— Facultades especiales, ¿para qué?

— Para implantar la fe en una determinada región.

— Mire, señor. Si hoy en día no enfrentamos seriamente el problema de la inculturación, de aquí a unos años todo el mundo se volverá en territorio de misión.

Un nuevo modelo de Iglesia.

— Según su opinión, ¿qué habría que hacer entonces?

— Regresar a la praxis de la Iglesia primitiva. Desechar de una vez este modelo de Iglesia, que ya no da para más e ir perfilando uno nuevo, inspirándonos en la Iglesia de los primeros siglos. ¿Ha leído el libro *“Hacia un Nuevo Modelo de Iglesia”*?

El señor nuncio trata de recordar. Nada. Mira hacia el secretario, que, al verse interpelado, se ruboriza y hace señas que sí.

— Llegó por correo — confiesa cándidamente—, lo leí y lo puse en la biblioteca. Es un libro “revolucionario”.

— ¿De qué trata? ¿De la teología de la...? — le pregunta el señor nuncio, entre la sorpresa y el enojo.

— No, excelencia. En este libro se hace un análisis de la realidad eclesial y se llega a la conclusión de que hay que cambiar de modelo. Según el autor, el modelo que actualmente se está manejando es propio de una sociedad completamente católica, en que se respiraba la fe por todos los poros y por lo tanto se bautizaba, se confirmaba y se casaba a todos por la Iglesia, sin mayores dificultades. Pero ahora nos encontramos en una sociedad completamente diferente, ya no completamente católica, sino plural. Lo que actualmente se respira, ya no es el sentir católico, sino paganismo puro. “Entonces — se pregunta el autor—, ¿por qué seguimos actuando como si aún viviéramos en un régimen de cristiandad?” Por eso mucha gente, bautizada, confirmada y casada por la Iglesia, fácilmente cambia de religión. Es que no tiene bases católicas. Cascarón y nada más. Pura tradición, puras costumbres, pura fachada. Si se empieza a escarbar, uno se da cuenta de que hay poco de católico. El gran reto que tenemos hoy en día es cómo pasar de un catolicismo de tradición a un catolicismo de convicción. ¿Cómo? Creando un nuevo modelo de Iglesia, con un nuevo lenguaje, más accesible al hombre de hoy, nuevas instituciones, como por ejemplo el restablecimiento del catecumenado, etc. *“Hacia un Nuevo Modelo de Iglesia”* es una obra clásica sobre este tipo de problemática. Su lectura es muy estimulante con miras a crear un nuevo sistema eclesial, más acorde a los tiempos en que vivimos.

Inculturación

— En el fondo — tomo la palabra—, se trata de inculturar la Iglesia en el mundo actual, que es esencialmente plural, y después inculturarla en cada grupo que conforma el vasto mosaico de razas y sistemas de pensamiento, en que actualmente se presenta la humanidad. Como el

Evangelio se inculcó en el mundo grecorromano, durante los primeros siglos del cristianismo, así ahora se tiene que inculturar en el mundo actual, teniendo en cuenta su lenguaje propio, que ya no es esencialmente filosófico, sino hecho de imágenes, intuición y arte. Hoy no se trata de convencer mediante el razonamiento, sino de cautivar mediante el testimonio y motivar utilizando toda la vasta gama de recursos que la psicología y la tecnología moderna ofrecen al evangelizador. Y todo esto sin la mediación de la cultura medieval, como se está haciendo actualmente, sino acudiendo directamente al Evangelio y liberando los dogmas de todo lo accesorio que se les incrustó a causa de la cultura propia de cada época en que se formularon.

— ¡Cómo si el asunto fuera tan sencillo! — comenta el señor nuncio.

— Claro que no se trata de algo muy sencillo.

— ¡Una tarea de titanes! ¡Una verdadera utopía! — añade el secretario, como pensando en voz alta.

— Ciertamente se trata de una tarea de titanes y una utopía, pero no imposible de realizarse. Lo importante por el momento es tomar conciencia del problema y ponerse en la perspectiva correcta para cumplir cada uno con su papel específico, teniendo el valor de dar pasos concretos en la dirección correcta. Excelencia, créame, estoy cansado de sacrificarme inútilmente, dando golpes al aire. O hago un trabajo serio o me quedo como estoy con mi buen carro, mi chocolatito, mis conferencias y mi buena parroquia. Lo del título no me interesa en absoluto.

El señor nuncio escucha todo con la máxima atención. Se nota bastante nervioso y como decepcionado. Evidentemente las cosas no le están saliendo como las había planeado. El secretario se da cuenta y no sabe qué hacer. Empieza a darle un tic nervioso en el ojo izquierdo. Pide licencia al señor nuncio para ausentarse un momento, posiblemente para ir al baño y serenarse un poco. El señor nuncio no accede.

— Acércate a la mesa y escribe — le ordena—. Y dirigiéndose a mí:

— Padre Antonio, déjese de elucubraciones teológicas y pastorales y en pocas palabras diga cuál es su propuesta concreta para que yo la pueda enviar a Roma, antes de que le llegue el nombramiento.

— Que se me deje actuar con la misma libertad de que gozaron san Pablo y los demás apóstoles, al implantar la fe en los albores del cristianismo.

El señor nuncio se llena de ira y golpea la mesa con el puño de la mano, gritando:

— ¡Usted está loco!

Y me despierto. Estoy soñando. El sacristán acaba de tocar a la puerta. Ya es hora de dar inicio a la celebración de la santa misa. Me levanto de inmediato y, mientras me aseo con la mayor celeridad posible, dirijo una breve súplica a la Virgen de los Sueños: “Oh Virgen de los Sueños, no permitas que este sueño se acabe. Prefiero morir que dejar de soñar. Y que mis sueños se vuelvan realidad. Que algún día yo pueda ver una Iglesia realmente renovada e inculturada en el mundo de hoy, como bandera levantada entre las naciones”.

Primera Parte

UNA IGLESIA
EN BANCARROTA

Los israelitas hicieron lo que el Señor reprueba.
Entonces el Señor se encolerizó contra ellos.

(Jue 3, 7-8).

Capítulo 1

LA FE DEL CARBONERO

Y sigo soñando. Se ve que la Virgen de los Sueños escuchó mi súplica. “Oh Virgen de los Sueños, te prometo que, si este sueño se hace realidad, voy a volverme en el más ardiente propagador de tu devoción”.

Primer encuentro

A buena hora llego a la parroquia de San Juan Evangelista, sede del vicario episcopal para la Sierra Azul. El p. Carlos, avisado con anterioridad, me espera ansioso:

— ¿Solo?

— Mejor solo que mal acompañado — respondo.

— ¿Y el carro?

— ¿Cuál carro? Llegué en camión.

El vicario episcopal parece algo desconcertado. De todos modos, me enseña un cuarto con baño y se pone a mis órdenes para todo lo que se me ofrezca. Una hora después, desayuno huevos rancheros, frijoles y tortillas tamaño súper, hechas a mano. Son una maravilla.

Y entramos en asunto:

— Como ya le habrá comunicado el señor arzobispo — empieza el p. Carlos—, yo soy el encargado de coordinar la labor pastoral en toda esta región, llamada Sierra Azul. Nadie sabe porqué le pusieron este nombre. De todos modos, hay poco que coordinar, puesto que nos hemos quedado apenas en tres padres para una región de unos 15 mil kilómetros cuadrados con unos 90-100 mil habitantes. De estos apenas el 30% son católicos.

— ¿Y los demás? — pregunto.

— Pentecostales, testigos de Jehová, adventistas, etc. Imagínese qué problema para nosotros tener que viajar kilómetros y kilómetros a pie o a lomo de mula para ir a casar o bautizar a gente que vive dispersa en pueblitos o caseríos, cuya mayoría ya no es católica. Casi nadie se reúne; cuatro gatitos por aquí y por allá. Ya pasaron los tiempos en que la llegada del padrecito a una comunidad era todo un acontecimiento. Ahora ni lo pelan a uno. Hasta se burlan. Estando así las cosas, a nadie le dan ganas de seguir visitando a esa gente, con tantos sacrificios y tan pocos resultados.

Una Iglesia en agonía

— Por esta razón — sigue explicando el p. Carlos—, desde hace algunos años hemos optado por dejar de visitar los pueblos y concentrar toda la actividad pastoral en tres cabeceras parroquiales. Los que necesitan algún servicio, acuden a su respectiva cabecera parroquial. Raramente visitamos algún pueblo. Normalmente lo hacemos con ocasión de alguna fiesta patronal. A cada uno de nosotros nos tocan de tres a cinco municipios, que antes eran también parroquias, y cada municipio cuenta con un promedio de 5 a 15 entre pueblos, pueblitos y rancherías. Hace unos cien años, algunos de estos pueblos eran también cabeceras parroquiales. Por falta de vocaciones, poco a poco, las cuarenta parroquias que había aquí se fueron reduciendo a quince, de las cuales en este momento funcionan tres.

— En esto habrá influido también — trato de aclarar— el fenómeno de la emigración hacia la capital y los Estados Unidos.

— Es cierto. Sin embargo, dos han sido los factores que más han influido en crear esta situación: el atraso de la región y la acción de las sectas. Mientras antes los curas estábamos acostumbrados a una vida de sacrificio, hoy en día a las nuevas generaciones les resulta difícil vivir entre tantas incomodidades, como, por ejemplo, trasladarse de un lugar a otro a pie o a lomo de bestia, no contar con la televisión o la tienda donde abastecerse de todo. Prefieren su buen carro, su buena comida y todo tipo de comodidades, a la que están acostumbrados en el seminario. Por eso ningún cura recién ordenado quiere venir aquí. Por lo que se refiere a los que estábamos antes, algunos dejaron el ministerio, otros pidieron su cambio por motivos de salud y otros sencillamente se fueron sin dar ninguna explicación. Posiblemente ya no aguantaron más tantas incomodidades y buscaron otros aires. La otra razón que influyó de manera determinante fue la presencia de las sectas. Su influjo en la población ha sido desastroso. Muchos católicos, aunque no se vayan con ellos, de todos modos ya no tienen la fe de antes. De una manera

o de otra se han dejado influenciar por sus ideas: ya no bautizan a sus hijos, ya no piden misas de difuntos... causando una baja considerable en las entradas de la parroquia y haciendo cada vez más precaria nuestra presencia en la región.

— ¿No han pensado en alguna alternativa? — me permito preguntar.

— ¿Cuál? La gente aquí de por sí es muy pobre. Hemos intentado subir un poco las tarifas de los sacramentos con resultados cada día más escasos. En realidad, son siempre menos los que solicitan nuestros servicios. Según mi opinión, de aquí a pocos años, vivir aquí para un sacerdote será prácticamente imposible. A menos que no quiera morirse de hambre.

Un sistema que ya no funciona

Ni modo. No es culpa del p. Carlos ni de los demás curas que se quedaron trabajando en Sierra Azul. Es culpa del sistema, un sistema eclesial que ya no da para más. Un modelo eclesial ya obsoleto.

En este sistema, la economía dependía de la administración de los sacramentos. Más sacramentos o actos de culto, más entradas. ¿Y la debida preparación para recibir los sacramentos? ¿Y el compromiso de una vida cristiana? Mejor no hablar para no comprometer las entradas.

Pues bien, ya llegó el tiempo de pensar en algo diferente para solucionar el problema económico. Llegó el momento de desligar el aspecto económico de la celebración de los sacramentos.

¿Algo imposible? No. Basta ver la praxis de los primeros cristianos: los que recibían el anuncio del Evangelio, se preocupaban por el sustento de los evangelizadores (Mt 10, 9-10; Lc 10, 7 y 1Cor 9, 10-11). Se trata de volver a las fuentes.

Evidentemente no es fácil. Algo imposible para el p. Carlos y la mayoría de los curas. La fuerza de la costumbre los vuelve ciegos y sordos, incapaces de pensar. Por eso, ni siquiera intento abordar el tema con el p. Carlos. Es que no nos encontramos en la misma frecuencia. Vivimos en mundos diferentes. Nunca nos vamos a entender; tiempo perdido. Por eso me limito a solicitar un encuentro con los tres veteranos de la región. El p. Carlos accede de inmediato. Ya lo había previsto.

Mientras llega la fecha, aprovecho para sondear el ambiente. Tomo contacto con el sacristán, los mayordomos encargados de la celebración de la fiesta de los santos patronos, San Juan Evangelista y Santa Rosa de Lima, y con las presidentas de las asociaciones católicas. Me doy cuenta de que todo lleva a lo mismo: conseguir fondos para la Iglesia, organizando rifas, bailes y kermeses y colectando para las misas, que

cada asociación hace celebrar en la fiesta de su santo patrono o en un día determinado de cada mes.

Algo diferente me llama la atención en todo este mundo de ritos y costumbres: me entero de que en esta parroquia están muy florecientes las cajas populares de ahorro, patrocinadas por la Iglesia y manejadas totalmente por laicos. Sin duda, representan una bendición de Dios para la mayoría de la población, que de esta manera no cae en las manos de los caciques explotadores. Me informan que en el pasado hubo una gran campaña para promover dichas cajas populares de ahorro.

Una vida dura

En el encuentro estamos todos presentes: el p. Carlos, vicario episcopal, el p. Eugenio, el p. Tadeo y un servidor. El p. Eugenio, el más anciano del grupo con sus 74 años de edad cumplidos, de los cuales unos cuarenta pasados en Sierra Azul, toma la palabra:

— P. Antonio, antes que nada permita que lo felicite por el valor que está demostrando al hacerse cargo de una misión en franca bancarrota. Créame, hicimos todo lo posible para que esto no se diera: días enteros a pie o a lomo de macho por caminos difíciles, pasando seguido de un clima húmedo y caliente a un clima frío, de los valles a las montañas, sin luz, sin agua potable, sin letrinas, sin televisión... Usted mismo se dará cuenta de lo que cuesta vivir aquí, aunque en alguna parte, como en esta parroquia, ya las cosas empiecen a cambiar. Además, se dará cuenta de lo que significa vivir con este tipo de gente, tan necia y mentirosa. "Padre, venga. Mi papá se está muriendo". "¿Dónde vive tu papá?" "Aquí cerca, tras lomita". Horas y horas de camino y al llegar: "Gracias, padre. Ya me siento mejor. Será para otra vez". Ni modo. Son gajes del oficio. No le digo cuando vamos a los pueblos para la celebración de sus fiestas patronales. Antes de la fiesta, todas las atenciones: policías con bestia que te acompañan desde el curato hasta el lugar de la fiesta, gente que te atiende de manera que no te falten los alimentos, el catre para el descanso, la mesa para apuntar las boletas, etc. ¿Y después de la fiesta? Sálvese el que pueda. Todos borrachos. Ya nadie se hace cargo del padrecito. Es tanta la desesperación que le viene a uno, que le dan ganas de emborracharse también. A veces hasta se olvidan de pagarle a uno los honorarios que se pactaron con anterioridad. Por eso desde hace algunos años decidimos que se saldara todo antes de la celebración de la fiesta. Padre Antonio, créame, aquí la vida es bastante dura.

¿Y la catequesis?

Es la pregunta obligada. Contesta el p. Tadeo:

— Conociendo la realidad de nuestra gente, optamos por algo extremadamente sencillo: una hoja con las oraciones principales y las verdades fundamentales de nuestra fe. En cada capilla hay alguien que sabe leer y se encarga de preparar a los niños para la primera comunión.

— ¿Y para los adultos? — pregunto.

— Nada. Hablan puro dialecto. Son un caso perdido.

— En los días que estuve aquí, tuve la oportunidad de visitar algunos pueblos cercanos y me di cuenta de que nadie se acercó para confesarse y mucho menos para comulgar.

— Es cierto. Aquí casi nadie se confiesa o comulga. Solamente alguien que llega de fuera: algún maestro o turista que viene a visitar la zona. Casos muy raros. Por eso verá que aquí casi no se usan las hostias pequeñas. Pura hostias grandes para el sacerdote.

— Aquí manejamos la fe del carbonero — interviene el vicario episcopal—, una fe sencilla y al mismo tiempo profunda, realmente sentida por el pueblo. ¿Para qué complicarle la vida con cosas que no entienden? En lugar de ayudar a la gente, se corre el riesgo de confundirla más.

— Si usted viera, p. Antonio — sigue el p. Tadeo—, con qué fe la gente le pide a sus santitos. A veces hasta con lágrimas y gritos.

— Quisiera tener yo la fe de nuestros inditos — confiesa el vicario episcopal con un tinte de santa envidia.

Falsa seguridad

— Bueno — pregunto—, si es tan grande la fe de los indígenas en sus santitos, ¿cómo se explica entonces su éxodo hacia las sectas, que empiezan siempre por atacar a las imágenes?

— Es un aspecto que desde hace años no deja de cuestionarme también a mí — confiesa cándidamente el p. Tadeo—. Fíjese que, antes de llegar a Sierra Azul, en enero de 1972 asistí a un encuentro arquidiocesano de pastoral indígena y esto fue precisamente lo que nos dijeron los expertos: “No se preocupen por las sectas. La fe de los indígenas en sus santitos y en la Virgen de Guadalupe nunca les permitirá hacer caso a sus propuestas”. ¿Y qué pasó en realidad? Que, al llegar las sectas, se dejaron convencer y se cambiaron de religión.

— Es que les pagan — interviene el p. Eugenio—. Aquí el dinero hace milagros. Los indígenas son muy interesados. Basta una lámina,

una medicina, un poco de ropa o comida y se van. Claro que las sectas, contando con los dólares que les llegan de Estados Unidos, fácilmente logran conquistar a la gente y por eso cada día aumenta el número de los que se cambian de religión.

— Al fin de cuentas — afirma categóricamente el vicario episcopal a manera de conclusión — ¿cuál es el problema? En el fondo, todos estamos buscando al mismo Dios. ¿Por qué, entonces, preocuparnos tanto si hay gente que se cambia de religión? ¿Para qué meternos a pelear con ellos? Cada uno es libre de buscar a Dios dónde y cómo le resulte más conveniente.

La comida está lista. Dejamos de comentar los asuntos de pastoral y nos trasladamos al comedor. Nos espera un rico mole con arroz. El invitado de honor es un guajolote de primera, que todos saludan como “el licenciado”.

— ¿Por qué “licenciado”? — pregunto.

— Porque — aclara el vicario episcopal— está siempre presente en los acontecimientos más importantes de cada individuo y cada comunidad: bautismo, boda, sepelio, inauguración de una escuela, etc.

Las imágenes:

¿trampolín o trampa?

Terminada la comida seguimos con el tema de las imágenes. Quiero que me aclaren el porqué de tanta importancia que se les da de parte del pueblo en general y de los indígenas en especial.

En nombre de todos contesta el vicario episcopal:

— Para la gente sencilla, los sentidos representan la fuente principal del conocimiento, no la razón. Como pasa con los niños. Así que el indígena necesita ver y tocar para entender las cosas y expresarse. Cuando quiere expresar su agradecimiento, por ejemplo, da un abrazo o regala algo: unos blanquillos, alguna fruta o alguna moneda. Es su manera de ser, su cultura diríamos.

— Así que, según ustedes — intervengo—, el indígena llega a Dios mediante las imágenes. Ahora bien, me pregunto: ¿Será cierto o será un cuento como tantos otros? En concreto, mediante las imágenes el indígena ¿llega realmente a Dios o se queda en las imágenes? En otras palabras, para el indígena las imágenes ¿representan un trampolín para llegar a Dios o se vuelven en una trampa que los atrapa y les impide ir más allá, hasta llegar a Dios? Aquí está el meollo de todo el asunto: las imágenes como trampolín o como trampa.

Noto que los padrecitos se quedan como desconcertados. Es evidente que nunca se habían puesto un cuestionamiento de este tipo. Por fin el p. Eugenio presenta su opinión personal:

— Hay un poco de todo: algunos pasan con toda naturalidad de la imagen a Dios y otros se quedan con la imagen.

— Y los que de la imagen pasan a Dios — insisto —, ¿a cuál Dios llegan: al Dios de Nuestro Señor Jesucristo o a un Dios “imaginado”, es decir, a una caricatura de Dios? Por otro lado, ¿es posible llegar al Dios verdadero, sin el auxilio del dato revelado, en concreto, de las Escrituras? No nos olvidemos de lo que afirma San Jerónimo: *“la ignorancia de las Escrituras es la ignorancia de Cristo”*.

Un camino truncado

— Bueno — interviene el vicario episcopal —, una cosa es el conocimiento de Dios propio de los teólogos y otra cosa es el conocimiento de Dios propio de la gente sencilla. Aquí entra en juego el asunto de la religiosidad popular, es decir, la manera de sentir y vivir la fe propia de la gente sencilla, que no cuenta con estudios especiales de teología, como pasa con nosotros.

— Sobre este asunto — aclara el p. Eugenio —, en la últimas décadas la arquidiócesis ha organizado distintos encuentros de pastoral, dedicados a descubrir las enormes riquezas presentes en la religiosidad popular, vista como un verdadero camino de salvación.

— ¿Un camino de salvación a secas — insisto en mi requisitoria — o un camino de salvación inseguro, débil y truncado?

Los veteranos de Sierra Azul empiezan a ponerse nerviosos. Sus seguridades, fundadas en puros tópicos y carentes de toda reflexión seria, empiezan a tambalearse. Se miran de reojo el uno al otro como para preguntarse: “¿Qué está pasando? En fin, ¿se trata de una conversación informal, según se había planeado, o el p. Antonio nos está haciendo un examen general acerca de la manera en que, hasta la fecha, hemos llevado las cosas en Sierra Azul?”

Hacia la plenitud

Para evitar que el ambiente se vaya a poner tenso, sugiero que se suspenda de una vez el encuentro para reanudarlo al día siguiente. En pocos minutos todos se dispersan y me quedo solo en el despacho parroquial. Mientras hojeo una revista de pastoral, voy repasando los momentos más importantes del encuentro. Llego a la conclusión de

que en Sierra Azul se está viviendo en pleno Antiguo Testamento, es decir, todo a medias. ¿La culpa? Según los curas, es de la gente que no entiende. Según mi opinión, es de los curas, que, olvidándose de lo que estudiaron en el seminario, fácilmente se dejaron atrapar y moldear por la cultura del pueblo, una cultura esencialmente mágica y entretejida de costumbres.

Su norma de conducta parece ser la siguiente: "Si algo sirvió en el pasado, ¿por qué no tendría que seguir sirviendo hoy y siempre?" En realidad, su mente está puesta en el pasado más que en el futuro. Poco contacto con las Escrituras. Lo que estudiaron en los libros de teología no tiene ningún influjo directo en la realidad pastoral. Ausencia de valores auténticos según el Evangelio. Falta de un proyecto pastoral que lleve hacia la plenitud cristiana, dando origen a una Iglesia atascada, que no puede dar respuestas concretas a las nuevas situaciones que se van creando.

Al día siguiente, al reanudar el encuentro, manifiesto tímidamente mis reservas acerca de cómo, hasta la fecha, se han llevado las cosas en Sierra Azul y expreso mi voluntad de un cambio de ruta radical.

— Disculpen, hermanos, como ustedes mismos han podido comprobar, las cosas en Sierra Azul ya no pueden seguir así. O cambiar o morir. No hay otra.

— Cambiar ¿qué? — me interrumpe el p. Carlos, vicario episcopal, entre curioso y desafiante.

— Muchas cosas, o mejor dicho, todo lo que sea necesario para formar un catolicismo sólido y así poder mirar hacia el futuro con confianza. Poco a poco la educación escolar a los distintos niveles llegará también a Sierra Azul; llegará la electricidad y con ella llegarán también la radio y la televisión en gran escala; todos poco a poco todos irán aprendiendo el castellano... El progreso no se detiene. Y con el progreso, llegarán también los cuestionamientos para la fe del pueblo. Ya no podemos seguir como antes. Hoy en día este tipo de religiosidad popular ya no garantiza nada. O el católico encuentra en la fe algo que dé sentido a su vida o la va a dejar como expresión de un pasado oscurantista y supersticioso. Ya las sectas nos dieron el primer golpe. Pronto llegará el progreso. Tenemos que apresurarnos. No podemos seguir como antes. Tenemos que empezar a pensar seriamente en cómo enfrentar el futuro que está por invadirnos.

— Le advierto que actualmente en Sierra Azul muy pocos hablan el castellano y los que en una comunidad saben leer y escribir a veces se pueden contar con los dedos de la mano — rebate el vicario episcopal.

— No hay problema. Por mientras se harán traducciones al dialecto.

— ¿Y los gastos?

— Puras fotocopias. Algo muy sencillo.

— ¿¡!?

— Al mismo tiempo haré todo lo posible para aprender el dialecto del lugar y celebrar la misa y los sacramentos en dialecto.

Todos me miran como espantados, pensando: “El padre Antonio está loco. No sabe en qué lío nos quiere meter”. Adivinando su pensamiento, trato de serenarlos:

— No se preocupen. Ustedes sigan como antes. Sigán haciendo las cosas cómo mejor puedan. Este es asunto mío. En efecto, antes de aceptar esta misión, quiero conocerla primero y después hacer algún ensayo para ver si es posible llevar a cabo alguna idea que estoy rumiando desde hace algún tiempo acerca de un *Nuevo Modelo de Iglesia*, más acorde con los tiempos actuales. Como dijo Jesús: “Yo no vine para abolir la ley y los profetas, sino para darle cumplimiento” (Mt 5, 17). En efecto, no es mi intención desconocer o destruir lo que ustedes han logrado hasta la fecha con tantos sacrificios. Mi intención es hacer todo lo posible para llevar todo eso hacia la plenitud en Cristo y su Evangelio.

No parecen muy convencidos. De todos modos, no se oponen. Los hechos dirán. Se limitan a preguntarme cómo quedará la misión.

— Nada nuevo — contesto—. Sigán como crean más conveniente. Si alguien pregunta acerca de p. Antonio, digan sencillamente que se trata de un sacerdote que llegó de México para hacer una experiencia en esta región.

— ¿Y su nombramiento? — insisten.

— Nada oficial. Todo *in pectore*.

— ¿Hasta cuándo?

— Hasta que Dios quiera; es decir, hasta que las cosas no estén suficientemente claras y pueda tomar una decisión. Cuestión de cinco o diez años.

— ¿Cinco o diez años? — se miran todos entre espantados y aliviados—. Pero hasta entonces ¡todos estaremos fuera de combate!

— Para que vean. Así que no hay porqué asustarse. Todo sigue igual. Cada quien siga en su puesto de combate, sin mayores preocupaciones. Sigán en contacto con el señor arzobispo, como siempre han hecho, mientras yo hago mis pininos en alguna parroquia de Sierra Azul, abandonada desde hace algunos años.

Pasados los nubarrones, regresa la calma y con la calma el espíritu de camaradería propio del clero de la región. Después de haber examinado algunas propuestas, me inclino por la parroquia de Santa Lucía, a unos 40 kilómetros de distancia de San Juan Evangelista. Para llegar hay que atravesar dos veces el río y caminar a pie o a caballo, subiendo y bajando por algunos cerros.

Y con eso el camino ya está despejado. Unos días después llegan algunos señores de Santa Lucía, que me acompañan hasta la tierra de mis sueños.

Capítulo 2

DE CASA EN CASA Y DE PUEBLO EN PUEBLO

La parroquia de Santa Lucía

El valle de Santa Lucía es todo un encanto, rodeado de cerros y atravesado por el río que, según la localidad, cambia de nombre. Viven unas quinientas familias en puras chozas con paredes de palos o tablas de madera y techo de zacate. No falta una que otra construcción de adobe. Entre ellas descuellan el templo parroquial, el curato, la presidencia municipal y la escuela primaria. Mientras el templo parroquial y el curato siguen con el estilo tradicional del techo de zacate, los demás edificios presentan un aspecto más moderno: techo de lámina la presidencia municipal y techo de asbesto la escuela primaria. La lámina y el asbesto representan la punta avanzada del progreso en Santa Lucía, aunque en la práctica es preferible el zacate o la palma para proteger mejor del calor o del frío.

El municipio de Santa Lucía cuenta con unos diez pueblitos filiales y unas rancherías: un total de cinco mil almas. Aparte hay dos municipios más: el de San Pedro, con unos tres pueblitos y dos rancherías con un total de tres mil quinientas almas y el de San Antonio, con un pueblito filial y un total de mil doscientos habitantes. Algunos de estos pueblitos, por ejemplo, las cabeceras municipales, cuyo origen se remonta a la época prehispánica, un tiempo fueron también cabeceras parroquiales.

El clima es muy variado: cálido y húmedo en los valles, templado en los cerros y frío en las montañas. Se cultiva maíz, frijol y café. Se explota también el barbasco, que sirve para las píldoras anticonceptivas. Por aquí y por allá se ve una que otra vaquilla. Una economía de subsistencia, como se acostumbra en el mundo indígena. Para el gasto y nada más. Excepto en las rancherías, en todos los demás lugares hay escuela primaria completa. A veces por el escaso número de los alumnos,

el mismo maestro atiende a todos los grados. Solamente en Santa Lucía hay una enfermera, sin centro de salud, sin medicina ni nada. Si alguien necesita alguna medicina, hay que ir a comprarla a la ciudad. La enfermera cuenta sólo con lo más esencial.

Visitando los hogares

Es lo primero que decido hacer para conocer la situación: recorrer todo el territorio parroquial, visitando todos los hogares uno por uno, sean o no católicos. Una experiencia inolvidable, una aventura dentro de la aventura, confiando en la enseñanza del Maestro: “Conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí” (Jn 10, 14). En el fondo, se trata de una apuesta a favor de la Palabra de Dios, confiando en su eficacia en orden a la salvación. “Si hasta ahora — me pregunto— he apostado por la filosofía y todo tipo de saber humano para resolver los problemas de mi vida y los de la misión, ¿por qué de hoy en adelante no puedo apostar por la Palabra de Dios como fuente de inspiración para resolver cualquier tipo de problema y de una manera especial los problemas relacionados con la fe?” ¿El resultado? Enormes satisfacciones, entre dificultades, humillaciones y rechazos.

Alguien me pregunta:

- Padre, ¿por qué vino aquí?
- Para conocer a la gente y los lugares.
- ¿Qué le parece?
- Muy bonito.

Noto que se ríen todos con cierta malicia. Algún tiempo después alguien me explica el enigma:

— Padre, dicen que usted vino aquí porque en su tierra no hay maíz.

Ni modo. Cada quien ve las cosas con el color de sus lentes.

En una ocasión, visitando los hogares, un evangélico fanático me grita:

— ¡Conviértete, adorador de ídolos!

Trato de calmarlo para dialogar. Nada. Se encuentra en un estado de conciencia alterado. Es que no sabe “predicar” de otra manera. Lo compadezco. Sus mismos familiares y vecinos se sienten apenados por lo que está sucediendo. Sigo adelante como si nada hubiera pasado.

Donde me permiten, hago una breve oración, teniendo en cuenta la situación en que se encuentra la gente. A veces insisto en la paz del hogar, otras veces en pedir a Dios por la salud de algún enfermo, por la

lluvia, la cosecha, etc. Alguien me pide que bendiga la casa, las imágenes o los animalitos. Accedo siempre de buen grado, tratando de aprovechar para aclarar ciertos aspectos de la fe.

En una ocasión una indita me pide que bendiga la cochina:

— Padre, quiero que bendiga la cochina, porque es muy flaca y, cada vez que tiene cría, se le muere.

— Con mucho gusto — le contesto. Tomo el agua bendita y procedo—: “Señor, bendice esta cochina y concédele engordar bien para que pueda alimentar debidamente a su cría y algún día pueda transformarse en ricos chicharrones, que todos juntos vamos a comer, pensando en la patria eterna”. Amén.

Curiosidad

Para todos represento un motivo de curiosidad. Los niños, al verme, o lloran o quieren tocarme la barba. A los adultos les extraña mi manera de ser y actuar. Se fijan en todos los detalles. Alguien confiesa:

— Me gustan las manos del padrecito: son blancas y gorditas y se parecen mucho a las patas del cochino.

Todos quieren acercarse a mí, palparme, oír mi voz, ver cómo visto, hablo y duermo. Sí, quieren verme también mientras duermo. Disimuladamente se acercan adonde estoy descansando y me miran. A veces me encuentro recostado en un catre, otras veces reclinado sobre una mesa y otras sentado en un sillón cubierto con piel de tigrillo. Los más chiquitos se acercan para tocarme. Nadie quiere perderse la oportunidad de ver algo diferente de lo normal, como si yo fuera en personaje de circo. Ni modo. Es parte de su cultura.

Alimentación

¿Y para la alimentación? Donde y cuando se puede. Mi norma: nunca pedir nada. Cuando me den y lo que me den. Un verdadero misionero: lomo de burro para cargar mi mochila con los efectos personales, patas de perro para ir de un lugar a otro sin mayores dificultades y estómago de cochino para comer de todo.

En una ocasión me quedo un día y medio sin comer nada. Es que a nadie se le ocurre darme algo de comer. Todos piensan que el padrecito ya tiene dónde comer y qué comer, que sin duda será algo muy especial. Para beber, llevo mi cantimplora que abastezco de agua hervida o tomada de algún riachuelo de montaña o nacimiento. Después de un día y medio de ayuno forzado, un par de ancianitos me preguntan si acepto acompañarlos a tomar los alimentos con ellos, lo que consideran

un gran honor. Acepto de buen grado: unas enormes tortillas con frijoles. Me saben a maná bajado del cielo. Es el milagro del hambre.

Otras veces, en cuestión de dos o tres horas, tengo que hacer desayuno, comida y cena. Tengo que aprovechar cuando hay. Un día, al ir de un pueblo a otro, subiendo y bajando unos dos cerros, casi me desmayo por falta de agua y de comida. Cuando ya estoy por rendirme, sentado a la sombra de un árbol, pasa alguien y me ofrece un poco de agua y unas dos tortillas frías. Parece un ángel bajado del cielo. Recobradas las fuerzas, vuelvo a ponerme en marcha hasta llegar a mi destino.

Otro día, al regresar de San Pedro a Santa Lucía, una caminata de un día entero, me siento exhausto, completamente empapado de sudor. Pues bien, un cantinero, alejado de la Iglesia por vivir con dos mujeres en la misma casa, me ve llegar, entiende mi situación, entra en la cantina, destapa un refresco y me lo ofrece. Él sí sabe qué quiere decir tener sed. Mientras tanto, me observa, intenta decirme algo acerca de su situación, se emociona... Apenas logra balbucear: "Padrecito, más tarde lo voy a ver en el curato". La primera oveja perdida regresa al redil. Mi primer éxito apostólico en estas tierras. Ya no me faltarán refresco en el curato y todo gratis. Mi primer bienhechor. Pronto cambia la cantina en una tienda. Por lo menos por lo que se refiere a la alimentación, mi futuro ya está asegurado.

Buscando a la oveja perdida

Las visitas domiciliarias ¡una verdadera bendición del cielo para los hogares! ¡Cuántos problemas resueltos en tan poco tiempo!

En una ocasión, un niño me toma de la mano y me lleva hasta su casa. No habla español; por lo tanto no entiendo el porqué. Es que el papá le está pegando a la mamá. Al verme, todos quedan como petrificados. No saben si están viendo al padre en carne y hueso o se trata de una alucinación. Tratan de decir algo, pero no logran articular palabra. Me retiro para regresar unas horas después. Hay desahogos, reclamaciones, quejas, aclaraciones, propósitos... La luz empieza a brillar en aquel hogar ¡y con tan poco esfuerzo!

En otra ocasión, pasando de un hogar a otro, siempre con mi Biblia en la mano, encuentro a un grupo de personas reunidas en el patio de una casa. Alguien les está enseñando la Biblia. Entiendo que no son católicos. De hecho, me miran en actitud desafiante. Pido disculpas y hago señas de retirarme. Pero el casero se me acerca con mucho respeto y me invita a pasar, tomando asiento con los demás. Acepto. Se suspende la clase y empiezan las preguntas sobre las

imágenes, la virginidad de María, el bautismo de los niños... Es mi mero mole. Quedan asombrados. El mismo pastor, después de un intento de provocación mediante ataques contra el Papa y la Iglesia Católica en general, al ver la actitud serena de parte mía y del casero, se calma y empieza a quejarse por el abandono en que se encuentra el pueblo católico a causa del clero, que lo único que sabe hacer es entrometerse en los asuntos políticos, que no tienen nada que ver con su misión.

— Desde mi niñez — confiesa—, yo quería ser sacerdote y de hecho durante algunos años estuve en seminario. Pero pronto me fastidié. En realidad, lo que se hacía era puro estudio de cosas que no tienen nada que ver con la fe. Nada de Biblia. Solamente la Liturgia de las Horas. Por eso me salí y me metí en una iglesia evangélica. Ahora me siento feliz, enseñando la Palabra de Dios a tanta gente abandonada y al mismo tiempo sedienta del agua viva que es Cristo.

Les hablo del proyecto de *un Nuevo Modelo de Iglesia*. Se ven impresionados. Conclusión: insisten en que me quede para tomar con ellos los sagrados alimentos y seguir hablando de los cambios que considero necesarios para poner al día a la Iglesia Católica. Oramos juntos. Ya nos entendemos. Nos sentimos de la misma familia. Sigo acompañándolos en su estudio bíblico. Poco a poco van reconociendo a su verdadero pastor, mientras el ex seminarista desaparece de la escena.

A veces, viajando de un pueblo a otro, encuentro papelitos enrollados, colgando de la rama de algún árbol. Tomo uno y lo abro: son ataques en mi contra. Se me tilda de idólatra, satánico y perdido. Ni modo. Es el fanatismo de los grupos proselitistas. Odian a los católicos por ser ignorantes en cuestiones bíblicas y, cuando encuentran a alguien que conoce la Biblia, lo odian más por frustrar sus planes de conquista.

Me cuentan de un pueblo en el cual todos se acaban de cambiar de religión de una manera inexplicable. De inmediato me traslado al pueblo y solicito al agente municipal una asamblea general. Pregunto la razón del cambio.

— Es que los gringos ofrecen una cierta cantidad mensual de dinero a los que logran convertir y pastorear a diez hombres con sus respectivas familias — contesta el agente municipal—. Ya se formaron tres grupos.

— Aquí ¿cuántos jefes de familia hay? — pregunto.

— Un total de 35.

— Así que quedan aún cinco jefes de familia sin integrarse a ningún grupo.

— Precisamente.

— Ahora bien — me dirijo directamente a los supuestos pastores, ustedes ¿qué van a hacer con el dinero que les van a dar los gringos? ¿Lo van a repartir entre todos o será para ustedes?

— Será para nosotros.

— Y los demás, ¿qué tienen que hacer para conseguir cada mes la misma cantidad de dinero?

— Tienen que ir a convencer a la gente de los pueblos vecinos.

Todos entienden dónde está el truco y regresan al redil. Se quedan “evangélicos” solamente los tres aspirantes a pastores con sus familias. Ya sus ovejitas abrieron los ojos y los dejaron. Aquí se ve claramente como es posible resolver muchos problemas mediante una oportuna intervención.

En otro pueblo la autoridad prohíbe a la gente acercarse a mí, para que en la mayor brevedad posible me aleje del lugar. ¿La causa? Los rezanderos se ven amenazados por mi presencia. ¿Por qué? Porque tienen la costumbre de bautizar a los niños recién nacidos a cambio de una cierta cantidad de dinero, que comparten con la misma autoridad.

¿Qué hacer? Me dedico a leer y escribir, puesto que no me es posible tener contacto con la gente. ¿Y para comer? Unas naranjas que encuentro en los campos. No existe mejor dieta para adelgazar: caminar mucho y comer poco. De hecho, en unos meses de estancia en Sierra Azul, caminando mucho y comiendo poco, bajo unos 20 kilos. ¡Qué bueno que cuento con una buena reserva de calorías!

Bestias mañosas

Poco a poco la gente me va conociendo y de vez en cuando alguien me presta alguna bestia para trasladarme de un lugar a otro. Así poco a poco me voy familiarizando con los burros, las mulas, los machos y los caballos.

Los burros por lo general son pacientes y lentos. No por casualidad le tildan de burro a uno que no le pone demasiado interés a lo que hace, nunca aprende bien las cosas y es desganado. “Es un burro — dice la gente—. Lo toma todo con calma. Ahí se va”. De todos modos, también los burros sirven para algo. Sin pena ni gloria, ayudan a la gente sencilla a trasladarse de un lugar a otro y a llevar la carga. Andan, comen y duermen. ¿Qué más les podemos pedir?

Después vienen las mulas y los machos. ¿Su característica fundamental? La terquedad. Son extremadamente cautelosos y precavidos. Pero de una manera especial son tercos. Cuando dicen que no, es no, pase lo que pase. No dan un paso, sin estar seguros del resultado.

Primero ponen la pata para tantear el terreno y, solamente cuando están seguros de que están pisando algo firme, levantan las demás patas, y así adelante.

Los caballos, al contrario, son superficiales, coquetos y presumidos. Les gusta aparentar. Se avientan, sin fijarse dónde ponen las patas. Por lo tanto, son los más expuestos a resbalar y caerse. Un día me prestan un caballo. Teniendo en cuenta el hecho de que se trata de una bajada y apenas acaba de llover, me pongo nervioso. De hecho, apenas lo monto, se avienta, sin más ni más, y, como era de preverse, empieza a resbalar por aquí y por allá. De todos modos, avanzamos rápidamente.

Aunque trate de no mirar hacia el barranco, que se encuentra a un lado del camino y a cada rato amenaza con tragarme, ando siempre con el corazón en la garganta, listo para cualquier contingencia. Casi al terminar la bajada, quien sabe si por descuido o por querer impactar con una última hazaña, el caballo se avienta, pierde el equilibrio y cae, arrastrándose por un buen tramo con las patas y la panza pegadas al suelo.

No sé si por gracia de Dios o por la destreza del jinete, el hecho es que la aventura no pasa a mayores. Al final, el caballo se para bien enlodado, con los arneses rotos y algunos rasguños en las patas y el vientre, mientras un servidor sale totalmente ileso. Evidentemente hago el propósito de no volver a utilizar nunca el caballo, cuando se trata de subidas o bajadas, aunque me lo pidan de rodillas, propósito del cual me olvido sistemáticamente cada vez que se me presenta la ocasión.

Otro día, estando en el llano, me prestan un caballo. Aunque acaba de llover, pienso que no se va a presentar ningún problema. Pero pronto descubro un peligro: por aquí y por allá noto tierra removida por el agua y completamente emparejada, lo que no permite ver si el fondo del camino es parejo o hay algún hoyo. De hecho, de vez en cuando el caballo se hunde en el lodo hasta la panza.

Para evitar cualquier percance, bajo de la bestia y me voy adelante, tratando de poner los pies en las partes más seguras, mientras jalo el caballo de las riendas. Pero ¿qué pasa? Que el caballo presumido ya quiere actuar por su cuenta, se resiste a seguir mis pasos y se lanza hacia dónde le parece más cómodo y espacioso. Por desgracia, se trata de una fosa llena de lodo, por lo cual el caballo se hunde completamente, dejando apenas entrever su cabeza estirada para arriba hasta no poder más.

No obstante todos los esfuerzos que haga, no logra moverse por ningún lado. Está atrapado. Me mira con ojos suplicantes. ¿Qué hago? Por fin, alguien se da cuenta del accidente, me alcanza, toma una cuerda

y logra enlazar al caballo por el cuello. Llega otra gente y entre gritos y amenazas lo jalamos, hasta que el caballo reacciona, levanta las patas delanteras y alcanza a pisar tierra firme. Por fin, entre jaloneos y brincos, logramos sacarlo de la fosa. Es inútil añadir que, por todo el resto del camino, el desafortunado caballo no se despega de mí ni por un instante, siguiendo mis pisadas al pie de la letra. Ya se volvió en un perro faldero.

En otra ocasión, voy subiendo un cerro montado en una mula. Nada más seguro, pero al mismo tiempo lento como la muerte. Ya pierdo la paciencia, me bajo y sigo solo a pie, entregando las riendas a su dueño. Pero, ¿qué pasa? Que la mula se encapricha y no da un paso adelante, aunque le peguen. ¿Qué hago? Regreso, vuelvo a montar la dichosa mula y ésta arranca a correr hasta no llegar a su destino. Nunca me había tocado una mula tan mula.

¿Y los burros? Prefiero no hablar de ellos. Con los burros nunca pasa nada.

Serpientes venenosas

No sé si es una prueba de Dios o un intento de Satanás por tratar de desanimarme desde los inicios de mi experiencia en Sierra Azul. Un hecho es cierto: que durante los primeros meses en muchas ocasiones tengo que ver con serpientes venenosas.

Un día ando a caballo por la parte alta de la sierra. A un lado está la montaña y al otro un tremendo barranco. Un muchacho anda adelante, jalando el caballo. A un cierto momento, oigo un ruido extraño entre las hojas. Miro y apenas logro ver una serpiente enrollada, de grueso tamaño, que se dispara contra de mí como un resorte. Instintivamente le pego una patada al caballo, que reacciona de inmediato dando un brinco para adelante.

Con eso la serpiente no logra alcanzar ni a mí ni al caballo y cae en el vacío. El muchacho alarmado voltea para atrás y alcanza a ver la serpiente, mientras se pierde hacia el fondo del barranco. Su cara cambia de color. Me mira espantado y exclama: "Malo, padre, muy malo".

En otra ocasión, estoy sentado sobre un tronco de árbol para descansar. El acompañante me grita: "Cuidado, padre" y me señala algo entre mis pies. Miro y entre la hierba descubro una víbora somnolienta. No sé qué hacer. Mientras busco una solución, el acompañante saca el machete del cinto y con un golpe certero le vuela la cabeza. También esta vez yo la hice.

Ni modo. Es la vida del misionero. Por eso desde un principio Jesús puso en guardia a sus discípulos acerca de este peligro y les

aseguró su protección: “Miren: les di poder de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo poder del enemigo. Nada les podrá hacer daño” (Lc 10, 19). Y con esta confianza, sigo adelante.

Capítulo 3

MIGUELITO, EL CHANGUITO

Un caso desesperado

En Santa Lucía, la cabecera parroquial, muchos me hablan de Miguelito, el changuito.

— Padrecito, ¿ha visto a Miguelito, el changuito?

— ¿Es cierto que Miguelito tiene patas de chango?

— ¿Por qué lo tienen siempre amarrado?

No sé qué contestar. En realidad, en los distintos recorridos que he hecho de casa en casa, nunca me ha tocado ver a ningún Miguelito, el changuito.

— Es que Miguelito come tierra — comenta la gente.

— Les pega a sus papás y a sus hermanitos. Por eso lo tienen siempre amarrado.

Me lleno de curiosidad. Quiero conocer a Miguelito. Alguien me señala el lugar donde vive.

— Disculpe: ¿aquí vive Miguelito? — pregunto a una indita encorvada, que está tejiendo en el umbral de una choza.

— Aquí no vive ningún Miguelito — contesta la indita en un castellano casi indescifrable.

— Me dijeron que lo tienen escondido. ¿Por qué? — insisto.

La indita me cierra la puerta en la nariz. Posiblemente le da pena. Me retiro. Será para otra ocasión, cuando se me presente alguna oportunidad. Lo que sucede pronto: don Onofre, compadre de don Ángel, el papá de Miguelito, quiere que lo acompañe a la casa de Miguelito, su ahijado de bautismo. Aprovecho de inmediato.

— Miguelito — me explica don Onofre— es un caso desesperado. Nunca se ha dado algo parecido en nuestra familia. Es que desde la

niñez está como trastornado. No sabemos si algún espíritu malo se metió en él o qué es lo que le pasó.

— Ahora ¿cuántos años tendrá? — le pregunto.

— Unos 25 años. No quiere levantarse para caminar como hace toda la gente. Prefiere ir siempre arrastrándose o andar como los changos, con las cuatro patas. Cuando alguien lo mira, se enoja mucho y le avienta cosas. Lo hemos llevado con los mejores brujos de la sierra alta y nada. Le han hecho todo tipo de limpia, con huevos y con gallinas, pero Miguelito no quiere o no puede levantarse. Sabrá Dios lo que le está pasando a Miguelito. Fíjate que una vez le pegó al curandero del pueblo, cuando le quería hacer una limpia. Otra vez, cuando el pastor empezó a orar por él para sacarle el demonio, lo agarró y casi lo estrangulaba. Tuvimos que intervenir todos para liberarlo. Fíjate que, cuando Miguelito se pone furioso, tiene una fuerza tremenda. No sé qué podemos hacer para que mi ahijado pueda sanar. Ya hicimos celebrar algunas misas con el p. Carlos y todo sigue igual. ¿No habrá algún remedio más efectivo para que sane mi ahijado?

Don Onofre trata de ocultar su emoción, mientras yo intento consolarlo:

— No se preocupe, don Onofre. Para todo hay remedio. Verá que Miguelito se va a curar. Con la ayuda de Dios lo vamos a lograr.

En la casa, una choza de seis metros por diez, se encuentran todos: papás, hermanos, sobrinos y nietos. Parece que hay una reunión familiar. Al ver a don Onofre todos se alegran y se levantan para saludarlo y ofrecerle un asiento. Quedan sorprendidos cuando descubren mi presencia tras él. Don Onofre los tranquiliza, explicándoles:

— El p. Antonio es mi amigo. Por eso pensé invitarlo. Estoy seguro que nos podrá ayudar en el caso de Miguelito.

Todos pasan a saludarme y manifestarme su agradecimiento por cuanto voy a hacer a favor de Miguelito. La mamá empieza a llorar. El papá se ve demasiado cansado. Explica:

— Ya no sabemos qué hacer con mi hijo. Hemos hecho todo lo posible para ayudarlo a sanar. Sin embargo, en lugar de mejorar, se está empeorando cada día más. A veces nos pasamos toda la noche en blanco.

— Es que grita — comenta la mamá—, se queja, nos avienta la comida... Por su culpa, desde hace muchos años, no hay paz este hogar.

— Sinceramente — confiesa don Ángel, el papá de Miguelito—, a veces he tenido la tentación de quitarme la vida. Ya no aguanto más.

Desorden y suciedad

— ¿Por qué lo tienen amarrado? — les pregunto.

— Para que no se salga a la calle — contesta don Ángel.

— Nos da pena que lo vea la gente — añade una hermana—. Le dicen “Miguelito, el changuito”. Se siente muy feo.

— ¿Qué les importa a ustedes lo que dice la gente? — declaro con firmeza—. Miguelito tiene derecho a salir a la calle como todos los demás.

Miro hacia el fondo de la choza, donde supongo que esté amarrado Miguelito, y no veo nada. Hacen señas para indicarme que se encuentra detrás del cajón. Me acerco y efectivamente allá está Miguelito, espiándonos. Al darse cuenta de que me le acerco, se asusta (¿será por la barba que llevo?) y huye. Me siento sobre el cajón que funge de cama para Miguelito y sigo mirándolo. Noto desorden y suciedad por todos lados. Empiezo a sacar la ropa que está en el cajón y la entrego a don Onofre, el padrino, para que la mande lavar. Pido una escoba y empiezo a barrer. Todos siguen mi ejemplo y en menos de una hora todo queda limpio. No obstante todas las protestas, el padrino, obedeciendo a mis órdenes, suelta a Miguelito, que pronto corre a esconderse en el cajón. Alguien le lleva una cobija. Nos retiramos todos.

Más tarde regreso con don Onofre, el padrino, trayendo para Miguelito dos cobijas y dos mudas de ropa limpia. El papá y el padrino hacen señas a Miguelito para que se va a poner la ropa nueva. Con cierta dificultad logran llevarse a Miguelito al patio trasero, donde está el cuarto para bañarse. Allá lo rasuran, le cortan el pelo, lo bañan, le ponen la ropa nueva y lo peinan. Miguelito parece otro. Apenas se siente libre, regresa a su cajón y se duerme profundamente.

Por causa de una herida

Antes de retirarme, pregunto a don Ángel si desde siempre Miguelito se fue arrastrando por el suelo.

— No — me aclara don Ángel—. Antes Miguelito caminaba como todos los demás. Un día se le hizo una herida en la planta de un pie y desde entonces anda así.

— Esto quiere decir que no se trata de algo congénito. Entonces, lo primero que tenemos que hacer es luchar para que se levante Miguelito. Después veremos lo demás.

Y preparo mi estrategia: cuando me encuentro en Santa Lucía, todas las tarde voy a visitar la familia de don Ángel para tomar mi cafecito. Al terminar, antes de retirarme, saco unos dulces de mi morral

y entrego uno a cada miembro de la familia. A Miguelito le entrego siempre dos.

A veces hago señas a Miguelito, indicándole que se acerque a la mesa para acompañarme a tomar el cafecito. No acepta. Al contrario, se aleja más y a veces corre a esconderse en el cajón. En una ocasión demoro unos días sin ver a Miguelito, por encontrarme fuera de Santa Lucía. A mi regreso, me apresuro a visitarlo, como siempre con el pretexto del cafecito. Al verme entrar en la choza, Miguelito se enoja, echa un grito, me avienta un traste de la cocina que casi me da en la cara, se cubre el rostro con las manos, huye al patio y se esconde en el cuarto donde se bañan. No quiere verme.

La magia de los dulces

Me cuentan que todos los días Miguelito se ve inquieto cuando llega la hora del cafecito. Al no verme llegar se pone de mal humor. Se ve que los dulcecitos están surtiendo su efecto. Pido un plato, lo lleno de dulces y me voy al patio. Me siento sobre un tronco de árbol detrás de una mesita. Pronto me alcanzan todos los miembros de la familia con el dichoso cafecito. Me levanto, me acerco al baño y hago señas a Miguelito para que se acerque y tome sus dulces. Miguelito hace un berrinche y voltea la cabeza para otro lado. Se ve que está muy enojado. Entonces interviene don Ángel, que lo toma de la mano y trata de obligarlo a acercarse a la mesa. Nada. Empezamos a tomar el cafecito, acompañándolo con galletas en forma de animalitos. De vez en cuando nos comemos un dulce.

Cuando ya estamos en confianza, empiezo a contar chistes. Es tanta la risa que les da a todos (¿será por las muecas que hago?) que se produce un alboroto incontenible. Todos se mueven por aquí y por allá y se tapan la boca (¿será por la pena que les da mostrar su dentadura ya fuera de combate?), mientras alguien trata de remedar algún gesto mío o comentar algún detalle. En poco tiempo todo se vuelve un pandemonio. Ya nadie se acuerda de Miguelito.

Mientras tanto ¿qué pasa? Miguelito se aprovecha de la confusión para acercarse a la mesa y llevarse el plato de los dulces. En efecto, cuando regresa la calma, miro para atrás y veo a Miguelito bien tranquilo con el plato en las manos, mientras saborea los últimos dulces que quedan.

Ya la hicimos. Dimos otro paso adelante. Ahora me falta dar el zarpazo definitivo. ¿Cómo?

La sorpresa

Antes de retirarme, invito a don Ángel a reunir para el día siguiente a todos sus hijos y nietos.

— Cuidado. Mañana habrá algo muy especial. Que nadie falte, especialmente los niños.

— Sí, padre — me asegura don Ángel—. Ahora mismo les avisaré a todos para que traigan a sus hijos.

Al día siguiente todos están presentes para el cafecito. Como siempre, al final reparto un dulce a cada uno y dos a Miguelito. Todos esperan con ansia la sorpresa. Saco del morral una bolsa tamaño familiar llena de dulces y la enseño a los niños (unos doce en total).

— Niños, vamos a hacer una competencia. Aquí sobre la mesa pongo la bolsa de los dulces. El primero que llegue corriendo desde el fondo del patio, se lleva la bolsa con todos los dulces.

Un gran alboroto acompaña mis palabras. Todos se preparan para la gran carrera. Miguelito está inquieto. Hace señas que quiere para él la bolsa de los dulces. El papá le explica lo que tiene que hacer. Todos se forman en el fondo del patio. Doy la señal de arranque:

— Uno, dos y tres... a correr todos.

Y empieza la carrera. Un chiquitín cae pronto; mientras el más grandecito (de unos cuatro años) trata de levantarlo, Miguelito toma la delantera arrastrándose. Cuando el más grandecito retoma la carrera y rebasa a Miguelito, este se levanta y en un instante llega a la mesa y se lleva la bolsa de los dulces. Todos aplauden. Emoción general: Miguelito se levantó. La mamá lo abraza y no quiere soltarlo. Ya Miguelito dejó de ser "el changuito". Ya es uno como todos los demás. Todos se le acercan para felicitarlo, entre palmadas y abrazos. Por último me le acerco yo también:

— Miguelito, de hoy en adelante tienes que caminar parado como todos los demás. Solamente así te voy a seguir dando dulces.

Compartiendo dulces

Todos tratan de explicarle a Miguelito mediante señas lo que le acabo de decir. Miguelito promete que lo va a hacer. Lo sientan a la mesa y le ofrecen una taza de café. Miguelito no les hace caso. Abre su bolsa de dulces y empieza a distribuirlos a todos los niños. Es una apoteosis. Todos gozan.

Pronto la noticia se esparce por el pueblo. Todos hablan del milagro del p. Antonio, que hizo levantar a Miguelito. Ya no dicen: "Miguelito, el

changuito", sino simplemente "Miguelito" o "Miguelito, el mudito". Yo me río en mis adentros:

— Si la gente supiera realmente lo que pasó, en lugar de hablar del milagro del p. Antonio, hablaría más bien del "milagro de los dulces", un milagro que se repite muy seguido. Por lo menos ésta es mi experiencia personal.

Pasan los días y Miguelito ya aprendió a caminar parado. De vez en cuando vuelve a su antigua costumbre, sentándose en el suelo y arrastrándose. Pero pronto alguien lo ayuda a levantarse. Su único problema ahora es cómo convencerlo a salir fuera de su casa. Es que le tiene pánico a la gente extraña.

Hay que esperar. Hay que dar tiempo al tiempo. Un paso tras otro y estoy seguro de que con el tiempo lograremos ganar también esta batalla.

Capítulo 4

UN BARCO SIN RUMBO

De contemplativas a revolucionarias

Hurgando en los archivos parroquiales, de vez en cuando me topo con algo que tiene que ver con las “hermanas contemplativas” de San Antonio, un pueblo que se encuentra en la cumbre de una montaña, a unas cinco horas de distancia de Santa Lucía. Un lugar ideal para una comunidad de vida contemplativa.

Puesto que nadie en Santa Lucía sabe decirme con exactitud qué pasó con esa comunidad, me traslado al municipio de San Antonio y pido informes al sacristán.

— Desde hace unos cinco años — me aclara— ya no hay nada. Las hermanas demoraron aquí unos ocho años. Al principio todo marchaba bien: oración con el pueblo por la mañana y por la noche, visita a los enfermos, catecismo a los niños, retiros espirituales especialmente con los jóvenes y muchos consejos a la gente. Todos estábamos contentos. Con las hermanitas (tres en total, muy ancianitas por cierto), ya no nos sentíamos huérfanos por la salida del párroco. Pero este gusto nos duró poco tiempo. Un día llegaron otras tres hermanitas jovencitas y estas lo echaron a perder todo. Nada de oración, puro estudio de la realidad y pleitos con las autoridades. Nadie entendía nada. Yo por lo menos me aburrí y dejé de venir a la Iglesia. Volví otra vez al vicio. Desde entonces no sé nada de lo que pasó con las madrecitas. Parece que una de ellas se casó con el cura de San Pedro. De todos modos, si quiere saber más acerca de las madrecitas que vivieron aquí, hable con don Pablo, el que traducía al dialecto lo que ellas decían.

Entro en el curato y encuentro, arrumbadas en un escusado fuera de servicio, cajas de medicinas ya caducadas, cajas de cartillas de alfabetización y mucha propaganda en favor de la guerrilla. Posters enormes del Che Guevara y el subcomandante Marcos campean en el salón de reuniones. Me imagino ¡cómo se habrá sentido santa Teresa

de Ávila al ver a sus discípulas tan lejos de su ideal monástico y tan enredadas en los asuntos de este mundo!

Alertado por el sacristán, pronto me alcanza don Pablo, el traductor oficial de las hermanitas y su más seguro confidente. Tiene unos cuarenta años de edad, bien fornido, casado y con cinco hijos. Aunque, como él mismo confiesa, es prácticamente un autodidacta, se le nota una cierta preparación, que por lo general ha adquirido a la sombra de las religiosas.

Se nota bastante desencantado.

— Realmente — reconoce— yo creía en la revolución. Siguiendo las orientaciones de sor Carmela, la más joven entre las hermanas y al mismo tiempo la más comprometida con la causa de los pobres, me entregué en alma y cuerpo a la política. Participé en algunos cursos de concientización política en distintos lugares de la República. Hasta me pasé unos seis meses fuera del país para un entrenamiento práctico en la fabricación de armas caseras. Cuando regresé y ya estaba por integrarme a la guerrilla, tuve que detenerme por insistencia del p. Carlos. Ahora que pasó todo, me siento muy agradecido con él. En realidad, me di cuenta de que fue todo una payasada. Como siempre, los ideólogos se aprovecharon de la buena fe de la gente para llevarla al matadero y ellos volverse en grandes personalidades. De hecho, cuando hubo la refriega con el gobierno, los que pagaron el pato fueron mis paisanos, sea del lado de los rebeldes que del lado del ejército. Y por lo que se refiere a nosotros aquí en Sierra Azul pasó lo mismo. Los curitas y las monjitas se llevaron la gloria en los periódicos y encuentros a nivel nacional e internacional y, cuando se acabó todo el cuento de la revolución, nos dejaron alborotados y colgando. Sencillamente se fueron. Carmela se juntó con el cura de San Pedro, Rita se enamoró del maestro... El hecho es que de un momento para otro nos dejaron sin medicinas, sin desayunos para los niños, sin catequistas... Nos quedamos con el paquete solamente el sacristán y yo. Aguantamos solamente unos meses. Al final nos cansamos de esperar alguna orientación de parte de ellas o de los curas y tiramos la toalla.

Me habla de hortalizas, huertas familiares, dispensario médico, cría de conejos, cursos de alfabetización, fosas sépticas, puentes de madera sobre los arroyos y puentes colgantes sobre los ríos y de una cooperativa de consumo, dirigida desde la capital del estado por un tal Juan, cooperativa que pronto fracasó.

A expensas del pueblo

Puesto que el asunto me parece demasiado importante en orden a profundizar la situación en que se encuentra el pueblo de Sierra Azul,

decido tratarlo en el próximo encuentro que tenemos los curas de la región.

— A decir la verdad — confiesa el p. Carlos— yo nunca logré entender bien todo este enredo. Nunca me gustó esta mezcla que hicieron entre religión y política, asuntos del cielo con asuntos de la tierra. Mi regla de oro ha sido: zapatero a tus zapatos. Que cada quien haga lo suyo. Los curas y las monjas con lo nuestro; las autoridades y los maestros con lo propio. Yo nunca entendí realmente qué pretendían esas monjas cuando descuidaron las cosas de Dios para meterse en todo este lío.

— Yo, al contrario — reconoce el p. Eugenio—, desde un principio vi con buenos ojos esta toma de conciencia de parte del pueblo, que se estaba dando con los seguidores de la teología de la liberación, y me metí hasta el cuello. Participé en sus encuentros y me empapé completamente de sus ideas. Tenía la firme convicción de que una nueva era estaba por empezar para las masas populares empobrecidas y oprimidas. Por eso abandoné a su destino todas las asociaciones piadosas que había en la parroquia y me dediqué totalmente a las comunidades eclesiales de base. No se hablaba más que de solidaridad con los pueblos de Centro América, que se encontraban en un conflicto armado. Todos esperábamos con ansia el momento en que esto se diera también en México, para saborear algo de la epopeya sandinista. Hasta que surgió el subcomandante Marcos y nos volcamos en favor de su causa. Después poco a poco todo se fue enfriando por lo menos de mi parte. Empecé a pensar: “¡Qué casualidad que el levantamiento armado se haya dado precisamente el mismo día en que entró en vigor el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos!” Empecé a atar cabos y llegué a la conclusión de que todo estaba arreglado entre los sedicentes guerrilleros y el gobierno. En realidad, se supo después que el gobierno estaba perfectamente enterado de la consistencia real de los insurgentes, sus efectivos, que no rebasaban las trescientas unidades, la ubicación precisa de sus campamentos, el tipo de armamento de que disponían, la clase de entrenamiento que estaban realizando y sus movimientos de un lugar a otro. Lo mismo de parte de la Iglesia. ¿Para qué, entonces, se dio un levantamiento armado, si de antemano se sabía que iba a fracasar? ¿Quién sacó provecho de todo esto? Antes que nada el PRI-Gobierno, que con el fantasma de una guerra fratricida aglutinó en su favor a todas las fuerzas políticas de la nación. De hecho, tal vez nunca el PRI consiguió tantos votos reales en toda su larga historia como en las elecciones que se dieron en aquel año. Al mismo tiempo se aprovechó el clero local, que estaba en entredicho ante Roma por sus ideas y prácticas pastorales poco ortodoxas. Al fungir de mediador en el conflicto,

logró atrasar la aplicación de las medidas disciplinarias en su contra. Y por fin se aprovechó el subcomandante, que, una vez seguro de sí, se liberó del tutelaje clerical y tomó las riendas de la situación. Y todo esto ¿a expensas de quiénes? Del pueblo, como siempre. El pueblo tuvo que pagar los platos rotos. Sencillamente tuvo que poner los muertitos. Y lo peor del caso es que nunca se supo con certeza cuántos murieron entre soldados e indígenas, combatientes y simples civiles. Es que a nadie le interesa el pueblo real. Todos hablan, actúan y comen en nombre del pueblo, y a la hora de los trancazos lo dejan solo. Sinceramente, estoy asqueado de todo eso. A veces me pregunto: “¿Adónde fue a parar el montón de dinero que las ONG’s de todo el mundo les enviaron, dizque como ayuda humanitaria?” Todo se esfumó como por arte de magia y los pobres siguen igual.

Capitalistas contra el capitalismo

— Lo mismo pasó con el dichoso Juan, el de las cooperativas — sigue el p. Tadeo—. Muy en favor de los pobres, luchador social y tantas otras cosas más. Y al final ¿qué se descubre? Que recibe dinero del extranjero para llevar a cabo sus proyectos en favor de los pobres. ¿Y adónde va a parar ese dinero? A sus bolsillos. Basta ver en qué señora casa vive actualmente, con secretaria, sirvienta y vigilante. Un perfecto burgués, disfrazado de promotor social. Anda de pueblo en pueblo con su buena camioneta de doble tracción promoviendo la medicina alternativa, el abono natural y la ecología, mientras vive como un verdadero señor en una mansión de ricos. Así justifica sus gastos ante sus patrocinadores.

— Por lo que se refiere estrictamente al asunto de las cooperativas — comenta el p. Eugenio— resulta que en el fondo se trata de un verdadero negocio, manejado por el señor Juan en el más puro estilo capitalista.

— ¿En qué sentido? — pregunto.

— En el sentido de que él compra toda la mercancía y la vende a las cooperativas, subiéndole el precio. Y con eso en teoría elimina a los intermediarios y en la práctica se pone él mismo como intermediario único, sin posibilidad de competencia.

— Negocio redondo, populismo perfecto, demagogia y explotación — comento—. Un lobo más con piel de oveja.

Claro que el juego no pudo durar eternamente. A un cierto momento alguien se dio cuenta de la trampa y las cooperativas empezaron a independizarse o de plano fracasaron.

— De todos modos — concluye el p. Carlos—, algo se logró con las experiencias de las hermanitas, el señor Juan y los curas liberadores. El pueblo empezó a tomar conciencia de su realidad y a organizarse. Ojalá que sigan adelante por su cuenta, sin el patrocinio constante de la Iglesia. Que los laicos más despiertos y comprometidos empiecen a tomarse su responsabilidad. Ahora sí, como decía antes, “zapatero a tus zapatos”. Que cada quien se dedique a lo suyo.

¿Y la pastoral?

— Ahora — retoma la palabra el p. Eugenio — mi pregunta es: ¿Qué hago con las comunidades eclesiales de base, que se establecieron en mi parroquia? ¿Sigo con ellas? ¿Las dejo morir como hice con las asociaciones piadosas? De por sí, desde el fracaso de la guerrilla, están languideciendo, como si hubieran perdido su humus natural.

Contesta el vicario episcopal:

— Yo creo que no es conveniente abandonarlas. Sería mejor encargarlas de todo lo que se refiere a la promoción social.

— Teniendo en cuenta lo que el p. Antonio comentaba en nuestro primer encuentro, que por cierto no ha dejado de cuestionarme durante todo este tiempo, me gustaría saber — se dirige a mí directamente— ¿qué me sugiere para entrar más directamente en un plan de evangelización?

— Creo que sería conveniente enviar algunos varones más despiertos a la Escuela de la Cruz. Así empiezan a tomar contacto con un tipo de cristianismo más auténtico, en que se habla de conversión, entrega y apostolado.

— Yo sinceramente no estoy de acuerdo con los movimientos — interviene el p. Tadeo—, porque crean confusión entre la gente al traer ideas, que a veces los mismos curas no entendemos.

Con esto los ánimos empiezan a caldearse, esgrimiendo cada quien sus argumentos a favor o en contra de los movimientos apostólicos, que hasta la fecha era un asunto tabú en Sierra Azul.

— Ya el pueblo está dividido en un montón de sectas — opina el p. Carlos, vicario episcopal—. Falta ahora que también al interior de la Iglesia haya divisiones. Si de por sí son tan pocos los católicos que aún siguen practicando la religión, ¿por qué no hacemos todo lo posible para que se mantengan unidos?

— No se trata de dividir a los pocos católicos que quedan — intervengo—, sino de ayudarlos a dar un paso adelante hacia la madurez cristiana.

— Bueno — insiste el vicario episcopal—, hoy se mete la Escuela de la Cruz, mañana la Renovación en el Espíritu Santo, tan parecida al pentecostalismo protestante, después quién sabe qué. Yo de plano no me siento a gusto con tantos enredos.

— No se trata de sentirse a gusto, sino de ayudar a los feligreses a dar un paso adelante en su camino hacia Dios, cada uno según su manera de ser. ¿Qué dice San Pablo en la primera carta a los corintios, capítulo 12? Allí se habla de los carismas o dones del Espíritu Santo. Dejemos que el Espíritu Santo sople también en Sierra Azul.

— Usted, p. Antonio, siempre con su Biblia. Se parece mucho a los protestantes.

— Mire, p. Carlos, a mí no me importa si me parezco o no a los protestantes. Lo que me importa es la fidelidad a Cristo y a su Iglesia. Lo demás me tiene sin cuidado. Por otro lado, si de veras ustedes creen tanto en el ecumenismo, ¿cómo lo van a lograr? ¿Sin Biblia? Seamos realistas. El ecumenismo no consiste en abandonar a nuestros feligreses en manos de cualquier pelado que los quiera conquistar. Es esencialmente diálogo. Ahora bien, ¿cómo es posible dialogar con los protestantes, sin utilizar la Biblia?

Me doy cuenta de que nunca nos vamos a entender, puesto que tenemos mentalidades totalmente diferentes. Noto que los tres veteranos de Sierra Azul no están dispuestos a profundizar el tema. Tal vez les resulta demasiado complicado manejar argumentos de tipo teológico, acostumbrados a decidir todo con el principio de autoridad: "Aquí mando yo y basta". De hecho, el vicario episcopal pronto corta todo por lo sano con el pretexto de que "ya se hizo tarde; será para otra vez". Entiendo que piensan solucionar el problema entre ellos mismos, como siempre han hecho. Según ellos, un servidor es un novato en la región. ¿Qué les puede enseñar? Ni modo. Que Dios los agarre confesados.

Capítulo 5

DOMINGO, EL REZANDERO

Signo de contradicción

Siguiendo en mi recorrido por los pueblos y las rancherías con miras a conocer la realidad en que se encuentra la Iglesia en Sierra Azul, me topo con un personaje muy especial, del cual todos hablan a escondidas: Domingo, el rezandero. ¿Por qué tanto misterio sobre Domingo, el rezandero? Empiezo a investigar sobre el asunto.

— Es que no obedece a los curas — opina un maestro—. Es testarudo. Hace siempre lo que quiere.

— Es un fanático. Siempre con su rosario en la mano. No quiere trabajar — afirma el dueño de la tienda.

— Es un verdadero santo — declara con orgullo una ancianita piadosa— y cada mes me acompaña en el novenario a la Virgen de Guadalupe.

— Domingo es mi rezandero de confianza — confiesa un indito, que apenas habla español—. Cuando necesito algún rezo, invito siempre a Domingo. No cobra nada ni se emborracha, como hacen todos los demás. Es una buena persona. Somos muchos los que lo queremos. El padrecito que se fue no lo quería. Es que le tenía envidia. Todo el pueblo quiere mucho a Domingo.

— ¿Domingo, el excomulgado? No quiero verlo ni en pintura — afirma categóricamente una señora, que habla perfectamente el castellano—. Después me entero de que se trata de la ex religiosa de san Antonio que se casó con el maestro.

Decido conocerlo personalmente para descifrar el misterio. Afortunadamente, él mismo se presenta al curato espontáneamente y me cuenta toda su historia.

Un católico a la antigüita

— Desde niño acompañaba a mi papá en los rezos. Con él aprendí todo: el rezo del santo rosario, el novenario de difuntos, las novenas y los cantos de la misa. Antes la misa era en latín; ahora se hace todo en español. Yo tengo todo escrito en una libreta.

— A tu papá ¿quién le enseñó todo eso? — le pregunto.

— Un rezandero le enseñó los rezos y el cantor le enseñó los cantos. Fijese que en aquel tiempo, cuando uno quería aprender algo, tenía que pagar. Mi papá me contó que tuvo que pagar bastante para que le enseñaran los rezos y los cantos.

— ¿Quién le enseñó a leer y escribir?

— El mismo cantor. Era un borracho de primera. Pero sabía leer y escribir. Acompañaba al padre cuando celebraba la misa o daba la bendición con el Santísimo. Él enseñó a mi papá a leer y escribir y también le enseñó los cantos de la misa. Lo demás se lo enseñó el rezandero.

— En los pueblos ¿quiénes son más importantes: los rezanderos o los cantores?

— Los cantores. Todos los cantores saben leer y escribir. Además, muchos entre ellos saben también el solfá y saben tocar algún instrumento.

Un pueblo de músicos

— ¿Qué instrumento? — pregunto.

— Por ejemplo, el saxofón, la corneta, el cuerno de caza, la trompeta, el clarín, etc.

— El tambor... — continúo.

— No. El tambor no. Cualquiera puede tocar el tambor porque es muy fácil. No se necesita conocer la nota.

— Y la gente de aquí, ¿estudia música? — le pregunto.

— Ahora casi nadie conoce el solfá. Antes muchos conocían el solfá y tocaban con nota. El cantor que enseñó a mi papá, por ejemplo, tocaba y cantaba con nota.

— Y a él, ¿quién le había enseñado?

— El padre. Antes los padres enseñaban solfá a la gente. En casi todos los pueblos de Sierra Azul había banda con música de viento.

— ¿Y ahora?

— Casi nada. Los últimos curas andaban siempre de prisa y casi desaparecieron las misas solemnes. Desde cuando se celebra la misa en castellano, cambiaron muchas cosas, la gente se enfrió, llegaron las sectas y todo se fue acabando.

— ¿No hay alguien que sepa tocar la guitarra? — pregunto.

— Antes no se usaba la guitarra en la Iglesia. Solamente se usaba en la cantina. La religiosa de san Antonio, que después se casó con el maestro, fue la primera que empezó a usar la guitarra durante las reuniones de los catequistas y durante la misa. Desde entonces ya no hubo cantor en la misa y cualquier muchacho acompaña los cantos con la guitarra.

Devoto de la Virgen

Le pido a Domingo que me hable acerca de su vida. Accede de buena gana.

— Desde la niñez aprendí a ser devoto de la Virgen de la Soledad. Todas las noches, antes de acostarnos, mi papá nos reunía a todos y nos invitaba a rezar el santo rosario a la Virgen de la Soledad. A veces me dormía durante el rezo y entonces mi mamá pronto me despertaba moviéndome la mano. Me decía: “Cuando veas que te da sueño, te tienes que dar un pellizco”. Con el pasar de los años aprendí a rezar por mi cuenta, aunque no estuviera mi papá o mi mamá. Solito en la cama, antes de dormir, rezaba el santo rosario. Así uno duerme más sabroso.

— ¿Hiciste la primera comunión? — pregunto.

— Sí, a los doce años. Mi papá me enseñó los rezos. De por sí ya sabía muchas cosas, puesto que lo acompañaba cuando lo invitaban para los novenarios de los difuntos, el levantamiento de la cruz, las novenas o las misas. Lo que más me costó fue aprenderme de memoria las respuestas a las preguntas que estaban en la hojita que nos dio el padre.

— ¿Y la confirmación?

— En este pueblo están confirmados solamente los ancianos. Dicen que hace muchos años una vez llegó hasta aquí el señor obispo y confirmó a toda la gente. Desde entonces nadie más recibió el sacramento de la confirmación. Padre, aquí nosotros estamos muy abandonados. No hay confesión, no hay comunión, no hay santa misa. Vivimos como animalitos. Usted, ¿se va a quedar con nosotros?

— Vamos a ver. Por ahora vine solamente de paseo, para conocer a la gente y respirar el aire limpio de aquí. Fíjate que en la capital se respira un aire muy feo, porque allá hay mucha gente y todos en el

mismo lugar. No hay ríos, no hay árboles como aquí, no hay gallinas ni cochinos que andan por aquí y por allá.

— En México, ¿la gente no come blanquillos como aquí? ¿No hay elotes?

— En México hay de todo. Solamente que no lo siembran allá, sino que lo llevan de otros lugares.

— Mi papá un día fue a México, a la basílica de la Virgen de Guadalupe. Me contó todo lo que vio. Muy bonito. Yo también quiero ir a México para ver el santuario de mi Madre Santísima, la Virgen de Guadalupe.

Me cuenta los pormenores de la visita que hizo su papá a la basílica de la Virgen de Guadalupe y me enseña unas fotografías que lo presentan mientras se encuentra arriba en el cerro, a la entrada de la basílica y en el patio entre danzantes. Se siente feliz y orgulloso de su fe y la fe de su familia. Le pregunto si es casado.

— Me casé a la edad de dieciséis años. Mi esposa tenía trece años. Es que aquí nosotros nos casamos muy jóvenes. Especialmente antes. Ahora algunos esperan un poco hasta terminar la escuela. Antes no había escuela. Todos nos casábamos muy jóvenes. Algunas mujeres se casaban a los doce años.

— ¿Qué pasó después? — pregunto.

— Que, al dar a luz, se murió mi esposa. Aquí muchas veces sucede esto. Lo mismo pasó con mi prima. Ni modo. ¿Qué le vamos a hacer? Lo sentí mucho y lloré.

— Después ¿te volviste a casar?

— No. Me dediqué a cuidar a mi hija con la ayuda de mi mamá. Ahora mi hija ya es casada y tiene tres hijos que están sin bautizar. El padre no quiso bautizarlos porque no estaba de acuerdo con lo que hacíamos.

Conflicto

— ¿Qué es lo que hacías tú con tu gente, que no le gustaba al padre? — le pregunto.

— No le gustaba que rezáramos el santo rosario. Decía que era tiempo perdido. No le gustaba el novenario de difuntos. No le gustaba nada de lo que hacíamos antes. Nos llamaba “tradicionalistas”. Según él, todos tendríamos que ser “progresistas”.

— ¿Cómo?

— Aprendiendo a disparar. El padre hablaba siempre de la revolución. Decía que era necesario prepararse para la guerra. Usaba mucho la palabra “liberación”. Yo nunca entendí qué quería decir.

— ¿Por esta razón el padre no bautizó a tus nietos?

— Sí. Los que no querían prestar “apoyo logístico” a los revolucionarios, quedaron sin bautizar a sus hijos. Una vez yo grité en una reunión: “Nosotros, los católicos de antes, queremos “libertad”. No queremos “liberación”. Queremos seguir las costumbres de antes”. El padre se enojó muchísimos y desde entonces nos quedamos sin sacramentos.

La oveja fiel en busca del pastor perdido

— ¿Por eso la gente dice “Domingo, el excomulgado”? — pregunto.

— Sí, por eso. Es que el padre hablaba siempre en contra de mí y de la gente que no estaba de acuerdo con él. Decía que éramos desobedientes, que estábamos dividiendo al pueblo, que éramos una secta, “la secta de los tradicionalistas”, y tantas otras cosas feas.

— Y la gente, ¿le hacía caso al padre?

— Unos cuantos. La mayoría no le hacía caso. A escondidas iban a mi casa para rezar el santo rosario y prepararse a la primera comunión.

— ¿Qué pasaba con la gente que tú preparabas para hacer la primera comunión? ¿La aceptaba el padre?

— Si el padre se daba cuenta de que iban conmigo, no les daba la comunión. De otra manera, les daba la comunión a todos, sin confesión ni nada. No sé qué le estaba pasando. Yo muchas veces le dije: “Padre, nosotros los paisanos tenemos un corazón sucio: necesitamos confesión antes de comulgar”.

— Y el padre ¿qué decía?

— Que no era necesario. “Ustedes — decía— tienen que obedecerme a mí. Yo mando aquí. No se necesita confesión para comulgar”. Y daba la comunión a todos, hasta a la gente borracha y a los que tenían dos mujeres. Muchos católicos de antes no estábamos de acuerdo. Fíjese, padre, que en alguna ocasión yo llegué a pensar que el padre era como un lobo que vino aquí para destruir la fe de los católicos. De hecho, mucha gente empezó a cambiar de religión.

— ¿Qué decía el padre cuando se daba cuenta?

— Que era mejor dejar la Iglesia que desobedecerlo a él. “Si uno no quiere obedecerme a mí — decía—, mejor que se salga de la Iglesia”. Por eso muchos se cambiaron de religión.

— Y tú, ¿alguna vez pensaste salirte de la Iglesia?

— Nunca. Antes morir que hablar mal del papa o de la Virgen. Nací católico y católico moriré.

— ¿Hiciste algo para que el cura cambiara su manera de ser?

— Cada vez que hacíamos algún rezo, pedíamos por el padre, que andaba en malos pasos. Todos nos dábamos cuenta. Casi nunca hablaba de Dios. Puras cosas de este mundo: cría de pollos, letrinas y revolución. Además, se llevaba groseramente con las muchachas. Los papás no estaban de acuerdo. Pero todo fue inútil. Alguna vez quise hablarle pero no me escuchó. Cuando se acabó la revolución y vieron que no se podía hacer nada contra el gobierno, el padre dejó todo y se fue. Dicen que se casó con una madrecita de San Antonio. Padre, ¿puedo pedirte un favor?

— ¿Cómo no? ¿De qué se trata?

— Necesitamos confesión.

— De acuerdo.

— ¿Cuándo?

— Hoy mismo.

— ¿Te puedo pedir también otro favor?

— ¿Cuál?

— Queremos también casamiento. Hay muchos que no están casados por la Iglesia.

— En estos días vamos a arreglar todo esto.

— Muchas gracias, padre. Te lo agradezco de todo corazón.

Capítulo 6

EN EL SEMINARIO

Un proyecto para Sierra Azul

Compartiendo mis hallazgos, reflexiones e inquietudes con el p. Carlos, el vicario episcopal, logro aclarar muchos aspectos de la situación eclesial en Sierra Azul. Al mismo tiempo, me entero de ciertas suspicacias, que mi presencia está causando en algunos presbíteros de la arquidiócesis. Acostumbrados durante siglos a manejar los asuntos eclesiales entre gente del mismo lugar, ahora ven con malos ojos mi presencia en la región. Se sienten como amenazados en su seguridad. Temen que les vaya a opacar sus méritos o descubrir ciertas fallas presentes en su acción pastoral, que han llevado a la actual situación de evidente fracaso.

— ¿No sería conveniente que tuviera un encuentro con los superiores, los maestros y los alumnos del seminario mayor de la arquidiócesis? – me sugiere el p. Carlos –. Así se puede prevenir con tiempo el peligro de que surjan malentendidos, que en el futuro podrían perjudicar notablemente la realización del proyecto que se está elaborando con relación a Sierra Azul.

La sugerencia me parece muy oportuna. El mismo p. Carlos se encarga de concertar el encuentro, que se da unas semanas después con la participación de los presbíteros de Sierra Azul, los superiores, los maestros y los alumnos del seminario mayor, más algunos presbíteros de la cabecera arquidiocesana. Todos están ansiosos de saber qué va a pasar con Sierra Azul, que tiempo atrás llenaba las primeras páginas de los periódicos de la capital del estado con sus experiencias novedosas y atrevidas. Después, poco a poco, una cortina de silencio fue envolviendo Sierra Azul hasta pasar al más completo olvido. Ahora vuelve a las honores de la crónica con la sorpresa de que existe un proyecto especial para Sierra Azul.

El mismo rector del seminario, en sus palabras de presentación, hace alusión a dicho proyecto y me invita a presentar algunos pormenores al respecto. Esto me ofrece la oportunidad de entrar en el tema de una manera informal. Hablo de la realidad que se vive en Sierra Azul a nivel eclesial, una realidad completamente desalentadora. En el fondo, los que en el pasado levantaron tanto humo, no sabían qué buscaban. Una vez que todo fracasó, cada quien buscó su rumbo, dejando Sierra Azul en la más grande desolación y el más completo desamparo.

Víctimas del destino

— Es que el gobierno no está haciendo nada por nuestras comunidades indígenas — opina un seminarista. Otros levantan la mano y piden la palabra. Es como si hubiera prendido un cerillo y lo hubiera acercado a un pasto seco. Pronto se levantan las llamas.

— Pura explotación— interviene otro seminarista con evidentes facciones indígenas—. Se aprovechan de todo para engañar a mis paisanos y explotarlos. ¡Cuánto dinero han sacado a nuestra gente por el problema de las tierras! Todos prometen arreglar los papeles, si se les entrega una cierta cantidad de dinero. Con la cooperación de todos se junta la cantidad de dinero requerida, que se entrega a los del gobierno y nada. Al final nos damos cuenta de que lo mismo están haciendo con los representantes del pueblo vecino, con el cual estamos en pleito por el asunto de las tierras. A veces dan ganas de hacer una revolución y mandar a volar a toda esa gente explotadora, que vive a expensas de los indígenas y los campesinos.

— En nuestro estado — aclara un profesor del seminario en tono retórico—, existe un enorme rezago, como usted mismo se habrá dado cuenta. Me pregunto: ¿Dónde está la raíz de todos los males que están afligiendo a nuestra sociedad? ¿Acaso el enorme atraso en que vivimos depende principalmente de la configuración del terreno, de por sí bastante accidentado y pobre? No. La causa más profunda es otra: la codicia desmesurada de nuestros gobernantes, una jauría de lobos en contubernio con los gobiernos federales, que han desangrado nuestras de por sí tan golpeadas y pobres economías para vivir de una manera ostentosa, sin pudor alguno ante el sufrimiento de las mayorías indígenas y campesinas, que languidecen por falta de oportunidades.

Siguen las intervenciones en la misma línea, quejándose de todos y de todo. No sé si se trata de algo cultural, propio de la región, aprendido en el seminario o escuchado en las campañas electorales. Ninguna autocrítica. Solamente los demás tienen la culpa de todo lo que está

pasando, mientras ellos se sienten unas inocentes palomitas, víctimas de un destino histórico. Noto cierta complacencia en exponer los atropellos de que son víctimas y cierta solemnidad, casi ritual, en su manera de presentar las cosas. Muchas repeticiones ¿Qué hacer? ¿Seguir con lo mismo, que puede durar el día entero? Opto por cortar por lo sano.

— Hermanos, les agradezco su intervención, que sin duda me servirá para tener una idea más clara acerca de la situación, en que se vive en esta región. Ahora me gustaría saber algo más acerca del aspecto religioso, lo que más importa a nosotros como pastores de almas. Esto me podría ayudar a encontrar alguna pauta para arrancar en la labor, que apenas estoy empezando en Sierra Azul.

Otra vez las quejas. La masonería, Benito Juárez, la persecución religiosa, las sectas...Ya me fastidié. Mejor descansar un poco, mientras aprovechamos para tomar un cafecito, acompañado por algunos deliciosos pastelitos propios de la región.

¿Y la evangelización?

Al reanudar el encuentro, regreso a la pregunta de antes, pidiendo a los asistentes alguna opinión acerca de la situación religiosa en que se encuentra el pueblo católico en la región y cómo en el seminario se está formando a los futuros pastores de almas con miras a una superación. Sus intervenciones son claramente decepcionantes. La mayoría de los presentes no tiene ninguna idea concreta acerca de lo que es la evangelización. Para ellos es suficiente garantizar los sacramentos a todos los feligreses. Algunos, según ellos más adelantados, abogan por un compromiso a favor del reino de Dios, "que va más allá de cualquier tipo de mediación, necesariamente ligada a un determinado tiempo y lugar, incluyendo la Iglesia Católica". Otros consideran como prioritario el respeto por la cultura indígena, atribuyendo un valor salvífico a sus ritos tradicionales. Hablan de un regreso a lo antiguo, considerando el cristianismo como una añadidura, que habría que eliminar para quedarse con lo propio. Algo realmente increíble en la boca de un seminarista. Así que, por una razón o por otra, la evangelización sale sobrando. ¡Pobres seminaristas! Parecen ovejas sin pastor.

Pregunto si están haciendo alguna experiencia pastoral. Me contestan que sí. Todos los sábados y los domingos van a las parroquias. ¿Para qué? Por lo que entiendo, salen para entretenerse en algo: apoyar en las misas, estar con los jóvenes... pajarear por aquí y por allá... descansar. En realidad, ahora, según las orientaciones de los superiores,

están en el seminario para “estudiar”. Mañana, una vez ordenados, se dedicarán a la pastoral. No faltan algunos seminaristas “comprometidos”, que tienen el permiso de los superiores para participar en las manifestaciones, organizadas por algún grupo de izquierda. No sé qué hacer. Me parece encontrarme en un mundo totalmente irreal.

Estructuras de protección

Un diácono toma la palabra:

— P. Antonio, ¿existe alguna manera legal de parar a las sectas? Fijese que se están metiendo hasta en los pueblos más apartados. Uno ya no sabe qué hacer. Antes, cuando llegaba gente de otra religión, el pueblo la corría con amenazas y a veces hasta a pedradas. Pero ahora se trata de gente del mismo lugar, que regresa del norte con una religión diferente y pronto empieza a convencer a los demás y a construir templos, sembrando confusión por todas partes y dividiendo al pueblo.

— Se podría apelar a la ley de usos y costumbres indígenas — contesta el canonista de la curia—. Basta un acuerdo entre los habitantes de una determinada localidad para que se prohíba toda clase de proselitismo religioso.

A todos les parece una buena solución. Un seminarista pide mi opinión al respecto. Manifiesto mi franco desacuerdo.

— Para preservar la fe del pueblo católico ya no tiene sentido confiar en ningún tipo de protección externa. Hoy más que nunca la seguridad en la fe de nuestro pueblo católico tiene que venir del interior de uno mismo; no tiene que depender de factores externos. Ya no vivimos como antes, en un régimen de cristiandad, en que toda la sociedad era católica. Hoy vivimos en una sociedad plural, en que cada quien tiene derecho a disentir y nadie le puede impedir que exprese públicamente sus convicciones religiosas, filosóficas o políticas. Por lo tanto, tenemos que acostumbrarnos a vivir codo a codo con gente de otra religión, sin que esto perturbe nuestra fe. Para lograrlo, es necesario que cada católico conozca su fe, la viva y esté capacitado para defenderla ante cualquier ataque. Pensar hoy en día en preservar la fe de nuestro pueblo construyendo murallas, ya no tiene sentido. Ya no es posible confiar en estructuras externas de protección. De ahí la importancia de empezar a pensar en la formación de comunidades católicas realmente convencidas, practicantes y comprometidas con el destino de la Iglesia y la sociedad entera.

— Teóricamente usted tiene razón — opina el canonista—. Sin embargo, aquí las cosas son diferentes. En muchos pueblos aún se vive como al tiempo de la colonia. La política y la religión están totalmente

unidas. De hecho, las fiestas religiosas siguen representando para las comunidades indígenas los acontecimientos más significativos y todos participan de una manera u otra. Hasta los que no son católicos tienen que dar su cooperación para los gastos de las fiestas, aunque a veces respingan.

— ¿Qué sería de estos pueblos —retoma la palabra el diácono—, si cada quien estuviera libre de hacer lo que le diera la gana? Sería un desastre. Para arreglar los caminos se necesita la colaboración de todos mediante la costumbre del tequio o faena. Se trata de un trabajo voluntario. Lo mismo para traer al maestro o la enfermera. Todo se hace mediante el acuerdo y la participación de todos. Tratándose de pueblos muy pequeños, si no colaboran todos, ya la comunidad no puede contar ni con los servicios más elementales, como son la escuela, el centro de salud, el agua potable, la electricidad, etc.

— Por eso — profundiza otro seminarista— a veces hay pleitos, cuando algunos se cambian de religión. Precisamente porque muchas veces éstos se rehúsan a colaborar con los demás por motivos doctrinales (basta la oración para curarse; puesto que está próximo el fin del mundo, ¿para qué estudiar?) o prácticos (los sábados o domingos se reúnen para orar o para hacer obra de proselitismo y por lo tanto no pueden acompañar a los católicos en las faenas).

— De todos modos, esta situación no puede durar eternamente. Como ha pasado con la sociedad en general, así va a pasar también con las comunidades indígenas. Poco a poco van a cambiar y adecuarse a los tiempos nuevos. ¿No pasó esto con las comunidades indígenas de Sierra Azul? Ya el 60 – 70% de la población dejó de ser católica. Lo mismo va a pasar aquí, si no nos ponemos las pilas.

— ¿En qué sentido habría que ponerse las pilas? — pregunta el rector del seminario.

— Preparando adecuadamente a nuestra gente y no confiando demasiado en la fuerza de las costumbres, supuestamente católicas, o en las estructuras de protección, que en tiempos pasados dieron cierto resultado. Vino nuevo en odres nuevos. Tiempos nuevos, nueva metodología. O perdemos lo poco que nos queda.

¿Una revolución?

El ambiente empieza a ponerse tenso. Se nota una cierta inconformidad entre los seminaristas, los maestros del seminario y los presbíteros que están presentes.

— En concreto, usted, p. Antonio, quiere venir aquí para hacer una revolución — grita un presbítero anciano en tono de reto.

— ¿Y cuál es el problema? — contesto en el mismo tono—. ¿Acaso les espanta la palabra “revolución”? Hace algunos años ¿no han soñado con una revolución política y social, coqueteando con grupos armados y hasta invitando a sus catequistas a integrarse a sus filas? Que quede bien claro: ésta es la verdadera revolución que necesitamos hacer nosotros como pastores de almas, una revolución al interior de la Iglesia, poniéndonos nosotros mismos y poniendo a nuestros feligreses en la perspectiva correcta como discípulos y misioneros de Cristo. Cuando hablamos de análisis de la realidad, en lugar de fijarnos tanto en los males que afligen a la sociedad, tenemos que fijarnos en los males que afligen a la Iglesia en su interior: desorganización, culto rutinario, curas que viven en la abundancia y curas que viven en la más espantosa miseria, falta de interés por formar y cuidar a nuestro pueblo, abandono ante el acoso de las sectas, etc. Esto es lo que más nos tiene que preocupar a nosotros como pastores de almas: conocer nuestra realidad eclesial y enfrentarnos a ella con valentía para superarla a la luz del Evangelio. Esta es la revolución que hoy se necesita en la Iglesia, cueste a quien le cueste.

— ¿Y la realidad de nuestro pueblo, pobre y explotado? ¿Qué tenemos que hacer para solucionar este problema? — objeta furioso un seminarista, comprometido con las causas populares.

— Primero hay que poner orden en la propia casa y después hay que ver qué hacer para que haya orden en la casa del vecino. ¿Acaso nuestro pueblo católico no vive también en la más espantosa miseria espiritual? ¿Qué estamos haciendo para ayudarlo a superar esta situación? ¿Acaso no hay explotación y caciquismo también al interior de la Iglesia? ¿Por qué, entonces, no empezamos a poner orden en nuestra casa? Ya basta de demagogia. Empecemos a ser más sinceros y realistas. Ya estamos cansados de tantas palabras altisonantes. Claro que nos conviene más denunciar los males que hay en la sociedad, sabiendo que su solución no depende de nosotros, que denunciar los males que existen al interior de la Iglesia. Nos gusta que nos digan “profetas de nuestro tiempo”, sin comprometernos en nada y sin arriesgar nada. Profetas que se meten en un terreno ajeno, sin compromiso real, profetas de salón, de pluma o de boca, que a la mera hora no mueven ni un dedo para cambiar las cosas. ¿Por qué no nos cimentamos con nuestra realidad eclesial, en que tenemos voz y voto? Para no meternos en problemas con el pueblo, las autoridades y los mismos miembros de la Iglesia. Si así están las cosas, en lugar de ser verdaderos, somos falsos profetas.

Nubarrones

Muchos dan signos de profunda insatisfacción. Empiezan a levantarse y a retirarse. Se miran unos a otros, como diciendo: “Es lo que sospechábamos desde un principio”. El rector del seminario toma el micrófono y concluye el encuentro. En pocos instantes se vacía el salón de actos. Nos despedimos fríamente. Lo mismo hacen los padres de Sierra Azul. El vicario episcopal se siente apenado por lo que acaba de suceder. En cierta manera se siente culpable por haber sugerido el encuentro.

— Ni modo — le digo tratando de animarlo—. No tenga pena. Estoy acostumbrado a esto. No es la primera vez que me pasa.

— Mire, p. Antonio. Nunca me había imaginado que el problema fuera tan serio. Si hubiera sabido esto desde un principio, estoy seguro que no me habría ordenado sacerdote.

Un apretón de manos y se aleja. Tomo mi morral y me dirijo hacia la salida. Un seminarista se me acerca, me besa la mano y me confiesa con emoción:

— Padre Antonio, toda mi vida he esperado este momento. Permita que sea su discípulo. He decidido salirme del seminario y alcanzarlo en Sierra Azul.

— Bendito sea Dios — le contesto—. Ahí nos vemos.

Mientras regreso a Santa Lucía, revivo todo lo sucedido momento por momento y empiezo a tomar unos apuntes para una “Carta Abierta a los Rectores de Seminario”. Unos días después ya está lista. La transcribo literalmente. ¿Qué les parece?

CARTA ABIERTA A LOS RECTORES DE SEMINARIO

Muy señores míos:

Permítanme dirigirme a ustedes con todo el respeto que se merecen para compartir algunas inquietudes acerca de la formación, que actualmente se está impartiendo en los seminarios. Tratándose de un asunto de suma importancia para el bien de la Iglesia, creo que todos tenemos el derecho y el deber de dar nuestro aporte concreto con miras a mejorar las cosas.

Un papel trascendente

Dice un refrán: *"Cuando el río suena, es que agua lleva"*. Y vaya que, por lo que se refiere al seminario, el río suena y bastante. Para cualquier asunto relacionado con el comportamiento de los presbíteros, se oye decir: "¿Es esto lo que les enseñaron en el seminario?". En realidad, en la conciencia del pueblo católico existe una profunda convicción acerca del papel trascendental que juega el seminario en orden a la formación de sus futuros presbíteros y en general en orden a todo el quehacer eclesial.

Estando así las cosas, si queremos poner la Iglesia al día (*aggiornamento*), no podemos prescindir del seminario. Al contrario, ahí está la clave de todo. Algo que el pueblo católico percibe perfectamente bien y reclama a gritos. Por lo tanto es urgente que todos colaboremos con nuestro granito de arena para que el seminario esté en grado de desempeñar realmente el papel que le corresponde en la Iglesia, formando adecuadamente a los que un día tendrán la misión de guiar al pueblo de Dios por el camino de la salvación.

¿Basta el culto?

Para lograr esto, lo primero que hay que hacer, es definir la perspectiva correcta en que hay que formar al futuro presbítero. En realidad, de ahí depende todo lo demás. En concreto, ¿cuál tendría que ser el papel prioritario del presbítero en la Iglesia? ¿El de sacerdote o de pastor? De la respuesta que se dé a esta pregunta, depende todo lo demás.

Pues bien, en la práctica parece que hasta la fecha se haya privilegiado el papel de sacerdote en detrimento del papel de pastor. Fácilmente se puede notar cómo la máxima preocupación del presbítero consiste en realizar actos culturales, como ejercicio del poder que recibió mediante la ordenación. Además, el mismo lenguaje lo delata. De hecho, se habla de vocaciones sacerdotales, formación sacerdotal, encuentros sacerdotales, etc.

En esta perspectiva, es lógico que lo que más se les exija a los seminaristas es que por el momento se dediquen al estudio, reservando todo lo demás para después, una vez que reciban el "poder" mediante la ordenación sacerdotal. Por lo mismo, se oye decir: "Aunque mi parroquia sea bastante grande, yo la puedo atender muy bien". Atender, ¿en qué sentido? Evidentemente en el sentido cultural, asegurando a los feligreses el bautismo de sus hijos, el matrimonio, la misa de difuntos, la fiesta de quince años, la fiesta patronal y algún otro servicio según las costumbres de cada lugar.

¿Y el pastoreo?

¿Y todo lo demás? La respuesta es muy sencilla: "De por sí, no me corresponde. Si puedo y hasta dónde puedo." De ahí el enorme abandono espiritual en que viven nuestras masas católicas. Si lo propio del sacerdote es asegurar el culto, ¿a quién o a quiénes les toca la formación y guía espiritual del pueblo católico? A la familia, los catequistas, las religiosas, los encargados de las capillas... los laicos en general. ¿Y para la formación de toda esa gente? Hagan lo que puedan. Lo importante es que no se les ocurra pedir ayuda económica a la parroquia ni para su formación ni para el desempeño de su actividad. Todas las entradas están destinadas al culto y el encargado oficial para realizarlo es el sacerdote. Un absurdo a todas luces, que al mismo tiempo representa nuestra triste realidad.

Entonces me pregunto: "¿Tiene que ser éste el papel prioritario del presbítero en la Iglesia: proporcionar los sacramentos a los feligreses?" Evidentemente que no. Entonces, ¿cuál tendría que ser? El de pastor. Ahora bien, si eso es cierto, es necesario cambiar muchas cosas en la formación de los futuros pastores de almas. Se trata de dar una vuelta de 180 grados a todo el sistema formativo, que se está utilizando en los seminarios. Ya no tiene sentido decir: "Ahora tienes que dedicarte al estudio y una vez ordenado vendrá la pastoral". ¿Cuál pastoral, si uno no está entrenado desde un principio?

Aprender a evangelizar

Si queremos que el futuro pastor de almas esté realmente preparado para desempeñar adecuadamente su papel dentro de la comunidad cristiana, es necesario que, desde el inicio de su formación, empiece a dar sus primeros pasos en el difícil arte de la evangelización, aprendiendo a realizar visitas domiciliarias, preparar a los que van a recibir los sacramentos, impartir cursos de formación a los catequistas, dirigir retiros espirituales y orientar a los distintos grupos, asociaciones o movimientos, presentes en la parroquia. Y todo esto bajo la guía de un maestro del seminario, que ayude a los seminaristas a planear, ejecutar y evaluar cada actividad. En realidad, uno no puede llegar a ser maestro albañil, sin haber sido primero aprendiz al lado de un maestro experimentado.

Solamente contando con esta experiencia, un día el presbítero estará en grado de dirigir a los laicos en su actividad apostólica. Como pasa con un comandante del ejército, que para dirigir a sus soldados en la batalla, primero tiene que contar con un adecuado conocimiento y

una suficiente experiencia acerca del uso de las armas y la estrategia militar. No es suficiente que ostente su rango de oficial.

Excelencia pastoral

Es tiempo que la pastoral deje de ser la cenicienta en la formación, que se imparte en los seminarios. En lugar de considerar la "excelencia académica" como algo prioritario en la formación de los futuros pastores de almas, antes que nada se tiene que mirar hacia la "excelencia pastoral". Solamente así estaremos poniendo las bases para que mañana podamos contar con verdaderos pastores de almas, realmente preocupados y capacitados para guiar al pueblo de Dios, bien entrenados para dialogar y colaborar con todos, buscar colaboradores y tratarlos como se merecen.

¿Qué es eso de que "no me doy abasto"? ¿Acaso un pastor, al contar con una cantidad demasiado grande de ovejas, abandona a las que no puede cuidar personalmente? ¿No busca ayudantes? "Es que la gente no se quiere comprometer" es el pretexto de siempre. Claro que, si se trata de comprometerse sin recibir nada a cambio, nadie le va a entrar. Ni el perro mueve la cola así nomás. Es tiempo de dejar a un lado los pretextos y enfrentar el problema con seriedad. O seguiremos perdiendo gente al por mayor, sin que nadie se sienta responsable por lo que está pasando. Es tiempo de poner el dedo en la llaga.

Honestidad intelectual

Para lograr esto, la formación que se imparte en los seminarios es fundamental. Desde el seminario se tiene que aprender a ver las cosas y enfrentar los problemas con plena sinceridad y honestidad intelectual. Que el estudio de la filosofía cumpla con su cometido de ayuda para descubrir la verdad en todos los aspectos y no sea utilizado como medio para tergiversar las cosas, buscar pretextos y safarse de responsabilidades bien precisas. Por ejemplo, en el caso concreto del proselitismo religioso, ¿qué está pasando? Que, en lugar de preparar a los seminaristas de manera tal que puedan ayudar al pueblo a no dejarse confundir por los grupos proselitistas, se les está enseñando a manipular las cosas, aprovechándose de la buena fe de la gente.

Lo único que en el seminario les enseñaron a repetir, cuando se presenta algún problema es: "No hay que pelear con los que tienen otras creencias". Y con eso los seminaristas se sienten abiertos y ecuménicos, cuando en realidad están dando muestra de flojera y cobardía, al abandonar a su suerte al pueblo católico. Parece que su lema sea: "Sálvese el que pueda". Por esa razón muchos, no contando

con ninguna orientación precisa al respecto, sucumben ante la embestida feroz de los grupos proselitistas.

Dar seguridad al pueblo católico

"Es que la apologética ya pasó de moda". Aquí el problema no es saber si la apologética haya pasado de moda o no. El problema es ver cómo dar seguridad al pueblo católico ante los ataques sistemáticos de los grupos proselitistas. "Mejor no hacerles caso", es su estrategia, como si los que tienen otras creencias vivieran en otros planetas. ¿No se dan cuenta de que a veces se trata de la mamá, el hermano o el hijo? ¿Cómo es posible no hacerles caso? Aquí está el sofisma, el engaño, para no hacer nada y sentirse abiertos, ecuménicos y modernos. Mientras el pueblo católico sufre. Y todo esto se les enseña en el seminario. ¡Qué bonita formación se les está dando! Desde un principio, a los futuros pastores de almas se les está enseñando a no preocuparse seriamente por el bien del pueblo católico, inventando cualquier pretexto.

De ahí la enorme inseguridad y el complejo de inferioridad, en que viven actualmente el seminarista y el presbítero, al no estar capacitados para abordar el tema del proselitismo religioso. Todo sirve para no aceptar un diálogo con cualquiera que tenga alguna duda en la fe o haya abandonado la Iglesia. Es que no saben, puesto que en el seminario no se les enseñó nada al respecto. Se les enseñó solamente acerca del ecumenismo, el diálogo interreligioso, el respeto y la tolerancia... cosas muy bonitas, que sin embargo no vienen al caso y sirven solamente para aprobar los exámenes.

Importancia de la apologética

Conclusión: como están las cosas, el pueblo católico se siente abandonado por sus pastores, sin ninguna orientación ante el acoso constante de los grupos proselitistas. Es urgente, por lo tanto, cambiar de rumbo. Si no les gusta la palabra "apologética", busquen otra más moderna y atractiva, como por ejemplo, "información religiosa". Lo importante es que el católico esté enterado acerca de su identidad como miembro de la Iglesia que fundó Cristo y conozca la respuesta a las objeciones, que le vienen de los grupos proselitistas.

Abundante uso de la Biblia

Naturalmente, para lograr esto, es indispensable un buen manejo de la Palabra de Dios. Otro aspecto sobre el cual la formación del seminario deja mucho que desear, puesto que el estudio de la Biblia

está reservado a los años de teología. Y mientras tanto el seminarista se alimenta de migajas, dando un mal testimonio, cuando se encuentra con gente acostumbrada a manejar la Biblia para todo.

Que de una vez desaparezca la imagen del seminarista sin experiencia pastoral, sin conocimiento de la Biblia y sin preparación para orientar oportunamente al pueblo católico en los asuntos relacionados con el proselitismo religioso. Que desde los primeros pasos en el seminario se vaya empapando de la Palabra de Dios y vaya haciendo sus pininos en la pastoral, sin excluir el fortalecimiento de la fe ante el acoso de los grupos proselitistas.

Actuando de esta manera, si algún día el seminarista descubre que no tiene vocación y regresa a su casa, de todos modos lo que aprendió allí le será de mucha utilidad para una vida realmente cristiana, dando testimonio de su fe y ayudando a crecer a los demás.

Diálogo

Naturalmente la situación de los seminarios no es igual en todas partes. Hay lugares en que ya se está trabajando en esta línea. En este caso, ¿por qué no compartir las propias experiencias con los responsables de otros seminarios? Si hoy en día se habla tanto de diálogo, ¿por qué no dar pasos concretos en esta línea, acostumbrándonos a expresar con claridad nuestra manera de ver las cosas, aunque a veces esto pueda acarrear algún problema? Si somos miembros del mismo Cuerpo, que es la Iglesia (1Cor 12), es nuestra obligación no quedar callados, cuando vemos que andan mal ciertas cosas dentro de la Iglesia. Si nos damos cuenta de que se puede hacer algo para cambiarlas, ¿por qué quedarnos con los brazos cruzados?

Que el amor hacia Cristo y su Iglesia nos impulse a todos a luchar juntos para que el plan de salvación no quede frustrado. Que el continente de la esperanza, por nuestra desidia, no vaya a volverse en el continente de la pesadilla.

Con todo respeto y afecto fraternal

Su devmo. en Cristo:

P. Antonio

Segunda Parte

AL CALOR DE LA PALABRA

Predica la Palabra, insiste a tiempo
y a destiempo, convence, reprende,
exhorta con toda paciencia y pedagogía.

(2Tim 4, 2).

Capítulo 1

UN SOLO DIOS

Paganismo con pantalla cristiana

Es lo que voy descubriendo entre la gente de Sierra Azul. Parecen cristianos, porque son bautizados, pero en su mayoría de hecho son paganos, puesto que creen en la existencia de muchos dioses. Cuando se dirigen a una estatua o imagen, la llaman "dios". Dicen: "dios San Pedro", "dios San Antonio", etc. Se dirigen al sol con el título de "padre" y a la luna con el título de "abuelita". En muchos lugares encuentro los símbolos del sol (la cara de un hombre) y de la luna (la cara de una mujer).

Un día, estando en el pueblo de San Pedro, noto que sobre el altar mayor, a un lado y otro del sagrario, hay dos palos y cada uno sostiene un trozo de madera en forma circular. En uno se puede ver la cara de un hombre y en el otro la cara de una mujer. Pregunto al sacristán de qué se trata. Se resiste a responder. Por fin, con cierto temor, contesta:

— ¿No serán el sol y la luna?

— Claro que se trata del sol y la luna. Ahora dime qué hacen aquí para expresar su devoción hacia el sol y la luna.

— El viernes santo los llevamos en procesión y toda la gente a su paso se pone de rodillas.

— ¿Por qué el viernes santo?

— Porque el viernes santo fue el día en que murió Jesús y entonces nacieron el sol y la luna.

Entienda el que pueda. De todos modos, ésta es la realidad, en que viven la mayoría de los católicos en Sierra Azul. Por eso, antes de pensar en cualquier otra iniciativa en campo social, decido arrancar con el aspecto religioso. Después se verá todo lo demás.

Todo con la Biblia

¿Cómo? Como siempre he hecho, es decir, poniendo la Palabra de Dios como base de toda mi acción evangelizadora, consciente de los grandes problemas que esta toma de posición pueda acarrear.

Lo comento con el p. Carlos, el vicario episcopal. Lo encuentro bastante frío y escéptico al respecto

— Lo que pasa es que aquí la gente no tiene la capacidad de entender la Biblia. Primero, porque los que hablan castellano, lo conocen de una manera muy rudimentaria; segundo, porque su alimentación es muy deficiente. ¿Qué van a entender nuestros indígenas de géneros literarios, inerrancia y magisterio? Es mejor empezar por algo más sencillo, como puede ser el catecismo de Ripalda. Las oraciones fundamentales, más algunas preguntas y respuestas, aprendidas de memoria, y ya. ¿Para qué calentarles tanto la cabeza? De todos modos, usted es el que pronto va a tomar el timón del barco. Haga como crea más conveniente. Tanto, yo estoy de salida.

No entro en discusión, porque me doy cuenta de que es perfectamente inútil. Ya muchas veces escuché lo mismo en otros lugares donde estuve: que la gente no puede entender la Biblia, que es mejor el catecismo y tantas otras tarugadas más. Me pregunto: “¿Han hecho alguna experiencia al respecto o hablan por hablar?”

Otra idea fija, que tiene la mayoría de los curas: cuando se habla de la Biblia, siempre se salen con los géneros literarios, la inerrancia, la interpretación de la Biblia, el Pentateuco, las cartas paulinas y tantas otras cosas, que ellos estudiaron en el seminario y lo único que lograron fue aburrirlos. No sospechan otra manera de abordar el texto sagrado, es decir, tomándolo como manantial de vida y fuente de inspiración para formar al creyente. De ahí la frialdad y la asfixia espiritual en que viven por lo general nuestras masas católicas, enfrascadas en un montón de ritos, por lo general interpretados en un sentido mágico, y al mismo tiempo la fascinación que sobre ellas ejercen los demás grupos religiosos por el uso abundante que hacen de la Palabra de Dios.

Así que, ni tardo ni perezoso, doy un brinco a la capital para surtirme de biblias. Cuando regreso a Santa Lucía, encabezando una caravana de mulas, cargadas de cajas llenas de biblias, toda la población corre hacia el curato, imaginándose que habrá una repartición de víveres o ropa. Y cuál es la grande sorpresa al darse cuenta de que se trata de biblias.

— Biblias ¿para qué? — preguntan algunos.

— Para conocer la Palabra de Dios — contesto.

— La Biblia ¿no es para los protestantes?

— No. La Biblia es para todos, empezando por los católicos.

La mayoría de los feligreses no sabe qué pensar. Algunos empiezan a sospechar que yo sea un protestante infiltrado dentro de la Iglesia. Unos cuantos se alegran:

— Era tiempo — piensan.

Y no tardan en manifestarme su simpatía. Ya el curato deja de estar solo. Continuamente hay gente que se acerca para aprender algo de Biblia. La Palabra de Dios empieza a reunir a las ovejas dispersas. La esperanza nace en el corazón de muchos.

Diecisiete dioses

Un día llego al pueblo de San Pedro para celebrar la fiesta patronal. Es la vigilia. Unas treinta personas están reunidas en un salón que funge de curato. Son los papás y los padrinos de los niños, que van a recibir el bautismo. Antes de proceder a preparar las boletas, les anuncio que primero les haré unas preguntas para darme cuenta si de veras son católicos o ya tienen alguna idea protestante.

— No, padre. Nosotros somos verdaderos católicos. Somos católicos de hueso colorado, a la antigua. No queremos saber nada de los protestantes — afirma un anciano, que va a ser padrino.

— Bueno. Esto lo vamos a ver pronto — le contesto —. Les voy hacer algunas preguntas. A ver qué respuesta me dan. Si contestan bien, voy a bautizar a sus hijos y ahijados. Si contestan mal, no habrá bautizos.

La gente se pone inquieta. Nunca les había sucedido algo parecido en el pasado. Antes, bastaba pagar la cuota de la boleta y todo estaba listo. Ahora ¿qué es eso de contestar a las preguntas?

— La pregunta es muy sencilla — prosigo —: “¿Cuántos dioses hay?”. Antes de dar la respuesta, piénselo bien. Si quieren, primero hablen entre ustedes para ponerse de acuerdo y después alguien conteste en nombre de todos. No sean precipitados. Tenemos bastante tiempo a disposición.

Todos se miran el uno al otro, en busca de una solución al gran enigma. Unos cuantos intercambian alguna opinión. Por fin alguien se atreve a romper el hielo:

— Hay siete dioses.

— ¿Cómo se llaman?

— El sol, la luna, el agua, el fuego, san Pedro, Jesús Crucificado...

— Equivocado. ¿Alguien más quiere contestar?

Pasan algunos instantes de un silencio intenso. ¿Qué hacer? ¿Aventarse, corriendo el riesgo de echarlo a perder todo en caso de equivocarse, o mejor callarse y esperar que tome la palabra alguien más preparado? Por fin otro se levanta y aventura una respuesta:

— Trece dioses.

— ¿Cómo se llaman?

Menciona los mismos de antes y añade otros nuevos: Jesús montado en el burro, santa Ana, san Juan Bautista... Lo interrumpo, aclarando que también él se equivocó. La gente no sabe qué pensar. Cuando todo parece perdido, toma la palabra un rezandero:

— Usted, padre, ha de perdonar. Solamente yo conozco todas estas cosas, porque yo soy el encargado de poner las velas a los santos, cuando hay alguna fiesta. ¿Cómo no voy a saber cuántos dioses hay?

— Muy bien. Entonces, contesta: “Cuántos dioses hay”.

— Diecisiete dioses.

Prácticamente añade a lo anterior el nombre de otras cuatro estatuas, que los demás no habían mencionado por olvido. Todos por fin experimentan un gran alivio, convencidos de que el rezandero le haya atinado. Sin embargo, no es así. Los gestos de disgusto que se notan en mi rostro, indican que no pasaron la prueba. ¿Qué hacer?

El anciano que al principio había declarado que eran “católicos de hueso colorado, a la antigua”, vuelve a tomar la palabra en nombre de todos y trata de negociar una salida.

— Mire, padre. Nosotros vivimos lejos. Nadie nos enseña. Usted tiene que comprender.

— En fin — pregunta otro señor en forma agresiva —, ¿se puede saber cuántos dioses hay?

— Un solo Dios — contesto.

Asombro general. Algunos dan muestra de evidente rechazo, otros de incertidumbre, otros de curiosidad y por fin unos cuantos de plena aceptación. Después de unos instantes de silencio, algunos tratan de adivinar cuál será entre todos los que han sido mencionados:

— El sol.

— No — corrijo —. No es el sol. Fue Dios que hizo el sol, la luna, las estrellas, el agua, el fuego, el maíz... y también a los seres humanos. Todo viene de Dios.

Al decir esto, les enseño la Biblia y les pregunto:

— ¿Qué es este libro?

— La Biblia — contestan algunos entre los más jóvenes.

— ¿Qué contiene la Biblia? — vuelvo a preguntar.

— La Palabra de Dios.

— Ahí está. La Biblia contiene la Palabra de Dios. Ahora bien, ¿qué dice la Biblia acerca de Dios? La Biblia dice que hay un solo Dios y nada más y dice también que todo viene de Dios. A ver quién de ustedes quiere leer la primera página de la Biblia. Aquí se encuentra todo esto.

Un joven recién casado pasa adelante y lee. La gente escucha con sumo interés, aunque no todos parecen convencidos. El anciano vuelve a intervenir para destrabar la situación:

— Mire, padre. Como le decía antes, nosotros no sabemos muchas cosas porque nadie nos enseña. ¿Por qué usted no se queda unos días aquí entre nosotros para enseñarnos la Palabra de Dios?

— Es precisamente lo que haré — contesto —. Mañana mismo voy a establecer la fecha, al terminar la misa.

— ¿Y los bautizos? — pregunta alguien, bastante preocupado.

— No hay problema. Ahora mismo los vamos a hacer, una vez listas las boletas.

Alivio general. Ya pasó el peligro. Todos se vuelven parlanchines. Florecen los chistes y los dicharachos populares, salpicados de humor colorado.

Un solo Dios invisible y muchos dioses visibles

Una vez logrado el bautismo para sus hijos y ahijados, todos se esfuman de inmediato, sin siquiera darme las gracias. Se ve que traen mucha prisa. Por lo menos así parece. ¿O es que están enojados por lo de las preguntas? Quien sabe.

Solamente una pareja se queda. Noto que quieren decirme algo. Los invito a sentarse cómodamente y a platicarme todo con calma. Habla el esposo, un señor de unos 22 años de edad, mientras la esposa se entretiene con sus dos hijos, que acaban de recibir el bautismo. Se llama Pablo.

— Fíjate, padre, que me dio mucho gusto cuando dijiste que hay un solo Dios y que este Dios hizo el sol, la luna y todo lo que hay en este mundo. Fíjate que mi papá siempre me dijo que hay “un solo Dios invisible, creador del cielo y de la tierra, y muchos dioses visibles”. Mis

abuelitos me contaron cómo empezaron el sol y la luna, la ardilla, el conejo, el pájaro carpintero y tantas cosas más. En mi pueblo los abuelitos cuentan muchas historias bonitas. Ahora yo quiero saber si es cierto todo lo que ellos dicen. Yo quiero saber todo lo que está escrito en la Biblia y tú me lo vas a enseñar, porque tú has estudiado mucho y sabes muchas cosas.

— No te preocupes. Poco a poco vamos a ver todo eso. Ahora dime algo más acerca de Dios invisible.

— Mi papá siempre me ha dicho que no se sabe nada de Dios invisible, porque vive lejos de nosotros. Nadie lo ha visto jamás y nadie ha platicado con él. Por eso la gente busca a los dioses visibles, cuando tiene alguna necesidad. Por ejemplo, San Antonio hace encontrar las cosas perdidas y también hace encontrar la novia; San Martín de Porres es el dios de los enfermos; San Bernabé hace llover durante el tiempo de sequía; San Martín Caballero hace ser ricos; San Alejo aleja los espíritus malos.

— Tú ¿qué piensas de todo eso? ¿Es cierto o no es cierto?

— Antes yo creía que todo lo que dicen los abuelitos es cierto; pero ahora que tú dijiste que hay un solo Dios y nada más, empiezo a dudar. Antes yo pensaba que los santos ven, escuchan y ayudan a la gente. Yo pensaba que eran dioses chiquitos, que están cerca de nosotros para ayudarnos. Ahora empiezo a tener alguna duda. Ojalá que tú regreses pronto aquí para enseñarnos todo.

Mientras Pablo me habla con tanto interés acerca de Dios y las imágenes, observo a su esposa muy distraída y como fastidiada. Le pregunto el porqué. Con mucha vergüenza me contesta algo en forma imperceptible y se aleja con pasos rápidos. Le pregunto a su esposo qué dijo.

— Dice que no cree en Dios invisible y no cree nada de lo que dices tú. Ella cree todo lo que dicen los antiguos. Pobrecita. Es que no habla castilla. Entiende poquito, pero no habla nada castilla. Padre, entre mis paisanos muy pocos creen que existe un solo Dios invisible.

— No te preocupes. Yo voy a regresar pronto y voy a explicar todo.

Nos despedimos. Mientras Pablo corre para alcanzar a su esposa con sus dos hijitos, yo me quedo solito en el curato. Ni ganas tengo de comer. Me acuesto sobre una banca y trato de descansar. Un sentido de profunda tristeza embarga mi alma. Pienso: "Mira nomás cómo nos encontramos, después de quinientos años de presencia cristiana en estos lugares. Aquí hubo curas, misas solemnes, fiestas populares,

sacramentos... y aún no se aclaró a la gente ni siquiera la idea de Dios. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué pensarían acerca de esta situación los antiguos profetas, los apóstoles y tantos misioneros que llegaron a tierras americanas con la grande ilusión de traer el Evangelio? Les daría un infarto. ¡Pobre gente, totalmente sumergida en sus antiguas creencias y con un simple barniz cristiano! Dicen que basta la fe de los padres para bautizar a los niños. ¿Cuál fe, si ni siquiera creen en un solo Dios?"

Después mi mente va más allá de Sierra Azul. Pienso en los santuarios de Chalma, Otatitlán, Catemaco, Zapopan, San Juan de los Lagos... en la misma basílica de la Virgen de Guadalupe. ¿Qué pensará la gente acerca de las imágenes y las estatuas que se veneran allá? ¿A qué se debe el aflujo de tanta gente a los santuarios? ¿Saben de qué se trata en realidad? ¿O tienen las mismas ideas de los indígenas de Sierra Azul?

Me invade un profundo sopor. Me duermo profundamente. Al levantarme y dar los primeros pasos, siento bastante dolor en la espalda, por haber pasado más de dos horas acostado sobre una banca. Pienso en mi pasado misionero y vuelvo a sentirme un león, listo para emprender una nueva etapa en mi aventura por los caminos del Señor.

Peligro de linchamiento

Al día siguiente, misa solemne en honor de san Pedro, el santo patrono del lugar. El templo está a reventar. Adelante, en primera fila, el ayuntamiento al completo. Un grupo de policías armados de rifle da un toque de solemnidad a todo el conjunto. Algo raro me llama la atención: no obstante todos los esfuerzos que hago, no logro sacar de sus caras un gesto de satisfacción, alegría o agradecimiento. Parecen máscaras cortadas en marfil. Por algo será. Posiblemente con esta actitud quieren expresar la importancia del momento que están viviendo, al culminar la celebración de la fiesta del santo patrono. Por eso no insisto. Yo también me vuelvo solemne y estatuario como ellos.

Después de la comunión, que hago solamente yo, agradezco a todo el pueblo y de una manera especial a las autoridades su participación en la celebración de la santa misa, "como señal de fe en la protección de San Pedro, el santo patrono del pueblo, que nunca falta a los que se encomiendan a él con sincero corazón". Ni en este momento noto reacción alguna en los rostros de los presentes. Siguen inexpresivos como desde el inicio de la santa misa. Ni modo. Quién sabe qué les está pasando.

Por fin, antes de la bendición final, se me acerca el sacristán y me aclara el enigma:

— Tenga mucho cuidado, padre, que al final de la misa lo van a colgar del árbol grande, que está en el patio del templo.

— Colgar... ¿por qué? — pregunto asustado.

— La gente está enojada contra usted, porque anda diciendo que hay un solo Dios y que el sol no es Dios, ni la luna, ni san Pedro... Dicen que usted quiere cambiar nuestra religión. Tenga mucho cuidado.

Me siento perdido. He oído hablar de linchamientos de curas por haberse llevado, sin permiso del pueblo, la imagen o estatua de algún santo famoso para hacerla restaurar o por querer cambiar alguna costumbre muy arraigada. Sin embargo, nunca se me había ocurrido pensar que tan pronto esto me pudiera pasar también a mí. ¿Qué hacer? Nos encontramos demasiado lejos de la ciudad. Imposible pedir ayuda al gobierno. De pronto se me ocurre una idea: "Esta misa va a durar toda la eternidad. No me muevo de aquí hasta no encontrar una solución al problema". Muevo el cáliz por aquí y por allá. Reviso cada detalle del altar. Me entretengo. Mientras la gente espera. En el fondo, no saben a ciencia cierta cómo se desarrolla todo el rito de la misa. Me encomiendo a toda la corte celestial. Les recuerdo a todos los santos del cielo que, si me encuentro en este lío, no es por gusto, sino por querer cumplir con mi misión. Así que, si quieren que la misión siga, hagan algo. Ahora o nunca.

Por fin, se me ocurre otra idea realmente genial (¿será ésta la respuesta del cielo?). A ver si pega. ¿Y si no funciona? Entonces, no me queda que prepararme a bien morir (¡ahorcado!). Pregunto a la gente, señalando el crucifijo enorme que se encuentra sobre el sagrario:

— ¿Quién es el que está en la cruz?

— Jesús — contestan todos los que entienden el castellano.

— ¿Qué trae en la cara?

— La barba.

Señalando la estatua del santo patrono, prosigo:

— ¿Quién es el que está aquí.

— San Pedro.

— ¿A quién representa san Pedro?

— A Jesús.

— ¿Qué trae san Pedro en la cara?

— La barba.

— Y yo ¿qué traigo aquí? — pregunto una vez más, acariciando mi barba y aparentando extrema seguridad.

Todos se sorprenden. Pasan la mirada de Jesús a san Pedro y de san Pedro a mí. Se miran los unos a los otros. Intuyen la gravedad del error, que estaban por cometer al quererme linchar. Se ven apenados. Alguien grita:

— San Pedro nos mandó de Roma al p. Antonio. ¡Viva el p. Antonio!

Aplauso general. Cambia la expresión en el rostro de la gente. Del enojo a la sorpresa y a la alegría desbordante. Ya me salvé. La pesadilla ya pasó.

Padre nuestro, que estás en el cielo

Consciente de las consecuencias que esto pueda acarrear, tomo una decisión trascendental: en todas partes voy a predicar que existe un solo Dios, diga lo que diga la gente, pase lo que pase. Y empiezo a escribir el catecismo en castellano y en dialecto. Alguien me ayuda en la traducción.

— ¿Cuántos dioses hay?

— *Un solo Dios.*

— El sol ¿es Dios?

— *No: el sol no es Dios. Dios hizo el sol.*

— La luna ¿es Dios?

— *No: la luna no es Dios. Dios hizo la luna.*

— El agua ¿es Dios?

— *No: el agua no es Dios. Dios hizo el agua.*

Y así por el estilo. Algo extremadamente sencillo y claro, que no deja lugar a dudas. El choque con la concepción religiosa del pueblo es evidente. El p. Carlos, el p. Tadeo y el p. Eugenio, los veteranos de Sierra Azul, me aconsejan ser más prudente. No cedo. O evangelizo seriamente, como hicieron San Pablo y los demás apóstoles o nada. No estoy dispuesto a seguir con el sincretismo religioso, que se ha manejado hasta la fecha. Si acepté trabajar en Sierra Azul, fue para implantar el Evangelio de Cristo y no para seguir celebrando ritos a diestra y a siniestra, sin ninguna eficacia práctica en orden a una vida realmente cristiana. De otra manera, regreso a la capital, a mi vida de pequeño burgués.

Un día, como es mi costumbre, aprovecho la homilía para aclarar el concepto de Dios, hablando en castellano y en dialecto. Noto cierta inconformidad de parte de algunas personas. Yo sigo adelante, sin inmutarme. Una anciana se levanta y trata de convencer a la gente a protestar. Nadie secunda sus reclamos. Algunos no intervienen, no tanto porque están convencidos de que yo tenga la razón, sino sencillamente para evitar problemas; otros ya simpatizan con mi manera de ser y actuar. Admiran mi trato con la gente, extremadamente respetuoso, y la sinceridad de mis intenciones, al querer hablar siempre con la verdad, les guste o no a la gente. Aunque no estén dispuestos a un real cambio de vida, de todos modos ven con buenos ojos que algo empiece a cambiar en Serra Azul. En realidad, la propaganda protestante ya ha sembrado bastantes dudas acerca de sus creencias religiosas y ya no se sienten tan seguros como antes. Esperan algo diferente, que les dé mayor dignidad y seguridad ante los grupos proselitistas, que los están cuestionando y humillando a cada rato.

Cuando la abuelita se da cuenta de que no logra involucrar a nadie en su protesta, se sale de la capilla, levanta las manos hacia el cielo y, dirigiéndose al sol, reza en forma de desagravio: "Padre nuestro, que estás en el cielo...". Ni modo. No puede haber auténtica evangelización, sin un cambio de mentalidad y cada cambio implica siempre sufrimiento. Lo mismo pasó con los judíos, los griegos y los romanos. Cada pueblo tiene su manera de ver las cosas y de todos modos el Evangelio es para todos (Mc 16, 15). No entiendo porqué los indígenas tendrían que ser una excepción. Por lo tanto, también los indígenas de Sierra Azul tienen derecho a que se les predique el Evangelio con toda claridad. Sus creencias religiosas no tienen que representar un motivo para relegarlos en la así llamada "Religiosidad Popular", haciendo de ellos católicos de segunda clase.

Capítulo 2

CENTRALIDAD DE CRISTO

La Trinidad

Hay un solo Dios invisible, de acuerdo. ¿Y Jesús? Con la Biblia en la mano, hablo del misterio de la Santísima Trinidad: un solo Dios en tres personas. ¿Entienden? Algo. Por lo menos, aprenden a situar a cada persona en el lugar correcto, aclarando el papel de cada una y su relación con las demás. Evidentemente, tratándose de algo que supera completamente nuestra capacidad de entendimiento, es imposible para los indígenas como para nosotros mismos entender en profundidad su esencia. De todos modos, esto no es motivo para dejar al indígena completamente en ayunas.

Siempre con la Biblia en la mano, aclaro la personalidad de Jesús y del Espíritu Santo. Así la gente va atando cabos, que antes estaban sueltos. El día de Navidad, alguien me pregunta:

— ¿Cómo es que, cuando nació Dios (Jesús), había ovejas, burros, bueyes y pastores? ¿Quién los hizo?

— Es que Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. Como Dios, existe desde siempre y para siempre, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo. Como hombre, nació de la Virgen María, por obra del Espíritu Santo.

— Ahora empiezo a entender cómo están las cosas. Antes había mucha confusión en mi mente. ¡Qué bueno que vino usted y nos trajo la Palabra de Dios!

Jesús, nuestro único Salvador y Señor

Aclarado lo referente a la Trinidad, paso a Jesús, nuestro único Salvador y Señor. Me parece algo esencial para poner las bases de una

auténtica evangelización. En realidad, la sola idea de pasar los últimos años de mi vida, celebrando misas de difuntos y administrando sacramentos a gente casi pagana, con ideas muy vagas acerca de los contenidos cristianos, sencillamente me horroriza. Es como sembrar en el mar. Ya basta de perder tiempo. Si otros quieren hacerlo, que lo hagan. Que no cuenten conmigo. Como dijo san Pablo, "Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar el Evangelio" (1Cor 1, 17). Siento que para eso Dios me eligió y me envió como misionero en Sierra Azul. Ahora bien, si para lograr esto, me voy a meter en problemas con los que no comparten la misma fe, con los católicos a la antigüita y con los mismos colegas, que ciertamente no se sentirán a gusto ante una actitud tan cuestionante, ni modo, que bien vengan los problemas; no me van a tomar desprevenido. Los innumerables testimonios de entrega a la causa del Reino de Dios, presentes en la Biblia y la historia de la Iglesia, me fortalecen y me impulsan a no amedrentarme ante cualquier tipo de dificultad.

Para lograr con más facilidad este objetivo, pronto escribo una breve Historia de la Salvación, en español y en dialecto, donde, a grandes pinceladas, presento un panorama general de los contenidos bíblicos. Para el Antiguo Testamento, subrayo la creación, el pecado, Abraham, Isaac y Jacob, que dan origen al pueblo de Israel, la Alianza del Sinaí, la conquista de la tierra de Canaán y la época de los jueces, la monarquía y la división del reino, los profetas, el destierro de Babilonia, el regreso con el surgimiento del judaísmo, la guerra de los macabeos, los sabios de Israel y los pobres de Yahvé. Para el Nuevo Testamento, presento el nacimiento y la infancia de Jesús, la figura del Bautista, la predicación de Jesús, la fundación de la Iglesia, la pasión, muerte y resurrección de Jesús, su ascensión al cielo, Pentecostés, la iglesia primitiva y el regreso de Cristo.

Esto me ofrece la oportunidad de propiciar entre pocos feligreses, que participan en la enseñanza, un contacto directo con el texto sagrado, abordando al mismo tiempo los principales contenidos de nuestra fe. De hecho, el folleto que preparo, representa simplemente una guía para que se vea todo directamente en la Biblia. El resultado es estupendo: hasta la gente más sencilla poco a poco va entrando en el mundo maravilloso que presenta la Palabra de Dios, hasta llegar al meollo de todo, que consiste en la aceptación de Cristo como el único Salvador y Señor de la propia vida. Cada vez que esa gente entra en el templo, ya no se dirige a las imágenes como hacía antes, sino al sagrario, donde está Jesús realmente presente en las hostias consagradas. Además, cuando participan en la Santa Misa, se acercan a comulgar con extrema devoción. ¡Algo inimaginable en los años pasados!

Jesús el mero mero;

los ángeles y los santos maromeros

Después de haber aclarado la idea de Dios como Trinidad y el papel de Jesús como centro de la vida cristiana, paso a María, la madre de Jesús, a los ángeles y los santos. En realidad, no se puede avanzar con seguridad en el camino de la vida cristiana, si primero no se ponen bases firmes y lo más posible completas, sin dar nada por descontado. De otra manera, los huecos que dejamos nosotros, los vienen a llenar otro tipo de creencias, tomadas del antiguo mundo indígena, la Nueva Era o los innumerables inventos, que a cada quien se le ocurren y que constituyen el vasto panorama de las supersticiones. Por lo menos ésta es mi experiencia personal.

Por esta razón trato de no dejar cabos sueltos en mi manera de proceder en la evangelización. En lugar de buscar la manera de entretenerme en algo y sacar lo necesario para los frijolitos, como sucede a menudo, trato de proceder con suma cautela y sumo empeño para no desperdiciar ni tiempo ni energía en asuntos intrascendentes o que puedan perjudicar mínimamente el proceso de crecimiento de la comunidad cristiana, de por sí bastante golpeada por la irresponsabilidad de tanta gente, que hizo de la religión su *modus vivendi*.

Sin duda, no deja de extrañarme la increíble facilidad, con que mis colegas justifican el evidente fracaso pastoral, en que se ha caído como Iglesia. Inventan cualquier pretexto para no sentirse culpables de nada. Todo es bueno para descargar sobre otros responsabilidades bien precisas, cuyo incumplimiento ha llevado al enorme desastre pastoral, que está a la vista de todos.

Por lo que se refiere a María, el asunto no es tan complicado. Tratándose de la madre de Jesús, todos entienden fácilmente su grado de dignidad, que es único, y al mismo tiempo el papel especial que juega en orden a la salvación. La misma experiencia que tienen acerca de ella, con una multitud de imágenes, fiestas y asociaciones en su honor, los lleva fácilmente a reconocer en ella un personaje totalmente original, sin duda por debajo de Dios pero al mismo tiempo por encima de todos los demás seres creados. De eso se trata en realidad, es decir, de ponerla en el lugar que le corresponde, ni más arriba, confundiéndola con Dios, ni más abajo, poniéndola al mismo nivel de los ángeles o los santos.

Cuando paso a tratar el asunto de los ángeles, noto una cierta dificultad, por el peligro de que los confundan con duendes o fantasmas, según el influjo cultural que prevalece en cada uno. Aclaro que se trata de espíritus, es decir, seres que no tienen cuerpo (un problemón dar a

entender esto), que se mantuvieron fieles a Dios, cuando fueron sometidos a la grande prueba en los albores de la creación.

Unos superaron la prueba, precisamente los ángeles, y otros no, los espíritus malos o demonios. Siendo simples criaturas, quisieron hacerse iguales a Dios y cayeron en el abismo más espantoso, al experimentar las consecuencias de su actitud rebelde: una infinita soledad y un infinito odio hacia todo y hacia todos, tendiendo hacia Dios, el Amor supremo, y al mismo tiempo no contando con ninguna posibilidad real de alcanzarlo.

Por lo que se refiere al papel que los santos (los verdaderos santos, no las estatuas o las imágenes de los santos) juegan en nuestra vida, insisto de una manera especial en la importancia que tienen como ejemplo para nosotros. Por lo que se refiere a su papel como intercesores, aclaro siempre la diferencia entre intercesión y mediación (Jesús es el único mediador) y la libertad de acudir directamente a Dios, sin la necesidad de pasar por la intercesión de algún santo.

En un encuentro de pastoral, un catequista así resume la enseñanza de la Iglesia acerca de Cristo, los ángeles y los santos:

— ¿Entendieron? Cristo es el mero mero. Los ángeles y los santos son... maromeros.

Naturalmente no todos están de acuerdo con esta manera de ver las cosas. Una ancianita se levanta, balbucea algunas palabras y se retira.

— ¿Qué dijo? — pregunto a sus vecinos.

— Dijo que para ella San Martín de Porres es el mero mero.

Unos días después la ancianita regresa a las clases de catequesis, muy apenada, disculpándose por lo sucedido anteriormente:

— Se cayó San Martín de Porres y se hizo pedazos. Con eso me doy cuenta de que San Martín de Porres no puede ser el mero mero.

Ni modo. No se cambian las cosas de un momento a otro como por arte de magia. Más bien se trata de un proceso lento, que poco a poco va cambiando la mentalidad religiosa del pueblo. Lo importante es tratar de avanzar por el camino correcto, sin miedos injustificados sin pretextos y contando con un verdadero deseo de evangelizar.

Desequilibrio cultural

La dificultad más grande, que se presenta al evangelizador en este proceso de clarificación, viene de la cultura misma de la gente, en que existe un fuerte desequilibrio entre el papel del padre y el papel de

la madre en orden al bienestar del hogar y a la educación de los hijos. Normalmente se deja toda la responsabilidad a la mamá. El papá, como pasa en los demás ámbitos de la sociedad, en lugar de ejercer la autoridad como servicio, por lo general la ejerce como poder, aprovechándose de su posición para satisfacer sus intereses, gustos o caprichos personales, hasta el extremo de abandonar el hogar de vez en cuando o para siempre, cuando se presenta alguna dificultad.

Es evidente que en esta situación los hijos encuentran en la mamá, no en el papá, la fuente principal de su seguridad, puesto que difícilmente ella puede escabullirse de su responsabilidad por instinto, vocación o costumbre. De ahí su apego incondicional a la mamá. Por eso el Día de la Madre es el día más grande del año.

Ahora bien, todo esto tiene su reflejo en el mundo sobrenatural. Es fácil entender teóricamente el papel subordinado de María con relación a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y el papel central de Cristo en la vida del creyente como nuestro único Salvador y Señor. El problema es cómo asimilar esta doctrina a nivel emocional y operativo. De hecho, en la práctica, en la mente y en el corazón del católico, antes que nada, está María, la figura de la Madre celestial, que se antepone a la figura del Padre celestial.

Un problema cultural, que se vuelve en problema pastoral: cómo lograr el equilibrio en el mundo sobrenatural, cuando el mundo natural está desequilibrado. Pues bien, que por lo menos tomemos conciencia del problema y tratemos de dar pasos concretos en la dirección correcta, no dejando que las cosas marchen por su cuenta, confiando demasiado en el sentir del pueblo, que muchas veces no está debidamente orientado y está imbuido de creencias y costumbres totalmente contrarias al sentir cristiano. Ahora bien, ¿cuándo, a nivel general, podremos estar seguros de haber superado definitivamente este escollo? Cuando el Día del Padre adquiera la misma importancia del Día de la Madre, el Domingo de Resurrección sea más importante que el 12 de diciembre, fiesta de la Virgen de Guadalupe.

Capítulo 3

EL BRUJO

Un tema necesario

Aclarado lo anterior, que representa lo básico de la fe católica, no es posible avanzar con seguridad en el camino de la vida cristiana, sin tener ideas claras acerca de todo lo que está relacionado con papel del brujo y la brujería, de una manera especial en las comunidades indígenas. Lo extraño del caso es que no se trata este tema ni en los manuales de teología ni en los catecismos ni en las orientaciones prácticas, que se dan a los agentes de pastoral en los seminarios y centros de formación para religiosas o laicos.

Las consecuencias están a la vista de todos: una extrema inseguridad doctrinal y emocional de parte de los agentes de pastoral, que se sienten como paralizados, cuando se les presenta algún caso, relacionado con esta problemática. Al no tener ideas claras al respecto y no contar con orientaciones precisas, en lo posible tratan de escabullirse, bajo cualquier pretexto.

Por un lado, los agentes de pastoral traen una enorme carga emocional impregnada de creencias populares, relacionadas con la intervención de tal o cual brujo, curandero, hechicero, chamán o espiritista; por el otro no cuentan con las orientaciones precisas para hacerle frente a nivel personal y mucho menos a nivel de asesoría espiritual y pastoreo.

Por esta razón, estando así las cosas, lo primero que tratan de hacer, es zafarse lo antes posible. Al no lograrlo, aconsejan alguna oración o el exorcismo, practicado por gente "experta" y designada oficialmente para eso. Cuando alguien pide una orientación clara acerca de alguna enfermedad "inexplicable médicamente" o pregunta si es bueno acudir a este tipo de gente para curarse, la respuesta

generalmente es muy evasiva: "Tú tienes que tomar la decisión. Si ves que te puede ayudar, ve con ellos".

Y el cuento sigue. Más la gente se involucra en este tipo de prácticas, "contando con el beneplácito del señor cura", que por ninguna razón quiere entrar en conflicto con ese tipo de gente, que asegura contar con "poderes especiales" para hacer el bien y el mal. Posiblemente en el pasado el mismo agente de pastoral tuvo que ver con esas prácticas y ahora le resulta extremadamente embarazoso afirmar su inutilidad o peligrosidad y consecuente rechazo de parte de la Iglesia.

Entonces, me pregunto: "¿Por qué no enfrentar directamente el problema del brujo y la brujería, a la luz de la Palabra de Dios? ¿Por qué no hacer todo lo posible para resolver de una vez un problema crucial en la vida del creyente y darle así plena seguridad, especialmente cuando se trata de un agente de pastoral, cuya acción tiene que ver directamente con el poder del enemigo?"

¿Qué dice la Biblia al respecto?

Aquí está la clave de todo: saber qué dice exactamente la Palabra de Dios acerca de este asunto y, confiando en ella, no tener miedo ante este fenómeno. He aquí algo que puede ayudar al creyente a sentirse seguro y enfrentar con valentía todo lo que tiene que ver con el brujo y la brujería:

1. Desde un principio existe una *lucha sin cuartel entre el bien y el mal, Dios y Satanás, las fuerzas del mal y los que creen en Cristo* (Apocalipsis).
2. No obstante todas las dificultades que las fuerzas del mal puedan causar a la Iglesia de Cristo, de todos modos "*los poderes del infierno no prevalecerán contra ella*" (Mt 16, 18b).
3. *En realidad, Satanás no tiene poder sobre Cristo* (Jn 14, 30).
4. *Al contrario, Cristo tiene poder sobre Satanás* (Lc 8, 29ss.) y vino a este mundo precisamente para "*deshacer su obra*" (1Jn 3, 8).
5. A los que creen en él, Cristo les da *poder sobre los demonios* (Lc 10, 17ss).
6. Los discípulos de Cristo tienen el poder de *expulsar a los demonios* en su nombre (Mc 16, 17).

Cuando un creyente asimila esta enseñanza bíblica con relación a todo lo que tiene que ver con el demonio y su influjo en el mundo, se vuelve un león. Nada ni nadie le podrá impedir realizar plenamente el plan que Dios tiene establecido sobre él. Al contrario, cuando un discípulo de Cristo no tiene ideas clara al respecto, se siente como atrapado por el miedo y la confusión, que le impiden avanzar con seguridad en su esfuerzo por alcanzar la santidad y cumplir con su misión.

Una veladora a San Miguel y la otra al demonio

En una ocasión, alguien me invitó a bendecir una imagen de San Miguel Arcángel, que representa al príncipe de las huestes celestiales luchando contra Lucifer y sus seguidores, arrastrados por él en la rebeldía. Pregunto:

— ¿Por qué han puesto dos veladoras, una aquí y otra allá?

— Es que no sabemos quién va a ganar este pleito, si San Miguel o el demonio. Por eso le pusimos una veladora a San Miguel y otra al demonio.

Así es el católico del montón, que no cuenta con ideas claras acerca del mundo sobrenatural. Un poco con Dios y un poco con el demonio. Agua bendita y aguardiente. Bautismo, confirmación, matrimonio, misa de quince años, novenario de difuntos, posadas navideñas... y baile con borrachera y cualquier otro tipo de desorden. Su especialidad: unir lo imposible. No solamente Dios ni solamente el demonio. Dios y el demonio. La santidad y el pecado. El bien y el mal. Una fe híbrida. Una amalgama de elementos totalmente disímiles. Una vida sin rumbo seguro, a la merced de cualquier charlatán.

Depositario y guardián de la antigua cultura

Esto es el brujo, curandero o chamán: el máximo conocedor y representante de la antigua cultura y por lo tanto el sacerdote, el médico y el sicólogo de la gente, que está metida en este tipo de mentalidad. Al conocer su manera de pensar y sentir, puede intervenir para ayudarla a superar las diferentes dificultades que se le presenten y así restablecer en el individuo el equilibrio a nivel psicológico, físico o moral.

Otro dato importante: según la cultura indígena, el origen de todo mal es siempre de orden espiritual y, puesto que solamente él conoce el complicado mundo del espíritu, solamente él tiene la clave para

solucionar cualquier tipo de problema, contando además con el poder necesario para intervenir, poder que le viene directamente de arriba desde el nacimiento.

Viendo las cosas desde esta perspectiva, todo parece lógico, natural y hasta providencial en el mundo indígena, puesto que el brujo, el curandero o el chamán, desempeña en la comunidad un papel insustituible en orden al bienestar del pueblo, utilizando la herramienta que tiene a su disposición, forjada a lo largo de generaciones. De ahí la razón de su persistencia en el mundo indígena y mestizo y al mismo tiempo la causa del enorme prestigio del que goza.

Mentalidad mágica

Sin embargo, si nos detenemos un momento para profundizar el asunto, nos damos cuenta de que todo esto tiene su origen en algo completamente negativo, que le impide al indígena crecer y avanzar: su mentalidad mágica, que consiste en atribuir poderes especiales a objetos, palabras, ritos y personas. En lugar de ver las cosas a la luz de la razón y tener el valor de enfrentarse a la realidad para superarla, a causa de esta mentalidad, el indígena fácilmente se refugia en la costumbre, lo ya dicho, exponiéndose a cualquier tipo de engaño de parte de gente más lista y aprovechada, que muchas veces aparenta tener conocimientos y poderes que no tiene en realidad.

Evidentemente, por esta misma mentalidad, no le resulta difícil aceptar todo lo que se refiere a lo exterior del culto católico, interpretado mágicamente. Así que, en la práctica, el indígena se siente como un juguete en manos de poderes superiores, manejados por gente especializada, sea el brujo, el curandero, el chamán o el sacerdote católico, cuya intervención se necesita por lo menos en ciertos momentos especiales de la vida, como son el nacimiento (bautismo), el matrimonio o la defunción (misa de difuntos).

Estando así las cosas, si de veras uno quiere ayudar al indígena a superarse en todos los aspectos, lo primero que tiene que hacer es ayudarlo a ponerse en la actitud correcta ante la realidad, no de sujeción sino de cuestionamiento. En realidad, solamente superando su mentalidad mágica, podrá volverse en protagonista de su destino. Y éste precisamente tiene que ser el aporte concreto, que la religión y la educación escolar les tiene que ofrecer para su superación. Todo lo demás es demagogia pura, hablando de respeto de su cultura y dejándolo sumido en su estado de postración, haciendo de él un eterno limosnero y explotando su credulidad.

Duda

Para empezar este proceso de concientización, es suficiente ayudar al indígena a profundizar algunos elementos de duda que ya posee. De hecho, como pasa en el ejercicio de cualquier profesión, no siempre el brujo actúa con plena sinceridad y veracidad, buscando el bien de la gente. A veces exagera el estado de malestar del enfermo o lo exaspera con tal de hacer más necesaria y valiosa su intervención y así sacar más provecho. A veces en el ejercicio de su profesión utiliza trucos, que los más listos fácilmente logran descubrir.

Por ejemplo, según la mentalidad de los indígenas, para que uno pueda curarse, se necesita materializar la enfermedad y sacarla del cuerpo. De ahí la práctica de la limpia, utilizando huevos o gallinas. Según su mentalidad, la enfermedad se materializa y se transmite al huevo o a la gallina. Por eso la gallina se muere o en el huevo aparecen sangre u otros objetos extraños, que según el brujo o el curandero son la materialización de la enfermedad, que estaba causando el malestar. Pero, ¿qué pasa? Que en cierta ocasión alguien más listo descubre que la gallina se muere porque la estiran demasiado y no por la enfermedad que le está entrando y que los huevos están preparados de antemano.

Teniendo en cuenta la misma creencia, otra manera de curar, aparte de la limpia, consiste en “chupar” alguna parte del cuerpo hasta no sacar la enfermedad, materializada en una piedrita, un trocito de madera, un camaroncito, etc., elementos que fácilmente se encuentran en el lugar. Pues bien, los más listos ya no se tragan el cuento, al descubrir que, antes de iniciar la curación, el brujo o el curandero, aprovechando de la oscuridad, se pone en la boca el objeto que después fingirá sacar del cuerpo del enfermo.

Así que ya en el mundo indígena existen ciertas dudas acerca de la manera de actuar de parte del brujo, el curandero o el chamán. Ahora bien, se trata de ahondar en este proceso de reflexión acerca de su papel y poner en tela de juicio la existencia de dichos poderes o su alcance real. Y nadie puede lograr esto mejor que el clero católico, siempre que tenga ideas claras al respecto y no tenga miedo a enfrentar el problema con seriedad con miras a formar al auténtico creyente.

Clero inseguro

Pues bien, lamentablemente esto sucede muy pocas veces. Por lo general, el clero prefiere dejar que todo siga su curso normal, sin ninguna intervención seria de parte suya. Es la misma posición que ha tomado con relación a los grupos proselitistas. Ningún esfuerzo por aclarar las

cosas. Cada quien haga lo que le dé la gana. Cierta indiferencia ante el fenómeno, por no contar él mismo con ideas claras al respecto, por flojera o miedo a meter la pata en asuntos delicados, que le puede acarrear serios problemas.

Parece que la regla de oro sea: "No meterse en problemas ajenos sin necesidad. Yo como, tú comes, él come... todos comemos. Cada quien vea qué hace de su vida y su dinero". Por eso, el católico con toda naturalidad hoy pide una misa, mañana solicita una limpia y pasado mañana va a consultar a un adivino o a un espiritista. En la mente y el corazón del católico común todo cabe, al signo de la apertura, la libertad y la inseguridad. Y para dar a todo esto una carta de plena ciudadanía en la Iglesia, se inventó el concepto de "Religiosidad Popular".

Pues bien, a mí no me parece correcta esta manera de ver las cosas, muy generalizada dentro del mundo católico. De mi parte prefiero seguir el estilo del Maestro: "Sí, sí; no, no" (Mt 5, 37), que en términos populares se traduce en: "Pan al pan y vino al vino". Por lo tanto, aborrezco todo tipo de sincretismo, tomado como norma de vida, y lucho por la claridad y la precisión, máxime cuando se trata de asuntos de fe. En esto me sumo totalmente a la acción que están desarrollando muchos movimientos apostólicos, cuando imparten retiros espirituales o cursos de iniciación, al exigir una renuncia explícita a todo lo que tiene que ver con la brujería y un sinfín de creencias más, que hacen del creyente un bote de basura en que todo cabe. Para acercarse a Dios, es necesario primero despejar el camino, eliminando todo lo que representa un estorbo para una vida plena en el Espíritu.

Además, como Iglesia, ésta tiene que ser nuestra manera de influir directamente en el bienestar de los individuos y de la sociedad. Poniendo a cada creyente en actitud activa y honesta ante sí mismo y todo lo que lo rodea, se prepara el terreno para un despertar general en todos los ámbitos de la vida y los aspectos de la sociedad, lo que representa la base de cualquier tipo de progreso y el camino más seguro para conseguir la felicidad propia y ajena.

Una pistola de juguete

A veces alguien me pregunta:

— ¿Qué opina usted acerca de la brujería?

Mi respuesta es muy sencilla:

— La brujería es como una pistola de juguete. Si uno piensa que se trata de una pistola de verdad, le tiene miedo; si uno sabe que se trata de un juguete, no le tiene miedo. En concreto, si uno cree que los

brujos tienen algún poder especial, les tiene miedo; si sabe que se trata de puras creencias, sin ningún fundamento en la realidad, no les tiene miedo y hasta llega a desafiarlos, sin que le pase nada.

Otra pregunta:

— ¿No puede haber algún caso en que un brujo tenga algún poder?

Respuesta:

— Es lo mismo. En realidad, el supuesto poder que podría tener el brujo, puede ser ejercido solamente contra los que tienen que ver con este tipo de creencias, nunca contra los que no tienen que ver ni el demonio ni con este tipo de creencias y prácticas. En otras palabras, el demonio tiene autoridad solamente sobre su gente, no sobre los que le pertenecen a Cristo.

Por eso es muy importante tener ideas claras al respecto. Solamente así el creyente se siente seguro y no le tiene miedo a enfrentarse con quien sea, con tal de alcanzar el objetivo de su vida, la santidad, y cumplir con su misión, anunciar a Cristo pase lo que pase.

El tragahombres

Un día, estando en la oficina del curato, escucho gritar alguien por la calle, pidiendo auxilio. Abro la puerta y entra un señor totalmente asustado y empapado de sudor. Pienso que alguien lo está persiguiendo. Miro para afuera. No hay nadie. Le pregunto qué le está pasando:

— Es que me están persiguiendo unos treinta diablillos.

— ¿Cómo? Cuéntame todo desde un principio.

— Hace unos dos años salí de mi pueblo y me fui a la ciudad en busca de trabajo. Con mis ahorros puse una tiendita en la casa. Algo muy sencillo: cigarros, jabón, chicles, dulces, galletas y cosas por el estilo. Esto le dio envidia a un vecino, que mandó a llamar al tragahombres, un brujo de Catemaco. Él vino al pueblito y me echó el humo. Desde entonces no tengo paz: no puedo descansar, no logro dormir, continuamente me llegan piedras...oigo voces que me amenazan. No sé qué hacer.

— Las piedras ¿llegan solamente a ti o también a tu mujer y tus hijos?

— Solamente a mí. Son piedras invisibles, que solamente yo puedo ver y que no dejan huella. Entonces yo pensé: "Voy a la iglesia y le voy a contar todo al p. Antonio". De inmediato me contestaron los diablillos: "No vas a llegar a la iglesia. Te vamos a matar por el camino".

— Y tu esposa ¿oye las voces?

— No. Solamente yo. Me escondí bajo la cama. Lo mismo: muchas voces de los diablillos y muchas piedras. Un infierno. No aguanté más. Por fin me animé y me eché a correr. Padre, ayúdame. No quiero morir.

¡Pobrecito! Tiembla, suda, se aferra a mi mano, la besa, suplica... está desesperado. Yo trato de calmarlo:

— ¡Qué bueno que viniste aquí! Hiciste muy bien. Ahora te voy a hacer una pregunta: “¿Quién tiene más poder, el brujo o yo?”

— Tú, padre, tienes más poder.

— Muy bien. Veo que eres muy inteligente. Así que ya no te preocupes. Este asunto ya está en mis manos. Ahora regresa a tu casa y avisa a todos que el p. Antonio va a arreglar todo. El primero que ve al tragahombres, me tiene que avisar. Entonces nos vamos a reunir todos y vamos a pedir a Dios que se muera el tragahombres y ya deje de molestar a la gente.

Un rayo de esperanza empieza a brillar en su mente y en su corazón. Ya no tiembla, ya se siente libre, ya sonríe. Le pregunto:

— ¿Qué tal? ¿Sigues oyendo las voces de los diablillos?

— Ya no oigo nada. Me siento bien.

— ¿Ya viste? De hoy en adelante no les tengas miedo a los brujos. Confía en Dios y verás que no te va a pasar nada.

El brujo y el cura

frente a frente

En otra ocasión me encuentro cerca del río con un grupo de personas en espera del lancharo. Un señor, bastante presumido, me pregunta:

— ¿Qué es usted: maestro, doctor o empleado del gobierno?

— Soy el cura de aquí.

— Qué bueno. Aquí nosotros dos somos las personas más importantes. Yo vivo en la capital del estado y de vez en cuando me llaman para hacer algún trabajito. Yo tengo grandes poderes.

— ¿Usted tiene grandes poderes? Usted no tiene ningún poder. Solamente engaña a la gente.

— ¿Yo no tengo ningún poder? Si yo quiero, en este momento lo vuelvo de piedra a usted.

— ¿Usted me vuelve de piedra a mí? Ahora mismo, vamos a ver quién de los dos se vuelve de piedra.

Unos instantes de extrema tensión. Todos los rostros y las miradas de los presentes están fijos en nosotros dos. El brujo y el cura, frente a frente. Aquí se verá quién es quien. El brujo no resiste la presión. Su mirada pasa de amenazante a suplicante. Parece que sus miembros empiezan a ponerse tiesos. Se desploma.

— Padre, perdón – alcanza a balbucear y pierde los sentidos.

¿Qué pasó en realidad? Que el brujo no supo con quién se metió. Sacó su pistola de juguete, pensando que me iba a asustar. Yo saqué la mía, también de juguete, y se asustó él, pensando que se trataba de una pistola de verdad.

El milagro del p. Antonio

Un día una muchacha me invita a ir a su casa para auxiliar a su abuelita “que se va a morir”. Llego a su casa y me fijo que se trata de una ancianita de 65 – 70 años, que todos los domingos veo en la misa. Algo me llama la atención: la ancianita no manifiesta ningún síntoma de enfermedad. No tiene calentura, se ve serena... Eso sí, la noto muy débil. Pregunto a la muchacha qué tiene la abuelita. Lo único que le puedo sacar es que “la abuelita se va a morir”.

Mientras trato de averiguar algo, haciendo alguna pregunta a la misma abuelita, que entiende muy poco el castellano, tropiezo con algo que se encuentra oculto bajo la cama. Miro. Es un ataúd.

— ¿Qué pasó? – pregunto a la muchacha. — ¿Qué es eso?

— Es para sepultar a la abuelita, cuando muera.

— ¿Cómo sabes que la abuelita va a morir?

— Lo dijo el curandero.

— ¿Y cómo sabe el curandero que la abuelita se va a morir?

— Él dijo que se va a morir la abuelita. Por eso ya no le damos de comer y estamos preparando todo para el velorio, el entierro y el novenario.

Diciendo esto, me enseña un guajolote, amarrado por un pie a un árbol delante de la choza. La sangre se me sube a la cabeza. Me pongo furioso:

— Así que, el curandero dijo que la abuelita se va a morir y por eso ya no le dan de comer y están preparando todo para el velorio, el entierro y el novenario. Ustedes están locos. La abuelita no se va a

morir. Si no obedecen a mí, aquí no habrá ninguna confesión y ninguna comunión. Que se vaya derechito al infierno. A ver: "¿A quién van a obedecer ustedes: al curandero o a mí?". Pregúntale a la abuelita.

La muchacha le explica todo a la abuelita. Noto entre las dos algún titubeo. Por fin la muchacha contesta:

— La abuelita dice que vamos a obedecer a usted.

— Muy bien. Así que, de inmediato mata el guajolote y prepara un caldito para la abuelita. Primero un poco de caldito, después un poco de carne con verduras... Quiero que la abuelita en esos días se coma todo el guajolote. ¿Entendido?

— Sí, padre. Así voy hacer.

El domingo siguiente, como de costumbre, la abuelita aparece en la iglesia para la misa. Todos se asombran. Es como si hubiera resucitado. Al final todos hablan del "milagro del p. Antonio".

— Más bien se trata del "milagro del guajolote". — Aclaro a los que vienen a felicitarme por el hecho.

¡Lástima que no siempre tengo éxito en estos casos! Una noche me invitan a confesar a otra ancianita, "que se va a morir". Misma situación. Trato de disuadir a los parientes. Nada. "La abuelita se tiene que morir, porque así lo dijo el curandero". Y nadie logra convencerlos de lo contrario. Ni modo. Hasta el burro se muere, si no le dan de comer.

Capítulo 4

PROMOCIÓN HUMANA

En la medida de lo posible, teniendo siempre como prioritario el compromiso con la evangelización, hago algo que tiene que ver directamente con el campo de la promoción humana, consciente de que la misma evangelización de todos modos de por sí contribuye siempre a la elevación del ser humano y el progreso de la sociedad.

La campaña de la silla, la mesa y el catre

Un día, visitando las familias, encuentro a un joven recién casado, mientras arregla una silla. Le pregunto dónde aprendió.

— Aprendí algo de carpintería, durante unos meses que viví en la ciudad.

— ¿Tienes la herramienta necesaria?

— Algo.

Y me enseña lo poco que tiene. Al ver sus ganas de trabajar, le pido que haga un presupuesto de todo lo que necesita para instalar un pequeño taller a un lado del curato. El objetivo inmediato: que todas las familias puedan contar por lo menos con una mesa, alguna silla y algún catre, según el número de sus integrantes. Objetivo a mediano y largo plazo: que en todos los pueblos haya alguien que sepa de carpintería.

De esta manera, de una forma sencilla, a manera de contagio, poco a poco se avanza, sin mucho ruido. La gente, al darse cuenta de la utilidad que tienen la silla, la mesa y el catre en orden a una vida más digna, fácilmente acepta la iniciativa y empieza a ver con buenos ojos la acción de la Iglesia a favor de la comunidad, sean o no católicos.

Muchos aprovechan el tiempo de lluvia para ir al curato y aprender algo de carpintería, fabricándose con sus propias manos lo que más necesitan.

Ladrillos, cal y fogón

Hablando con mis antiguos feligreses acerca de la situación en que vive la gente en Sierra Azul, un matrimonio se ofrece a trasladarse a Santa Lucía para enseñar a la gente a cocer la cal y los ladrillos. Pronto empiezan a surgir por aquí y por allá cuartitos de ladrillo.

Puesto que de cosa viene cosa, alguien sugiere que se empiece a construir fogones, para que la gente no tenga que estar agachada cuando prepara la comida. Ya existe algo rudimentario al respecto. Pero ahora, contando con ladrillos y cal, se construyen fogones más amplios y formales. La gente se pregunta: “¿Cómo es que al p. Antonio se le ocurren tantas ideas?”

Salud

Es el aspecto más necesitado en el campo de la promoción humana. En toda la zona que me toca, no hay ningún centro de salud. Abandono total de parte de las autoridades estatales y federales.

— Agua hervida.

¿Qué hacer? Empiezo por lo más elemental: enseñar a hervir el agua antes de tomarla. En realidad, un descuido en este aspecto es la causa principal de los malestares gastro-intestinales, que azotan a todas las comunidades de la región, especialmente cuando empiezan las lluvias, que llevan al río los residuos fecales. Segunda iniciativa urgente: promover la construcción de letrinas, por lo menos cerca de las capillas. Una tarea de titanes. Unos cuantos me hacen caso.

En una ocasión, encuentro a una enferma, totalmente cubierta de granos y con diarrea. Está desesperada. Se rasga continuamente, hasta causarse llagas por aquí y por allá. Prefiere morir. Por eso quiere confesarse. Le pregunto si acudió al médico. Sí; su esposo fue a la ciudad y consultó a un médico. Respuesta: tomar agua hervida y bañarse dos veces al día con agua hervida.

— ¿Lo hiciste? — pregunto.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque no me sabe el agua hervida.

— ¿A qué te va a saber el agua? ¿A mierda?

Estoy furioso. Nada de confesión. Primero tiene que obedecer al médico y después confesarse. Regreso después de un mes. Está completamente sana. Ni modo. A veces tengo que ponerme duro para que me hagan caso. Como dice un refrán (que acabo de inventar), “amable con los amables, duro con los duros y terco con los tercos”. Solamente así nos entendemos y logramos avanzar.

Me cuentan que el año anterior a mi llegada, solamente en Santa Lucía, murieron doscientos niños al empezar el período de las lluvias. Muchos entienden la razón y dejan de tomar el agua del río, sin hervirla primero, especialmente en la época de las lluvias. La primera grande victoria que puedo apuntar.

— *Tuberculosis y lepra.*

Otra victoria. Aprovechando mis pocos conocimientos en el campo de la medicina, descubro que en la región existe una verdadera epidemia de tuberculosis. En una entrevista a un periódico de circulación nacional, alerto acerca de esta situación. De inmediato, en avioneta, llega una brigada sanitaria desde la capital de estado. Se presentan en una actitud desafiante:

— ¿Dónde están los enfermos de tuberculosis?

— Búsquenlos. ¿No vinieron para eso?

— Es que usted está desprestigiando al gobierno del estado, sin contar con pruebas concretas.

— Aquí están las pruebas.

En un breve recorrido por el pueblo, les enseño unos diez casos. Se vuelven más corteses. Toman muestras y se van. Unos días después regresa una enfermera con el resultado de los análisis y el tratamiento correspondiente. De parte del “jefe” se me asegura que, para cualquier asunto relacionado con la salud, puedo contar con todo el apoyo del parte del gobierno del estado.

Un día encuentro a un señor, que anda con la cara cubierta mediante un pañuelo. Trae los pies también envueltos en trapos. ¿Qué tendrá? Averiguo su identidad y me doy cuenta de que es el papá de una catequista. Le pregunto el porqué.

— Tiene los labios llenos de llagas y la nariz totalmente roída. Lo mismo los pies. Los lleva cubiertos porque le da vergüenza. Huelen muy mal.

Entiendo. Es lepra. Lo mando al centro de salud de la ciudad, donde se confirma mi diagnóstico y lo envían a una leprosería. Se ve que el curso de medicina, que hice al emprender mi experiencia misionera en mis años mozos, me está sirviendo para algo. Y mi fama crece. En distintos municipios, no falta gente que me propone como candidato a la presidencia. Lo mismo hicieron con Jesús. Cuando vieron que, con sus milagros, podía resolver muchos problemas, lo quisieron nombrar rey (Jn 6, 15). Una tentación para el agente de pastoral, que se mete en el campo de la promoción humana, puesto que el pueblo es más sensible a los valores materiales que a los valores espirituales; una tentación, a la que hay que saber resistir, a ejemplo de Jesús.

— *Dispensarios médicos.*

Por sugerencia del señor nuncio apostólico o del señor arzobispo, un día me llegan de parte de una asociación filantrópica de Estados Unidos unas veinte cajas de medicina. Ni modo. Tengo que entrarle más de lleno al campo de la salud. Reúno a unos jóvenes provenientes de los principales pueblos que conforman mi parroquia y les imparto un breve curso de primeros auxilios. Pronto organizo una red de dispensarios médicos, en los anexos de las capillas. Cada dispensario dispone de lo indispensable para los casos de diarrea, calentura, tos, heridas leves, etc. Algo es algo.

Después de unos meses, envío a los más listos a un hospital de la capital, donde trabajan como auxiliares de enfermería y logran aprender algo más, contando con hospedaje y alimentación gratis y un modesto salario. Así, poco a poco, la medicina entra en Sierra Azul bajo el impulso de un servidor, considerado por todos como el gran médico de la región (o brujo), encargado de resolver los casos más graves.

Anécdotas

De hecho, en mis constantes recorridos apostólicos, aparte de los efectos personales y lo necesario para el culto, llevo siempre una caja de medicinas. Hago lo que puedo, auxiliándome de un libro que explica para qué sirve cada medicina y cómo suministrarla. A veces algunos feligreses de la antigua parroquia me preguntan cómo me va en mi nuevo papel de médico, brujo o curandero. Les contesto en forma burlona: “Generalmente entre mis clientes, la mitad se sana y la mitad se muere. Lo bueno es que los que se sanan, hablan siempre bien de mí y me hacen buena propaganda, mientras los que se mueren, guardan el secreto y no dicen nada en contra de mí” En una ocasión, viene a

visitarme un amigo. Pasando frente al panteón, hago este comentario: "Todos los que están sepultados aquí, antes fueron mis pacientes".

— *El milagro de la penprocilina*

Un día me llega un jovencito, corriendo como loco. Trae un papelito, que me entrega de inmediato. Se trata de una consulta, que me hace el encargado del dispensario de San Antonio: "Don Francisco ya no ve, ya no oye y ya no anda. ¿Qué hago?" Lo primero que se me ocurre, es: "Entiérralo". Después reflexiono, tomo algunas inyecciones de penprocilina y se las entrego con las instrucciones del caso: "Tres inyecciones diarias: una por la mañana, una al mediodía y una por la tarde". Unos días después regresa el mismo mensajero con otro recado: "Gracias, padre. Don Francisco ya ve, ya oye y ya anda".

Es el milagro de la medicina. En realidad, aquí la medicina hace verdaderos milagros. Puesto que el organismo de la gente no está acostumbrado, reacciona de manera inmediata y eficaz. Y muchos se curan con poca cosa. Lástima que no contamos con ningún médico profesional.

— *Trastornos gastro-intestinales.*

En otra ocasión, casi al concluir mi recorrido por la sierra y contando ya con pocas medicinas, me llevan a visitar a una enferma, que no se levanta desde hace unos meses. Tiene el abdomen hinchado y le duele. ¿Qué hacer? Para no quitarle la última esperanza, tomo la caja y doy vuelta al poco material que me queda, hasta que encuentro algo que me llama la atención: dos fajillas con unas cinco pastillas cada una y con la leyenda "Para trastornos gastro-intestinales". Es lo que necesito. Los ojos de todos los miembros de la familia están apuntados hacia mí.

— Miren – declaro solemnemente —, el caso es bastante serio. Sin embargo, le vamos a hacer la lucha. Aquí tengo una medicina que puede ayudar a resolver el caso. Dos pastillas la mañana, dos a mediodía y dos la tarde. Con agua hervida. En Santa Lucía tengo más medicina. Ojalá que en estos días alguien pueda ir allá para ver qué le puedo dar para continuar con el tratamiento.

Tres días después estoy de regreso a Santa Lucía. Novedad: la enferma acaba de llegar y me está esperando por más medicina. Me parece soñar. Se le bajó la hinchazón y ya puede caminar. Casi me desmayo. Me parecía un caso perdido y mirala, de pié y después de un día de camino, con más ganas de vivir que yo.

— Padre, tomé la medicina que me dio y me siento mejor. Ya estoy aquí para que me dé más.

— ¿Qué es lo que te di?

— Aquí está — y me enseña una fajilla vacía.

La tomo y la entrego a mi ayudante:

— Abre todas las cajas y busca todas las fajillas iguales a ésta.

Mientras tanto invito a la enferma a pasar al curato para comer y descansar. La acompaña un niño de unos ocho – diez años. Comen y duermen. El día siguiente están listos para emprender el viaje de regreso, con más medicina, unas cinco fajillas más. Unos meses después vuelvo a encontrarla: otra vez con el vientre abultado. ¿Qué pasó? ¡Está embarazada! La hicimos.

Intervención del gobierno

Con el tiempo mi personal sanitario se integra al sistema estatal y la medicina entra oficialmente en Sierra Azul. Pero falta un verdadero médico. Compró un terrenito, que colinda con el enorme patio del templo parroquial, y construyo un pequeño dispensario médico. Algo sencillo: 12 metros por cuatro. Una sala de espera, un cuartito para las consultas y otro cuarto con baño para los enfermos. Solicito al gobierno estatal un médico pasante y me lo conceden. Pronto construyo otro cuarto para él. Por lo menos en Santa Lucía hay un médico profesional.

Al mismo tiempo me doy cuenta de que existe una ranchería sin maestro. Abro una escuela parroquial y pongo al frente a un catequista bilingüe. Se dan cuenta los del gobierno y me solicitan poder integrarla al sistema normal con maestro y todo. Accedo de buen grado. De esta manera, sin enfrentamientos con nadie, logro que la medicina entre oficialmente en la región y que todos los pueblos y rancherías cuenten con el sistema escolar

Mi método de acción es dar el ejemplo, ir adelante, estimular, provocar... Hechos más que palabras. Y resulta. Me doy cuenta de que los del gobierno no ven de buenos ojos que la Iglesia adquiera poder en la región. Entonces, lanzo el anzuelo. Paso la voz que tengo intención de traer religiosas, que se hagan cargo de un dispensario más amplio y de dirigir una secundaria. Se dan cuenta los del gobierno y organizan dos comités: uno para un centro de salud y otro para la secundaria. Mordieron el anzuelo. Ya la hice.

Capítulo 5

HACIENDO COMUNIDAD

Es el gran reto que tengo para poder empezar de lleno la acción evangelizadora: crear una comunidad, para vivir en comunidad y desde la comunidad estar en condiciones de formar comunidades de fe. En realidad, no se llevan misión y soledad. Para que la misión avance, es indispensable contar con un cenáculo de apóstoles, que se ayuden mutuamente para vivir la fe y transmitirla.

Martín, el seminarista

Pronto se presenta la oportunidad para hacer realidad el ideal de la vida comunitaria. El primero a integrarse es Martín, el seminarista que me habló al concluir mi intervención en el seminario. Terminando el año escolar, me alcanza en Santa Lucía. Acaba de cursar el tercer año de teología. Se ve muy desanimado. No sabe qué hacer y me pide que lo oriente. Lo invito a darme algún pormenor acerca de su vida anterior.

— Familia cristiana

Empieza con hablarme acerca de su familia y su infancia en la capital del estado.

— Una vida feliz con mis papás y mis hermanos, un total de ocho, de los cuales yo soy el más pequeño. Antes que nada una vida de fe, sin faltar nunca a la misa dominical, al catecismo y a las novenas a la Virgen de la Soledad. Al mismo tiempo una vida de trabajo en el taller de alfarería, que aún dirige mi papá. Escuela, parroquia, taller y familia. Una vida realmente feliz. Todos los días, rosario. Al final, el papá nos hablaba de algún santo, con tanta emoción que nos llevaba a soñar en un mundo totalmente puro y transparente. No sé, si lo que decía era apegado a la realidad o inventado. De hecho, cuando de grande empecé

a leer las biografías de San Martín de Porres, Santa Rosa de Lima y San Felipe de Jesús, sus santos preferidos, no encontré casi nada de lo que nos contaba el papá. Creo que esto influyó mucho en mi vocación. De hecho, antes de mí otros dos hermanos habían pasado algún año en el seminario.

— ¿Alguien más influyó en tu vocación? – pregunto.

— Creo que sí. Mi tío canónigo, penitenciario de la catedral. Vivía con otro tío mío. Un verdadero santo. Me extraña que no hayan empezado su proceso de beatificación. Se la pasaba todo el día en el confesionario, recibiendo a la gente y aconsejando. Además, era el exorcista oficial de la arquidiócesis. De él se cuentan muchas cosas. Era tanta su amabilidad, que en una ocasión en que iba a realizar un exorcismo, en lugar de leer todo lo que dice el ritual al respecto, se limitó a decir al demonio: “Por favor, señor, tenga la amabilidad de dejar en paz a este hermano mío”. Según dicen, el demonio se alejó de inmediato y desde entonces aquella persona no volvió a tener ningún tipo de problemas relacionado con intervenciones diabólicas. En otra ocasión, lo encontraron en la catedral rezando el breviario en una oscuridad casi absoluta, pensando que la vela estaba prendida, cuando en realidad se encontraba apagada. Y él sin darse cuenta de nada.

— ¿Vive aún tu tío canónigo?

— Se murió, cuando empecé el año de introductorio a la filosofía. Muchos me decían: “Tú vas a ser como tu tío, el canónigo”. ¡Si supieran!

Y empieza a llorar. Yo trato de darle ánimo. Parece inconsolable. Quiere hacer de inmediato una confesión general. Que yo decida si puede seguir adelante o es mejor que desista de una vez. Dos horas de llantos y acusación. Se siente un gusano y yo tratando de explicarle que una cosa es la tentación y otra cosa el pecado, una cosa es sentir y otra cosa consentir. Por fin termina la confesión, profundamente convencido de encontrarme delante de un alma privilegiada. Por primera vez me siento incómodo en orientar a alguien muy adelantado en el camino de la santidad. Nunca me había pasado anteriormente algo parecido. Ni modo. Una aventura más en mi vida.

— *Primeros pasos en seminario.*

El día siguiente, Martín reanuda el relato de su vida:

— Terminada la secundaria, a los catorce años de edad entré al seminario para cursar la preparatoria. Sinceramente quedé decepcionado. Me imaginaba que todos los seminaristas fueran unos santos, como San Martín de Porres o San Felipe de Jesús. Y no. Algunos se dormían durante la meditación, otros no rezaban el rosario cuando

era personal, otros no hacían las tareas escolares. No faltaba algún seminarista que dijera groserías, cuando no estaban los superiores.

— Y tú ¿nunca comentaste todo esto con los superiores?

— Alguna vez lo hice, pero no me hicieron caso. Me contestaron que era normal y que poco a poco se iban a corregir. Me tildaron de exagerado y escrupuloso.

— Y tus compañeros de seminario ¿cómo te veían?

— Como un bicho raro. Me decían “el apretado”. Claro no faltaron compañeros, que me apreciaban y me pedían algún consejo acerca de cómo ser buenos seminaristas. Yo les decía lo que me encomendaban mi papá y mi tío canónigo.

— ¿Qué más te ayudó a perseverar en la vocación?

— La frecuencia a los sacramentos de la confesión y la comunión, la lectura de la vida de los santos y el rezo del santo rosario diario. Además, cada vez que surgía alguna duda o desánimo, pedía una cita con el director espiritual. No sé qué habría sido de mí, si no hubiera contado con el apoyo del director espiritual.

— ¿Y tu mamá?

— Influyó menos en mi vocación y en general en mi vida espiritual.

— ¿Por qué?

— Porque mi mamá es una india a la antigüita. Aún no habla bien el español. No entiende mucho las cosas espirituales. Tiene una manera de pensar, que aún no logro entender completamente. Muy religiosa, muy piadosa, pero a su modo. Alguien me ha dicho que alguna vez va con algún brujo o curandero para que le hagan una limpia. Hasta hay gente que le dice “la bruja”. Yo sé que la quiero mucho. Todos en la casa la queremos muchísimo y ella nos quiere muchísimo a nosotros, pero hasta ahí. No logramos profundizar más en su mundo interior. Tengo la impresión que desde un principio hubo un acuerdo entre mi papá y mi mamá en el sentido de que mi papá se hiciera cargo de la educación de los hijos.

— *Curso introductorio y filosofía.*

Sin duda en la viña del Señor hay de todo. Invito a Martín a seguir adelante, relatando su vida de seminario.

— Terminada la preparatoria y el curso introductorio, cursé filosofía en el seminario interdiocesano. Allá encontré una situación aún peor. Casi todos los seminaristas tenían novia. Algo que yo nunca me había imaginado antes. Pensaba que lo del celibato era algo serio. Pero no. Allá casi todos los seminaristas tenían novia.

— ¿Para qué? — pregunto.

— Para ver si se trataba o no de una verdadera vocación. Decían: “Primero hay que tener novia y después hay que decidir, si se tiene o no vocación. No se puede optar por el celibato, sin saber a qué se renuncia”.

— ¡Qué locura! — comento —. Primero hay que hacer una experiencia de noviazgo y después hay que decidir. ¡Cómo si el noviazgo fuera un juego! ¿Qué pensaban los superiores al respecto?

— Casi todos estaban de acuerdo.

— ¿Y no había peligro de que alguien se enamorara de veras?

— Claro que sí. De hecho muchos seminaristas dejaban el seminario para casarse o juntarse con alguna muchacha. También hubo casos de sacerdotes, recién ordenados, que dejaban el ministerio para casarse. Se tomaba el asunto muy a la ligera.

— Y tú ¿no caíste en la trampa?

— No. Gracias a Dios, pronto me di cuenta de que todo esto estaba mal y luché con todas mis fuerzas para no caer en la tentación, encomendándome mucho a la Virgen y haciendo caso a los consejos que continuamente me daban mi papá, mi tío canónigo y el párroco, con el cual realizaba mis experiencias pastorales los fines de semana.

— ¿Qué apostolado realizabas?

— Poca cosa: ayudar en las misas y apoyar a las catequistas, impartiendoles alguna charla para su formación. Normalmente les hablaba acerca de la importancia de la oración y les contaba anécdotas de la vida de los santos. Cada dos meses les impartía un retiro espiritual, apoyado por el párroco. Es que no hay nada establecido al respecto. Cada quien hace lo que se le ocurre. En realidad, según los superiores, lo primero que hay que hacer en el seminario, es estudiar; después viene todo lo demás. De hecho para muchos seminaristas los fines de semana son para descansar, distraerse y divertirse. Me han platicado de algún seminarista, que en los años anteriores se aprovechaba de los fines de semana para verse con su novia e ir a la discoteca.

— Y ahora ¿sigue igual la vida en aquel seminario?

— No. Tuvieron que cerrarlo. Había muchas cosas que no marchaban bien. Ojalá que no se repitan casos parecidos.

— *Teología.*

Nunca me había imaginado que se pudiera llegar a tanto. Que bueno que las cosas ya están cambiando. Martín sigue contándome su experiencia:

— Al terminar la filosofía, regresé al seminario arquidiocesano para cursar teología. Empecé con mucho entusiasmo. Todas las materias me llamaban la atención, de una manera especial la Sagrada Escritura, la Historia de la Iglesia y los sacramentos. Al mismo tiempo, le confieso que estos últimos tres años de mi vida han sido los más difíciles.

— ¿Por qué?

— Porque, durante el primer año de teología, se murió mi tío canónigo, y esto me hizo caer en una tremenda depresión. Fue como quedarme solo y desamparado.

— ¿Y tu papá?

— Es cierto; seguí contando con el apoyo de mi papá. Pero no es lo mismo. No se puede decir todo al papá, especialmente cuando uno ya es un estudiante de teología, a un paso de la ordenación sacerdotal. Es que soy muy débil espiritualmente, necesito alguien que me aconseje y me anime continuamente. Soy escrupuloso. Me dicen que en todo veo pecado.

— ¿Por qué no acudiste al director espiritual del seminario, como hacías en el pasado?

— Ya no es el mismo director espiritual de antes. Lo hicieron obispo y está muy lejos de aquí. Con este nuevo director espiritual no me siento a gusto y tengo dificultad a contarle todo. Por eso fui decayendo cada día más: le perdí el gusto a la oración, dejé de estudiar con el mismo entusiasmo de antes, me volví taciturno... mi vida empezó a ser un infierno. Los superiores me enviaron con un sicólogo.

— *La gran prueba.*

— Sin duda, en muchas ocasiones acudir a un sicólogo se vuelve en una necesidad. ¡Es tan complicada la mente humana! Pues bien, ¿cómo te fue con el sicólogo?

— De la patada. Empezó con el cuento de que posiblemente necesitaba llenar el vacío existencial en que me encontraba mediante alguna experiencia de noviazgo. A principio reaccioné de una forma violenta, suspendiendo la terapia. Después de unos meses, cambié de sicólogo y empecé a sentirme mejor. Sin embargo, no dejé de pensar en la sugerencia del sicólogo anterior, hasta que me enamoré de una catequista, muy piadosa y entregada a las cosas de Dios. Realmente no sabía qué hacer. Fueron dos años de tremendo sufrimiento interior: por un lado, logré salir de la depresión y por el otro no lograba tomar una decisión a nivel vocacional.

— Y acerca de esta problemática ¿no comentaste nada con el director espiritual y los demás superiores?

— Nada. Pensaba que, si se enteraran, me iban a expulsar del seminario. Mi plan era seguir adelante con los estudios y, si algún día optara por el matrimonio, sencillamente comunicarlo al director espiritual y a los superiores.

— Muy mal. Nunca hay que tomar una decisión a solas. Es necesario dejarse aconsejar por los superiores durante todo el proceso de discernimiento. Para eso están. No son vigilantes, que están siempre listos para ver a quién castigar o expulsar del seminario. Su papel es esencialmente formativo y, para que lo puedan cumplir, es necesario dialogar con ellos y manifestarles todo lo que uno piensa y siente.

— Mire, padre. En toda mi experiencia de seminario, he notado mucha hipocresía de parte de todos. En general, a los superiores se les tiene poca confianza y mucho miedo. Por eso opté por consultar al párroco con el cual pasaba los fines de semana para las experiencias pastorales, puesto que me parecía bastante liberal y casi seguramente no me iba a decir que era mejor dejar el seminario. De hecho yo quiero mucho mi vocación y para mí oír a un sacerdote decirme que no tengo vocación es como morirme.

— ¿Y qué pasó?

— Fue el acabose.

— ¿Cómo?

— Un sábado, al llegar a la parroquia para la experiencia pastoral, me invitó a entrar en su camioneta y nos trasladamos a una parroquia cercana. ¿Para que? Según él, para resolver mi problema. De hecho, al llegar a la parroquia, noté la presencia de muchos carros. Sin duda, había una fiesta. Pedí una explicación. Nada. “Tú mismo vas a entender”, me dijo. Entramos en el templo por la sacristía, puesto que todas las puertas estaban cerradas, y ¿qué veo? Una misa de boda que estaba por iniciarse. El celebrante era el decano de la zona, el párroco que me llevó con una mujer que lo estaba esperando (después supe que era su esposa) fungían de padrinos y los novios eran el párroco del lugar con una doctora. Casi me desmayo.

— ¡Un manicomio! – es mi comentario.

— Un verdadero manicomio. Al ver mi asombro, el párroco, a quien había pedido consejo, solamente me dijo estas palabras: “Para que veas. Ahora tú decides”. Unos días después usted llegó al seminario. Fue como una luz en mi camino. Aquí estoy.

— *Problema de conciencia.*

Realmente no sé qué pensar. Nunca me había imaginado que se hubiera podido llegar a tanto. Ya sabía que en ciertos lugares del país y de todo el continente el asunto del celibato sacerdotal es algo realmente problemático y traumático. Pero nunca me había imaginado que existiera algún caso parecido. Había oído hablar de algún matrimonio por lo civil, pero nunca por la Iglesia (inválido, por supuesto). Me pregunto: “¿Para qué llegar a tanto? ¿Para presionar a la jerarquía a un cambio o para engañar con mayor facilidad a las mujeres más piadosas? ¿Qué hacer en esta circunstancia? ¿Callar?”

Opto por invitar a Martín a escribir una carta al sr arzobispo para informarlo acerca del asunto. Él verá qué hacer. En realidad, para estos casos existen normas bien precisas de parte de la Iglesia con consecuencias graves para los que las infrinjan. Por lo tanto, no se puede callar y nada más, volviéndose en cómplices al permitir que un abuso tan grave se generalice más en la Iglesia y la situación se vuelva siempre más caótica.

Noto a Martín muy preocupado. Nunca se había fijado en este aspecto. Me pregunta:

— ¿No será peligroso hacer esto? ¿No podrá haber alguna represalia en contra de mí y de usted, cuando se den cuenta de que nosotros informamos al señor arzobispo?

— Ni modo. Si queremos actuar como verdaderos discípulos de Cristo, no queda otra. Tenemos que informar al señor arzobispo, venga lo que venga. Se trata de un problema de conciencia. Antes que nada, uno tiene que estar en paz con la propia conciencia. De otra manera, todo lo que vayamos a realizar no tiene sentido.

Después de unos días de ambientación, dejo solo a Martín en Santa Lucía y emprendo una gira por los principales pueblos de la parroquia en busca de Domingo, el rezandero. Mi plan es invitarlo a integrarse a la comunidad que estoy formando.

Domingo, el catequista

Llegando al pueblo de San Pedro, mando a llamar a Domingo, el rezandero, y le presento mi plan. Se pone radiante de felicidad. Nunca se había imaginado algo parecido: él, un simple rezandero, que de un momento a otro se vuelve en el brazo derecho del párroco.

— Así que de hoy en adelante ya no serás Domingo, el rezandero, sino Domingo el catequista.

— En busca de un sucesor

Como siempre, Domingo no desaprovecha ninguna oportunidad para hacer algo en favor de su comunidad. Por lo tanto, insiste en que, antes de trasladarnos a Santa Lucía, me quede en la ranchería unos días para impartir a la gente alguna enseñanza.

— Así, cuando yo me vaya, Luis, mi yerno, y mi hija podrán tomar mi lugar y hacerse cargo de los rezos y la enseñanza. Yo les enseñé lo que pude, pero a todos nos falta mucho todavía. Por ejemplo, no sabemos nada de Biblia. ¿Por qué no nos enseña algo antes de llevarme a Santa Lucía?

— Perfecto. ¿Cuándo empezamos?

— Hoy mismo, por la tarde. Mi yerno se encargará de avisar a todos los que rezan el rosario conmigo y me dijeron que quieren aprender más.

De hecho, hace señas al yerno, que lo está esperando a unos metros de distancia, y éste se le acerca de inmediato, inclinando la cabeza en actitud de sumisión y poniéndose a sus órdenes. Domingo le da instrucciones acerca de la organización del curso bíblico y éste se aleja de inmediato. Me llama la atención la manera de portarse de Domingo con su yerno, bien erguido en su persona, dando muestra de seguridad y confianza. Lo mismo hace con su hija y sus seguidores. Para ellos, cada palabra de Domingo, cada gesto y deseo es una manifestación de la voluntad de Dios y por lo tanto una orden.

Me llama la atención también la facilidad con que Domingo cambia de actitud, de un momento a otro, según la persona con que se esté relacionando. Cuando habla conmigo, manifiesta una actitud de respeto, obediencia y sumisión; cuando habla con sus subordinados, su mirada y sus gestos se vuelven seguros y autoritarios.

No sé cómo entender esta actitud muy común en los ambientes populares, especialmente entre indígenas y campesinos. Se ven como reprimidos; pocas veces son espontáneos, normalmente cuando se encuentran un poco ebrios; parece que todos posean una máscara para cada circunstancia.

— Primer curso bíblico

Después de haber arreglado unos asuntos, nos trasladamos a la ranchería en que vive Domingo, llamada Guadalupe. La misma noche damos inicio al curso bíblico. Asisten unas quince personas del mismo lugar. Todos adultos. La mitad sabe leer, aunque deletreando; la otra mitad no sabe leer y, entre estos, dos o tres no entiendan casi nada de

castellano. A todos los que saben leer les entrego una Biblia. Se sienten muy felices. Es como si hubieran recibido un título de nobleza o una licenciatura. Ya no son del montón. Ya subieron de categoría.

¡Con cuánta devoción la abren y la leen! En realidad, se trata de la Palabra de Dios. Algunos de inmediato me expresan su deseo de aprender a leer. Es que no quieren quedarse atrás, sin disfrutar de las enormes riquezas presentes en el libro sagrado. Les contesto que no hay problema. Y les enseño un método sencillísimo para aprender a leer, un método inventado por mí mismo y que en el pasado me ha dado un óptimo resultado. Puesto que todos saben de memoria el Padre Nuestro y la Ave María, se toma el catecismo y se “leen” estas dos oraciones palabra por palabra. Se repite el ejercicio hasta aprender a distinguir una letra de la otra y una palabra de la otra. A esto se añade el apoyo de alguna persona de confianza que ya sabe leer y todo está resuelto.

— *El problema de Dios*

Empezamos con el primer capítulo del Génesis. Después de haberlo leído con la participación de todos, hago algunas preguntas para sondear el terreno y darme cuenta de la situación en que se encuentran en el aspecto religioso. Veo que no andan tan mal. Nada que ver con la primera experiencia que tuve en San Pedro, cuando me querían linchar. Se ve que el papá de Domingo, que era cantor, sabía bastante acerca de la fe cristiana y supo transmitir adecuadamente sus conocimientos a Domingo, el rezandero, que a su vez los transmitió a sus seguidores.

A la pregunta: “¿Cuántos dioses hay?”, contestan inmediatamente: “Hay un solo Dios”. Cuando pregunto si el sol, la luna, el agua y el fuego son dioses, me contestan: “No. Fue Dios, que hizo el sol, la luna, el agua y el fuego”. Al hacer las mismas preguntas en dialecto, noto cierta incertidumbre entre los que hablan puro dialecto y no entienden el castellano. Pido a Domingo que aclare el asunto. Necesita bastante tiempo para hacerlo. Se ve que aún hay dudas acerca del problema de Dios.

— *Oración espontánea*

Al iniciar y terminar cada encuentro, como de costumbre, hago una breve oración: el Padre Nuestro, el Ave María y el Gloria. Todo normal. Mi enorme sorpresa es cuando se me ocurre terminar una clase con una oración espontánea, dando gracias a Dios por el don de la fe, por el bautismo, por su Palabra y por los nuevos hermanos, que estoy conociendo y ayudando a madurar en la fe.

Es como un río de voces, que poco a poco se eleva hacia Dios hasta volverse en un torrente impetuoso. Hay lágrimas, algún grito, murmullo. Lástima que todos oran en dialecto y no logro entender nada. Por los gestos y el ímpetu de los sonidos, me doy cuenta de que se trata de algo completamente espontáneo y sale de lo más íntimo de su ser. Es como un sentimiento reprimido, que de un momento a otro explota para dar lugar a un estado de paz profunda y alegría.

Cuando todo termina y se despiden para regresar a sus casas, noto en sus caras una actitud de gratitud y confianza. Casi todos se me amontonan encima para abrazarme y darme las gracias. Alguien me entrega alguna monedita. Se ven muy emocionados. Al quedar solos, pregunto a Domingo el motivo de un impacto tan profundo.

— Es que nunca habíamos orado de esta manera – contesta Domingo –. Estamos acostumbrados a rezar el Santo Rosario con las letanías, pero nunca como ahora, diciendo a Dios todo lo que tenemos guardado en el corazón.

— ¿Qué es lo que le decían a Dios?

— Algunos solamente decían: “Gracias a Dios”. Otros le pedían a Dios por algún enfermo. Otros le daban gracias a Dios por haber enviado a usted a enseñar su Palabra. Padre, ¡qué bonito es cuando uno le habla a Dios, diciendo lo que siente en su corazón!

— Y tú, cuándo oras, ¿no le dices a Dios todo lo que sientes en tu corazón?

— Pocas veces: cuando hay una enfermedad o una necesidad muy grande. Normalmente, cuando quiero acercarme a Dios, rezo un rosario o diez padres nuestros, diez aves marías y diez glorias. Así me enseñó mi papá. Él me decía siempre: “Cuando tienes algún problema, pídele a la Virgen, rezando el rosario o diez padres nuestros, diez aves marías y diez glorias”. Yo hice siempre como me enseñó mi papá y así enseñé a los demás. Pero ahora me doy cuenta de que es bonito orar también diciendo a Dios todo lo que uno siente en su corazón.

— *Despedida*

Después de unos días, sin haber terminado aún el curso bíblico, tenemos que retirarnos para ir a Santa Lucía, la cabecera parroquial. Antes de amanecer, nos encontramos de vuelta para la misa de despedida. Todos se confiesan para poder comulgar. Yo mismo completo la preparación, hecha por Domingo. Escucho la confesión de cada uno, aunque a veces entiendo muy poco de lo que dicen. En alguna ocasión hasta me da risa, cuando alguien, en lugar de decir la palabra “pecado”,

dice “pescado”: “Padre, aquí están mis pescados”. Otro, sollozando, me dice: “Padre, fijate que se acaba de morir tu madre”.

En realidad, se trata de un castellano muy rudimentario, en que con toda facilidad se añaden o quitan letras o se cambia el pronombre posesivo “mío” por “tuyo”. Además, no conocen la palabra usted. Dicen sencillamente “tú”, aunque a veces a uno le puede resultar chocante. Recuerdo que en alguna ocasión un sacerdote, que me vino a visitar, me hizo el siguiente comentario: “¡Cómo son igualados aquí!” Ahora bien, no es que los indígenas sean igualados. Es que es su manera propia de expresarse.

Al terminar la celebración de la santa misa, invito a todos a dar unos consejos a Luis, que va a tomar el lugar de Domingo. Uno por uno, todos desfilan delante de Luis y le hacen sus recomendaciones: que sea paciente, que no se enoje cuando alguien no va a los rezos, que sepa dar consejos a la gente como hacía Domingo, etc. Y Luis escucha y acepta todo con humildad. El último en hablar es Domingo. Con dificultad logra detener las lágrimas. Todos están emocionados. Yo concluyo con una oración especial por Luis, su esposa y toda la comunidad. Que el Señor los bendiga, los guarde y los proteja de las asechanzas del maligno.

Un sencillo desayuno, unos abrazos y nos encaminamos hacia Santa Lucía. Nos espera un día largo, bajo los rayos inclementes de un sol embravecido. Las chicharras acompañan nuestro caminar silencioso y nuestros pensamientos, velados de nostalgia.

Pintando el templo parroquial

Llegando a Santa Lucía, encontramos a Martín, el seminarista, en plena actividad. Está pintando el templo parroquial.

— ¿De dónde sacaste el dinero? — le pregunto.

— ¿Cuál dinero? — contesta Martín entre misterioso e irónico —. Aquí no se habla nunca de dinero. Puro amor de Dios. ¿Cómo podemos juntar Dios con el dinero? ¿No dice la Biblia que hay que escoger entre Dios y el dinero?

— Bueno... pero alguien habrá pagado la pintura. No creo que haya bajado del cielo así nomás, por milagro o arte de magia.

— Los vecinos hicieron una colecta y aquí están los resultados.

— ¡Tan rápido!

— Desde hace tiempo estaban en esto, pero no quisieron que usted se enterara para hacerle una sorpresa y también para evitar que se opusiera, conociendo su manera de pensar.

— ¿En qué sentido?

— En el sentido que no le gusta que se hagan gastos, que no sean estrictamente necesarios. Para ellos, al contrario, es muy importante que el templo luzca mejor y así los de la competencia no sigan diciendo que nuestro templo no pinta nada.

Observo que usaron colores muy chillantes.

— Así nos gusta a nosotros — comenta Domingo —. Preferimos colores fuertes, que llamen la atención.

Entramos al templo y lo encontramos totalmente pintado y llenos de listones y demás adornos de papel con figuras, al estilo indígena. Es que se está acercando la fiesta de Santa Lucía, la patrona de la parroquia, y quieren hacer algo muy especial, que no se ha visto desde hace muchos años, desde cuando llegaron los padres liberadores y tiraron al traste muchas costumbres de la gente.

Domingo queda extasiado. Nunca había visto algo parecido. Se le escurren las lágrimas y me pregunta:

— ¿Así será la basílica de la Virgen de Guadalupe en México?

— No. La Basílica de la Virgen de Guadalupe es mucho más grande y hermosa.

Domingo mueve la cabeza en señal de asombro total. No logra imaginar algo más bonito que el templo parroquial de Santa Lucía.

Nos acercamos a la capilla del Santísimo y nos arrodillamos en señal de adoración. Después de unos minutos, me levanto y le hago señas a Domingo de levantarse para retirarnos. Nada. Parece totalmente absorto. Lo dejo solo y me voy al curato. Espero un buen rato y nada. Ni modo. Se ve que encontró lo que buscaba.

Vida comunitaria

Una vez hechas las debidas presentaciones, empezamos a planear nuestra vida comunitaria: un servidor, párroco, Martín el seminarista, encargado de la economía, y Domingo, encargado de la catequesis a nivel parroquial. Al mismo tiempo Martín se va a encargar de la formación “académica” y “teológica” de Domingo. Insisto en que tenemos que luchar juntos para que logremos formar entre todos una verdadera comunidad, siguiendo el principio “unidad en la diversidad”. Cada quien tiene algo que aportar al bien común y algo que recibir. Que, además, logremos volvernos “transparentes” el uno para el otro, a ejemplo de la Santísima Trinidad, en que hay una comunicación total entre el Padre y el Hijo en el Amor.

— A mí me tienes que explicar todo – comenta Domingo el catequista.

— También a mí — sigue Martín —. No crea que en el seminario exista una auténtica vida comunitaria. Se vive en el mismo lugar, pero cada uno en su mundo. Fíjese qué pasa cuando en una parroquia hay dos o tres curas. Cada quien vive por su cuenta. A veces ni toman los alimentos juntos.

— ¿Y yo? — comenta un servidor —. ¿Qué creen ustedes que cuento con una verdadera experiencia al respecto? Muy poca. He estado por aquí y por allá, he convivido con algún grupo de jóvenes, que estaban prestando un servicio a la Iglesia por algún tiempo, y nada más. Pero ahora no es lo mismo. Ahora queremos formar una verdadera comunidad entre nosotros, que dure años y si es posible toda la vida, con los mismos ideales y las mismas ganas de servir a Dios y a nuestro pueblo. ¿O ustedes piensan estar aquí solamente un tiempo para después regresar cada quien a su lugar de origen?

— No. Por toda la vida — contestan los dos al unísono.

— Por eso necesitamos crear algo nuevo, inventar... a la luz de la Palabra de Dios y la experiencia de cada día. ¿Cómo la ven?

— Perfecto — comenta Martín —. Es lo que siempre había deseado en mi vida. Alguna vez lo comenté con mi tío canónigo, pero siempre me contestaba que son utopías juveniles, dictadas por el fervor del momento, y que todo el esfuerzo del verdadero seminarista y sacerdote tiene que consistir en ir construyendo en el propio interior un santuario para refugiarse en él en cualquier momento y encontrarse a solas con el Creador. Y es precisamente lo que yo he tratado de hacer hasta la fecha.

— Bueno, esto que lo primordial en la vida cristiana, pero no lo es todo. Aparte de la unión íntima con Dios, que hay que procurar en cualquier momento y con cualquier medio posible, es necesario también buscar el encuentro con los hermanos, que es algo muy enriquecedor en orden a una vida auténticamente cristiana y humana.

Aclarado esto, pasamos a definir algunos detalles acerca de la manera de llevar adelante los asuntos parroquiales: registros, visitas a los pueblos, etc. Al mismo tiempo asigno a cada miembro de la comunidad una zona especial.

— Fíjense bien. Por el momento, nosotros tres formamos la comunidad-base, en la que tenemos que ensayar lo que pretendemos hacer con los demás. Después cada uno tiene que formar su comunidad—base, tomando a su cargo una zona de la parroquia. Yo me encargo de

la cabecera parroquial, tú, Martín, te vas a encargar de San Antonio y tú, Domingo, te vas a encargar de San Pedro. Claro que nos vamos a apoyar entre todos.

— Así que ¿pronto voy a regresar a San Pedro? — pregunta Domingo.

— De aquí a unos meses, cuando ya hayas aprendido lo esencial. No es que te vas a quedar allá. Vas a ir cada mes o dos meses para dar seguimiento a la comunidad— base.

— ¿Cuál será la comunidad— base en la zona de San Pedro? ¿No puede ser el grupo que ya tengo en La Guadalupe y que dejé bajo la responsabilidad de Luis, mi yerno?

— Claro.

Todos nos sentimos felices, convencidos de ser cada uno parte integrante de un gran proyecto, que va a representar una revolución en Sierra Azul. Todos nos volvemos soñadores y cada quien empieza a planear la manera mejor de proceder.

— Por lo que se refiere a la comunidad-base de Santa Lucía — declaro con toda solemnidad —, he pensado empezar invitando la familia de Miguelito para un curso bíblico un poco más amplio que los cursillos que hasta la fecha he impartido personalmente, más que nada para entrenar a la gente a buscar los textos bíblicos.

— Perfecto — comenta Martín y le explica a Domingo los antecedentes de Miguelito.

Miguelito, el mudito

El día siguiente en la tardecita, como es mi costumbre cuando me encuentro en Santa Lucía, me dirijo a la casa de Miguelito, acompañado por Martín y Domingo. Miguelito, al verme, corre hacia mí y empieza a esculcar en el morral en busca de dulces. Apenas encuentra uno. Ni modo; peor es nada. Hago las presentaciones: “Martín, el seminarista que pronto va a ser sacerdote, y Domingo, el catequista”. Don Ángel y su esposa se les acercan y les estrechan la mano, dándoles la bienvenida.

— *Curso bíblico*

Mientras las muchachas preparan el café, nos sentamos alrededor de la mesa e invito a don Ángel y su esposa a participar en un curso bíblico, que se podría empezar a impartir pronto en su misma casa, siempre que estén de acuerdo y se comprometan a invitar a sus vecinos.

— La idea me parece estupenda — comenta don Ángel —. El único problema es que todos los vecinos han dejado de ser católicos. De todos modos, me comprometo a invitar a los hijos casados y a las nueras. Creo que nadie vaya a faltar.

— ¡Estupendo! Domingo será el maestro que les va a enseñar la Biblia. Tiene la ventaja que conoce bien el dialecto de ustedes. Así que, si no entienden algo, él se lo va a explicar en dialecto.

— ¿Y las Biblias? – pregunta don Ángel.

— Las va a traer Domingo.

Llega el café con algunos burritos, galletas en forma de animalitos. Noto a Domingo un poco preocupado.

— ¿Qué pasó? – le pregunto.

— Es que aún no conozco la Biblia. ¿Cómo la voy a enseñar? – me contesta medio asustado.

— Martín te la va a enseñar a ti y tú la vas a enseñar a la gente, traduciéndola al dialecto. Verás que no es complicado el asunto. Además, cuando sea posible, te vamos a acompañar Martín o yo.

Domingo se pone más tranquilo e intenta platicar en dialecto con la esposa de Ángel. Un diálogo con frases secas y recortadas, hecho de preguntas y respuestas. Yo me quedo observando. Lo mismo hace don Ángel. Las muchachas se retiran en el patio. Parece que tengan vergüenza.

— Siempre así hacen las muchachas, cuando hay gente extraña, especialmente si son hombres. Es la costumbre del pueblo. De otra manera pueden dar una mala impresión. Después, poco a poco empiezan a entrar en confianza y ya no se apartan, especialmente cuando se tratan asuntos que interesan a toda la familia. Así que, don Domingo, no te preocupes. También ellas van a estar presentes, cuando nos vas a enseñar la Biblia

Y empieza el curso bíblico con Biblia y el folleto para las explicaciones y las tareas, que preparé hace tiempo. Participan ocho personas y casi todas saben por lo menos deletrear las palabras. Lo que más me impacta, es ver con qué dignidad abren la Biblia y apuntan su mirada en el texto sagrado. Es como si quisieran adentrarse en el misterio. Y Domingo siempre dispuesto a traducir una palabra, dar una explicación y orientar sobre algún asunto, que muchas veces no tiene nada que ver con el tema.

En una ocasión se lo hago notar y Domingo me contesta: “Mi papá me enseñó a no ser esclavo del tiempo, sino dueño”. Ni modo: el alumno se volvió maestro. Cosas que pasan en la vida. ¿Qué hacer? Dejar correr

las cosas. Tengo que acostumbrarme a su ritmo. Lo que me llena de gozo, es notar que pronto la gente le está tomando un verdadero cariño a Domingo. El mismo Miguelito ya le tiene confianza y se queda siempre a su lado, especialmente cuando lee la Biblia. Es como si quisiera robarle el secreto de la lectura. Continuamente pasa la mirada del texto sagrado a su cara. Parece como hipnotizado.

— *Fiesta de Santa Lucía*

Resulta una apoteosis. Llegan los católicos de toda la zona. La gente no se cansa de hablar del p. Antonio, que “ha venido a restablecer la fiesta como se hacía antes, con música y cohetes”. A mi paso la gente corre a saludarme, regalándome unas moneditas, algún blanquillo, una gallina... hasta un cochinito. Todos me agradecen el haber restaurado la fiesta “como se hacía antes” y yo... sin saber nada de nada. Después me entero de que, el que organizó todo el borlote, fue el ex cantinero por una manda que había hecho a Santa Lucía.

Antes de dar inicio a la Santa Misa, presento a mis dos ayudantes: Martín, el seminarista, y Domingo, el catequista. El pueblo se ve desbordante de felicidad: tiene la impresión de que ya pasó el huracán y se aprestan días de gloria para el pueblo de Santa Lucía, como antes, cuando todos eran católicos y la fiesta de Santa Lucía reunía a toda la gente de la comarca. No se cansan de admirar las paredes pintadas y los adornos. Cada quien hace sus comentarios:

— Así era antes.

— ¡Cómo ahora se ve bonita nuestra Iglesia!

— Al Padre Antonio le gusta mucho nuestro pueblo.

Cuando un servidor, Martín y Domingo ya estamos listos para salir de la sacristía y dar inicio a la Santa a la Santa Misa, se oye una explosión de sonidos, que hace cimbrar el templo. Es la banda de música. Me quedo como aturdido y desconcertado. Martín y Domingo no se aguantan de la risa:

— Es una sorpresa, Padre, para que usted vea como era antes. Hemos reunido a los músicos de todos los pueblos vecinos y ahí está el resultado.

No sé qué pensar. Me siento sobrepasado por los acontecimientos. Ando como flotando en el aire. Salimos de la sacristía. Me siento como un autómatas. La gente grita, aplaude... todos se ven eufóricos, excepto yo que no sé qué pensar. A unas señas de Martín, se hace silencio y empieza la Santa Misa. Antes de la homilía, Martín, que la está haciendo de ceremoniero, me invita a tomar asiento. Habla del primer curso

bíblico, que se acaba de impartir en la casa de don Ángel, e invita a los que participaron a pasar adelante para su diploma.

Entre el asombro general, desfilan don Ángel, sus hijos, hijas y yernos. A cada uno le entrego su diploma, escrito a mano por Martín y un maestro de la escuela primaria. Es como si les entregara una medalla de oro por méritos de guerra. Su compostura, su formalidad y las expresiones de admiración de parte de la gente me impactan profundamente.

Pero no es todo. Cuando parece que ya terminó la entrega de los diplomas, Martín saca una "Constancia", con papel diferente y tinta diferente, en que "consta que Miguelito asistió al curso". Y veo avanzar a Miguelito, acompañado por su padrino, don Onofre. Casi me da un infarto. Se acercan los dos, pero al momento de entregar la Constancia a Miguelito, veo que a éste no le interesa nada. Lo único que hace, es aferrarse con fuerza a mí y a Domingo y tratar de no soltarse por ninguna razón. Le hablan don Onofre y su papá. Nada. Entrego la Constancia a don Onofre y le hago señas de retirarse juntamente con don Ángel. Empiezo la homilía, mientras Miguelito sigue aferrado a mi sotana.

— *Proselitismo religioso*

Hablo de la fe de los antiguos, cuando no había los problemas que hay ahora. Entonces todos en el pueblo eran católicos. Había misa solemne con vísperas, había procesión, cohetes, banda de música y tantas cosas más. Pero ahora cambiaron las cosas. La mayoría de la gente ya no es católica y, entre los que aún se consideran católicos, muy pocos son los que de veras creen como antes. Muchos tienen dudas, ya no bautizan a sus hijos ni se casan por la Iglesia.

Noto que la gente se pone siempre más seria y continuamente asiente con la cabeza. El traductor, un tal don Bonifacio, que veo por primera vez, un hombre de unos sesenta años, viudo, a medida que prosigue en su arenga (en realidad, más que un traductor, es un intérprete, que aprovecha de la oportunidad para decir todo lo que tiene guardado en su corazón desde hace años), levanta siempre más la voz en un crescendo continuo haciendo vibrar a la gente, recordando los tiempos pasados y cómo poco a poco todo se fue derrumbando. Hay gente que llora por la emoción.

Para no hacer la cosa tan larga, digo a Bonifacio que ahora se limite a traducir frase por frase lo que voy a decir. Y empiezo con alguna pregunta:

1. ¿Es lo mismo ser católico o miembro de algún otro grupo religioso, presente en Santa Lucía? Todos contestan que no. ¿Alguna

diferencia? Que hablan mal del papa, la Virgen María, las imágenes, etc.

2. Invito a levantar la mano todos los que tienen algún pariente, vecino o conocido que se cambió de religión. Todos levantan la mano.
3. Pregunto cómo se sienten, cuando los que se salieron de la Iglesia, con la Biblia en la mano, tratan de convencerlos a cambiar de religión. Contestan que se sienten mal, unos verdaderos ignorantes.

— Yo, por ejemplo – aclara don Bonifacio –, que fui cantor durante muchos años y me consideraba un verdadero católico, al sentirme atacado por esa gente, me siento impotente. Es que nosotros no conocemos la Biblia.

— Ahí está el problema – subrayo con firmeza, concluyendo la homilía —. ¿Queremos que todos vuelvan a respetar la fe católica, como se hacía antes? Necesitamos prepararnos. Ya los tiempos cambiaron.

Retoma la palabra Martín, que invita a levantar la mano a los que quieren participar en el curso bíblico, que pronto se va a impartir en el templo parroquial. Unos cincuenta, la mayoría jóvenes, levantan la mano. Don Ángel se encarga de preparar la lista. Parece que haya llegado el tiempo de arrancar.

Regresando a la sacristía, al finalizar la celebración de la Santa Misa, me alcanza don Bonifacio, que me felicita por los planes que tengo y se pone a mi disposición por todos lo que se me ofrezca:

— En realidad, yo he sido siempre católico, como mis padres. Durante muchos años fui cantor. Pero con el tiempo me fui alejando siempre más de la Iglesia, al ver como los curas no hacían nada para ayudarnos ante los ataques de los enemigos de nuestra fe. Empecé a pensar que era cierto lo que decían ellos contra los sacerdotes, el papa y toda la Iglesia. Francamente me desanimé y conmigo también se desanimaron muchos católicos, muy metidos en las cosas de Dios. De todos modos, nunca me decidí a dejar la Iglesia. Una vez hablé con el P. Carlos, el representante de los curas de Sierra Azul, y le pregunté porqué no hacía nada para ayudar a los católicos a defenderse de los que trataban de convencerlos a cambiar de religión. Me contestó que no importa que mucha gente se salga de la Iglesia. Así se ve quiénes son los verdaderos católicos y quiénes son católicos de palabra. Fíjate, padre, que esto no es cierto. En muchos pueblos los que se quedan católicos, son los peores, los que no quieren saber nada de la religión. Los mejores, los que buscan a Dios de veras, se salen, al quedar

totalmente abandonados por los curas. Yo conozco a mucha gente buena, que ha dejado la Iglesia por el deseo de estudiar la Biblia.

— Es cierto — interviene Domingo —. En mi pueblo ha pasado lo mismo. A veces, los que de veras buscan a Dios, al verse abandonados por la Iglesia, se pasan a otra religión.

— Ni modo. ¿Qué le vamos a hacer? — le contesto —. Lo que pasó, pasó. Ahora tenemos que empezar otra vez a echarle ganas como antes. Y van a ver cómo muchos regresarán a la Iglesia Católica.

— Estoy seguro — concluye don Bonifacio — de que así será, padre. Si le echamos ganas con la Biblia, sin duda muchos de los que dejaron la Iglesia en buena fe, ahora van a regresar. Yo me comprometo a convencer a mis antiguos compadres.

Mientras tanto nos dirigimos hacia el curato: un servidor, con Miguelito aferrado a la sotana y tomado de la mano de Domingo, don Onofre y don Ángel con su esposa, sus hijos y nietos. Los invito a tomar un café. Por fin soy yo quien invita. Estando en el curato, cambio de opinión: ¿qué tal si doña Margarita, la esposa de don Ángel, nos prepara un suculento almuerzo?

Dicho y hecho. Doña Margarita entra en la cocina y empieza a meter mano a las cacerolas, mientras sus hijas se dedican a lavar algunos trastes. De pronto le echa un grito a un yerno, que sale disparado en busca de quién sabe qué. Miguelito se suelta y se va a la cocina con su mamá y sus hermanas, mientras los demás nos quedamos en el salón grande, charlando de todo pero en especial del éxito que este año ha tenido la fiesta de Santa Lucía.

— En realidad — comenta don Onofre —, nadie se hubiera imaginado algo parecido. Son años que no se hace una fiesta tan grande. Por eso se ve a la gente tan emocionada.

— Lo que a mí más me ha llamado mucho la atención — interviene don Ángel — ha sido la manera como ha sido pintado el templo, con colores tan bonitos y dibujos de plantas y animales al borde del río o en el monte.

— Por eso la gente — aclara Domingo — no se cansa de señalar con el dedo tal o cual planta o animal, como la planta del cacao, del mamey y del tabaco. A mí lo que más me gusta es el tigrillo, la iguana y el armadillo. Lástima que ahora el tigrillo desapareció por completo.

Salimos fuera y regresamos al templo para observarlo mejor. Sinceramente a mí no me impacta por nada. Todo me parece demasiado infantil. Ni modo. Como dice un refrán, *de gustibus non est disputandum* = no hay que discutir acerca de los gustos. Cada persona, cada cultura

y cada época tiene sus gustos. Observo, escucho y callo. Es un mundo demasiado diferente del mío. Como dice otro refrán, a la tierra que fueres, hacer lo que vieres. Por fin nos avisan que la comida está lista y regresamos.

Guajolote con mole y arroz, y tortillas hechas a mano. ¡Una delicia! Todos alaban la pericia de doña Margarita e hijas. Miguelito participa en el regocijo general mediante chillidos, sentado al lado de Domingo, que lo observa continuamente y le enseña la manera de usar el tenedor. ¡Increíble! Solamente Domingo ha logrado conquistar la confianza de Miguelito. Quién sabe cómo logran comunicarse entre los dos. El hecho es que Miguelito está siempre al pendiente de los que hace y dice Domingo. Basta un gesto de Domingo y Miguelito pronto se mueve para pasarle las tortillas o echar más arroz al plato.

— Es que Domingo es un verdadero brujo — comento.

— No es cierto, padre. Yo no soy un brujo — contesta tranquilamente Domingo.

— Entonces, ¿cómo lograste conquistar a Miguelito?

— No sé.

Termina el almuerzo y empezamos a despedirnos. Miguelito se da cuenta y se aferra con todas las fuerzas al brazo de Domingo. No obstante todos los ruegos de doña Margarita y los intentos de don Onofre, su padrino, de separarlo de Domingo, no se logra nada. Miguelito se defiende como puede, entre chillidos y empujones, dando a entender que por ninguna razón se apartará de Domingo. Por fin intervengo:

— Déjenlo. Ultimadamente, donde comen tres, comen cuatro. No hay problema. Estamos en el mismo pueblo. Ya conocen el camino. Cuando quieran, vengan a pasar un rato con nosotros, para prepararnos un sabroso cafecito o un almuerzo tan rico como el de hoy.

Todos se despiden y se alejan del curato, mientras doña Margarita se seca algunas lágrimas y don Ángel trata de consolarla.

La familia crece

Ya somos cuatro. Los cuatro mosqueteros al servicio del Rey. Un verdadero equipazo. La noche se presenta don Bonifacio con una anciana de unos sesenta años pasados, pero al mismo tiempo con un vigor excepcional.

— Padre, aquí está doña María. Es viuda y no tiene parientes cercanos. Le hablé y aceptó venir al curato para atender a ti y a los demás hermanos. Es la costumbre de nuestro pueblo. Visto que ya te

vas a quedar aquí, es necesario que alguien te atienda como se debe. No te preocupes: hoy mismo nos vamos a reunir los católicos más firmes y vamos a organizar el comité, que se va a preocupar por la alimentación de ustedes y todo lo que se puede necesitar en el curato. Siempre así se hizo antiguamente. Nosotros nos vamos a preocupar por ustedes, para que no les falte nada en lo material, y ustedes se van a preocupar por nosotros para que no nos falte la comida de Dios.

Perfecto. No hay nada que añadir. Todo está marcado por la costumbre. Mejor para nosotros. De hecho, doña María entra en el curato, como si fuera dueña de la casa, y empieza a meter orden.

— Cuando yo era niña — confiesa —, muchas veces estuve aquí para ayudar a doña Josefa, que en paz descance. Ella me enseñó los rezos para hacer mi primera comunión. Yo conozco muchos rezos. No sé leer, pero me sé de memoria el santo rosario y el novenario de difuntos. Me gusta mucho rezar.

— ¿Te casaste? — pregunto.

— Sí, me casé muy joven, pero no tuve hijos y mi esposo se murió hace más de diez años. Estuve arrimada con distintas comadres y ahora mi compadre don Bonifacio me invitó a venir aquí para atender el curato. A mí me gusta mucho trabajar. Sé trabajar en el campo y en el hogar.

Adelante. Doña María pronto arregla un catre en la cocina, a un lado del fogón. Yo sigo en el cuartito anexo al salón y los otros tres ocupan una parte del mismo salón, con una separación hecha de ramas de palma. Todo sencillo y todos felices. Domingo se hará cargo de Miguelito.

Capítulo 6

CON LOS MAESTROS DE SEMINARIO

Informes de Martín

Regresando de una gira por la parte alta de Sierra Azul, encuentro una carta del rector del seminario, con los informes de Martín. Todo positivo: celo apostólico, espíritu de oración, amor al estudio, etc. Una nota negativa: muy aferrado a sus ideas. “A ver de qué ideas se trata — pienso —. En realidad, hay ideas, que representan el fundamento de la propia existencia y dan sentido a la propia vida. ¿Cómo no estar aferrado a estas ideas? ¿O prefieren que uno viva al día, a ver qué pasa, sin metas ni ideales?”

Para aclarar la duda, pregunto a Martín acerca de sus relaciones con los superiores. Por lo general eran buenas, aunque a veces en algunos aspectos no estaba de acuerdo con su manera de actuar.

— Por ejemplo, alguna vez me resistí a bailar o tomar licores con ocasión de alguna fiesta.

— ¿Qué tipo de fiesta? — pregunto.

— Fiesta patria o también fiesta del seminario. Yo no estaba de acuerdo en que se utilizaran siempre cantos profanos, hasta con fondo erótico o con sentido claramente pagano. Según ellos, para que los invitados no se aburrieran, se invitaba algún grupo musical de la ciudad y cada quien pedía su canción preferida. A veces me daba vergüenza ver a mis compañeros portarse como si fueran gente de la calle, cantando, bailando y tomando licores.

— Me parece algo increíble.

— A mí me daba asco todo esto y, cuando veía que las cosas se ponían mal, me retiraba. Es que no las podía soportar. Por eso me pusieron “el apretado”.

— Y los superiores ¿cómo veían todo esto?

— Como algo normal. Según ellos, el seminarista tiene que aprender a convivir con la gente. Yo les contestaba diciendo que hay distintas maneras de convivir, como cristianos o como paganos. Mire, padre: hay muchas cosas que cambiar en el seminario. Con el pretexto de que hay que modernizarse, se olvidan de lo que tiene que ser el estilo propio del seminarista y del sacerdote. Mi tío canónico me daba muchos consejos al respecto.

Aparte de la carta, que contiene los informes acerca de la conducta de Martín, encuentro un papelito, en que el mismo rector del seminario me felicita por la "*Carta Abierta a los Rectores de Seminario*" y me invita a tener un encuentro con los maestros del seminario, puesto que depende de ellos gran parte de la formación que se imparte a los seminaristas.

Ni tarde ni perezoso, acepto la invitación y para la fecha señalada me encuentro en la capital del estado.

Desfase cultural

Como era de esperarse, después de una breve presentación, el Rector me cede la palabra. Saco unos apuntes y empiezo:

— ¿Dónde está la causa más profunda del retroceso y, en algún caso hasta derrumbe, del catolicismo en casi todo el mundo y al mismo tiempo la razón más profunda del avance de los grupos proselitistas? Según mi manera de ver las cosas, está en una cierta *desubicación o desfase cultural* presente en todo el sistema católico y en especial en la clase dirigente. Nosotros vivimos con el cuerpo en el presente y la mente en el pasado, en un mundo hecho de puros conceptos. Los grupos proselitistas, al contrario, no tienen nada que ver con el pasado. Viven el *hic et nunc* (aquí y ahora). Nacen en la modernidad y se desarrollan en la modernidad con toda naturalidad, manejando los valores propios de la modernidad, lo que hace más accesible su mensaje y más eficaz su acción.

Mientras en la Iglesia Católica se privilegia *el ser, la mente y el conocimiento*, en los grupos proselitistas se privilegian *el quehacer, el corazón y la experiencia*. Para nosotros, lo que vale más es la *teoría* (el aprendizaje); para ellos, la *práctica* (el entrenamiento). Nosotros buscamos la excelencia académica; ellos la excelencia pastoral.

¿Queremos preparar un grupo para una misión? Pronto organizamos un curso (teórico) mediante la *Evangelii Nuntiandi* o algún otro documento de la Iglesia, en que se habla de la importancia de la misión. ¿Hay problemas de pobreza? Un curso sobre la doctrina social de la Iglesia. ¿Hay problemas de proselitismo religioso? Un curso de ecumenismo o unas conferencias para conocer la historia y las características de cada grupo. ¿Y la práctica? Brilla por su ausencia.

Para nosotros, lo que más vale es el saber, considerando el hacer como una consecuencia lógica, como si la vida fuera un puro proceso de orden conceptual. Se dice: "Fulano aprendió las oraciones y los diez mandamientos; puede hacer la primera comunión". No se averigua si reza y trata de cumplir con los mandamientos. A veces me ha tocado presidir alguna celebración de primera comunión y enterarme de que muchos niños iban a misa por primera vez en la vida. Es que a la catequista lo que le importaba era que los niños aprendieran el catecismo. Lo demás, es decir la práctica, no le interesaba.

De ahí la facilidad con que el clero se mueve en el campo de las ideas y su dificultad a enfrentarse al mundo real. De ahí también su habilidad en el manejo de la pluma y afición a los documentos. Para cualquier asunto, un documento de tipo doctrinal y exhortativo,

Estando así las cosas, para nosotros, *el cristiano ideal* es el que sabe, el teólogo, el que más conoce el misterio de Dios y su plan de salvación, mientras para los demás, es el apóstol, el que da a conocer a Cristo y salva almas. Para nosotros católicos, *los criterios supremos de acción* son la verdad, la fidelidad y el amor; para los grupos proselitistas, son la eficacia, el éxito y la conquista, sin importar si un método es lícito o ilícito.

¿Qué hacer, entonces? Tratar de complementar los valores del *homo sapiens* (hombre que sabe) con los valores del *homo faber* (hombre que hace), teniendo en cuenta la misión propia de la Iglesia. Es tiempo de cortar el cordón umbilical que nos tiene amarrados al mundo greco – latino, enfocado al ser, para entrar plenamente en el mundo moderno, enfocado al quehacer, la eficacia y el éxito.

Llegó el momento de dar un paso trascendental en la historia de la Iglesia, logrando una síntesis entre el pasado y el presente, el ser y el quehacer, el conocimiento y la experiencia, el profetismo y la organización pastoral. En este sentido, las asociaciones y los movimientos apostólicos y eclesiales representan para nosotros una grande esperanza, al estar constituidos por gente muy comprometida con la Iglesia, plenamente injertada en la sociedad y al mismo tiempo gozando de cierta autonomía en sus planteamientos y acción pastoral.

De ahí posiblemente viene cierta incompreensión y rechazo de parte de algunos miembros del clero, que ven con cierto recelo el protagonismo que están teniendo actualmente en el ámbito eclesial. Preferirían que el laicado siguiera apegado a su sotana, metido en las así llamadas Comunidades Eclesiales de Base, hechas a su imagen y semejanza, sin ningún tipo de protagonismo y totalmente dóciles a sus orientaciones, que casi siempre son de tipo social.

Lenguaje

Noto entre los maestros, unos quince en total, una atmósfera bastante enrarecida, entre el asombro, el escepticismo y el interés. Se miran en la cara el uno al otro, como para decir: “¿De dónde viene este cuate?” Interrumpo la charla y pregunto por si acaso alguien quiere intervenir. Al ver que nadie se avienta, prosigo:

— Todo lo anterior lleva como consecuencia una cierta dificultad en la comunicación, dificultad que se hace más grande por el mismo lenguaje que se maneja en la Iglesia, que es esencialmente de tipo filosófico-teológico, que hoy en día nadie entiende. ¿Se han preguntado alguna vez por qué les resulta difícil transmitir a los feligreses los contenidos de la fe católica y prefieren dejarlos en la sí llamada “Religiosidad Popular”? Por la mentalidad y el lenguaje, que han adquirido en los estudios hechos en el seminario.

— Es cierto — comenta un maestro—. A veces, en los asuntos religiosos, uno no logra comunicarse ni con los mismos papás y los hermanos. ¡Cuántas veces intenté enseñar la Biblia en mi casa y no lo logré! Todos se aburrían y tenía que suspender la enseñanza, no obstante todo el esfuerzo que hacía para ser sencillo. Es que no me salían las palabras adecuadas a su manera de entender las cosas. De vez en cuando me decían: “Bájale. No hemos entendido nada”.

— Precisamente aquí está el problema. Con la formación del seminario, se adquiere otra manera de pensar y expresarse, cuando se trata de asuntos relacionados con la fe. Se produce una transculturación, que a su vez produce una incomunicación.

— Imaginense en qué lío estamos metidos nosotros — opina otro maestro —, que estamos llamados precisamente a comunicar el Evangelio de Cristo. De por sí, muchas veces había pensado algo parecido a lo que el p. Antonio está comentando, pero lo había siempre rechazado como una tentación. Ahora me doy cuenta de que no se trata de algo tan raro y descabellado.

Ya se rompió el hielo. Muchos intervienen. El asunto se está volviendo interesante. Toma la palabra el Rector del Seminario:

— Sin duda, la formación filosófico–teológica que se imparte a los seminaristas, es muy útil para ellos, pero no para el pueblo en general, que maneja otro tipo de cultura.

— Una cultura menos precisa conceptualmente, pero más llamativa e impactante, hecha de testimonio, poesía y arte. Ahí están las novelas y las películas, que tienen a las masas clavadas en el televisor horas y horas. ¡Y nosotros pretendemos transmitir los contenidos de la fe mediante un catecismo!

Se habla de un cambio de 180 grados en todo el sistema formativo del seminario. Se trata de entrar en los detalles y se ve la necesidad de contar con más tiempo para la reflexión. Será para otra vez. De regreso a Sierra Azul, juntos mis reflexión sobre el tema y envío una *Carta Abierta a los Maestros de Seminario*.

CARTA ABIERTA A LOS MAESTROS DE SEMINARIO

Muy Señores míos:

como se habrán dado cuenta, hace unos meses dirigí una Carta Abierta a los Rectores de Seminario, invitándolos a reflexionar acerca del papel trascendental que juega el Seminario en la vida de la Iglesia, puesto que está destinado a formar a los futuros pastores de almas, teniendo en cuenta los profundos cambios que se están dando en nuestra sociedad y de una manera especial la triste situación en que se encuentran las masas católicas, sumidas en una enorme incertidumbre y en el más grande desamparo ante el acoso constante, capilar y sistemático de los grupos proselitistas.

Les hacía notar la extrema necesidad de aportar cambios urgentes y profundos en todo el sistema formativo del Seminario. Pues bien, tratándose de una tarea tan amplia y compleja, alguien me hizo notar la conveniencia de involucrar directamente a ustedes en este proceso de reestructuración general del sistema formativo en los seminarios, puesto que su papel es determinante en orden a la formación de los futuros pastores de almas.

Por esta razón ahora me dirijo directamente a ustedes, Maestros de Seminario, para compartir algunas inquietudes, que desde hace algún tiempo he ido rumiando a solas. Ojalá que todo esto, aparte de representar para mí un desahogo y un descargo de conciencia, pueda ser el inicio de un diálogo sincero y fructífero entre cuantos abrigamos la esperanza de crear una nueva imagen de Seminario, más acorde a los tiempos actuales, teniendo en cuenta los nuevos retos que hoy en día se presentan a la tarea evangelizadora de la Iglesia.

Además, no nos olvidemos de que la formación que se imparte en los seminarios es paradigmática en orden a todo el sistema formativo que se maneja dentro de la Iglesia, desde la catequesis presacramental hasta la enseñanza que se imparte en los centros de formación para laicos y hermanas de vida consagrada. De ahí la trascendencia del asunto que nos está preocupando en este momento en orden a desencadenar un proceso de reestructuración general en los sistemas formativos dentro de la Iglesia.

PRINCIPIOS GENERALES

Se trata de principios que interesan todo tipo de formación en la Iglesia.

1.- Perspectiva del creyente

Ésta tiene que ser la perspectiva correcta en toda la formación que se imparte dentro de la Iglesia y de una manera especial en la formación de los futuros pastores de almas. En realidad, se trata de formar al creyente, que un día será maestro y guía en la fe. No se trata de formar al filósofo, al teólogo profesional o al experto en asuntos religiosos.

Ahora bien, si ésta tiene que ser la perspectiva correcta, es evidente que es necesario aportar muchos cambios en la manera de enseñar en nuestros seminarios y evaluar los resultados.

2.- Para una vida de fe

Todo lo que se hace en los seminarios, dentro y fuera de los salones de clase, no tienen como objetivo alimentar el bagaje cultural de los alumnos, su curiosidad intelectual o la propia vanagloria, sino el de iluminar, sustentar y alimentar la vida de fe de los seminaristas (Rom 1, 17). Lo demás es secundario, aunque pueda resultar de una cierta utilidad para la propia superación personal y la misión.

3.- La Palabra de Dios:

fuerate principal de inspiración

No la moda del momento, el teólogo famoso o la propia opción pastoral, sino la Palabra de Dios tiene que inspirar, orientar y dar el sentido más profundo a la vida de todo discípulo de Cristo y tanto más de un futuro pastor de almas. Al mismo tiempo, la Palabra de Dios tiene que impulsar y permear toda su actividad, a nivel religioso y profano.

Esto siempre, pero hoy de una manera especial, puesto que nos encontramos rodeados de gente, que ha hecho de la Biblia su arma de conquista. Es urgente volver a los orígenes, haciendo de la Biblia la carta magna del ser y quehacer en la Iglesia en su conjunto y en cada creyente.

Que los Maestros de Seminario y los alumnos se acostumbren a llevar siempre la Biblia a las clases de teología, para llenarse de ella, dejarse cuestionar por ella y tomar conciencia de la profunda relación que existe entre lo que se está tratando y la Palabra de Dios.

4.- Teoría y práctica

En todos los aspectos de la vida, no puede haber formación auténtica, si no se conjuga oportunamente la teoría con la práctica. En realidad, no basta "saber" o "conocer" algo; al conocimiento siempre hay que añadir la práctica, es decir, la vivencia de lo que se está aprendiendo. Solamente así el conocimiento surte el efecto deseado.

Por lo tanto, es un grave error decir: "Ahora les enseñamos esto para que mañana lo puedan poner en práctica". No mañana, sino hoy. De otra manera, el aprendizaje se vuelve un puro ejercicio académico, destinado al olvido una vez alcanzado el objetivo deseado, que puede ser el examen con la relativa calificación.

Estando así las cosas, hay mucho que cambiar en todo tipo de formación que se imparte en la Iglesia. Ya no basta "aprenderse" el catecismo para hacer la Primera Comunión o asistir a unas pláticas para poder casarse por la Iglesia o bautizar a los hijos. Hay que complementarlo siempre con una cierta práctica de vida cristiana en la línea de la enseñanza que se está manejando. No basta saber qué es la oración; hay que aprender a orar y así adelante.

Es tiempo de salir del mundo cultural greco - romano, en que se privilegiaba la mente y la razón con relación a la voluntad, el corazón y la acción. Es cierto que "no se ama (y no se hace) lo que no se conoce". Sin embargo, es igualmente cierto que el paso del conocimiento a la acción no es automático. Por lo tanto, como hay que esforzarse por

"aprender" algo, igualmente hay que esforzarse por lograr "ponerlo en práctica", comprometiéndose al mismo tiempo a nivel de mente y a nivel de voluntad.

5.- Entrenamiento

Como en todos los demás aspectos de la vida, también en lo que se refiere a la fe se necesita el entrenamiento para que un determinado conocimiento se vuelva operativo. No basta que alguien aprenda las normas de manejo para que pueda manejar; necesita el entrenamiento, es decir, el ejercicio práctico, para que pueda manejar de veras.

Lo mismo en el campo de la fe. No basta "saber" en qué consiste un determinado aspecto de la vida cristiana; se necesita el entrenamiento práctico para que alguien pueda vivir según los conocimientos adquiridos.

Solamente haciendo así, será posible formar al auténtico creyente y futuro pastor de almas. De otra manera nos quedamos en el puro mundo de las ideas y los conceptos, desviándonos del propósito fundamental por el cual el Hijo de Dios se hizo uno de nosotros y dio la vida para salvarnos: "Yo vine para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10). Vida, no puros conceptos o conocimientos abstractos.

CONSECUENCIAS PRÁCTICAS

Estando así las cosas, hay mucho que cambiar en todo el sistema formativo, que se maneja dentro de la Iglesia. Veamos solamente algunos de los aspectos más sobresalientes con relación a la formación que se imparte en los seminarios.

1.- Revisar la doctrina

del "ex opere operato"

Sirvió en otros tiempos para dar seguridad al creyente con relación a la validez de los sacramentos, sin fijarse demasiado en la situación personal de los ministros, si eran o no dignos del papel que estaban desempeñando.

De ahí se pasó a sobrevaluar el sentido de la validez de los sacramentos de por sí, en detrimento de su eficacia, que tiene mucho que ver con las disposiciones de los ministros y todos los que están implicados en la celebración de los mismos.

Ahora bien, es tiempo de poner cada cosa en su lugar, dejando a un lado la praxis de celebrar sacramentos al por mayor, sin fijarnos en su eficacia y por lo tanto desperdiciando tiempo y energías, que hubieran podido ser mejor aprovechados haciendo las cosas de manera diferente o dedicándose a otros asuntos.

2.- Reestructurar el método de enseñanza: doctrina, praxis y perspectivas

Para que las masas católicas salgan del actual bache espiritual en que se encuentran, se necesita que los pastores de la Iglesia, no solamente conozcan los contenidos de la fe y los vivan, sino que estén capacitados para transmitirlos de manera tal que los feligreses los puedan asimilar correctamente y vivir. A ejemplo del médico o el psicólogo, que no están para transmitir conocimientos abstractos acerca de la salud, sino para ayudar a la gente a vivir de una manera sana y satisfactoria.

Ahora bien, ¿cómo lograr esto? Sin duda, el sistema actual de enseñanza, que por lo general se está manejando en la Iglesia, no sirve. En realidad, los maestros se limitan a transmitir los conocimientos teóricos y a cerciorarse si los alumnos los están asimilando adecuadamente, sin preocuparse acerca de su eficacia práctica en orden a su vida personal y su misión como futuros pastores de almas.

¿Qué hacer, entonces? Es necesario cambiar el enfoque. ¿Cómo? Que en todas las áreas de la enseñanza (sacramentos, moral, dogma, devociones populares, objeciones de los grupos proselitistas, etc.), se proceda de la siguiente manera:

1. Transmitir la doctrina y averiguar si es asimilada en forma correcta por los alumnos;
2. analizar la praxis, es decir, la manera de percibir y vivir dicha doctrina de parte de las distintas categorías de destinatarios, mediante investigaciones de campo, realizadas por los mismos alumnos y supervisadas por los maestros;
3. hacer ensayos hasta no encontrar el método más idóneo para que los destinatarios puedan asimilar y vivir plenamente la doctrina que se les está transmitiendo. Evidentemente, en todo este proceso, los primeros en aprovechar los conocimientos, tienen que ser los mismos alumnos.

Tomemos el ejemplo de la doctrina católica acerca de las imágenes. No basta presentarla así como es, teniendo en cuenta las Escrituras, los

Concilios y el Catecismo de la Iglesia Católica. Es necesario realizar un trabajo de campo para descubrir cuál es el papel que las imágenes juegan en la vida de nuestra gente. Aclarado esto, hay que ver cómo lograr que las masas católicas lleguen a tomar conciencia del sentido auténtico de las imágenes dentro de la Iglesia, desechando todo sentido mágico o confusión al respecto.

Esto es transmitir la fe, que no tiene nada que ver con la repetición de fórmulas aprendidas de memoria o conocimientos abstractos. ¿Y los riesgos de enseñar la verdad así como es, especialmente cuando la praxis está fuertemente distorsionada por comodidad o intereses creados? Aquí se ve el papel del profetismo al interior de la comunidad cristiana, puesto que nunca faltan aspectos que revisar o corregir dentro de la Iglesia a los distintos niveles.

Lo mismo por lo que se refiere al bautismo de los niños, el matrimonio eclesiástico, la celebración eucarística según determinadas intenciones y tantos asuntos más. Una cosa es la doctrina oficial, que en la práctica conocen y entienden solamente los expertos, y otra cosa es la manera de ver las cosas de parte de las masas católicas. ¿Qué hacer, entonces? ¿Seguir dejándolas en la así llamada "Piedad Popular" o hacer algo para cambiar la situación, ayudándolas a dar un paso en adelante?

Me pregunto: ¿Hasta cuándo seguiremos así? ¿Por qué no tratamos de mover las aguas estancadas, haciendo ensayos concretos para llegar a un catolicismo más auténtico a nivel de masa? Siguiendo con la praxis actual, ¿no corremos el riesgo de dar las perlas a los cochinos y algún día quedarnos con las manos vacías, al vernos abandonados por los católicos más sensibles a los valores espirituales?

¿Hasta cuándo las masas católicas lograrán resistir al embate de los grupos proselitistas, que se están aprovechando de todo para hacer resaltar los vacíos o las distorsiones que estamos dejando en su formación religiosa? ¿O preferimos quedarnos con los brazos cruzados, hasta no verlas totalmente fagocitadas por los lobos rapaces? Por otro lado, si ellos las pueden conquistar, ¿por qué no vamos a poder conquistarlas nosotros, ayudándolas a dar pasos concretos hasta llegar a la plenitud en Cristo y su Iglesia?

ACLARAR

LAS CREENCIAS POPULARES

Es una asignatura pendiente en los programas formativos del católico a todos los niveles, empezando por la formación que se imparte

en los seminarios. Me pregunto: ¿Por qué no se trata este tema? ¿Será por descuido, miedo o inseguridad doctrinal? ¿Acaso las autoridades competentes no se dan cuenta del enorme vacío y sentido de incertidumbre, que esta falta de aclaración está dejando en el interior del futuro pastor de almas?

En realidad, el fondo cultural del pueblo latinoamericano es esencialmente indígena. Sus creencias más profundas tienen mucho que ver con aquel mundo. Ahora bien, hay que ver lo que es un simple hecho cultural, para aprovecharlo en la evangelización, y lo que se opone a la fe católica, para corregirlo, aunque esto pueda molestar a los seguidores de la Teología India. De otra manera, nunca se podrá lograr la unidad interior en la mente y el corazón de todo creyente y de una manera especial del futuro pastor de almas, condición indispensable para que pueda vivir serenamente su vida de fe y aspirar a la santidad.

CÓMO ENFRENTAR

LOS PROBLEMAS PASTORALES

Por el tipo de formación que actualmente se imparte en los seminarios, los clérigos nos volvemos muy hábiles en el campo especulativo y torpes en enfrentar las situaciones concretas en el campo de la evangelización. Parecemos más filósofos o teólogos que catequistas o pastores de almas.

En el mundo de las ideas nos movemos con bastante soltura, mientras encontramos mucha dificultad a movernos en el mundo de los hechos, mucho más complejo que el mundo de las ideas y los conceptos.

Es que no contamos con la herramienta necesaria y el relativo entrenamiento para cimentarnos con la realidad en general y en particular con la realidad pastoral. De ahí nuestra manía de querer resolverlo todo mediante documentos y, al no lograrlo, la tentación de refugiarnos en el culto, cargado de ritualismo, o de echarle la culpa a los demás, inventando cualquier pretexto: los nuevos tiempos, el indiferentismo religioso, la falta de compromiso de parte de los laicos, la falta de recursos, etc. Es que nuestro bagaje cultural no nos ayuda a enfrentar situaciones concretas, sino problemas de orden puramente conceptual, como si la tarea evangelizadora de la Iglesia fuera un asunto de puros conceptos o exhortaciones.

En realidad, la preparación que se nos impartió en los seminarios por lo general representó un proceso de transculturación, sacándonos de nuestro mundo real y catapultándonos al mundo imaginario de los siglos pasados, dominados por la lógica y el pensamiento. De ahí nuestra

incapacidad para transmitir de una manera adecuada los contenidos de la fe a los feligreses en general y hasta los mismos familiares y amigos, resignándonos a dejarlos en la dichosa "Piedad Popular"; al mismo tiempo, la incapacidad a enfrentar situaciones concretas, buscando soluciones precisas.

Ahora bien, si queremos dar un paso significativo en la tarea evangelizadora de la Iglesia, necesitamos dejar a un lado el estilo áulico y filosófico- teológico, que permea el mundo cultural eclesiástico, hecho de palabras y conceptos altisonantes, tópicos y generalidades, y aterrizar en el mundo real, aprendiendo a enfrentar y solucionar los problemas pastorales concretos, como son la vivencia y preservación de la fe y su transmisión a las nuevas generaciones, teniendo en cuenta el fenómeno del proselitismo religioso, la escasez de ministros ordenados, etc.

APRENDIZAJE Y UTILIZACIÓN DEL LENGUAJE CULTURAL ACTUAL

Para lograr esto, necesitamos revisar todo el itinerario formativo de los seminaristas con sus contenidos, no circunscribiendo su formación al ámbito estrictamente filosófico y teológico al estilo medieval, sino abriéndonos al rico mosaico cultural actual, cambiante y menos preciso, pero al mismo tiempo más sugerente, atractivo y comprensible.

1.- Programas diferentes

Que se definan con claridad los programas de estudio para los futuros pastores de almas y los programas para los que se vayan a especializar en filosofía o teología, dejando a un lado la manía de querer proporcionar a todos los alumnos títulos académicos reconocidos por los gobiernos, al terminar el curriculum normal de los estudios filosóficos y teológicos. En este caso, que se trate de una licenciatura en Ciencias Religiosas, más que en filosofía o teología, con el riesgo de abaratar las cosas o concentrarse demasiado en aspectos marginales, que tienen poco que ver con la formación de un verdadero creyente y futuro pastor de almas.

Los que quieran especializarse en filosofía o teología, que primero cursen los programas normales para una auténtica vida cristiana y un ejercicio correcto del ministerio, y después que se dediquen a su especialidad. Que todo se haga a su tiempo, sin querer quemar etapas. Primero creyente y pastor de almas; después, para los que tengan capacidad y ganas, la especialización, que puede ser en filosofía, teología o cualquier otra materia.

De todos modos, tiene que ser diferente la misma manera de presentar los contenidos: cuando se trata de preparar a los que se van a especializar en algo, se tiene que presentar los contenidos en una perspectiva más científica, con todos los relativos tecnicismos; cuando, al contrario, se trata de preparar al creyente y futuro pastor de almas, hay que insistir en los aspectos más prácticos, que miren directamente a la vida cristiana, dejando a un lado todo lo que, en lugar de ayudar, puede confundir a los alumnos o llevarlos hacia un peligroso relativismo doctrinal y moral.

Esta manera de actuar, entre otras ventajas, tendría la de despejar el camino hacia el ministerio ordenado para gente, muy identificada con los valores de la fe, pero al mismo tiempo poco apta para la especulación.

2.- Lenguaje accesible a los destinatarios

Teniendo en cuenta lo anterior y contando con más tiempo a disposición, habría que reestructurar los programas formativos, complementándolos con lo que es propio de la cultura actual: psicología, sociología, ciencia de la comunicación, literatura, arte, oratoria, etc. Además, habría que entrenar a los alumnos a expresar los contenidos de la fe según las categorías de la cultura actual, más accesible a los destinatarios.

En realidad, en esto consiste el lenguaje cultural, no en transmitir una misa por radio o televisión, o por contar con un periódico católico, sino en transmitir el mensaje, manejando adecuadamente el lenguaje propio de cada medio y tratando de ser lo más posible eficaces en cuestionar, impactar, sugerir y crear una mentalidad o conciencia según los valores del Evangelio.

Aquí está precisamente nuestro fracaso pastoral, en querer transmitir los contenidos de la fe mediante el catecismo, los tratados teológicos o los demás documentos de la Iglesia, manejando un lenguaje poco entendible para la gente de hoy y basándonos siempre en la razón, categoría que por lo general actualmente no goza de mucha simpatía.

Me pregunto: ¿Qué tal si empezamos a manejar el lenguaje cultural actual del cine, la televisión, el teatro, el periodismo, la novela, el cuento, la poesía, etc.? La competencia y nuestros adversarios de turno lo están haciendo, con un éxito que está a la vista de todos. ¿Por qué no intentar hacer lo mismo también nosotros, empezando desde la formación que se imparte en los seminarios? ¿Por qué no pensar en acondicionar en cada seminario un estudio de grabación, bien equipado, donde los

alumnos puedan entrenarse a transmitir la enseñanza en el lenguaje propio de la radio, la televisión y el cine?

INVESTIGACIONES

Es otro aspecto en que nos encontramos en pañales, como institución. Todo se decide por acuerdo o decreto, sin ningún soporte científico, basado sobre datos concretos, oportunamente analizados. Normalmente, si queremos alguna información acerca de un determinado aspecto del factor religioso en la sociedad, tenemos que acudir a las investigaciones realizadas por alguna universidad o institución privada o gubernamental.

¿Y nuestras instituciones? Brillan por su ausencia. Nada concreto acerca de cómo el factor religioso es visto y vivido dentro y fuera de la Iglesia. Lo que tiene son un montón de documentos, en que se habla de apertura, respeto, diálogo, indiferentismo religioso, falta de fe, etc. Palabras, conceptos, quejas y exhortaciones. Nada de investigación seria, nada de datos concretos, nada de análisis, nada de experimentación. Todo a la buena de Dios, presentando por lo general una realidad religiosa maquillada, según los gustos, los humores del momento o los deseos de los interesados.

¿Y así pensamos poder salir del actual bache pastoral en que nos encontramos, tratando de responder a los nuevos retos que se nos van presentando y así frenar el éxodo de nuestros feligreses hacia otras opciones religiosas? ¿Así podemos hablar seriamente de la Nueva Evangelización? Que quede bien claro: ninguna institución puede tener éxito, sin el soporte de una buena investigación, un atento análisis y una oportuna experimentación.

Ahora bien, ¿cuál sería mi sugerencia al respecto? Que cada seminario, instituto teológico o universidad católica pueda contar con gente experta en la investigación, encargada de constituir un banco de datos, útiles para enfrentar seriamente el problema de la evangelización en los distintos sectores o regiones. Evidentemente los alumnos podrían aprovecharlo para sus tareas y al mismo tiempo alimentarlo mediante sus aportaciones.

¿Y LA JERARQUÍA?

Aquí está el punto débil de todo el sistema eclesástico: un concepto mágico acerca del papel de la jerarquía en la Iglesia, como si hubiera una línea directa entre el Espíritu Santo y cada miembro de la jerarquía.

Hay que distinguir claramente entre la obediencia que se le debe y el monopolio de la verdad. Pues bien, nadie tiene el monopolio de la verdad, especialmente cuando se trata de asuntos de tipo pastoral. Nadie tiene el monopolio de la intuición, la creatividad o el profetismo.

¿Y si con eso molesto a ciertas personas "influyentes"? ¿Y si me equivoco? ¿Y si me censuran o paran en seco? ¿Y si me quitan el cargo? ¿Y la carrera? Conclusión: mejor me quedo callado para evitar problemas. Según mi opinión, aquí está el verdadero problema: falta de humildad ante el posible fracaso o temor a despertar envidias, con las relativas consecuencias del chantaje o la represalia, corriendo el riesgo de esconder los talentos recibidos; deseo de poder, pereza mental, flojera y comodidad.

Ni modo: ésta es nuestra realidad humana. Por otro lado, no hay otra salida. En todo hay que saber arriesgar. Por lo menos, hasta la fecha ésta ha sido mi experiencia personal al respecto y puedo afirmar con toda seguridad que, en resumidas cuentas, por lo general me ha ido bien, aunque a veces no han faltado momentos de incertidumbre, duda o tensión a causa de posibles represalias de parte de los afectados.

CONCLUSIÓN

Aquí están algunas inquietudes acerca de ciertos cambios que, según mi opinión, sería urgente aportar en la formación de los futuros pastores de almas. Ojalá que en algo puedan ayudar para una reflexión serena y objetiva acerca de este asunto, que sin duda merece la máxima atención y el máximo cuidado de parte de toda la comunidad eclesial y de una manera especial de parte de cuantos estamos llamados a colaborar directamente en la formación de los futuros pastores de almas.

Que el Señor nos bendiga a todos y nos conceda sabiduría y fortaleza para enfrentar con sentido de compromiso y espíritu de apertura los nuevos retos que se presentan a nuestra misión como formadores de las nuevas generaciones, que se aprestan a darnos el relevo en el pastoreo de nuestras comunidades.

Unidos siempre en la oración y en la búsqueda de los verdaderos intereses del Reino de Dios.

ATENTAMENTE.

Su devmo. en Cristo,

P. Antonio

Tercera Parte

EL DESIERTO
REVERDECE

Se alegre la estepa y florezca como flor.
La tierra abrasada se volverá un estanque
y el país árido un manantial de aguas

(Is 35, 1.7).

Capítulo 1

PLAN DE ATAQUE

La Teología de la Liberación: una desviación

No basta actuar, hacer cosas, salir en los periódicos, hacer que todos hablen de uno, para decir que se está en el camino correcto. Si fuera así, los políticos corruptos, los más grandes asesinos o los jefes de los cárteles de droga tendrían el primer lugar en la historia de los pueblos y se volverían para todos en modelo de éxito.

Y es precisamente lo que ha pasado en la Iglesia con relación a la Teología de la Liberación.

Por ocupar las primeras planas de los periódicos por su conexión con las guerrillas, pensaban haber atinado el rumbo, habiéndose involucrado en los "procesos históricos".

Aparte de representar un momento pasajero de la historia de la Iglesia latinoamericana, una pausa, una confusión o desviación temporánea, lo que más se le puede reprochar, es su inspiración fundamental, que no es cristiana sino marxista, aunque sus seguidores traten de demostrar lo contrario presentando algún texto bíblico, sacado de su contexto, y atribuyéndole un valor paradigmático. Un viejo truco, muy común entre los que, en lugar de ponerse a servicio de la Palabra de Dios, se sirven de ella para justificar acciones, muchas veces totalmente contrarias a los valores, que propone la Palabra de Dios.

Que haya injusticia en el mundo, desigualdad, opresión de parte de los más fuertes en contra los más débiles, es algo evidente y nadie tiene derecho a ignorarlo. El problema es definir el papel de la Iglesia para enfrentar estas situaciones y tratar de superarlas.

Pues bien, los seguidores de la Teología de la Liberación optaron por tomar un papel protagónico, concientizando al pueblo en general y apoyando los movimientos armados en busca de una solución radical al

problema de la desigualdad en la línea marxista, defendiendo la causa de los desposeídos, empujando a los feligreses más comprometidos a involucrarse directamente en el proyecto revolucionario y ofreciendo apoyo logístico hasta donde fuera posible, sin correr el riesgo de ser descubiertos y atacados directamente.

No violencia activa

Pues bien, según mi opinión, éste ha sido uno de los errores más grandes que se han cometido durante los últimos decenios en amplios sectores de la Iglesia. Me pregunto: ¿Acaso nuestros teólogos no se daban cuenta de que existía una manera diferente de enfrentar los problemas de la injusticia y la opresión, más conforme al Evangelio? ¿Nunca habían escuchado hablar de un Gandhi, un Martin Luther King y la gran cantidad de monjes budistas que optaron por una vía no violenta para resolver problemas parecidos, consiguiendo enormes éxitos?

Según mi manera de ver la historia, este hecho representa una prueba fehaciente del estado deplorable en que han caído muchos miembros del clero católico, arrastrando tras de sí a una gran cantidad de feligreses. En lugar de dejarse guiar por criterios evangélicos en la solución de los grandes problemas que afligen a la sociedad, se dejaron llevar por la ideología del momento, sin pensar en su fragante contradicción con los valores de la fe.

Aquí vemos como la manera “popular” de sentir y vivir la fe no es un asunto sólo de las masas católicas ignorantes, sino también de gran parte de nuestros agentes de pastoral, que piensan y viven sin una reflexión seria acerca del sentido auténtico de la fe cristiana con sus exigencias.

Una vez más las palabras de San Jerónimo resultan cuánto más actuales y certeras: *“La ignorancia de las Escritura es la ignorancia de Cristo”* con su mensaje de salvación. En realidad, lo que más resalta en la vida de muchos católicos disque “preparados” y comprometidos, es una profunda separación entre la fe y la vida. Saben cosas acerca de la fe, pero en la práctica sus criterios de acción no están dictados por la fe, sino por lo que proclama tal o cual líder o corriente de pensamiento. Se trata de un asunto demasiado serio, que ha causado un profundo deterioro en el pensamiento y el estilo de vida de largos estratos del pueblo católico.

Apostando por la Palabra de Dios

Pues bien, a la luz de estas reflexiones, me lanzo a preparar mi plan de ataque en Sierra Azul, apostando todo por la Palabra de Dios. Alguien me podría tachar de fundamentalista. Que lo haga; me tiene sin cuidado. En realidad, para algunos la Palabra de Dios representa solamente un punto de referencia, un adorno o un signo de identidad cristiana y nada más. Acuden a ella solamente cuando les conviene, es decir, cuando coincide con sus opiniones y sirve para justificar sus opciones. Cuando, al contrario, no está de acuerdo, simplemente la ignoran.

Para mí no es así. Para mí, la Palabra de Dios representa mi fuente principal de inspiración, especialmente en los asuntos que tienen que ver directamente con la fe, la vida y la misión de la Iglesia.

El ejemplo de Cristo

Pues bien, Jesús, aparte de estar siempre preocupado por “hacer la voluntad del Padre”, ¿qué estrategia siguió para cumplir con su misión?

— *Muchedumbres.*

No desperdiciaba ninguna oportunidad para “sembrar” la Palabra de Dios entre las multitudes. “Al desembarcar, Jesús vio una grande multitud y tuvo compasión de ella, porque eran como ovejas sin pastor. Y se puso a enseñarles largamente” (Mc 6, 34).

— *Discípulos: seguidores.*

Aparte de las multitudes, Jesús tuvo un cuidado especial para con sus discípulos. “A sentarse Jesús, se le acercaron sus discípulos. Entonces, tomó la palabra y empezó a enseñarles, diciendo: Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5, 2-3).

Una cosa era la relación de Jesús con las masas en general y otra cosa era su relación con sus seguidores, es decir, con los que habían optado por él. “Apartándose de la multitud, Jesús entró en una casa. Se le acercaron los discípulos y le dijeron: Explicanos la parábola del trigo y la cizaña” (Mt 13, 36).

— 72 discípulos:

obreros del Evangelio

Entre todos sus discípulos, Jesús escogió a 72 y los envió de dos en dos delante de Él para prepararle el camino. “Les dijo: La cosecha es abundante y los obreros pocos” (Lc 10, 2). Seguidores y obreros: gente comprometida, no solamente a vivir según las enseñanzas de Jesús, sino a dedicar tiempo y energías para hacer realidad su proyecto de salvación; gente escogida por Jesús y entrenada para dar un servicio directo en favor de su causa.

— 12 apóstoles:

colaboradores.

Aparte de los 72, Jesús escogió a un grupo más restringido de discípulos, destinados a “estar con él” y “ser enviados” a continuar su misión (Mc 3, 14).

Pues bien, si esta fue la estrategia que utilizó Jesús para cumplir con su misión y esta estrategia funcionó, ¿por qué no va a funcionar hoy con nosotros? Por lo menos hay que intentarlo. Esto es “apostar por la Palabra de Dios”, en lugar de apostar por el sociólogo de renombre o el pastoralista de escritor.

El consejo de Jetró

Pobre Moisés, metido en un montón de problemas para guiar al Pueblo de Israel en su conjunto y al mismo tiempo dirimir todos los pleitos que surgían entre la gente por cualquier razón. Interviene su suegro, Jetró, que le da la clave para resolver el problema, sin correr el riesgo de volverse loco: “Elige de entre el pueblo hombres capaces, temerosos de Dios, y ponlos al frente del pueblo como jefes de mil, de ciento, de cincuenta y de diez. Que ellos administren justicia al pueblo en todo momento; a ti te presentarán los asuntos más graves, pero, en los asuntos de menor importancia, decidirán ellos. Así aligerarás tu carga, pues ellos la compartirán contigo” (Ex 18, 21-22).

Algo sencillo, pero tan difícil de entenderse por tantos eclesiásticos de hoy. Todo lo quieren hacer ellos, hasta tocar las campanas y recoger la limosna. Por eso hay tanta reticencia en aceptar la colaboración de los diáconos permanentes. El miedo es quedarse sin chamba y sin dinero. Y con ese miedo se abandonan comunidades enteras sin responsables, que las guíen y cuiden. Mientras la oposición avanza sin encontrar resistencia alguna.

Diez justos

Todo es cuestión de amor al pueblo y no a otra cosa. Veamos el caso de Abraham. Dios decide destruir las ciudades de Sodoma y Gomorra a causa de sus maldades. Abraham interviene: “¿Así que vas a borrar al justo con el malvado? Tal vez haya cincuenta justos en la ciudad. ¿Vas a borrarlos sin perdonar a aquel lugar por los cincuenta justos que hubiere dentro?” (Gén 18, 23-24).

Dios accede: “Si encuentras en Sodoma a cincuenta justos, perdonaré a todo el lugar por amor a ellos” (Gén 18, 26). El problema es que no hay en Sodoma ni cincuenta, ni cuarenta y cinco, ni cuarenta... ni diez. Y llega el castigo. La pregunta es: ¿Qué hubiera pasado si en Sodoma hubiera habido aunque fuera solamente diez justos? En consideración de los diez justos, todo el lugar hubiera quedado sin castigo.

De ahí la enorme tristeza, cuando encuentro pueblos enteros, sumidos en la más espantosa ignorancia religiosa, metidos hasta el cuello en la dichosa “Religiosidad Popular”, sin que nadie conozca y viva plenamente los valores evangélicos. Pura masa, ovejas sin pastor. ¿La causa? Se acude poco a la Palabra de Dios para resolver los problemas que se nos presentan, como si la Palabra de Dios no tuviera nada que ver con nuestros problemas de hoy.

En una ocasión, alguien que se consideraba muy metido en las cosas de Dios, interpelado al respecto, contestó: “¿Qué tiene que ver la Biblia con nuestros problemas concretos? La Biblia contiene puras imaginaciones del pasado”.

¿Queremos un cambio profundo en la Iglesia? Tenemos que empaparnos totalmente de la Palabra de Dios, apostar por ella y hacer de ella nuestra principal fuente de inspiración. “Hagan la prueba y verán” (34 [33], 9).

Planeación

Después de haber reflexionado bastante sobre la estrategia de Jesús y el consejo de Jetró, paso a la acción, organizando una semana de reflexión entre los miembros de la comunidad, alternando el estudio de la Palabra de Dios con la oración y el diálogo entre nosotros y con la gente mediante visitas domiciliarias. Una experiencia interesantísima e inolvidable.

— Si hiciéramos esto en el seminario — comenta Martín —, ¡cómo sería diferente la formación de los futuros pastores de almas! Allí puro estudio y nada de experiencia con la gente.

— Yo no aguantaría — confiesa Domingo con toda sinceridad —. Imaginense todos los días encerrado en el seminario y metido entre libros. Yo me moriría. Bueno, es un decir, puesto que ser sacerdote no es para nosotros los indígenas.

— ¿Cómo que “ser sacerdote no es para nosotros los indígenas”? Claro que también los indígenas pueden ser sacerdotes.

— Yo nunca he visto como sacerdote a uno de mi raza. Hasta ahora he visto sólo sacerdotes güeros.

— Bueno. Pronto los verás. Todo dependerá de cómo le echemos ganas.

Y explico mi plan de acción, que consiste en prestar una atención particular a cada categoría de personas: católicos alejados, católicos practicantes, agentes de pastoral y colaboradores especiales. Para cada categoría tenemos que ir inventando iniciativas, que ayuden a la gente a dar pasos concretos hacia adelante.

— ¿Cómo vamos a saber si uno pertenece a una categoría u otra? — pregunta Domingo muy preocupado.

— Por el momento, vamos a considerar a todos como católicos alejados. A medida que vayamos avanzando en la evangelización, veremos quiénes la aceptan y se vuelven católicos practicantes y quiénes prefieren seguir como antes. Entre los que optan por el cambio, veremos quiénes se deciden a colaborar con nosotros en la evangelización y el cuidado de las comunidades que poco a poco vayan surgiendo.

— ¿Como mi yerno Luis, que quedó al frente del grupo que yo formé en mi pueblo?

— Precisamente. Así, poco a poco, iremos preparando para cada pueblo una lista de los católicos alejados, otra lista de los católicos practicantes y otra de los agentes de pastoral. Para cada categoría de católicos tendremos que hacer algo especial para que puedan avanzar en el camino de Dios. ¿Qué les parece?

— Perfecto — contestan Domingo y Martín entusiasmados.

El equipo base

Doña María, la cocinera, que no se ha perdido nada de lo que estoy comentando con Domingo y Martín, interviene preocupada:

— Y yo ¿cómo quedo?

— Todo depende de ti: si quieres encargarte solamente de la cocina, como siempre hiciste en el pasado, puedes seguir así; si, al contrario, quieres dedicar algún tiempo a la evangelización, eres bienvenida en el equipo.

— Es que yo no sé leer.

— No hay problema. El no saber leer no es como el sida, que no tiene remedio. Si tú quieres, en tres o cuatro meses vas a saber leer mejor que yo, especialmente cuando se trata de leer algo en el idioma de aquí.

— ¿Quién me va a enseñar?

— Domingo. ¿Qué más quieres? Tendrás un maestro bilingüe y además mi brazo derecho en la evangelización. ¿Qué te parece, Domingo?

— Muy bien, padre. Yo le voy a enseñar a leer y escribir.

Doña María, la cocinera, se siente feliz. Pregunta:

— ¿Puedo invitar también a mi compadre don Bonifacio, que hace muchos años estuvo muy metido en la Iglesia? Él es muy bueno. Le gustan mucho las cosas de Dios. Si en los últimos años se alejó de la Iglesia, fue por no estar de acuerdo con el cura que, en lugar de hablar de Dios, hablaba de pura política.

— ¿Cómo no? Invítalo. A ver qué dice.

Miguelito observa todo como desconcertado. Mira por un lado y por otro y ve que nadie le hace caso. Toma una Biblia del librero, la abre y la enseña a Domingo como para decirle: “Yo también quiero aprender a leerla”. No sabemos cómo reaccionar. Por fin pregunto a los miembros de la comunidad:

— ¿Cómo la ven? Miguelito ¿está totalmente sordo u oye algo? A veces tengo la impresión que esté escuchando y entendiendo lo que estamos diciendo.

— Más que oír, Miguelito se fija en los movimientos de los labios para entender lo que estamos diciendo — opina Martín, el seminarista.

— Yo no estoy tan seguro de que entienda solamente cuando se fija en los movimientos de los labios. A veces lo veo fastidiado cuando los vecinos prenden el radio a todo volumen. Otras veces lo he notado muy atento a lo que decimos nosotros, aunque no mire en los labios y esté cabizbajo.

— Padre — interviene Domingo —, Miguelito escucha cuando quiere y lo que quiere. No sé si es realmente sordo o se hace.

— Bueno. Tú te vas a encargar también de esto. Vas a ir a la parroquia de San Juan Evangelista y el P. Carlos te aconsejará un buen médico, que lo va a revisar para saber con certeza cómo están las cosas.

— Muy bien, padre; yo me encargo.

Se dirige a Miguelito y, hablando, le explica que él se va a encargar de enseñarle la Biblia. Miguelito se siente feliz. Levanta la Biblia, da brincos y, entre chillidos, emite sonidos, que hacen estremecer a Domingo y a doña María, la cocinera.

— ¿Sabes qué dijo, padre? Dijo: “Gracias a Dios”.

Domingo y Miguelito se abrazan de una manera muy efusiva. También nosotros lo abrazamos emocionados. Y no es para menos. En realidad, somos testigos de un milagro. ¿Un milagro?

Los diez

Yo prosigo con mi plan de acción:

— ¿Entendieron? Siguiendo el ejemplo de Jesús, que se dedicó a formar de una manera especial a los doce apóstoles, también cada uno de nosotros, aparte de todo lo anterior, tiene que ver la manera de dar una atención especial a diez personas, que manifiesten mayor garantía de ofrecer a la Iglesia un servicio más duradero.

— ¿Puede explicarse mejor? — pregunta Martín, medio intrigado.

— Mi principio es: “En lugar de trabajar por diez, pon diez a trabajar”. Otro principio: “Hasta dónde sea posible, busca y capacita a gente, que a su vez sea capaz de buscar y capacitar a otros”, tratando de desencadenar procesos, que vayan mucho más allá de lo rutinario. En otras palabras, en lugar de dedicarte a hacer cosas, prepara a gente que las haga y tú dedícate a inventar y ensayar cosas siempre nuevas, que otros puedan poner en práctica con facilidad. Que cada uno de nosotros actúe, no con la mentalidad de un simple obrero, sino con la mentalidad de un empresario, dando trabajo a otros. En este aspecto, Sierra Azul es un terreno virgen. Aquí tenemos la oportunidad de inventar muchísimas cosas, que pueden meter en acción a muchísima gente.

— En el fondo, se trata de buscar a multiplicadores.

— Perfecto. Se trata de descubrir y prestar más atención a gente que pueda hacerse cargo de una determinada actividad y seguir adelante, sin que uno esté siempre cerca para empujarla.

— Todo lo contrario de lo que, por lo general, hacen actualmente muchos agentes de pastoral celosos, que no sueltan nada por el miedo a quedar sin chamba o avientan a los demás sin preparación.

Bernabé y Pablo

— Veamos el ejemplo de Bernabé. Fue encargado de parte de la comunidad de Jerusalén de atender a la naciente comunidad de

Antioquía. ¿Qué hizo Bernabé? “Partió para Tarso en busca de Saulo” (Hech 11, 25). ¿Acaso Bernabé no se daba cuenta de los riesgos que corría al involucrar a Saulo en su misión, un personaje mucho más capaz y aventado que él? Claro que lo sabía y de todos modos no se detuvo y tenemos al gran Pablo, el “apóstol de los gentiles”. En realidad, de eso se trata, de buscar a gente realmente capaz de rebasar a uno mismo, no a gente que va a quedar eternamente como aprendiz. Aquí está precisamente la grandeza de Bernabé: en haber tenido el valor de lanzar a Saulo, consciente que fácilmente lo iba a opacar con su capacidad intelectual, su pasión por Cristo y su empuje misionero.

— Nunca había reparado en esto — comenta Martín muy pensativo.

— Y Pablo ¿qué hizo, una vez metido en la misión? Lo mismo: buscó y lanzó a gente capaz de dar continuidad a su obra: “Lo que aprendiste de mí en presencia de muchos testigos, confíalo a hombres dignos de confianza, que sean capaces a su vez de enseñar a otros” (2Tim 2, 2). Aquí está precisamente la clave para que la misión avance, en saber construir los primeros anillos de cadenas que no se rompan nunca. Y es lo que tenemos que hacer nosotros: aparte de trabajar con las masas alejadas y los católicos comprometidos, tenemos que fijarnos de una manera especial en algunos que puedan dar solidez y continuidad a nuestra presencia en Sierra Azul, como rezanderos, ministros de la Eucaristía, misioneros populares, diáconos permanentes y, ¿por qué no?, ministros del altar y pastores de almas.

— Así que ¿yo también tengo que tratar de formar a diez personas, que puedan dar algún servicio a la Iglesia? — pregunta Domingo.

— Claro que sí.

— ¿También Miguelito puede ser uno de ellos?

— Claro. Lo importante es que le enseñes algo que después él pueda hacer por su cuenta, sin tu ayuda.

— ¿Y doña María?

— También doña María, una vez que aprenda a leer y escribir y se capacite en la Biblia, podrá empezar a impartir cursos bíblicos, a preparar a la gente para los sacramentos, a cantar... Muchas cosas puede hacer doña María, si le echa ganas para aprender a evangelizar y tratar de involucrar a otros en la misión.

Listos para el ataque

Noto en la comunidad un fuerte sentido de compromiso. Están impacientes por lanzarse al ataque. Hasta Miguelito se ve nervioso.

Mira en la cara a todos, tratando de interpretar sus pensamientos y estar listo para entrar en acción.

Aún queda alguna duda que despejar. Pregunta Domingo:

— Padre, ¿también yo puedo aconsejar algún muchacho para ser sacerdote?

— Claro que sí.

— Tengo a mi nieto, que siempre me ha acompañado en los rezos con mi yerno Luis. Es un niño muy bueno. Le gustan las cosas de Dios y es muy obediente. De hoy en adelante trataré de darle más consejos, para que no se deje llevar por las malas compañías ni se deje confundir por ciertas ideas raras, que los maestros de la escuela andan metiendo en la cabeza de los niños.

— Perfecto, Domingo. Tú vas a conocer a muchos niños en todos los pueblos que te toca atender. Pues bien, trata de descubrir en cada pueblo por lo menos a un niño que algún día pueda ser sacerdote. Fíjate en los papás, en la manera de comportarse de los niños y muchachos, pide consejo a la gente más entregada a Dios y háblales de lo que es ser sacerdote.

— Después te lo voy a decir a ti, para que tú también les des consejos.

— Claro. Así hay que hacer. Todos tenemos que pedir a Dios el don del discernimiento y dar pasos concretos en la línea que Dios nos vaya señalando, sin dejar de comentar los asuntos más importantes en los encuentros que vamos a tener periódicamente. Al momento oportuno voy a intervenir yo personalmente. ¿De acuerdo?

— Sí, padre. Quiero hacer otra pregunta: ¿Hasta cuándo tengo que apoyar a los diez que yo voy a buscar y entrenar? ¿Por toda la vida?

— No. Tú tienes que apoyarlos hasta dónde puedas. Después otros se encargarán de continuar con su formación hasta llegar a ser catequista, diácono o sacerdote. Cuando se trata de personas ya comprometidas en la evangelización, tienes que apoyarlas en todo lo que sea posible para que puedan cumplir bien con su tarea.

— Sí, padre. Ahora entendí bien. Te prometo que le voy a echar ganas y mucha gente va a venir a la Iglesia, más gente que antes, cuando mi papá era cantor.

Una pastoral diferente

Se respira un aire de fiesta, como si estuviéramos en la vigilia de un grande acontecimiento. Martín, el seminarista, rompe el encanto:

— Hermanos, durante todos los años que estuve en seminario, nunca vi algo parecido. Se hacía un poco de apostolado a la buena de Dios, sin ningún plan y ninguna estrategia concreta. Cada quien hacía lo que se le ocurría o lo que el párroco le señalaba. Algo sencillo y rutinario. Aquí uno empieza a ver las cosas de una manera muy diferente. Le doy gracias a Dios y al P. Antonio por ofrecerme esta oportunidad de prepararme mejor para ser buen sacerdote, teniendo en cuenta las exigencias del mundo actual.

— Precisamente por eso no te estoy dando muchos cargos. En realidad, aún tienes que terminar los estudios de teología. Para eso en estos días tienes que ir al seminario y pedir el programa de lo que te falta, para que yo te asesore y poco a poco puedas ir avanzando hasta concluir los estudios teológicos.

— Mañana mismo voy salgo para ver todo esto y al mismo tiempo aprovecho para llevar la Carta Abierta, que usted acaba de escribir para los Maestros de Seminario. Estoy seguro de que muchos van a respingar.

— Bueno. Cada uno hace lo que puede. Por otro lado, no soy una monedita de oro para que todos me quieran. Para mí, lo que más importa es mover las aguas estancadas. Estoy seguro de que no faltará algún maestro que se va a dejar cuestionar y así, poco a poco, las cosas irán cambiando.

— ¿Cuánto tiempo se necesitará para que en los seminarios y en la Iglesia se realicen los cambios que propone usted?

— ¿Cincuenta? ¿Cien años? Quién sabe. Lo importante es empezar. En realidad, se trata de un cambio de época. Se trata de un cambio de paradigma, algo que el 99% de los agentes de pastoral ni sospechan mínimamente. Se sienten insatisfechos, ven que todo se va para abajo y no vislumbran ninguna posibilidad de solución. Es que no es fácil salir de los propios esquemas mentales, para mirar las cosas desde otro punto de vista. Ni modo. A mí me tocó bailar con la más fea; me tocó el papel de Jeremías: tratar de abrir los ojos al pueblo, para que tome conciencia de su realidad y del peligro que lo amenaza. Tengo que dar gracias a Dios, si no me pasa lo que le pasó a él. No puedo pretender aplausos, cuando lo que digo molesta a muchos. Si buscara aplausos, antes que nada vería la manera de no molestar a nadie y después haría todo lo posible para halagar a todos, de una manera especial a los de arriba.

— Como antiguamente hacían los falsos profetas.

— Precisamente. Pero esto no tiene nada que ver con mi manera de ser. Más bien, prefiero ser coherente conmigo mismo y, antes que

nada, estar en paz con mi conciencia. Por lo demás, venga lo que venga. Así que... antes empezamos, mejor.

¿Por qué diez?

Por lo que acabo de decir, noto una cierta preocupación en la mirada de todos. Sin duda, a excepción de Martín, el seminarista, los demás entendieron muy poco acerca de lo que pretendo con mis cuestionamientos y mi acción pastoral. De todos modos, algo entendieron, lo suficiente para darse cuenta de que lo que estamos haciendo no es un juego, sino algo que va a molestar a muchos y seguramente va a causar problemas.

Martín, el seminarista, trata de superar el impasse, reconduciendo la conversación al tema de los diez.

— ¿Por qué — pregunta — usted habla de diez y no doce colaboradores especiales, como hizo Jesús con los apóstoles?

— Las razones son múltiples: primero, para no meternos en el mismo plano de Jesús; después, para evitar que en el grupo haya algún Judas y, por último, para tener en cuenta el consejo de Jetró y la experiencia de Abraham, en que se habla de diez, un número más fácil de manejarse...

— A mí — interviene Domingo — me gusta mucho el número diez, porque me recuerda a Abraham, cuando intercedió por el pueblo y no logró salvarlo, porque en él no se encontraban ni diez personas buenas. Si hubiera habido diez personas buenas, Dios no habría castigado al pueblo. Yo haré todo lo posible para que, en cada pueblo que me toca atender, haya por lo menos diez católicos practicantes.

Reunir a las ovejas dispersas

— Perfecto, Domingo. Se ve que tú entendiste bien. Así que... a trabajar todos. Que en cada pueblo haya por lo menos diez católicos practicantes. Lo primero que tenemos que hacer, es visitar todos los pueblos y rancherías y hacer una lista de todas las personas, que en el pasado en alguna manera apoyaron las actividades de la parroquia. A ver si logramos integrarlas a nuestro proyecto. Hecho esto, a ver si podemos conquistar alguna nueva ovejita, hasta completar por lo menos el número diez.

Martín y Domingo, los encargados de zona, asienten con gusto. Les parece que no será tan difícil lograrlo.

— Ojalá — concluyo — que para la próxima reunión cada uno de nosotros logre traer por lo menos a cinco antiguos agentes de pastoral, entre rezanderos, cantores, encargados de capilla, etc.

— Que no sean amigos de la botella — advierte Domingo.

— Claro. Y que quieran comprometerse a una vida cristiana más auténtica y a prestar un servicio a la comunidad.

— Como mi yerno Luis. Es un buen católico, da buen testimonio y quiere trabajar por la Iglesia.

— Perfecto.

Capítulo 2

EN LA VERDAD Y EL AMOR

Falacias

que han hecho historia y nos han hundido

¿Qué es una falacia? Algo que parece verdad y es mentira. Desgraciadamente también en el mundo católico existen falacias, es decir, opiniones que se aceptan sin reflexionar, como si fueran verdades. Lo peor del caso es que no se trata de algo que afecta solamente a las masas ignorantes y alejadas. Gran parte de los agentes de pastoral y del mismo clero piensan lo mismo y actúan en consecuencia.

Esto representa sin duda una prueba evidente del estado de decadencia en que actualmente se encuentra nuestro catolicismo en general, más allá de toda retórica y buenas intenciones. En este contexto, la situación de Sierra Azul se vuelve en un signo emblemático de lo que nos puede pasar en gran escala, si no nos decidimos a enfrentar con seriedad el problema pastoral, luchando por abrir nuevos caminos para superar el actual estado de indolencia e inercia, que por lo general está dominando nuestros ambientes.

— *Piedad popular.*

Falacia:

¡Pobre gente! Es difícil que comprenda y viva plenamente el Evangelio. Le falta tiempo y capacidad. ¿Por qué quitarle lo poco que tiene, con el riesgo de dejarla sin nada? ¿Por qué condenarla al infierno? En el fondo, está haciendo lo que puede.

Por otro lado, posee un sentido muy profundo de Dios, todo lo sagrado y el más allá. Que siga adelante por el camino que ya conoce. Es su manera de entender y vivir la fe. Es su caminito para acercarse a Dios y alcanzar la salvación. ¿Qué derecho tenemos a meternos en su vida y perturbar su fe?

Aclaración:

Una cosa es constatar la situación, en que se encuentran las masas católicas, por ignorancia y hasta cierto punto sin culpa propia, y otra cosa es ver todo esto como un hecho normal, como si se tratara de un plan de Dios para la salvación de las masas, sin reconocer, como pastores, nuestra responsabilidad con relación a este fenómeno.

En realidad, no se trata de quitar nada, sino de ayudar a las masas católicas a dar pasos concretos hacia la plenitud en Cristo y su Iglesia. Sin embargo, ¿qué está pasando en la práctica? Que se empieza con reconocer la "Piedad Popular" como un caminito de salvación, a la insignia del octavo sacramento representado por la ignorancia, y se termina por afianzarla más en beneficio propio, manejando actitudes y prácticas muy discutibles en el plan pastoral, que no tienen nada que ver con el auténtico espíritu cristiano, y dedicando a dichas prácticas tiempo y energías, que se podrían emplear muy bien para ayudarlas a madurar en el sentido correcto. En lugar de "purificar" la Piedad Popular, con su actitud irresponsable la enredan y confunden más.

¿Y por qué todo eso? Por el amor al maldito dinero. Por ese amor los filósofos se vuelven sofistas y los teólogos charlatanes. Como dijo San Pablo: "El amor al dinero es la raíz de todos los males" (1Tim 6,10).

— Imágenes.

Falacia:

Es muy difícil y peligroso tratar de aclarar a las masas católicas en general el sentido auténtico de las imágenes. Puesto que se trata de creencias muy arraigadas, transmitidas de generación en generación, cualquier intervención de nuestra parte puede provocar en ellas una reacción violenta, como de hecho ha sucedido en distintas ocasiones.

Por lo tanto, para evitar problemas, es mejor dejar las cosas como están. Por otro lado, para algo sirven, por lo menos para ayudar a las masas católicas a expresar y afianzar su fe y pertenencia a la Iglesia. Más aún: ¿Por qué no aprovecharnos de las imágenes para evangelizar, haciendo procesiones y peregrinaciones, que sin duda tienen el poder de convocar a mucha gente?

Aclaración:

¿En qué consiste el papel profético dentro de la Iglesia? ¿En transmitir la fe de manera tal que nadie se moleste? ¿Y el ejemplo de Cristo, los apóstoles y tantos profetas de la antigüedad, que llegaron

hasta dar la vida con tal de proclamar siempre y toda la verdad, no obstante todos los peligros que esto representaba?

Aquí se repite lo de antes: se empieza con una apariencia de amor y comprensión hacia los más pobres e ignorantes y se termina por explotar su credulidad, organizando un montón de cosas alrededor de las imágenes, en lugar de ayudar a nuestra gente a madurar en la fe.

¿Qué sentido tienen, para los que actúan de esa manera, las palabras de Jesús: “La verdad los hará libres” (Jn 8,32)? A veces me pregunto: ¿Será mala fe? ¿O es que los mismos agentes de pastoral, al manejar la religiosidad popular sin espíritu de discernimiento, han caído en la trampa de las masas ignorantes y por lo tanto piensan y actúan como ellas, perdiendo el sentido auténtico de la fe?

Veamos el ejemplo de la devoción a la Virgen de Fátima. Un mensaje estupendo: conversión, oración y penitencia. ¿Y qué pasa? Que, para querer adaptarlo a las masas populares, lo abaratan, haciendo estatuas e imágenes y organizando peregrinaciones, poniendo en segundo término u olvidando con eso el motivo más profundo de tal devoción. Y todo esto viene desde arriba; no se trata de algo realmente popular, que surge del pueblo y sirve para el pueblo, que, como sabemos, reinterpreta todo a su manera.

— *Fiestas religiosas.*

Falacia:

Así es nuestro pueblo. Le gusta la pachanga. Es fiestero de por sí. ¿Qué le podemos hacer? Tenemos que aprovecharnos de las fiestas religiosas para evangelizarlo.

Aclaración:

Evangelizarlo ¿cómo? ¿Organizando bailes con borracheras, en contubernio con las autoridades civiles? Claro que podemos aprovecharnos de las fiestas religiosas populares para evangelizar a las masas católicas. Pero, en este caso, tendríamos que cambiar muchas cosas en la manera de celebrarlas, haciendo un amplio uso del teatro, la música, la poesía, el canto y tantas cosas más, que atraen al pueblo, pero al mismo tiempo lo educan en la fe.

Pues bien, ¿se está haciendo algo en esta línea? Poco o nada. Con el pretexto de que se trata de algo propio del pueblo, en lugar de intervenir para aclarar las cosas y volverlas realmente cristianas, se

interviene para afianzar creencias y actitudes totalmente contrarias al espíritu cristiano.

— *Proselitismo religioso*

Falacia:

¿Por qué estar peleando contra los que tienen otras creencias? Que cada quien crea en lo que quiera. Por otro lado, todos estamos buscando al mismo Dios. Si alguien prefiere irse con otro grupo religioso, que lo haga con toda libertad. También allá encontrará algo bueno, que lo va a ayudar para acercarse más a Dios.

De todos modos, nosotros no nos damos abasto para atender a tanta gente. Qué bueno que haya alguna otra opción para la gente, que de otra manera se quedaría sin nada. Algo es algo. Peor es nada. Mejor un buen protestante que un mal católico.

Y si alguien te acusa de adorar las imágenes, ¿qué le contestas? Que tengo todo el derecho de hacerlo. ¿Qué les importa a los demás, si yo quiero adorar una piedra o un árbol?

Aclaración:

Se trata de la interpretación “popular” de los principios del ecumenismo, basados en el respeto y la tolerancia hacia los que tienen otras creencias. Lo preocupante del caso es que son ideas presentes en muchos agentes de pastoral, que, basándose en estas ideas, lo único que saben hacer, es burlarse y reprimir a los que se preocupan por cuidar y defender su fe y quieren ayudar a los demás a hacer lo mismo, tachándolos de fanáticos e intolerantes.

En lugar de capacitarse para aclarar las dudas de los hermanos “débiles en la fe”, los hunden más, con el pretexto de un malentendido ecumenismo. Parecen abiertos y comprensivos hacia los que tienen otras creencias, cuando en realidad son egoístas y flojos, al no preocuparse por conocer seriamente la doctrina católica y así estar en grado de ayudar a los que solicitan alguna orientación para despejar las dudas, que les ponen los grupos proselitistas.

Al mismo tiempo, en lugar de ver qué hacer para que todos los católicos sean debidamente atendidos, lo que implica grandes cambios al interior de la Iglesia, buscan cualquier pretexto con tal de seguir trabajando a su gusto y sin meterse en problemas, aunque esto tenga como consecuencia el abandono pastoral de gran parte del pueblo católico, que por lo mismo se vuelve en fácil presa de los grupos proselitistas.

Y así, desde adentro de la misma Iglesia, se está promoviendo el indiferentismo religioso. Algo realmente increíble, pero cierto. A veces me pregunto: “¿Dónde estará la raíz de todo esto? ¿No estará en el hecho que, dentro de la Iglesia, son demasiados los que han perdido el sentido de la verdad en el amor? (Ef 4, 15)”

El cuento de los trapos sucios

Muchos, ante estas reflexiones, se escandalizan y protestan: “Están en contra de la Iglesia, se está atacando a la jerarquía y se está proporcionando armas a nuestros enemigos para hacernos más daño”. Y recuerdan el refrán: “Los trapos sucios se lavan en casa”. Según ellos, para resolver los problemas presentes en la Iglesia, habría que hablar directamente con los obispos y el Papa, para que intervengan y pongan las cosas en su lugar.

Evidentemente tienen una idea muy equivocada acerca de cómo se resuelven los problemas dentro de la sociedad y dentro de la Iglesia. Según ellos, todo se resuelve desde arriba. En nuestro caso, bastaría una palabra del Papa o de los obispos para que todo se arreglara.

Pues bien, la experiencia dice que los problemas no se resuelven de esa manera ni dentro ni fuera de la Iglesia. En realidad, para que cualquier problema pueda ser resuelto, primero tiene que ser ventilado entre los afectados, para que tomen conciencia del mismo y expresen sus respectivos puntos de vista con miras a una solución; solamente después, una vez definidos los pros y los contras, la intervención de las autoridades correspondientes se torna realmente clarificadora, oportuna y eficaz. De otra manera, sin estos antecedentes, todo se vuelve rutinario e ineficaz, como puro ejercicio de autoridad, sin un influjo directo en la realidad.

Sencillamente lo que pretenden esos señores, al no querer que se hable públicamente de esos problemas, es tapar el sol con un dedo o romper el espejo, que refleja una imagen que no es del propio agrado, como si, al hacer esto, se resolviera el problema. En realidad, lo que nosotros estamos tratando, no es algo secreto u oculto, puesto que está a la vista de todos. Por lo tanto, no vemos nada malo en que se hable públicamente de esas cosas, para no pecar de omisión y por lo mismo volvernos cómplices de los daños que se están causando a la comunidad.

Cuando alguien está enfermo, ¿quién lo ayuda a curarse: el que dice que todo está bien o el que detecta la enfermedad y ofrece el

remedio oportuno para curarla? Lo mismo pasa ahora con la Iglesia. ¿Quiénes la aman de veras? ¿Los que no ven nada o, si ven algo, callan o los que ven la realidad y tratan de cambiarla, aplicando y sugiriendo el remedio oportuno?

Por lo que se refiere a los enemigos, ellos se dan cuenta de nuestra situación mejor que nosotros mismos y se están aprovechando. Sin duda, prefieren que las cosas sigan igual. Así pueden seguir conquistando a los católicos, sin que nadie los estorbe.

Los signos de los tiempos

Jesús reprochó a sus contemporáneos el no saber discernir los “signos de los tiempos” (Mt 16, 3). Me temo que, si volviera hoy, haría lo mismo con nosotros. ¿Acaso no nos damos cuenta de que estamos perdiendo las masas católicas, incapaces de resistir ante el embate de los grupos proselitistas, la Nueva Era, la religiones orientales y todo el espíritu mundano, que está invadiendo nuestros ambientes? ¿Y qué estamos haciendo nosotros para ayudarlas a no sucumbir ante una amenaza tan pertinaz? Nada. Seguimos como si no estuviera pasando nada, que pusiera en peligro la fe de nuestro pueblo. A este respecto, sería bueno leer y meditar Ez 3, 16ss.

Ahora bien, en lugar de debilitarlas más, afirmando que todo es lo mismo, ¿por qué no tratamos de hacer un buen análisis de nuestra realidad eclesial, desechando todo tipo de falacia y preparando alguna estrategia concreta para salir del actual estado de inercia, en que nos encontramos? ¿Por qué tenemos que esperar siglos, para descubrir las causas de la derrota anunciada, de que somos víctimas en el presente?

¿Acaso la historia no nos enseña nada al respecto? ¿No corremos el riesgo de repetir los mismos errores del pasado, que llevaron al Cisma de Oriente (año 1054) y al Cisma de Occidente (año 1517)? Los signos premonitores ya estaban a la vista de todos. Pero no les hicieron caso. No quisieron o no supieron discernir los signos de los tiempos, y llegó la tragedia.

Pues bien, para que esto no nos pase también a nosotros, es necesario que analicemos atentamente nuestra realidad eclesial y demos pasos concretos para superarla a la luz de la verdad y el amor. En otras palabras, que tomemos en serio el Evangelio y lo vivamos a nivel personal y comunitario, cambiando lo que hay que cambiar, pase lo que pase.

De la sabiduría de los ancianos a la experiencia personal y la reflexión

Alguien, al enterarse de estas reflexiones tan inusuales dentro de la Iglesia, podrá quedar perplejo y preguntarse acerca de su origen. Pues bien, no se trata de algo espontáneo que me llegó en forma de intuición, sino representa el resultado de años y años de experiencia y meditación acerca del sentido de mi vida como misionero.

A principio mi grande preocupación fue “aprender de los ancianos”. Y lo hice con gran esmero. Sus palabras y sus gestos eran oráculos para mí. Tomaba nota y preguntaba acerca de todo, tratando de entrar en su mundo, el mundo de la sabiduría práctica, para arrancar desde ahí mi experiencia apostólica.

Evidentemente todo esto me sirvió para algo, especialmente para conocer mejor a la gente con sus motivaciones y reacciones más recónditas. Pero, a medida que iba adentrándome en el campo de la pastoral, me fui dando cuenta de que en muchos aspectos su “sabiduría” era demasiado humana, sin una sincera preocupación por los auténticos valores, que propone el Evangelio; además, era demasiado circunscrita a su pequeño ambiente y a las circunstancias concretas de su vida. Le faltaba amplitud de visión, profundidad de reflexión y verdadero interés por la misión. Lo que poco a poco fue minando mi confianza en la eficacia de sus orientaciones.

Además, a medida que iba haciendo experiencia y reflexionaba acerca de lo que veía y escuchaba, me fui dando cuenta de que en su manera de pensar y actuar, había muchas falacias, lo que me hacía sentir siempre más incómodo en el saco que pretendían ponerme. Por lo mismo, al volverme más crítico, empecé a buscar nuevos caminos a la luz de la Palabra de Dios y los descubrimientos que poco a poco iba realizando.

Como era de esperarse, en la medida en que iba dando a conocer el fruto de mis experiencias y reflexiones, en la misma medida se hacía siempre más grande el abismo que nos separaba, hasta experimentar un verdadero rechazo y una oposición radical de parte de la mayoría de mis antiguos compañeros, maestros y guías. Lo que más me desconcertó, fue la frialdad y el alejamiento de parte de algunas personas, que en el pasado había apreciado mucho por su preparación intelectual y testimonio de vida.

De todos modos, no obstante todas las dificultades, nunca llegué a desanimarme, profundamente convencido de estar luchando por una causa justa. Lo que más me ha ayudado a perseverar en este camino,

ha sido la simpatía y la aceptación de las que siempre he gozado de parte de la gente sencilla y sincera, que, al contacto conmigo y mis ideales, experimenta un sentido de alivio y libertad, que la impulsa hacia una vida siempre más cristiana y comprometida.

Claves del éxito pastoral

A esa gente quiero dar a conocer algunos principios, que me han ayudado a lograr ciertas conquistas en el campo de la pastoral:

— *No al borreguismo*

Para enfrentar correctamente los problemas pastorales, todo tiene que ser pensado y revisado personalmente, sin dejarse fascinar por el prestigio de tal o cual filósofo, teólogo o pastoralista famoso.

— *Duda sistemática*

No dar nada por descontado. Todo tiene que ser comprobado personalmente.

— *Diferentes puntos de vista*

Ver la realidad desde los ángulos más diferentes posible. Así se descubren aspectos de la realidad, que nunca uno se había imaginado.

— *No a la polarización*

No encerrarse en el propio círculo de amigos o simpatizantes. Buscar pepitas de oro, estén donde estén.

— *Confronto con los demás*

Aprender a confrontar con los demás las propias convicciones y opiniones.

— *Auxilio de la ciencia*

Aprovechar para la pastoral todos los recursos, que pueden proporcionar los adelantos científicos, puesto que la fe en Dios no está reñida con la confianza en las aportaciones del hombre.

Apertura y resistencias

En realidad, poco a poco me he ido dando cuenta de que, hoy más que nunca, urge aprender a enfrentar la realidad con espíritu de extrema apertura, superando todo tipo de polarización, que vuelve ciegos ante toda evidencia que venga de afuera del propio círculo. Es curioso ver cómo, dentro de la Iglesia, mientras se habla tanto de ecumenismo y apertura, hay líneas pastorales, corrientes, escuelas o bandos, totalmente herméticos entre sí.

Uno tiene que escoger entre un grupo y otro o arriesga con quedarse aislado, a menos que no logre formar su propio círculo y desde ahí trate de influir en el ambiente general. Evidentemente todo esto resta fuerza a la evangelización, desperdiciándose en estériles polémicas energías, que podrían ser muy bien utilizadas en actividades apostólicas concretas.

Otro dato curioso: todos exigen respeto y libertad para pensar y actuar. Pero al mismo tiempo muchos abrigan un secreto deseo de que su línea de pensamiento o de pastoral poco a poco irá prevaleciendo e imponiéndose sobre las demás hasta eliminarlas. De ahí su hermetismo y rechazo mutuo. Como una guerra fría, en espera del zarpazo o ataque definitivo.

Para superar este escollo, me convengo siempre más de la importancia de aprender a confrontar las ideas con quien sea, seguro de que, las ideas que logren sobrevivir a la crítica de los adversarios, son las más valiosas y garantizadas.

Régimen autoritario

Lástima que son tan pocos los que responden a la provocación. De todos modos, es posible enterarse de algo, aunque sea por terceras personas, puesto que, por la misma costumbre, es difícil que alguien manifieste claramente sus opiniones fuera del círculo de amigos o incondicionales. Se trata de una actitud muy generalizada, que sin duda resta fuerza a cualquier posibilidad de cambio y avance en la reflexión y la acción pastoral.

Muchos, antes de aventarse, esperan alguna señal desde arriba. No quieren aventarse, sin antes cubrirse bien las espaldas. Se trata de una señal clara del tipo de modelo eclesial, que se está manejando, un modelo esencialmente monárquico y autoritario, en que, el que detenta la autoridad, actúa como árbitro que decide de una forma inapelable. Es evidente que, en estas condiciones, muy pocos están dispuestos a pagar el precio de la verdad. Muchos prefieren no opinar, para no correr

el riesgo de meterse en problemas. Y así, poco a poco, se pierde la costumbre de pensar, hasta volverse insensibles ante la realidad, por triste y desagradable que sea, actuando como autómatas, especialmente cuando esta actitud reditúa en algún beneficio.

Lo que sí me queda claro, es que, por el mismo estilo claridoso y algo provocativo que manejo, muchísimos son los que quieren enterarse de todo lo que escribo y hago, estén o no de acuerdo. Y así, sin darme cuenta, estoy actuando como levadura en la masa, logrando cambios significativos en la manera de pensar y actuar de mucha gente que pertenece a los ambientes más diferentes.

Utopía y organización

Una utopía, sin análisis y estrategias concretas para hacerla realidad, es pura poesía, solazo o droga espiritual, un pretexto más para soñar y vivir en un mundo irreal, puramente imaginario. Más que ayudar a resolver los problemas concretos, los complica, haciendo más borrosa la visión de los mismos y dificultando siempre más su comprensión.

Si queremos que una utopía, a nivel masivo, se vuelva operativa, necesitamos una organización, que nos permita alcanzar un conocimiento preciso de la realidad y nos ofrezca un soporte seguro para poder incidir en ella, hasta lograr lo que deseamos. No basta planear acciones, sustentadas básicamente en la buena voluntad y la confianza en Dios, soñando en milagros, que no siempre llegan. Como dice el refrán: "A Dios rogando y con el mazo dando", como si todo dependiera de Dios y al mismo tiempo como si todo dependiera de nosotros. Por lo menos, ésta ha sido una de mis convicciones más profundas, que me han ayudado a enfrentar con éxito una gran cantidad de problemas.

Estando ya en la última etapa de mi vida, veo que la experiencia de Sierra Azul representa para mí la suprema oportunidad para crear algo que pueda volverse paradigmático para otros, aprovechando la experiencia que he adquirido durante toda una vida de misión y al mismo tiempo ensayando métodos nuevos, manejando conceptos adquiridos en los libros, como son, encuestas, indicadores, tasas de crecimiento, etc. etc.

Muchos colegas, al enterarse de mis planes, empiezan a sospechar que estoy algo chiflado. En realidad, nunca se habían imaginado que se pudiera aplicar a las cosas de Dios algo propio de las cosas de este mundo. Ni modo. Que sigan como siempre, con sus misitas diarias, sus rezos, procesiones y bendiciones, preocupados por salvar almas y

alcanzar lo necesario para los frijolitos. Si con eso se sienten felices, allá ellos.

Yo seguiré con mis “utopías” o “calenturitas”, como las acostumbran llamar ellos, aunque a veces mi actitud les pueda causar alguna molestia, al cuestionar su manera de proceder y descubrir las falacias, que los arrullaron durante toda una vida y posiblemente los van a arrullar hasta la muerte.

Capítulo 3

LA REVOLUCIÓN DEL ESPÍRITU

El impacto de la Palabra de Dios

Después de unos tres meses de actividad apostólica, trabajando cada uno en la zona asignada, nos reunimos para compartir y evaluar las experiencias, descansar y cargar las pilas. Aparte del equipo base, se integran don Ángel y don Bonifacio de Santa Lucía, Luis y otros dos rezaderos de San Pedro, el sacristán y don Pablo de San Antonio. Entre todos, sobresale don Pablo de San Antonio, por su espíritu de iniciativa y preparación cultural, que adquirió a la sombra de las religiosas revolucionarias.

Todos se muestran entusiastas por lo que se logró en los últimos meses y el rumbo que ahora está tomando la misión. Don Pablo resume el sentir común:

— Es lo que esperábamos desde hace años. Los últimos curas nos habían matado la fe. Pura política, pura lucha social, y al final nos quedamos sin nada. Ahora por fin volvemos a respirar otra vez. Ojalá que esto siga adelante y no se pare por ninguna razón. Para mí el curso bíblico ha sido lo máximo que he recibido hasta la fecha. Ahora puedo decir que entiendo algo de la religión católica. Sinceramente a mí no me convencen ni los puros rezos de los curas de antes ni los puros gritos de las monjas y los últimos curas. Para mí la base tiene que ser siempre la Palabra de Dios.

— Para mí — sigue Luis, el yerno de Domingo — la Palabra de Dios es como el aire para respirar. Desde cuando empecé a conocer la Biblia, me enamoré completamente de ella. Todos los días leo la Biblia. Nunca me aparto de la Biblia. La llevo al campo y, cuando me canso trabajando, me acuesto bajo un árbol, leo un poco la Biblia y me pongo a orar. No como hacía antes, cuando solamente sabía rezar. Ahora no. Ahora me paso mucho tiempo orando. Cuando no sé qué decir, entonces rezo. A

veces me siento como una olla vacía. Entonces rezo. Me sé muchos rezos. Mi suegro me los enseñó.

— Es cierto — interviene Domingo, el catequista —. Luis desde niño iba siempre conmigo a los rezos. Le gustan mucho las cosas de Dios.

— Por eso se casó con tu hija —, comento burlonamente. Todos se ríen. Domingo y Luis se confunden un poco y después, al notar la espontaneidad y sinceridad de todos, se suman a la broma, riéndose también.

Todos comentan acerca del impacto que la Palabra de Dios ha tenido en su vida diaria y en su relación con Dios. Al mismo tiempo manifiestan su profundo deseo de profundizarla más.

— Claro — les contesto —. Ya conocen mi lema: *“Biblia para todos y Biblia para todo. Todo con la Biblia y nada sin la Biblia”*. La Biblia será como nuestro machete. ¿Qué puede hacer un campesino sin machete?

— Nada — contestan todos.

— Pues bien, lo mismo será la Biblia para nosotros. Tenemos que aprender a usar la Biblia en los rezos, en la misa y en la oración. Martín les enseñará a usar la Biblia en los rezos, yo les voy a enseñar a usarla en la misa, Domingo en la oración comunitaria y Luis en la oración personal.

Encargo a don Ángel y doña María la organización del encuentro en cuanto a comida y hospedaje. Lo demás está a cargo de Martín, que prepara el programa. Empezamos pronto con las experiencias apostólicas. Por mi parte, me aprovecho de los tiempos libres para dialogar personalmente con todos, uno por uno.

Reacciones

de los Maestros del Seminario

El primero en tener el diálogo personal conmigo es Martín. Me cuenta que, al entregar a los Maestros de Seminario la Carta Abierta, se dio cuenta de que un profesor de filosofía laico se declara abiertamente ateo.

— ¿Qué les importa a ustedes — contestó a Martín ante su sorpresa —, si yo soy creyente o no? Lo que sí debe importarles, es saber si conozco o no la filosofía. Aclarado esto, ¿qué les importa lo demás?

— ¿Le comentaste esto al prefecto de estudios?

— Claro que sí.

— ¿Qué te contestó?

— Que está bien. Además, el profesor ateo me dijo que se sentiría muy satisfecho si al final del curso de filosofía se enterara de que algún alumno se hubiera vuelto ateo como él.

— Increíble, pero cierto. ¿Y qué tal los maestros de teología?

— Mucha indiferencia hacia la Carta Abierta y hasta fastidio. No quieren salir de la rutina. No falta alguien que de plano está totalmente en contra del contenido de la carta. Según él, lo que importa es llevarse bien con todos. Llegó a decir en una clase que es lo mismo Jesús, Mahoma o Buda. Lo que para nosotros es Jesús, para otros es Mahoma o Buda. Basta creer en algo. Un manicomio. ¡Y es maestro de teología! Qué bueno que ningún otro maestro está de acuerdo con él.

— ¿Le comentaste el asunto al rector del seminario?

— Claro que sí. Se ve muy preocupado. Le sugerí que invitara a usted a dar alguna clase en el seminario para ver si se puede hacer algo para ir cambiando las cosas.

— ¿Qué te contestó?

— “Ojalá que aceptara el P. Antonio. Así él mismo se podría encargar de concluir tu formación”. ¿Aceptará usted?

— Claro que sí. En estos días lo voy a ver para meterme de acuerdo con él y el prefecto de estudios acerca de los detalles. Ojalá que en el seminario logre pescar a otro seminarista como tú.

Martín se pone radiante de felicidad. Me abraza efusivamente y con dificultad logra contener las lágrimas.

Cerrar y abrir capítulos

Es lo que veo urgente en Sierra Azul. Ya se tocó fondo. Los sedicentes progresistas ya desaparecieron de Sierra Azul, dejando la comunidad católica totalmente destrozada. Si las cosas siguen lo mismo también en otras partes, pronto van a desaparecer por completo. Ni modo. Hay que empezar de nuevo. ¿Cómo? A la luz de la Palabra de Dios, como en los albores del cristianismo, sin mezclarla con ideologías político-mesíasnicas. A cada quien lo suyo. A nosotros nos tocará formar a la nueva criatura en Cristo, capaz de transformar la sociedad a la luz del Evangelio.

— Ya basta de quejas con relación al pasado — ordeno —. Es tiempo de cerrar este capítulo y abrir uno nuevo, guiados por la Palabra de Dios. Para eso, necesito contar con gente decidida y arriesgada. En realidad, no se trata de cualquier cosa. Se trata de revivir nosotros las

hazañas de los profetas y los apóstoles. Levanten la mano todos los que están decididos.

Todos levantan la mano. Esteban, el más joven entre todos, de San Pedro, pide la palabra:

— Es lo que me dijo mi papá: que si quiero hacer todo como dice la Biblia, tengo que estar preparado para sufrir mucho, hasta ir a la cárcel. Él dice que leyó un libro antiguo, donde está escrito todo lo que les pasó a los que querían seguir a Jesús: que les pegaban, los ponían en la cárcel y los ahorcaban. Algunos eran hechos pedazos y lanzados a los leones para comer. Él me dijo que a San Esteban le aventaron piedras hasta matarlo.

— Es cierto. Así fue.

— ¿Por qué los trataron así a los que querían seguir a Jesús?

— Porque su vida era un reproche para los demás. Por ejemplo, si ustedes ya dejan de tomar y cuando hay una boda ya no se emborrachan, verán cómo sus mismos amigos y parientes se van a enojar y los van a empezar a tratar mal.

— Es cierto — interviene Pablo —; a mí ya me pasó. Desde cuando empecé el curso bíblico y dejé de tomar, hasta mi propio cuñado se burla de mí. Cuando me ve, se persigna como si yo fuera un santo. Lo hace para hacerme enojar.

Cada uno presenta su experiencia, más o menos parecida. Al mismo tiempo, cada uno expresa su deseo de mantenerse firme en el camino empezado, pase lo que pase.

— Así que, ya saben: ya basta con la vida de antes. Tenemos que abrir un nuevo capítulo en la historia de nuestra vida y en la historia del pueblo de Sierra Azul. Basta de Dios y aguardiente. Dios y el aguardiente no se llevan. Si alguien no quiere cambiar, nada de matrimonio por la Iglesia, bautismo de los niños y misas de difuntos.

— ¿Y si se enojan? — pregunta don Pablo.

— Allá ellos. Nosotros cumplimos con lo nuestro y basta. Yo no vine aquí para seguir como antes. O aquí cambian las cosas o me regreso a mi parroquia en la capital.

— No, padre — asegura don Pablo en nombre de todos —. Nosotros estamos de acuerdo con usted. De hoy en adelante ya no vamos a tomar nunca, ni en la cantina, ni en los rezos de los difuntos, ni en las bodas, ni en las fiestas patronales... nada. Pase lo que pase.

Las cinco banderas del discípulo de Cristo

Visto el entusiasmo y la decisión que manifiestan todos en orden a un nuevo estilo de vida en Sierra Azul, presento el tema de las cinco banderas del cristiano, comentando algunos apuntes que he ido preparando desde hace tiempo. A cada uno le entrego una fotocopia.

— *Primacía de la Palabra de Dios.*

De hoy en adelante la Palabra de Dios tiene que volverse en nuestra regla suprema de vida. Si alguna costumbre está en contra de la Biblia, la tenemos que dejar a un lado; lo mismo por lo que se refiere a los consejos de los papás y los ancianos.

— *Cristo, centro de la propia vida.*

No el sol, la luna, las imágenes o el santo preferido. Tenemos que aceptar solamente a Cristo, como único Salvador y Señor de nuestra vida. Solamente él tiene que estar al centro de nuestra vida. Tenemos que ponernos en sus manos. Que él tome posesión de nuestra vida y se sirva de nosotros para todo lo que quiera.

— *Experiencia de Dios.*

Tenemos que llegar a sentirnos amados por Dios, seguros de que toda nuestra vida transcurre “al amparo del Altísimo” (Sal 91[90], 1). Que cada uno de nosotros pueda repetir con toda sinceridad y confianza: “El Señor es mi pastor, nada me falta” (Sal 23 [22], 1).

— *Comunidad.*

Para que cada no se sienta solo y pueda superar las dificultades con más facilidad, es necesario que viva en comunidad, no por su cuenta. En los pueblitos la comunidad puede coincidir con el grupo de los católicos practicantes, que se conocen todos entre sí, se ven seguido y se apoyan en todo. En los pueblos más grandecitos, se pueden establecer distintos tipos de comunidades, según el gusto de cada uno y el tipo de liderazgos que vaya surgiendo. Lo importante es que ningún católico practicante viva aislado de los demás.

Que para cada católico “practicante”, “comprometido” o “perseverante” haya un punto de referencia seguro, alguien que lo conozca y se preocupe por él. Basta de católicos “del montón”, “a su

modo" y "a la deriva". Una vez que alguien tome la decisión de acercarse a Dios y empiece a dar pasos concretos hacia Él, ya no tiene que ser dejado solo; tiene que haber siempre alguien que lo acompañe en su caminar como verdadero discípulo de Cristo. Aquí está nuestro reto como Iglesia. Aquí está la clave para que el desierto reverdezca.

— *Misión.*

La misión representa la piedra de toque para ver si una comunidad está viva o muerta: si en esta comunidad surgen "misioneros" y toda la comunidad está abierta a la misión y no replegada en sí misma.

Comunidades "Palabra y Vida"

A la exposición de las cinco banderas del cristiano, siguen muchas preguntas, para aclarar uno que otro aspecto. Puesto que antes los "liberadores" habían insistido tanto en las "Comunidades Eclesiales de Base", veo la necesidad de aclarar el tipo de comunidad que pretendo implantar en Sierra Azul.

El objetivo principal de las Comunidades "Palabra y Vida" es la formación humana y cristiana de los católicos comprometidos, a la luz de la Palabra de Dios y utilizando todos los recursos que actualmente nos ofrece la ciencia, especialmente la psicología. Después, según el carisma o el don de cada uno, surgirán otros tipos de comunidades u organizaciones, para dar cauce a las distintas inquietudes que vayan surgiendo: servicio al altar, apoyo a los más pobres y necesitados, atención a los enfermos, catequesis, misión entre los alejados, etc.

Ahora bien, ¿cuál es el fundamento bíblico de todo esto?

A imagen y semejanza de Dios.

¿Qué quiere decir que estamos hechos "a imagen y semejanza de Dios"? Para responder a esta pregunta, primero tenemos que profundizar el misterio de Dios. Solamente así será posible descifrar el misterio del hombre y encontrar el camino correcto para su realización.

Pues bien, según la Biblia, "Dios es Amor" (1Jn 4,8). Por amor, creó al ser humano con todo lo que lo rodea, para hacerlo partícipe de su felicidad. Fue tanto el amor del Padre hacia nosotros, que nos envió como Salvador a su Hijo Jesús (Jn 3, 16). Y Jesús nos amó tanto, que llegó hasta dar la vida por nosotros (Jn 15, 13). Por amor, el Padre y el Hijo nos enviaron al Espíritu Santo como primicia o enganche de lo que será la vida futura, con la misión de llevar a cabo en cada uno de

nosotros la obra de salvación, planeada por el Padre y realizada por el Hijo Jesús (Rom 5, 5).

Además, Dios no es un inmenso y eterno silencio en una absoluta soledad, sino Diálogo substancial hasta hacerse Transparencia total: el Padre todo en el Hijo y el Hijo todo en el Padre, por el Espíritu Santo que es Amor.

¿Un misterio? Sí, el más grande misterio, puesto que tiene que ver directamente con Dios, el Ser por excelencia, que está por encima de toda comprensión humana. De todos modos, este sumo misterio nos deja un dulce sabor de boca, puesto que, lo poco que alcanzamos a entender acerca de Dios, es suficiente para que podamos transformar totalmente nuestra vida, al marcarnos el camino correcto para alcanzar nuestra plena realización como seres humanos e hijos de Dios: el camino del amor y del diálogo.

Amor y diálogo

Aquí está el binomio de la realización de cada uno de nosotros, como hombre e hijo de Dios: amar y dialogar. El diálogo como camino privilegiado para vivir la ley del amor: amor hacia Dios, hacia sí mismo y hacia el prójimo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mt 22, 37.39).

¿Por qué los primeros cristianos causaron tanto impacto en la sociedad? Porque se amaban entre sí. Al verlos, la gente decía: "¡Mira cómo se aman!". Pues bien, las Comunidades "Palabra y vida" quieren ser una palestra para revivir entre nosotros las hazañas de los comienzos. Comunidades de hermanos y hermanas, que se conocen entre sí, se apoyan unos a otros, saben perdonarse y alentarse mutuamente; comunidades en que se percibe la presencia de Dios, que libera, da vida e infunde esperanza; comunidades que sean un reflejo de la vida trinitaria, en perfecta unidad y en rica diversidad; comunidades que representen el crisol, en que cada miembro se vaya purificando y puliendo cada día más; comunidades, en que se luche por vivir plenamente los valores humanos y cristianos, cuyos miembros estén totalmente injertados en las realidades temporales y miren con firme esperanza hacia las realidades eternas, cuyas primicias ya están saboreando".

Entrenamiento práctico

Puesto que la vida cristiana no es una teoría, sino un camino, pronto entramos en acción, realizando algunos ejercicios prácticos de

conocimiento y ayuda mutua. Se trata de contestar, uno por uno, a una serie de temas o cuestionamientos que invitan a expresar el propio mundo interior, alcanzando así una profunda liberación y un enorme enriquecimiento mutuo.

Se empieza con algo sencillo, como si se tratara de un juego o una diversión, y poco a poco se va avanzando más hasta llegar a manifestar aspectos muy íntimos de cada uno, aspectos muchas veces muy dolorosos, tal vez escondidos en algún rincón de la propia existencia, desde donde siguen causando daño.

Cuanto más avanza el ejercicio, tanto más uno profundiza el conocimiento de sí mismo, descubriendo hechos y aspectos, ya olvidados o de los cuales nunca se tuvo conciencia. Y con eso la comunidad se afianza. Cada uno empieza a ver a los demás ya no como rivales, sino como compañeros de viaje y hermanos.

Les entrego a todos una lista de los temas y cuestionamientos más importantes, para que puedan seguir con estos ejercicios también en sus familias o comunidades, a medida que vayan surgiendo. Dependerá de cada uno ver qué tema o cuestionamiento conviene utilizar, caso por caso.

1. Este fue uno de los momentos más felices (bonitos o inolvidables) de mi vida.
2. Este fue uno de los momentos más difíciles (tristes o dolorosos) de mi vida.
3. Este es uno de los problemas más fuertes que tengo. ¿Qué puedo hacer para solucionarlo?
4. Yo me he sentido querido por...
5. Yo me he sentido rechazado por...
6. Yo soy así.
7. Así fue mi niñez... mi adolescencia... mi juventud...
8. Así poco a poco fui descubriendo a Dios.
9. Estos son mis planes para el futuro.
10. Mi familia es así.
11. Hermanos (as), me siento así y así. ¿Qué me aconsejan?
12. Hermano (a), tú eres un ejemplo para mí por esto y esto.
13. Hermanos (as), yo aprendí mucho de ustedes. De ti aprendí esto; de ti aprendí...
14. Hermano (a), en aquella ocasión me molesté por tu manera de actuar. Me gustaría que me aclararas esto y esto.

15. Pensando en lo que pude haber hecho y no hice, me siento así.
16. En estas ocasiones fui víctima de maltratos, abusos y desprecios. He aquí como se siento al respecto.

Es interesante notar como estas dinámicas logran en poco tiempo abrir a todos nuevos horizontes de vida. Todos se sienten felices y se vuelven comunicativos. Tienen la impresión de haber desperdiciado mucho tiempo, al no contar con esta experiencia. Si se hubiera empezado con esto desde el principio de su existencia, ¡cuántos problemas se hubieran podido evitar! Ni modo. Nunca es demasiado tarde.

Confesión general

Como conclusión del encuentro, dedicamos unos días a los ejercicios espirituales, que culminan con la celebración del sacramento de la penitencia, realizado dentro de la santa misa. Examinamos los diez mandamientos, uno por uno y con base bíblica. Leemos la Biblia, la comentamos y oramos con los salmos.

Lo más curioso y más interesante es cuando tratamos de poner en práctica lo que dice a este propósito el apóstol Santiago: “Confíensense mutuamente sus pecados y oren los unos por los otros para ser curados” (St 5, 16).

Sucede algo realmente inédito e increíble. Se forman tres grupitos, en que cada uno tiene la oportunidad de escuchar y hablar. Todos tienen una enorme ansia de abrirse y comentar su propia experiencia. Parecen ollas a presión, cuya válvula poco a poco se va abriendo. Y todo desemboca en la oración, una oración tranquila, salpicada de momentos de profunda emoción.

“Oren unos por otros — dice Santiago — para ser curados”. De hecho, a medida que van pasando los días, se manifiestan los efectos de la confesión y oración mutua: en todos se nota un cambio notable en su expresión, marcada por un profundo sentido de paz y alegría. Es la acción del Espíritu Santo, que poco a poco se va manifestando.

Me llaman la atención de una manera especial Domingo, doña María y Miguelito. Mientras los demás de vez en cuando se separan y cada uno medita por su cuenta y escribe en alguna hoja sus pecados, ellos siguen siempre juntos, aunque parece que también ellos estén escribiendo algo en alguna hoja. Intrigado, por el hecho que doña María y Miguelito no saben escribir, me acerco a ellos y veo que están haciendo puros dibujos.

— ¿Qué son estos dibujos? — pregunto.

— Son los pecados que han hecho— contesta Domingo —. El signo *menos* (-) quiere decir pocas veces; el signo *más* (+) quiere decir muchas veces y cada *punto* (.) expresa un pecado, cuando recuerdan el número preciso de los pecados que cometieron. Para que usted entienda bien, debajo de cada dibujo escribí el nombre del pecado. ¿Qué te parece, padre?

— Perfecto.

En realidad, nunca me hubiera imaginado algo parecido para poder resolver el problema del dialecto y el analfabetismo. Y así, con una buena confesión comunitaria dentro de la celebración eucarística, termina el encuentro de unos quince días. Cada uno, al acercarse a mí para manifestar sus pecados, me entrega las hojas en que apuntó o dibujó los pecados. Yo les echo un vistazo y las quemo. Al final les imparto a todos la absolución sacramental. Algo rápido y eficaz.

Testimonios

Antes de separarnos, Pablo y Martín me sugieren que le conceda a cada uno la oportunidad de dar su “testimonio” acerca de lo que aprendió o experimentó durante el encuentro.

— Perfecto. Cada uno diga con toda libertad y confianza lo que considera más conveniente y que puede ayudar a los demás a crecer más en la fe.

— Lo que más me llamó la atención a mí — confiesa Moisés, el sacristán de San Antonio —, fue lo que le pasó a Domingo, cuando los curas se pusieron en contra de él por no aceptar sus ideas revolucionarias. No pensaba que se pudiera llegar a tanto. Nosotros de San Antonio conocimos poco a los curas, porque eran las madrecitas las que mandaban allá. De todos modos, nos parecía raro lo que decían, cuando hablaban de la guerra. Por eso me interesó mucho lo que aprendí con Martín en San Antonio y lo que experimenté aquí con los hermanos.

— A mí me llamó la atención la experiencia de Pablo — comenta don Bonifacio de Santa Lucía —. Que bueno que no se fue a la guerra. Posiblemente ahora estaría muerto. Yo le doy gracias a Dios que ya se acabó todo y ahora podemos vivir en paz, sin guerra ni nada. Creo que la Palabra de Dios es la solución a todos los problemas que tenemos. Con ustedes yo me he sentido muy bien. Quisiera que este encuentro no terminara nunca. Ni modo. Cada uno tiene que regresar a su lugar para cumplir con sus obligaciones. Yo trataré de poner en práctica en mi casa todo lo que aprendí aquí.

— Para mí — declara Domingo —, lo máximo hasta la fecha ha sido este encuentro, porque he logrado perdonar todo lo que hicieron contra mí. Ahora me siento mucho mejor. Me siento ligero como la pluma de un pájaro.

— Yo también...

— Yo también...

Todos hablan de una manera informal y comentan lo que les impactó más en el encuentro. Se ven muy emocionados. Siguen comentando experiencias de su vida pasada. De plano quieren descargar todo el costal. Nadie quiere regresar a su lugar de trabajo con alguna carga. De una vez quieren liberarse de todo; no importa si terminó o sigue la confesión. Para ellos es lo mismo. Es un nuevo estilo de vida que se está implantando y no quieren desperdiciar esta oportunidad para cerrar totalmente el capítulo de la vida pasada para abrir uno nuevo.

Dispuestos al martirio

— Yo — confiesa Domingo, el catequista — estoy dispuesto a dar la vida por Cristo y mis hermanos.

— Yo también...

— Yo también...

Todos levantan la mano, hasta Miguelito, el mudito, que se nota muy contagiado por el ambiente. De mi parte, nunca me hubiera imaginado un éxito tan grande desde el primer encuentro. Quedamos en que nos vamos a ver todos juntos dentro de tres meses. Por mientras yo los visitaré a todos en su mismo pueblo. Todos quedan enterados del programa de mis visitas. Estoy seguro de que, con este entusiasmo y disposición hacia el heroísmo, empezamos bien. Sin duda, un nuevo capítulo se está abriendo en la historia de Sierra Azul.

Capítulo 4

MIGUELITO, EL SACRISTÁN

Una vez que nos quedamos solos los que formamos el equipo base, pregunto a Domingo como va Miguelito.

Recuperación

— Muy bien, padre. Lo llevé al doctor, como me dijiste, y ¿sabes qué le encontró el doctor? Que los oídos estaban llenos de tierra y un poco podridos. Por eso Miguelito no oía casi nada y se rasgaba continuamente en los oídos. El doctor le lavó bien los oídos, les puso la medicina y ya oye un poco más. Ojalá que con la medicina se cure bien. Cuando termine la medicina, tengo que llevarlo otra vez al doctor.

— ¿Hay medicina todavía?

— Casi se acabó. En estos días iré otra vez al doctor. Ahora Miguelito es como un niño: hay que enseñarle todo, primero en dialecto y después en castilla. Hay que tenerle mucha paciencia. A veces se desespera y se enoja, especialmente cuando no entiende bien las cosas o alguien lo mira mal o se burla de él.

— Durante estos días, he notado que Miguelito casi no se acercaba a su papá. ¿Es cierto?

— Sí, es cierto. Miguelito no quiere a su papá ni a su mamá ni a sus hermanos. Quiere solamente a mí y a ti. Miguelito es muy raro.

Celos

Llamo a Miguelito y lo saludo en dialecto. Miguelito se asombra, al oírme hablar en dialecto, y me contesta con un poco de vergüenza. Me agarra de la mano, pero pronto se aleja en busca de Domingo. Éste le habla en dialecto y lo jala de vuelta hacia mí.

— Dice Miguelito que usted quiere más a Martín, el seminarista, porque él habla castilla y sabe leer.

— No es cierto, Miguelito. Yo quiero más a ti, porque tú eres de aquí y hablas dialecto, mientras Martín no es de aquí ni habla dialecto.

Miguelito se pone contento, me toma de la mano y me jala hacia afuera, hablándome medio castellano y medio dialecto. Yo solo alcanzo a entender solamente la palabra “café”. Domingo aclara todo:

— Dice Miguelito que quiere ir a su casa para tomar el café. Quiere que vayamos solamente tú, yo y él.

Aviso a doña María que vamos a la casa de don Ángel para el café y salimos del curato. Durante el camino, la gente se extraña al ver cómo anda Miguelito, casi normal, un poco encorvado e incierto en los pasos. A veces parece que se vaya a caer, si deja de sostenerse en los brazos míos y de Domingo. De todos modos, ya no es el Miguelito de antes, arrastrándose por el suelo. Además, ya logra estar parado, caminar y hablar un poquito. A veces contesta al saludo, a veces voltea la mirada por otro lado. Sin duda, Miguelito ha cambiado bastante y la gente lo comenta con admiración. No falta alguien que sigue hablando de un verdadero milagro del p. Antonio.

Traumas

Llegando a la casa, todos le hacen fiesta, especialmente la mamá y las hermanas. Se extrañan al darse cuenta que de vez en cuando expresa alguna palabra o frase corta en dialecto. Les parece todo increíble. A cada rato, la mamá se le acerca, lo abraza y lo besa, como si fuera un niño. Miguelito se ve muy embarazado. Tal vez sea la primera vez que lo tratan con tanto cariño, posiblemente por haber estado separados durante unos meses.

De todos modos, nunca se aparta de mí y de Domingo. Se cuida mucho de su papá. Nunca lo mira o le dirige la mirada. Noto que no se trata de algo casual. Me parece que lo haga a propósito, como si tuviera algo en contra de él. Yo me levanto y voy a dar unos pasos por el patio, esperando que me sigan Domingo con Miguelito. Nada. Se quedan tranquilamente sentados a la mesa.

Después de haber tomado el café, al momento de despedirnos, Miguelito se pone nervioso, sin una causa aparente, lanza chillidos y grita en dialecto: “No, no, no”, como si alguien le quisiera hacer daño. Pregunto la causa a Domingo.

— La cuerda.

Don Ángel se levanta y corre a desprender del muro la cuerda que durante tantos años sirvió para amarrar a Miguelito. La lleva al patio y la tira sobre la leña. Sigue Domingo:

— Lo mismo sucedió un día cuando llegó a la casa Luis, mi yerno, trayendo una chivita amarrada con una cuerda. Miguelito se espantó y se puso a gritar y llorar, hasta que no entendí la causa, solté la chivita y fui a esconder la cuerda. Miguelito no quiere ver ninguna cuerda. Cuando ve una cuerda, de inmediato se asusta y grita, como si alguien le quisiera pegar o amarrar con la cuerda.

Don Ángel me mira y se siente avergonzado. Le hago señas que no se preocupe. Todo pasará.

Nos despedimos. Otra vez abrazos y besos de parte de todos, una que otra lágrima y nos retiramos. Don Ángel se queda inmóvil, como petrificado. No sabe qué hacer. Evidentemente se siente culpable. Una mirada de aliento de mi parte y ya estamos en la calle.

El lenguaje del amor

— Aparte de aprender a hablar, leer y escribir, ¿qué puede hacer Miguelito? — pregunto a Domingo.

— Puede hacer el sacristán. Yo le voy a enseñar lo poco que sé.

— Perfecto.

Me extraña el cuidado que pone Domingo con relación a Miguelito. Lo trata mejor que si fuera su propio hijo. Se lo hago notar a Domingo.

— Es cierto — contesta —. Yo quiero mucho a Miguelito, porque veo que aprende rápido lo que le enseño. A veces pienso: “Me gustaría que Miguelito fuera mi hijo” y lo trato como si fuera mi hijo. Fíjate, padre: a veces Miguelito me dice: “Papá”. Yo también le digo: “Hijo”. Y así nos llevamos muy bien entre los dos. No sé qué sería de mí, si Miguelito no estuviera conmigo.

Aparte de su apego excesivo hacia Domingo y algunos otros detalles de orden físico y psicológico, Miguelito parece casi normal: barre la casa, lleva de comer al marranito y a las gallinas, trae la leña... De todos modos, visto que Miguelito ya avanzó bastante en todos los aspectos, veo la necesidad de examinar su caso más detenidamente con Domingo y Martín. Busco el pretexto de planear el programa de estudios para su preparación al sacerdocio o al diaconado permanente. Como siempre Miguelito se hace presente al encuentro, pero pronto se aburre y se retira para ayudar a doña María en la cocina.

Nos detenemos a examinar lo que acaba de suceder en su casa, una especie de histerismo, debido a recuerdos pasados. ¿Qué hacer?

— Ni modo — comenta Martín —. Se hace lo que se puede. Ya Miguelito avanzó bastante. No siempre se logra todo lo que uno quisiera. Por ejemplo, noto que Miguelito siente un cierto rechazo hacia mí. ¿Qué le puedo hacer? Tenerle paciencia. Poco a poco va a cambiar.

— Es lo que yo no entiendo en Miguelito — añade Domingo —. Me quiere mucho y me hace caso, pero a veces es como si se vuelve loco: no me obedece, se pone nervioso, grita y da mal testimonio. Uno no le puede confiar muchas cosas. Uno nunca sabe cómo va a portarse. A veces yo mismo empiezo a perder la paciencia. ¿No será algo del demonio?

Veo que mis colaboradores están muy verdes en ciertos asuntos. Tengo que ayudarlos a madurar. Aún les falta mucho. Los cuestiono:

— A ver: según ustedes, ¿es suficiente lo que hicimos por Miguelito? ¿No queda nada por hacer para que Miguelito se supere más? ¿Hasta ahí puede llegar Miguelito? ¿No puede dar un paso más en adelante?

Martín y Domingo se miran en la cara como para interrogarse mutuamente y concluyen que hicieron todo lo posible para ayudar a Miguelito y que posiblemente no haya nada más que hacer.

— A ver, Martín: ¿te has preguntado alguna vez porqué Miguelito se siente tan apegado a Domingo?

— ¿¡!?

— Es muy sencillo: porque Miguelito percibe que Domingo lo quiere.

— Es cierto — interrumpe Domingo —: yo quiero mucho a Miguelito.

— Ahí está. El lenguaje del amor es universal. Todos lo entienden. Ahora bien: tú, Martín, ¿quieres que Miguelito cambie su actitud hacia ti?

— Claro que sí.

— Entonces, primero tú empieza a cambiar tu actitud hacia él y después él va a cambiar su actitud hacia ti.

— Yo no tengo nada en contra de Miguelito.

— No basta que no tengas nada en contra de Miguelito. Tienes que estar totalmente e incondicionalmente en favor de él. ¿Cómo? Amándolo. ¿Acaso te olvidaste del mandamiento de Jesús: “Amarás al prójimo tuyo como a ti mismo”? (Mt 22, 39) Ahora bien, para que no se trate de algo puramente imaginario, tienes que formular alguna frase, que de vez en cuando vas a repetir en tu interior, como por ejemplo: “Yo amo a Miguelito y quiero que sea feliz y se realice plenamente”. Haz esto y verás cómo tu actitud hacia él irá cambiando siempre más y continuamente te saldrán nuevas ideas para que este deseo se vuelva realidad.

— Sí, padre; lo voy a hacer — acepta Martín con humildad —. Sinceramente, nunca se me había ocurrido algo parecido.

Mente y cuerpo

— Pero no basta el amor y la buena voluntad. Se necesita también la intervención de la ciencia. Por ejemplo, en el caso concreto de Miguelito, sin duda se necesita que algún médico lo revise completamente y vea qué tiene que hacer para que Miguelito pueda caminar bien. Posiblemente Miguelito va a necesitar alguna terapia o alguna vitamina.

— Yo lo voy a llevar con el P. Carlos — interviene Domingo —. Él conoce a mucha gente y me dirá cómo hacer para que Miguelito pueda caminar bien.

— Dile al p. Carlos que te aconseje también un buen sicólogo. Tú le vas a contar al sicólogo todo lo que sabes acerca de Miguelito. El sicólogo hará alguna pregunta a Miguelito y tú vas a contestar, si sabes la respuesta. Si no sabes la respuesta, entonces tú tienes que preguntar a Miguelito en dialecto y traducir al sicólogo lo que te diga Miguelito. ¿Entendiste bien?

— Sí, padre; entendí bien. Así lo voy a hacer. Yo quiero que Miguelito sea como uno de nosotros.

— Verán que con la ayuda de Dios, nuestro apoyo, el apoyo de la ciencia y su esfuerzo personal, Miguelito saldrá adelante.

Y me detengo a explicar a los dos la importancia de cuidar el cuerpo y la mente:

— Como hay enfermedades que afectan al cuerpo, así hay enfermedades que afectan al espíritu, que influyen en la manera de reaccionar y comportarse de cada uno de nosotros. Ahora bien, los doctores atienden todo lo que tiene que ver con el cuerpo y los sicólogos o siquiатras atienden todo lo que tiene que ver con el comportamiento de uno. En nuestro caso concreto, Miguelito tiene que ser atendido en los dos aspectos: en el aspecto físico y en el aspecto psicológico.

— ¿No saldrá muy caro todo esto? — pregunta Martín.

— Me dijo el p. Carlos — contesta Domingo — que no nos preocupemos por el dinero. Él tiene muchos amigos que no cobran nada. Fijate, padre, que la otra vez el doctor me dio la medicina sin cobrar. “Que sea para el perdón de mis pecados”, dijo y no cobró nada. Y cuando nos despedimos, me dijo: “Cuidado con la medicina. La tiene que tomar según las instrucciones que te di. Cuando se acaba, tienes

que venir otra vez con Miguelito y yo te daré otra medicina. Por lo del dinero, no te preocupes; el p. Carlos es mi amigo. Si se necesita algo, me va a pagar él o de pérdida le voy a cobrar a San Pedro.

— El día de la muerte — comento.

— ¿Por qué dices: “el día de la muerte”? — pregunta Domingo.

— Porque es el día en que paga San Pedro. Por eso nadie tiene prisa a cobrarle a San Pedro.

— ¿Por eso usted — interviene Martín — nos promete siempre un cheque, “cobrable en el banco de San Pedro”?

— Claro. Es el banco más seguro, que ofrece los intereses más altos y maneja un dinero más valioso que el oro, un verdadero tesoro, que nadie nos puede arrebatar, ni ahora ni después.

Llega Miguelito, se dirige a Domingo y le habla al oído. Éste pide permiso y se aleja con él.

Alimento genuino

Al quedarnos solos Martín y un servidor, aprovecho para poner en claro muchas ideas acerca del sentido de nuestra misión en Sierra Azul.

No se trata de “salvar lo salvable”, como opinan algunos, siguiendo con la rutina de siempre, es decir, administrando sacramentos al por mayor, como si de por sí los sacramentos tuvieran el poder de traer la salvación. A este respecto, la experiencia de Sierra Azul es muy significativa. Siguiendo con la costumbre de los sacramentos, se llegó a un verdadero desastre.

Posiblemente esto sirvió en los tiempos pasados, en sociedades totalmente católicas, cuando todo el ambiente ayudaba a vivir la fe. Pero hoy en día ya no sirve. Durante tantos años de abandono, ya se perdió el sentido de la fe católica. Además, la competencia se encargó de abrir los ojos a la gente y proporcionarle algo más valioso que la rutina sacramentaria, que en resumidas cuentas consiste en ponerlas en un contacto consciente con Dios, lo que se traduce en una superación en todos los ámbitos de la persona y la sociedad.

Claro que la Iglesia Católica, al ser la verdadera Iglesia de Cristo, cuenta con la plenitud de la verdad y los medios de salvación, y también con los verdaderos pastores, que Cristo estableció para su Iglesia, herederos de los poderes que Cristo entregó a Pedro y los apóstoles. En realidad, cuando nosotros celebramos la Cena del Señor, es decir la Santa Misa, el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y el vino en su Sangre.

Sin embargo, ¿para qué sirve todo esto, si en la práctica, por un montón de causas, muy pocos católicos tienen acceso a estas grandes riquezas de la Iglesia, quedándose en su mayoría con puros ritos y nada más? Claro que llegan otros, les ofrecen algo más sabroso que el puro rito y la gente se aleja de la Iglesia.

¿Dónde está nuestro reto, entonces? En ofrecer a nuestra gente el alimento genuino, que Cristo nos trajo a este mundo y que encuentra su máxima expresión en su Evangelio y en los sacramentos. Ahora bien, si logramos poner a nuestra gente en un contacto consciente con Dios mediante el Evangelio y los sacramentos, ya la hicimos. En el fondo, se trata de superar la rutina sacramentaria y buscar una verdadera "eficacia pastoral", cambiando lo que hay que cambiar e inventando cualquier cosa, con tal de lograr el objetivo, que es ayudar a nuestra gente a vivir la fe en el verdadero Dios.

— Al ponernos en este plano — comenta Martín —, estoy seguro de que muchos que dejaron la Iglesia, van a regresar.

— Es la experiencia que he tenido en otros lugares. Estoy seguro de que esto va a pasar también en Sierra Azul.

Inculturar la fe

Mientras tanto, regresa Domingo con Miguelito.

Al acercarse a mí, Miguelito me dice unas palabras en dialecto. Hago señas que no entiendo. Domingo me las traduce al español:

— Dice Miguelito: "Ustedes dos hablan mucho. ¿Qué están diciendo?"

— Dile a Miguelito que pronto nos vamos a entender: nosotros aprenderemos su idioma y él aprenderá el nuestro.

Miguelito se pone contento y se distrae mirando los dibujos de un librito, que narra la Historia de la Salvación. Yo sigo con mis reflexiones, dirigiéndome a Martín:

— De todos modos, cuando hablo del problema cultural, no me refiero solamente a la lengua, sino a las costumbres y la mentalidad propia de una persona o un pueblo, que van más allá del simple idioma. Cultura y mentalidad, con sus valores y anti valores, sus traumas y anhelos inconscientes. Cuando uno vibra al unísono con el corazón de otro y lo hace vibrar; cuando hay verdadera comunicación, entonces se está manejando el mismo lenguaje cultural.

— Un asunto demasiado serio — interrumpe Martín.

— Ciertamente. Por eso es tan difícil y complicado inculturar la fe, puesto que no se trata simplemente de transmitir conocimientos y

administrar sacramentos, sino de ayudar al pueblo de Sierra Azul a vibrar al unísono con el corazón de Cristo.

Noto que Domingo, no obstante todo el esfuerzo que esté haciendo por tratar de entender, no logra captar gran cosa. De todos modos, no se desespera y esto me alienta. Estoy seguro de que su paciencia y nuestra constancia lograrán el milagro. Miguelito y Sierra Azul saldrán adelante.

Mediante dibujos

Domingo me enseña un dibujo que le acaba de entregar Miguelito. Se ve a un señor que está amarrando a un niño con una cuerda.

— ¿No será don Ángel que está amarrando a Miguelito? — pregunta Domingo.

— Claro. ¿Y qué te ha dicho Miguelito?

— Nada. Se veía muy enojado. Con la punta del lapicero le pegaba al dibujo de su papá. Se ve que aún siente rencor hacia su papá.

— Así es. En realidad, no es fácil olvidar un hecho de este tipo. Se necesitará tiempo y paciencia. De todos modos, tenemos que lograrlo. Para eso estamos nosotros. Por un lado tiene que intervenir el sicólogo y por el otro tenemos que intervenir nosotros, con nuestro testimonio de amor. Pero, de una manera especial, tienes que trabajar tú, Domingo.

— ¿Qué tengo que hacer yo? — pregunta Domingo, muy preocupado.

— Mediante las palabras y los dibujos, le tienes que hacer entender a Miguelito que tiene que perdonar. Si no logramos esto, todo nuestro trabajo queda a medias. ¿Cómo la ves, Domingo?

— Yo creo que lo voy a lograr.

Al darse cuenta Miguelito que estamos hablando de él, le pregunta a Domingo de qué se trata. Domingo lo toma de la mano y lo lleva hacia la cocina, mientras le enseña el dibujo y empieza con su catequesis.

Antropología y sicología

Quedándome solo con Martín, le entrego unos libros de antropología y otros de sicología, recomendándole su estudio para que pueda lograr una mayor eficacia pastoral.

— Por lo menos a mí me han resultado de gran utilidad, para conocer mejor a la gente y lograr una mejor comunicación.

— Ya estoy aprendiendo un poco de dialecto. Ahora con estos libros pienso avanzar más en el contacto con la gente, lo que me hace mucha falta.

— Por lo que se refiere a la antropología, tienes que poner mucho cuidado en distinguir entre las creencias originales, que tenían los antiguos, y la manera cómo dichas creencias son sentidas y vividas hoy por la gente de aquí. Para lograr esto, tienes que hacer bastante trabajo de campo, contando con la ayuda de los catequistas.

— Ya sé que tengo que respetar la cultura de la gente. Esto ya me lo dijeron en el seminario.

— Bueno. No basta respetar la cultura de la gente. No hay que olvidar que en cada cultura hay aspectos positivos y aspectos negativos. No vaya a suceder que, puesto que aquí la gente se emborracha con cualquier pretexto, tú también te vayas a emborrachar con el cuento de querer respetar su cultura. Te digo esto, para que ponga mucho cuidado en el asunto de la cultura y no vayas a caer en la trampa de algún teólogo o pastoralista despistado, que se aprovecha de todo para la pachanga.

Unos días más arreglando los detalles de las próximas actividades y nos dispersamos. Cada quien a su puesto de trabajo. La misión urge.

Capítulo 5

CHOQUES

Las aguas del templo

Según avanza la evangelización, tengo la impresión de estar viviendo la visión de Ezequiel (Ez 47, 1-12) con relación a las aguas, que salen del templo y transforman todo el ambiente: "Por dondequiera que pase el torrente, todo ser viviente, que en él se mueva, vivirá. Los peces serán muy abundantes, porque donde penetra esta agua lo sana todo... A orillas del torrente, a una y otra margen, crecerán toda clase de árboles frutales" (Ez 47, 9.12). "Pero sus marismas y sus lagunas no serán saneadas, serán abandonadas a la sal" (Ez 47, 11).

¿Qué sucede, al llegar la Palabra de Dios a una aldea o pueblo? Una revolución. Brujos y curanderos renuncian a ejercer su "profesión", entre todo tipo de amenaza. Un día viene una niña y me da la noticia: "Acaban de matar a mi papá, por haber renunciado a trabajar como curandero".

En un pueblo, que se compone de una cien familias, hay ocho cantinas. Se da el curso bíblico y cierran siete cantinas. Poco después se cierra la última cantina.

Los del curso

Todos hablan del "curso", algunos en favor y otros en contra. Para muchos, "hacer el curso" significa optar por el cambio, poniendo en peligro la estabilidad del pueblo; no hacer el curso significa ser fiel a la "costumbre", la suprema garantía del orden y el futuro del pueblo. En una ocasión llevan preso al catequista. ¿La razón? Ya la gente no se emborracha. ¿Y qué? Ya no hay dinero para sufragar los gastos del municipio, que en su mayoría dependen de la venta de la cerveza y la cuota que pagan al sacar a los borrachos de la cárcel.

Ya muchos “hermanos” (los que dejan el catolicismo para pasarse a un grupo proselitista) no toman; ahora hasta los católicos dejan de tomar... Si siguen así las cosas, ¿adónde vamos a parar? Hay que ponerles un alto a como dé lugar. Se alarman muchas autoridades y directores de escuela. Si la gente ya no acude a los bailes con abundante venta de cerveza, será imposible conseguir los fondos necesarios para seguir adelante.

Católicos de hueso colorado

Muchos piensan: “Pasamos toda una vida defendiendo el catolicismo y ahora resulta que el mismo cura está en contra de nuestra creencias. Según él, no valen las imágenes, no sirven los curanderos ni las limpias ni las levantadas de los espíritus... ¿Qué está pasando? ¿Qué es eso de la Biblia?”

Nosotros somos los católicos verdaderos, de hueso colorado. No tenemos que dejarnos ganar por los que están abandonando nuestras costumbres. De seguir así, ¿qué va a pasar con nuestros “santitos”? Todo se va a acabar. Tenemos que hacer algo para que eso no suceda”.

De ahí el rechazo, el desprestigio, la burla y la calumnia contra el padre y “los del curso”. ¿Y para los sacramentos? No faltan curas que lo arreglan todo con algo de dinero, dentro y fuera de Sierra Azul.

El pequeño rebaño

Así, poco a poco, se va formando el pequeño rebaño de los que apuestan por la Palabra de Dios. La religión se hace acontecimiento, historia, dejando de ser rutina, “costumbre”.

¿Acaso no le pasó lo mismo a Jesús? En Él la antigua rutina cultural se acabó y el culto se hizo acontecimiento, el acontecimiento por excelencia, el centro de la historia. No buscó el aplauso ni utilizó el discurso “políticamente correcto”. Fue franco y decidido. El celo por la gloria del Padre lo quemó hasta llevarlo a la muerte.

Fiestas religiosas

Con mi presencia en Sierra Azul, ya empiezan a cambiar muchas cosas. Ya basta de bailes con borrachera de parte de la Iglesia. Si las autoridades civiles quieren hacer algo, que sea por su cuenta y fuera del patio del templo. Que no cuenten conmigo ni con “los del curso”. Además, para que cuenten con mi participación en la fiesta patronal, que por lo menos un cierto número de jefes de familia se comprometan

a estar presentes en la celebración eucarística. O no cuenten con mi presencia. Hagan como quieran.

Donde se cuenta con mi presencia, desde las vísperas, durante la noche y el mero día de la fiesta, continuamente hay movimiento en el templo y sus alrededores: cantos, explicaciones, juegos bíblicos y testimonios de parte de gente disfrazada del santo o santa, cuya fiesta se está celebrando. Para los católicos "practicantes", hay sacramentos. Se respira un aire de fiesta muy diferente de cómo se hacía antes, es decir, sin borrachera ni nada por el estilo.

Todo esto para algunos representa un gran éxito y para otros un fracaso. Ni modo: *"Quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur"* (todo lo que se recibe, se recibe a la manera del que la recibe). Lo que para uno es bueno, para otro es malo. Todo depende de la propia actitud interior: si uno busca la borrachera y el desorden, al encontrar algo distinto, no se siente satisfecho; si, al contrario, uno busca un motivo para alimentar su vida de fe, se alegra.

De hoy en adelante, no se medirá el éxito de la fiesta del número de asesinatos que se cometieron (La fiesta salió muy bien. ¡Hubo tres muertos!) o de la cantidad de dinero que se recaudó por concepto de venta de cerveza, sino de la paz y alegría, de que se disfrutó, conviviendo sanamente, meditando sobre la vida del santo, cuya fiesta se celebra, y alabando a Dios.

Recibí el Espíritu Santo

Debido a la fama que me precede con relación a los cambios que se producen a raíz de mi actividad en los pueblos, no faltan autoridades que hacen todo lo posible para impedir mi llegada a sus comunidades o para hacer lo más desagradable posible mi estancia en ellas. En un pueblo, por orden de la autoridad, nadie me ofrece algo para comer. Para subsistir tengo que salir a los campos y buscar alguna naranja. Para dormir, no me queda que una banqueta de piedra delante de la capilla. Además, todos tienen prohibido hablar conmigo. La guerra del hielo. A ver quién resiste más.

Parezco un bicho raro (tal vez por lo de la barba): nadie se acerca, pero todos me miran desde sus chozas o desde la cantina. Alguien finge ir a pedir algo a la comadre o al compadre, para tener la oportunidad de verme pasear delante de la capilla rezando la liturgia de las horas o el rosario, leyendo un libro o escribiendo en un cuaderno. La curiosidad los mata. Y yo como sin nada, bien tranquilo.

Por fin algún niño se me acerca para tocarme la mano o hacerme alguna pregunta: "¿Cómo te llamas? ¿Qué haces aquí? ¿Qué estás

leyendo? ¿Por qué tienes barba?”. Yo contesto, muchas veces sin quitar la mirada del libro, como sin nada. Más aumenta la curiosidad y más niños se me acercan. Todos quieren aclarar el misterio. Algunos son enviados por sus papás: “¿Habrás bautizos? ¿Cuándo vendrás otra vez?”

En otro pueblo, las autoridades prohíben la Biblia y los cursos. Todo lo demás está permitido. De todos modos, nadie me puede invitar a comer o dormir en su casa. Amenazan con castigar a los infractores mediante la cárcel. ¿Qué hacer? Aprovecho el rezo del santo rosario para impartir alguna enseñanza. Los policías están siempre al pendiente para que se cumpla la ley. De todos modos, no falta alguien que disimuladamente se me acerca y me ofrece alguna tortilla para alimentarme.

El segundo día, por la noche, me encuentro solo en la parte superior de una antigua escuela, sin paredes y unos tres metros mediante troncos de árboles, que van desde el suelo hasta el techo de paja. Ya estoy para acostarme en el piso y descansar, cuando oigo que alguien me llama:

— Padre, padre.

— ¿Quién eres?

— Soy Pascual. Quiero que me enseñes la Biblia.

Con cierta dificultad bajo por la escalerita y encuentro a un joven de unos veinte años.

— ¿Quieres conocer la Biblia? Muy bien. Aquí está una Biblia para tí. El problema es: ¿Cómo te puedo enseñar la Biblia, sin que nadie se entere? Ya sabes que está prohibido.

— Allí, en medio de la leña, bajo el salón.

Me toma de la mano y me lleva en medio de la leña. Prende una velita, nos sentamos sobre un tronco de árbol y empezamos. Unas tres — cuatro horas cada noche. Al final, una noche entera entre confesión y oración. Todo en secreto, para evitar problemas. Una experiencia inolvidable. Me parece estar viviendo al tiempo de los apóstoles y los primeros cristianos, cuando el sufrimiento y el gozo en el Espíritu iban de la mano y la Iglesia avanzaba a pasos de gigante.

El último día, mientras estoy comentando la venida del Espíritu Santo en el rezo del rosario, sucede algo inesperado. Se levanta Pascual, totalmente transformado, gritando: “Hoy yo he recibido el Espíritu Santo”, y cuenta su experiencia de una manera tan emotiva que contagia todo el ambiente. De inmediato entran los policías, lo toman preso y lo encierran en la cárcel, que se encuentra a unos quince metros de la capilla.

Con eso se arma un tremendo alboroto. Hay gente que grita delante de la cárcel, pidiendo que se libere al preso, y gente que se queda conmigo, tratando de convencerme a impartir un curso bíblico para todos, no obstante la oposición de las. Al notar mi reticencia, por no querer entrar en conflicto con las autoridades, alguien toma la palabra y amenaza:

— Nosotros nombramos a las autoridades y nosotros las quitamos, si vemos que no hacen como quiere el pueblo.

Por fin llegan las autoridades, que pronto se asustan, liberan al preso y se comprometen a ofrecerme todo el apoyo necesario para que yo pueda desarrollar tranquilamente mi misión. De todos modos, no puedo quedarme más, puesto que ya llegaron los enviados del pueblo vecino y tengo que seguir con el recorrido establecido con anterioridad. Doy a Pascual el encargo de seguir rezando el rosario todos los días con la gente en la capilla y preparar la lista de los que quieren participar en el curso, que yo les voy a impartir personalmente unos dos meses después.

Una puerta más se acaba de abrir para la evangelización. En el camino, los acompañantes me aclaran la razón de tanta resistencia a la evangelización de parte de las autoridades:

— Es que el rezandero es compadre del agente municipal y no quiere que tú vengas aquí, para que no le quites los bautizos, que hace a todos los niños recién nacidos.

— ¿Cómo bautiza a los niños?

— Les echa el agua en la cabeza y nada más.

— ¿Cobra?

— Lo que uno quiere dar y hay que pagar antes del bautizo. Si uno da poco, se enoja y hace el bautizo de mala gana. Algunos dicen que así no vale y por eso le dan bastante dinero.

Ni modo. ¿Qué le podemos hacer? Cuando se trata de comunidades totalmente abandonadas, ¿qué se puede esperar?

No vine para bautizar

Al dirigirme de un pueblo a otro, la gente que encuentro en el camino muchas veces me pregunta: "¿Quién murió?" o "¿Quién se va a casar?" Al contestar que no habrá nada de esto, se extraña y no entiende el motivo de la visita. En realidad, antes el sacerdote llegaba a un pueblo solamente el día de la fiesta patronal o por invitación de algún "riquillo", que contaba con bastante dinero para pagar una misa de difunto o una boda. Todos los demás tenían que ir a la cabecera

parroquial para un bautismo, una boda o una misa o aprovechar de la fiesta patronal.

A veces me quedo en un pueblo un solo día, a veces dos y a veces tres. Todo depende de lo que tengo que hacer: un breve curso bíblico, ensayos de cantos, un breve retiro espiritual, etc. Casi siempre concluyo con la misa, en la que a veces comulgo solamente yo, puesto que nadie sabe confesarse y nadie entiende algo acerca de la comunión.

Pero con el pasar del tiempo las cosas van cambiando: poco a poco se va formando el pequeño rebaño de los católicos conscientes y comprometidos. La enseñanza de San Pablo al respecto va surtiendo efecto: “Cristo no me envió para bautizar, sino para predicar el Evangelio” (1Cor 1, 17). Claro que, si uno se dedica solamente a la administración de los sacramentos, en lugar de avanzar, va cada día más atrás. Lástima que tantos no han entendido una enseñanza bíblica tan sencilla.

¿Cuánto les pagan?

Al notar el fervor de los que optan por una vida cristiana más auténtica, algunos se cuestionan acerca de la validez del nuevo estilo de vida y otros siguen escépticos. Están convencidos de que se han dejado engañar por los “catequistas”.

Según ellos, se trata de gente que por ambición al dinero siguen al padre y cuidan las comunidades que poco a poco van surgiendo en todas partes.

Es la nueva versión de la acusación que antes hacían contra los que se pasaban con los grupos proselitistas: “Lo hacen por dinero”, “Les regalan cosas”, “Les pagan; por eso se cambian de religión”. Es que cada uno ve las cosas con el color de sus lentes. Acostumbrados a mirar todo con el signo de peso, no se pueden imaginar siquiera que alguien pueda dar un paso tan significativo en la propia vida sin un interés material, sino por una motivación de tipo espiritual.

Convencido de que los catequistas “ganan”, un día se me acerca el comisariado ejidal de un pueblito y me pregunta:

— ¿Cuánto me vas a dar si me meto de catequista?

— Primero tienes que recibir “el curso bíblico”, que se imparte en la cabecera parroquial y que dura unos dos meses más o menos, aprovechando todos los fines de semana. Después tienes que impartirlo tú mismo a la gente de tu comunidad (por lo menos una treinta personas). Hecho esto, ya recibes el nombramiento como catequista.

— ¿Cuánto voy a ganar?

— El primer mes, nada, porque quiero ver cómo trabajas. El segundo mes te voy a dar el doble, el tercer mes te voy a dar por tres veces el sueldo base y así adelante. ¿De acuerdo?

— Sí, padre; estoy de acuerdo.

De un momento para otro el comisariado ejidal se vuelve en un fervoroso católico y catequista ejemplar. No desperdicia ninguna oportunidad para prepararse mejor y para hablar en favor del “curso” y la excelencia de una vida realmente cristiana, “no como se hacía antes, cuando no se conocía la Palabra de Dios”. Siendo una persona muy respetada en el pueblo por el cargo que desempeña como autoridad ejidal, muchos lo siguen y nadie se atreve a contradecirlo.

Una vez cumplido con todos los requisitos, el dichoso comisariado ejidal se me presenta para el sueldo:

— ¿En qué quedamos? — le pregunto.

— En que el primer mes no me iba a dar nada, pero al segundo mes me iba a dar el doble.

— ¿El doble de qué? ¿Cuánto te di el primer mes?

— Nada.

— Muy bien. ¿Cuánto es el doble de nada?

El comisariado ambicioso entiende el enredo, se da la vuelta y desaparece para siempre. De todos modos, su comunidad sigue adelante. No falta quien se encarga de cuidarla “sin sueldo”.

Con Domingo, mi primer colaborador

Donde más se notan progresos significativos es en la zona de San Pedro, que le pertenece a Domingo. A la fecha señalada, me presento para una visita relámpago de dos días, limitándome solamente a la cabecera de zona, sin visitar los pueblos filiales.

— Preparación

Encuentro a Domingo muy satisfecho por la labor realizada y lleno de optimismo por lo que va a pasar en estos dos días.

— Creo que van a llegar más de cincuenta personas: toda gente que yo preparé con mi yerno Luis y los dos hermanos que llevé al encuentro de Santa Lucía. Ya les hablé de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; les hablé también de Jesús, que dio la vida para salvarnos, y también de la Virgen María, que es madre de Jesús y madre de nosotros.

— ¿De dónde es la gente, que va a participar en este encuentro?

— Algunos son de San Pedro, pero la mayoría son de afuera.

— ¿De todos los pueblos filiales?

— No. Solamente de cinco pueblos. En los demás pueblos estamos apenas empezando. Aún la gente no entiende que, para ser católicos de veras, no basta bautizar a los hijos y casarse por la Iglesia. No quieren dejar las costumbres malas.

— ¿Les hablaste también de la confesión?

— Sí. Con el maestro de la escuela hicimos un dibujo para cada pecado y a cada uno de los hermanos le dimos una copia de las hojas con los dibujos. Hemos dedicado mucho tiempo para el examen de conciencia y la oración en pequeños grupos para pedir perdón a Dios. Hicimos igual que en Santa Lucía.

— Y Miguelito ¿cómo va?

— Ya sabe tocar las campanas y arreglar las cosas de la capilla. Lo estoy acostumbrando a trabajar sin que yo esté siempre con él. A veces se queja, a veces respinga y a veces desobedece. Lo que me gusta, es que aprende las cosas. También le estoy enseñando a platicar con la gente. A veces me ayuda a mantener el orden, cuando doy alguna enseñanza a los niños. Así aprende él y al mismo tiempo me ayuda a cuidar a los niños. Algunos niños son muy traviesos. Se meten a jugar o también se pelean entre ellos. Entonces Miguelito les habla para que se porten bien y no hagan travesuras. Ya Miguelito me ayuda bastante.

— ¿Ya habla?

— Muy poco. Le da vergüenza.

Apenas logro saludar a Miguelito, puesto que está muy ocupado en arreglar la capilla, poniendo en su lugar los manteles del altar, los candeleros y las flores. Parece que Miguelito tiene un buen sentido de la estética. En realidad, todo se ve limpio, sobrio y agradable. Lo felicito. Miguelito se alegra y corre por todos lados, haciendo señas a la gente que cuide las flores y no ensucie el piso.

— *Organización*

Para que la gente no se aburra, escuchando la misma voz durante dos días, me reúno con Domingo y Luis para ver qué nos toca a cada uno.

— Yo — se adelanta Domingo — hablaré de la limpia y el espanto según nuestra costumbre y según la Palabra de Dios.

— ¿Qué tiene que ver la limpia y el espanto con la confesión?

— Para mis paisanos es la manera mejor de entender qué es la confesión.

— Yo — interviene Luis — me encargo del examen de conciencia.

— ¿Y los demás? — pregunto.

— Se encargarán de los cantos — contesta Domingo.

Así que todo está planeado perfectamente bien. Ya se acabó el tiempo en que yo tenía que hacerlo todo y no me daba abasto para nada. Ahora somos muchos los que trabajamos, cada uno hace lo suyo y todos quedamos satisfechos, sin cansarnos demasiado.

— *Diálogo personal*

Casi todo el primer día me lo paso dialogando personalmente con la gente que lo solicita, cuyos nombres aparecen en una lista, preparada con anterioridad. Por lo general se trata de catequistas o ayudantes de catequistas. De todos modos, si hay otras personas, deseosas de tener un diálogo personal conmigo, lo pueden hacer con toda libertad. Basta apuntarse en la lista.

Algunos sencillamente quieren estar a solas conmigo, aunque sea unos instantes, para saludarme, agradecer mi presencia o regalarme algo: unas frutas, unos blanquillos o unos centavos. Otros aprovechan la oportunidad para presentar alguna queja contra el esposo, los hijos, los vecinos o algunos que no aceptan la Palabra de Dios y se dedican a molestarlos. Otros me piden una oración para salir de algún apuro: pleito familiar o enfermedad. Unos cuantos me piden algún consejo práctico acerca de cómo aprender a orar o superar alguna dificultad.

Se ve que están muy verdes en las cosas espirituales. Apenas están dando los primeros pasos, saliendo del mundo mágico en que han vivido hasta la fecha. Me da mucho gusto notar como en todo este proceso está influyendo notablemente la personalidad de Domingo. Estoy seguro de que en pocos años estas comunidades van a crecer bastante, debido al ejemplo y los consejos de Domingo y Luis, que tienen un verdadero sentido de lo espiritual y casi un instinto hacia los valores evangélicos.

— *Masticar la Palabra de Dios*

Mientras yo estoy en la sacristía, atendiendo a la gente, leyendo algún libro o escribiendo algo, Domingo, Luis y los demás catequistas dan inicio al retiro, con algunos cantos y la lectura de un salmo. El primer tema está a cargo de Domingo: "Cómo aprender a masticar la

Palabra de Dios". Se trata de comentarios a unas frases muy breves tomadas del Evangelio. Al final, concluye: "¿Vieron cómo hice yo? Lo mismo tienen que hacer ustedes. No vayan a masticar lo que ya mastiqué yo".

Como ejercicio práctico les da la cita bíblica: "No se puede servir a Dios y al dinero" (Mt 6, 24). Después de unos momentos de reflexión personal, pasa un catequista para dar una breve exhortación acerca de la importancia de poner a Dios por encima de todo para ser verdaderos discípulos de Cristo. Por el tono de la voz y cierta inseguridad en el expresarse, me doy cuenta de que se trata de alguien que apenas se está entrenando para hablar en público. Es la manera de lanzar a los catequistas en ciernes.

Quedo asombrado al notar la sencillez del lenguaje que se está manejando y al mismo tiempo su fuerza incisiva, refrendada por un testimonio de vida a toda prueba. De hecho, la gente está muy atenta y receptiva, no obstante que algunos apenas acaban de llegar. Por el cansancio que manifiestan, se ve que vienen desde los pueblos más retirados, que se encuentran a unas cinco o seis horas de distancia. De todos modos se ven alegres, convencidos de estar viviendo un momento excepcional para su vida y para la vida de comunidad.

Ya serán más de cien. Los organizadores se sienten muy satisfechos. Saludan a la gente, les ofrecen agua y les señalan el lugar de los sanitarios y el cuarto donde dejar sus mochilas o morrales. Se respira un aire de hermandad.

— *Somos el rostro de Dios*

Después de unos cantos, retoma la palabra Domingo con el tema "Somos el rostro de Dios".

Habla del amor de Dios y la manera de vivirlo y expresarlo. Concluye con una pregunta: "¿Qué es lo que te está estorbando y te impide expresar hacia los demás el cariño que les tienes?" Sigue una larga explicación en dialecto, hablando de la importancia de crear un nuevo tipo de relaciones con los miembros de propia familia, los vecinos y toda la gente que nos rodea. "Así poco a poco, mediante nuestro testimonio de amor, la gente irá entendiendo más a Dios y se irá acercando a la Iglesia".

Se forman los grupitos y todos intervienen, presentando sus experiencias. Algunos se limitan a unas cuantas palabras, mientras otros parecen torrentes impetuosos, que arrasan con todo lo que encuentran en su camino. A la insignia de la Palabra de Dios, quieren acabar de una

vez con todas las costumbres, “que solamente sirven para esclavizar al pueblo”. Veo que el nuevo estilo de vida cristiana, que queremos implantar con las Comunidades “Palabra y Vida”, ya está dando sus primeros pasos. La gente ya empieza a abrirse y expresarse con libertad, en un sentido de responsabilidad y compromiso personal, no solamente de crítica hacia el pasado. Me doy cuenta de que se necesitará bastante tiempo para que se pueda lograr un verdadero equilibrio. En realidad, algunos, llevados por el fervor del momento, parecen algo fanáticos y poco tolerantes hacia los que aún no entran en este nuevo estilo de vida.

— *La limpia y el espanto*

Es el tema de la tarde. Interviene mucha gente, presentando experiencias personales. Cuando todos están bien conscientes del asunto, toma la palabra Domingo:

— Hermanos, no nos hagamos huajes. Todos estamos sucios y estamos espantados. ¿Quién nos podrá limpiar completamente y curar de espanto, levantando nuestro espíritu? Solamente Dios.

Y da su testimonio. Luis hace lo mismo, seguido por los que participaron en el retiro que se dio en Santa Lucía. Consecuencia: todos los que están participando en el retiro, quieren que se les haga la limpia y se les cure de espanto.

Sigue Domingo en su arenga profética:

— ¿Quieren todos que se les haga la limpia y sean curados de espanto?

— Sí — gritan todos.

— Mañana se hará todo esto. Por mientras el p. Antonio les va a explicar Ez 36, 25: “Los rociaré con agua pura y quedarán limpios; los limpiaré de toda mancha y les quitaré toda la basura”.

Ya llegó mi turno. Les hablo del pecado, que nos mancha, nos aparta de Dios y nos llena de miedo. Para aclarar esto, presento los casos de Adán y Eva (Gén 3, 10), del rey David (2Sam 12, 13-14) y el hijo pródigo (Lc 15, 11-32). Comento también el salmo 51 [50], subrayando en especial los versículos 9 y 10: “Rociame con el hisopo y quedaré limpio; lávame y quedaré más blanco de la nieve. Devuélveme el gozo y la alegría y que se alegren los huesos quebrantados”.

Parece que le estamos pegando al clavo. Todos se ven reflejados en estas situaciones y quieren salir fuera del estado en que se encuentran. Domingo entona: “Perdón, oh Dios mío, perdón e indulgencia, perdón y clemencia, perdón y piedad”. Con eso llegamos al

clímax. De muchos rostros escurre alguna lágrima furtiva. Sigue el examen de conciencia con los dibujos. Bajo la guía de Luis, pasan distintos catequistas, cada uno comentando un pecado en especial. Termina el primer día.

— *Una liturgia especial*

Por fin llega el gran día, tan esperado. Domingo ya tiene todo preparado y ensayado con su gente, los más allegados a él. A mí me toca ser actor y espectador a la vez.

Todo empieza fuera del templo. Es la primera etapa: la purificación. Se forman grupos espontáneos, en que cada uno expresa su situación y pide a los hermanos que oren por él. Éstos, al orar por uno, lo ramean, pidiendo al Señor que lo limpie de todo pecado. Al final tiran las ramas sobre unos troncos de árboles que están ardiendo en el atrio del templo.

Hecho esto, entran en el templo cantando. Yo los espero en la puerta y hago el rito de la aspersión. Sigue la primera parte de la misa. Después de la homilía, viene el rito de la confesión. Entre cantos de arrepentimiento, todos pasan entregándome las hojas, en que están escritos los pecados. Yo les echo un vistazo y las tiro en un traste donde se queman.

Mientras tanto, Domingo, Luis y otros catequistas dan breves explicaciones e invitan a orar los unos por los otros, entre cantos de arrepentimiento o de confianza en Dios. Antes de impartir la absolución sacramental, hago una larga oración, pidiendo perdón a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en nombre de todos los presentes. Por penitencia todos tendrán que repetir cincuenta veces esta frase: "Yo sé que Dios me ama". "Y si alguien no entiende — concluyo —, la repetirá cien veces, hasta que no le entre bien en la cabeza". Aplauso general.

— Ya hicimos la limpia — declara solemnemente Domingo —. Ahora, durante la segunda parte de la misa, nos vamos a curar de espanto y vamos a levantar el espíritu.

Otro aplauso. Antes de la comunión, retoma la palabra Domingo:

— Hermanos, ahora vamos a recibir a Jesús. Con Jesús en nuestro corazón quedamos curados de espanto.

Y comenta Rom 8, 31-39, subrayando de una manera especial dos versículos: "Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros?" (Rom 8, 31) y "¿Quién nos separará del amor de Cristo?" (Rom 8, 35).

Después de la comunión, Domingo pregunta:

— ¿Cómo se sienten ahora?

— Bien — contestan todos.

— ¿Se sienten sucios como antes?

— No.

— ¿Se sienten desanimados, sin ganas de trabajar ni de comer?

— No.

— ¿Quién es el mejor curandero del mundo?

— Jesús.

Termina la misa y sigue la fiesta, entre cantos, testimonios, lecturas bíblicas con relativos comentarios y mucha, mucha oración. La semilla cayó en tierra buena.

No puedo dormir de noche

Un día se me presenta un señor muy cansado, preocupado y desanimado:

— Fijate, padre, no sé qué me está pasando: desde hace mucho tiempo no puedo dormir de noche. Me siento nervioso y sin ganas de trabajar ni de comer. Muchas veces he ido con el curandero. Me ha hecho la limpia y me ha curado de espanto, pero yo me siento siempre lo mismo. ¿Qué puedo hacer?

— Qué bueno que viniste conmigo. Yo sé lo que tienes que hacer para curarte de una vez: tienes que participar en el “curso”.

— La gente dice que es malo el “curso”.

— Haz la prueba y lo verás.

Se apunta en el curso bíblico, aclara sus ideas religiosas, decide cortar completamente con la vida anterior, acepta a Jesús como el único Salvador y Señor de su vida, pide el Espíritu Santo con fervor... y todo cambia.

Unos dos meses de enseñanza y entrenamiento en la oración son suficientes para que un nuevo hermano se agregue a la comunidad. Unos días después le pregunto:

— ¿Qué tal? Ahora ¿sigues sin poder dormir de noche como antes?

— No. Desde que renuncié a la vida de antes, me entregué a Cristo y usted oró por mí, las cosas cambiaron. Ahora me siento muy feliz y duermo muy bien de noche.

— Ahora tienes que convencer a tu esposa y a tus hijos a seguir tu ejemplo y verás como también ellos van a estar contentos como tú.

— Lo voy a hacer.

Una noche en oración

Por andar por aquí y por allá, noto que la cabecera parroquial, que está a mi cargo, queda más atrasada que las demás zonas pastorales, atendidas por Domingo y Martín. Sin duda hay poco fervor en Santa Lucía, provocado por un liderazgo malentendido. ¿Qué hacer? Invito a todos los catequistas para un encuentro de oración, que tendrá lugar durante una noche entera.

Acuden todos: unos diez. Lecturas espontáneas, tomadas de la Biblia, breves comentarios y mucha oración. Y todo se aclara. Vienen a relucir antiguos problemas de envidia, rencores y celos. Se piden perdón mutuamente, oran los unos por los otros y se instaura la paz entre los líderes. Con eso Santa Lucía despega el vuelo: cursos por todas partes, retiros, Comunidades “Palabra y Vida” y una liturgia realmente participativa con coro, animadores, lectores y acólitos. En cada misa comulgan casi todos los participantes con un gran fervor. Confesiones comunitarias cada mes con hojas y dibujos; todo en dialecto. En todas partes se habla de Santa Lucía, algunos en favor y otros en contra.

El Tercer Viernes

Un día don Bonifacio me comunica va a encabezar la peregrinación a Santa Cruz de parte de los creyentes de Santa Lucía para celebrar la fiesta del Tercer Viernes de cuaresma. Según cuenta, se trata de algo realmente grande, puesto que llegan peregrinos de muchos lugares de la sierra. El anhelo de don Bonifacio es aprovechar para evangelizar:

— Es que la gente que va allá, lo hace solamente por “costumbre”. Nadie comulga, hay mucha borrachera y mucho desorden, yo creo que vamos a poder hacer algo para que nuestros paisanos se acerquen más a Dios.

No tengo nada en contra y unas doscientas personas salen en peregrinación. De regreso, me vienen con la novedad:

— Fijate, padre, qué pasó.

— ¿Qué pasó?

— Que al momento de la comunión nos formamos todos los de Santa Lucía y el padre, al ver que tanta gente quería comulgar, no sabía qué hacer, puesto que no traía ostias para el pueblo. Como hacía siempre, llevó solamente las ostias grandes para él. Así que mandó al sacristán a buscar las ostias en la cabecera parroquial y pudimos comulgar la mañana siguiente, antes de regresar a Santa Lucía.

— Ni modo. Poco a poco van a cambiar muchas cosas por estos rumbos.

— Otra vez fui a la fiesta patronal de San Felipe y me pasó lo mismo. El padre me preguntó: “¿De dónde eres?”. Yo contesté: “De Santa Lucía”. “¿Te confesaste?”. “Sí”. “¿Con quién?”. “Con el p. Antonio”. Movié la cabeza como enojado y me dijo: “Vas a comulgar en la próxima misa”. Es que, fuera de nuestra parroquia, los padres no tienen ostias para el pueblo. A mí me dio un pedazo de la ostia grande, que usan los sacerdotes.

— ¿Qué le vamos a hacer? Poco a poco las cosas van a cambiar. Todo depende de nosotros. Vas a ver que, si le echamos ganas, en pocos años van a cambiar muchas cosas dentro y fuera de Sierra Azul.

Un informe desafortunado

Un día se me ocurre enviar al señor arzobispo un informe acerca de la marcha de la misión en Sierra Azul y sus perspectivas para el futuro. El señor arzobispo, de buena fe, lo pasa a la secretaria, que se encarga de enviar una copia a cada párroco y a cada líder de las asociaciones y los movimientos apostólicos. ¿El objetivo? Estimular a todos a buscar nuevos caminos para evangelizar.

Sin embargo, muchos no ven el asunto de la misma manera. Para ellos se trata de una bofetada de parte del señor arzobispo. Hacen alguna reunión en secreto y toman la grande decisión: o se sale el p. Antonio de Sierra Azul o se sale el señor arzobispo. Ante la postura firme del señor arzobispo, dan inicio a una campaña intimidatoria y difamatoria sin precedentes. Envían carta a los periódicos, amenazan con hacerle daño, el asunto se pone muy serio.

Un día regresa un feligrés de la fiesta patronal de una parroquia colindante.

— Padre, ¿sabes que dijo el párroco de allá?

— ¿Qué dijo?

— Que una de dos: o el señor arzobispo te saca a ti de Sierra Azul o los curas lo van a sacar a él de la arquidiócesis. Sin embargo, el traductor no entendió bien y dijo que el señor arzobispo te quiere sacar a ti de Sierra Azul. Entonces, se armó un tremendo alboroto. Muchos gritaban: “Nadie va a sacar al p. Antonio. Nosotros lo vamos a defender. Nosotros los paisanos lo queremos mucho, porque él habla nuestra lengua”. Cuando el señor cura se dio cuenta del error, dijo que no era nada y que no se preocuparan que no iba a pasar nada.

— ¿Cómo sabe la gente lo que está pasando en Santa Lucía?

— En todas las parroquias vecinas se habla de lo que está pasando aquí. La próxima fiesta de Santa Lucía van a venir de todos lados.

Quieren ver cómo se hace la misa aquí y cómo se reza el santo rosario. Saben que nosotros hacemos todo en dialecto y tienen mucha curiosidad de saber cómo es. También quieren confesarse con los dibujos.

Se busca a don Amós

Durante un encuentro de agentes de pastoral, veo a dos policías municipales que entran en el patio y preguntan por aquí y por allá. Los mando a llamar para saber de qué se trata.

— Por orden del señor presidente, estamos buscando a don Amós.

Trato de hacer memoria y no me viene a la mente nadie que se llame así. Pregunto a los agentes de pastoral más cercanos y lo mismo.

— ¿Quién será don Amós? Aquí no hay nadie con ese nombre.

— Mire, padre. Se trata del señor que escribió en el periódico “La voz de Santa Lucía”, hablando mal de las autoridades.

— ¿Cuál señor, si yo escribo todo el periódico, desde el principio hasta el final?

— Aquí está — y me enseñan el periódico señalándome el artículo incriminado.

¿De qué se trata? De algo muy sencillo. Al terminar cada número del pequeño periódico parroquial, que sale de vez en cuando y del cual saco unos cincuenta ejemplares mediante fotocopias, al quedar algún espacio libre, lo lleno poniéndole algún pasaje bíblico. En el caso concreto, le puse una cita del profeta Amós.

— Miren — les digo a los policías —. Digan al señor presidente que no se preocupe. Don Amós ya está muerto. Hace dos mil y quinientos años ya lo mataron las autoridades de aquel tiempo.

Los policías se espantan. Piensan encontrarse ante un fenómeno sobrenatural de primera clase.

— Si lo mataron — preguntan —, ¿cómo es que sigue escribiendo en el periódico?

— Se trata del profeta Amós. Lo que salió en el boletín parroquial, está tomado de la Biblia. Así que las autoridades de aquel tiempo lo mataron por haber denunciado sus fechorías, las mismas que ustedes están haciendo ahora. Y de todos modos, el profeta Amós sigue hablando y seguirá hablando hasta el fin del mundo, les guste o no les guste.

Los policías se retiran muy preocupados. Nunca se habían imaginado que la Biblia dijera cosas tan importantes para la gente de hoy.

Mandamientos en dialecto

Un día llegan al curato los miembros del ayuntamiento al completo. Parece que quieren tratar un asunto muy importante. ¿De qué se trata? No ven con buenos ojos que se den a conocer públicamente los diez mandamientos, mediante los altoparlantes del templo. ¿Por qué?

— Para que no se escandalice la gente, especialmente los niños — aclara el presidente municipal.

— ¿En qué sentido se escandalizan?

— A veces no entienden algún mandamiento y preguntan. A nosotros nos da vergüenza dar la respuesta.

— En concreto, ¿a qué mandamiento se refiere?

— Al sexto mandamiento: “No andarás con la mujer de tu prójimo”. Se oye mal.

— ¿Se oye mal o se ve mal? De todos modos, voy a tratar el asunto con los catequistas y vamos a ver qué hacemos. Me imagino que se tratará de algún problema de traducción.

Unos días después consulto a los catequistas.

— El problema — aclara un catequista — es que, entre nosotros, las mujeres no pueden defenderse cuando se trata de asuntos de tierras o robos. Entonces, una viuda tiene que buscar a un hombre que la represente. En muchos casos, este hombre se la toma como mujer.

— ¿Qué tiene que ver esto con los diez mandamientos?

— Desde cuando se publicaron los diez mandamientos en dialecto, muchas mujeres se dieron cuenta de que esta costumbre está en contra de la ley de Dios y se rebelaron.

Yo con el Espíritu Santo no me meto

Debido a las distintas reacciones, que está teniendo mi presencia en Sierra Azul, invito a los curas de la región a un encuentro especial, para analizar la situación y definir algunos detalles en orden al relevo ya previsto.

— Por lo que se refiere a mí, no hay problema. Cuando usted disponga, estoy dispuesto a dejar todo en sus manos —, declara el p. Carlos, vicario episcopal.

— Yo lo mismo — asiente el p. Eugenio.

El p. Tadeo, tomado de sorpresa, trata de concentrarse un poco y por fin expresa su opinión:

— Por lo que a mí se refiere, quisiera quedarme en Sierra Azul todo el tiempo que usted me permita. Sinceramente, lo que está logrando usted en tan poco tiempo, me inquieta. Tengo la impresión de haber desperdiciado demasiado tiempo en cosas inútiles o de poco valor. Estoy seguro de que, estando con usted, podré aprovechar mejor los últimos años de mi vida.

Aclarado esto, paso al análisis de la situación. Los tres se ven embarazados. Preferirían no hablar del asunto. El p. Eugenio rompe el hielo:

— Voy a ser franco. A mí todo lo que usted está haciendo y diciendo me parece pura ingenuidad. El hecho es que no conoce a nuestra gente y le quiere meter una camisa que no le corresponde. Usted se imagina muchas cosas. Verá que con los años todo se va a derrumbar y usted se va a quedar solo como nos ha pasado a nosotros.

Los otros dos padres no saben cómo tomar las aseveraciones del p. Eugenio. En el fondo, están de acuerdo con él, pero no se atreven a expresarlo. Lo único que alcanza a decir el p. Carlos es:

— Yo con el Espíritu Santo no me meto.

El p. Tadeo, el más joven de todos (65 años), logra balbucear algo más:

— Hablando con usted o leyendo sus escritos, a veces tengo la impresión de estar flotando. No sé en qué mundo estoy viviendo. Por eso quiero quedarme con usted y hacer la experiencia.

— Lo de la economía, por ejemplo, ¿le parece realista? — objeta el p. Eugenio.

— No sé si es realista. Le puedo asegurar que es real. Así nosotros vivimos allá, de lo que da la gente y nos alcanza para todo. Nada de tarifas por los sacramentos. Así nos sentimos libres de impartirlos a la gente que consideramos merecedora de los mismos. Hasta la fecha, por ejemplo, nunca he celebrado una misa de cuerpo presente y pienso que en lo futuro nunca la voy a celebrar. De todos modos la gente es igualmente atendida. Hay personas encargadas de las exequias. Lo mismo para las quinceañeras. De aquí a poco ya dos candidatos al diaconado van a quedar encargados de los bautismos y los matrimonios. Lo importante es que el pueblo católico sea bien atendido, no solamente en orden a la celebración de los sacramentos y demás ritos de costumbre, sino también en orden a la debida preparación para que dichos actos surtan el efecto deseado. Y para eso es necesario que más gente tenga la oportunidad de servir al pueblo. No solamente nosotros y ¿con qué resultado? Que todo se haga de prisa, sin la debida preparación y con un enorme desgaste de parte nuestra. Nosotros los curas somos muy

raros: queremos que todos nos ayuden gratis y nosotros no movemos ni un solo dedo, si no hay una recompensa económica. ¿Por qué no tratamos de tomar en cuenta las palabras de Jesús: “Busquen primero el reino de Dios y su justicia y todas esas cosas se les darán por añadidura” (Mt 6, 33)? En la parroquia de Santa Lucía lo estamos haciendo y nos está yendo bien. A nadie les falta nada, la gente es bien atendida y todos nos sentimos satisfechos. Estando así las cosas, claro que cada día aumenta más el número de los católicos comprometidos o perseverantes. Fíjense que ya hemos dado inicio a la pastoral del retorno con relación a los católicos que se habían alejado por el acoso de los grupos proselitistas y por los problemas que se habían suscitado con la presencia de los curas “liberadores”.

— En concreto, ¿cómo están resolviendo el problema económico?
— Insiste desafiante el p. Eugenio.

— Hay un comité económico, que se encarga de coleccionar el maíz, el arroz, los frijoles, los blanquillos y todo lo necesario para la alimentación de los que estamos metidos en la evangelización a tiempo completo. Aparte de esto, el comité se encarga de coleccionar durante los actos religiosos y de casa en casa para otros gastos. De esto se saca para solventar los demás gastos, dando a cada uno según su necesidad, teniendo en cuenta la experiencia de las primeras comunidades cristianas (Hech 2, 45).

— ¿Y para los agentes de pastoral que tienen que mantener una familia?

— Es lo que estamos viendo apenas. Puede haber una parcela para cada comunidad o cada agente de pastoral se queda con lo que le da la comunidad en que trabaja, entregando al fondo parroquial un porcentaje, que puede ser del 10 al 20%. Una vez aclarado el sentido de la misión y del ministerio en orden a la misión, todo se resuelve.

— Entonces, ¿por qué me quemé tanto las pestañas, si a la mera hora me van a dar lo necesario para subsistir? Sinceramente, si hubiera sabido que las cosas iban a llegar a este punto, hubiera escogido otra carrera.

El p. Carlos ve que los ánimos se están calentando y propone una pausa. Es hora del café. Unos veinte minutos, suficientes para serenar los ánimos y bajar el tono de la conversación. El p. Tadeo abre el debate acerca de las reacciones al informe enviado al señor arzobispo:

— Contiene elementos muy positivos y estimulantes. Lástima que algunos tomaron las cosas por el lado negativo, como si se tratara de una bofetada contra todo lo que se hizo anteriormente. Según mi manera de ver las cosas, más que mirar hacia el pasado, habría que mirar hacia

el futuro. En este sentido, en el informe yo descubro un llamado del Señor a un cambio profundo en el campo de la pastoral.

— Por eso — interviene el p. Carlos — desde un principio les he dicho que “yo con el Espíritu Santo no me meto”. Yo hice lo que pude, según las normas de la Iglesia y la mentalidad del momento. Ahora viene el p. Antonio con otras ideas y parece que le está yendo bien. Adelante, mi parroquia está a su disposición. Si desde ahora quiere empezar a enviar algún agente de pastoral para impartir alguna enseñanza según el nuevo estilo, no me opongo. Y si mañana, cuando ya deje la parroquia, el p. Antonio me invita para algún tipo de actividad, estaré siempre a su disposición. Repito: “Yo con el Espíritu Santo no me meto”. No sé hasta qué punto las propuestas del p. Antonio sean realistas o fruto de pura imaginación. Pienso que por lo menos hay que darle el beneficio de la duda. El futuro dirá. Que un día no se diga que por mi culpa no se hizo lo que se hubiera podido hacer. En este caso creo que podríamos aplicar la regla de Gamaliel: *“Si es obra humana, fracasará; sin embargo, si es de Dios, no lograrán destruirla. Cuidado a no querer luchar contra Dios”* (Hech 5, 38b-39).

Con esto termina nuestro encuentro formal y pasamos a la comida. Se sigue comentando las reacciones al informe. Sin duda, Sierra Azul vuelve a ser noticia en la arquidiócesis.

Capítulo 6

MISIONEROS DE CRISTO

La misión:

piedra de toque

¿Cómo sabemos si una comunidad cristiana está viva o muerta? Basta ver si hay fervor misionero o no. Si solamente hay ritos y, en lugar de aumentar el número de sus miembros, disminuye, quiere decir que dicha comunidad cristiana está muerta o en agonía. Los motivos o pretextos pueden ser muchos. Cada quien ve las cosas desde su punto de vista. El clero dirá: "Los laicos no se comprometen"; los laicos dirán: "Los curas no nos dejan trabajar". De todos modos, el resultado es siempre el mismo: las comunidades languidecen. Mucho ruido y pocas nueces; muchos ritos y poca vida cristiana.

Comunidades cristianas muy débiles, con gente insegura e insatisfecha. A la primera dificultad, cada uno agarra su patín, es decir, se aparta de la comunidad para seguir su camino. Algunos nada más dejan de asistir a la Iglesia, otros se cambian de religión y otros de plano hasta pierden la fe en Dios o en las instituciones religiosas.

Escuela de desertores

Claro, dichas comunidades pueden seguir dando la apariencia de estar vivas por el número de gente que sigue acercándose a la Iglesia en alguna fecha especial (miércoles de ceniza) o recibiendo los sacramentos, después de haber cumplido con ciertos requisitos. Pero después toda esa gente vuelve a sus andanzas, como o peor que antes, en una vida sin sentido. Estando así las cosas, nuestro sistema de catequesis, enfocado a la recepción de los sacramentos, se parece a una escuela de desertores. Como si se tratara de formar soldados que, el día en que hacen el juramento de fidelidad a la patria, dispuestos a

dar la vida por ella, cada uno se dispersara por su cuenta y se olvida del compromiso adquirido.

Se cambian los detalles (catequesis escolarizada), pero nadie está dispuesto a poner el dedo en la llaga. Nadie quiere enfrentar de raíz el problema de la práctica cristiana. ¿El motivo? Hay muchas cosas que cambiar dentro de la Iglesia y muy pocos están dispuestos a renunciar a los propios privilegios con miras a crear un Nuevo Modelo de Iglesia, en que cada uno sea atendido debidamente y a cada uno se le dé la oportunidad de prestar un servicio a la comunidad cristiana según la propia capacidad.

Curas y rezanderos

Por lo general, ¿cuál es la diferencia entre los curas y los rezanderos? Que los curas forman parte de la jerarquía y los rezanderos no. Los curas han estudiado más y tienen el poder de administrar los sacramentos, mientras los rezanderos son gente del pueblo, sin mucha preparación, y se dedican a las cosas más sencillas.

Fuera de esto, en muchos casos, no se nota gran diferencia. En el fondo, sea curas que rezanderos se dedican a lo mismo: rezar a cambio de una remuneración económica. De ahí la enorme cantidad de misas que se celebran según las intenciones más variadas, haya o no gente que asista, con el único afán de tener más ingresos económicos.

Pues bien, hasta que no se resuelva este problema dentro de la Iglesia, no se podrá hablar seriamente de evangelización, aunque nos duela y tratemos de inventar cualquier tipo de pretexto para justificar un fracaso pastoral que está a la vista de todos.

Misioneros populares

Cuando, al contrario, se toma en serio la evangelización, aumenta cada día más el número de los feligreses comprometidos, dispuestos

a sacrificarse por la causa del Evangelio. Es precisamente lo que está pasando en Sierra Azul. Con facilidad alguien pregunta: “¿Qué puedo hacer para dar a conocer la Palabra de Dios a mis hermanos?”

En realidad, nadie puede aceptar y vivir con sinceridad la Palabra de Dios, sin que sienta el deseo de comunicarla a otros. El verdadero “discípulo de Cristo” no puede quedarse con los brazos cruzados, encerrado en sí mismo y preocupado solamente por su salvación. Necesariamente se abre hacia los demás, volviéndose también en “misionero de Cristo”.

Por esta razón, pronto en Sierra Azul surgen los “misioneros populares”: muchachos, muchachas y matrimonios, dispuestos a prestar un servicio a la Iglesia, según la propia capacidad. ¿Que en un rancho no hay nadie que sepa rezar? Pronto surge alguien dispuesto a ir y quedarse unos días para enseñar a rezar el santo rosario, el novenario de difuntos o las oraciones de la mañana y de la noche. ¿Qué en otro lugar hay gente dispuesta a reunirse todos los domingos para la celebración de la Palabra? No falta alguien que se lance, aunque se tenga que andar unas horas a pie o a caballo.

Movimiento Misionero

De cosa viene cosa. Ahí está el carisma; ahora se trata de cultivarlo y darle cauce, creando una estructura adecuada para que el carisma se pueda desarrollar debidamente. Y nacen los “Misioneros de Cristo”, dispuestos a trabajar a tiempo completo dentro y fuera de su ambiente. En su mayoría son jóvenes; los matrimonios normalmente trabajan en su ambiente y solamente de vez en cuando salen a evangelizar lejos de su casa.

Empiezan con ayudar a sus catequistas. Cuando ya se ven más seguros y se nota que necesitan más preparación, empiezan a reunirse entre ellos: los muchachos en San Pedro bajo la guía de Luis, el yerno de Domingo, y las muchachas en Santa Lucía bajo la guía de doña María, que ya aprendió bastante a leer y escribir. Para dormir y guardar los efectos personales, son suficientes las respectivas sacristías; para comer se turnan en casas particulares. Así toman más confianza con la gente.

Todos los días tienen oración comunitaria y personal, reciben alguna clase de parte de sus formadores o catequistas más preparados, dedican algún tiempo a las tareas y unas horas a las visitas domiciliarias. Cada fin de semana se dispersan por las aldeas y los ranchos circunvecinos para hacer sus pinitos como verdaderos “misioneros”.

De pueblo en pueblo

De dos a tres meses de preparación para aprender lo esencial. Después, los que manifiestan más equilibrio y están decididos a lanzarse a la misión, hacen la promesa de servir a la Iglesia durante un año a tiempo completo y son “enviados” a evangelizar de pueblo en pueblo, con la Biblia en la mano y unos apuntes que yo preparo según las distintas necesidades. Cada dos meses nos volvemos a encontrar durante una o dos semanas para evaluar las experiencias y continuar con la formación.

Adonde llegan, arreglan la capilla, si hay, o construyen una nueva de palma o zacate. A veces la gente apoya, a veces se burla y a veces se opone. De todos modos, ellos siguen adelante y la misión avanza. Los que sienten el deseo de acercarse más a Dios, encuentran la oportunidad de hacerlo. Los demás hacen todo lo posible para apagar la pequeña llama, que empieza a encenderse por todas partes. Pocas veces lo logran mediante intrigas, amenazas o calumnias.

Precursores

Hacen lo mismo que Juan el Bautista y los setenta y dos discípulos: preparar el camino para que después pueda llegar el sacerdote. ¿Cómo logran esto? Impartiendo un breve curso bíblico y enseñando la manera de rezar el santo rosario y hacer la celebración de la Palabra. Con eso ya empieza a funcionar una pequeña comunidad cristiana con un mínimo de práctica religiosa. Al mismo tiempo designan y entrenan catequistas para que en cada comunidad, a su salida, todo siga igual y no se apague el fervor.

Después llega un servidor para concluir la primera etapa con un retiro de unos dos o tres días. Aprovecho para hablar de la santa misa y ayudar a la gente para que haga una buena confesión. Entre esa gente, no falta alguien que pida para sí el sacramento del matrimonio o el bautismo para sus hijos. Para los demás, nada. No quiero sembrar en el mar.

Centros catequísticos

Cuando en una zona hay un buen número de catequistas, se establece un programa de formación, con encuentros de una semana cada dos meses. Tres zonas pastorales con tres centros catequísticos, dirigidos por sus respectivos encargados de zona: Luis, el yerno de Domingo, para la zona de San Pedro; don Pablo para la zona de San Antonio y don Bonifacio para la zona de Santa Lucía.

Las materias son las mismas, que se imparten a los 'Misioneros de Cristo': Sagrada Escritura, moral, liturgia, historia de la Iglesia, psicología, espiritualidad, derecho canónico, apologética y ecumenismo, etc. La única diferencia está en el tiempo que dedican a la práctica pastoral, puesto que los Misioneros de Cristo están a tiempo completo y los catequistas no.

Diaconado permanente

Entre todos los catequistas, algunos son invitados a tener algún encuentro especial en orden al diaconado permanente. Así, en la práctica, poco a poco se va estructurando el ministerio de manera tal que todos los feligreses sean debidamente atendidos por gente de su misma comunidad, adecuadamente preparada.

Antes de dar inicio formalmente a su preparación, son presentados por su comunidad, donde han dado prueba de equilibrio y disposición para servir a la comunidad.

Martín y Domingo

Son mis colaboradores más cercanos. Me acompañan casi siempre para ayudarme en la enseñanza y el pastoreo. Al mismo tiempo aprovecho para asesorar a Martín en las materias que le faltan para completar sus estudios en orden a la ordenación sacerdotal. Entre Martín y un servidor estamos apoyando la formación de Domingo con un sencillo programa de humanidades con miras al diaconado permanente.

Los dos de vez en cuando hacen alguna gira visitando los pueblos más alejados, orientando a los catequistas, dirigiendo algún retiro espiritual y administrando los sacramentos del bautismo y el matrimonio. Así se van entrenando al ministerio de la Palabra, al pastoreo y a la celebración de los sacramentos. Al mismo tiempo la gente los va conociendo con miras a solicitar su ordenación.

Pastoral del retorno

Una vez establecido un mínimo de vida cristiana en todos los pueblos en que la presencia católica es consistente, empiezo a ensayar algún método para ver cómo recuperar a los que por descuido, malentendidos, resentimiento o venganza se alejaron de la Iglesia y fácilmente se dejaron atraer por los grupos proselitistas. Los resultados son sencillamente increíbles. Basta un ejemplo.

Según lo que se dice, en un pueblo de unas ciento cincuenta familias, desde hace unos quince años no llega un sacerdote, porque "ya no hay católicos". Llamo a Micaela, la más aventada entre las Misioneras de Cristo, y le propongo una misión con otras dos o tres muchachas, para conocer la situación real del pueblo y ver si se puede establecer una pequeña comunidad cristiana. Micaela acepta de buena gana mi propuesta y se lanza. A ver qué pasa.

Unos quince días después regresa con noticias bastante esperanzadoras:

— No todas las familias han dejado la Iglesia Católica. Aún hay unas veinte familias, que se consideran católicas. Lástima que tienen bien poco de católico. Hasta hay muchachos de uno quince años sin bautizar y nadie está casado por la Iglesia. Católicos de nombre y nada más. El único signo de pertenencia a la Iglesia está representado por las imágenes. De todos modos quieren que usted vaya para que bautice a los niños.

— ¿Están participando en la enseñanza que ustedes les están impartiendo?

— Solamente tres familias. Las demás no quieren saber nada de enseñanza. Quieren solamente el bautismo para los niños y nada más. Ni quieren saber nada de casarse por la Iglesia. Son gente muy dura y muy metida en el vicio de la borrachera.

— Muy bien. Avísales a todos que voy a ir de aquí a un mes y voy a quedarme tres días. Al final todos los que asisten con ustedes a las charlas y a la celebración de la Palabra podrán casarse por la Iglesia y bautizar a los hijos.

Un mes después llego a la comunidad. Me informan que otras dos familias se acercaron a recibir la enseñanza que están impartiendo las hermanas. Buena noticia. Espero que con mi presencia aumente notablemente el número de los asistentes. Pero no es así. Su número sigue igual: unos veinte adultos en total. Un servidor, Domingo y Micaela nos alternamos en dar las charlas, mientras las demás hermanas se encargan de los cantos.

Cuando llega la noche y todo queda oscuro, sucede el milagro: una enorme cantidad de gente, metida entre los árboles, me escucha con suma atención. Al tercer día, terminando la celebración eucarística con bautismos y casamientos, se me acerca un joven:

— Pertenezco a la iglesia pentecostal y soy ayudante del pastor. Yo no sabía que Cristo fundó una sola Iglesia y que la Iglesia Católica es la Iglesia que fundó Cristo. Ahora que me di cuenta, quiero pertenecer a la Iglesia Católica. ¿Qué tengo que hacer?

— Mañana regreso a Santa Lucía. Puedes irte conmigo. Te voy a enviar al centro de formación de los Misioneros de Cristo. Unos tres o cuatro meses de preparación y después, si quieres, puedes hacer la promesa de servir a la Iglesia por un año o te regresas aquí para enseñar a tu gente.

— Estoy de acuerdo.

El día siguiente ya está listo con un hermano y una hermana. Los tres quieren ser "misioneros de Cristo". Los acompaña su papá. Quiere

ver donde se va a quedar su hija. Durante el camino charla mucho con Domingo y decide ser catequista del pueblo, comprometiéndose a construir la capilla católica. Unos meses después la mitad del pueblo es "católico".

Otro día se me acerca un anciano:

— En mi ranchería de unas treinta familias, sólo la mía es católica. ¿Qué puedo hacer?

— ¿Hay capilla?

— No.

— Hazla y verás que pronto alguien se irá acercando. Te voy a enviar a dos muchachos para que te ayuden.

Un mes después resulta que ya unas cinco familias son católicas. Así la gente explica el hecho:

— Lo que pasa es que, al no haber nada de parte de la Iglesia Católica, nos fuimos con los protestantes. Pero nunca estuvimos conformes con esta situación. Apenas nos dimos cuenta de que llegaron unos misioneros católicos, pronto nos acercamos a ellos y los ayudamos a construir la capilla. No te creas, padre: los protestantes realmente convencidos son muy pocos. Si nosotros le echamos ganas, pronto muchos regresarán a la Iglesia.

En realidad, a dos años de distancia desde mi llegada a la parroquia de Santa Lucía, las cosas han cambiado bastante. Ya los católicos han subido del 30% al 35%. ¿Qué será de aquí a unos diez años, si realmente le echamos ganas?

Maestro en el seminario

Aceptando la invitación del rector del seminario, apenas se me hace posible, empiezo a impartir clase a los seminaristas. Cada mes una semana, en forma de taller; dos materias, las más descuidadas, es decir, pastoral y nueva religiosidad (ecumenismo, diálogo interreligioso y apologética). Quieren que me encargue también de la teología sacramentaria. Probablemente será para después. Por el momento el tiempo no me lo permite.

Al principio hay bastante resistencia de parte de todos, sea por lo que se refiere a la materia de apologética que al método de enseñanza, hecho de teoría y práctica. Preferirían que hubiera solamente teoría, como de costumbre. De todos modos, superadas las primeras resistencias, empiezan a encontrarle sabor a las visitas domiciliarias y a los cuestionamientos que les hace la gente acerca de muchos asuntos,

que no se pueden tratar dentro de la Iglesia por el papel dominante del clero y la actitud sumisa de los feligreses.

Los seminaristas empiezan a darse cuenta de que no es lo mismo ver las cosas desde las sacristías o los seminarios que desde la calle. Se trata de perspectivas muy diferentes. Por lo tanto, si el futuro presbítero quiere conocer realmente a la gente, que un día está llamado a evangelizar y pastorear, tiene que bajar a la calle y establecer con ella un diálogo sincero de tú a tú, sin las ínfulas de superioridad que está acostumbrado a ostentar por su preparación o status dentro de la comunidad.

Aparte de eso, los seminaristas empiezan a descubrir la actitud de rechazo y superioridad de parte de los ex católicos, que se encuentran en los grupos proselitistas. Ante esta actitud, es inútil hablar de respeto y tolerancia; urge un verdadero conocimiento de la Biblia, especialmente en los aspectos que ellos cuestionan. Haciendo esto, se borra otro mito con relación a los miembros de los grupos proselitistas, en el sentido de que nunca nos van a prestar atención y muchos menos van a estar dispuestos a reconocer sus errores.

Pues bien, la experiencia enseña que en todas partes hay gente abierta hacia la verdad y, cuando la descubre, la acepta. Pero ¿cómo van a descubrir la verdad, si los que la tendrían que conocer, no la conocen por flojera o, si la conocen, la callan para no meterse en problemas? Sin duda, el contacto directo con la gente mediante las visitas domiciliarias representa un medio muy valioso para destruir mitos y enfrentar la realidad así como es. Una buena base para el éxito pastoral del futuro pastor de almas.

Además, en lugar de una experiencia pastoral genérica, los seminaristas aprovechan los fines de semana y las vacaciones para entrenarse a impartir retiros espirituales a los grupos apostólicos y al pueblo en general. A veces algunos me acompañan en esta tarea, alternándose conmigo en las charlas u organizando los eventos. Otros apoyan a los encargados de la pastoral vocacional y demás pastorales (presos, enfermos, ancianos, jóvenes, etc.). Ya el fervor misionero contagia el ambiente del seminario.

Con el pasar del tiempo, las experiencias pastorales entran a formar de las conversaciones normales entre seminaristas. Cada uno tiene algo nuevo que contar: algún éxito apostólico o algún descalabro de parte de alguien que tiene una mentalidad diferente y no desperdicia ninguna oportunidad para atacar a los católicos. Ya la vida del seminarista no es pura rutina. El fervor apostólico, las ansias misioneras, los sufrimientos y las alegrías del pueblo entran a formar parte de su mundo espiritual,

lo que representa para él un estímulo más para cuidar su vocación y seguir preparándose mejor para ser mañana un celoso pastor de almas.

Naturalmente no falta quien no comparte esta visión acerca del papel del seminario y la vida sacerdotal. Quieren seguir como antes, con su visión cultural y social de la religión. Un catolicismo liberal, sin molestar a nadie, en que todo cabe, con un discurso “políticamente correcto”. Para ellos, los que quieren manejar un discurso “evangélicamente correcto”, son unos fanáticos y fundamentalistas. Prefieren considerarse gente con estilo, en comparación con los demás, vistos como “gente de la calle”, una especie de degradación del auténtico estilo sacerdotal.

De todos modos, mi presencia en el seminario logra sembrar alguna inquietud. Los hechos dirán. Por mientras hay que sembrar. Aunque parezca un bicho raro, ya muchos seminaristas empiezan a simpatizar conmigo y mi manera de ver las cosas. Uno de estos, Rodrigo, me comenta acerca de su deseo de adherirse a la comunidad de Sierra Azul. Lo mismo pasa entre los maestros y superiores del seminario, aunque en menor escala. Alguien se atreve a comentar favorablemente algún aspecto de la Carta Abierta a los Maestros de Seminario. Vamos por buen camino.

Aprovecho la oportunidad para dialogar con el rector del seminario y el señor arzobispo acerca de la ordenación diaconal de Martín. No hay ninguna dificultad y se realiza en el mismo seminario con ocasión de la ordenación de otros alumnos.

Encuentro con los obispos de la región

Puesto que ya Sierra Azul vuelve a ser noticia y se dicen muchas cosas acerca de su situación, los señores obispos de la región piden un encuentro para conocer la realidad con datos de primera mano. Alguien piensa que el cambio es debido a una buena inversión económica de parte de algún patrocinador anónimo.

- No se trata de eso.
- Entonces, ¿de qué se trata?
- De evangelización a secas, al estilo de los primeros cristianos.
- Si es así, ¿por qué no se logra lo mismo en otras partes, contando con más presbíteros a disposición?
- Porque el problema está precisamente en el clero.

Todos quedan sorprendidos por mi afirmación. No entienden el porqué. Prosigo:

— Es inútil darle vuelta al asunto: el clero y la vida consagrada hoy en día, en lugar de ser un apoyo, representan un factor de resistencia en el campo de la evangelización. En realidad, representan los privilegiados y los instalados en el actual sistema eclesiástico. Gozan de un estatus muy especial de honor y poder. Después viene el vulgus, el pueblo. Para la carga.

Me piden que explique más. Qué bueno que están dispuestos a escuchar y me permiten hablar con claridad. Sigo adelante:

— Nuestro sistema eclesiástico es de tipo monárquico. El poder y la investidura vienen de arriba. Por lo tanto, si alguien quiere estar bien en el sistema y vivir del presupuesto, tiene que mirar hacia arriba, más que hacia abajo. Tiene que agradar a los de arriba. De ahí la falta de iniciativa para resolver los problemas pastorales, que exigen cambios muy profundos al interior de la Iglesia y no un simple maquillaje. La regla es: “El que se mueve, no sale”. Mejor no moverse, callar, decir siempre sí y no hacer nada. No llamar la atención para no despertar suspicacias o envidias.

— Bueno — comenta un señor obispo —, existe la obediencia.

— Una cosa es la obediencia según el evangelio y otra cosa es el autoritarismo, que corta las alas a la imaginación y a la iniciativa; una obediencia que impide crecer como personas e hijos de Dios y crea actitudes pueriles en los súbditos. Pues bien, según mi opinión, aquí está una clave para entender porque en muchas partes, aunque haya clero, vamos en picada. Es que el clero no está preparado a buscar colaboradores y a trabajar con ellos. Quiere mandar y nada más. Además, no tiene experiencia en el arte de evangelizar. Su especialidad son los ritos y, con los ritos, la solución del problema económico. Ahora bien, ¿queremos enfrentar seriamente el problema de la evangelización en la Iglesia? ¿Queremos poner a la Iglesia en estado de misión? Pues bien, separemos la economía de la administración de los sacramentos y todo cambiará. En lugar de eludir el cuestionamiento y el reto que nos presentan los grupos proselitistas, atendamos su llamado implícito y las cosas empezarán a cambiar. Si ellos pueden, ¿por qué nosotros no vamos a poder?

Los señores obispos parecen asustados. No quieren entrar en polémica y cortan por lo sano, pidiéndome un estudio más detallado al respecto. Por mientras me hacen algunas preguntas para conocer algunos pormenores acerca de la situación en que se encuentra actualmente Sierra Azul.

Atendiendo a su deseo, unos días después les envíé la siguiente Carta Abierta:

CARTA ABIERTA

A LOS SEÑORES OBISPOS

Excelentísimos Señores:

La gracia y la paz del Señor Jesús, nacido en Belén para nuestra salvación, los acompañen siempre y los sigan llenando de santo celo por la causa del Evangelio.

INTRODUCCIÓN

Presentación

Posiblemente muchos de ustedes ya me conocen. Soy el p. Antonio, fundador de la Familia Misionera "Misioneros de Cristo", que se compone de tres organizaciones: el Movimiento Eclesial para los laicos, el Instituto Misionero para las hermanas consagradas y la Fraternidad Misionera para los sacerdotes y los hermanos consagrados.

En noviembre de 1986 la Conferencia Episcopal Mexicana me puso al frente del Departamento de la fe ante al proselitismo sectario, integrado a la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe. Con esta investidura colaboré durante algunos años con el Señor Cardenal Posadas, arzobispo de Guadalajara, y sucesivamente con el Señor Cardenal Lozano, entonces obispo de Zacatecas, en su calidad de Presidentes de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe.

En un encuentro en Roma con el Cardenal Gantin, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, fui invitado a expandir mi actividad en América Central, por el grave peligro en que se encontraba a causa de la presencia de los grupos proselitistas, particularmente activos en aquella región.

Por esta razón, desde 1992 hasta 1998 dediqué la mayor parte de mi tiempo a dar conferencias y cursos en casi todos los países del continente americano, lo que me ha permitido alcanzar un conocimiento bastante preciso acerca de su realidad a nivel eclesial, especialmente en todo lo que concierne la problemática suscitada por la acción de los grupos proselitistas.

Motivo de la presente

En distintas ocasiones alguien me ha hecho la siguiente observación: "Los obispos ¿están enterados acerca de su manera de ver la realidad eclesial y sus propuestas concretas para hacerle frente? De hecho, son ellos los que tienen la misión de apacentar al pueblo de Dios, cuentan con el don del discernimiento y al mismo tiempo tienen el poder para tomar decisiones al respecto".

Pues bien, aquí está el motivo de la presente Carta Abierta: informar a ustedes acerca de mi manera de ver la realidad eclesial y actuar en un momento tan trascendental en la historia de la Iglesia en general y en especial de la Iglesia latinoamericana. Informar ¿para qué"? "Para ver - como dijo san Pablo - si estoy corriendo o he corrido en vano" (Gál 2, 2).

Si al mismo tiempo en este escrito alguien encontrará un motivo para cuestionarse y acelerar la solución del problema, mucho mejor. Entonces todos mis desvelos quedarán largamente recompensados.

1.- CAMBIO DE ÉPOCA CAMBIO DE PARADIGMA

Un mundo que muere y otro que nace

Es lo primero que salta a la vista, al examinar el momento actual a la luz de la historia de la Iglesia. Sin duda una época histórica está muriendo y otra está naciendo. De ahí la urgente necesidad de pensar en un cambio de paradigma. "Vino nuevo en odres nuevos" (Mt 9, 17). Muchas de las antiguas estructuras eclesíásticas se volvieron obsoletas y por lo mismo ineficientes. Ya no sirven para enfrentar los retos, que se nos presentan en esta nueva contingencia histórica.

Aquí está la razón más profunda de nuestro desaliento y fracaso pastoral, cuya manifestación más evidente es el éxodo silencioso de una gran cantidad de feligreses, fácilmente absorbidos por los grupos proselitistas, la Nueva Era y una enorme variedad de movimientos culturales y religiosos.

Es que los odres antiguos ya no sirven para el vino nuevo. El sistema pastoral, válido en un régimen de cristiandad, ya no tiene sentido en una sociedad plural. De ahí la crisis y el fracaso, al empecinarnos en cerrar los ojos ante la nueva realidad social y eclesial, soñando en un mundo que ya fue y nunca más volverá a ser.

Régimen de cristiandad

Se gestó durante siglos y tuvo su plena vigencia durante unos ochocientos años, es decir, desde principios del segundo milenio de la era cristiana hasta la conclusión de la época colonial. Su característica fundamental: una sociedad monolítica, a la insignia de la fe católica y sellada por un estrecho connubio entre la Iglesia y el Estado. La fe se respiraba por todos los poros y no había ningún serio peligro que la amenazara, puesto que cualquier tipo de oposición era eliminado con el uso de la fuerza, contando la Iglesia con el apoyo del Estado.

Al nacer, todos eran bautizados y con eso adquirían su identidad a nivel de Iglesia y de sociedad, puesto que el Estado no contaba con una institución propia para registrar los nacimientos, como se acostumbra actualmente en cada país. O uno era bautizado e inscrito en un registro parroquial o no existía jurídicamente. Lo mismo para el matrimonio y la defunción. Además, había bastantes presbíteros para poder atender a todos de una forma desahogada: un presbítero para 50 - 100 personas. Lo ideal, teniendo en cuenta la regla bíblica del pastor que tenía cien ovejas (Lc 15, 4).

Sociedad plural

Separación entre la Iglesia y el Estado; la cultura en general ya no es católica y va desde el simple indiferentismo religioso hasta la oposición abierta y el más descarado proselitismo en su contra; un presbítero atiende hasta 10 - 20 y más miles de almas, esparcidas muchas veces en territorios muy vastos.

Estando así las cosas, ¿cómo es posible seguir como antes, bautizando y casando a todos por la Iglesia, como si no hubiera pasado nada y la fe siguiera transmitiéndose por costumbre, de padre a hijo y con el apoyo de todos los resortes del Estado? ¿Consecuencias? Un catolicismo sumamente débil, sin identidad propia y sin ninguna capacidad de resistencia ante la amenaza del secularismo y todo tipo de diversidad y proselitismo religioso.

Regreso a los orígenes

¿Qué hacer, entonces, en este nuevo contexto histórico? En lugar de seguir buscando inspiración en la edad media, tratando de apuntalar instituciones anquilosadas y propias de otra época, ¿por qué no pensar en algo nuevo, contando con la misma libertad creadora de las primeras generaciones cristianas?

En esto estriba precisamente el éxito de los grupos proselitistas, que empezaron a surgir con la caída del régimen de cristiandad y la afirmación de la sociedad plural: en su correcta perspectiva histórica, viendo en los orígenes del cristianismo su fuente principal de inspiración.

De ahí su frescura y entusiasmo misionero, a la luz de la Palabra de Dios y la experiencia de las primeras generaciones cristianas, y al mismo tiempo su rotundo rechazo hacia todas las iglesias históricas, bloqueadas por estructuras inadecuadas, enfrascadas en problemáticas propias de otros tiempos, metidas hasta el cuello en los asuntos de este mundo y poco afectas a los auténticos valores, que emanan de la fe.

Del diálogo

al indiferentismo religioso

Pues bien, ante esta realidad, ¿cuál ha sido nuestra reacción? En lugar de aceptar el cuestionamiento y el reto, que nos venían de los nuevos grupos religiosos, muy activos, entusiastas y exitosos en su afán de anunciar el Evangelio (con todas sus evidentes deficiencias), y tratar de imitar su celo apostólico, le hemos dado la vuelta, enarbolando la bandera del ecumenismo y el diálogo interreligioso, vista como la gran solución a todos los problemas dentro y fuera de la Iglesia.

En lugar de aprovechar la oportunidad para realizar una revisión a fondo acerca de nuestra realidad eclesial y reestructurar todo nuestro aparato pastoral y ministerial para situarnos en el nuevo contexto histórico y así lanzarnos a la evangelización con nuevos bríos, siguiendo el ejemplo de la competencia, hemos preferido seguir como antes, muy indulgentes con el espíritu del mundo y ciegos ante nuestra ineficiencia pastoral, tratando de ocultar nuestro fracaso bajo un manto de apertura y modernidad. ¿Con qué resultado? Un catolicismo acomplejado y desalentado, cuya única perspectiva es la derrota.

Por otro lado, para aplanar el camino al diálogo ecuménico e interreligioso, se llegó a tergiversar el papel de Cristo y su Iglesia en orden a la salvación del género humano, poniendo en tela de juicio su valor universal. Y con eso, poco a poco, se llegó al más descarado relativismo e indiferentismo religioso, que llevó a la muerte del espíritu misionero. En realidad, ¿quién va a entregar su vida a la causa del Evangelio, si en fin de cuentas todo es lo mismo?

Determinismo histórico

Es tan grande la convicción acerca de nuestra derrota como Iglesia, que ya se habla de estadísticas "científicas", que pronostican un acelerado y constante descenso del catolicismo a nivel continental, hasta llegar para el año 2.050 al 25 - 30% de la población latinoamericana. Y con eso nadie se siente responsable por lo que está pasando, como si se tratara de una derrota fatal. Algo totalmente fuera de la perspectiva cristiana.

Ahora bien, yo estoy en contra y rechazo rotundamente todo tipo de determinismo histórico. En nuestro caso concreto, estoy convencido de que, si aportamos ciertos cambios necesarios al interior de la Iglesia, no sólo lograremos parar el éxodo de los católicos hacia las nuevas propuestas religiosas, sino que lograremos revertir la situación consiguiendo un constante retorno hacia ella, una vez que los que se alejaron tomen conciencia de las enormes riquezas presentes en la Iglesia Católica, la única fundada por Cristo y que por lo tanto goza de la plenitud del Evangelio y los medios de salvación.

Clero y vida consagrada: factor principal de resistencia

Aunque esto pueda parecer escandaloso, de todos modos es la pura realidad: el clero y la vida consagrada, bajo un manto de apertura y comprensión, están ocultando una actitud de egoísmo y resistencia extrema a todo tipo de cambios serios, que pongan en peligro su condición de privilegiados e instalados en el actual sistema eclesial.

Por eso hablan muy bonito de los pobres y de los laicos en general, pero en la práctica no están dispuestos a meter todas las cartas sobre la mesa en orden a buscar soluciones realistas y efectivas a los problemas, que están afectando seriamente a la Iglesia. Ven que el barco se hunde y no quieren mover ni un dedo para que esto no suceda. Para ellos es suficiente que por lo menos ellos se puedan salvar. ¿Y los demás? Allá ellos. A ver qué hacen.

Algo realmente increíble. Ven que el pueblo católico se debate entre la vida y la muerte por el abandono pastoral en que se encuentra y no se deciden por un cambio de paradigma. A veces me pregunto: ¿No consiste en esto precisamente el pecado contra el Espíritu Santo, en cerrar los ojos ante la evidencia y tratar de engañarse a sí mismo y engañar a los demás, tergiversando las cosas y camuflando bajo un manto de respeto y comprensión lo que en realidad es cobardía y traición?

2.- ¿QUÉ HACER?

¿Qué hacer para que el barco no se hunda y podamos revertir la situación? He aquí algunas propuestas concretas.

1.- PRINCIPIOS GENERALES

1.- Seguridad doctrinal

Que cada católico conozca claramente su identidad como miembro de la Iglesia de Cristo. En realidad, la ignorancia nunca ha sido una buena consejera, máxime cuando se vive en un ambiente hostil y cuestionante. Por lo tanto, antes de insistir en la apertura y el diálogo, es necesario que afiancemos la identidad del católico a la luz de la Palabra de Dios y la enseñanza de la Iglesia, cuyo resumen podemos encontrar en los documentos "Dominus Iesus" del 6 de agosto del 2000 y la "Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización" del 3 de diciembre del 2007.

Pues bien, la oposición a los contenidos de estos documentos en largos estratos del clero y la vida consagrada es una prueba fehaciente de la grave crisis doctrinal en que nos encontramos, por apostar totalmente en favor de la apertura indiscriminada y buscar, a cómo dé lugar, un entendimiento con los que no comparten nuestra fe, dispuestos a ceder hasta lo imposible.

2.- Vivencia de la fe

Es tiempo de reexaminar la doctrina del *ex opere operato* y apuntar decididamente sobre la eficacia de los sacramentos y la importancia de hacer todo el esfuerzo posible por vivir la fe en plenitud, siendo menos indulgentes hacia toda forma de catolicismo popular, extremadamente débil ante la agresión sistemática y capilar de los grupos proselitistas.

Solamente así podremos ir parando poco a poco la continua sangría de católicos hacia otras propuestas religiosas e ir construyendo un tipo de catolicismo más adulto y responsable. Teoría y práctica, fe y acción, palabras y obras, tienen que regir todo nuestro actuar pastoral. No solamente el conocimiento y el rito.

3.- Espíritu creativo

En un momento de cambio, la rutina es la muerte y la creatividad

es la vida. Saliendo de un mundo, en que todo estaba establecido desde arriba y todo dependía de la autoridad, para muchos los conceptos de corresponsabilidad, iniciativa personal y libertad de expresión suenan a herejía. Y sin embargo, solamente manejando estos nuevos conceptos, uno puede volverse creativo, sugiriendo o aportando soluciones concretas a la nueva problemática, a medida que se vaya presentando.

Para lograr esto, es necesario entender correctamente el papel de la autoridad dentro de la Iglesia, borrando todo tipo de autoritarismo, muy ligado a regímenes de tipo monárquico, propios de los tiempos pasados. El no entender esto, lleva al infantilismo y la parálisis, que permean muchos de nuestros ambientes, pensando que todo tiene que venir desde arriba o contar con su anuencia, como si hubiera una línea directa entre la autoridad y el Espíritu Santo y éste no contara con otros canales de comunicación.

Un resabio de esta mentalidad lo encontramos en la costumbre del texto único para la catequesis y tantas cosas más, cortando todo intento de creatividad y obligando a todos a seguir el mismo camino, como si todos tuviéramos las mismas capacidades y exigencias. Lo mismo por lo que se refiere a la manía, que tienen muchos clérigos de prohibir o implantar asociaciones o métodos de trabajo a su antojo, sin tener en cuenta la sensibilidad, las aspiraciones o la situación concreta en que se encuentran los feligreses.

Espíritu creativo y respeto a los derechos y exigencias de cada miembro de la Iglesia hoy en día representan un buen antídoto contra todo intento de autoritarismo y un aliciente para crear dentro de la Iglesia relaciones realmente humanas, a la insignia de la dignidad y no del servilismo.

4.- Reestructuración general del aparato pastoral y ministerial (1)

Que cada católico pueda ser atendido personalmente en su caminar a la luz de la fe. Esto implica una reorganización de todas las estructuras pastorales y el aparato ministerial. Ya no basta el culto. Hoy, para vivir la fe sin el peligro del desaliento o la caída ante todo tipo de tentaciones que la amenazan, urge el apoyo constante de parte de algún miembro de la comunidad, preparado y entrenado para desempeñar este tipo de servicio.

El problema es: ¿Cómo lograr esto, puesto que no contamos con un número suficiente de agentes de pastoral, debidamente preparados, ni con los fondos económicos necesarios para su remuneración?

5.- Clave de la solución:

separar la economía del culto

Separen la economía del culto y verán cómo todo el panorama eclesial empieza a despejarse y cambiar radicalmente, dando origen a un proceso de reacciones en cadena. En realidad, ¿qué es lo que actualmente está atorando a la Iglesia, impidiéndole ver las cosas con claridad para poder despegar el vuelo con toda libertad? El problema económico. Como dijo san Pablo, "el amor al dinero es la raíz de todos los males" (1Tim 6, 10).

De hecho, puesto que a cada acto cultural corresponde una recompensa económica, todos los esfuerzos están enfocados en esta dirección, descuidando otros aspectos igualmente importantes en la vida eclesial, como son la evangelización y el pastoreo. Además, se realizan los actos culturales, sin una verdadera preocupación por su eficacia.

Estoy convencido de que, una vez separada la economía del culto, se empezarán a ver las cosas con mayor realismo y a dirigir los esfuerzos en la dirección correcta, teniendo como preocupación prioritaria la "conversión", la formación y el acompañamiento del mayor número posible de católicos, puesto que de este tipo de católicos dependerá la solución del problema económico para sostener todo el aparato pastoral y ministerial de la Iglesia. Y como consecuencia, todo esto llevará también a un cambio radical en la formación de los futuros pastores de almas, volviéndose más práctica y menos abstracta, encaminada a formar discípulos y misioneros de Cristo, ya no filósofos o teólogos.

¿Una utopía? Claro que se trata de una utopía en el sentido mejor de la palabra, como algo que no existe en la actualidad y que sin embargo un día podrá existir, a condición de echarle ganas y estar decididos a enfrentar seriamente los retos que presenta la actual problemática eclesial. La pregunta es: entre los miembros del clero ¿cuántos están realmente dispuestos a "rifársela", con tal de cambiar radicalmente la perspectiva para el futuro, volviéndola de derrotista en exitosa?

Según mi experiencia, solamente unos cuantos tienen el coraje moral para enfrentarse a todas las consecuencias que puedan darse a raíz de una decisión de este tipo, mientras la gran mayoría prefiere seguir como antes, aunque esto implique el colapso del catolicismo. De todos modos, con unos cuantos pastores de almas decididos se puede empezar la gran aventura del cambio dentro de la Iglesia, pasando de un catolicismo de tradición a un catolicismo de convicción, de un catolicismo de fachada a un catolicismo auténtico, de un catolicismo

clerical a un catolicismo eclesial, en que todos los miembros de la Iglesia tengan la oportunidad de prestar un servicio a la comunidad, en un plan de dignidad, es decir con un reconocimiento jurídico oficial y contando con una correspondiente remuneración económica, según la propia necesidad y el servicio prestado.

La meta es muy clara: que el clero ya no sea el único detentor del ministerio dentro de la Iglesia y aprenda a compartir las responsabilidades con las demás fuerzas vivas de la comunidad. Aquí está el grande reto para que la Iglesia católica pueda salir de la actual situación de estancamiento en que se encuentra y pueda mirar con confianza hacia el futuro. Que, contando con más ministros, oportunamente capacitados y debidamente remunerados, ya nadie quede sin la debida atención pastoral.

3.- INICIATIVAS PRÁCTICAS (2)

1.- Primacía de la Palabra de Dios.

Mi lema es: Biblia para todos y Biblia para todo; todo con la Biblia y nada sin la Biblia. Biblia para niños, adolescentes, jóvenes y adultos; Biblia para la religiosidad popular (3), la catequesis presacramental (4), la oración personal y comunitaria; Biblia para la santa misa y la celebración de la Palabra.

Que todo católico se familiarice con la Biblia y ésta se vuelva en la principal fuente de inspiración en todo el quehacer eclesial. Solamente así el católico podrá sentirse seguro interiormente y estar en condiciones de entablar un diálogo efectivo y constructivo con quien sea.

2.- Purificación de las costumbres

Por lo general, como hay poco compromiso en aclarar el aspecto doctrinal, lo mismo está pasando en el asunto de las costumbres. Existe mucha dejadez. Con toda facilidad se pasa de la celebración del sacramento a la fiesta pagana, con borrachera y todo tipo de desorden. ¿El pretexto? Así es nuestra gente; no hay celebración sin licor. Y se deja que todo fluya por su cuenta.

Lo peor del caso es que en ocasiones esto se da también entre católicos supuestamente comprometidos y hasta en ambientes clericales, causando grave escándalo entre la feligresía en general. Por eso muchas veces los de la competencia nos tildan de "paganos".

Si queremos un cambio real dentro de la Iglesia, tenemos que aprender a dar pasos concretos hacia la autenticidad doctrinal y la práctica de la vida cristiana, empezando por eliminar los aspectos negativos, que más saltan a la vista y representan un motivo de escándalo para todos, como por ejemplo los bailes con borrachera con ocasión de las fiestas religiosas, bailes promovidos muchas veces por los mismos clérigos con el cuento de "sacar fondos para las obras parroquiales", la utilización de las imágenes y las devociones populares con fines mercantilistas y en general todo lo que tiene que ver con la explotación de la credulidad de la gente con tal de procurar más entradas económicas.

A veces me pregunto: ¿por qué, en lugar de ser indulgentes con los vicios de nuestra gente, no hacemos algo para ayudarla a liberarse de ellos, mediante retiros espirituales, asesoría espiritual o atención psicológica? ¿Por qué nosotros, en lugar limitarnos a criticar o admirar los métodos que utiliza la competencia con fines proselitistas para sacar a la gente del vicio, no inventamos algo, dentro de la Iglesia o con el patrocinio de ella, con miras a liberar a la gente de alguna adicción, que tiene que ver con el alcoholismo o la drogadicción? Según mi opinión, esto es lo que más necesita la Iglesia para adquirir credibilidad ante el pueblo, no tanto el profetismo puro, manifestando la propia inconformidad contra las autoridades o las estructuras injustas.

3.- Documentos de la Iglesia

Por lo general, los documentos de la Iglesia no son operativos, sino simplemente doctrinales y exhortativos. Ahora bien, en este nuevo contexto histórico, para poder avanzar con miras a crear un nuevo modelo de Iglesia, más actual y funcional, es necesario que sean más precisos, teniendo en cuenta los diferentes destinatarios y el objetivo de cada documento.

En este aspecto la competencia, sin duda, puede representar un ejemplo para nosotros en la manera realista de realizar los análisis y establecer objetivos precisos con estrategias concretas para alcanzarlos, dando pasos y evaluando continuamente los resultados.

4.- El diaconado permanente, pieza fundamental para el cambio

Dada la urgencia de contar con más agentes de pastoral para hacer frente a las enormes necesidades de la Iglesia actual, especialmente en la línea de la evangelización y el pastoreo, veo

conveniente empezar confiriendo el ministerio del diaconado permanente a gente de conducta probada, entrega generosa al servicio de la Iglesia y años de experiencia.

Actuando como puente entre la jerarquía y laicado, sin duda pueden resultar de mucha utilidad para enfrentar los nuevos retos que se presentan a la Iglesia, siendo más sensibles para detectar los problemas y encontrar soluciones prácticas a las distintas necesidades de los feligreses. Contando con su experiencia y espíritu de discernimiento, será más fácil para todos realizar una reestructuración general del aparato pastoral y ministerial de la Iglesia.

CONCLUSIÓN

Posiblemente algunos de ustedes, al leer lo anterior, pensarán: ¿Por qué el p. Antonio habla con tanta claridad acerca de ciertos aspectos negativos presentes en la Iglesia? ¿No sería mejor que tuviera en cuenta el refrán que dice: "Los trapos sucios se lavan en casa"?

Mi respuesta es muy sencilla: aquí no se trata de trapos sucios, sino de toda una realidad eclesial, que es urgente examinar atentamente y enfrentar con decisión, antes que sea demasiado tarde. Puesto que se trata de un asunto que afecta profundamente a toda la Iglesia en su presente y en su futuro, es necesario que todo el mundo católico se entere y se involucre en su análisis y búsqueda de soluciones. Que mañana alguien no me acuse de haber detectado el peligro a tiempo y no haber intervenido por cobardía u otros intereses inconfesados (Ez 3, 16ss).

Alguien podría cuestionarme también acerca de la eficacia de una acción, que para muchos puede parecer suicida por el tipo de reacciones que podría desencadenar. De hecho, al leer mis escritos acerca de estos temas, generalmente los comentarios van en el sentido de que son "fuertes", "muy fuertes", "atrevidos", etc. De todos modos, aquí no se trata de saber de antemano si todo lo que hago va a tener éxito o no, va a ser aceptado o rechazado.

Estoy tratando simplemente de provocar una lucha de conciencia en el intento de remover las aguas estancadas, confiando en el "esplendor de la verdad". Y todo esto, por amor a Cristo y a su Iglesia. Que vaya a tener éxito o no, dependerá de muchas circunstancias y no solamente de mi buena voluntad y atrevimiento.

*"Por amor de Sión no callaré,
por amor de Jerusalén no descansaré,
hasta que despunte la aurora de su justicia
y su salvación llamee como antorcha" (Is 62,1).*

En espera de algún comentario al respecto, les pido su pastoral bendición y les aseguro un recuerdo especial en mis oraciones.

Su devmo. en Cristo

P. Antonio

Notas:

1. Para tener una visión más amplia del problema de la reestructuración general del aparato pastoral y ministerial, es de mucha utilidad el libro *"Hacia un Nuevo Modelo de Iglesia. Una propuesta-provocación"*, de nuestras ediciones.
2. Por lo que se refiere a las iniciativas prácticas, puede resultar de mucha utilidad la Cuarta Parte, titulada *"Dibujando un nuevo rostro de Iglesia"*. Acerca de esta problemática, resultará muy útil también el libro *"Extracto del Documento de Aparecida. Proyecto operativo"*, de nuestras ediciones.
3. Acerca de la **Religiosidad Popular**, impregnada de Biblia, contamos con el siguiente material didáctico:
 - *El Santo Rosario. 10 Formas de Rezar el Santo Rosario.*
 - *Posadas Bíblicas.*
 - *Vía Crucis Bíblico y Las Siete Palabras.*
 - *Novenario de Difuntos.*

4. Para una ***catequesis presacramental***, destinada a fortalecer la fe del pueblo católico, utilizando la Biblia y la Apologética e insistiendo en la vivencia de la propia fe, contamos con el siguiente material didáctico:

Primera Confesión y Primera Comunión

- *Curso Bíblico para Niños.*
- *Pan de Vida.*
- *Soy Católico.*
- *Sacramento de la Reconciliación. Trípticos para Niños, para Adultos y para personas que no saben leer y escribir.*

Entre la Primera Comunión y la Confirmación

- *Aprender la Biblia Jugando*
- *Juegos Bíblicos de Mesa.*

Confirmación

- *Historia de la Salvación. Curso Bíblico Popular.*
- *Ven, Espíritu Santo.*
- *La Iglesia Católica y las Sectas. Preguntas y Respuestas.*

Matrimonio

- *Un Pacto de Amor. Para Novios.*

Bautismo

- *Hijos de Dios y Herederos de la Gloria.*

Cuarta Parte

MÁS ALLÁ
DE LAS FRONTERAS

Vayan por todo el mundo
y prediquen mi Evangelio
a toda creatura.

(Mc 16, 15).

Capítulo 1

SE SOLICITAN MISIONEROS

En la selva

A un año de haber iniciado la experiencia de los Misioneros de Cristo, empiezan a llover las solicitudes de ayuda. Un párroco tiene que atender a más de cien ejidos, esparcidos en la región de los ríos. No sabe qué hacer, ni por dónde empezar. De vez en cuando sale por aquí o por allá, solamente para administrar los sacramentos del bautismo y el matrimonio. Le sugiero un curso bíblico popular, que acepta de inmediato.

Le envío a tres jóvenes de unos 18-20 años, que hablan un español muy elemental. Para aquella gente campesina, que vive en la selva, representan lo máximo. Pronto empiezan a familiarizarse con los misioneros. Se sienten totalmente a gusto. No como cuando llegaron unas catequistas de la ciudad, que lo único que sabían hacer era enseñarles las piernas (usaban minifaldas) y regañarlos por sus costumbres poco civilizadas.

Ahora ven que gente como ellos les transmite la Palabra de Dios con un lenguaje extremadamente sencillo, utilizando un folletito que señala los textos, que hay que leer directamente en la Biblia, y presenta unos breves comentarios. La gente está encantada por todo lo que los misioneros dicen, como si se tratara de verdaderos oráculos, pronunciados por hombres enviados por Dios.

Los que no saben leer, traen a un hijo o nieto para que les lea los textos bíblicos y escriba las tareas que ellos les dictan. En poco tiempo todos se vuelven estudiantes aplicados, orgullosos de contar con la Biblia como herramienta básica para acercarse a Dios. ¡Con cuánto respeto y amor la manejan, como si se tratara de un verdadero tesoro! En realidad, contiene la Palabra de Dios. Ni más ni menos.

Unos quince días después llega un servidor para concluir la misión. Me acompaña el párroco del lugar. Una experiencia inolvidable, con predicación, cantos y testimonios. Tres días de paraíso. Se palpa la presencia de Dios.

La experiencia se repite en los ejidos más importantes de la región. La Palabra de Dios se expande como un reguero. En un año más de 20 jóvenes se vuelven misioneros. Por todos lados surgen capillas y se forman centros catequísticos. A los pobres se anuncia la Buena Nueva. Los pobres evangelizan a los pobres. Algo inaudito.

En la costa

Otro párroco a casi mil kilómetros de distancia también solicita la presencia de los Misioneros de Cristo. Quién sabe cómo se enteró de su existencia. ¿La razón? Se siente perdido. "Es que en la costa nunca hubo evangelización. Por el peligro de la malaria y la molestia del calor, normalmente los misioneros que llegaron de Europa se quedaron en los lugares más altos y frescos. Así que aquí la gente se fue juntando sin una base religiosa. Cada quien traía alguna devoción particular, sin lograrse formar una verdadera tradición religiosa con fiestas propias, capaces de convocar a todo el pueblo católico por lo menos de vez en cuando. Lo peor del caso es que ahora existe el peligro que se meta un obispo cismático con sus curas, hechos al vapor y tendencias sexuales poco definidas".

Ni modo. Ahí están los Misioneros de Cristo para tapar el hoyo. Cursos bíblicos por aquí y cursos bíblicos por allá. Aunque la parroquia cuente con una buena presencia del elemento negro, de todos modos la evangelización avanza a paso acelerado. Es que todos entienden fácilmente el lenguaje bíblico, muy cercano a la mentalidad del pueblo. Son los expertos que a veces lo enredan todo con sus tecnicismos fuera de lugar.

Unos meses después se presenta una dificultad que parece imposible de superar: el señor Cura no acostumbra la misa dominical de horario. Va por aquí y por allá, según las invitaciones que recibe de parte de los feligreses para bautismo, misa o casamientos. Cuando le preguntan la razón, contesta: "Así es la gente aquí. No acostumbra ir a misa el domingo. Va solamente cuando es invitada para un matrimonio o un funeral". Poco a poco me doy cuenta de que se trata de una maña que tienen algunos curas de la región: no hay misa si no hay dinero de por medio. ¿La solución? Sencilla. Los católicos que asistieron al curso bíblico, aparten una misa para todos los domingos a la misma hora, comprometiéndose a solventar ellos personalmente los gastos

correspondientes. Haciendo esto, en unos meses ya se establece en muchos lugares la misa de horario, aunque no haya intenciones especiales y nadie pague la cuota correspondiente. Las limosnas son suficientes para todo.

En el santuario

Es la experiencia más dura que tenemos en la región. Entusiasmado por lo que se comenta acerca de los Misioneros de Cristo, el cura encargado del santuario más famoso de la costa, nos invita a misionar en su vasto territorio. No quiere que otros se adelanten a él en cuanto a iniciativas. De hecho en todas partes se habla de él y su santuario. Parece un hombre extremadamente sagaz, inteligente y emprendedor. Construyó el santuario y lo hizo famoso, maneja la medicina natural y cuenta con catequistas a tiempo completo, que periódicamente visitan todos los pueblos. Un montón de gente lo rodea continuamente en el santuario y los anexos. Parece el protector de los gatos. Dentro y fuera del santuario, en los anexos y en el patio no hay más que gatos. Gatos bien gorditos, aunque sucios y descuidados.

Como siempre, se empieza con el curso bíblico. El salón está a reventar. Todos con la Biblia en las manos y atentos a todo lo que los misioneros enseñan. Posiblemente alguien tiene la encomienda de reportar al cura todo lo que enseñan los misioneros del p. Antonio (así muchos llaman a los Misioneros de Cristo). Es que se trata de un cura muy celoso de la doctrina de la Iglesia y no permite errores de ningún tipo. De hecho, aprovecha cualquier encuentro con ellos para aclararles algún concepto que, según parece, no ha sido tratado con suficiente precisión.

Por insistencia del mismo cura, a mitad del curso me traslado al santuario para una conferencia acerca de la importancia de la Biblia en la vida del cristiano. Al final llueven las preguntas para aclarar dudas y poner los puntos sobre las íes. De hecho hay cosas que al público en general, y al cura en especial, no les han agradado acerca del contenido del curso. Lo que más los ha molestado, ha sido la manera como los Misioneros de Cristo han tratado el tema del culto, y en especial lo referente a las imágenes, aunque no hicieran nada más que explicar los textos bíblicos, señalados en el folleto.

Por fin el nudo sale al peine. Toma la palabra el que parece ser el líder de los agentes de pastoral:

— Con relación a las imágenes, estamos de acuerdo con lo que dice la Biblia y con la explicación que han dado los misioneros. Lo que no nos parece correcto es considerar al Santo Cristo que tenemos en el

santuario como una imagen cualquiera. En realidad, se trata de algo muy especial. Es Cristo en carne y hueso, que realmente escucha las oraciones de la gente y hace muchos milagros.

— Fíjese — añade una devota, muy fanática y alborotada — que todas las noches sale del nicho y va a bañarse en el mar, donde se encuentra con el Cristo del santuario de la sierra. Allí hablan acerca de lo que les dice la gente y se ponen de acuerdo para ver qué hacer. Por eso todas las mañanas los primeros que entran al santuario, encuentran en el piso, desde la puerta de entrada hasta el nicho, un poco de arena del mar. ¿Quién pudo haberla dejado, si no fuera nuestro Cristo amado y adorado?

— Yo no sé nada de todo eso. Lo único que sé es que Cristo ya no carga ninguna cruz y ya no sufre. Como dice la Biblia, cargó la cruz hasta subir al Calvario, allá lo crucificaron y murió. Al tercer día resucitó y cuarenta días después ascendió al cielo. Así que a mí no me vengan con cuentos.

— ¿Y lo de la arena?— insiste la devota.

— Será el sacristán quien madruga para ponerla, antes de abrir el santuario.

— ¿Y el dinero que la gente manda de los Estados Unidos para la comida del Santo Cristo?

— Quien sabe. Posiblemente servirá para la comida de los gatos.

La gente se pone nerviosa. Se oye algún grito de protesta y alguna amenaza. Me entra un poco de temor, pensando que se vaya a repetir lo de Sierra Azul. Hay gente que abandona el salón. Veo imposible poder continuar. Un grupo de gente hace valla a mi alrededor, para evitar posibles ataques personales. Cuando todo parece perdido, se hace un silencio total. Cerca de mí está el señor Cura. Después me entero de que lo trajeron a la fuerza.

— De una vez— grita amenazante un devoto del Santo Cristo— queremos saber si nuestro Santo Patrono está vivo o no.

El ambiente está sumamente tenso. Todos están al pendiente de lo que va a decir el señor Cura. Para muchos, en realidad, es cuestión de vida o muerte como creyentes. Imagínense. Años de tener fe en el Santo Cristo, haberle confiado todas las penas de la propia alma y haber confiado en su protección y ayuda, y de un momento a otro descubrir que se trata de un engaño: "Disculpen, hermanos, la mera verdad es que se trata de una estatua y nada más". Sería como si a uno le dijeran: "Señor, disculpe el error: usted no es el ganador de la lotería" o alguien despertara por la mañana y escuchara por radio la noticia de

que el banco, en que hubiera depositado todos sus ahorros, quebró y por lo tanto quedó sin un centavo.

Cuando todos están bien sentaditos en su lugar, por fin el señor Cura habla con toda solemnidad, dando su veredicto sibilino:

— Sigán con la fe de sus padres.

Y desaparece como un rayo. Se atrinchera en su cuarto y ya nadie se le puede acercar. Como era de esperarse, la gente queda confundida y no sabe qué hacer. Poco a poco regresa a sus casas, sin haber aclarado el enigma: “El Santo Cristo ¿será de carne y hueso o de pura madera?”

Ante esta situación, decido suspender el curso. Al día siguiente me despido del señor Cura y él como sin nada:

— Cuando quiera, p. Antonio, el santuario estará siempre a su disposición.

Hipócrita como siempre. De todos modos, mejor así. Ya sé con quién estoy tratando: con un héroe de cartón, sumamente astuto y embaucador de masas. Aprovecho la oportunidad para saludar al cura de la parroquia vecina y ofrecerle los servicios de los Misioneros de Cristo. Acepta de buena gana y de inmediato les asigna un cuarto.

— Lo único que les pido es que no se metan con el Santo Cristo del santuario. Es que nuestra gente es muy ignorante y se puede escandalizar. Ni modo. Ésta es la fe que tiene. ¿Qué le podemos hacer? Mejor esto que nada.

— Mire, señor Cura— es mi respuesta—. Ésta no es nuestra manera de actuar: o de una vez aclaramos todo o nada.

— Hagan lo que quieran.

Y me voy, dejando el equipo de los Misioneros de Cristo, que de inmediato empiezan con su labor de costumbre, con el apoyo entusiasta de toda la gente. Unos días después, el señor Cura hace el siguiente comentario acerca de nuestra manera de proceder:

— Para ustedes la cosa es sencilla: hacen su cursillo y se van. El problema es para nosotros, que nos quedamos aquí y tenemos que enfrentar la situación.

— ¿Cuál situación?— pregunta uno de los misioneros.

— Que no todos están de acuerdo con lo que ustedes enseñan. ¿Vieron en qué lío metieron al cura del santuario? Ya mucha gente empieza a dudar acerca del Santo Cristo y están disminuyendo las peregrinaciones al santuario. Se hace tanto para construir una devoción popular y ustedes de un momento para otro lo echan a perder todo.

— ¿Usted cree que lo que se está haciendo en el santuario sirve realmente para el bien de la gente?

— Algo es algo.

— ¿No sería mejor seguir el ejemplo del p. Antonio y tratar de evangelizar seriamente, con la Biblia en la mano?

Parece que el señor Cura, cuando oye hablar de evangelización, se asfixia. No entiende de qué se está hablando. Por eso prefiere cambiar de tema. De todos modos, la semilla penetra en el terreno y germina, hasta dar fruto. Algún tiempo después, regresando por allá, no falta alguien que reconozca públicamente haber pecado de “idolatría”, al haber creído en el Santo Cristo como persona viva y haber pedido su ayuda.

Los nueve viernes

En la misma región, por la sierra, parece que las cosas sean distintas. Los curas me hablan de un gran fervor religioso y solicitan una misión. Como pasa en muchos casos, aprovecho mi visita periódica a los misioneros para trasladarme a la sierra.

Algo me llama la atención: casi todos entran a la capilla cargando armas. Me dicen que es su costumbre. “Así somos los de la sierra”. ¡Qué bonito: católicos de hueso colorado y cargando armas! Les ordeno que salgan de inmediato del templo, dejen sus armas y regresen. Todos obedecen. Posiblemente la fama que me ha precedido y mi presencia imponen un temor reverencial.

Les hablo del respeto a la vida y de tantas otras cosas, que los dejan aturdidos. En realidad, por lo visto, se trata de buena gente. Lo que les ha faltado, ha sido una buena educación en la fe. Después me entero de que su párroco es un borracho y un mujeriego empedernido. ¿Qué podemos esperar? Estamos en los apéndices de la fe católica. Fe y pecado como sistema de vida.

Pregunto en qué consiste su práctica religiosa. Respuesta: los primeros viernes. Todos tienen una conciencia clara acerca de la vida futura y nadie se quiere perder. Solución: asegurarse la salvación con los primeros nueve viernes de mes, según la promesa hecha por Jesús a Santa Margarita María Alacoque. Aunque serían suficientes solamente nueve primeros viernes de mes, para estar más seguros, van a la misa con relativa confesión y comunión todos los primeros viernes posibles.

¿Y después? Cada uno hace lo que puede: alguna oración en circunstancias especiales, casamiento por la Iglesia, bautismo para los niños, fiesta patronal... y al mismo tiempo borrachera, robos y asesinatos. Un catolicismo podrido. Me pregunto: la fe católica ¿en qué ha sido útil para la gente de aquí?

Ejercicios cuaresmales

Me encuentro en una de las regiones más católicas del país, con bastante clero y una vida cristiana muy intensa. Todos hablan bien del señor Cura, por su bondad y entrega a la misión. De hecho, se nota mucha participación en las charlas y en la misa. Han solicitado la presencia de los Misioneros de Cristo con el afán de conocer la Biblia. Le agradezco a Dios por haber encontrado a gente tan sencilla y al mismo tiempo tan católica, aunque se trata de un catolicismo popular.

La desilusión viene cuando, al hacer el examen de conciencia, aclaro que nadie se puede confesar sin antes perdonar a sus enemigos. "Si alguien ha decidido matar a una persona por haber asesinado a un pariente o amigo, no puede confesarse hasta que no tome la decisión firme de desistir de tal propósito. La venganza no es cristiana. Si se trata de una decisión que se tomó a nivel familiar o de grupo, primero se tienen que reunir y decidir perdonar al asesino y solamente después será posible confesarse".

A mí me parece lo más natural. Es mi costumbre hablar claro y por lo tanto hago esta aclaración como de rutina, sin imaginarme el pandemonio que pronto se suscita. Noto signos de protesta, gente que se para y corre a la sacristía... Tengo que suspender el examen de conciencia, hasta que llega el señor Cura y se restablece el orden. Ante la expectación general, el párroco aclara que ésta es la doctrina de la Iglesia y por lo tanto no se puede proceder de otra manera.

La gente se calma. Sigo con el examen de conciencia. Todos parecen preocupados. Insisto en que no se vayan a calentar mucho la cabeza: si pueden, se confiesan al día siguiente; de otra manera, esperen hasta que no se arregle todo. Mejor hacer las cosas despacio y bien que de prisa y mal. Por otro lado, no es necesario que se confiesen conmigo, teniendo a disposición a su párroco de una forma permanente.

Al terminar la charla, un señor me invita a cenar en su casa. Se trata de una hacienda enorme. Hablamos de todo, especialmente de la costumbre de la venganza, muy fuerte en aquella región. "Fijese, padre: hay familias enteras que se han extinguido casi completamente. Una muerte después de otra; matan a uno de aquí y poco después sus parientes se vengán matando a uno de allá. Hasta que se acaban familias enteras". Quedamos hablando unas horas. Por fin cenamos y me acompaña de regreso al curato. Antes de dejar la hacienda, me abraza emocionado, exclamando: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa" (Lc 19, 9).

Protestantes

En distintos lugares, ante mi insistencia y la de los Misioneros de Cristo acerca de la importancia de la Biblia en la vida del católico y de la Iglesia en general, no falta gente que nos tacha de protestantes. Muchos se preguntan: “¿No serán protestantes los Misioneros de Cristo? ¿No será protestante el p. Antonio?”

Me cuentan de un cura que, al llegar a un pueblito con ocasión de la fiesta patronal y al no encontrar el cartón de cerveza como de costumbre, pregunta al sacristán el motivo. “Es que vino el p. Antonio con los Misioneros de Cristo y desde entonces ya no hay cantina en el pueblo”. El señor Cura se enoja, sale de la sacristía y se regresa a la parroquia, sin celebrar ni misa ni nada. “Ustedes— grita— ya son protestantes. Ya no quiero saber nada de ustedes”.

En alguna ocasión, como en el caso del santuario, la gente tiene que ir al obispo para cerciorarse acerca de mi identidad y la de los Misioneros de Cristo. Quieren saber de una vez si somos católicos o protestantes. ¿La razón? Les parece rara nuestra manera de enseñar acerca de las imágenes, la manera de celebrar las fiestas religiosas, sin borrachera ni nada por el estilo, y la exigencia de cambiar algunas costumbres.

Nuestra presencia llama la atención e inquieta. Pronto hay gente que se pone a favor y gente que se declara en contra. Adondequiera que vamos, dejamos una huella profunda. Nuestra presencia nunca pasa desapercibida. Somos un acontecimiento. En muchos corazones nace la esperanza de tiempos mejores para el catolicismo. Un nuevo estilo de vida cristiana se vislumbra, a la luz de la Palabra de Dios.

Pura basura

Ante nuestros éxitos, no falta gente que trata de desprestigiarnos con frases como esta: “El p. Antonio recoge pura basura”. Mi respuesta es muy sencilla: “Cuidado con la basura. Basta un cerillo para que se transforme en llama y acabe con todo”. Y es precisamente lo que se está viendo: en poco tiempo ya nos conocen en todo el país y la Palabra de Dios se está abriendo paso por todas partes, especialmente en las masas populares.

Otra queja frecuente: “Nos dicen que somos unos ignorantes”. Respuesta: “¿Cuál es el problema? La ignorancia no es como el sida, que no tiene remedio. Se estudia y desaparece. Digan a esa gente que nos veremos de aquí a unos años. A ver si podrán repetir lo mismo”. De hecho, mientras enseñan la Palabra de Dios, estudian con el sistema abierto. Y avanzan.

No faltan curas que se aprovechan de la situación: “Con el p. Antonio, nunca vas a progresar. Ven conmigo y yo te voy ayudar para que estudies y te superes”. ¿Y qué pasa? Que, una vez con ellos, se vuelven sacristanes, cocineras o sirvientas sin sueldo. ¿Y los estudios? Después.

Otros misioneros en cierne se confunden y regresan a su pueblito, a su vida de siempre. No logran superar el obstáculo. “El señor Cura — confiesa cándidamente, me preguntó acerca de mis estudios y, al darse cuenta de que no terminé ni la primaria, me regañó y me dijo que, si quiero enseñar la Palabra de Dios, primero tengo que estudiar”. No entendieron que, para transmitir la Palabra de Dios, no se necesitan tantos estudios, especialmente cuando se trabaja con gente sencilla.

Promoción humana

Aparte de los estudios, hay otra tentación: la promoción humana. Lo triste es que estas tentaciones vienen desde adentro de la misma Iglesia, de parte de los que tendrían que sentirse felices por ver a gente que por lo menos durante algún tiempo se dedica exclusivamente a la evangelización.

Algunos ejemplos.

Una muchacha indígena, que apenas puede hablar castellano, imparte cursos bíblicos a campesinos. El párroco la envía a un curso de catequesis para aprender más. Allá le hablan de la importancia de la promoción humana. Al informar acerca de su actividad, los encargados del curso le preguntan: “¿Qué estás haciendo en el campo de la promoción humana?”.

La pobrecita no sabe qué contestar. Es la primera vez que oye hablar de esto. No se da cuenta que, lo que está haciendo, sirve también para la promoción humana. De hecho, con el acercamiento a la Palabra de Dios empieza siempre un proceso de cambio interior, que lleva a un cambio en el ámbito familiar y social. Ya disminuye la borrachera, uno se va liberando de muchos traumas personales y mejoran las relaciones al interior de la familia y de la misma sociedad.

Conclusión. Se convence de que, lo primero que tiene que hacer, es ayudar a la gente en el campo de la promoción humana. Deja de evangelizar y regresa a su casa. En su casa la gente está peor que la que estaba evangelizando. Todo se le hace bola en su mente. No sabe qué hacer. Quiere ayudar a la gente pobre, pero ¿cómo? Alguien le sugiere que vaya a la ciudad, donde se gana más.

Aprovechándose del hecho que puede hablar un poco el castellano, va a la ciudad de sirvienta. Lo que gana, le alcanza apenas para

mantenerse. Ya no acude a la Iglesia. Ya se olvida de ayudar a los demás. Su preocupación es cómo sobrevivir. Se enreda con un muchacho y queda embarazada. El muchacho desaparece. No le queda más que “rodar y rodar”, de una experiencia a otra, en busca de un taco para sobrevivir.

Otro caso. Dos Misioneras de Cristo son invitadas a ir a una parroquia para impartir cursos bíblicos. Hay mucha actividad: cursos por la mañana y por la tarde, en la cabecera parroquial y en alguna capilla. Un día se encuentran con dos religiosas extranjeras, que se dedican a ayudar a la gente, repartiendo cosas y enseñando manualidades. Al enterarse de su actividad, les preguntan:

— ¿Cómo viven ustedes?

— De la caridad de la gente. Actualmente nos hospedamos y comemos en el curato. Cuando estamos en los pueblitos, nos hospedamos y comemos con la gente. Además, la misma gente nos ayuda para los pasajes.

Se arma un enorme escándalo. Las religiosas “liberadoras” las acusan de explotadoras:

— ¿Cómo se atreven a pedir a la gente que les ayude a ustedes? ¿No se dan cuenta de que se trata de gente pobre? Ustedes vienen aquí a explotar a la gente.

Las misioneras les presentan las citas bíblicas, en que se ve cómo Jesús da instrucciones en este sentido a los 12 apóstoles y los 72 discípulos (Mt 10, 5-10; Lc 10, 3-9). Las religiosas se enfurecen aún más:

— Esto es fundamentalismo — les gritan—. ¿Qué tiene que ver la Biblia con nuestra realidad?

Las Misioneras de Cristo quedan escandalizadas. Nunca se habían imaginado que unas religiosas pudieran expresarse de esa manera acerca de la Palabra de Dios. De todos modos, resisten la prueba: no se confunden ni se desaniman. Después se enteran de que ya son unos veinte años que las religiosas extranjeras trabajan en la parroquia y aún no han conseguido ni una vocación. Este es el *sensus fidei* (sentir de la fe), presente en el pueblo católico.

De hecho, las muchachas huelen que en todo eso hay algo que no checa. Consagrarse a Dios ¿para qué? Sencillamente para desarrollar una actividad de tipo social. En este caso, ¿por qué no meterse mejor en una ONG (organización no gubernamental)? Además, ¿por qué meterse de religiosa, si se tiene alergia hacia todo lo espiritual y cierto rechazo hacia la Palabra de Dios y la Iglesia Católica?

El hábito

Otra objeción que muchos hacen a los misioneros de Cristo: porque no llevan hábito. Es que el hábito sirve para que les tengan más respeto. Y con el respeto vienen tantas cosas más. Como respuesta, les presento la experiencia que se ha dado en distintos lugares. Surge una congregación con el objetivo de atender a la gente más pobre de la sierra. Pero ¿qué pasa? Que pronto las hermanas tienen que abandonar la sierra y dedicarse a la ciudad. ¿Por qué? Porque en la sierra no es posible llevar el hábito con dignidad, puesto que se ensucia fácilmente. Entonces, en lugar de dejar el hábito, dejan la sierra. A esto lleva el deseo de los honores por encima del deseo de hacer el bien a los hermanos más necesitados.

Estoy consciente de que, a causa del hábito, varias hermanas han dejado el movimiento para integrarse a diferentes congregaciones religiosas. Quieren subir de status en la sociedad. Que les vaya bien. Nosotros seguiremos con la idea de la levadura en la masa, sin buscar privilegios ni honores especiales. Claro que después algunas ya no aguantan y regresan. Es que, una vez acostumbradas a la misión, difícilmente se adaptan a quedar encerradas en un convento. Se sienten asfixiadas.

Lo mismo pasa con los aspirantes al seminario. En algún lugar, pronto les ponen la sotana para llamar la atención y conseguir más distinción, ayuda material y vocaciones. Allá ellos. Si desde ahora empiezan a ver las cosas bajo el signo del interés y la comodidad, no creo que ofrezcan buenas garantías para el futuro ministerio. De todos modos, en la viña del Señor hay de todo y de hecho no faltan seminaristas, que optan por otras instituciones, más conformes a sus aspiraciones. Adelante. Como dice el refrán, “arrieros somos y en el camino andamos”. Algún día nos encontraremos en el campo de batalla. En el fondo, todos estamos luchando desde la misma trinchera.

Entrenamiento

Cuando imparto algún curso, es mi costumbre alternar las charlas con las intervenciones de los misioneros o misioneras. Evidentemente a la gente le gustaría que fuera siempre un servidor quien impartiera la enseñanza. Alguien me pregunta:

— ¿Por qué usted no da todas las charlas? Nos gusta más como habla usted.

Mi respuesta es:

— De lo bueno, poco.

En la práctica, aprovecho estas oportunidades para dar a conocer y lanzar a los misioneros. Así la gente los invita a sus comunidades. Al mismo tiempo, aprovecho para escucharlos y darles consejos prácticos acerca de la manera de mejorar su exposición.

Como siempre, teoría y práctica, conocimiento y entrenamiento. No como se acostumbra por lo general, dedicando todo el esfuerzo al aprendizaje y a la mera hora no saben cómo aplicar los conocimientos.

La epopeya de los pobres

¡Qué lejos estamos de los tiempos en que para Semana Santa llegaban a Sierra Azul los estudiantes de la ciudad, repartiendo ropa y comida a la gente más pobre! Se les consideraba como misioneros. Su tarea era entretener a la gente y regalarle cosas. ¿Y la Palabra de Dios? Ni ellos la conocían. ¿Y el testimonio? Quién sabe.

Ahora Sierra Azul exporta misioneros de veras, con la Palabra de Dios en la mano. No conocen bien el castellano, pero dejan asombrados a los oyentes. Se repite la aventura de los inicios: *“Al regresar, los 72 discípulos exclamaron, llenos de alegría: ‘Señor, en tu nombre se nos someten hasta los demonios’. Jesús les contestó: ‘Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Miren: les di poder de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo poder del enemigo. Nada les podrá hacer daño. De todos modos, no se alegren porque los demonios se someten a ustedes; alégrese más bien porque sus nombres están escritos en los cielos’”* (Lc 10, 17-20).

Hoy la acción de los Misioneros de Cristo no es tan impactante como en los inicios del cristianismo, pero surte los mismos efectos: muchos de los que escuchan su mensaje, se vuelven discípulos de Cristo y optan por una vida nueva. La aventura de los Apóstoles está en los comienzos. ¿Quién dijo que Cristo y su Iglesia no tienen nada que decir al hombre de hoy?

Capítulo 2

RELEVO EN SIERRA AZUL

Un cambio necesario

A cuatro años de mi llegada a Sierra Azul, se hace urgente un cambio. El p. Eugenio insiste en su deseo de jubilarse y retirarse de Sierra Azul, para pasar los últimos años de su vida en la capital del estado, donde posee una casita, fruto de sus ahorros. También el p. Carlos ya se siente cansado. Está dispuesto a colaborar en alguna ocasión especial, pero ya no aguanta la presión de la gente que insiste en querer en la parroquia la presencia de los Misioneros de Cristo en forma permanente. Ya recibieron alguna enseñanza de parte de ellos y quieren más. La manera de llevarse las cosas en la parroquia de San Juan Evangelista ya no les satisface. Ven que cada día que pasa, más católicos abandonan la Iglesia para pasarse a los grupos proselitistas.

Lo mismo está pasando en las demás parroquias de Sierra Azul. Mucha gente ya no soporta la rutina. Todos buscan aires nuevos. Algunos quieren que se empiece a rezar en su idioma; otros quedan impactados por los arreglos que se hicieron al templo de Santa Lucía y quieren que se haga lo mismo en sus pueblos; otros quieren conocer la Biblia; otros ya no aguantan las humillaciones de parte de los no católicos y quieren la intervención de un servidor con los Misioneros de Cristo. Por un motivo o por otro, de todos los rincones de Sierra Azul empiezan a llevar escritos al señor Arzobispo, solicitando en su lugar la presencia del p. Antonio con sus misioneros.

Ante esta situación, el señor Arzobispo invita a los padres de Sierra Azul a un encuentro en la curia, donde se toman los siguientes acuerdos:

- Se retiran el p. Carlos y el p. Eugenio.
- Toman su lugar un servidor y el p. Martín.
- Un servidor será el nuevo vicario episcopal.

— P. Martín, ya diácono, será ordenado presbítero en la parroquia de San Juan el día en que se van a realizar los cambios. Al mismo tiempo, serán ordenados diáconos Domingo y Rodrigo, el seminarista que desde hace más de un año ha pasado las vacaciones en Sierra Azul, apoyando al p. Martín.

Ordenaciones

En el día establecido llegan a la parroquia de San Juan Evangelista el señor Arzobispo y algunos peces gordos de la curia. Nunca se había visto tanta gente reunida en el pueblo, ni con ocasión de las más exitosas fiestas patronales, amenizadas con los mejores conjuntos musicales de la región.

Evidentemente, los que más abundan son los indígenas de la parroquia de Santa Lucía y en especial de la zona de San Pedro, de donde es originario el diácono Domingo. Desde su llegada, no dejan de llamar la atención de todos los concurrentes por sus trajes típicos, pero de una manera especial por sus cantos y sus porras, que contagian el ambiente y lo cargan de una espiritualidad genuina, espontánea y profunda.

Entre un canto y otro, lanzan porras en honor de Domingo, un servidor y el señor Arzobispo: “Se ve, se siente, el arzobispo está presente”; “Arroz, frijol y alpiste; Satanás, ¿por qué estás triste? Porque con Domingo no pudiste”; “Adondequiera que vamos, la gente nos pregunta: ¿quién es el p. Antonio? Nosotros contestamos: es un misionero, que a Cristo va anunciando. Y al que no le guste... que chí...que chí... que chiquitibúm a la bim bom bá, que chiquitibúm a la bim bom bá. A la bío, a la bao, a la bim bom bá. El padre Antonio, el padre Antonio, ra, ra, ra”.

La misa con las ordenaciones resulta todo un éxito. Por la cantidad de gente presente, se tiene que realizar en la plaza, que se encuentra entre el templo parroquial y la sede del municipio. Don Bonifacio de Santa Lucía se encarga de los cantos y Luis de San Pedro se encarga de las moniciones, que pronto son traducidas a los distintos idiomas de la región por catequistas de los distintos lugares. Al final, durante la comida, don Pablo de San Antonio se encarga del festival, con danzas, cantos, sainetes y concursos bíblicos.

El señor Arzobispo, sus acompañantes de la curia, el p. Carlos y los demás curas presentes se notan muy emocionados. Nunca se habían imaginado que esto fuera posible en Sierra Azul. ¡Y pensar que aún estamos en los inicios!

Terminada la comida con el festival, el señor Arzobispo anuncia el cambio de dirección en Sierra Azul, quedando un servidor como vicario episcopal. Unos abrazos, unas cuantas palabras de felicitaciones y los carros arrancan hacia la capital del estado, donde está la sede del señor Arzobispo. También la gente se dispersa de regreso a sus lugares de origen.

Nos quedamos en San Juan Evangelista solamente unos cuantos: los responsables de las distintas parroquias y zonas pastorales y los dirigentes del Movimiento "Misioneros de Cristo". Un nuevo capítulo se abre en la historia de Sierra Azul.

Vicario episcopal

Una vez a cargo de Sierra Azul, conociendo algo de su realidad social y religiosa, me dispongo a poner las bases de la nueva organización pastoral de la región. El p. Tadeo solicita el permiso de quedarse con nosotros en el encuentro:

— Sencillamente me siento contagiado por este aire nuevo que se empieza a respirar por aquí. En mi niñez, había soñado con ser misionero. Pero después entré al Seminario Conciliar y todo se fue esfumando, adquiriendo un estilo de vida que en el fondo nunca me satisfizo. No sé si el p. Antonio me permitirá quedarme durante esta reunión. Ya me siento parte de esta nueva familia, una familia misionera en la que desde mi niñez soñé vivir.

Una enorme emoción embarga su corazón. Quisiera seguir hablando pero no puede. Balbucea una que otra palabra entrecortada por la misma emoción y se sienta. Todos aplaudimos y cada uno le dice algo para animarlo a seguir adelante en su esfuerzo por realizarse como misionero.

Evidentemente de mi parte no hay ninguna objeción. Le encomiendo que empiece a frecuentar nuestras reuniones con asiduidad y a trabajar según nuestro estilo, contando en su parroquia con un equipo de Misioneros de Cristo de una forma permanente. El p. Tadeo agradece la oportunidad y manifiesta su completa disposición para acatar todo lo que sea necesario para realizarse completamente como misionero.

A nivel organizativo, dispongo lo siguiente:

- P. Tadeo seguirá en la misma parroquia como antes.
- P. Martín tomará el lugar del p. Eugenio.
- P. Rodrigo, diácono, estará con el p. Martín, mientras se prepara para la ordenación. El mismo p. Martín lo asesorará en las materias que

le faltan para concluir su curriculum escolar. Una vez ordenado, tomará a su cargo la parroquia de Santa Lucía.

— P. Domingo, diácono, se quedará en San Juan Evangelista como mi ayudante. Yo mismo me encargaré de su preparación para el presbiterado.

— Luis, el yerno del p. Domingo, quedará en San Pedro.

— Don Pablo quedará en San Antonio.

— Don Bonifacio quedará en Santa Lucía.

Estos últimos tres próximamente, al concluir su preparación, serán ordenados diáconos. Por mientras, ya cuentan con facultades especiales para bautizar y casar por la Iglesia.

En espera de concordar entre todos un verdadero plan pastoral, los invito a preparar un informe detallado acerca de la situación en que se encuentra actualmente la región de Sierra Azul, especificando el número de habitantes que no son católicos, el número de los católicos practicantes y de los no practicantes.

Insisto en que cada uno cuide a sus colaboradores más estrechos. Entre estos, vayan viendo quiénes van a integrar el grupo de los aspirantes al diaconado permanente. El p. Martín estará al frente de esta escuela, que va a funcionar en San Juan Evangelista.

En estos días, mientras me reúno con los dirigentes del Movimiento “Misioneros de Cristo”, van a preparar el plan de estudios inicial, que en la marcha iremos modificando según las necesidades concretas.

Un servidor quedará al frente de las parroquias de San Juan Evangelista y Santa Lucía, hasta que no se ordenen presbíteros los diáconos que ya tenemos. Me comprometo a visitar cada parroquia de Sierra Azul por lo menos dos veces al año. Durante estas visitas, examinaré la marcha de cada una de ellas y conferiré el sacramento de la confirmación a los que de veras estén preparados y ansían recibirlo. Se hará el rito durante la santa misa y como conclusión de un retiro espiritual, dirigido por mí mismo.

Participaré en las fiestas patronales solamente cuando sean bien organizadas y representen un motivo real de evangelización y celebración de la fe. No quiero en absoluto participar en ningún evento, en que haya borrachera o algo por el estilo.

Que haya carros alegóricos, sainetes bíblicos y sociodramas con fondo educativo. Lo demás no me interesa. Si hay lugares en que quieren seguir con sus costumbres paganas, que sigan, pero que no cuenten conmigo.

Misioneros de Cristo

Empezamos con el cambio de algunos coordinadores y la revisión de los estatutos. Siguen los informes. Según lo que cuentan, algunos párrocos ya no quieren la presencia de los Misioneros de Cristo. ¿La causa?

— Es que nos quieren tener como sacristanes— es la queja de muchos— para tocar las campanas, barrer los templos, coleccionar y organizar rifas. Durante las fiestas patronales, quieren que ayudemos a vender cerveza. Al ver que no obedecemos, nos han dicho que ya no volvamos a sus parroquias.

— Perfecto. No hay problema. A cada quien lo suyo. Nosotros somos misioneros. Tenemos que trabajar en lo nuestro. O nos vamos.

Al mismo tiempo hay casos, en que los misioneros se encuentran muy a gusto por la manera cómo son tratados. Cuentan con un cuarto especial, los apoyan económicamente, les ofrecen atención médica y los ayudan espiritualmente. Algunos tienen la oportunidad de seguir estudiando con el sistema abierto.

Hay también casos un poco delicados, en que tenemos que retirar el equipo por el peligro que corren de caer en alguna trampa, especialmente en campo sexual. En realidad, no faltan tentaciones que vienen de parte de los mismos agentes de pastoral, que organizan las misiones y solicitan nuestro apoyo. Otros tienen que ser expulsados por motivo de extrema flojera o desequilibrio emocional.

Ayuda psicológica

Con el pasar del tiempo, cada día me voy dando más cuenta de que hay mucho que hacer en el aspecto psicológico. En realidad, muchos provienen de familias desintegradas o ambientes violentos. Por lo tanto, desde la niñez cargan con muchos traumas. No faltan casos de abusos sexuales. A veces me pregunto: ¿cómo es posible que alguien, que tenga tantos problemas, pueda ser misionero y llevar la paz a otros?

En concreto, ¿cómo hay que comportarse cuando una persona con ciertos desequilibrios psicológicos solicita ser misionero? Por lo general, mi línea de conducta es la siguiente: dar a todos la oportunidad de hacer una experiencia con nosotros. Si le echan ganas y logran convivir con los demás, siguen; de otra manera, los invitamos a retirarse, seguros de que la experiencia con nosotros, por breve que sea, en algo les puede ayudar en su superación personal. Cuando hay algún caso espe-

cial, lo orientamos hacia algún sicólogo para que lo ayude a resolver sus problemas.

En este aspecto, uno nunca deja de aprender y continuamente se lleva grandes sorpresas. En realidad, hay gente que se pasa toda la vida luchando por ocultar su identidad y, cuando uno se imagina que ya la conoce plenamente, se lleva el chasco de su vida y tiene que volver a empezar desde un principio. Generalmente se trata de gente con indefinición sexual. Aparentan una cosa y, en el fondo, son otra cosa.

Lo malo es que todo lo quieren solucionar en la esfera de lo sobrenatural. En todo meten a Dios y al mismo tiempo no dejan de hacer daño a los demás, especialmente si tienen algún cargo. Posiblemente ni ellos mismos tienen conciencia de lo que son en realidad y lo que están haciendo. Muy hábiles en crear cortinas de humo para ocultar su realidad y crear una imagen diferente de sí mismos. Me he dado cuenta de que, ante esa gente, fracasan hasta los mejores sicólogos. Hay algunos que son verdaderos maestros en el arte de la manipulación, por instinto, posiblemente sin que ellos mismos se den cuenta.

¿Qué hacer en estos casos? ¿Hablar con claridad, haciendo ver al interesado su realidad? Sin duda, se trata de algo muy peligroso, puesto que el mismo interesado actúa de una forma casi automática, sin tener plena conciencia de lo que está pasando. Se corre el riesgo de hacerlo sentir víctima y empujarlo hacia un estado de depresión.

¿Qué hacer, entonces? Es lo que trato de explicar a mis más estrechos colaboradores, para que sepan cómo comportarse en estos casos y en general en el trato con la gente, que están llamados a guiar por el camino de la salvación. Naturalmente, todo esto es fruto de experiencia y reflexión personal, adquirida durante muchos años de contacto con la gente, más que fruto de estudio. Por lo tanto, queda siempre abierta la posibilidad de encontrar nuevas respuestas a esta problemática o de enriquecerla con más descubrimientos.

La fuerza del amor

Puesto que se trata de algo que puede interesar a todos, reanudo el encuentro en que participan los padres, los diáconos, los candidatos al diaconado permanente y los dirigentes del Movimiento “Misioneros de Cristo”, que son los principales responsables de la vida espiritual en Sierra Azul.

— Para que puedan ser verdaderos guías espirituales— les encomiendo—, lo primero que tienen que hacer, es amar a todos personalmente y no cansarse de manifestarlo con todos los medios

posibles. Que cada uno de los que estén a su cuidado, se sienta querido por ustedes. Que no vea en ustedes al déspota o afortunado, que está más arriba y desde ahí hace lo que quiere. Ésta es la manera de pensar y actuar según el mundo (Mt 20, 25-28), pero no tiene que ser nuestra manera de pensar y actuar. Para nosotros la clave de todo tiene que ser el amor. Solamente así podremos ayudar a nuestros hermanos a purificar el concepto que tienen acerca de Dios. No un Dios tirano y castigador, sino un Dios Amor (1Jn 4, 8; Jn 3,16; Jn 15, 13). Y al mismo tiempo estaremos en condiciones de ayudarlos a crecer y madurar como seres humanos e hijos de Dios.

— Es lo que le pidió Jesús a San Pedro, cuando le entregó el rebaño (Jn 21, 15-17) — comenta Domingo, recién ordenado diácono.

— Precisamente. Antes que nada, tenemos que amar. Ahora bien, ¿qué quiere decir amar? Amar quiere decir buscar la felicidad de la otra persona. ¿Y cómo puedo buscar la felicidad de otra persona, sin antes conocerla?

— Dijo Jesús: “Yo conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí” (Jn 10, 14)— vuelve a comentar Domingo.

— Ahí está. En realidad, no se trata de inventar nada. Basta fijarse bien en lo que dice la Biblia, como hace el p. Domingo.

Al escuchar la palabra “padre”, aplicada a Domingo, todos se asombran. Tengo que aclarar:

— No se asombren. Así es. Nuestro hermano Domingo acaba de ser ordenado diácono y con eso ya se le empieza a llamar “padre”.

Todos se alegran y aplauden. Es la primera vez que llaman “padre” a uno de su misma raza. Domingo se confunde y no sabe cómo reaccionar. Nunca se había imaginado algo parecido. Ve la cosa demasiado grande para él y se chivea. Los demás se le acercan y empiezan a felicitarlo y darle consejos, según su costumbre. Suspendemos la reunión y aprovechamos para tomar un cafecito.

Una media hora después, volvemos a reunirnos y concluyo el tema, insistiendo en la necesidad de aprender a “ponernos en los huaraches ajenos”, es decir, a ver las cosas, no desde el propio punto de vista, sino desde el punto de vista de los demás. Solamente así podemos darnos cuenta por dónde empezar para ayudar a los demás a tomar conciencia de su realidad y luchar por cambiarla. De otra manera, se corre el riesgo de poner un pie en falso y, en lugar de ayudar, causar un derrumbe total, al destruir el único punto de apoyo que uno tiene para su seguridad interior, lo que puede destruir el autoestima y hasta llevar a la depresión.

Siguen algunos comentarios al respecto. Por lo general, noto que estas reflexiones los están ayudando a madurar en el difícil arte de

guiar a los demás, reconociendo al mismo tiempo algunos errores cometidos en el pasado por ignorancia.

Elección

Otro tema que considero importante para afianzar el sentido de su vida como agentes de pastoral, es el de la elección.

— A veces, ante las dificultades que se presentan en la misión, uno puede sentir la tentación de dejarlo todo por la paz y retirarse, como si se tratara de un asunto personal y nada más. Pero no es así. Aquí no se trata de un asunto personal y nada más. Se trata de un llamado de Dios. Se trata de una elección.

Esta vez interviene la hermana Obdulía, coordinadora general de las Misioneras de Cristo:

— Dijo Jesús: “No han sido ustedes que me han elegido a mí, sino yo que he elegido a ustedes y los he destinado para que vayan y den fruto y este fruto permanezca” (Jn 15, 16).

— Ahí está. Dios nos ha elegido y nos ha enviado a trabajar en su campo, que es el pueblo de Dios. No es que un día se nos ocurrió ser sacerdote, diácono, agente de pastoral o misionero y nos aventamos por nuestra cuenta. ¿Qué le pasó a Abraham, a Moisés, a los profetas o a los apóstoles? ¿Acaso ellos mismos decidieron lo que iban a hacer en la vida? No. Fue Dios quien los eligió y les encomendó una misión. Lo mismo para nosotros. ¿Quién de nosotros hace algunos años se imaginaba lo que ahora está haciendo en Sierra Azul y en tantos otros lugares? Nadie se lo imaginaba. Fue Dios que nos llamó y aquí estamos para darle lata al demonio y a sus achichincles. Alguien pensará: “Quién sabe cuánta gente y cuanto dinero tendrá el p. Antonio para armar un lío tan grande”. ¡Si nos vieran aquí reunidos a nosotros, que somos la crema y nata del Movimiento “Misioneros de Cristo”, les daría un infarto! En realidad, somos cuatro gatos, sin tantos estudios ni dinero ni nada. ¿Y qué? Si Sansón mató a tanta gente con una quijada de burro, ¿qué no hará Dios con nosotros, que somos burros enteros?

Todos se ríen a carcajadas. Aquiles, el coordinador general de los Misioneros de Cristo, toma la palabra:

— Es lo que dijo San Pablo en la Primera Carta a los Corintios: “Dios ha escogido a los tontos del mundo para confundir a los sabios; ha escogido a los débiles del mundo para confundir a los fuertes” (1Cor 1, 27). ¿Acaso no había gente preparada en las ciudades? Y de todos modos Dios nos escogió a nosotros, que somos puros campesinos, para confundir a los que presumen mucho y ni conocen la Palabra de Dios.

A este punto todos quieren intervenir, para contar su experiencia personal.

— Un día— cuenta la hermana Obdulia— solicité a un párroco el permiso de impartir un curso bíblico en su parroquia. Me contestó que era inútil volver a intentar, puesto que en distintas ocasiones lo había organizado y siempre había resultado un fracaso. “Fíjate— me dijo—: si fracasó no obstante fuera impartido por un maestro del seminario, ¿qué será si lo impartes tú, que apenas puedes hablar español?”. Insistí hasta que me dio el permiso: “Haz lo que quieras— me dijo—. Vas a ver que ni te van a dar para el pasaje”. ¿Y qué pasó? Que anuncié el curso durante las misas del domingo y resultó todo un éxito. Más de cien personas asistieron y todos con Biblia, folleto de la Historia de la Salvación y lapicero.

— ¿Y salió para el pasaje?— le pregunto.

— Salió para el pasaje y mucho más. A la gente le gusta mucho cómo hablamos nosotros. Entiende todo lo que decimos. Cuando, al contrario, hablan los que han estudiado mucho, casi no se entiende nada, porque dicen palabras muy elevadas.

Para que todos tengan la oportunidad de expresar lo que sienten, organizo una mesa redonda con tres equipos. Así se dan cuenta de que lo que dice la Biblia es la pura verdad, ayer, hoy y siempre.

Plan pastoral

Evidentemente no podemos establecer un verdadero plan pastoral, sin antes conocer bien la realidad. Así que por el momento nos avocamos al análisis de la realidad, con miras a ver qué hacer en concreto para que los habitantes de Sierra Azul puedan tener una vida cristiana plenamente cristiana.

— Dijo Jesús: “Yo vine para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10b). Ahora bien, ¿cómo será posible esto, si no contamos con agentes de pastoral suficientes, que puedan guiar oportunamente al pueblo de Dios? Por lo tanto, ésta tiene que ser nuestra *prioridad absoluta*: hacer todo lo posible para que aumenten los agentes de pastoral, de manera tal que cada católico sea atendido personalmente, uno por uno.

Interviene el p. Martín:

— El objetivo me parece claro. El problema es: ¿Cómo lograr este objetivo, si apenas contamos con tres sacerdotes?

Se abre el debate, en que todos opinan. Por fin tomamos los siguientes *acuerdos*:

- De aquí a un año, se ordenará *presbítero* el diácono *Rodrigo*, que se hará cargo de la Parroquia de Santa Lucía.
- Al mismo tiempo se ordenarán *diáconos Luis* de la parroquia de San Pedro, *Don Pablo* de la parroquia de San Antonio y *Don Bonifacio* de la parroquia de Santa Lucía.
- Estos tres cada mes van a tener una *semana de estudio* con el p. Martín y el diácono Rodrigo, con miras a concluir su formación reglamentaria. Una vez ordenados, seguirán reuniéndose periódicamente para profundizar su formación.
- De aquí a dos meses se tendrá el primer encuentro para los posibles *candidatos al diaconado permanente*. Todos pueden sugerir nombres. Allá se verá quiénes serán aceptados y quiénes no.
- El p. Domingo, diácono, quedará a cargo de la *escuela para la formación de los diáconos permanentes*. Un servidor, el p. Martín y el p. Rodrigo seremos los maestros.
- Se hará todo lo posible para que de aquí a cinco años se restablezcan todas las *antiguas parroquias*, estando al frente de cada una un presbítero o un diácono permanente.
- Una vez logrado esto, se luchará para que haya un diácono permanente para cada pueblo que cuente con más de *trescientos católicos*.
- En cada parroquia funcionará un *preseminario* para los que manifiesten alguna intención de aspirar al sacerdocio. Primero tienen que dar un año de servicio a la Iglesia como Misioneros de Cristo y después seguirán con su preparación académica en las respectivas cabeceras parroquiales, colaborando estrechamente con los párrocos. De vez en cuando tendrán un encuentro para profundizar el problema vocacional. De hecho ya existe un buen grupo de jóvenes con inquietud vocacional.
- Los *Misioneros de Cristo* se encargarán de llegar a todos los pueblos y rancherías para formar por lo menos una *pequeña comunidad* en cada lugar.

Economía

Normalmente, cuando se habla de seminario, pronto se piensa en un edificio y en la manera de conseguir los fondos para mantener a los seminaristas. Para mí se trata de problemas que no tienen sentido. Cuando alguien me pregunta algo parecido, contesto: "Para mí es más fácil tener un seminario que un kínder. En realidad, a los niños hay que

darles todo y cuidarlos. Para los seminaristas no es lo mismo. Ellos mismos tienen que conseguir lo necesario para mantenerse y tratar de no desperdiciarlo. Más apostolado hacen y más ingresos hay”.

Es la experiencia que tenemos con los Misioneros de Cristo. Hay centros de formación. ¿Cómo se mantienen? Hacen apostolado y la gente los ayuda. Alguien se compromete a regalar tortilla. Van al mercado y la gente regala fruta y verdura. A veces están un poco pasadas. No importa. Como dice un refrán: “Lo que no mata, engorda”.

De hecho, al hablar de esto, nadie se asusta. Por el momento, no vemos ningún problema especial. Posiblemente surgirá algún problema cuando empecemos con los seminarios de filosofía y teología. Pero esto vendrá después. Como dijo Jesús: “No se preocupen del mañana; el mañana se preocupará de sí mismo. Para cada día basta su pena” (Mt 6, 34).

— Según mi manera de ver las cosas— opina p. Martín, al pedir una opinión al respecto— todo está en el tipo de relaciones que se establecen entre el cura y los feligreses. Si el cura toma su ministerio como un trabajo cualquiera, en que cada servicio tiene que ser remunerado, entonces todo se complica: la gente paga y ya. Mientras si se actúa como en una familia, todos se preocupan por el bien de todos y cada quien aporta lo que puede, según sus posibilidades. Y así todo marcha bien. La comunidad toma su ritmo y todos los problemas se resuelven, mano a mano se vayan presentando.

— Como hemos hecho hasta la fecha— comenta Luis, el yerno del diácono Domingo— y nadie se ha muerto de hambre.

— Además, ya contamos con bastante gente que trabaja en la Iglesia casi a tiempo completo— añade Don Pablo.

— Al contrario, cuando se entra en el sistema de las tarifas— sigue el p. Martín—, todo se complica. Piensa el cura: “Este es mi dinero. ¿Qué me importa, si se está cayendo una capilla o se necesitan fondos para la evangelización? Que pague el pueblo”. Y para conseguir más dinero “personal”, se entretiene en asuntos que tienen poco que ver para los verdaderos intereses del pueblo.

— Por eso — añade Don Pablo— hay tan pocos diáconos y evangelizadores a tiempo completo. Los curas, en lugar de verlos como colaboradores, los ven como competencia, que pueden poner en peligro sus entradas. Según mi opinión, aquí está la raíz de su oposición al diaconado permanente.

— Si se quiere enfrentar seriamente el problema de la evangelización en la Iglesia— concluye el p. Martín—, se tiene que acabar de una vez con el sistema de las tarifas y considerarlo como una

forma solapada de simonía. Aunque esta medida pueda parecer muy radical o descabellada, no veo ninguna otra manera para poner fin a una situación, que cada día se está haciendo siempre más crítica, al contar con tan pocos ministros ordenados y estos pocos estar metidos en asuntos, que tienen mucho que ver con el lucro.

Movimientos apostólicos

Antes de concluir el encuentro, el diácono Rodrigo pregunta acerca de los demás movimientos apostólicos, para ver si los admitimos o no en Sierra Azul.

— ¿Cómo no?— es mi respuesta—. Aquí todos pueden trabajar. Ojalá que podamos contar con un buen número de ellos. Sin duda, la competencia entre un movimiento y otro puede ayudar a ser más creativos. Lo importante es que se sean debidamente atendidos. Solamente así pueden madurar y crecer. De otra manera, se vuelven en llamaradas de petate: mucho entusiasmo al principio y después lentamente se mueren. ¿Qué les parece?

— De acuerdo— contesta el diácono Rodrigo—. Yo conozco bien el Movimiento de Renovación en el Espíritu Santo. He nacido y he madurado en este movimiento. Incluso he impartido cursos de iniciación y crecimiento.

— Adelante, entonces. ¿Qué estás esperando? Ahora mismo empieza a organizar algún curso donde veas más conveniente. Es muy útil para crear un ambiente de fe y entusiasmo.

— ¿Por qué no empezamos con un curso de iniciación para Misioneros de Cristo y en general para todos los agentes de pastoral de Sierra Azul?— sugiere Aquiles, el coordinador general de los Misioneros de Cristo.

— Perfecto. Me parece una óptima idea.

P. Martín solicita el permiso para implantar la Escuela de la Cruz en toda la región. De hecho, ya hay algo en la parroquia que le ha sido asignada. No hay problema.

P. Domingo y Miguelito

Al momento de la despedida, veo al p. Domingo muy triste. Le pregunto la causa.

— Miguelito— me contesta y casi rompe en llanto.

— ¿Qué pasó con Miguelito?

— Me gustaría que estuviera aquí conmigo. Es que ya me acostumbré a vivir con él.

— No hay problema. Puedes regresar a San Pedro juntamente con tu yerno Luis. Aprovechen los dos para visitar todas las comunidades que se encuentran en el camino. En cada lugar hagan una celebración de la Palabra y expliquen a la gente lo referente a las ordenaciones y los acuerdos que tomamos.

P. Domingo vuelve a la serenidad de siempre. Me agradece el favor y corre a comunicarlo a su yerno Luis.

Escritor por necesidad

Nunca me había imaginado que algún día me volvería en escritor casi profesional. Ni modo. La necesidad me llevó por el camino de la pluma. ¿Para escribir qué? Todo lo que fuera necesario para evangelizar. Algo sencillo. Por eso muchos me dicen “el misionero popularacho”. ¡Cómo si fuera tan fácil hablar y escribir de manera tal que lo entienda hasta la gente más sencilla! Los que piensan así, nunca se han imaginado todo el esfuerzo que desde un principio tuve que hacer para aprender a expresarme de una forma sencilla.

Lo que más me ha ayudado en esta tarea, ha sido el contacto directo y continuo con los indígenas y los campesinos, especialmente cuando he tenido que hacer alguna traducción al dialecto. Al hacer esto, me he dado cuenta claramente de su manera de pensar y entender las cosas. Algo extraordinariamente sencillo, con períodos muy breves: sujeto, predicado y complementos. Ejemplo: “Nosotros trabajamos el campo, porque nosotros somos campesinos”. Algo claro como el agua. Sin enredos.

A veces he tenido que dedicar horas y horas para ver cómo expresar un cierto concepto de manera tal que me entendieran hasta los que nunca habían pisado un aula escolar. ¿Cómo, por ejemplo, traducir al dialecto “el destierro de Babilonia”? ¿Qué entienden los indígenas por “destierro”? Por fin encontré la solución: “Llegaron los soldados desde lejos y se los llevaron”. Puesto que de vez en cuando llegan los soldados y se llevan a algún presunto malhechor, la gente, al escuchar que casi todo el pueblo de Israel fue llevado preso, se horroriza.

Así han ido saliendo varios folletos, que poco a poco se han vuelto en verdaderos clásicos en el campo de la evangelización por su sencillez y riqueza de contenido, estando totalmente imbuidos de la Palabra de Dios y teniendo un costo extremadamente popular, accesible hasta los bolsillos más pobres. Una forma más de realizarme como misionero.

Capítulo 3

DISPUESTOS A MORIR

Como corderos en medio de lobos

Dijo Jesús: “Los envío como corderos en medio de lobos” (Lc 10, 3). Con eso quiso poner en guardia a sus discípulos acerca de los peligros, que continuamente tendrían que acompañar su actividad misionera. De hecho, si examinamos atentamente la historia de la Iglesia desde los inicios y a lo largo de los siglos, nos damos cuenta de que ésta ha sido la pura realidad: siempre el anuncio del Evangelio ha sido acompañado de obstáculos y sufrimiento.

Consciente de esta realidad, desde cuando decidí ser misionero, traté de cultivar en mí una profunda disposición al martirio, es decir, a sufrir hasta la muerte por ser fiel a Cristo y su Evangelio. Por eso siempre me ha gustado leer vida de santos y especialmente de santos que dieron la vida por Cristo.

Mi experiencia ha sido en el sentido de que, contando con esta disposición interior, todo se vuelve más sencillo. Uno se pone en las manos de Dios y ¡pase lo que pase! No es que automáticamente ya no sienta ninguna preocupación o miedo ante la perspectiva del sufrimiento o la muerte.

Se sigue teniendo el mismo miedo y la misma preocupación por lo que pueda sobrevenir. Lo que cambia es la manera rápida de resolver el conflicto, evitando pérdida de tiempo y desgaste. Al sobrevenir una prueba, que pone en juego la fidelidad a Cristo y el Evangelio, uno ya sabe cómo reaccionar, sin preocuparse por las consecuencias.

Uno piensa: “Si esto es según la voluntad de Dios, lo voy a hacer. Después estará en sus manos, si, por ser fiel a Él y su Iglesia, tendré que sufrir algo. En este caso, ¡bendito sea Dios, por concederme un privilegio tan grande! “Ellos (Pedro y Juan) se marcharon de la presencia del Sanedrín, contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por su Nombre” (Hech 5, 41).

Muchas veces he pensado: "Para mí posiblemente ésta sea la única manera segura de llegar a la santidad". Pero me temo que este día nunca llegará y por lo tanto tengo que resignarme al martirio diario de vivir como misionero de Cristo, obsesionado por llevar a todas partes su Evangelio, no obstante la indiferencia y la incomprensión de muchos miembros de la misma Iglesia.

Ataques de las sectas

Bajo un manto de santidad y entrega a Dios, no faltan individuos o grupos, decididos a todo con tal de lograr su propósito de conquistar a la mayor cantidad posible de católicos. Naturalmente, al verse bloqueados por mi acción evangelizadora, hacen todo lo posible por desembarazarse de mí mediante la calumnia o la amenaza directa.

En Sierra Azul es fácil ver al enemigo cara a cara por las aldeas o las veredas y escuchar sus comentarios ofensivos acerca de mi persona, del Papa y de la Iglesia Católica en general. Lo peor es cuando se está fuera de Sierra Azul y se reciben llamadas telefónicas anónimas con amenazas, acompañadas de intentos de asalto o secuestro.

Entonces el asunto se hace más serio. En muchas ocasiones, me veo obligado a no contestar a las llamadas telefónicas para que no se den cuenta de que me encuentro en un determinado lugar. A veces, con ocasión de algún curso, cada día tengo que cambiar de hospedaje para que no me localicen o cambiar de ruta para que no me intercepten por el camino. Así he podido evitar muchos percances.

En una ocasión, al haber amenazas de muerte, los organizadores del evento han tenido que contratar policías privados para que me cuidaran desde la llegada hasta la salida de la ciudad.

No a las drogas

De todos modos, el peligro más grande no viene de las sectas (una en particular, cuyas mañas he dado a conocer a la opinión pública), sino de las drogas.

Un día me llega un papelito, que dice: "Cúidese, padre. Los de la droga lo quieren matar". ¿Por qué? Porque saben perfectamente bien que estoy en contra de este negocio. ¿Qué hay gente que quiere justificar esta práctica con el pretexto de la pobreza? Allá ellos. De mi parte siempre he manifestado un rechazo rotundo hacia esta práctica, bien consciente del peligro que esto representa para los implicados en la producción y distribución y para los consumidores.

De otra manera, con el pretexto de la pobreza, se puede justificar todo, hasta el “trabajo” del matón profesional. Un día alguien se me acerca y me pregunta si puedo perdonar también el pecado de homicidio:

— ¿Cuántas veces has matado?

— No recuerdo bien: entre treinta y treinta y tres.

— ¡¿?!

— Es que vivo de esto. Soy un profesional. Lo hago sin hacer sufrir. No como lo hacen los demás, que no son expertos como yo y hacen sufrir a la gente antes de que se muera.

— Bueno. Si quieres que Dios te perdone, tienes que cambiar de profesión.

— ¿Cómo voy a vivir, entonces?

Se da la vuelta y se va. Ni modo. Lo mismo pasó con Jesús. No siempre se logra convencer a uno para que cambie de vida.

Narco-limosnas

A veces alguien me pregunta:

— ¿Por qué usted es tan estricto en el asunto de la droga, cuando hay otros sacerdotes, que se llevan bien con los que están metidos en este negocio?

Mi respuesta es muy sencilla:

— Yo cumplo con lo mío y ya. No me importa si otros piensan y actúan de una manera diferente.

— Es que el padre tal se traslada a los lugares más apartados con la avioneta de los narcotraficantes. Les pide el favor y ellos con gusto se lo hacen.

— Esto es su problema. Yo prefiero ir a pie antes de tener algo que ver con esa gente.

— Una vez le pedí consejo al cura del santuario y no me dijo que era malo cultivar la droga. Solamente me dijo que me cuidara del gobierno y no me olvidara de dar una limosna para la Iglesia.

— Ni modo: cada uno ve las cosas desde su punto de vista. Si a uno le interesa más el dinero, se aprovechará de todo para conseguir más dinero, aunque se dé cuenta de que está aconsejando algo, que está en contra de la ley de Dios y el bien de la humanidad.

Amonestación

En otra ocasión, mientras estoy impartiendo un curso de conversión en una comunidad de difícil acceso, alguien me comunica que dos integrantes del grupo juvenil, trabajan en la droga. De inmediato los mando llamar y les hago notar la gravedad de su situación. Uno se convence y se aparta de la droga; el otro no me hace caso y sigue. Unos meses después me entero de que ya está en la cárcel.

Muchos, al ver mi manera de actuar, la comentan favorablemente. Otros no están de acuerdo y tratan de hacerme la vida difícil. Son los gajes del oficio.

Prudentes como serpientes

Después de haber puesto en guardia a sus discípulos acerca de los peligros, que tienen que enfrentar para cumplir con su misión, Jesús añade: "Sean prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas" (Mt 10, 16). ¿Qué quiere decir esto? Que no hay que aventarse a lo bruto, sin reflexionar acerca de las consecuencias que pueda haber al tomar ciertas decisiones. En realidad, la disposición al martirio no consiste en buscar cualquier oportunidad para dejarse matar; más bien consiste en buscar a como dé lugar la manera de llevar adelante la misión, aunque esto pueda significar la muerte cruenta.

De hecho, hay peligros que se pueden evitar, utilizando un poco la inteligencia. Solamente cuando ya no se encuentra ningún otro camino para evitar el peligro, hay que cerrar los ojos y aventarse, confiando totalmente en el poder de Dios y dispuestos a lo que venga con tal de que avance la misión.

No saldrá vivo del pueblo

Un día me invitan a impartir un curso de conversión (retiro de unos tres días enteros) en una localidad totalmente plagada de sembradíos de mariguana. No obstante el peligro que esto representa para mí y mis acompañantes, acepto. Naturalmente trato de despistar al enemigo, dando por radio una información equivocada acerca del itinerario a seguir y la hora de la llegada. Así que llego un día antes de lo esperado y por un camino totalmente distinto del anunciado.

Terminado el primer día de retiro, anuncio que la tarde del día siguiente habrá confesiones y que nadie podrá confesarse sin antes haber arrancado totalmente su plantío de mariguana. Poco después de dar el anuncio, me llega un papelito: "No saldrá vivo del pueblo". ¿Qué

hacer? Tomo el micrófono y doy a conocer el contenido del papelito. La gente se alarma, pero no desiste. Todos están decididos a obedecer.

De hecho la mañana del día siguiente a temprana hora la gente sale al campo para destruir los cultivos de mariguana. La tarde se reanuda el retiro y todos están presentes para la confesión. A la media noche, antes de terminar el curso, despierto al comisario ejidal para avisarle que de inmediato prepare el bote (la lancha o barco a motor) para salir del pueblo y trasladarme a la ciudad, puesto que un compromiso urgente me reclama en otro lugar.

— ¿Y la despedida?— pregunta el comisario ejidal.

— No habrá ninguna despedida, puesto que tengo que salir de inmediato. Te ruego que me disculpes con la gente.

— ¿Y el curso?

— Lo van a concluir los Misioneros de Cristo. A propósito, avísales que no regresen a la ciudad por el río. Que se dispersen en distintas direcciones y regresen a la ciudad a caballo y por caminos diferentes.

El comisario ejidal entiende la razón. Busca a un hombre de confianza, prepara el bote, llena el tanque de gasolina y se despide muy emocionado, consciente del grave peligro que estoy corriendo. Lentamente nos alejamos del pueblo en plena oscuridad y sin hacer ruido alguno, utilizando los remos. Cuando ya estamos fuera de peligro, el lancharo prende el motor y adiós, señores de la droga.

Al día siguiente se concluye el curso sin mi presencia. Contrariamente a lo que había señalado, mis acompañantes, en lugar de regresar a la ciudad a caballo y por caminos diferentes, se aprovechan del bote de un comerciante para dirigirse hacia la ciudad. ¿Y qué pasa? Que, al salir del pueblo, en un recodo del río, aparecen dos enmascarados, armados de metralleta, que disparan hacia la lancha, en la parte delantera, donde están amarrados unos cochinos, al amparo de una lona que los protege de los fuertes rayos del sol.

Evidentemente se imaginan que allá está escondido un servidor. Al escuchar los gritos de los viajeros y ver la sangre salpicar por todos lados, piensan que le atinaron y huyen. Se ve que hablan en serio. De todos modos... ¡no contaban con mi astucia!

Acusación:

son una secta

Lo peor para un misionero, y para cualquier obrero del Evangelio, es cuando las dificultades surgen del interior de la misma Iglesia. No falta gente que actúa de buena fe; pero también hay gente que actúa

de mala fe, sencillamente por envidia o defender intereses particulares, sin tener en cuenta los verdaderos intereses del Reino de Dios.

Lo increíble del caso es ver a gente de Iglesia, con altos grados de responsabilidad, que no tiene reparo en llegar a inventar cualquier cosa con tal de eliminar cualquier obstáculo que se le pueda presentar en el camino. En mi caso concreto, un obispo llega a acusarme de estar en favor de la masonería, el partido del gobierno y el ejército con tal de descalificarme.

¿Cuál es el problema? Él está en favor de la guerrilla y niega los sacramentos a los que no están de acuerdo con él y se resisten a volverse en apoyo logístico para los que están involucrados en el levantamiento armado. Un servidor sale en defensa del pueblo católico, que está siendo manipulado y oprimido. Para que no se me haga caso, el obispo inventa cualquier cosa en mi contra, hasta afirmar que un servidor y los Misioneros de Cristo somos una secta dentro de la Iglesia.

Qué bueno que interviene la Santa Sede y todo se arregla con el cambio del obispo. De todos modos, sus simpatizantes siguen dando lata, con el pretexto de haberme atrevido a contradecir a un obispo, "totalmente comprometido con la causa de los pobres". Hay casos en que nos obligan a salir de la diócesis por solidarizarse con el obispo en cuestión.

Con nosotros o en contra de nosotros

A raíz de mis escritos, y especialmente de las "cartas abiertas", hay gente, especialmente en el clero, que descubre mis intenciones de cambio, se siente afectada y pasa al contraataque. Ya no me invita a su parroquia, deshace compromisos y hace todo lo posible para desprestigiar mi actividad.

— Digan al p. Antonio que se defina de una vez, si está en favor o en contra de nosotros.

No se trata de ver si algo está bien o está mal, sirve o no sirve para el bien de la Iglesia. Lo que importa es saber si algo favorece o perjudica los propios intereses. Lo demás no importa.

En estos casos, mi respuesta es muy sencilla:

— Lo que buscamos es el bien del pueblo. Por lo tanto, si no es posible trabajar de una forma oficial, desde la parroquia, cada uno haga lo que pueda repartiendo algún folleto, un CD o un DVD a un amigo o a una persona necesitada. Además, tenemos a disposición las calles, los mercados y los semáforos para acercarnos a la gente y ofrecerle algo que la puede ayudar a ilustrarse en la fe.

Profeta de nuestro tiempo

Al mismo tiempo, hay gente que, al darse cuenta de la situación, nos abre las puertas de par en par. En una ocasión, así se expresaba un obispo acerca de mi actuación:

— Digan al p. Antonio que aprecio mucho su valentía para expresarse. En realidad, él está diciendo lo que muchas veces yo he pensado y no me he atrevido a expresar. De todos modos, díganle que esto le va a costar muy caro.

Otros, especialmente entre la gente sencilla, me consideran como “un profeta de nuestro tiempo”, que ve las cosas y las dice sin medias tintas. Pan al pan y vino al vino. Y se sienten más seguros en su fe, encontrando la respuesta a muchos interrogantes, que tienen que ver con la vida interna de la Iglesia.

La verdad los hará libres

A veces, notando el asombro del público ante ciertas afirmaciones de un servidor, pregunto:

- ¿Prefieren que diga la verdad o que diga mentiras?
- Queremos que nos diga la verdad.
- Entonces, aguántense.

Según mi opinión, aquí está una de las claves del éxito de mis conferencias y mis escritos: decir la verdad de la manera más clara y accesible que se pueda, de forma tal que todos la puedan entender, tratando a los demás como gente inteligente y adulta, que puede entender y comprender las cosas, no como niños a los que hay que decir y no decir, decir algo tanto para salir al paso, convencidos de que no están en grado de entender y aceptar la verdad así como es.

Otros, para no escandalizar o con el cuento de que los trapos sucios se lavan en casa, tratan de evadir o decir verdades a medias, dejando a los oyentes más confundidos que antes. Comportándose de esa manera, piensan pasar por listos, preocupados por cuidar la buena imagen de la Iglesia.

Allá ellos. Yo prefiero seguir la regla de oro del Maestro: “La verdad los hará libres” (Jn 8, 32). La verdad a secas, sin maquillaje ni manipulación, consciente de los riesgos que esta manera de proceder lleva consigo, en la línea de los antiguos profetas, Jesús y los apóstoles.

Capítulo 4

FUERTES EN LA FE

¿Dónde estará la verdad?

Un día, mientras espero la llegada del párroco para ver si es posible concertar un curso bíblico, impartido por los Misioneros de Cristo, noto que un grupo de señoras se reúne y comenta algo. Después me entero de que se trata de la crema y nata de la parroquia, es decir, de los miembros del consejo parroquial, que esperan al párroco para una junta de rutina.

Sus comentarios me llaman la atención de una manera muy especial. En realidad, están hablando del fenómeno de las sectas, que en muchas partes está afectando profundamente la vida de la Iglesia y la sociedad.

— Fijense— comenta una señora—: mi hijo, que era un borracho empedernido, se acaba de cambiar de religión. Pero, ¡qué cambio! Casi lo desconozco por completo: bien vestido, educado, responsable con la familia, siempre con la Biblia en la mano, nada de borrachera... Algo realmente increíble. Y me insiste para que yo también me cambie de religión. Sinceramente, no sé qué hacer.

— A mí me está pasando lo mismo— comenta otra señora—. Mi yerno, que parecía el demonio en persona por su manera de vivir y tratar a la gente, ahora que se cambió de religión, parece un santo. Ya convenció a casi toda la familia a cambiar de religión. Yo realmente no sé qué hacer. Le pedí consejo al señor Cura y me dijo que no le haga caso. Pero ¿cómo no le voy a hacer caso, si todos los días mi yerno está friegue y friegue con la Biblia en la mano?

Y así adelante por el mismo estilo. Que un amigo o pariente se hizo testigo de Jehová, el otro adventista, el otro mormón, el otro pentecostal. A veces en la misma familia casi todos se cambiaron de religión y cada quien tomó un rumbo diferente.

— En mi casa ya no se puede vivir— comenta la que parece ser la líder del grupo—. Cuatro hijos, cuatro religiones diferentes. Un manicomio. Se la pasan todo el día peleando: que mi religión es la mejor, porque la Biblia dice así y así; que Jesús no es Dios; que solamente los de mi religión se van a salvar y que todos los demás se van a condenar... Y nosotros dos, yo y mi esposo, los únicos que nos quedamos católicos, estamos ahí mirando como bobos, sin poder decir nada, porque no sabemos nada de Biblia.

— Este es el problema— comenta otra señora—. Cada mes nos reunimos con el señor Cura los del consejo, ¿para qué? Para ver lo de la fiesta, lo de la rifa y el baile. ¿Por qué no nos enseña algo de Biblia, a ver si logramos entender algo de todo este enredo? Yo realmente me siento muy confundida por lo que dice esa gente, que todas las semanas pasa por mi casa hablando de su religión y regalándome algún folleto de propaganda. Yo los recibo porque hablan de Dios y todo lo que está escrito allá está en la Biblia.

— Yo también me siento muy confundida.

— Yo también.

Por fin alguien resume el sentir general de los presentes:

— ¡Quién sabe dónde estará la verdad!

¡Y pensar que se trata de los miembros del consejo parroquial, la crema y nata de la parroquia! ¡No saben dónde está la verdad! Me pregunto: ¿Qué será de los demás? Y para acabarla, llega el señor Cura, le hablo del curso bíblico y sencillamente me contesta que no lo necesita, puesto que en su parroquia todo marcha muy bien, todo está bien organizado.

¿Para qué estudiar la Biblia?

A raíz de esta experiencia, empiezo a atar cabos. En distintas ocasiones he oído decir:

— ¿Para qué casarse por la Iglesia, estudiar la Biblia o estar en el coro? En el fondo, todo es lo mismo. ¿Qué diferencia hay entre los que van a la Iglesia y los que no van? Todos se emborrachan igualmente, se pelean... ¡Hasta hay curas que se emborrachan! ¿Qué me importa a mí estudiar la Biblia y seguir con los mismos problemas de antes? Por eso yo, cuando me decida a estudiar la Biblia, de plano me cambio de religión. Así estudié la Biblia y dejé de tomar.

Plática, no práctica

Desgraciadamente, a nivel masivo, ésta es la pura realidad en el pueblo católico. Lo que se exige para acceder a cualquier sacramento es alguna "plática", no la "práctica" de la vida cristiana. Saber y nada más, no vivir. Dice la catequista:

- Los niños ya están preparados para la Primera Comunión.
- ¿En qué sentido ya están preparados?
- En el sentido que ya estudiaron el catecismo y se saben las oraciones de memoria.
- Aparte de saberse las oraciones de memoria, de hecho ¿ya rezan?
- Quien sabe.

En realidad, a la catequista no le importa si los niños rezan o no, si practican la fe o no. Lo que le importa es que los niños sepan los rezos de memoria y sepan contestar a las preguntas. Lo demás no le interesa. Lo mismo al párroco y lo mismo para cualquier sacramento. De ahí el enorme desprestigio, en que ha caído el catolicismo a nivel masivo. ¿Qué hacer en esta situación?

Necesidad de la apologética

Estando así las cosas, ¿cómo convencer al católico de la calle a profundizar su fe y no cambiarse de religión? Utilizando los recursos de la apologética.

¿Qué es la apologética? La defensa de la fe. Ahora bien, ¿qué me dice la apologética en estas circunstancias? ¿Cómo puedo fortalecer la fe del católico normal, sin estudios teológicos, ayudándolo a permanecer dentro de la Iglesia, no obstante la triste situación en que se encuentra el catolicismo a nivel masivo, y desde allí empezar un proceso de cambio a la luz de la Palabra de Dios? He aquí el fruto de mis reflexiones y experiencias.

Premisas.

1. Hoy en día hay muchas organizaciones, que se dedican a ofrecer a la gente medios para mejorar su vida, liberándose de ciertos vicios, traumas o adicciones.
2. De todos modos, una cosa es la religión y otra cosa es un método para curarse.
3. Uno puede curarse y tener una vida mejor, utilizando distintos métodos, sin cambiarse de religión.

Temas Fundamentales.

Aclarado esto, ¿qué ventaja tengo al permanecer dentro de la Iglesia Católica? ¿Acaso todos los grupos religiosos son iguales?

1.- La Iglesia de Cristo.

¿Cuál es la Iglesia que fundó Cristo personalmente, cuando vivió en este mundo? La Iglesia Católica. ¿Cuáles son los argumentos?

- Cristo fundó una sola Iglesia (Mt 16, 18a).
- Esta Iglesia llegará hasta el fin del mundo (Mt 16, 18b; Mt 28, 20).
- Ahora bien, ¿cuál es la Iglesia, que empezó desde Cristo, ha estado siempre presente a lo largo de la historia, existe ahora y por lo tanto tiene la garantía de llegar hasta el fin del mundo? La Iglesia Católica. Todas las demás organizaciones, que se consideran cristianas y ahora están haciendo todo lo posible por conquistar a los católicos, empezaron muchos siglos después y no tienen nada que ver ni con Cristo ni con su Iglesia.

Objecciones.

— *Constantino fundó la Iglesia Católica.*

Es falso, puesto que el emperador Constantino sencillamente dio libertad de culto a la Iglesia, que estaba siendo perseguida. Era pagano y no fundó ninguna Iglesia. En este caso, se habría acabado la Iglesia que fundó Cristo, lo que es imposible, teniendo en cuenta su promesa.

— *En la Biblia no se habla de la "Iglesia Católica".*

Jesús no puso ningún nombre a la Iglesia que fundó, encabezada por Pedro y los apóstoles. De todos modos, pronto esta Iglesia o Nuevo Pueblo de Dios se empezó a llamar "católica". ¿Quién por primera vez utilizó la expresión "Iglesia Católica"? San Ignacio, que vivió al principio de la Iglesia, conoció por lo menos algunos apóstoles y el año 70 d.C. fue hecho obispo de Antioquía. Allá los discípulos de Cristo se empezaron a llamar "cristianos" (Hech 11, 26).

Ahora bien, San Ignacio a la palabra "cristianos" le añadió "católicos", puesto que la Iglesia de Cristo es "católica". ¿Qué quiere decir la palabra "católico" o "católica"? Viene del griego: kata=según y holon=todo. Iglesia católica quiere decir "Iglesia según la totalidad".

Basta ver lo que dice la Biblia al respecto: “Vayan por *todo* el mundo y prediquen mi evangelio a *toda* creatura” (Mc 16, 15); “Enseñenles *todo* lo que yo les encomendé a ustedes. Yo estaré con ustedes *todos* los días hasta que termine este mundo” (Mt 28, 20).

Vemos como se repite la palabra “todo”: “*todo* el mundo”, “*toda* creatura”, “*todo* lo encomendado” y “*todos* los días”. Así que la Iglesia que fundó Cristo es católica, es decir, según la totalidad, destinada a llevar el Evangelio a *todos* los hombres de *todo* el mundo, a lo largo de *toda* la historia, una Iglesia en que se enseña *todo* el Evangelio.

Pues bien, a los primeros cristianos les gustó esta palabra “católico” o “católica”, por expresar una de las características fundamentales de la Iglesia fundada por Cristo, es decir, su totalidad, y desde entonces decir “Iglesia Católica” es lo mismo que decir “Iglesia fundada por Cristo”.

2.- Tradición y Nuevo Testamento

- Para que la salvación llegara a todo el mundo, Jesús no escribió nada ni ordenó escribir nada. Sencillamente fundó la Iglesia, dirigida por Pedro y los apóstoles. A esta Iglesia le encomendó la tarea de llevar el Evangelio y de esa manera hacerlo presente en todo el mundo, como Salvador y Señor de todos.
- ¿Cómo se llamó desde un principio el Evangelio, que los apóstoles recibieron de Cristo, vivieron, formularon, transmitieron y se predicará hasta el fin del mundo? Se llamó “Tradición”. Tradición = transmisión = Evangelio transmitido. Así que, cuando en la Iglesia se habla de Tradición, no se está hablando de costumbres, sino del Evangelio de Cristo que se predicó desde un principio y se predicará hasta el fin del mundo.
- Poco a poco, lo más importante de esta Tradición se fue poniendo por escrito, hasta llegar al Nuevo Testamento actual.
- Fue la misma Iglesia fundada por Cristo, es decir, la Iglesia Católica, que, entre todos los libros que surgieron al principio de la Iglesia y se presentaban como Palabra de Dios, decidió cuáles eran realmente Palabra de Dios, basándose en dos criterios fundamentales: ser un reflejo fiel de la Tradición y haber ayudado a los cristianos a fortalecer su fe en las persecuciones. Y así surgió el Nuevo Testamento, como fruto de la acción evangelizadora de la Iglesia en sus inicios y del discernimiento y la decisión de los pastores de la Iglesia, el Papa y los Obispos, como sucesores de Pedro y los Apóstoles.

3.- Respuesta a las objeciones

y ataques de los grupos proselitistas.

Una vez aclarada la identidad de la Iglesia Católica, como la única Iglesia de Cristo, es fácil contestar a los ataques que vienen de los grupos proselitistas acerca de las imágenes, la validez del bautismo administrado a los niños, etc.

Evidentemente, hay que distinguir entre la doctrina de la Iglesia y la praxis, que en muchos lugares deja mucho que desear. Por lo tanto, no se puede hablar de apologética, sin hablar de formación bíblica y esfuerzo serio por mejorar las costumbres del pueblo católico.

Experiencia

La experiencia enseña que, una vez que alguien, católico o no, toma conciencia de la identidad de la Iglesia Católica como la única Iglesia fundada por Cristo, es difícil que quede insensible y no se deje cuestionar.

Al terminar un curso de tres días en una parroquia con una vida cristiana bastante intensa, se me acercan unas quince personas, muy emocionadas:

— Padre, le agradecemos su venida a nuestra comunidad. Fíjese que hoy nos íbamos a bautizar en una iglesia, que apenas se está implantando en este pueblo. El párroco se enteró y nos mandó a decir que esperaríamos su venida, porque usted nos iba a aclarar muchas cosas. Le hicimos caso y esperamos. Ahora nos damos cuenta del gran error, que estábamos cometiendo al abandonar la Iglesia que fundó Cristo y meternos en una iglesia fundada por un hombre.

En otra ocasión un párroco manda a llamar a un Misionero de Cristo para tener un diálogo en público, solicitado por el pastor de los adventistas del Séptimo Día. Se da el diálogo: el adventista presenta el tema de la Iglesia, hablando de William Miller y los Siete Fundadores, entre los cuales destacó Ellen Gould White, y el católico presenta el mismo tema como se aclaró anteriormente. Al final, el pastor adventista queda convencido y declara públicamente su regreso a la Iglesia Católica. Muchos miembros de la Iglesia Adventista del Séptimo Día siguen su ejemplo.

Cuando empiezo a manejar los temas de apologética, muchos pastores me invitan a dialogar con ellos, convencidos de que no existe una respuesta plausible a sus planteamientos. Yo acepto, a condición de que se trate de un diálogo en público, para evitar que después vayan a distorsionar las cosas, como es su costumbre. Ellos se salen

siempre con las mismas acusaciones contra la Iglesia Católica (que es la prostituta, Babilonia la grande, etc.) y con el testimonio de su vida ("Cuando yo era católico, era un borracho, un mujeriego, etc."). Casi nunca quieren hablar de "su" iglesia y, cuando hablan, casi nunca dicen la verdad.

Cuando uno les hace ver sus mentiras (se imaginan que uno no sepa nada acerca de su organización religiosa), se enojan, se desesperan y ya no quieren seguir dialogando. Lo que representa el cuestionamiento más fuerte, es lo referente a la Iglesia que fundó Cristo, que es la Iglesia Católica. Si no se convencen los pastores, por lo menos se convencen algunos de sus seguidores y se afianza la fe de los católicos.

A veces tengo algún programa de televisión o radio con los micrófonos abiertos, para que intervenga el público en general haciendo preguntas. A este respecto, mi experiencia es muy interesante: a principio intervienen los pastores, pensando meterme en aprieto con los ataques de costumbre. Sin embargo, al notar la facilidad con que contesto, presentando al momento citas bíblicas para cada tema, y el impacto que esto causa sobre el público en general, católico y no católico, se asustan y no vuelven a llamar, acostumbrados a tratar solamente con gente que desconoce por completo todo tipo de argumento, bíblico o histórico.

Muchas veces me pregunto: ¿qué sucederá el día en que masivamente el pueblo católico maneje la Biblia y la apologética?

Me tocó bailar con la más fea

En poco tiempo, todos se enteran de mi actividad en campo apologético y llueven solicitudes de todas partes para charlas, cursos y congresos. Algunos esperan milagros. Piensan que con unas cuantas charlas se va a resolver el problema de las sectas. Pero no es así, antes que nada porque los que acuden a las charlas son minoría y después porque la solución del problema requiere muchos cambios al interior mismo de la Iglesia.

De todos modos, algo se consigue. De hecho, la mayor parte de los participantes resuelven sus problemas, aunque no vuelvan para prepararse mejor y ayudar a los demás a fortalecerse en la fe. Lo mismo pasa con muchos jóvenes, que, para resolver problemas de fe a nivel personal, familiar o comunitario, entran a formar parte del Movimiento "Misioneros de Cristo". Una vez aprendido lo necesario a nivel bíblico y apologético, regresan a su lugar de origen, donde hacen lo que pueden para ayudar a otros a no dejarse enredar por los grupos proselitistas.

En alguna parte familias enteras, pueblitos o vecindades masivamente regresan a la Iglesia Católica por el influjo de estos jóvenes valientes, que enarbolan la bandera de la defensa de la fe.

De parte del clero, la vida consagrada y los líderes de los movimientos o grupos apostólicos se espera que, con unas cuantas charlas, vaya a desbaratar las organizaciones no católicas, desenmascarando sus trampas, y a volver a los católicos impermeables ante cualquier sugestión que les llegue de afuera. Al darse cuenta de que no se trata de esto, más bien de conocer nuestra identidad católica mediante un uso abundante de la Biblia, lo que implica bastante estudio, se apartan y se vuelcan hacia un supuesto ecumenismo que ni ellos mismos entienden.

Por otro lado, al constatar que gente sencilla y de buena voluntad, poco a poco, con la teoría y la práctica, se va volviendo experta en la defensa de la fe, adquiriendo bastante prestigio en la comunidad cristiana, sienten un cierto recelo y se dedican a desprestigiar nuestra actividad, acusándonos falsamente de enseñar a los católicos a pelear. Así que, poco a poco, muchos que al principio nos apoyaban, se alejan y hasta se meten en contra de nosotros, como si se sintieran defraudados al constatar que el problema del proselitismo religioso es más grave de los que se imaginaban.

Ante esta realidad y por no estar dispuestos a volver a los libros, prefieren darle la vuelta, aparentando apertura y acusando a nosotros de ser atrasados, manejando algo (la apologética) que ya no está de moda. Toman el problema como si se tratara de una moda, gustos personales o elección pastoral.

No se dan cuenta, o más bien, no quieren darse cuenta de que sencillamente se trata de ser realistas: aquí hay grupos que nos están atacando y se están llevando a nuestra gente y por lo tanto es nuestra obligación ayudarla para que no se deje confundir y se quede "orgullosamente" católica.

Por eso muchas veces he dicho que "a mí me tocó bailar con la más fea". No es que, habiendo tantas opciones delante de mí, por gusto escogí la apologética. Claro que me hubiera gustado dar clase y participar en congresos sobre el ecumenismo. ¡Qué bonito hablar de comprensión, amor y búsqueda de la unidad! Pero éste no es el caso. Estaría haciendo pura poesía, pero ¿con cuáles resultados prácticos? Nulos o casi.

¿Por qué el abandono de las masas?

A veces me pregunto: aparte de las razones antes mencionadas, ¿por qué los de arriba insisten tanto en el ecumenismo, no obstante

vean el desastre que su actitud está causando en las masas católicas, abandonadas a la merced de los grupos proselitistas? ¿No será porque se sienten impotentes ante la ardua tarea de evangelizarlas y por lo tanto dan por descontada su lenta absorción por los grupos proselitistas?

En este caso, lo más sensato les parece pensar en el nuevo equilibrio, que se va a establecer después, una vez desaparecidas nuestras masas católicas en pro de los grupos proselitistas. ¿Y qué mejor, según ellos, que ir previniendo todo esto, manejando desde ahora los principios del ecumenismo?

Si esto fuera cierto, para mí se trataría del fracaso más grande que la Iglesia haya tenido en su historia bimilenaria: perder la guerra, sin disparar ni un cartucho. Y todo esto ¿por qué? Por no querer poner todas las cartas sobre la mesa, pensando en una reestructuración global de todo el aparato ministerial dentro de la Iglesia. En el fondo, los instalados y privilegiados no quieren arriesgar con perder su seguridad y posición de privilegio, adquirida durante siglos, aunque esto implique el derrumbe del catolicismo.

Liderazgo social

Por mientras, ¿qué hacen? Buscan un liderazgo de tipo social, tratando de representar en cada país o región el papel que el Papa está desarrollando a nivel mundial, en especial el papel que ha desempeñado el Papa Juan Pablo II. Si esto fuera cierto, sin duda nos encontraríamos ante una de las crisis más grandes, que se hayan presentado al catolicismo: perder casi todo a cambio de una quimera, un sueño o una apuesta, sin contar con ninguna garantía.

Alguien podría objetar que se trata de puras suposiciones. Claro que se trata de suposiciones, sustentadas en frases sueltas, comentarios o charlas de sobremesa, puesto que a nivel oficial no se enfrenta el problema directamente, un problema que está afectando profundamente el presente y el futuro del continente latinoamericano y en cierta manera de toda la Iglesia. ¿Acaso los responsables no se dan cuenta de que, siguiendo por este camino, se arriesga con hacer de toda la Iglesia una inmensa "Sierra Azul"?

El pequeño rebaño

Ante estos cuestionamientos, no faltan algunos que lo quieren justificar todo con el pretexto del pequeño rebaño:

— ¿Cuál es el problema?— dicen— ¿Acaso la Biblia no habla de un pequeño rebaño? (Lc 12, 32) No importan las masas. Lo que importa,

es contar con un pequeño grupo de católicos bien concientizados y practicantes.

Ésta es la teoría. Veamos la práctica. Pura distribución de sacramentos. Les pregunto:

— ¿Dónde está el pequeño rebaño, que están formando?

Nada. Se imaginan que el pequeño rebaño se irá formando automáticamente con la salida de los malos católicos y la perseverancia de los buenos. Mientras tanto, siguen con la rutina de siempre, distribuyendo sacramentos al por mayor, de una manera especial a los que de antemano se prevé que un día van a dejar la Iglesia a causa de la ignorancia en que están sumidos por su falta de compromiso con la evangelización.

Si son honestos y sinceros, ¿por qué no se dedican a formar este “pequeño rebaño”, en lugar de seguir entreteniéndose en asuntos sin importancia por el simple hecho que de ahí pueden sacar el pan de cada día? Claro que hay excepciones. De todos modos, “una golondrina no hace primavera”.

Hoy en día, si queremos revertir la situación, no hay vuelta de hoja: tenemos que revisar todo nuestro quehacer eclesial, aportando todos los cambios que sean necesarios, cueste lo que cueste, con tal de no permitir que nuestras masas católicas se dejen fácilmente arrastrar por los grupos proselitistas.

No se lo impidan

Otros, que parecen aún más informados en campo bíblico, se salen con Lc 9, 49-50: “Tomando Juan la palabra, dijo: ‘Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y tratamos de impedirselo, porque no viene con nosotros’. Pero Jesús le dijo: ‘No se lo impidan, porque el que no está contra ustedes, está con ustedes’”.

¿Qué quiere decir este pasaje bíblico? Que puede haber alguien de buena fe, que trate de imitar algo que ha visto hacer entre los discípulos de Cristo. Que siga. Tal vez esto le puede servir para profundizar más el sentido de la persona de Cristo y algún día lo puede llevar a volverse en su discípulo, uniéndose a los demás discípulos.

Pues bien, ¿qué tiene que ver este pasaje bíblico con la situación en que nos encontramos actualmente los católicos, literalmente acosados por un sinfín de grupos proselitistas, que hacen todo lo posible por sacar a nuestra gente de la Iglesia y llevársela a engrosar sus filas?

No son gente que se dedica a sacar demonios en el nombre de

Cristo, sino que está predicando un Evangelio distorsionado (Gál 1, 6-9) con miras a crearnos problemas. ¿O acaso los católicos, sedicentes “ecuménicos”, viven en las nubes y no se dan cuenta de lo que están haciendo los grupos proselitistas?

Me pregunto: ¿Qué nos está pasando como Iglesia? Vemos que la montaña nos está cayendo encima y no hay ninguna señal de alarma, nadie se mueve. ¿Qué pretenden esos señores, que están buscando cualquier pretexto con tal de quedarse con los brazos cruzados? ¿Quieren que la Iglesia se hunda completamente?

Catequesis presacramental

Gracias a Dios, al mismo tiempo hay también pastores celosos, que advierten el peligro y están luchando para hacerle frente. Aparte de los cursos bíblicos y de apologética, de los encuentros y los congresos a distinto nivel, se están lanzando hacia un nuevo tipo de catequesis presacramental, en que la Biblia es el texto y todo lo demás un simple subsidio. Haciendo esto, ya se empiezan a ver católicos más preparados y seguros en su fe, con una autoestima alta.

Por otro lado, no veo la posibilidad de formar a comunidades realmente católicas sin Biblia. Todos los símbolos, el lenguaje y los contenidos litúrgicos tienen que ver con la Biblia. Además, en la misma Biblia se encuentran los elementos esenciales para conocer, vivir y defender la propia fe ante posibles ataques. Así que, lo queramos o no, en este tipo de sociedad en que vivimos hoy, que es una sociedad esencialmente plural, es imposible poder contar con católicos realmente seguros en la fe, sin hacer un uso abundante de la Biblia en todo el quehacer eclesial.

Por eso no logro entender la razón por la cual muchos pastores de la Iglesia se oponen a un uso generalizado de la Biblia en toda su actividad evangelizadora. Será por falta de costumbre, será por apatía o porque realmente el pingo está metiendo la cola. En este caso, a ver qué hacemos para cortársela.

En otros países

No obstante toda la oposición y los ataques, que nos vienen de muchas partes, los Misioneros de Cristo seguimos adelante, llegando en poco tiempo a todos los países del continente. Es la epopeya de los pobres económica y culturalmente que evangelizan a los pobres espiritualmente. Un signo mesiánico: “Los pobres son evangelizados” (Lc 4,18) y ¡evangelizan!

Capítulo 5

MIGUELITO, EL REZANDERO

Con sotana

De regreso a San Juan Evangelista después de un mes de ausencia, me encuentro con la novedad de que, durante las ceremonias, Miguelito lleva sotana blanca como p. Domingo, el diácono.

— Es que empezó a chillar— comenta P. Domingo— y tuve que meterle la sotana. Fijese, padre, quería ponerse hasta la estola como yo. Pero yo le hice entender que no se puede. Algún día tal vez, todo depende de su progreso en las cosas de Dios.

— No te preocupes— padre Domingo—; no hay nada especial. Como sacristán, Miguelito puede llevar la sotana blanca durante las ceremonias. Hiciste bien.

Noto al p. Domingo como confundido y apenado.

— ¿Por qué pones esa cara triste, p. Domingo? ¿Qué te pasa?

— Es que me da pena cuando usted me dice padre.

— ¿Por qué?

— Porque nunca escuché decir padre a un indígena como yo. Me da vergüenza. Pienso que la gente se va a reír de mí.

— Tonterías. Poco a poco te irás acostumbrando. Esto aún no es nada. Vas a ver cosas mucho más grandes.

Recelo contra el p. Martín

Domingo se repone y me habla un poco más acerca de Miguelito:

— Hay cosas en Miguelito, que yo realmente no logro entender. Lo quiero mucho, trato de darle muchos consejos, pero hay cosas que no entiendo.

— ¿Por ejemplo?

— No puede ver al p. Martín. No acepta que el p. Martín sea más importante que yo y me dé órdenes. No le cabe en su mente que uno que no es de aquí y no habla bien el dialecto, me mande a mí que soy de aquí. Además, no le gusta la manera de portarse del p. Martín, que no le tiene la misma paciencia que yo, cuando le explica las cosas de Dios. De hecho, el p. Martín, cuando ve que Miguelito no entiende algo, lo deja y se va. Esto hace enojar mucho a Miguelito.

— Qué bueno que me lo dijiste. Después hablaré de esto con el p. Martín. De todos modos, aún tenemos que trabajar mucho con Miguelito, para que entienda la situación y logre sanar bien ciertas heridas del pasado. Creo que poco a poco lo vamos a lograr. Todo es cuestión de tiempo y paciencia.

— Es cierto, padre; vamos a seguir luchando.

— Por otro lado, no sé porqué Miguelito rechaza tanto al p. Martín por lo del dialecto, puesto que ni yo entiendo bien el dialecto. Apenas puedo leer lo de la liturgia, entender algo de la confesión y decir algunas palabras en la homilía.

— No, padre. Usted no es lo mismo. Miguelito lo quiere mucho a usted, como me quiere a mí. A veces pienso que Miguelito quiere solamente a usted, a mí y a su mamá. A los demás no los quiere.

— Bueno, p. Domingo, esto será nuestra tarea: lograr que Miguelito se abra hacia todos. No nos olvidemos de los dos mandamientos más importantes: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Ya Miguelito está dando pasos en amar a Dios y amarse a sí mismo. Ahora tiene que ir aprendiendo a amar al prójimo, es decir, a todos, no solamente a los que están cerca de él y lo quieren mucho, como somos nosotros dos y su mamá.

Resentimiento

— A propósito, ¿cómo se porta con su papá? ¿Sigue con el mismo resentimiento de antes?

— Un poco menos. Ahora ya le da la mano, cuando lo saluda, y le dice papá.

— Bueno. Ya es bastante. Pero ahora tú tienes que hablar con don Ángel, su papá, y le tienes que explicar la situación, para que trate de pedirle disculpas a Miguelito por lo que le hizo durante tantos años, teniéndolo amarrado con una cuerda.

— Ya lo hice muchas veces y no quiere entender. Don Ángel dice siempre que él hizo bien, puesto que Miguelito estaba loco.

— Ni modo. Apenas sea posible, vamos a ver cómo se resuelve este problema entre Miguelito y su papá.

Dinámicas de superación

Pronto se presenta la oportunidad: el curso de formación para los candidatos y aspirantes al diaconado permanente, en que están presentes el p. Martín y don Ángel, el papá de Miguelito. ¡Qué mejor ocasión para enfrentar directamente el problema! Para eso establezco la siguiente dinámica: que cada uno presente el problema más grande que tiene.

Se constituyen los equipos de una forma espontánea. En mi equipo nos encontramos un servidor, p. Martín con el diácono p. Rodrigo, p. Domingo, don Bonifacio de Santa Lucía y don Ángel, el papá de Miguelito. Apenas empezamos a dialogar, como era de esperarse, aparece Miguelito que se acerca al p. Domingo y trata de entender lo que estamos haciendo. Al ver que hablamos en español y entiende muy poco, se distrae y casi se duerme, aferrado al brazo de su protector.

El p. Domingo abre el diálogo presentando las dificultades que está encontrando para relacionarse con la gente “grande” de la parroquia, refiriéndose a los ganaderos, los políticos, los maestros y algunos profesionistas.

— A veces me da miedo hablar con ellos. Pienso que me van a regañar o me van a preguntar cosas que yo no entiendo.

— ¿Alguna vez te pasó esto?— le pregunto.

— A veces veo que se ríen, cuando no digo bien alguna palabra en castellano.

Cada uno presenta sus experiencias al respecto, para que el p. Domingo vea que no se trata de algo tan raro. El p. Martín y un servidor contamos algunas anécdotas acerca de los errores que hemos cometido al hablar en dialecto y las reacciones de la gente, especialmente de los niños, que no se cansaban de contar a otros lo sucedido, riéndose a sus anchas.

— Son cosas que pasan— comento—. No hay que darles mucha importancia. Además, sirven para que uno se corrija y aprenda mejor las cosas.

Sigue el p. Martín, hablando de la dificultad que está encontrando en su trabajo pastoral.

— Mi problema es esencialmente cultural: aún me resulta difícil entender a la gente de aquí, sea por su dialecto, sea por sus costumbres

y especialmente por su manera muy peculiar de ver y sentir las cosas. Yo he vivido siempre en la ciudad. Me cuesta mucho adaptarme a esta realidad, muy diferente de la mía. Si no fuera por los consejos y el gran apoyo del p. Antonio, créanme, que desde hace mucho tiempo hubiera tirado la toalla.

Y presenta algún caso concreto, en que ha tenido que sufrir bastante por no haber sabido enfrentar correctamente ciertas situaciones. Entre otras cosas, habla de su relación con Miguelito.

— No es que yo no quiera a Miguelito. El problema es que no entiendo sus reacciones. Ojalá que poco a poco, con el tiempo y la buena voluntad, como dice el p. Antonio, logre superar todo esto.

Miguelito que parece casi dormido, al oír mencionarse su nombre, se levanta y pide al p. Domingo que le explique qué es lo que está sucediendo. Éste le hace señas que después le va a explicar todo.

Siguen las intervenciones. Le toca a don Ángel, que presenta el problema de su relación con Miguelito. Hasta que habla en español, Miguelito sigue distraído, por no entender bien la lengua. Cambia de inmediato su actitud, cuando don Ángel, por la emoción, empieza a hablar en dialecto. Miguelito mira a todos en los rostros como para intuir qué es lo que está pasando. Parece como espantado. Un panorama totalmente nuevo se está presentando delante de sus ojos. Nunca se había imaginado que su papá lo quisiera tanto.

Siempre había visto a su papá como a un ogro. Ahora empieza a entender mejor las cosas. Descubre su dolor, al no haber sabido manejar adecuadamente la situación. Ve sus lágrimas, se siente perdido, no sabe qué hacer, se aferra al p. Domingo en busca de ayuda. Éste lo empuja hacia su padre. Los dos se funden en un profundo abrazo. Miguelito y don Ángel acaban de dar un paso más en el camino de la vida.

Realidad eclesial

Como maestro de pastoral, pido a los candidatos al diaconado permanente que hablen acerca de la realidad eclesial, según su punto de vista, siguiendo el método de “ver, juzgar y actuar”. Toma la palabra Luis, el yerno del p. Domingo:

— A mí me tocan unos veinte pueblos. Ya logré visitarlos todos. Cuento con tres ayudantes a tiempo completo. Creo que en dos años vamos a tener un prediácono en cada pueblo. Por mientras ya tenemos por lo menos un catequista para cada pueblo. Además, en San Pedro ya tengo unos cinco jóvenes, ex misioneros de Cristo, que quieren entrar

al seminario y están terminando la primaria. Estoy convencido de que en pocos años muchos que dejaron la Iglesia por el abandono en que se encontraban, van a regresar, al notar el grande cambio que desde hace algunos años se está dando en Sierra Azul.

Don Pablo de San Antonio, se manifiesta menos optimista y más cauteloso al respecto, especialmente por las creencias que tiene el pueblo, completamente paganas y muy arraigadas.

— Estando así las cosas, no creo que se podrá cantar victoria con tanta facilidad, aunque tengamos catequistas por todos lados y logremos convertir a todos los protestantes.

Don Bonifacio de Santa Lucía parece totalmente pesimista:

— Yo conozco muy bien a mi gente— comenta—. No creo que con tanta facilidad logre abandonar su antigua manera de pensar y vivir. Lo malo es que difícilmente expresan lo que sienten en lo más profundo de su corazón. Parece que aceptan todo lo que se les enseña, pero en el fondo siguen con sus creencias. Al mismo tiempo son cristianos y paganos.

Casi todos presentan sus puntos de vista, alineándose a una de las tres opiniones expresadas anteriormente. Lo que más me impacta es la seriedad con que piensan y expresan sus opiniones. Se ve que les interesa el tema. Por otro lado, no veo otra manera de enfrentar seriamente el problema de la evangelización en Sierra Azul. Solamente si se involucran todas las fuerzas vivas de la Iglesia, es posible un adelanto consistente.

Exploradores

Después de haber escuchado a todos, presento mi punto de vista acerca del asunto con una propuesta concreta de solución:

1. Seguir profundizando la cultura del pueblo de Sierra Azul con miras a buscar la manera más adecuada para empaparla del Evangelio de Cristo.
2. Al mismo tiempo seguir buscando nuevas estructuras capaces, no solamente de educar en la fe y garantizar la vida cristiana a los que se consideran católicos, sino también de recuperar a los que, por el descuido que hubo en el pasado, abandonaron la Iglesia.

— Tenemos que seguir el ejemplo de Moisés— aclaro a manera de conclusión—, que, para poder conquistar la tierra prometida, envió exploradores para que conocieran la situación en que se encontraba y

esto le permitiera establecer estrategias concretas de acción (Núm 13, 17-33).

— Primero hay que “ver” la realidad— interviene p. Domingo.

— Claro. Primero hay que ver cómo están las cosas, de la manera más objetiva posible, sin maquillaje alguno. Después vendrá el análisis y después la acción.

— Es lo que empezamos a hacer desde un principio— comenta el p. Martín—. Ahora se trata sencillamente de profundizar más todo esto y completar el plan de acción.

— Perfecto. No importa si a veces nos viene la tentación del desaliento. Lo mismo les pasó a unos exploradores que envió Moisés, que veían a los habitantes de Canaán como gigantes y a sí mismos como saltamontes. A veces se exageran las dificultades. Como dice un refrán: “Cada quien ve las cosas con el color de sus lentes”. De todos modos, no se preocupen. Con la ayuda de Dios, vamos a superar todas las dificultades y lograr un cambio profundo en Sierra Azul. Para lograr esto, necesitamos aclarar tres puntos:

1. Dónde estamos.
2. Adónde vamos.
3. Qué camino vamos a seguir.

Es precisamente lo que estamos haciendo y seguiremos haciendo siempre, en el esfuerzo de ser siempre más precisos en descubrir nuestra realidad, definir mejor nuestros objetivos y establecer las estrategias más oportunas para alcanzarlos.

— ¡Ojalá nos hubieran enseñado todo esto desde el seminario!— comenta el p. Martín—. La vida de la Iglesia sería otro cantar.

— Ni modo. Nunca es demasiado tarde para aprender.

Ministerios

Aprovechamos la oportunidad para conferir a los aspirantes al diaconado permanente el ministerio del lectorado y a Miguelito el de rezadero. El mismo p. Domingo explica la razón:

— Puesto que aquí desde hace años hay sacristán, es mejor continuar así, para no meternos en problemas sin necesidad. Lo que podría hacer Miguelito es formar un grupo de monaguillos y al mismo tiempo dedicarse a los rezos. Yo me comprometo a seguir preparándolo. Ya sabe bastante, puesto que me acompaña siempre cuando hay algún novenario de difuntos.

Antes de la ceremonia, cada candidato explica en qué consiste el ministerio que va a recibir y cuál es el compromiso que implica. Al llegar el turno de Miguelito, le pregunto:

— Miguelito, ¿te comprometes a rezar con amor y devoción, cuando la gente te pide algún novenario de difuntos?

— Sí — contesta Miguelito.

— ¿Te comprometes a dar buen testimonio mediante una vida santa?

— Sí — contesta Miguelito.

Al momento de conferirle el ministerio, le entrego un devocionario que contiene el Novenario de Difuntos, el Rosario Bíblico, las Posadas Bíblicas y el Viacrucis Bíblico. Aparte le entrego una guía para el examen de conciencia de los adultos, otra para los niños y otra con dibujos para los que no saben leer.

Miguelito se siente feliz como nunca, con su sotana blanca, el rosario en una mano y en la otra el librito, que le acabo de entregar. Al terminar la ceremonia, todos se quieren sacar una foto con él. Miguelito está al centro de la fiesta.

Apóstol incansable

Estimulado por el ministerio que se le ha conferido, Miguelito se lanza al apostolado sin descanso. Mientras reza de memoria lo que aprendió del p. Domingo, lucha por aprender a leer todo lo demás. Seguido busca al p. Domingo y le pregunta cómo se lee alguna palabra o qué significa. Ya entiende bastante bien el castellano y puede expresarse suficientemente.

Es el líder de la gente sencilla, viajando continuamente de pueblo en pueblo y de casa en casa. Sus consentidos son los enfermos y los difuntos. Su especialidad: enseñar a los enfermos a rezar el santo rosario y a confesarse bien. Cada vez que llego a San Juan Evangelista, me tiene preparada una larga lista de enfermos que tengo que visitar para la confesión y la sagrada unción. Él después se encarga de llevarles la comunión. Para eso lo instituyo como ministro extraordinario de la Eucaristía.

Genial

Una vez metido en su trabajo, Miguelito manifiesta un gran espíritu de creatividad. Un día entro en el templo y encuentro dos arbolitos, uno

a la derecha y el otro a la izquierda del altar. Me imagino que estarán de adorno. Pero no. El mismo Miguelito me da la explicación:

— En este árbol voy a poner los nombres de los enfermos y en este otro voy a poner los nombres de los difuntos. Cada vez que oramos, vamos a pedir por ellos.

— Muy bien, Miguelito. ¿Quién te dijo de hacer esto?

— Nadie. Yo mismo pensé así.

— Mira nomás— reflexiono en mis adentros— ¡qué significa poner a uno en actitud activa! Es lo que necesita Sierra Azul, para que pueda salir del profundo abismo en que ha caído desde hace muchos años. Ya basta de repetidores sumisos. Queremos a gente libre y pensante. Solamente así podremos avanzar en Sierra Azul, la Iglesia y el mundo entero.

Testarudo y envidioso

Mientras por un lado Miguelito manifiesta un gran celo apostólico con un notable espíritu de creatividad, por el otro no deja de ser testarudo y envidioso. Por ejemplo, se encaprichó con que él solo quiere ayudar en la misa y no quiere que haya otros monaguillos. Cuando le recuerdo su compromiso de formar y guiar el grupo de los monaguillos, dice siempre que sí, pero nunca hace nada. Por fin tengo que intervenir con energía. Lo mando a llamar y le hablo con toda severidad:

— Miguelito, ya estoy cansado de esperar. ¿Vas a obedecer o no?

— Sí, voy a obedecer— contesta Miguelito asustado. Posiblemente es la primera vez que me ve enojado cuando le hablo.

— ¿Vas a formar el grupo de los monaguillos o no?

— Sí, lo voy a formar.

— ¿Cuándo estará listo?

Miguelito no sabe qué contestar. Todo se le hace bola en la mente y explota en un llanto histérico. Llega el p. Domingo, que trata de consolarlo, asegurándome que en un mes estará listo el grupo de los monaguillos.

— Un mes y ya.

Santa paliza. En un mes todo está listo. Miguelito, como jefe de los monaguillos, les da consejos continuamente y los observa para que no hablen ni se rían durante la misa.

P. Domingo, sacerdote para siempre

El trabajo va siempre en aumento: enseñanza al p. Domingo y al p. Rodrigo, ya diáconos; enseñanza a los candidatos y a los aspirantes al diaconado permanente; enseñanza a los Misioneros de Cristo; conferencias en distintos lugares del país y del exterior; visitas periódicas a cada pueblo de las parroquias de San Juan Evangelista y de Santa Lucía, que están bajo mi responsabilidad; visitas a las demás parroquias de Sierra Azul; clases en el seminario, retiros espirituales, confesiones, etc. Es urgente una ayuda. ¿Qué hacer?

Consulto a la comunidad acerca de la oportunidad o no de adelantar la ordenación sacerdotal del p. Domingo y hacerla coincidir con la ordenación sacerdotal del p. Rodrigo y diaconal de Luis, el yerno del p. Domingo, don Pablo y don Bonifacio. Todos están de acuerdo. Para Sierra Azul se trata de un momento histórico. Por primera vez puede contar con un sacerdote propio, de su propia cultura. Si alguien lo hubiera dicho hace unos años, seguramente hubiera pasado por loco.

¿Y Miguelito? Pasa a formar parte del grupo de los aspirantes al diaconado permanente, bien apegado a su nuevo padre y mentor, el p. Domingo, mientras los aspirantes al diaconado permanente pasan a ser candidatos. La gente se pregunta: ¿Hasta dónde llegará Miguelito?

Capítulo 6

CLERO Y LAICADO COMPROMETIDO

Maquillaje y manipulación

Un día, llegando a una diócesis de Guatemala para dar a los agentes de pastoral alguna orientación acerca de la defensa de la fe ante la agresión de los grupos proselitistas, pregunto al señor obispo cuál es el porcentaje de los católicos con relación a los no católicos.

— Aquí casi toda la población es católica— es su respuesta—. Solamente unos cuantos se cambiaron de religión.

Hago la misma pregunta a los agentes de pastoral. La respuesta es totalmente diferente:

— El año pasado hicimos un censo casa por casa y resultó que el 52% de la población ya no es católica.

¿Qué pasó? ¿A qué se debe una diferencia tan grande? Además, no se trata de un caso aislado. En muchas partes me pasa lo mismo.

Pregunto al párroco:

— En esta parroquia ¿cuál será el porcentaje de la población no católica?

— Aquí casi todos son católicos.

— Entonces, ¿por qué hay tantos templos no católicos?

— Los que acuden no son de aquí. Vienen de afuera.

¡Qué casualidad! Como si en otros lugares los que no son católicos no tuvieran espacio para construir sus templos.

A veces, los Misioneros de Cristo se ponen a disposición de los párrocos para impartir a los agentes de pastoral algún curso de Biblia, apologetica o catequesis.

— Muchas gracias— es su respuesta—. Aquí todo está bien organizado. Por el momento no necesitamos su apoyo. Si algún día lo vamos a necesitar, nos pondremos en contacto.

¿Y la gente? Pidiendo a gritos nuestra ayuda. A veces me pregunto: “¿Por qué sucede esto? ¿A qué se debe? ¿Por qué de parte del clero existe tanto afán por ocultar la realidad? ¿No dice Jesús que la verdad nos hará libres?” (Jn 8, 32)

Lo mismo pasa con los documentos oficiales: mucha doctrina y poca realidad. Se tiene miedo a la realidad. Me refiero a la realidad eclesial. Cuando, al contrario, se trata de la realidad a nivel social, político o económico, entonces sí que son precisos. Parecen salidos de la pluma de gente realmente experta en la materia.

¡Qué interesante! Sus autores son profesionales en los asuntos profanos y aficionados en los asuntos religiosos, muy hábiles para detectar las anomalías presentes en la sociedad y torpes cuando se trata de hacer lo mismo a nivel de Iglesia, prontos para condenar la ignorancia, el abandono y la pobreza presentes en la sociedad y lentos para hacerlo cuando se trata de la Iglesia.

No solamente esto, sino que llegan al absurdo de tergiversar tanto las cosas hasta considerar como riqueza espiritual lo que es pobreza, debido al abandono en que viven las masas católicas desde hace siglos. Por eso ensalzan tanto la religiosidad popular, vista, no como un camino de salvación truncado y por lo tanto necesitado de apoyo, sino como un camino de salvación a secas.

Parece que están en favor del pueblo, al ensalzar los valores de su religiosidad, cuando en realidad lo están despreciando, abandonándolo a sus creencias, en lugar de hacer un esfuerzo serio para purificarlas y así permitirle un acercamiento más profundo a Dios.

Es interesante notar como en este aspecto el laicado comprometido manifiesta más sensibilidad, sinceridad e interés en afrontar con sano realismo la problemática eclesial. De parte del clero se nota poco interés, puesto que no está entrenado para eso, sino sencillamente para administrar los sacramentos. Al mismo tiempo no está dispuesto a renunciar a ciertos privilegios seculares y aceptar los sacrificios, que conlleva un cambio de perspectiva con relación al quehacer pastoral.

Norte y sur

A propósito de laicado comprometido, ¿dónde tiene más posibilidad de desarrollo y acción: en América del Norte o América Latina? Por la experiencia que tengo, puedo decir que en América del Norte el laicado comprometido tiene más oportunidades de desarrollo que en América Latina. ¿Cuál podría ser la razón? El problema cultural: en América del Norte hay más sentido de respeto por la dignidad de la persona, mientras en América Latina hay más instinto de poder.

En América del Norte los hispanos están organizados a nivel de grupo, contando con responsables propios. Se ponen de acuerdo, planean algo y lo realizan. Es que allá están acostumbrados a manejar normas claras, que les permiten actuar con sentido de libertad y responsabilidad.

Lo que no pasa en América Latina, donde todo depende de los humores y los caprichos de la autoridad eclesiástica, que maneja el poder de una forma totalmente discrecional, sin normas precisas, tratando a los laicos como eternos niños. Todo esto representa sin duda un enorme atraso con relación a los avances, que se han dado en la misma sociedad.

Lo que pasó en América Latina, es que se juntaron la herencia caciquil de los antiguos indígenas y de los conquistadores españoles (encomenderos) con el estilo piramidal y feudal propio de la estructura eclesiástica católica y salió la figura del señor cura, un pequeño dios todopoderoso, acaparador de funciones y beneficios, incuestionable, un ser temido, respetado y odiado al mismo tiempo, del cual todos necesitan y que a nadie puede satisfacer a cabalidad, dejando en todos un sabor de boca agri dulce.

Falta de valores

Por eso en América Latina hay tanta pobreza material y espiritual, tanta corrupción y abandono en todos los ámbitos de la sociedad. Según mi opinión, se trata esencialmente de un problema cultural, que consiste en la falta de valores, descubiertos, asimilados, conquistados y vividos. Se trata de una época en transición, que no es ni de aquí ni de allá, a merced de cualquier viento, a ver qué pasa. Por mientras se prefieren las palabras ampulosas a los hechos concretos, la apariencia a la realidad, el sentir al ser, el impacto a la racionalidad.

No se quiere escarbar en lo más hondo del propio ser, a nivel de Iglesia y sociedad, con miras a una auténtica superación. Se prefiere lo fácil e inmediato a lo duradero y sacrificado. Parece que su norma de conducta sea el antiguo *"carpe diem"*, el vivir al día, disfrutando el momento presente, sin grandes preocupaciones por el mañana.

De ahí el éxito del charlatán, el demagogo y el vendedor de ilusiones, con el peligro constante de caer en sus garras y ser defraudado, pisoteado y explotado por gente sin escrúpulo.

Pecado colectivo

Muchas veces me he preguntado: "¿Por qué en la Iglesia hay tanto miedo a conocer y enfrentar la realidad, así como es, sin maquillaje ni oropeles? ¿Por qué se prefiere el discurso filosófico, teológico y paternalista al análisis frío y objetivo de la realidad, a la luz de la Palabra de Dios? ¿No se dan cuenta los responsables de que no puede haber curación real sin diagnóstico preciso?"

Es la presencia del pecado colectivo dentro de la Iglesia, una versión del pecado colectivo presente en la sociedad: todos piensan así, siempre se pensó así, ¿por qué meternos en camisa de once varas? Mejor seguir por el mismo camino, aunque nos demos cuenta de que este camino nos va a llevar al fracaso total, a perder las masas católicas sin disparar ni un cartucho. El laico le echa la culpa al cura, este al obispo y el obispo al papa. Y así todos son culpables y nadie es culpable.

La peligrosidad del pecado colectivo consiste en que se comete a nivel inconsciente. De ahí el rechazo inmediato a ciertos planteamientos, vistos como una acusación injusta y una amenaza a la propia seguridad y tranquilidad, lo que hace aún más difícil la superación de ciertas situaciones irregulares.

Responsabilidad histórica

Desde hace años una pregunta ha revoloteado siempre en mi mente: "En América Latina el papel de la Iglesia por lo general ¿ha sido positivo o negativo? Por lo general, la Iglesia ¿ha sido factor de progreso o atraso para la sociedad?" Reconozco que aún no he encontrado una respuesta adecuada.

Sin duda, con su mismo estilo y estructuras autoritarias ha servido para afianzar regímenes autoritarios y hasta la fecha no descubro adelantos significativos al respecto. Es que dentro de la Iglesia todo se maneja a nivel de conceptos, no de práctica.

El otro día participé en un encuentro acerca de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe desde Medellín hasta la fecha. Puro análisis de documentos, hablando de adelantos, retrocesos e involución, pero solamente en los documentos. "¿Y la práctica?" pregunté al conferencista. No hubo respuesta.

Sea el conferencista que el auditorio nunca habían reparado en este tipo de planteamientos. Lo que a ellos les interesan, son los documentos, no la realidad eclesial, como si la teología fuera poesía pura. Y pensar que se trataba de un renombrado teólogo de la Liberación, que se ufana de estar totalmente comprometido con la transformación

de la realidad. ¿Cuál realidad? La realidad social. Cuando se habla de realidad eclesial, ya no saben qué hacer y pronto regresan al antiguo estilo conceptual.

En muchas ocasiones he hablado y escrito acerca del papel de la Iglesia como "Taller de Humanismo". Taller, no escuela. Práctica, no teoría pura. ¡Cuánto hubiera podido hacer la Iglesia en este aspecto y no hizo! Sin duda, una enorme responsabilidad histórica recae sobre nosotros, herederos de un estilo de vida poco afecto a enfrentar los problemas reales, presentes en la Iglesia y en la sociedad en general.

Grupos apostólicos y movimientos eclesiales

En este contexto eclesial sombrío y angustiante, surge una luz de esperanza: son los grupos apostólicos y los movimientos eclesiales, gente que, inspirada por Dios y enarbolando la bandera del Evangelio, se lanza en el seguimiento de Cristo de manera radical, sin muchos razonamientos ni complejos. Un aire nuevo pervade los ambientes eclesiales católicos.

Hay resistencia, pero el Espíritu no se deja amedrentar. Un rayo de luz rasga el velo de la rutina. El Espíritu, que movió a los profetas, a Cristo y a los apóstoles, vuelve a marcar el ritmo de la historia. De sus filas surgirán los apóstoles de mañana, los que van a inyectar nuevo aliento y energía en el cuerpo eclesial.

Por eso hay tanta oposición contra ellos. En efecto, se trata de dos maneras muy diferentes de entender y vivir la fe: una basada sobre el rito, la rutina y el raciocinio puro y otra basada sobre el impulso del Espíritu, que sopla donde quiere, cuando quiere y cómo quiere (Jn 3, 8); una marcada por la letra y otra por el Espíritu (2Cor 3, 6). Confío en que esta segunda manera de ser creyentes a la larga vaya a prevalecer sobre la primera. ¡Lástima que antes será necesario tocar fondo, perdiendo las masas católicas por el capricho de gente muy afecta a los valores puramente humanos y poco sensible a los valores estrictamente evangélicos!

Una relación difícil

El clero, por su propia manera de ser y actuar, por lo general, prefiere al católico ignorante, sumiso y complaciente, que no cuestiona ni reclama nada y está dispuesto a decir negro lo que es blanco y blanco lo que es negro con tal de no entrar en conflicto con la autoridad. Cuando tiene que enfrentarse a un católico consciente, su reacción es

en la línea de la absorción o la eliminación, como es propio de los regímenes autoritarios.

En este aspecto los Misioneros de Cristo tenemos mucha experiencia. Muchos grupos han desaparecido por absorción. Se aprovechan de su inmadurez y deseo de grandeza, para ofrecerles cargos en la parroquia y así los ponen a su servicio. Ya se olvidan de evangelizar y se integran al coro, cooperan en las rifas, ayudan a coleccionar y apoyan en la organización de las fiestas patronales.

Los que no quieren entrar al aro, tienen una vida difícil. En algunos casos se les prohíbe cualquier actividad oficial. Si fuera posible, les prohibirían hasta respirar en el territorio parroquial. De hecho no faltan curas que se consideran "dueños" de todo lo que se encuentra o se mueve dentro de su territorio, como si viviéramos en plena época feudal.

En una ocasión, dos misioneras de Cristo le piden permiso al señor Cura para distribuir folletos a los feligreses a la salida de la misa. No se lo concede. Entonces las misioneras se van a distribuirlos de casa en casa por la calle. Por casualidad pasa el cura, las ve y las reprende con fuerza:

— ¿No les prohibí repartir sus folletos en mi parroquia?

— Usted manda solamente en el templo, no en la calle— es la respuesta enérgica de las misioneras.

El cura se da la vuelta y desaparece. Se da cuenta de que los tiempos están cambiando y también dentro de la Iglesia hay gente que conoce sus derechos y él ya no puede actuar como un cacique todopoderoso. En otra ocasión, otro cura, simpatizante de nuestro carisma, no nos permite repartir literatura a la salida del templo:

— Es que ya estoy ayudando a las hermanas contemplativas, dándoles el permiso de vender rompopo y galletas.

Uno se pregunta: "¿Qué tienen que ver el rompopo y las galletas con los folletos del curso bíblico?" Según la manera de pensar del señor Cura, todo lo que sus feligreses tienen destinado para asuntos religiosos, le pertenece a él y tiene que parar a sus bolsillos. Por lo tanto, si permite en su territorio parroquial otras iniciativas de orden religioso, automáticamente está reduciendo sus ingresos.

Un obispo, considerado gran pastoralista, organiza la diócesis según el estilo clásico de la pastoral profética, litúrgica y social. Todo perfecto. El problema empieza cuando decide reunir a los agentes de pastoral para darles la formación correspondiente. Casi nadie acude a su llamado. El obispo se desconcierta, no entiende la razón. Se imagina que todos

sus feligreses comprometidos tienen que estar a sus órdenes sin pestañear. Es su manera muy peculiar de entender la relación entre el pastor y las ovejas.

Entonces decide echar mano de los grupos apostólicos y los movimientos eclesiales. Para poderlos manejar a su antojo, les quita su asesor eclesiástico y los aísla completamente, prohibiéndoles cualquier apoyo que les pueda venir de afuera de la diócesis de parte de sus mismos dirigentes. Es su manera de entender la autoridad del obispo, como un monarca absoluto, más allá de todo derecho establecido (el derecho canónico).

Se imagina que ahora sí los tiene a todos en sus manos, quieran o no, dispuestos a obedecerle en todo, puesto que se trata de gente formada y comprometida. Y desde esta perspectiva planea su formación y nueva organización pastoral, como si se tratara de títeres que puede mover a su antojo.

Para arrancar, se informa acerca de la cantidad de gente, que acude a los congresos anuales de cada movimiento: unas 17.000 personas en total. Basándose en este dato, organiza el suyo, que prevé espectacular. Alquila 8.000 sillas y acondiciona para el evento el patio del seminario con un sonido, cuyo alquiler le cuesta 30.000 pesos (unos tres mil dólares).

Su razonamiento es muy sencillo: si los miembros de los grupos apostólicos y los movimientos eclesiales, que participan en sus eventos propios, son 17.000, por lo menos serán la mitad los que van a participar en un evento organizados por la diócesis de manera oficial y presidido por el mismo señor obispo. Pero no es así. Se celebra el evento y participan apenas unas 400 personas. Fracaso total. El obispo casi cae en depresión. Es que aún no se da cuenta de que los tiempos cambiaron y no todos están dispuestos a someterse a los caprichos de los de arriba, sean políticos, curas u obispos.

En otra ocasión un obispo decide aprovecharse de los Misioneros de Cristo presentes en su diócesis para dar inicio a un movimiento misionero propio. Les ordena como obispo que se aparten de su organización y obedezcan a él como autoridad suprema. O salgan de la diócesis. Todos se salen de la diócesis. Al obispo casi le da un infarto. Desde entonces, como represalia, no deja de molestar desde la cúpula del poder, una vez nombrado Presidente de la Comisión Episcopal para los Laicos.

Fotografías y retratos

De todos modos, no logra parar el avance de los Misioneros de Cristo. De hecho no es ni la primera vez ni la última vez que esto sucede. Basta conocer un poco la historia de la Iglesia. Lo que sí hoy importa a nosotros, es tomar conciencia de la realidad en que vivimos, para definir bien el rumbo a seguir, teniendo en cuenta las dificultades reales que tenemos que superar, dificultades que nos vienen desde afuera y desde adentro de la misma Iglesia.

A veces alguien me pregunta acerca de las reacciones del clero con relación a los Misioneros de Cristo o en general a los grupos apostólicos y movimientos eclesiales. Mi respuesta es la siguiente: un 10% en favor, un 10% en contra, y los demás indiferentes: hagan lo que quieran, no cuenten conmigo. Yo sigo con lo mío (distribución de los sacramentos).

Estando así las cosas, ¿cuál es el sentido de lo que aquí estoy relatando? A parte de ofrecer una oportunidad de reflexión a los que se sienten comprometidos con el Evangelio y el destino de la Iglesia, quiero dejar constancia del momento histórico que estamos viviendo, sacando fotografías o pintando retratos de la realidad eclesial así como la percibo. Que a uno le guste y a otro no, es lógico. No soy una monedita de oro para que les guste a todos.

Comunicador nato

Desde la niñez fui un comunicador nato, siempre rodeado de gente escuchando mis relatos, reales o inventados. Ahora esta pasión se ha vuelto vocación, una manera más de comunicar el mensaje, por radio o televisión, en grupos o congresos, siempre hablando para compartir experiencias o reflexiones, aclarar dudas o transmitir el Evangelio. Lo único que puedo asegurar, es que nadie queda indiferente ante mis planteamientos. Pronto surgen reacciones en pro o en contra. En realidad, se trata de un discurso totalmente novedoso y cuestionante.

De hecho, prefiero el contacto directo con el público a la grabación en un estudio. A menos que no se trate de algo muy especial, prefiero mirar en la cara a la gente, antes de decidir qué tema voy a dar y cómo. Puedo hablar paseando, sentado o delante de un atril. Todo depende de mi condición física, el tipo de público que tengo enfrente y el estado anímico en que me encuentro.

Reacciones a mis propuestas

Desde que empecé a manejar el tema de los cambios dentro de la Iglesia, la pregunta más recurrente es: "¿Qué piensa la jerarquía de todo esto?". Mi respuesta casi siempre es la misma: "No sé". En realidad, nadie se atreve a expresar públicamente su opinión al respecto.

Es una prueba más del tipo de régimen que tenemos dentro de la Iglesia. Un régimen de tipo autoritario, donde no existe el debate claro y abierto. Es lógico: si todo se decide desde arriba, ¿para qué debatir? ¿Para qué meterse en problemas, sin necesidad? Se critica entre gente de confianza, se toman represalias, prohibiendo repartir entre la propia gente este tipo de literatura, se chantajea...hasta ahí.

Por terceras personas sé que están bien enterados de cuanto escribo, que el cura tal ya no quiere verme ni en pintura o que no entienden el motivo de mi actitud hacia el clero. Y un servidor continuamente tiene que aclarar que no se trata de nada personal, que no hay nada en contra de los curas y que sencillamente se trata de estructuras y actitudes de otros tiempos, que ya no funcionan y que por lo tanto hay que cambiar.

Quejas

Cuando tengo algún programa por radio o televisión, prefiero que estén los micrófonos abiertos para escuchar los comentarios del público y contestar a sus inquietudes. Casi siempre sus intervenciones tienen que ver con los ataques de los no católicos y la falta de apoyo de parte de los mismos curas, que parecen estar más en favor de los que no son católicos que de los mismos católicos.

Otra queja: para cualquier iniciativa, se necesita contar con su permiso. De otra manera, son acusados de estar creando una nueva secta dentro de la Iglesia. Es interesante notar cómo, los mismos que aseguran llevarse bien con las sectas, se espantan y espantan a los feligreses con el fantasma de estar formando una secta.

Forma mentis

Estimulado por un programa radial, alguien me pide una entrevista para su periódico. Acepto de buena gana.

— *Pregunta:*

P. Antonio, ¿no se da cuenta de que sus planteamientos son parciales? ¿A qué se debe?

+ *Respuesta:*

Es lógico que mis planteamientos sean parciales. En realidad, mis escritos no son tratados de teología, sino el resultado de una reflexión acerca de una determinada problemática eclesial. Yo presento mi manera de ver las cosas; les toca a los demás presentar la otra cara de la moneda. De ahí viene el debate y el avance.

— *Pregunta:*

De hecho, ¿cuáles han sido las reacciones a sus escritos en los ambientes eclesiásticos y en el pueblo en general?

+ *Respuesta:*

Entre el pueblo en general, mucha aceptación. Son los que están sufriendo las consecuencias de una cierta manera de llevar las cosas dentro de la Iglesia y sueñan con algo diferente. En los ambientes eclesiásticos, por el contrario, hay mucha resistencia. Claro: los instalados y privilegiados del actual sistema no quieren el cambio. Solamente unos cuantos están de acuerdo y tienen el valor de manifestarlo públicamente.

— *Pregunta:*

¿De qué depende esta manera tan generalizada de pensar y actuar de parte del clero?

+ *Respuesta:*

Del tipo de formación que se imparte en los seminarios, que ha creado en los alumnos una cierta 'forma mentis', es decir, una manera muy peculiar de ver las cosas y enfrentar los problemas, que refleja los intereses de clase.

— *Pregunta:*

¿Puede presentar algún ejemplo concreto?

+ *Respuesta:*

+ Con mucho gusto.

* ***El uso de la Biblia durante la Misa.***

La mayoría de los curas están en contra. A veces amenazan con suspender la misa, si la gente no cierra la Biblia. ¿La razón? Es anti litúrgico. Esto dicen en todas partes. Así que, según ellos, es anti litúrgico usar la Biblia, pero no es anti litúrgico usar hojitas o misalitos. ¿Cuál es

la verdadera razón? El miedo a lo desconocido: "¿Qué pasará el día en que se generalice el uso de la Biblia en la Iglesia y la gente empiece a preguntar cosas que desconozco?" Por la misma razón es raro que algún cura permita preguntas al aire, durante algún programa de radio o televisión.

*** *No a la apologética.***

¿La razón? Pasó de moda. Mejor el ecumenismo. Ecumenismo ¿con quién? ¿Con los que nos están atacando y se están llevando a nuestra gente? Ahora bien, ¿cuál es la verdadera razón? La flojera y el desinterés con relación al cuidado del rebaño, que les ha sido confiado: no quieren regresar a los libros para prepararse a enfrentar el problema del proselitismo religioso con sentido de responsabilidad.

Por eso inventan cualquier excusa. Y esto en todas partes. Aquí está lo raro. Por eso hablamos de forma mentis especial, lejos del sentir del pueblo, que reclama a gritos su intervención. En todas partes identifican el ecumenismo con el amor y la apologética con el pleito. Así que, según ellos, Jesús fue el más grande peleonero, puesto que continuamente estuvo defendiéndose de las acusación de los fariseos y tanta otra gente, que trataba de desacreditarlo ante el pueblo, inventando cualquier cosa.

Por lo tanto, mientras el pueblo sufre ante el acoso de los grupos proselitistas, muchos pastores se la pasan mirando, sin mover ni un dedo para aclarar las dudas que les están metiendo a sus feligreses. Y a todo esto lo llaman ecumenismo y amor. ¡Hasta qué punto puede llegar el cinismo: no hacer nada, echándolo a perder todo, y sentirse abierto y con la conciencia tranquila, convencido de que ésta es la forma correcta de manifestar el amor! Amor ¿hacia quién? ¿Hacia Dios? ¿Hacia la Iglesia de Cristo? ¿O hacia el quieto vivir?

Aquí se manifiesta de una manera patente el peligro de tomar las cosas como un juego mental, olvidando la realidad. Un peligro no tan raro en el clero, acostumbrado al razonamiento por su misma formación filosófica, razonamiento que fácilmente se puede volver en manipulación, aprovechándose de la falta de preparación de la gente, a quien pretende servir. Algún día tendrán que responder de todo esto ante la historia y ante el Pastor Supremo, que conoce hasta las intenciones más recónditas.

*** *Futuro de la Iglesia.***

Estando así las cosas, ¿qué piensan los teóricos del ecumenismo a ultranza con relación al futuro de la Iglesia? Que la Iglesia Católica en

pocos años se va a desplomar, volviéndose en un grupo cualquiera, dando origen de esa manera a una especie de superiglesia, en que todos tengan cabida y convivan en paz “ecuménicamente”, bajo la paternal mirada de la jerarquía católica. Algo totalmente antibíblico e inaudito a lo largo de toda la historia de la Iglesia. ¡Y todo esto por no estar dispuestos a enfrentar los sacrificios y los riesgos, que implican una adecuada formación del católico (incluyendo la apologética) y una reestructuración general del aparato pastoral de la Iglesia!

Mientras tanto se dedican a realizar cosas de poca trascendencia para una auténtica superación del pueblo católico, con tal de seguir cosechando a expensas de los ingenuos. En lugar de enseñar a orar, prefieren orar ellos en nombre del pueblo, a cambio de una recompensa económica. ¿Hasta cuándo durará esta praxis, que tanto daño ha causado y sigue causando al pueblo de Dios? Hasta que la mata siga dando. ¿Y después? Dios dirá.

* *Complejo de culpa en los laicos.*

Según el clero, ¿por qué en la Iglesia se nota siempre más frialdad y por consiguiente muchos la abandonan? Por culpa de los laicos, que no quieren comprometerse. Comprometerse ¿a qué? Quién sabe. ¿Cómo? ¿Sin percibir nada a cambio? Así que, mientras los clérigos no hacen nada, sin recibir una recompensa económica, los laicos tendrían que hacer todo lo que puedan, *gratis et amore Dei* (gratuitamente y por el amor de Dios).

A este respecto, alguien maliciando se preguntaba: ¿por qué hay tan pocos curas que dedican tiempo a las confesiones? Porque las confesiones son gratis. Pongan una tarifa y verán curas confesando de la mañana a la noche.

— *Pregunta:*

Usted ¿cómo se siente en esta situación?

+ *Respuesta:*

Como el profeta Jeremías, que hizo todo lo posible para poner en guardia al pueblo acerca del peligro que lo amenazaba y no le hicieron caso, hasta que llegó el desastre.

— *Pregunta:*

¿Quiere dar algún consejo práctico a los laicos comprometidos?

+ *Respuesta:*

Con mucho gusto. Me comprometo a dirigirles un mensaje muy especial.

CARTA ABIERTA A LOS LAICOS COMPROMETIDOS

Mis queridos (as) hermanos (as) en Cristo:

Antes que nada, permítanme felicitarles por su actitud de compromiso con la misión de la Iglesia. En un mundo, dominado por el egoísmo y el interés personal o de grupo, ustedes representan un testimonio de libertad y valentía, al ver más allá de los estrechos horizontes de la cotidianidad y comprometerse con las grandes causas del Evangelio.

Vino nuevo en odres nuevos

Como católicos metidos totalmente en los asuntos del mundo y al mismo tiempo en la vida de la Iglesia, se habrán dado cuenta de un cierto desequilibrio, que existe en nuestros ambientes con relación al mundo en que vivimos. Mientras en la sociedad se han dado grandes cambios con relación al pasado, en la Iglesia persisten aún instituciones, estructuras y estilos de vida propios de otros tiempos. El mismo lenguaje filosófico— teológico, que se maneja a nivel oficial, hace siempre más difícil la transmisión del mensaje y la comunicación entre los pastores y los feligreses.

Pues bien, en esta situación, ustedes, bien empapados de los valores evangélicos, sensibles a las exigencias de la sociedad contemporánea y manejando oportunamente el lenguaje actual, tendrán la tarea de hacer más accesible el Evangelio al hombre de hoy. Al mismo tiempo, al interior de la Iglesia, mediante su testimonio de sinceridad y espontaneidad, irán creando un nuevo tipo de relaciones entre todos, más respetuoso de la dignidad humana y más acorde al Evangelio.

Carismas diferentes

Como católicos comprometidos, dedíquense por tanto a lo propio y dejen a los demás lo que les corresponde. ¿Qué dijo Jesús? 'Deja que los muertos sepulsen a sus muertos. Tú vete a anunciar el Reino de

Dios' (Lc 9, 60). Si Dios los llamó para anunciar el Reino de Dios, ¿por qué van a dedicar su tiempo a otras cosas?

Que los demás se dediquen a las rifas y a la venta de los tamales. Es su manera propia de colaborar en los asuntos de la Iglesia. Pero, si cada uno de ustedes recibió algún carisma, don o capacidad especial para el bien de toda la Iglesia, dedique su tiempo precioso a vivir y actuar según este carisma y no lo desperdicie en asuntos de poca importancia, al margen del don recibido.

Colaboradores, no siervos ni esclavos de nadie

Posiblemente su manera de actuar va a molestar a los que están acostumbrados a tratar a los laicos como si fueran niños. Pues bien, dependerá de ustedes, de su capacidad de enfrentar estas situaciones, si se volverán en agentes de cambio dentro de la Iglesia o contribuirán a reforzar, mediante una actitud sumisa y acrítica, modelos infantiles de relaciones, totalmente al margen de la enseñanza de Cristo y el sentir propio de nuestros tiempos.

Haciendo esto, más que contribuir al progreso de la Iglesia, la van a perjudicar más, perpetuando vicios del pasado y aislándola más del mundo en que vivimos, más sensibles a los valores de la libertad y dignidad.

Obediencia y autonomía

Alguien, al enterarse de esto, podrá escandalizarse, pensando que se está faltando al respeto y la obediencia, que se debe a los pastores de la Iglesia. Será su manera propia de ver las cosas, rezago de épocas feudales. En realidad, el respeto no está reñido con la dignidad de la persona y la obediencia no consiste en decir siempre sí, sin tener en cuenta de qué se trata.

Ahora bien, ustedes, con su manera de actuar, tienen que ayudar a los pastores de la Iglesia a madurar en la manera de ejercer la autoridad, dejando a un lado el estilo autoritario que los caracterizó en el pasado. Todo esto, cuando se trata de asuntos eclesiales.

Cuando, al contrario, se trata de asuntos directamente profanos, tienen que exigir su completa autonomía. En este caso, son ustedes, que, bien empapados del sentir que emana del Evangelio, van a tomar las decisiones pertinentes, sin dejarse manipular por nadie, sea quien sea, no importando el cargo que ostente dentro de la jerarquía eclesial.

No se olviden de la advertencia de Jesús: “Al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios” (Mc 12, 17) o del refrán popular: “Zapatero a tus zapatos”. Solamente así podrán representar una voz genuina al interior de la Iglesia, con una sensibilidad y con una visión original de los problemas.

De otra manera, correrán el peligro de volverse en puros repetidores de conceptos, sin el calor y la fuerza de la experiencia y sin incidencia en la realidad.

Influjo en la sociedad

Un amplio panorama se presenta ante sus ojos para que puedan actuar en la sociedad como verdaderos discípulos de Cristo, comprometidos con el bien común. Las posibilidades son enormes: la política, la comunicación, la educación, la seguridad, la impartición de la justicia, el arte, el campo, la fábrica, el taller, el servicio social a solas o en forma asociativa (las ONG's), etc.

Que en todo esto tengan el valor de decir sí, cuando es sí, y no, cuando es no (Mt 5, 37), actuando siempre con independencia de criterio y dejándose guiar solamente por la luz del Evangelio y su conciencia, realmente preocupados por el bien común y el pleno respeto al derecho de cada quien.

Que como laicos comprometidos empiecen a incursionar en los medios de comunicación masiva, como comunicadores y como dueños de los mismos, y también en la educación, contando con colegios y universidades propias. Así podrán contribuir directamente en la formación de sus hijos y las nuevas generaciones de católicos, según el estilo propio que ustedes quieran implantar a la luz de su experiencia, sin una dependencia continua del clero o de otro tipo de instituciones católicas, que a veces de católico tienen solamente el nombre.

Que en todo esto actúen con plena honestidad intelectual, rectitud de intención y fidelidad al Evangelio y el hombre de hoy, rompiendo monopolios y afirmando sin reticencia alguna su identidad católica, más allá de toda retórica aperturista, que en muchos casos lo único que pretende es garantizar mayores ingresos económicos, diluyendo el sentido de la fe y dando cabida a todos y a todo.

Influjo dentro de la Iglesia

Al mismo tiempo, se les presentan grandes oportunidades para poder influir dentro de la Iglesia, llevando el aire fresco de la espontaneidad, la sinceridad y la autenticidad. Que no los atrape la

tentación de la rutina y el ritualismo. También en este caso, es mejor “dejar que los muertos sepulsen a sus muertos” (Lc 9, 60). En realidad, hay gente que se encarga de eso.

Ustedes, como laicos comprometidos y al mismo tiempo sin ningún interés de orden económico o prestigio, dedíquense a descubrir nuevas formas de captar y vivir el mensaje evangélico, teniendo en cuenta la realidad concreta en que viven. En este sentido pueden aportar mucho en el campo de la catequesis, la liturgia, la administración o la evangelización de los alejados.

No se sientan esclavos de nadie. Si encuentran dificultad para realizarse en un determinado lugar, vayan a otro (Cf. Lc 10, 10). Así podrán realizarse plenamente y dar lo mejor de sí, evitando el peligro de un desgaste constante en situaciones de conflicto, rechazo o imposición.

Conozcan sus derechos como miembros de la Iglesia y háganlos respetar. Que no vaya a pasar que, mientras estén luchando por la afirmación de la dignidad humana en la sociedad, al interior de la Iglesia, por cobardía o un malentendido espíritu de obediencia y fidelidad, permitan cualquier tipo de atropello.

Al contrario, si quieren dar un mejor servicio a la Iglesia, tienen que luchar para que, también dentro de la Iglesia, se respeten los derechos humanos y se pueda llegar a establecer alguna institución específica al respecto.

Grupos Apostólicos y Movimientos Eclesiales

Es donde mayores oportunidades tienen de organizarse autónomamente y planear acciones concretas más conformes a su manera de ver las cosas. Como se dan cuenta, la Iglesia necesita estructuras nuevas, que le permitan actuar con mayor incidencia en el mundo de hoy. Pues bien, ustedes tienen la oportunidad de organizarse de manera tal que todos y cada uno de ustedes pueda realizarse plenamente y ofrecer al mismo tiempo a la Iglesia un servicio más especializado en las distintas áreas, contando con los recursos de sus mismas instituciones.

Pues bien, para que su presencia dé a la Iglesia los frutos esperados, los invito a ser creativos a lo máximo, ensayando nuevos métodos de apostolado y creando nuevas estructuras de evangelización, que sirvan de estímulo para el actual aparato ministerial de la Iglesia, atrapado muchas veces en moldes de otros tiempos y casi asfixiado.

Que no le tengan miedo a la resistencia que les pueda venir de parte de algunos miembros del clero, celosos de sus prerrogativas y temerosos ante todo lo que sabe a novedad y puede representar un peligro para su seguridad y prestigio. Que se den cuenta de que no se trata de competencia, sino de colaboración en una misión que es tarea de todos los miembros de la Iglesia.

Una de las condiciones esenciales para vivir y actuar con libertad, según el propio carisma, es poder contar con instalaciones propias y medios propios de subsistencia.

Centros de formación

Para que puedan ir formándose cada día mejor con miras a ofrecer un mejor servicio a la Iglesia y a la sociedad, es oportuno que ustedes mismos intervengan en la formulación y aplicación de los programas o cuenten con centros de formación propios. Solamente así será posible garantizar una preparación práctica, no solamente teórica, con análisis precisos de la realidad y entrenamiento para enfrentar y resolver los problemas reales, que nos están afectando como Iglesia y sociedad, fijándose más en los resultados concretos que en las buenas intenciones.

Conclusión

Hay voces recurrentes que hablan de una nueva época en la historia de la Iglesia, en que el papel del laico será determinante. Adelante, pues, con valentía y espíritu de creatividad. A ver qué nos depara el Espíritu.

Siempre unidos en la oración y el común ideal, que es la misión.

ATENTAMENTE

P. Antonio

VIERNES SANTO— INICIO DE LA PRIMAVERA.

Quinta Parte

UN NUEVO ROSTRO
DE IGLESIA

Yo voy a abrir sus sepulcros.
Los voy a sacar de sus sepulcros.
Infundiré mi espíritu en ustedes para que revivan.
(Ez 37, 12.14).

Capítulo 1

EVANGELIO Y CULTURA EN EL CATOLICISMO LATINOAMERICANO

Café teológico-pastoral

Aprovecho mis clases en el seminario para regalar a todos los alumnos, superiores y maestros una copia de mi último ensayo, titulado: *“Evangelio y Cultura en el catolicismo latinoamericano”* (1). Me imagino que habrá un cierto interés en leerlo y comentarlo. Por eso concierto un café teológico-pastoral, al que todos quedan invitados, incluso algunos laicos comprometidos. Para dar a todos el tiempo necesario para leer y reflexionar el documento, doy un mes de plazo.

¿De qué se trata? De profundizar el *análisis de la realidad eclesial*, manejando las categorías de *Evangelio y Cultura*, como fuentes principales de inspiración. Haciendo eso, es fácil aclarar el origen de ciertas coincidencias y divergencias presentes en las distintas corrientes del catolicismo latinoamericano. Se trata de algo sumamente estimulante, que ofrece una enorme posibilidad de reflexiones, hasta poderse hablar de un *catolicismo “evangélico”* y un *catolicismo “cultural”*, un catolicismo en que la inspiración fundamental viene del Evangelio y un catolicismo en que la inspiración fundamental viene de la Cultura, tomada en el sentido más amplio, es decir, el sentir de la gente, sus deseos y aspiraciones, usos y costumbres, creencias, etc.

Llegada la fecha, regreso al seminario para impartir las clases de costumbre. Lo que me preocupa es que, en lugar de encontrar, como me esperaba, un ambiente de entusiasmo con relación al próximo café teológico-pastoral, noto una cierta frialdad hacia mi persona. Casi todos los alumnos, los superiores y los maestros se muestran indiferentes. Al recordarles la fecha del café teológico-pastoral, dicen que sí y nada más, sin ningún comentario. Pregunto la razón al rector del seminario.

— Este escrito — declara — para muchos ha colmado la medida. Les parece como una declaración de guerra. Ya no pueden camuflar sus intenciones. Es como si alguien, de buenas a primeras, tomara la decisión de desnudarlos completamente, sin dejarles ninguna posibilidad de salida. De hecho, después de este escrito, que puedo asegurar todos han leído muy atentamente, ya no saben qué inventar para justificar actitudes y costumbres, que no tienen nada que ver con el Evangelio. Lo felicito sinceramente por su valentía y atrevimiento. Tengo la impresión que con este ensayo le haya dado directamente al clavo. Por lo tanto, creo que serán muy pocos los que vayan a participar en el café teológico-pastoral.

— Lo peor del caso es que, siendo filósofos y teólogos, no acepten dialogar sobre asuntos de suma importancia para el presente y el futuro de la Iglesia en nuestra región, en el país y el mundo entero. Hablan de diálogo ecuménico e interreligioso, diálogo cultural y de tantas otras cosas bonitas, pero, a la hora de los hechos, no hay nada. Pura palabrería y demagogia. A propósito, ¿sabe si va a venir algún pez gordo de la curia?

— No sé. Nadie ha confirmado su participación. Casi seguramente vendrá el secretario canciller. Normalmente así hace al señor arzobispo para enterarse de los chismes clericales.

— ¿Cuál será la opinión del señor arzobispo al respecto?

— Total hermetismo. En una entrevista que acabo de tener con él con relación a la marcha del seminario, le hablé del próximo café teológico y le pregunté acerca del escrito, que vi de reojo sobre su escritorio. Su respuesta fue: “No tuve tiempo para leerlo”. Ya lo sé. Es su estilo propio: no quiere meterse en problemas sin necesidad.

Fiestas religiosas

A la hora establecida, damos inicio al café teológico con unos treinta participantes, entre ellos dos maestros del seminario, el rector, el secretario canciller y unos diez laicos comprometidos. Un seminarista simpatizante, para introducir el evento, presenta un resumen del ensayo, subrayando los puntos más importantes. Pronto empiezan las intervenciones.

— Según mi opinión — declara un diácono próximo a la ordenación sacerdotal —, lo que estamos viviendo aquí es pura religiosidad popular con fiestas patronales, peregrinaciones, procesiones, imágenes, etc. Lo malo es que todo esto se está haciendo en un contexto totalmente pagano, con borrachera, bailes y tantas otras cosas que no tienen nada que ver con la auténtica fe cristiana.

Fondos para la Iglesia

— Lo peor del caso — añade un seminarista — consiste en el hecho que los mismos curas promueven todo esto, según ellos con el objeto de sacar fondos para la Iglesia. Con este cuento se están haciendo auténticas barbaridades. En mi pueblo, por ejemplo, el actual cura ha decidido remodelar el templo parroquial. Según sus cálculos, se van a necesitar unos seis millones de pesos (seiscientos mil dólares aproximadamente). Pues bien, ¿cómo conseguir dichos fondos en una región tan pobre como la nuestra? Organizando rifas, quermeses y bailes con bebidas alcohólicas y cerveza. Así que la gente de por sí ya es pobre y ahora por ayudar a la Iglesia se va a volver aún más pobre y con más vicios.

— En mi parroquia — comenta un laico comprometido — para sacar fondos para la Iglesia, el cura aumentó por dos o tres veces las tarifas de los sacramentos o aranceles. Imaginense: si alguien quiere casarse por la Iglesia, tiene que pagar lo que corresponde al sueldo de un mes. ¡Una verdadera barbaridad! Por eso muchos están abandonando la Iglesia. Yo mismo, siendo católico comprometido, muchas veces he tenido la tentación de dejar la Iglesia y vivir mi fe a solas, por mi cuenta. Es que ciertas situaciones ya se volvieron insoportables.

Iglesia madrastra

— Si no ponemos cuidado en todo esto — amonesta un maestro del seminario —, con nuestra actitud irresponsable, corremos el riesgo de echarlo a perder todo. En lugar de reunir al rebaño, lo dispersamos más; en lugar de presentar a la Iglesia como madre, la presentamos como madrastra.

— Bueno. ¿Cuál es el problema? — opina un seminarista como desencantado — En la Iglesia nadie está a la fuerza. El que no está de acuerdo, que se vaya. Las puertas están abiertas.

— Ahí está el tipo de cura que tanto daño está causando a la Iglesia — retoma la palabra el maestro del seminario —: el cura déspota, que se considera dueño de todos y de todo, sin importarle nada lo que piensa y siente la gente. Ojalá que, antes de acceder a las órdenes sagradas, pueda someterse a una terapia y lograr asimilar nuevos patrones de conducta, evitando a la Iglesia más problemas de los que ya tiene.

— Disculpen, hermanos; no pensaba que era para tanto.

Imágenes vivas

Mientras sigue una breve escaramuza entre los que están de parte del maestro y los que están de parte del seminarista, invito a los asistentes a presentar otras opiniones.

— En todo este asunto — interviene el rector del seminario — lo que más me molesta es la falta de esfuerzo que se está haciendo dentro de la Iglesia para purificar la religiosidad popular y presentar al auténtico rostro del catolicismo, centrado en Cristo y su Palabra. Hay lugares, especialmente en ciertas regiones indígenas, en que la gente aún cree que las imágenes están vivas y hacen milagros. Me pregunto: ¿es posible que después de quinientos años de cristianismo aún nos encontremos como en los inicios? ¿Qué hemos hecho durante tanto tiempo? Administrar sacramentos y ya. ¿Y por qué? Para no meternos en conflicto con la gente. Claro que, actuando de esa manera, lo único que hemos logrado, ha sido perpetuar creencias, que rayan en la idolatría, confundiendo cada día más a la gente, en lugar de ayudarla a crecer en la fe.

— Lo que precisamente está pasando en mi parroquia — precisa otro laico comprometido —. El p. Gonzalo, no sé si lo hace de buena o mala fe, enseña a la gente que las imágenes están vivas y que hacen milagros. Asegura que en una ocasión le habló la imagen de San Juan Bautista.

— ¿Vieron hasta qué punto se puede llegar? — sigue el rector del seminario —. Y todo esto por el maldito amor al dinero. No solamente no se enseña la doctrina católica acerca de las imágenes, sino que, en algunos casos, a propósito se llega a enseñar todo lo contrario.

Santuarios

— ¿Han pensado alguna vez — cuestiona el otro maestro del seminario — porqué acude tanta gente a nuestros santuarios? Me pregunto: ¿Por qué no se hace alguna investigación seria al respecto? ¿Por qué algún seminarista no escoge el tema de los santuarios como tema para una tesis en teología?

— Porque, si la gente sabe que se trata de simples estatuas e imágenes — opina un seminarista —, ya no va a ir a los santuarios y sabemos que en algunos casos para una diócesis el santuario representa la fuente principal de ingresos para sostener el seminario. De hecho, mucha gente piensa que la imagen o estatua del santuario está viva. Si supiera que no tiene vida, no iría hasta el santuario para pedir un favor o pagar una manda y con eso disminuirían notablemente los ingresos para la diócesis.

— Así que, bajo un manto de comprensión hacia la gente pobre e ignorante, se está escondiendo un interés de tipo económico y lo que tendría que ser un medio para evangelizar a las masas populares se está volviendo en un medio para afianzarlas más en su ignorancia y así explotarlas mejor. Si vieran todo esto los profetas Isaías y Jeremías, sin duda les daría un infarto.

— El hecho es que no es tan fácil aclarar de la noche a la mañana un problema que viene de siglos atrás.

— Aquí no se trata de aclarar este asunto de la noche a la mañana, sino de hacer algo para aclarar las cosas o no hacer nada y seguir siempre con lo mismo con el pretexto de la apertura y la comprensión.

Simonía

El clima se está calentando. Parece que todos estaban esperando esta oportunidad para desahogarse, sacando cosas que tenían guardadas en el subconsciente desde hace mucho tiempo, preguntas sin respuestas, amasadas bajo el peso de costumbres ancestrales. Así que, sin darnos cuenta, entramos en el tema de la simonía, siempre con miras a una toma de conciencia y una superación. Los casos que se presentan son muy variados, pero siempre marcados por el signo de pesos.

— En mi pueblo — declara otro seminarista —, al finalizar la santa misa, de inmediato el señor cura se traslada a la salida del templo. Allí se despide de la gente, rociando con agua bendita a todos los que depositan alguna limosna en una canastita. Si alguien no deposita nada, se queda sin agua bendita. Una manera muy eficaz para presionar a la gente a dejar una limosnita más, antes de salir del templo

— En mi pueblo — declara otro — todos están obligados a comprar el cirio pascual en la parroquia. De otra manera el padre no le da la bendición. La oficina parroquial parece una tienda, donde se venden cosas sagradas. Se paga y todo arreglado. Hay tarifas para todo: bendición de carros y casas, bautismo, confirmación y matrimonio. Se paga según la tarifa establecida, se recibe un comprobante y con este en la mano se procede. ¿Y la preparación adecuada? ¿Y las debidas disposiciones? “¿Qué es eso?”

En otro pueblo el señor cura invita a todos los feligreses a llevarle los envases de refrescos que ya no utilizan. ¿Para qué? Para llenarlos de agua bendita y venderlos con un precio superior al costo normal del mismo refresco. Como se ve, un negocio muy sencillo, sin riesgo alguno y muy rentable. Según muchos clérigos, un verdadero éxito económico. ¿Y la Palabra de Dios? Nadie repara en este aspecto del problema. La costumbre los vuelve ciegos.

Padre Centavín

Alguien habla del p. Centavín: “Su nombre verdadero es Serafín, pero todos lo llaman p. Centavín. ¿La razón? Parece muy entregado a las causas populares. Sus homilías son un ejemplo de profetismo apocalíptico contra la voracidad de los ricos, a quienes nunca deja de fustigar, y a favor de los derechos de los pobres. Se ufana de no poseer ninguna cuenta bancaria a su nombre, pero todos saben que no desperdicia ninguna oportunidad para juntar dinero, que invierte en centenarios de oro. Parece que en estos días acaban de robarle todo, lo que explica el acelerado deterioro de su salud”.

Otro habla de otro defensor de los pobres, que “vende las Biblias subvencionadas al precio de librería. En su mesa nunca faltan vinos importados y cada año se pasa unas semanas de vacaciones en el extranjero”.

Derecho a los sacramentos

Acerca de este tema, presento una experiencia personal.

— Un día me encontraba en una reunión de pastoral a nivel diocesano, con la participación de casi todos los presbíteros. Se hablaba de los sacramentos. Después de un montón de discusiones acerca de aranceles y charlas o cursos de preparación, se llegó al siguiente acuerdo: “Número uno: *todos los católicos tienen derecho a los sacramentos.* Número dos: *a nadie se le puede exigir un determinado tipo de preparación; solamente se le puede sugerir algo, nunca exigir*”. Perfecto. Parece una manera respetuosa de enfrentar el problema de la preparación a los sacramentos, evitando imposiciones. Mi pregunta es: “Y si alguien no puede o no quiere cumplir con los aranceles, de todos modos ¿tiene derecho a recibir los sacramentos?” Quien sabe. Naturalmente no hice ninguna pregunta al respecto por encontrarme ahí solamente de paso, para presentar el carisma del Movimiento “Misioneros de Cristo”.

— Así que — resume el rector del seminario — haya o no disposiciones adecuadas, siempre se tiene que satisfacer las peticiones de la gente. Lo que importa es pagar. Si esto no es simonía, no sé entonces en qué consiste la simonía.

Compra-venta de cosas sagradas

— A propósito de simonía — pregunta un laico comprometido —, quisiera saber realmente de qué se trata. A nosotros nunca nos hablaron de esto.

— La simonía — contesta el rector del seminario — consiste en la compra-venta de las cosas sagradas (sacramentos, sacramentales, reliquias o cargos eclesiásticos). También es simonía exigir un pago a cambio de determinadas oraciones. En el fondo, se tratan las cosas sagradas, como si fueran propiedad particular, y por lo tanto se comercia con ellas. Se aprovecha de un poder espiritual para conseguir ganancias de tipo material. En este caso peca el que vende y peca el que compra.

Una catequista pide la palabra:

— En mi parroquia hay esta costumbre: uno va al padre y le dice: “Quiero una misa el día tal, según esta intención. ¿Cuánto me cobra?” El cura contesta: “Te voy a cobrar tanto”. ¿Es ésta la simonía?

— Claro que sí.

— ¿Es simonía también vender biblias o cualquier tipo de objetos religiosos?

— De por sí las biblias y cualquier tipo de objetos religiosos tienen su costo comercial como cualquier tipo de objetos profanos. ¿Cuándo su compra-venta se vuelve simonía? Cuando adquiere un valor superior, por tratarse de algo sagrado. Por ejemplo, si una botella de agua normal cuesta cinco pesos, se comete pecado de simonía si se vende con un precio superior por tratarse de agua bendita. Lo mismo con el pan bendito, el aceite bendito y tantas otras cosas más que, por el simple hecho de ser benditas, adquieren un valor superior a lo normal.

— Algunos dicen que no se tiene que vender la Palabra de Dios y por lo tanto las biblias se tienen que regalar.

— Claro que nadie pretende vender la Palabra de Dios. Lo que se vende, no es la Palabra de Dios, sino el papel que contiene la Palabra de Dios.

Misas de sanación

— Y las misas de sanación ¿no tienen nada que ver con la simonía, puesto que atraen más a la gente y por lo tanto dejan más limosnas?

— Directamente no tienen nada que ver. Pero indirectamente sí, puesto que las misas de sanación pueden volverse en un pretexto para tener más entradas económicas. Por esa razón siempre ha habido conflicto con relación a este asunto. Ahora bien, si se quiere cortar por lo sano, que se celebren dichas misas en parroquias diferentes en forma rotativa, dejando la limosna en cada parroquia en que se realice la celebración. Así se ve si los que dicen contar con el don de curación, actúan con sinceridad o son movidos por razones económicas.

Dios y la conciencia

— Cuando un señor cura nos exige vender cerveza o bebidas alcohólicas en las fiestas patronales o eventos especiales con el objeto de recaudar fondos para la Iglesia, ¿tenemos la obligación de obedecerles?

— No en absoluto.

— ¿Y si nos amenazan con quitarnos cualquier cargo o desconocer nuestros grupos?

— Mejor así que desobedecer a Dios y a la propia conciencia. ¿No recuerdan lo que contestaron Pedro y los apóstoles, cuando los del sanedrín les prohibieron seguir enseñando en el nombre de Jesús? “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hech 5, 29). Es tiempo de luchar para establecer dentro de la Iglesia relaciones más civilizadas, rechazando todo tipo de chantaje. De todos modos, cuando se dan estos casos, sería conveniente informar de inmediato al señor arzobispo, para que tome cartas en el asunto y de una vez se ponga fin a estos abusos, que tanto desprestigio nos están causando.

Pide la palabra el secretario canciller. El que siempre se hace presente para informar y nada más, ya no puede aguantar. Se dejó involucrar completamente en la problemática.

— Si me permiten, quisiera añadir algo a lo que acaba de aconsejar el señor rector. Si quieren que sus quejas o protestas acerca de ciertos abusos presentes en sus comunidades surtan efecto seguro, envíen copia a la nunciatura apostólica. Solamente así el señor arzobispo toma cartas en el asunto. De otra manera, o no hace caso o aconseja paciencia de parte del pueblo.

Un aplauso general. Por fin un pez gordo de la curia, con mucho peso en las tomas de decisiones del señor arzobispo, se declara a favor del cambio. El secretario canciller se confunde. Acostumbrado a vivir siempre a la sombra del señor arzobispo, empieza a brillar de luz propia, tomando decisiones que lo pueden catapultar hacia arriba o sepultar en una olvidada parroquia de la sierra.

Teología India

Sigue el café teológico, ahora sí con café verdadero cultivado en la región, mezclado con yerbas aromáticas. Café y galletas, con muchos comentarios. Solamente unos cuantos se aíslan y planean algún contraataque. Son los más empedernidos de la Teología de la Liberación en su última versión de Teología India. De hecho, al reanudarse el encuentro, uno de ellos pide la palabra.

— No nos olvidemos, hermanos, del hecho que vivimos en tierra india y la mayoría de nosotros somos indios, a mucha honra. Ahora bien, ¿acaso no nos damos cuenta de que el cristianismo no es nuestra religión original, vino de lejos y nos fue impuesto a la fuerza?

Hay muchas protestas, especialmente de parte de los laicos. De todos modos, el seminarista sigue con su intervención, insistiendo en la importancia de regresar a lo propio, “que ha sido pisoteado y borrado casi por completo por los conquistadores españoles”, abogando por un regreso a las antiguas creencias y ritos.

— Entonces — le pregunta un compañero de seminario — ¿para que estás en el seminario con nosotros, si piensas regresar a las antiguas creencias y prácticas paganas? ¿Por qué no te metes de una vez de brujo o curandero?

— Porque se trata de un proceso lento de investigación y ensayo, hasta no lograr la meta de restaurar completamente la religión de nuestros antepasados.

Siguen las protestas. No falta quien lo acusa de parecerse a Judas que, estando con Jesús, llegó a traicionarlo. Al sentirse acusado de traidor, el seminarista se enfurece:

— Ustedes son los verdaderos traidores de nuestra raza y nuestra cultura. Debería darles vergüenza.

Y se retira. Lo siguen otros dos seminaristas. Nadie se imaginaba que hubiera seminaristas que pudieran llegar a tanto. De hecho, un laico comprometido de inmediato se levanta y expresa su sentir:

— Hermanos, lo que acabamos de presenciar me ha causado un profundo malestar. Nunca me hubiera imaginado algo parecido: dejar a Cristo para regresar al mundo de la confusión. Lo que más bien tengo que hacer es conocer y vivir más mi fe en Cristo Jesús, mi único Salvador y Señor.

Los demás asienten y comentan lo que acaba de suceder.

Hacia la plenitud

El rector del seminario, que de hecho se ha vuelto en el moderador del evento (la fuerza de la costumbre), a manera de conclusión presenta algunas reflexiones e invita a todos a despertar para enfrentar la realidad eclesial con sentido de responsabilidad:

— Es inútil que nos hagamos ilusiones: o nos decidimos por un catolicismo auténtico, según el Evangelio, o todo se nos va a derrumbar, como ha pasado en muchos lugares. En realidad, el catolicismo cultural

o de costumbres no tiene futuro, huele a rancio y tiende a desaparecer, fagocitado por los grupos religiosos proselitistas o el indiferentismo religioso. Su única perspectiva es la muerte. ¿Por qué, entonces, nosotros no hacemos un esfuerzo por llevarlo hacia la plenitud en Cristo y su Iglesia?

— Es cierto — comenta un laico comprometido —. Apenas yo fui a un retiro de evangelización, de inmediato renuncié a mis antiguas creencias y me entregué a Cristo. Es difícil resistirse a la voz de Dios cuando uno escucha su Palabra, anunciada por gente realmente entregada a Él.

— Por eso — interviene otro laico comprometido — me extraña ver a seminaristas, y a veces hasta sacerdotes y religiosas, que parecen totalmente paganos, completamente sumergidos en las cosas de este mundo y sin ningún interés por las cosas espirituales. De ahí tantas cosas raras, que acabamos de comentar en este café teológico-pastoral.

— Mis queridos seminaristas — es la conclusión del rector del seminario—, es inútil que nos hagamos ilusiones. Es tiempo de reaccionar y dejar a un lado todo tipo de demagogia: o nos decidimos por una entrega sincera y total a favor de Cristo y su Iglesia o vamos hacia el fracaso completo, con toda nuestra gente.

Un fuerte aplauso y se da por concluido el evento.

Capítulo 2

MEDITACIONES SOBRE LA IGLESIA

¿Qué nos dice la Palabra de Dios acerca de la situación en que nos encontramos actualmente como Iglesia? ¿Hay algo que nos puede ayudar a enfrentar correctamente los retos que se nos presentan hoy en día?

1.- LAS BODAS DE CANÁ (Jn 2, 1-11)

“Hagan lo que Él les diga” (Jn 2, 5)

Hecho bíblico.

¿Cuál es el problema? Que falta el vino, un elemento esencial para el éxito de la fiesta. ¿Y qué pasa? Que los responsables no se dan cuenta: ni los novios ni sus papás ni el mayordomo. Están distraídos, muy metidos en la fiesta, olvidándose de su papel de responsables de la misma. Los sirvientes se dan cuenta, pero no hacen nada. “A ver qué pasa — piensan —. Nuestra tarea consiste en servir y nada más”.

Pero hay alguien, que aparentemente no tiene vela en el entierro: María. Se da cuenta e interviene. No tiene miedo a ser tachada de metiche e entrometida. El amor hacia los novios y todos los invitados, la empuja a la acción. Y actúa con la máxima discreción. Lo que le importa es que siga la fiesta y por ninguna razón se interrumpa.

Y la fiesta sigue. Los servidores le hacen caso: “Hagan lo que Él les diga” y el agua se vuelve en vino sabroso, el vino del amor y la alegría, que nunca tiene que faltar en una verdadera fiesta.

Situación actual.

Muchos invitados quedan sin vino. Se acabó o, mejor dicho, no alcanza para todos. Solamente unos cuantos pueden disfrutar plenamente de la fiesta. La mayoría de los invitados tienen que tomar cualquier otra bebida, menos vino. Muchos se salen en busca de alguna otra fiesta, donde haya vino.

¿Y los responsables? Bien satisfechos con su fiesta. No se dan cuenta de que los invitados no se encuentran a gusto y se están alejando. Unos cuantos se dan cuenta, pero no saben qué hacer. Están a la expectativa: a ver qué pasa. Hasta que alguien grita a los servidores: "Hagan lo que Él les diga". Y el agua se vuelve en vino, un vino que alcanza para todos.

La masa de los católicos vive al margen de la auténtica fe, con puras creencias mezcladas con elementos cristianos. Su vida no tiene sentido, el sentido auténtico que viene del Evangelio. Los responsables no se dan por enterados, gozando de la fiesta y ajenos al sufrir del pueblo. Muchos se alejan, buscando algo que dé sentido a su vida. Los servidores, es decir, los agentes de pastoral, que más están en contacto con el pueblo y se dan cuenta de todo, no saben qué hacer. Ellos mismos no tienen una visión clara de todo el asunto. Hasta que alguien interviene: "Hagan lo que Él les diga". Y el agua se vuelve en vino y la vida empieza a tener sentido, el verdadero sentido.

¿Qué piensas acerca de todo esto? ¿Cómo ves la figura de María? ¿No te gustaría imitar su ejemplo, estando siempre al pendiente de todo, para que la fiesta no se eche a perder? ¿No te gustaría repetir con Ella: "Hagan lo que Él les diga"? En realidad, ¿qué más necesitamos para que nuestra vida tenga sentido? Aceptando la Palabra de Jesús, todo empieza a cambiar, la vida empieza a tener un sentido diferente.

¿Por qué permitir que nuestros hermanos sigan alejándose de la Iglesia en busca de algo que dé sentido a su vida? ¿Acaso nosotros no somos la auténtica Iglesia de Cristo, donde se encuentra la plenitud de la verdad y de los medios de salvación? ¿Qué nos está pasando? ¿Por qué echar siempre la culpa a los de arriba, que no nos dicen lo que tenemos que hacer o no nos dan el permiso para actuar? ¿Acaso María pidió permiso a los encargados de la fiesta para intervenir? No siempre hay que pedir permiso. Todos tenemos enormes posibilidades de acción, sin la necesidad de pedir permiso a nadie.

2.- CURACIÓN DEL PARALÍTICO (Mc 2, 1-12)

“Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa” (Mc 2, 11)

Hecho bíblico.

Hay un paralítico. ¿Qué puede hacer para sanar, contando con sus fuerzas? Nada. No puede decir: “Voy aquí o voy allá para curarme”. Depende completamente de los demás. Y afortunadamente cuenta con amigos que lo quieren de veras. Estos saben que Jesús ha curado a mucha gente y entonces piensan: “También puede curar a nuestro amigo”. Toman la decisión y se lo llevan adonde se encuentra Jesús.

Sin embargo, al último momento se les presenta una dificultad que parece insuperable: Jesús se encuentra en una casa, rodeado de gente, y no hay ninguna manera de acercársele. Los amigos no se desaniman: suben al techo, quitan algunas tejas y por ahí bajan al paralítico, precisamente delante de Jesús. Éste, al ver el amor de los amigos hacia el paralítico y al mismo tiempo su fe en Él, actúa de inmediato, perdonando los pecados al paralítico. En realidad, ahí está el origen de todos los males que existen en este mundo. Desde que nuestros primeros padres, Adán y Eva, desobedecieron a Dios, empezaron todos los problemas.

Apenas se oyen las palabras de Jesús: “Tus pecados quedan perdonados” (Mc 2, 5), se arma un tremendo escándalo: “¿Quién puede perdonar los pecados, sino solamente Dios?” (Mc 2, 7). Pues bien, para que vean que no es un hombre cualquiera, sino alguien acreditado por Dios, Jesús ordena al paralítico: “Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa” (Mc 2, 11). Y la gente sencilla, al ver todo esto, glorifica a Dios, “por haber dado tal poder a los hombres” (Mt 9, 8).

Situación actual.

¿A quién representa el paralítico? Puede representar a cualquiera que se siente atorado, bloqueado y sin la capacidad de moverse. Puedo ser yo, puedes ser tú o cualquier otra persona o institución. En este caso, vamos a ver en este paralítico a la Iglesia y a los católicos alejados.

Iglesia.

Mientras todas las demás instituciones de tipo cultural, religioso o económico hacen todo lo posible por fortalecerse interiormente y avanzar más, nosotros vemos como normal nuestro retroceso. Algo nos impide pensar y actuar. Estamos como atrapados en estructuras anquilosadas, propias del pasado. Vemos que el mundo se nos viene encima y nos quedamos mirando, sin saber qué hacer.

¿Qué necesitamos? Que alguien, movido por el amor, nos lleve a Cristo, superando todo tipo de obstáculos. Solamente entonces podremos escuchar aquellas palabras liberadoras de Jesús: "Tus pecados quedan perdonados". ¿Cuáles pecados? Todos, pero especialmente los pecados de la apatía y la falta de confianza en Dios y los destinos de la Iglesia.

Solamente así la Iglesia podrá escuchar aquellas otras palabras de Jesús: "Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa". Solamente así podrá empezar a moverse con soltura, claro, cargando siempre su camilla. En realidad, será imposible olvidar totalmente el pasado. Sin embargo, una cosa es dejarse atrapar por el pasado y quedar paralizado, y otra cosa es moverse cargando con la propia historia; una cosa es quedar tirado en la camilla y otra cosa es caminar, cargando la camilla.

Los alejados.

No se trata de gente que de por sí no quiere saber nada de Dios. Sencillamente nadie se preocupó por anunciarles el Evangelio. Igual que el paralítico. No fue su decisión ser paralítico. Las circunstancias lo hicieron paralítico.

Alguien dirá: "¿Por qué no se acercan a la Iglesia?" La respuesta es muy sencilla: "No saben de qué se trata. Así vivieron sus papás y abuelos. Así viven ellos". Un catolicismo de costumbres y nada más. Así que, llegan otros, les hablan de Dios y aceptan. La pregunta es: "¿Por qué como Iglesia nos limitamos a darles comida chatarra (la religiosidad popular) y no nos preocupamos por llevarlos a Cristo, al Cristo verdadero, no a simulacros de Cristo?"

Así que un inmenso panorama se abre a la acción evangelizadora de toda la Iglesia y cada uno de nosotros en particular. Si amamos de veras a nuestros parientes, vecinos y amigos alejados, ¿por qué no hacemos algo por acercarlos a Jesús? No nos olvidemos de que el amor es contagioso y hace milagros. Como pasó con los amigos del paralítico: por su amor hacia el paralítico, Jesús intervino, liberándolo del pecado y concediéndole la salud física y espiritual.

3.- LA MUJER ENCORVADA (Lc 13, 10-17)

"Mujer, queda libre de tu enfermedad" (Lc 13, 12)

Hecho bíblico.

Una mujer está enferma desde hace dieciocho años. Un demonio la tiene encorvada. Al verla, Jesús le dice: "Mujer, queda libre de tu enfermedad (Lc 13, 12) y le impone las manos. Al instante la mujer se endereza y glorifica a Dios.

Este hecho desata la ira del jefe de la sinagoga con sus achichincles: "Se está violando el sábado". Jesús pone al descubierto su hipocresía: si se trata de desatar del pesebre a un buey o un asno para llevarlo a abreviar, no hay problema; si se trata de desatar a una hija de Abrahám de su enfermedad, ¡se está violando el sábado!"

Así los adversarios de Jesús quedan abochornados y la gente se alegra, contemplando las maravillas del Señor.

Situación actual.

Desde hace siglos la Iglesia anda "encorvada". Un demonio no le permite enderezarse y andar "erguida". ¿Cuál será este demonio? ¿El espíritu del mundo? ¿Las costumbres? ¿La manía del poder? ¿La flojera?

El hecho es que algunos empiezan a escuchar la voz de Jesús: "Queda libre de tu enfermedad" (Lc 13, 12) y empiezan a enderezarse y andar erguidos. Pero esto desata la ira de algún jefe de sinagoga: "Esto no está permitido: es anti litúrgico, nunca se hizo, se está faltando a la obediencia". ¡Como si de veras les interesara la ley!

Lo que pasa es que no quieren perder su posición de privilegio. Por eso prefieren que la gente siga "encorvada" y no aprenda a enderezarse y andar "erguida". Pues bien, los que actúan de esa manera, sepan que llegará la hora de Dios y quedarán "abochornados", mientras la gente sencilla, que de veras busca a Dios, se alegrará, contemplando las maravillas del Señor.

4.- RESURRECCIÓN

DEL HIJO DE LA VIUDA DE NAÍN (Lc 7, 11-17)

"Se lo dio a su madre" (Lc 7, 15)

Hecho bíblico.

Jesús anda con sus discípulos, acompañado por una gran muchedumbre. Se topa con un funeral: llevan a enterrar al hijo único de una viuda. Jesús siente compasión por la madre y la consuela: "No llores" (Lc 7, 13). Se acerca al féretro y lo toca. Todos se paran. Habla al joven muerto y le ordena que se levante. El joven se levanta y se lo entrega a su madre.

Toda la gente percibe la presencia de Dios y exclama: "Un gran profeta ha surgido entre nosotros" y "Dios ha visitado a su pueblo" (Lc 7, 17).

Situación actual.

La Iglesia llora a sus hijos muertos, como se llora a un hijo único. ¿Quién tendrá compasión de esa Madre? Yo, tú, cualquier católico de buena voluntad podemos y tenemos que hacer algo para devolverle “vivos” a sus hijos muertos, los católicos alejados.

5.- PURIFICACIÓN DEL TEMPLO (Jn 2, 13-21)

“El celo de tu casa me devora” (Jn 2, 17)

Hecho bíblico.

Como cualquier israelita piadoso, Jesús va al templo de Jerusalén para orar. ¿Y qué encuentra? Un mercado, con puestos de cambistas y vendedores de animales. Ante este espectáculo, no puede aguantar, se enfurece, hace un látigo con cuerdas y desbarata todo. El celo de la casa de Dios lo devora.

Naturalmente la reacción no se hace esperar: “¿Con qué autoridad haces esto?” (Jn 2, 18). Su enojo llega a tal grado que buscan la manera de matarlo (Mc 11, 18).

Situación actual.

Actualmente en la Iglesia hay muchas situaciones parecidas. Hay lugares en que no se habla más que de rifas, quermeses, bailes y procesiones, con todo tipo de desórdenes. ¿Qué haría Jesús en estas circunstancias? ¿Acaso se quedaría con los brazos cruzados, contemplando las riquezas de la religiosidad popular?

Y tú ¿qué haces ante esta situación? ¿Por qué no tomas el látigo de la Palabra de Dios y empiezas a poner orden en todo esto? Claro que habrá oposición. La historia se repite y se repetirá siempre: no todos los que tienen que ver con la casa de Dios, entienden las cosas de Dios. Para muchos que se dedican al culto, se trata de un *modus vivendi* y nada más, es decir, una manera cualquiera de vivir, una carrera como otra. Les falta el sentido de la fe. Paganos metidos en las cosas de Dios.

¿Por qué quejarse y nada más? Que todo aquel que tenga celo por la casa de Dios, haga lo que pueda para purificar el templo, es decir, purificar la Iglesia. Que ésta se vuelva en un recinto sagrado, que propicie el encuentro con Dios. Que la fe no sea un pretexto para satisfacer ambiciones de tipo económico o de poder.

6.- LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES (Mc 6, 34-44)

“Denles ustedes de comer” (Mc 6, 37)

Hecho bíblico.

Jesús y los apóstoles se sienten muy fatigados a causa de su intensa actividad misionera y piensan retirarse a un lugar solitario para descansar. Pero no les resulta posible. Al desembarcar, encuentran una enorme cantidad de gente que los está esperando. Se parecen a ovejas sin pastor. Jesús siente compasión y se pone a enseñar.

Se hace tarde. ¿Qué hacer? La propuesta de los apóstoles es muy sencilla: “Despídelos” (Mc 6, 36). “A ver qué hacen para buscar algo de comer –piensan—. Es su problema. Nosotros no podemos hacer nada para resolver un problema tan grande”. Pero Jesús no está de acuerdo. Les ordena: “Denles ustedes de comer” (Mc 6, 37). ¿Qué es eso de despedir a la gente?”

“Pero ¿cómo será posible dar de comer a tanta gente?”, se preguntan los apóstoles. Respuesta: “A ver con qué contamos”. “Un muchacho tiene cinco panes y dos pescados”. “Empecemos con eso”. Y se da el milagro: todos comen y sobran doce canastos de comida.

Situación actual.

Masas de católicos hambrientos de Dios, como ovejas sin pastor. “Ni modo — se oye decir—. ¿Qué le podemos hacer? Nosotros no nos damos abasto. Que busquen por otro lado. Al fin de cuentas todo es lo mismo. Todos buscamos al mismo Dios”.

Me pregunto: “¿Qué haría Jesús ante esta situación? ¿Quedaría satisfecho al ver cómo nosotros actualmente estamos enfrentando el problema?” Pienso que no. En realidad, podemos hacer algo, en concreto, aumentando el número de los agentes de pastoral y preparándolos mejor, para que podamos atender a todos los católicos, uno por uno. ¿Dónde está el problema? En no querer meter todas las cartas sobre la mesa y empezar a pensar en una reestructuración general de todo nuestro aparato pastoral y ministerial.

¿No se trata de una tarea inmensa, que rebasa todas nuestras posibilidades? No. Se trata de empezar con algo, de ir construyendo pequeñas piezas, que al final harán posible contemplar la obra completa. Se trata de ver, ante esta situación, qué queremos y cómo lo queremos lograr. Una vez que pongamos lo que esté de nuestra parte (no nos olvidemos de los cinco panes y los dos pescados), Dios intervendrá con su poder y surgirá el milagro: habrá comida para todos.

7.- INSTITUCIÓN DE LOS SIETE (Hech 6, 1-6)

**“Nosotros nos dedicaremos a la oración
y al ministerio de la Palabra” (Hech 6, 4)**

Hecho bíblico.

Los apóstoles ya no se dan abasto; empiezan las quejas. ¿Qué hacer? Deciden reorganizar el ministerio eclesial. Ellos (los apóstoles) se avocarán a lo propio y primordial: la oración y el ministerio de la Palabra. Para todo lo demás, encargan a otra gente. Y surgen los Siete Servidores de las mesas o diáconos.

Situación actual.

En la Iglesia existe una enorme confusión y quejas por todos lados. Es evidente: un presbítero tiene a su cargo hasta 10, 20, 30, 40 mil feligreses. Algo que rebasa toda posibilidad humana de un efectivo cuidado pastoral.

Me pregunto: “¿Qué harían los apóstoles en una situación parecida?” Nadie quiere dar una respuesta a esta pregunta; a nadie le importa; a nadie le conviene. ¿La razón? En el quehacer eclesial no se está tomando como regla suprema la Palabra de Dios, sino la tradición, las costumbres, lo que siempre se ha hecho a lo largo de los siglos, en situaciones diferentes. Y de allá viene todo el enredo que nos ha llevado al actual desastre.

En concreto, ¿qué está pasando? Se está tergiversando el sentido bíblico de las cosas, como sucedió en el Antiguo Testamento (Mc 7, 1ss). En aquel tiempo, la ley de Dios era muy clara: “Honra a tu padre y a tu madre” (Ex 20, 12). ¿Y qué hicieron los expertos de la ley? Le añadieron una norma y con ésta anularon la ley de Dios: “Tú tienes la obligación de ayudar a tu padre y a tu madre en sus necesidades. Sin embargo, si consagras tus bienes al templo, mientras vivas puedes disfrutar de ellos con toda libertad. A tu muerte pasan al templo. De todos modos, al consagrarlos al templo, ya no estás obligado a cumplir con la obligación de ayudar a tu padre y a tu madre en sus necesidades”.

¿Qué pasó? Que mediante una ley humana, una tradición, anularon la ley de Dios. ¿Y por qué? Por el amor al maldito dinero (1Tim 6, 10). Por este amor se han hecho barbaridades en todos los ámbitos de la vida humana. Y la Iglesia no está exenta de esta tentación. También dentro de la Iglesia existen situaciones que no tienen otra explicación que el afán de dinero, al margen de la Palabra de Dios.

En concreto: “¿Por qué, ante la imposibilidad de atender personalmente a todos los feligreses, los curas no buscan ayudantes, como hicieron los apóstoles? ¿No es su obligación proporcionar a todos la comida a su tiempo?” (Mt 24, 45) Es evidente: para no compartir con ellos los ingresos económicos. Pretenden que los laicos se comprometan en el quehacer eclesial, sin percibir nada a cambio. Así que, ellos no mueven ni un dedo sin una recompensa económica y pretenden que los laicos lo hagan todo sin recompensa económica. Un absurdo. Por eso nadie le entra y las masas católicas quedan abandonadas.

Otro problema: puesto que la administración de los sacramentos rinde más económicamente, la mayoría de los curas se dedica a eso, olvidándose o poniendo en segundo término lo que tendría que ser lo primordial: la oración y el servicio de la Palabra. Por eso estamos como estamos. Me pregunto: “¿Hasta cuándo los responsables abrirán los ojos para darse cuenta en qué abismo hemos caído, por descuidar la Palabra de Dios?”

8.- LA VOZ DE LOS PROFETAS

¿En qué nos pueden ayudar los antiguos profetas para entender la actual situación de la Iglesia y hacerle frente?

Una misión difícil

A veces me pregunto: “¿Acaso solamente yo me doy cuenta de tantas anomalías presentes en la Iglesia, que le están impidiendo cumplir cabalmente con su misión?”. Ciertamente no. De hecho, no falta gente que me dice: “Yo siempre he pensado lo mismo, pero no me atrevo a expresarlo”. ¿Por qué? Por el miedo a meterse en problemas.

En realidad, la misión del profeta es siempre arriesgada. Como la historia ha demostrado largamente.

¿En qué consiste?

En conocer profundamente, por un don de Dios, la situación en que se encuentra un individuo y una comunidad, en orden al cumplimiento del plan de Dios, y darla a conocer a los interesados con miras a una superación. Según el caso, se trata de reprender, corregir, exhortar o consolar (1Cor 14, 3).

De ahí viene el rechazo de parte de los que quieren vivir a su modo y la tentación de parte del profeta (falso profeta) a decir lo que la gente quiere escuchar.

Un mensaje siempre actual

También ahora existen situaciones muy parecidas a las que se dieron en el Antiguo Testamento.

— *Ignorancia religiosa.*

“Mi pueblo perece por falta de conocimiento” (Os 4, 6).

¿La causa? El sacerdote se ha olvidado de la ley de Dios y no la enseña al pueblo. ¡Una fotografía de la situación actual! El sacerdote hace todo, menos enseñar la ley de Dios. Para eso encarga a gente de buena fe, sin un verdadero conocimiento al respecto. ¡Pobre Pueblo de Dios, tan necesitado de conocimiento y tan descuidado!

— *Falsa religiosidad.*

“Cuando saqué de Egipto a sus padres, nada les dije ni les mandé sobre holocaustos y sacrificios” (Jer 7, 22).

¿Y qué pasó? Que después inventaron tantas cosas, olvidándose de lo esencial (Jer 2, 23). Sustituyeron la ley de Dios con sacrificios y fiestas, mezcladas a todo tipo de desenfreno, haciéndose desagradables a Dios (Is 1,14).

Y ahora, ¿no está pasando lo mismo? Lo humano se está poniendo por encima de lo divino; las costumbres sobre el mandato de Dios.

— *Pura exterioridad.*

“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí” (Is 29, 13).

Una pregunta: ¿Qué harían los antiguos profetas, si vieran cómo actualmente estamos llevando las cosas dentro de la Iglesia en el campo de la religiosidad popular? ¿Se quedarían con los brazos cruzados, pensando: “Ni modo. ¿Qué le podemos hacer? Es la manera popular de entender y vivir la fe. ¿Para qué hacer tanto escándalo y tratar de cambiarla? Es la fe inculturada, una enorme riqueza para la Iglesia. Que sigan adelante”. ¿Harían esto o harían todo lo posible para purificarla?

— *Eficacia de la Palabra de Dios.*

“Mi Palabra no volverá a mí, sin que haya realizado mi voluntad” (Is 55, 11).

¿Qué sucederá en la Iglesia el día en que, a nivel masivo, se utilice

la Palabra de Dios como fuente de vida, empezando desde la catequesis presacramental?

— *Gozo y alegría.*

“Eran para mí tus palabras el gozo y la alegría de mi corazón” (Jer 15, 16).

Todo es cuestión de familiarizarse con la Palabra de Dios. Después la misma Palabra se vuelve en fuente de inspiración, paz y alegría. Si estamos como estamos, mucho depende del hecho de haber descuidado notablemente la Palabra de Dios en la formación y la vida del creyente.

Profetismo según el Evangelio y profetismo según el mundo

A veces se oye decir: “Fulano es un profeta de nuestro tiempo”. En concreto, ¿qué está haciendo? Está hablando de problemas sociales, políticos y económicos, asuntos que competen esencialmente al Estado y no a la Iglesia. A nivel religioso, es un fracaso. En este caso, ¿de qué tipo de profetismo se trataría? De un profetismo según el mundo, para el bienestar de aquí y nada más. De hecho, muchos de sus simpatizantes no tienen nada que ver con la fe católica o de plano están en contra de ella.

Pues bien, como discípulos de Cristo, necesitamos un profetismo según el Evangelio, que nos ayude a conocer y enfrentar, como creyentes, nuestra realidad a todos los niveles. Que sea un profetismo transparente, al estilo de los antiguos profetas, no con medias tintas y entre líneas. Haciendo esto al interior de la Iglesia, estaremos en grado de ofrecer un aporte concreto para la solución de todos los demás problemas a nivel de sociedad. Más que maestra en humanismo, la Iglesia tendría que ser un taller de humanismo.

Época feudal

¿Por qué hoy en día, dentro de la Iglesia, hay tan pocos profetas? Por el mismo modelo eclesial que se está manejando, un modelo de tipo feudal, en que los de arriba piensan y mandan, mientras los de abajo tienen prohibido pensar y están obligados a obedecer siempre.

De ahí viene la actitud sumisa del laico ante el presbítero, del presbítero ante el obispo y del obispo ante el Papa y el escándalo cuando alguien se mete en asuntos, que supuestamente le competen solamente a la clase superior. La gente piensa: “¿Cómo voy a juzgar lo que está

haciendo el señor cura?", aunque se vea a todas luces que se trata de algo indebido.

Lo mismo pasa con relación a los documentos de la Iglesia. Se tratan como si fueran Palabra de Dios, lo que no corresponde a la realidad. De todos modos, si en la misma Biblia distinguimos entre el autor principal que es Dios y los autores secundarios, entre enseñanzas, costumbres, opiniones y tantos aspectos más, ¿por qué no podemos hacer lo mismo con relación a los documentos de la Iglesia? ¿Por qué tenemos que aceptarlos como si hubieran sido dictados directamente por el Espíritu Santo, sin ninguna posibilidad de equivocación?

¿Qué nos dice la historia al respecto? ¿No nos damos cuenta de que no todo lo que viene del Magisterio eclesiástico es magisterio, como no todo lo que contiene la Biblia es enseñanza? Ahora bien, cuanto más logramos desmitificar todo lo que se refiere al Magisterio eclesiástico y en general al quehacer de la Jerarquía, tanto más lograremos una mayor participación de todas las fuerzas vivas de la Iglesia con un resultado mucho más grande del que se está dando actualmente, al marginar de la toma de decisiones a muchos miembros de la Iglesia por no pertenecer a la Jerarquía.

Rompiendo esquemas

Si queremos que la Iglesia como institución avance, necesitamos romper este esquema o modelo de relaciones entre los distintos miembros del pueblo de Dios. Que como Iglesia demos el paso definitivo hacia la modernidad, aceptando los avances que se han dado dentro de la sociedad en general.

Que también dentro de la Iglesia surja la figura del comunicador y del analista religioso, cuya tarea consiste en informar acerca de los acontecimientos eclesiales más relevantes y al mismo tiempo presentar opiniones, cuestionamientos y denuncias, como se hace en campo profano. Y que esto se vea como algo normal, como una versión moderna del antiguo profetismo.

Si se actuara con esta mentalidad, sin duda habría más aceptación para nuestros periódicos diocesanos y en general para la prensa católica. Al contrario, viendo que en la prensa católica se maneja mucho la censura, dizque para evitar el escándalo, los mismos católicos practicantes no le tienen confianza y, cuando se trata de dar a conocer alguna opinión algo atrevida, un cuestionamiento serio o una denuncia, se dirigen a la prensa profana. Lo que sin duda resta credibilidad a toda la información católica, muy precisa, cuando se trata de anomalías

presentes en la sociedad, y vaga, cuando se trata de irregularidades presentes en la Iglesia.

Otra manera de actualizar el profetismo dentro de la Iglesia, sería aceptar la figura del Ombudsman, que podría ayudar a reducir notablemente la distancia entre los distintos miembros del pueblo de Dios y a crear un clima de mayor respeto por los derechos y la dignidad de cada individuo, más allá del papel que cada uno desempeña.

Conclusión:

pensar la Iglesia

Es el gran reto que tenemos hoy en día: pensar la Iglesia para ponerla al día y permitirle cumplir cabalmente con su misión de hacer presente a Cristo en el mundo de hoy. Pues bien, en esta tarea la Palabra de Dios y el espíritu profético tienen un papel preponderante. O arriesgamos con “perder el sabor” y volvernos en un símbolo más del pasado, sin una verdadera incidencia en el quehacer del hombre actual.

Capítulo 3

VIDA CRISTIANA

Encuentros periódicos

Dos veces al año nos reunimos los responsables de la pastoral en Sierra Azul, para convivir, informar acerca de la marcha de la misión, revisar y planear las actividades. El número de los participantes va en continuo aumento. A unos cinco años de haber tomado la responsabilidad de toda la región, ya podemos contar con unos setenta agentes de pastoral, realmente preparados y entregados, la mitad de los cuales trabaja a tiempo completo: cinco presbíteros, tres diáconos permanentes, ocho candidatos al diaconado permanente, diez aspirantes al diaconado permanente y algunos misioneros de Cristo.

Últimamente, aparte de un servidor y los misioneros de Cristo, también los demás padres han empezado a salir de la región para dar charlas, retiros, cursos de formación y conferencias en otros lugares del país y también al extranjero. Otra vez Sierra Azul vuelve a llamar la atención por sus iniciativas de vanguardia: antes en la línea política y social y ahora en la línea estrictamente religiosa.

Campo de experimentación

En realidad, Sierra Azul se ha vuelto en un campo de experimentación. Una vez libre de los focos de resistencia, representados por los curas dedicados casi exclusivamente al culto y a lo social, ya es posible respirar aires más puros, en la línea de las primeras comunidades cristianas.

Debido al mismo proceso de integración, que implica una aceptación real del Evangelio, y al continuo acompañamiento de parte de los responsables de las comunidades, los católicos practicantes van en continuo aumento. Se trata de católicos con una actitud activa y creativa, completamente comprometidos con la vida de la Iglesia. Serán unos

cinco mil, de los cuales la mitad está integrada a los distintos movimientos apostólicos presentes en Sierra Azul.

Regreso a la Iglesia

Según informes recibidos de las distintas comunidades, actualmente en Sierra Azul habrá unos 110 mil habitantes, de los cuales unos cuarenta y cinco mil se declaran católicos. Su considerable aumento se debe al retorno de mucha gente que se había alejado por el simple hecho de haber sido abandonada. Así que, en poco tiempo, rancherías enteras vuelven a ser católicas, contando con catequistas y capillas propias, a principio de palma y madera y poco a poco de ladrillos y lámina.

No falta alguien que regresa a la fe de sus padres sencillamente por no estar de acuerdo con su pastor, que lo está explotando de una manera inmisericorde, exigiéndole el diezmo, las primicias, las ofrendas y tantas cosas más y amenazándolo con el fantasma del próximo fin del mundo. De todos modos, la mayoría de los que regresan a la Iglesia, lo hacen por el fervor que notan en las nuevas comunidades católicas que se van formando, aunque no todos estén dispuestos a vivir según el nuevo estilo que se está implantando.

De hecho, algunos, al reintegrarse a la Iglesia, pronto regresan a las antiguas costumbres y creencias. Se ve claramente que su experiencia fuera de la Iglesia en muchos casos fue muy superficial, hecha de cantos y frases sueltas, pero sin ideas precisas acerca de los contenidos fundamentales de la fe cristiana y sin un esfuerzo sincero por un cambio de vida, y todo esto debido a la inexperiencia y la falta de entrega de muchos pastores improvisados, que lo único que buscan son los diezmos, las primicias y las ofrendas.

Informe

Debido a la fuerte tensión que se está creando en la arquidiócesis, por el influjo de Sierra Azul, el clero insiste en que en la mayor brevedad posible Sierra Azul se vuelva en una prelatura o en un vicariato apostólico y tome su rumbo de una forma autónoma, dejando de molestar con sus continuos cuestionamientos.

Estando así las cosas, me veo en la necesidad de agilizar las cosas de manera que, al cumplirse los diez años desde mi llegada a Sierra Azul, se pueda dar el paso decisivo. Lo que me falta es preparar un informe acerca de cómo era la situación antes de mi llegada, qué se logró durante estos diez años y qué se pretende para el futuro.

Por eso convoco a una reunión extraordinaria a los agentes de pastoral más destacados: los presbíteros, los diáconos permanentes, los candidatos y los aspirantes al diaconado permanente. Aparte invito a cada movimiento, presente en Sierra Azul, que envíen a un delegado cada uno. Un total de 30 participantes.

Reflexión teológica y acción pastoral

Empezamos con una breve reflexión teológica: en realidad, toda acción pastoral, si quiere ser eficaz, tiene que ser sustentada en una seria reflexión teológica. Nuestro gran descubrimiento consiste en que muchos conceptos teológicos han sido elaborados a lo largo de los siglos, teniendo en cuenta una determinada problemática, circunscrita a determinados lugares y tiempos y manejando un determinado lenguaje.

— Por lo tanto, si queremos enfrentar con seriedad los desafíos pastorales, que nos presenta Sierra Azul — arranca p. Martín — necesitamos ir más allá de las actuales formulaciones teológicas. Tenemos que remontarnos a los inicios de la fe cristiana y desde ahí rehacer todo el proceso y ver la manera de reformularlo todo, a la luz de la actual problemática y utilizando el lenguaje actual, salvando siempre lo esencial de lo ya definido.

— Yo no entendí nada — confiesa cándidamente el p. Domingo.

— Bájale — aconseja el p. Rodrigo, al constatar la dificultad de los presentes para entender las cosas.

El p. Martín se confunde y no sabe cómo explicar todo esto a los presentes, casi todos indígenas. Salgo al paso, aclarando que por el momento lo que trata de explicar el p. Martín, no tiene importancia. Posiblemente será un tema, que vamos a ver después con más detenimiento y con ejemplos concretos.

— Por el momento, lo que nos interesa es examinar la marcha de la misión con miras a tomar algún acuerdo para que mejore la situación.

Pastoral social

Es lo primero que salta a la vista, debido a la extrema pobreza y aislamiento en que vive la región. Toma la palabra el p. Luis, yerno del p. Domingo.

— Estando en una parroquia fuera de Sierra Azul para impartir un curso de Biblia y apologética, me di cuenta de que había un grupo de personas, que se encargaban de reunir las ofrendas para los pobres y

distribuir las según las necesidades. Eran gente bien preparada para eso. Me dijeron que hicieron un curso especial en la cabecera diocesana. ¿Por qué no hacemos lo mismo aquí?

— Se trata de la Cáritas — aclara el p. Rodrigo —. A mí me gustaría que también en Sierra Azul se implantara oficialmente.

— En la práctica — interviene al p. Martín —, ya existe algo en todas las parroquias y los pueblos más grandes. Normalmente se están encargando de este aspecto los que antes pertenecían a las Comunidades Eclesiales de Base. Lo que ahora necesitamos es dar formalidad a este sector de la pastoral para que podamos ser más eficientes. Yo sugiero que se designe a un candidato al diaconado permanente para que se haga cargo de este sector de la pastoral, acompañado por un representante de cada parroquia. Lo primero que podrían hacer es participar en un curso de capacitación, impartido por la Cáritas Nacional. Al mismo tiempo, esta comisión podría encargarse de los migrantes, una problemática que pronto se empezará a presentar también entre nosotros. En realidad, ya hay gente que está saliendo de Sierra Azul para trabajar en otros lugares.

Todos están de acuerdo y se designa al que va a encabezar la Cáritas en Sierra Azul. Éste agradece y hace notar que la acción social de la Iglesia va más allá de la simple acción asistencial.

— Según lo que estamos estudiando los candidatos al diaconado permanente — aclara —, como Iglesia tenemos que luchar por influir más en la sociedad, ayudando a cambiar las costumbres, que están en contra de la dignidad del ser humano. ¿Y qué mejor que hacerlo desde arriba, contando con autoridades católicas en los municipios y los ejidos?

— De todos modos — aclara el p. Martín —, no basta que gente católica tome cargos públicos. Lo que se necesita es que sean católicos de veras y no solamente de nombre, como ha sucedido en el pasado, causando un gran desprestigio para la Iglesia.

— ¿Cómo lograr esto? — me pregunta directamente un laico comprometido.

— Es algo que tenemos que ir pensando poco a poco — es mi respuesta —. Según mi opinión, como estamos preparando a los que se van a dedicar exclusivamente a la pastoral, así algún día tendremos que preparar a los que se van a dedicar a los asuntos profanos, como son la educación, la salud o la política. Que sea gente que haya dado prueba de tener espíritu de servicio. De otra manera, caemos en lo mismo de siempre: una vez elegidos para los cargos públicos, lo único que aprenden rápido es a robar.

— ¿Cuánto tiempo vamos a esperar? – pregunta el diácono Luis, el yerno del p. Domingo.

— No sé. Por mientras podemos empezar a fijarnos en los elementos de nuestras comunidades con mayor espíritu de servicio. Una vez que contemos con unos diez – veinte elementos, podemos arrancar con algún taller acerca de la Doctrina Social de la Iglesia.

Aclarado esto, pasamos a otro asunto.

Movimientos apostólicos

Desde hace algún tiempo, Sierra Azul ya cuenta con distintos movimientos apostólicos, algunos incipientes y otros ya con bastante desarrollo. El Movimiento de Renovación Cristiana en el Espíritu Santo es el que más impacto está causando en la región. Todos hablan del p. Lupe, que periódicamente viene de la capital para acompañar a los miembros del movimiento, lo que explica su rápido desarrollo. Es un padre realmente carismático. Muchos aseguran haber recobrado la salud a raíz de su intervención o haber encontrado la paz del alma, perturbada por algún influjo maléfico, consecuencia de antiguas prácticas ligadas a la brujería. Se trata de un fenómeno bastante recurrente en Sierra Azul.

Cada vez que llega el p. Lupe a Sierra Azul, se queda uno quince días, recorriendo a pie o a caballo los principales centros de la región, viajando sin descanso, orientando a todos, dando instrucción, celebrando la Eucaristía y confesando. A raíz de su predicación, muchos han regresado a la fe católica. Nunca se habían imaginado que dentro de la Iglesia Católica hubiera gente con tanto fervor religioso y un don de gentes tan notorio.

Toma la palabra el coordinador del Movimiento de Renovación.

— P. Antonio, me gustaría que cada año se pudiera realizar en Sierra Azul un Congreso de Renovación como se hace en otras partes.

— Claro que sí. Sería una grande riqueza para todos. Habla con el p. Lupe y trata de concertar una fecha. Me gustaría que participáramos todos los presentes.

— Cuando viene el p. Lupe, ¿no sería bueno que pudiera administrarnos también los sacramentos del bautismo, el matrimonio y la confirmación?

— Muy bien. Le voy a dar el nombramiento de párroco para los de la Renovación. Será una parroquia personal, que abarcará a todos los que integran el Movimiento de Renovación y cumplen con los relativos

compromisos. Así podrán seguir todo el proceso de formación, que se maneja en la Renovación, un proceso que considero bastante aceptable y muy accesible a la gente de aquí.

— ¿Y los demás movimientos? — pregunta un miembro de otro movimiento.

— Vamos a ver caso por caso. Por el momento, el p. Rodrigo se encargará de dar seguimiento a todos los movimientos. Además, me gustaría que por lo menos en la parroquia de San Juan Bautista se estableciera el Neocatecumenado, que representa un camino de fe bastante efectivo en orden a la formación de católicos auténticos.

Celebración Eucarística y Celebración de la Palabra

El p. Domingo quiere que examinemos atentamente el asunto de la Celebración Eucarística y la Celebración de la Palabra, que se hacen los domingos.

— Me parece que aquí está la base para una vida realmente cristiana: una buena celebración dominical, con la participación de todos. Ahora bien, ¿cómo lograr esto?

Aparte del coro, los encargados de distribuir la comunión, los lectores, el monitor y los monaguillos, sugiere que haya otros personajes que intervengan en distintos momentos de la celebración para hacerla más amena y permitir a los asistentes una mejor asimilación de los contenidos.

Serían como interlocutores del celebrante y al mismo tiempo traductores, para aclarar o desmenuzar el contenido de las lecturas o la homilía. Al mismo tiempo, dialogando entre ellos mismos y cuestionando al público en general, lograrían mantener viva la atención de todos, propiciando una participación más activa.

Cada personaje tendría su disfraz particular, para permitir una fácil identificación. Además, intervendrían siempre de dos en dos: *el angelito y el demonio, el preguntón y el sabelotodo, doña Chole y doña Remedios*, etc.

— Si están de acuerdo — concluye —, hoy mismo les puedo dar una demostración. En realidad, ya tengo gente entrenada para eso.

— ¿No será anti litúrgico todo eso? —, pregunta el p. Martín en son de broma.

— No creo que será más anti litúrgico que dormirse durante la misa —, es mi respuesta.

Y nos retiramos, felicitando al p. Domingo por su intuición. En realidad, el p. Domingo no deja de sorprendernos a todos por sus intuiciones geniales. Se ve que, en todo lo que hace, le mete la mente y el corazón. De hecho, con esos recursos pedagógicos, la misa resulta todo un éxito. La gente está muy atenta y la celebración resulta muy amena y participativa.

De todos modos, viendo las cosas como espectadores, notamos alguna falla: las oraciones resultan demasiado cortas y difícilmente asimilables. ¿La solución? Cada uno aporta lo suyo y al final llegamos a la siguiente conclusión: se empieza con una introducción de parte del monitor, en que se expresan los conceptos fundamentales; sigue una oración espontánea de parte del celebrante, a la que poco a poco se va uniendo todo el pueblo, estando todos con los ojos cerrados para evitar cualquier distracción; se concluye con la oración oficial, que se encuentra en el misal.

Otra vez el p. Martín pregunta en son de broma:

— Todo esto, ¿no será anti litúrgico?

Al ver que muchos se ríen, vuelve a preguntar:

— Entonces, ¿qué es anti litúrgico?

— Poner los pies sobre el altar durante la celebración —, es mi respuesta.

El problema de la salvación

Muy seguido los miembros de los grupos proselitistas cuestionan a nuestros hermanos católicos acerca de la salvación:

— ¿Qué piensa usted: se va a salvar o no?

El católico se queda callado; no sabe qué contestar. Para él se trata de algo completamente nuevo. Solamente algunos, con ocasión de algún retiro espiritual, escuchan algo al respecto, en un tono de amenaza: “Cuidado: si no te arrepientes, te vas a condenar”. Y después, con arrepentimiento o no, todo vuelve a lo mismo, sin ningún seguimiento de parte de los responsables.

Y si alguien contesta que sí piensa que se va a salvar, sigue la requisitoria:

— ¿Por qué piensa que se va a salvar?

¡Pobre católico! No tiene ideas claras al respecto. Cada quien aventura alguna respuesta:

— Creo que me voy a salvar porque estoy luchando por portarme bien.

— Entregué toda mi vida al servicio de Dios y los hermanos. ¿Cómo no me voy a salvar?

— Tengo una gran devoción a María. Creo que me voy a salvar.

Es que el católico en general, no solamente el católico de la calle, no cuenta con ninguna instrucción particular acerca de este asunto y vive en una enorme confusión. Nadie le habló claramente acerca del papel central de Cristo en orden a su salvación y la manera práctica de alcanzarla. Está sumergido en un montón de creencias y devociones o, si se trata de un católico culto, su mente está llena de ideas acerca de tal o cual doctrina y su vida llena de prácticas religiosas.

Pero falta lo esencial. O no se reparó en ello o no se le da el valor que merece. Se vive en la cotidianidad, faltando lo que puede dar a la vida el sentido más profundo: aceptar a Cristo como el único Salvador y Señor de la propia vida y luchar por vivir siempre unido a él.

Pues bien, para que el pueblo católico se vaya concientizando en un aspecto de tanta importancia, decidimos utilizar en la misa durante la elevación esta sencilla fórmula de profesión de fe en Cristo:

- *Elevación de la hostia consagrada*: "Jesús mío, tú eres mi único Salvador y mi único Señor. Me pongo en tus manos. Haz de mí lo que quieras".
- *Elevación del cáliz*: "Jesús mío, un día tú serás el único juez de mi vida. Ten misericordia de mí".

Cristo, el único camino

Dios no es un ser lejano. Como dijo San Pablo: "En Él vivimos, nos movemos y existimos" (Hech 17, 28). Sin la constante intervención de Dios, pronto dejaríamos de existir. Él está siempre pendiente de nosotros (Sal 23 [22] y 91 [90]). ¿Por qué tenerle miedo? (Rom 8, 31-39).

Se trata de conceptos sencillos, que se tienen que manejar continuamente, para que la vida del cristiano tenga sentido y unidad, desde el más encumbrado teólogo hasta el más humilde campesino. En el fondo, cuando se trata de lo esencial de la fe, no tiene que haber distinción entre cultos e incultos, pastores y ovejas, gente completamente entregada a las cosas de Dios y gente metida en asuntos profanos. En lo esencial no tiene que haber diferencia alguna, puesto que todos somos igualmente hijos de Dios, tenemos el mismo destino y estamos llamados a seguir el mismo camino, que es Cristo.

¿Dónde está el enredo? En el alejamiento de las Escrituras y en la búsqueda de la salvación por un sinfín de veredas, que se han ido formando a lo largo de los siglos. Es tanta la confusión que hasta los más entregados a Dios se enredan y se sienten inseguros acerca de un asunto de suma importancia, como es el de la salvación personal. De ahí la falta de entusiasmo en nuestras comunidades. ¿Qué hacer? Primero lo primero: regresar a las Escrituras y adherirse totalmente a Cristo, en su Iglesia.

¿Y los teólogos? Desgraciadamente muchos no son dignos de confianza, puesto que han perdido el rumbo, alejándose de su cometido original y del pueblo a quien están llamados a servir, metidos en un sinfín de asuntos profanos, que no tienen nada que ver ni con Dios ni con la salvación del ser humano.

Acto de contrición

En concreto, ¿cómo cualquier católico puede vivir siempre en paz con Dios? Primero tiene que conocer y aceptar las dos verdades fundamentales de nuestra fe (unicidad y trinidad de Dios; encarnación, pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo) y después aceptar a Jesús como el único Salvador y Señor de la propia vida. Hecho esto, nadie lo podrá separar del amor de Dios ni le impedirá dar testimonio de su fe y anunciar el Evangelio de Cristo (Rom 10, 9-10).

¿Y en caso de caer en pecado? De inmediato, al tomar conciencia de su situación, le pide perdón a Dios mediante un acto de contrición. ¿Y la confesión? Cuando sea posible. En realidad, hay que tener presente el hecho que el actual sistema de confesión fue establecido en un contexto histórico en que había una cantidad suficiente de ministros, capaz de satisfacer cualquier demanda. Pero ahora no es lo mismo. El sacerdote llega a una comunidad cada dos o tres o más meses. A veces llega cada año y de prisa, porque su llegada por lo general coincide con la fiesta patronal, en que se administran los sacramentos y se hacen tantas otras cosas, que no tienen nada que ver ni con Dios ni con la salvación del alma.

Por otro lado ¿qué pasaría si en algún lugar la mayoría de los católicos quisiera acudir al sacramento de la confesión? Piensen en una parroquia de veinte mil habitantes, diseminados en un vasto territorio y reunidos en unas cuarenta comunidades. Un manicomio. Por eso no se habla del asunto y cada quien se la arregla como puede. De hecho, los pastores de almas, ante un problema de tal magnitud, se dan por vencidos y no hacen ningún esfuerzo por enfrentarlo.

Condiciones

para una buena confesión

Al mismo tiempo, notamos mucha superficialidad en el manejo de este sacramento. En el fondo, todo se limita a manifestar los pecados al confesor y cumplir con la penitencia correspondiente. Por eso los frutos son muy escasos, lo que causa un mayor desprestigio para el mismo sacramento.

¿Qué hacer entonces? Tomar conciencia de la importancia de este asunto y tener el valor de enfrentarlo directamente, ensayando nuevas formas de celebrar el sacramento, teniendo en cuenta tres aspectos fundamentales: la escasez de ministros, la marcada sensibilidad de la gente de hoy, que le hace difícil manifestar su interior, y la debida preparación para que el sacramento surta los efectos esperados. En realidad, la eficacia del sacramento no depende esencialmente de cuántas veces se celebra, sino de cómo se celebra.

Para los dos primeros aspectos, ya tenemos la solución: los pecados se ponen por escrito. En este caso, se reduce considerablemente el tiempo de la celebración del sacramento y se evita el sentido de pena de parte del penitente, especialmente cuando se trata de gente conocida y hasta con vínculo de parentesco. La experiencia dice que esto funciona muy bien, con plena satisfacción de parte del confesor y del penitente.

Donde aún estamos en pañales es en la preparación, que tiene que ser suficientemente larga y acompañada de actos, que sean estímulos y signos de verdadera conversión. En concreto, ¿qué sugiero al respecto?

1. Que la preparación a la confesión dure por lo menos un mes. A nivel de pueblo en general, se podría aprovechar de los tiempos de adviento y cuaresma. Dos confesiones al año.
2. Que durante este tiempo se den algunos pasos concretos:
 - a) *Reconciliarse con todos* (Mt 5, 23-26). ¿Cómo uno puede estar en paz con Dios, si no está en paz con los hermanos? Si se trata de gente ya fallecida o que vive lejos, se puede hacer por escrito, quemando después el escrito, en el primer caso, o enviándolo a la persona interesada, en el segundo caso.
 - b) *Perdonar las ofensas recibidas* (Eclo 28, 3-5; Mt 6, 14-15; Ef 4,32). Es la única manera de empezar a curar las heridas causadas por dichas ofensas. Por lo tanto, si queremos que la confesión represente un proceso de sanación y restauración de la persona, necesariamente tenemos que incluir este aspecto.

3. *Cambiar de actitud hacia el prójimo* (Is 58, 1-12), practicando las obras de misericordia (Mt 25, 31-46).
4. *Buscar apoyo para llevar a cabo este proceso de purificación*, teniendo en cuenta la Palabra de Dios (Stgo 5,16; Mt 18, 19-20). Es una manera práctica de “confesar la propia debilidad” y reconocer la eficacia de la oración comunitaria.
5. Y que todo este proceso sea acompañado por la práctica de:
 - a) El ayuno (Mt 6, 16-18; Hech 13, 2).
 - b) La limosna (Mt 6, 3-4).
 - c) La penitencia (Jon 3, 5ss).

Sin duda, para que la Iglesia Católica pueda “inculturarse” en el mundo de hoy, la puesta al día del sacramento de la penitencia es esencial. O seguiremos con católicos acomplejados, completamente inseguros acerca de su relación con Dios y su destino final.

Sacramentos y encuentro con Dios

Otro asunto de suma importancia: ¿A quiénes hay que administrar los sacramentos? ¿A todos, de una manera indiscriminada? Entonces, ¿cuál es el sentido de los sacramentos? En los siglos pasados, durante el régimen de cristiandad, todos los católicos tenían alguna idea acerca del sentido de los sacramentos. Ahora, al contrario, en una sociedad plural y hasta anticatólica y antirreligiosa, ¿qué sentido tiene administrar los sacramentos a gente que no tiene ninguna idea acerca de su valor? ¿No es como dar las perlas a los cochinos? (Mt 7, 6).

Según mi opinión, aquí está una de las grandes fallas presentes en nuestro catolicismo: distribuir los sacramentos a todos, suponiendo que todos cuenten con las debidas disposiciones. Simulación. ¿Por qué no se aclara esto y no se pone remedio? Porque a la celebración de los sacramentos corresponde una recompensa económica. Se vive de los sacramentos. No se quiere enfrentar el problema de la raíz. No se quiere buscar una fuente alterna para sostener el culto.

No se habla de este asunto a ningún nivel: ni en las reuniones de decanato ni en las asambleas diocesanas ni en las asambleas episcopales. Es un tema tabú. Ahora bien, o nos decidimos a resolver este problema o nos hundimos. Lo del ecumenismo, la globalización o el neoliberalismo es pura pantalla. Aquí está el problema real: una correcta vivencia de la fe no puede prescindir de una correcta celebración de los sacramentos.

Para eso no bastan unas pláticas. Claro, algo es algo, pero tenemos que reconocer que unas cuantas pláticas no resuelven el problema. Se necesita una práctica de vida cristiana. O no hay sacramento. Es tiempo de pensar seriamente en unir el sacramento con la vivencia de la fe. Lo que no está pasando actualmente. En realidad, ¿qué está pasando? Que los sacramentos se volvieron en puros ritos vacíos y para un encuentro real con Dios se va a un retiro espiritual. Pues bien, ¿de dónde se sacó esto?

Un día me llama un párroco:

— Hágame el favor de enviarme unos misioneros, que me preparen a unos trescientos jóvenes que el domingo próximo recibirán la confirmación.

Cuatro o cinco pláticas y ya. Evidentemente me rehúso. No me gustan las payasadas en asuntos de tanta importancia.

Otro día me llama una catequista:

— Mi párroco me acaba de decir que este año la preparación a la primera comunión va a durar solamente tres meses. Es que tiene urgencia de dinero.

— Dile al párroco que no cuente contigo para esas cosas. Y si insiste, renuncia al cargo. Que busque a catequistas más complacientes.

Católicos practicantes

y católicos no practicantes

¿Qué hacer, entonces? Sin duda se necesita un cambio urgente, para evitar que el catolicismo siga desprestigiándose, a causa de la ignorancia religiosa de sus masas y la falta de vivencia de la fe. ¿Cuáles cambios realizar? Esto dependerá de las circunstancias concretas de cada lugar y del valor y la prudencia de cada pastor.

Nosotros en Sierra Azul por el momento estamos ensayando esta modalidad:

Matrimonio y bautismo de los hijos:

- Para los *católicos practicantes*, bastan unas pláticas antes de celebrarse el sacramento.
- Para los católicos *no practicantes o alejados*, primero se exige que participen en la vida de la comunidad (misa o celebración de la Palabra semanal) por lo menos durante cuatro meses. Después se les exige la preparación específica.

Primera Comunión y Confirmación:

Por lo menos un año de catequesis presacramental con práctica de vida cristiana: misa o celebración de la Palabra semanal, retiros espirituales y algunas obras de misericordia espirituales y materiales.

Unción de los enfermos:

- Solamente para los *católicos practicantes*, que saben de qué se trata.
- A los *católicos alejados o no practicantes* se les imparte solamente si la piden y logran entender de qué se trata mediante previa visita de algún agente de pastoral.

Proyectos

Con el pasar del tiempo, vamos a apretar más las tuercas para los sacramentos del bautismo y el matrimonio.

Bautismo:

- Solamente para los hijos de los *católicos practicantes*.
- Para los hijos de los católicos no practicantes habrá una serie de ritos preparatorios al bautismo y se registrarán en el libro de los *catecúmenos*.

Matrimonio:

- Solamente para los *católicos practicantes*.
- Para los *católicos no practicantes* habrá algún rito sustitutivo, con celebración de la Palabra, sin misa ni confesión ni comunión. Evidentemente no se tratará de un sacramento. En realidad, no se puede impartir un sacramento de tanta trascendencia a personas que después no tendrán la fuerza para vivirlo, con el peligro de profanarlo con facilidad. Que se reserve el sacramento a personas que estén en grado de vivirlo.

Necesidad de una sacudida

Nuestro catolicismo necesita una sacudida a todos los niveles. Por lo que se refiere a Sierra Azul, de vez en cuando, por aquí y por allá, hay algo que se vuelve noticia entre la gente y sirve para sacudir a los más apáticos.

Un día, como de costumbre, antes de empezar la celebración de la santa misa, doy lectura a las intenciones que cada uno deposita sobre el altar en forma espontánea. Me llama la atención el nombre de una mujer, que acaba de fallecer y de la que todos están hablando. Se trata de la dueña de la cantina que se encuentra al lado de la capilla.

Pues bien, en vida nunca dejó de molestarnos, hablando siempre en contra de la religión y subiendo el volumen de sonido para molestarnos durante las celebraciones. Ahora que acaba de fallecer en un trágico accidente, quieren que ore por ella. Pregunto si hay algún pariente presente. Nadie. Retiro el papelito del altar y doy inicio a la celebración. Al momento de orar por los difuntos, no aparece su nombre.

Para todos esto representa una buena sacudida. Se dan cuenta de que no es lo mismo estar a favor o en contra de la religión, practicar o no practicar la fe. Nadie protesta. El hecho representa un motivo de reflexión para toda la comunidad.

En otra ocasión, una familia regresa de noche de un baile en lancha atravesando el río. Estando todos borrachos, se estrellan contra una roca y alguien muere. Piden una misa de cuerpo presente y no se les concede, puesto que se trata de gente totalmente alejada de la Iglesia. Para todos el hecho representa una fuerte llamada de atención a tomar en serio los asuntos religiosos.

Así, poco a poco, Sierra Azul va tomando su rumbo, dejando atrás siglos de costumbres y abriéndose a la fuerza de la Palabra.

Capítulo 4

UNA IGLESIA EN ESTADO DE MISIÓN

Si queremos que la Iglesia tome su papel de “sal de la tierra y luz del mundo” (Mt 5, 13-14), necesitamos crear un nuevo estilo de catolicismo, a la luz y al calor de la Palabra de Dios. Y es precisamente lo que estamos tratando de hacer en Sierra Azul, luchando por formar a católicos realmente convencidos y activos, en lugar de seguir con católicos pasivos y con una mentalidad mágica y fatalista.

Dios mío, confía en mí

En una ocasión, encontrándome en una ranchería de unas veinte chocitas de palma y madera, se me presenta un anciano, líder de la comunidad:

— Padrecito, desde hace algunos años he ido siguiendo tus pasos. No me he perdido ninguna oportunidad para escucharte, cuando te encontrabas por estos rumbos para visitar los pueblos vecinos. Quería saber si de veras tú eres católico o protestante. Me gustaba mucho lo que tú decías. Lo que me hacía dudar es que tú, cuando hablas, tienes siempre la Biblia en la mano y seguido dices lo que está escrito en la Biblia. Es que yo antes nunca había visto a un padrecito que hace así. Lo que me sacó de dudas fue ver cómo hacen las misioneras que tú mandaste a enseñar a nosotros. También ellas andan siempre con la Biblia y el rosario en la mano, pero vi que cantan lo mismo que cantaban mi mamá y mis abuelitas. Entonces yo dije entre mí: “Estas hermanitas son verdaderas católicas y también el padrecito tiene que ser un verdadero católico, porque él enseñó los cantos y los rezos a las hermanitas”. Padrecito, ahora que ya estoy convencido, te aseguro que pronto también aquí tendremos nuestra capilla de lámina y ladrillo. ¿Cómo la ves?

— Muy bien.

El anciano se siente feliz y satisfecho por la decisión tomada. Prosigue:

— Vas a ver, padrecito. Aquí pronto tendremos nuestra capilla, muy bonita. Será en honor de San Isidro Labrador, un santo muy bueno para el campo.

Terminando de hablar, levanta las manos hacia el cielo y, con un nudo en la garganta por la emoción, exclama:

— Dios mío, confía en mí. Vas a ver que pronto también aquí tendremos nuestra capilla en honor de San Isidro Labrador.

Aquí está el nuevo tipo de católico, que estamos tratando de formar: un católico con actitud activa y decidida, animado por una absoluta confianza en Dios y en sí mismo.

Carro o carreta

En otra ocasión, escucho al p. Domingo, mientras está dirigiendo un retiro espiritual a los agentes de pastoral. Me impactan su imaginación creativa y su lenguaje extremadamente sencillo e incisivo:

— Tenemos que ser como los carros, no como las carretas. ¿Dónde está la diferencia? El carro se mueve por sí solo, mientras la carreta necesita un animal que la jale: un burro o un buey.

Aclarado esto, explica qué significa en concreto actuar como carro o carreta. Arenga:

— Tienes que aprender a decidir por tu cuenta, sin que nadie te diga lo que tienes que hacer. Tú tienes que decidir qué vas a hacer en la vida y cómo lo vas a hacer, sin que nadie te empuje o te jale.

Todos le ponen la máxima atención a lo que está diciendo el p. Domingo y asienten moviendo continuamente la cabeza y haciendo gestos de admiración.

P. Domingo concluye la charla, invitando a los presentes a formar de la misma manera a todos los que están bajo su cuidado:

— No basta que nosotros seamos como los carros y no como las carretas. Tenemos que aprender a formar a nuestra gente de manera tal que sea como los carros y no como las carretas, es decir, que sepa lo que quiere y luche por conseguirlo. Así me enseñó mi papá y también el p. Antonio. Así yo quiero que hagan también ustedes. ¿O acaso prefieren formar a gente que se parece a las carretas? En este caso, ustedes serían los...

— Los burros y los bueyes — contestan todos riéndose a carcajadas.

Vamos a pescar

Un día, de regreso a San Juan Evangelista después de una larga gira fuera del país, veo a la encargada de la cocina que sale del curato con dos catequistas, las tres bien alegres, como para ir a una fiesta.

— ¿Adónde van? — pregunto a la cocinera.

— Vamos a pescar — contesta en tono burlesco y desaparecen.

— ¿Pescar? — pienso en mis adentros —. No veo que lleven ningún morral o traste para meter el pescado. Lo único que llevan en las manos es la Biblia. Pero eso es normal, puesto que en Sierra Azul nunca un agente de pastoral sale de la casa sin llevar la Biblia en la mano, tanto que muchos ya los llaman “los bíblicos”.

Al momento de la cena, se despeja la incógnita. Yo me imagino que voy a comer un pescado sabroso, pero no veo nada de pescado en la mesa.

— ¿Qué pasó? — pregunto a la cocinera —. ¿Acaso no pescaron nada?

La cocinera suelta una sonora carcajada. Insisto:

— ¿No me dijiste que ibas a pescar con tus amigas?

Otra carcajada. Trata de explicarse, pero no puede. Se le revuelve todo. Empieza a soltar alguna palabra y se atora. Hasta se le salen las lágrimas por la risa. Por fin se repone y aclara:

— Cuando decimos que vamos a pescar, quiere decir que vamos a hacer las visitas domiciliarias. A ver qué pescamos. De hecho, ya hemos pescados algunos peces gordos. De aquí a unos días se dará cuenta, una vez que estén bien preparados.

Todos pescadores

Esto es lo maravilloso que está sucediendo en Sierra Azul: es tanto el fervor misionero que se ha ido despertando entre los católicos, que todos quieren ser pescadores, cada uno a su modo. Algunos sencillamente señalan los casos de peligro, alertando a los agentes de pastoral acerca de tal o cual pariente o amigo que está siendo visitado por alguien de otro credo religioso; otros reparten entre sus vecinos los folletos que consiguen en la parroquia; otros empiezan a entablar alguna conversación de carácter religioso con amigos y conocidos.

El hecho es que todos los católicos, aunque mínimamente comprometidos, tratan de hacer algo para transmitir la propia fe a los alejados y a los que abandonaron la Iglesia. Cuando se dan cuenta de que ya no pueden, invitan a los agentes de pastoral más preparados.

Estos intervienen de inmediato, aprovechándose de cualquier oportunidad para “pescar”.

Y la pesca anda en continuo aumento. Normalmente el proceso de integración a la comunidad católica inicia con una presentación durante una misa o una celebración de la Palabra, sigue un período de enseñanza personalizada, que varía según los casos, y se concluye con un retiro espiritual de unos dos o tres días.

En la práctica casi no hay misa, sin que haya presentación de alguien que empieza o concluye su proceso de integración a la comunidad. Y todo eso ayuda a crear en las comunidades un fervor siempre más grande, volviéndose todos en “pescadores”.

Pescadores especializados

Aparte de esta manera genérica de ser pescadores o misioneros, existen también agentes de pastoral “especializados” para esa tarea. Son los “misioneros parroquiales”, normalmente formados y entrenados por los misioneros de Cristo. Su labor se desarrolla esencialmente entre la gente alejada o ya separada de la Iglesia.

Cada parroquia cuenta con su grupo de “misioneros parroquiales”, que a su vez tratan de hacerse presentes en todas las comunidades, por pequeñas que sean, mediante “delegados” o aspirantes a misioneros parroquiales. Estos poco a poco van aprendiendo a dialogar con los católicos alejados y con los ex católicos, hasta volverse en verdaderos misioneros.

Normalmente son gente casada, que entrega a la misión de tres horas a un día por semana, visitando los hogares de dos en dos. Cuando se trata de gente, que acepta algún tipo de formación en su propia casa, entonces no es necesario que vayan de dos en dos. Pueden ir solos, uno por uno.

Una vez al mes se forman grupos especiales para visitar los hogares más necesitados, que por lo general se encuentran aislados en la sierra. Entonces la misión puede durar de tres días a una semana. No faltan casos también en que se desplazan fuera de Sierra Azul, invitados por algún párroco para formar grupos de misioneros parroquiales.

En este caso, los que invitan proporcionan alojamiento y alimentación; aparte se encargan de solventar los gastos de pasaje y ofrecer alguna ayuda en efectivo o en mercancía para las familias de los misioneros, que durante algún tiempo quedan sin el soporte del papá, de la mamá o de los dos.

A medida que va pasando el tiempo y los "Misioneros de Sierra Azul" se van dando a conocer, se va creando un fenómeno muy especial: en distintas parroquias de la arquidiócesis y de las diócesis colindantes hay matrimonios de Sierra Azul, encargados de la catequesis, la apologética, la pastoral bíblica o la misión entre los alejados o los ex católicos metidos en algún grupo proselitista.

Lo mismo pasa con los ex misioneros de Cristo. Una vez terminado su servicio en el movimiento, muchos regresan a sus lugares de origen o a los lugares en que antes dieron su servicio y se quedan, formando una familia. De esa manera el "espíritu de Sierra Azul" va invadiendo pueblos, parroquias, diócesis y regiones enteras.

Como levadura

Ante esta realidad, fácilmente viene a mi mente la parábola de la levadura: "El Reino de los Cielos se parece a la levadura, que tomó una mujer y metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo" (Mt 13, 33).

¿Quién se hubiera imaginado hace diez años que Sierra Azul pudiera tener un cambio tan grande, hasta volverse en un símbolo del nuevo tipo de catolicismo que necesitamos hoy en día? Aquí vemos qué pasa cuando se toma en serio la Palabra de Dios y no se tiene miedo a todo lo que pueda sobrevenir.

Miedo al riesgo

En realidad, el grande problema de la Iglesia de hoy consiste en el miedo: miedo a descubrir, reconocer y aceptar la propia realidad; miedo a dejar seguridades, ligadas a prácticas ancestrales, aunque poco ortodoxas; miedo a pensar en algo diferente de lo que siempre se hizo, aunque hoy en día ya no funciona; miedo a remar mar adentro.

Preferimos el pantano al mar abierto, el rito al soplo del Espíritu, el escondite a la ventana, la penumbra a la luz plena, las medias tintas a los colores fuertes y definidos, la asfixia al peligro de resfriado.

Se habla mucho de valor, entrega y rechazo a todo tipo de miedo. Pero sólo es pantalla y apariencia, un intento de exorcizarlo aparentando seguridad. En el fondo hay miedo a perder lo seguro por lo incierto. Se tiene miedo al riesgo. Nos parecemos a niños que, estando solos, hacen todo tipo de ruido con tal de no pensar y así tratar de espantar el miedo.

Pues bien, en esta situación la experiencia de Sierra Azul vale más que todos los documentos del mundo y se vuelve paradigmática para

muchos. Ahí se puede palpar cómo una comunidad católica desahuciada vuelve a la vida y se transforma en un ejemplo viviente de una nueva manera de vivir la fe y transmitirla.

El néctar de los ángeles

Un día, hablando de la Eucaristía a los agentes de pastoral de la cabecera arquidiocesana, se me ocurre compararla al néctar, el alimento preferido de los antiguos dioses de la mitología greco-latina.

Alguien me pregunta:

— Padre, si es cierto lo que usted acaba de decir, ¿por qué entonces muchos abandonan la Iglesia?

— Porque nunca han saboreado este alimento, que la Iglesia tiene reservado solamente para unos cuantos afortunados.

Y para que todos entiendan el asunto, presento esta comparación:

“La Iglesia Católica se parece a una empresa, que produce el mejor alimento del mundo, una empresa muy gloriosa en el pasado, que sin embargo actualmente se encuentra en franca decadencia. Claro que también ahora sigue produciendo el mejor alimento del mundo, precisamente el néctar de los ángeles o el Pan del Cielo, como generalmente se le conoce.

El problema está en que, por la gran cantidad de clientes que tiene, su atraso tecnológico y la notable disminución de los obreros especializados que se necesitan para prepararlo, ya no logra satisfacer toda la demanda. Entonces, ¿que está haciendo para cumplir con sus compromisos ya adquiridos? Está reservando el antiguo alimento, que tanto lustro le dio en el pasado, a poca gente, la más entendida, que está en grado de apreciarla, mientras para la mayoría de sus clientes está produciendo una comida de segunda calidad, que impacta a la vista, parece muy sabrosa, pero en realidad no alimenta.

Estando así las cosas, fácilmente la competencia logra quitarle muchos de sus clientes, ofreciéndoles un alimento, que sin duda no alcanza la calidad del néctar de los ángeles o Pan del Cielo, pero ciertamente es mucho mejor que la comida que está destinada a la gran masa.

¿Qué habría que hacer en este caso? En lugar de bajar la calidad del alimento para satisfacer toda la demanda, sería muchos más sensato reestructurar toda la empresa de manera tal que pudiera estar en condiciones de proporcionar a todos los clientes el néctar de los ángeles o Pan del Cielo, lo que siempre representó su orgullo más grande y la razón más profunda de su misma existencia”.

Comida chatarra

— En concreto ¿cuál sería la comida de segunda calidad o comida chatarra, que estamos dando nosotros? — pregunta un agente de pastoral.

— La religiosidad popular, cuando no viene acompañada de la Palabra de Dios. Uno va al santuario, le reza a la imagen, le entrega una limosna con unas flores y unas veladoras, sale del santuario y se emborracha. ¿Qué provecho saca? Nada. Pura pantalla, puro engaño. Lo mismo con las fiestas patronales: sencillamente sirven para salir de la rutina, distrayéndose y divirtiéndose un poco. ¿Y el provecho espiritual? Poco o nada. Al contrario, muchos, después de la fiesta, quedan completamente amolados, sin un centavo en el bolsillo, crudos y hasta endrogados.

— Es cierto — comenta otro agente de pastoral —; a mí me ha pasado esto.

— Ahí está. ¿Qué pasa entonces? Que llegan los de la competencia, le ofrecen algo mejor que esta comida chatarra y se nos van. Le enseñan algo de Biblia y cómo dirigirse al Dios verdadero mediante la oración. Además, lo ayudan a dejar algún vicio y a portarse mejor. Y con eso se lo ganan. Claro que, lo que le ofrecen, nunca llegará a ser igual a lo que ofrece la Iglesia Católica a los más afortunados. Pero, sin duda, es mucho mejor que la comida chatarra, de la que se alimenta el católico del montón.

Atención personalizada

Todos escuchan con la máxima atención. Se ve que están siguiendo el hilo del discurso con extrema facilidad. Sus rostros reflejan mucha preocupación. Alguien pregunta:

— De seguir así, ¿cuál será la situación de la Iglesia Católica de aquí a unos años?

— De seguir así, sin duda, el catolicismo se va a reducir notablemente. Ahora mi pregunta es: ¿por qué tenemos que seguir por este mismo camino? ¿Acaso se trata de algo fatal, que no tiene remedio? No. Según mi opinión, podemos y tenemos que revertir la situación. ¿Cómo? Dejando de proporcionar al pueblo católico comida chatarra y proporcionándole comida buena. ¿Cómo será posible esto? Cambiando muchas cosas dentro de la Iglesia, hasta que estemos en condiciones de asegurar a cada católico la comida buena y una atención personalizada, como hace la competencia.

¿Una utopía?

Alguien objeta: — ¿No será una utopía lo que usted acaba de sugerir?

— No se trata de ninguna utopía — es mi respuesta y presento mi experiencia personal —. A mi llegada a Sierra Azul, hace casi diez años, había apenas tres presbíteros para una población de 30 mil católicos y 70 mil miembros de los grupos proselitistas. Parecía que, de seguir así, el catolicismo pronto se iba a acabar. Pero ¿qué pasó? Que, cambiando la estructura pastoral, pronto se frenó el éxodo de los católicos hacia los grupos proselitistas, empezó el regreso de los que se habían salido y aumentó notablemente el número de los católicos comprometidos. Actualmente habrá 60 mil no católicos y casi 50 mil católicos, atendidos por unos 35 agentes de pastoral a tiempo completo, entre estos cinco presbíteros, aparte de los misioneros de Cristo.

— ¿Y la economía? — es la objeción de muchos.

Respuesta: — Mejor se atiende a la gente y más entradas hay. Así pasa con la competencia y así pasa con nosotros.

La experiencia de las primeras comunidades cristianas

— Por otro lado — comenta un agente de pastoral — ¿no es ésta la enseñanza de Jesús (Lc 10, 7) y de las primeras comunidades cristianas? Es lo que encontramos en el Libro de los Hechos de los Apóstoles: “Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común” (Hech 4, 32). Estando así las cosas, a nadie le faltaba nada, puesto que “a cada uno se le daba según sus necesidades” (Hech 2, 45).

Todo esto parece un sueño, pero fue algo real.

— Yo había leído este texto bíblico muchas veces — reconoce un catequista — pensando que se trataba de una historia del pasado y nada más. Nunca había caído en la cuenta de que se trata de algo que también hoy en día nos puede ayudar para resolver nuestros problemas.

— Claro — puntualizo — que no podemos aplicarlo ahora al pie de la letra. De todos modos, nos puede orientar acerca del camino a seguir, si queremos ser verdaderos discípulos de Cristo. De otra manera, hablamos tanto de injusticia, explotación y abandono a nivel de sociedad y no caemos en la cuenta de que lo mismo está pasando dentro de la Iglesia.

— Parroquias ricas — aclara el mismo catequista — y parroquias

pobres, curas ricos y curas pobres, gente bien atendida y gente abandonada, tarifas que suben hasta el cielo.

— Todos trabajamos en la Iglesia — añade otro — y solamente el clero se queda con todas las entradas.

— Pues bien — concluyo —, de eso se trata: ver todo el quehacer de la Iglesia con miras a la misión. Si se entiende esto, fácilmente se resuelven todos los problemas de orden material. Si, al contrario, se mira todo con el signo de pesos, es decir, pensando: “¿Qué voy a ganar?”, entonces todo está perdido, siempre nos quejaremos de que no nos alcanzan las entradas y nunca lograremos encontrar los recursos económicos necesarios para atender debidamente a todo el pueblo católico. Lo que pasa hoy en día, es que primero no hay una seria preocupación por atender debidamente a todo el pueblo católico y después que el dinero siempre se esfuma de las manos de los curas como por arte de magia. Una vez que cambiemos de actitud y de perspectiva, guiados por la Palabra de Dios, veremos que cualquier problema de orden económico tiene siempre una solución y nunca tiene que representar un verdadero obstáculo para el avance de la misión.

Fondo común

Es lo que estamos tratando de hacer en Sierra Azul, creando un fondo común para cada comunidad y para cada parroquia. ¿Cómo alimentarlo? Mediante distintas iniciativas, según las circunstancias:

- Hay lugares en que se consigue una o más parcelas para la capilla. Se hacen faenas con la colaboración de todos los católicos comprometidos y todo lo que se saca es para el fondo común de la comunidad y de la parroquia, según acuerdos establecidos caso por caso.
- Ganado a medias. Se entrega alguna cabeza de ganado a quienes tienen posibilidades de atenderlas. Las cabezas iniciales quedan como propiedad de la capilla o parroquia, mientras todas las crías que vienen se reparten mitad para el que las cuida y mitad para el fondo común.
- Lo mismo se hace con los cochinos, los guajolotes y las gallinas.
- Los maestros y otro tipo de gente, que percibe algún salario, mensualmente le descuentan una parte, que entregan al fondo común.
- Al mismo fondo común van a parar todas las limosnas, que se recaudan por cualquier celebración.

Un comité para cada comunidad y cada parroquia administra los

recursos económicos, teniendo en cuenta cada necesidad. Haciendo esto, se evita el peligro de administrar algún sacramento, sin las debidas condiciones, por el simple hecho de querer sacar un provecho de orden económico.

Resultados concretos

Una Iglesia en estado de misión no puede prescindir de una organización capilar, que busque resultados precisos. Es lo que estamos tratando de implantar en Sierra Azul. Ya basta de "ahí se va". Cuando nos damos cuenta de que un agente de pastoral a tiempo completo no funciona, sencillamente lo despedimos.

Lo mismo estamos haciendo con los seminaristas y los aspirantes al diaconado permanente. O dan resultados concretos o para afuera, quedándose como ayudantes de los demás agentes de pastoral. No basta la buena voluntad. Queremos resultados concretos.

Por eso, antes de ser aceptados como seminaristas o candidatos al diaconado permanente, tienen que dar prueba de ser "pescadores de hombres". De ahí su decepción, cuando, con ocasión de alguna misión fuera de Sierra Azul, se topan con presbíteros, diáconos permanentes, seminaristas o religiosas totalmente verdes en asuntos de apostolado, sin ninguna experiencia ni perspectiva misionera.

Evidentemente, no falta algún aspirante al diaconado permanente, seminarista o agente de pastoral flojo, que se desplaza fuera de Sierra Azul para trabajar sin tantas exigencias y contando con más comodidades. Ni modo. En la viña del Señor hay de todo.

Lo que pretendemos en Sierra Azul, es cortar totalmente con un tipo de catolicismo decadente, hecho de costumbres y ajeno al sentir bíblico, que se desarrolla al margen del auténtico espíritu cristiano. Para nosotros se trata de una cuestión de vida o muerte: o nos ponemos en la dirección correcta o seguiremos en picada, hasta casi desaparecer.

Profesionalizar la misión

Si queremos un catolicismo seguro y fuerte, tenemos que empezar por aclarar el sentido de las palabras, evitando todo tipo de confusión. Ahora bien, ¿en qué consiste la misión? En anunciar a Cristo para hacer discípulos. ¿Y qué está pasando en la práctica? Que todos se consideran misioneros por dar algún testimonio de fe en alguna circunstancia especial o por repartir ropa o alimento durante la semana santa. Me pregunto: ¿En esto consiste la misión? ¿Para eso Jesús envió a los apóstoles por todo el mundo?

Claro que unos días después llegan los de la competencia con la Biblia en una mano y una revista en la otra y poco a poco los conquistan a su credo, haciéndoles olvidar por completo lo que recibieron de los improvisados misioneros. Una vez más se hace realidad lo que dijo Jesús: “No sólo de pan vive el hombre” (Mt 4, 4).

Por lo tanto, es urgente para nosotros católicos rescatar el verdadero sentido de la misión, evitando todo tipo de apropiación indebida. Tenemos que luchar para que en cada localidad haya verdaderos misioneros, preparados, entrenados, orientados y animados por misioneros profesionales, miembros de instituciones realmente misioneras, dedicadas totalmente a la misión y que no utilicen la misión como un membrete para tener más prestigio y por ende conseguir más vocaciones o ingresos económicos.

El ejemplo de los santos

En América Latina, como Iglesia nos hemos adaptado demasiado al espíritu del mundo. Ya hemos tenido hasta curas guerrilleros y obispos metidos en la política hasta el cuello. ¿Cuándo tendremos curas y obispos realmente misioneros, al estilo de los grandes misioneros que nos trajeron la fe?

Hasta nos avergonzamos de ser verdaderos misioneros. Tenemos miedo a que nos tachen de ser proselitistas y nos confundan con los de la competencia. Queremos ser “misioneros light”, repartiendo ropa y comida a los pobres. Nos cuidamos demasiado. Nos avergonzamos de Cristo (Mc 8, 38).

No entendemos la diferencia entre el anuncio del Evangelio “para hacer discípulos de Cristo” y la utilización del nombre de Cristo para atraer gente con todo tipo de subterfugio para trasquilarla. Por eso nos quedamos con los brazos cruzados.

Ya es tiempo de aclarar toda confusión y dar la gran batalla por el Evangelio. Es tiempo de recobrar la delantera en un asunto que nos compete como Iglesia, representa la razón más profunda de nuestro ser como institución y puede dar un nuevo brío a todo nuestro quehacer eclesial.

O nos volvemos en traidores, traidores light, aparentando amor y respeto hacia todos y al mismo tiempo abandonando el rebaño en las manos de los lobos rapaces y viviendo tranquilamente del presupuesto. No nos olvidemos de que, un día no muy lejano, nos podrán acusar de alta traición con nombres y apellidos.

Capítulo 5

MIGUELITO, EL ANGELITO

El ídolo de la gente

Todos lo admiran, todos hablan de él, todos esperan con ansia su llegada. Y Miguelito siempre a disposición de todos, aunque impenetrable y misterioso. En realidad, nadie sabe con certeza lo que Miguelito piensa, si es que piensa en algo.

En realidad, se le ve siempre en acción, acudiendo al llamado de todos y corriendo por todos lados, sin ningún plan de trabajo preciso. Sus preferidos: los enfermos y los difuntos.

Para cualquier necesidad, buscan a Miguelito, le explican al asunto y Miguelito dice siempre que sí. Lo que le falta a Miguelito es la palabra. Se expresa más con señas y gestos que con palabras.

Y la gente se siente feliz así. Le hablan, le piden cosas, le confían secretos... y Miguelito dice siempre que sí. A veces dudo que Miguelito entienda realmente lo que la gente le confía o le pide.

— Así es la gente — me comenta el p. Domingo a este propósito —. La gente prefiere que uno le diga siempre que sí. A la gente no le gusta escuchar o ser cuestionada.

— Ahora entiendo el pegue que tiene Miguelito con la gente sencilla.

— Lo ven muy bueno, siempre con el devocionario y el rosario en la mano. Nunca reprende y nunca reclama nada; solamente reza y nada más. Así la gente quiere también a nosotros los curas.

— Prácticamente la gente quiere que todos seamos rezaderos y nada más. Puro culto y nada de profetismo y pastoreo.

— Así es, padre; así es nuestra gente, especialmente la gente piadosa que aún no ha saboreado la Palabra de Dios. Yo la conozco muy bien. Lo que quiere es puro rezo y puros milagros. Esa gente hasta le tiene miedo a la Palabra de Dios, porque la Palabra de Dios, cuando

entra en uno, lo revuelve todo y ya no lo deja en paz, hasta que no se decide a cambiar lo que está mal en su vida.

Rezoes y Palabra de Dios

La observación del p. Domingo me aclara muchas cosas. Así entiendo el rechazo visceral que muchos le tienen hacia la Palabra de Dios, no solamente entre la gente sencilla o alejada, sino también entre la gente supuestamente evangelizada y comprometida con la Iglesia, como pueden ser los seminaristas, las religiosas y tantos miembros del clero.

Claro, utilizan la Biblia, pero la toman como un objeto sagrado y nada más. No se dedican a “escudriñarla” (Jn 5,39), para encontrar en ella inspiración y alimento espiritual. Por lo general, la leen durante la misa y la liturgia de las horas, sin reflexionarla, sin rumiarla, poniendo más cuidado en la manera de leerla que en su sentido profundo. Por eso hay tan poco provecho.

Precisamente como hace Miguelito: reza el rosario, lee los textos bíblicos y adelante, sin hacer ningún comentario, sin reflexionarla y sin asimilarla. A veces me desespero ante tanta testarudez. Cuando se lo hago notar, cambia un poquito pero pronto regresa a lo mismo. Saca alguna frase por aquí y por allá y la pone como introducción o comentario al texto que se está utilizando. Nada personal, nada propio, como si se tratara de algo mágico.

¿Decepción?

El p. Domingo, adivinando mi pensamiento, me pregunta:

— ¿No se sentirá usted algo decepcionado, viendo como se porta Miguelito? Sin duda, usted esperaba mucho más de él.

— Es cierto: esperaba mucho más. De todos modos, ¿qué le podemos hacer? Miguelito dio lo que pudo. Hasta ahí pudo llegar. No podemos pedirle más.

— P. Antonio, usted sabe cuánto quiero a Miguelito. Es para mí más que un hijo. Pensaba que pudiera llegar al diaconado permanente, pero me doy cuenta de que no puede con los estudios ni con los compromisos propios de un diácono. Nunca cumple con sus tareas. Sus comentarios a los textos bíblicos son demasiado cortos y sencillos: “Bonito”, “Muy bonito”, “Siento alegre el corazón”, “Amar a todos”, “Jesús mío, te pido perdón”, etc.

— No hay problema: que siga como aspirante al diaconado permanente. Así podrá seguir asistiendo a las clases cuando quiera y

hacer las tareas que pueda. ¿Por qué le vamos a exigir más, si no puede?

Tuberculosis

Noto al p. Domingo muy triste y con ganas de llorar.

— ¿Qué te pasa, p. Domingo? Así son las cosas: no siempre los hijos resultan como uno quisiera. ¿Qué no desearía un padre para sus hijos? Pero no siempre es posible.

— Es que Miguelito está muy enfermo.

— ¿Qué tiene?

— El doctor dice que tiene tuberculosis muy avanzada. Fijese que a veces escupe sangre.

— Me extraña que se haya llegado a este punto. ¿Acaso el doctor no se dio cuenta a tiempo de que estaba enfermo de tuberculosis?

— Se dio cuenta y le dio la medicina.

— ¿Por qué entonces no se curó?

— Acabo de enterarme de que Miguelito, en lugar de tomársela, la tiraba según él porque le sabía muy amarga.

¡Pobre Miguelito! Aún no logra salir de su antiguo mundo mágico. Ahora entiendo porque Miguelito se ve siempre fatigado, con la vista apagada y con pocas ganas de comer. Aparte de esto, lo noto escurridizo. No obstante el cariño que me tiene, trata siempre de darme la vuelta. Tiene miedo a que le pregunte o le diga algo.

Celoso

Estando así las cosas, insisto con el p. Domingo que vea la manera de buscar a alguien que apoye a Miguelito en los rezos y el cuidado de los enfermos y al mismo tiempo vaya aprendiendo.

— Ya lo he intentado muchas veces, sin resultado. Es que Miguelito tiene la cabeza muy dura. No quiere enseñar a otros. Todo lo quiere hacer él personalmente.

— ¿A qué se debe una actitud tan cerrada y egoísta de parte de Miguelito?

— Quién sabe. Posiblemente se debe al temor de que algún día se quede sin chamba. Por ejemplo, durante la misa, solamente él me trae el cáliz, las hostias y las vinajeras. No permite que ningún otro monaguillo lo ayude, según él porque se trata de algo muy sagrado. A veces me desespero al ver que así no avanzamos.

— Cuando habla contigo, ¿no te dice nada acerca de sus problemas?
— Antes hablaba más conmigo, pero ahora habla muy poco. Quiere estar siempre con la gente que lo adora. Muy poco quiere estar conmigo. Estoy seguro que Miguelito me está ocultando algo.

Las fiestas populares

Le encantan a Miguelito. Goza al sentirse sumergido entre la gente: grita, aúlla, gesticula. Más ruido haya, mejor se siente. A veces tengo la impresión que Miguelito viva en la más espantosa soledad y silencio. Todo lo asusta. Por eso busca la bulla, como pretexto para sentirse libre y soltarse.

La gente lo jala por aquí y por allá. A Miguelito le gusta sentirse apretado por todas partes, mientras lo llevan a ver los puestos de alimentos o los juegos mecánicos. Entre todas las diversiones prefiere los carros de choque. Es cuando más se suelta. Goza inmensamente, cuando golpea otros carros. Parece otro Miguelito.

También los fuegos artificiales lo atraen de una forma irresistible. Posiblemente no se da cuenta del peligro que corre al acercarse demasiado a los toritos cargados de truenos, que los muchachos pasean entre la gente. De hecho en cada fiesta no falta alguien que salga lastimado por la explosión de algún trueno o cohete.

Miguelito es un verdadero misterio. Cuanto más uno cree conocerlo, tanto más se le escapa de las manos. Ni modo. Hay que aceptarlo así como es. Se ve que algo está progresando. Cada uno hace lo que puede. Quién sabe si algún día Miguelito logrará liberarse completamente de sus complejos y volverse en un hombre normal, más sociable y realmente feliz.

Muerte de Miguelito

Estando fuera del país por un curso de apologética, el p. Domingo me llama por teléfono. Es la primera vez que lo hace. Se ve que se trata de algo realmente grave y urgente. De hecho, sin ni siquiera saludarme, me da la triste noticia:

— Murió Miguelito.

Y prorrumpe en un llanto inconsolable. Yo trato de consolarlo y me bloqueo. Por fin escucho la súplica del p. Domingo:

— P. Antonio, venga pronto. Por lo menos para concluir el novenario.

Le aseguro que estaré en San Juan Evangelista para la conclusión del novenario. Lo que logro con mucha dificultad.

Apoteosis de Miguelito

Al llegar a San Juan Evangelista para la conclusión del novenario, encuentro gente llegada de todas partes de Sierra Azul, menos de Santa Lucía, lo que no deja de extrañarme.

Todos hablan de Miguelito como del “angelito”:

— Ya se nos fue nuestro Miguelito — me confiesa una ancianita llorando —. Ahora está en el cielo rezando por nosotros.

— ¿Qué haremos ahora sin Miguelito, que rezaba siempre por nosotros?

No falta gente que incluye su nombre en el rezo del santo rosario, pidiendo su intercesión. Otros llevan alguna fotografía suya y la besan continuamente entre lágrimas.

Tanta devoción hacia Miguelito me desconcierta. No entiendo qué está pasando. No sé hasta dónde esto es normal o se trata de fanatismo puro. Además, me surge la duda acerca de lo que se entiende por “normal”. Normal ¿para quién? ¿Para mí? ¿Para los indígenas? Sinceramente todo lo que estoy viendo me confunde. Nunca me había imaginado algo parecido.

Un ejemplo a seguir

Durante la misa, le pido al p. Domingo que haga la homilía, puesto que nadie como él conoció a Miguelito. El p. Domingo se rehúsa rotundamente. Comprendo su estado de ánimo y no insisto.

Puesto que conozco a Miguelito desde cuando estaba amarrado y lo llamaban “el changuito”, no me resulta difícil recorrer las distintas etapas de su vida, haciendo notar su esfuerzo por querer superarse cada día más. Concluyo con una perorata, que hace estremecer a todos:

— ¿Quieren ustedes seguir el ejemplo de Miguelito, que ahora está en el cielo?

— Sí — gritan todos al unísono.

— Yo y el p. Domingo les vamos a enseñar qué tienen que hacer para seguir el ejemplo de Miguelito y así algún día llegar a estar con él en el paraíso. ¿Están de acuerdo todos?

— Sí.

— Entonces, en lugar de llorar, hagamos el propósito de imitar su ejemplo, orando todos los días, por lo menos en la mañana al levantarnos y en la noche antes de acostarnos, y rezando antes y después de tomar los alimentos. Que los domingos nadie falte a la misa o a la celebración

de la Palabra. Que todos aprendan a confesarse, para comulgar todos los domingos. ¿Están de acuerdo todos?

— Sí.

— Alguien dirá: “¿Quién nos va a enseñar a rezar?” No se preocupen: nosotros les vamos a enseñar a rezar: yo, el p. Domingo, los diáconos y toda la gente que nosotros vamos a encargar. Vamos a organizar muchos retiros espirituales, donde ustedes van a aprender todo esto. ¿Cómo creen ustedes que Miguelito llegó a ser tan bueno? Con los retiros espirituales. Allá uno, mediante la Palabra de Dios, aprende a rezar y también a llevarse bien con la gente. ¿O ustedes quieren seguir como antes, emborrachándose y peleando los unos contra los otros? ¿Acaso vieron alguna vez a Miguelito borracho y peleándose con la gente?

— No — gritan todos.

— Pues bien. Si de veras quieren a Miguelito, tienen que seguir sus pasos. Él los está mirando desde el cielo. Que nadie falte a los retiros espirituales que nosotros vamos a empezar a organizar pronto para todos ustedes. ¿Están de acuerdo todos?

— Sí.

Miguelito y los brujos

Terminada la celebración de la santa misa y la ceremonia del levantamiento de la cruz, el p. Domingo y un servidor nos retiramos al curato, bastante fatigados. Lo único que anhelo es entrar a mi cuarto y tirarme sobre el catre.

Pero no. El p. Domingo insiste en querer hablar conmigo antes de acostarse:

— Es que ya no puedo aguantar más, p. Antonio.

Nunca había visto al p. Domingo tan deprimido.

— ¿Qué te pasa, p. Domingo? Entiendo tu dolor por haber perdido a un ser tan querido. Pero no es para tanto. ¿Acaso no tuviste la experiencia de la muerte de tu papá, tu mamá y tu esposa? Tienes que ser fuerte, p. Domingo. Ni modo. La muerte es algo que no se puede evitar. Algún día todos tenemos que pasar por ahí. Pero la vida sigue. Tiene que seguir. No podemos atorarnos por la muerte de un ser querido. Si ahora viniera Miguelito, ¿qué te diría? ¿Que te murieras tú también?

— No es eso, padre.

— ¿De que se trata, entonces?

El p. Domingo trata de reponerse. Reúne todas sus fuerzas y de una vez suelta lo que lo está acabando:

— Miguelito iba con los brujos.

Casi me desmayo yo también.

— ¿Como?

El p. Domingo me cuenta todo:

— Como le dije en otra ocasión, yo sospechaba algo acerca del extraño comportamiento de Miguelito, especialmente durante los últimos meses. Su silencio prolongado y especialmente su esfuerzo para evitar de encontrarse conmigo a solas me preocupaban bastante. También me preocupaba el rápido deterioro de su salud. Cuando el médico me dijo que ya no había remedio, le pregunté la razón y me dijo que probablemente Miguelito no tomaba las pastillas. Entonces empecé a observarlo sin ser visto y un día descubrí que estaba enterrando algo en la huerta. Fui después y descubrí que se trataba de las pastillas.

— Pero ¿cómo se le ocurrió hacer esto?

— ¿Recuerda a don Chucho, que de vez en cuando llegaba a San Juan Evangelista para comprar la mercancía para su tienda?

— Su tío de la sierra.

— Fíjese que no era su tío. Era un brujo, el mismo que había tratado de curarlo cuando era niño. Lo de la tienda era puro cuento. Él se aprovechaba del hospedaje que le dábamos en el curato para hacer sus cochinas con Miguelito. Le daba cosas de tomar, le hacía limpias y quién sabe cuántas porquerías más.

— Tú ¿cómo supiste todo esto?

— Hace unos días vino para el novenario don Bonifacio de Santa Lucía y me contó todo.

— ¿Por qué no habló antes?

— Dijo que don Ángel, el papá de Miguelito, se lo había prohibido. Estaba seguro que el brujo iba a curar a Miguelito. Por eso la gente de Santa Lucía no vino ni al entierro ni al novenario de Miguelito. La gente de allá estaba enterada de todo esto; por eso nunca le tuvo confianza a don Ángel. Parecía muy convertido, pero al mismo tiempo seguía con los brujos.

La conversión

— Ni modo. La conversión nunca es fácil ni total. Hay siempre aspectos, que quedan en la penumbra, hasta que la luz de Cristo no logra iluminar todas las áreas del ser humano.

Observo que, a medida que avanza la conversación, el p. Domingo se va calmando, recobrando su habitual serenidad. Me pregunta:

— ¿Cuándo uno alcanza la conversión completa?

— Cuando uno ya se encuentra en la otra vida con Dios, mi querido Domingo. Mientras estemos en este mundo, habrá siempre algo que corregir. ¿Qué te parece?

— Es cierto, p. Antonio. Ahora, en el caso de Miguelito, ¿qué piensa usted: se habrá salvado? ¿No ha hecho un pecado muy grande, al regresar a las antiguas costumbres paganas? Fíjese, padre Antonio, hay otra cosa que le voy a decir: algunos me han dicho que también Miguelito a veces le hacía la limpia a la gente de mayor confianza, utilizando blanquillos y romero. También le metía la mano donde le dolía a la gente y algunos dicen que se sanaban. Realmente yo no entiendo nada de Miguelito. Poco a poco, una vez que vio que la gente lo quería, empezó a comportarse de una forma extraña, alejándose de mí y haciendo cosas raras por su cuenta, sin pedir consejo a nadie.

— Así son las cosas, p. Domingo. El caso de Miguelito no es ni el primero ni el último. Muchos se portan como él. Apenas empiezan a caminar, se avientan por su cuenta, queriendo recuperar el tiempo perdido. Y cometen las más grandes barbaridades. Son muy pocos los que aprenden en cabeza ajena. Cada uno quiere hacer su experiencia por su cuenta, sin pedir consejo a nadie, hasta llegar al más grande fracaso.

En el caso concreto de Miguelito, nadie tiene derecho a juzgarlo, porque se trata de un problema de conciencia. Solamente Dios sabe hasta qué punto entró realmente en el mundo cristiano. Como pasa con tanta gente, en él había una mezcla entre lo antiguo y lo nuevo. Lo único que sabemos es que Miguelito hizo lo que pudo. ¿Qué más queremos?

La muerte de un santo

Parece que, al conversar de cosas tan personales e importantes, se nos haya escapado el sueño con el cansancio. Aprovecho para preguntarle al p. Domingo algunos pormenores acerca de la muerte de Miguelito.

— Ha sido la muerte de un santo — contesta el p. Domingo muy emocionado.

— Tú ¿estuviste presente?

— Sí. Me encontraba en el barrio de San Lucas cuando llegó un monaguillo muy asustado y me dijo que Miguelito se estaba muriendo.

Corrí de inmediato al curato y encontré a Miguelito acostado sobre el catre, casi sin respirar. Parecía como muerto. Yo grité “Miguelito”. Entonces, abrió los ojos, me miró, agarró mi mano y empezó a besarla entre lágrimas. Yo le dije: “¿Qué pasó, Miguelito?”. Pero me di cuenta que se encontraba muy débil y ya no podía hablar. Entonces, le dije a Miguelito: “Espera un momento. Te voy a traer a Jesús”. Miguelito me soltó la mano, corrí a la capilla del Santísimo, tomé los santos óleos y una hostia consagrada y volví al cuartito de Miguelito. Ya en el curato había mucha gente, que oraba y lloraba. Le administré la unción de los enfermos, le di el Viático y poco después Miguelito expiró. Para mí fue la muerte de un santo. Nunca había visto a Miguelito tan sereno y con una cara tan bonita. Parecía la cara de un ángel. Después me quedé orando unos momentos, regresé a mi cuarto y ya no supe nada, si me desmayé o me dormí. Me desperté cuando el sacristán tocó a la puerta para la misa de cuerpo presente. Al terminar la misa fue cuando le llamé por teléfono.

— Antes de pasar todo esto, Miguelito ¿no había manifestado algo raro, que pudiera hacer pensar en una muerte inminente?

— Nada. Después supe que acababa de estar con él don Chucho, el brujo. Quién sabe qué cochinada le dio. El hecho es que pronto Miguelito empezó a vomitar algo apestoso, hasta que quedó sin fuerzas y el sacristán ordenó al monaguillo que fuera a buscarme.

Como el grano de trigo

Con la muerte de Miguelito, muchas cosas están cambiando en Sierra Azul. Me vienen a la mente las palabras de Jesús: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo. Pero, si muere, da mucho fruto” (Jn 12, 24). Ahí está la herencia de Miguelito: los monaguillos y los rezanderos, que cada día avanzan más en número y calidad.

También vienen a mi mente las parábolas del grano de mostaza y la levadura (Mt 13, 31-33). Hace apenas unos meses ¿quién se hubiera imaginado el grande fervor religioso, que se iba a despertar en San Juan Evangelista con la muerte de Miguelito? Retiros espirituales por todas partes, todos los que saben leer andan con la Biblia en la mano durante la misa o la celebración de la Palabra, muchísima gente pide acercarse a los sacramentos.

El grano de mostaza se vuelve árbol y la levadura fermenta toda la masa. Con la muerte de Miguelito, un nuevo capítulo se abre en la historia de Sierra Azul. Su recuerdo permanecerá siempre vivo en la mente y el corazón de todos sus habitantes, de generación en generación.

Capítulo 6

EL NOMBRAMIENTO

Invitaciones

Se acerca el gran día en que el señor nuncio apostólico me va a entregar el nombramiento como encargado de la Prelatura de Sierra Azul. Empezamos por enviar las invitaciones a los obispos de la región, los superiores y alumnos del seminario, los padres que trabajaron antes (p. Carlos, el vicario episcopal, y el p. Eugenio) y mis amigos de la antigua Parroquia de la Purísima de la capital.

Entre todos los invitados, aceptan solamente el rector del seminario y algunos amigos de la Parroquia de la Purísima. ¿La razón? Me la da el rector del seminario, que al mismo tiempo lleva la representación del señor arzobispo, “imposibilitado a presenciar un acontecimiento de tanta importancia por compromisos contraídos con anterioridad”.

— ¡Cuernos! — comento con el rector del seminario —. No viene porque no quiere.

— Es cierto — es su respuesta —; no quiere venir.

— ¿Por qué?

— Ya su presencia en la arquidiócesis lo está molestando a causa de sus iniciativas y sus propuestas bastante novedosas y cuestionantes. Imagínese: una región totalmente desahuciada, que vuelve a la vida y con tanto éxito. Indirectamente representa un reproche para él.

— Me extraña todo esto, puesto que conmigo se ha mostrado siempre satisfecho por mi actuación.

— Pantalla. Pura pantalla. ¿Sabe cuál ha sido la gota que ha hecho derramar el vaso? El último café teológico que tuvimos en el seminario y su último artículo acerca de la simonía. Fíjese que el mismo arzobispo cobra una cuota por cada misa de confirmaciones. Además, para solventar ciertos gastos del seminario, ha ordenado que lleven por todas las parroquias las dos imágenes más famosas y taquilleras de la

arquidiócesis: la imagen de la Virgen de la Solidaridad y la imagen de la Virgen de Jutiapa. Haciendo esto, en lugar de aclarar el papel de las imágenes en la devoción popular, lo complica más. Y todo esto por el maldito dinero.

— No me imaginaba todo esto.

— Otro problema. A raíz del último café teológico, empezaron a lloverle al señor arzobispo cartas de protesta contra la costumbre de hacer bailes con ocasión de las fiestas patronales, organizados por la misma parroquia. Imagínese qué penoso espectáculo ver a los agentes de pastoral vender cerveza y aguardiente.

— ¿Y cuál es la actitud del señor arzobispo ante este despertar del pueblo católico?

— No sabe qué hacer. Es la primera vez que se tiene que enfrentar a este tipo de problemas, surgidos a raíz de sus escritos, y por eso está molesto.

Catolicismo neoconservador

El rector del seminario saca de su mochila una revista de teología y me enseña un artículo, titulado *“El neoconservadurismo invade la Iglesia”*.

— No se imagina, p. Antonio — comenta —, con cuánta satisfacción se lo están saboreando muchos maestros y alumnos del seminario. Según ellos, se trata de una respuesta a su ensayo *“Evangelio y Cultura en el catolicismo latinoamericano”*.

— Se imaginan que, para ser católicos según el Evangelio, hay que retirarse del mundo e irse a vivir en las montañas o el desierto, como sucedió antiguamente. No entendieron lo que dijo Jesús: “No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Ellos no son del mundo” (Jn 17, 15-16).

— Según ellos, para estar a la altura de los tiempos modernos, hay que diluir el Evangelio. En el fondo hablan del cristianismo como de un fenómeno cultural y nada más. Hasta hablan de un movimiento cristiano, prescindiendo de la personalidad de Cristo como Dios y el papel de la Iglesia Católica, como heredera de su mensaje salvador.

— Por eso los cambios que proponen son según el espíritu del mundo: ordenación de mujeres, regreso a las antiguas religiones y reducción de los sacramentos a simples ritos religiosos.

— En el fondo, ni ellos mismos saben lo que quieren y se llenan la boca de palabras gruesas como “progresismo”, “relectura”, “opción por los pobres”, etc.

- Mientras sus comunidades languidecen y mueren.
- Y todo esto lo consideran como algo positivo, como expresión de libertad, mientras ven con malos ojos todo lo que se refiere a la evangelización, confundiéndola con el proselitismo religioso.
- Ni modo. Nos tocó vivir en estos tiempos y tenemos que dar chispas en estas circunstancias. Por otro lado, no estamos solos en esta lucha. En todas partes se nota una reacción a esta manera equivocada de sentir y vivir la fe cristiana. Es tiempo de unir fuerzas.

Preparativos

Mientras converso con el rector del seminario, hierven los preparativos para la llegada del señor nuncio apostólico. Por todas partes se nota una gran efervescencia. Cada quien ensaya lo suyo. P. Martín se encarga del aspecto litúrgico y los diáconos de todo lo demás. Las cocineras no se dan abasto con sus inmensas ollas. Por todas partes hay gente preparando tamales para la cena y todo lo del día siguiente. Los hombres se apresuran a preparar los hoyos para la barbacoa.

Los jóvenes se aprovechan de cualquier rinconcito para ensayar danzas, cantos y obras de teatro. Algunos maestros están entretenidos con sus mantas gigantes de bienvenida al señor nuncio apostólico. Todo es un hervidero de gente en acción, mientras los visitantes circulan por todas partes y observan.

Nadie sabe con certeza qué va a pasar mañana. Todos hablan de la llegada del representante del Papa que va a entregar al p. Antonio el “nombramiento”. ¿Nombramiento de qué? Quien sabe.

Sueño profético

Aunque me había propuesto no desvelarme para acostarme temprano y así estar al día siguiente en condiciones de atender al señor nuncio apostólico como es debido, de hecho me acuesto más tarde de lo acostumbrado por tener que arreglar algunos detalles de última hora. Otro problema: cuando me desvelo demasiado, tengo dificultad para conciliar el sueño.

De todos modos, por fin llega Morfeo, que me toma de la mano y me lleva flotando por regiones etéreas. De vez en cuando me topo con alguna cara conocida o me veo en situaciones ya vividas anteriormente. No sé si estoy soñando o todo lo que estoy viviendo es realidad. En una aldea, Luis, el yerno del p. Domingo, está presidiendo la Eucaristía, en la que están participando unos treinta feligreses muy devotos; en una

enorme explanada, que se parece al valle de Santa Lucía, veo al p. Domingo con solideo, mitra y báculo, mientras ordena a decenas de varones de todas las edades; en los anexos de la parroquia de San Juan Evangelista el p. Martín está impartiendo una clase de teología a un grupo de seminaristas.

Sin duda, estoy soñando. Pero al mismo tiempo tengo la certeza de que éste será el futuro de Sierra Azul y de toda la Iglesia.

Como San Pablo en Éfeso

Como por arte de magia (la magia de los sueños), de un momento para otro me veo en Éfeso como San Pablo, despidiéndose de los presbíteros:

“Tengan cuidado de ustedes y de todo el rebaño. Yo sé que, después de mi partida, se introducirán entre ustedes lobos rapaces, que harán destrozos. Estén alerta y acuérdense de que durante tantos años estuve entre ustedes, enseñándoles la Palabra de Dios entre muchas dificultades. Ahora los encomiendo a Dios, para que sigan adelante sin desfallecer nunca.

“Como se han dado cuenta, estando entre ustedes nunca codicié bienes materiales. Llegué sin nada y me voy sin nada. Lo único que queda es el amor que les tengo y el amor que ustedes me tienen. Que Dios los bendiga ahora y siempre” (Cfr. Hech 20, 22— 36).

Es tan grande la emoción, que siento todo el cuerpo empapado de sudor, mientras doy vueltas en el catre. Estoy consciente de que estoy soñando, hago todo el esfuerzo por despertar, pero no puedo.

Oración sacerdotal de Jesús

Sigo soñando. Veo a Jesús orando el jueves santo, mientras se despide de sus discípulos y los encomienda al Padre:

“Que todos te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo. Yo he manifestado tu Nombre a todos los que tú me has dado, tomándolos del mundo. Les entregué las palabras que tú me diste y ellos las aceptaron. Por ellos te ruego, no por el mundo. Cuidalos para que sean uno, como nosotros somos uno.

“Yo les di tu palabra y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno. Santificalos en la verdad: tu palabra es verdad.

“Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. No ruego solamente por ellos, sino también por todos los que por medio de su palabra creerán en mí. Que todos sean uno. Como tú, Padre, estás en mí y yo estoy en ti, que también ellos sean uno en nosotros. Así el mundo creerá que tú me has enviado. Padre, te pido que todos los que tú me has dado, estén siempre conmigo” (Cfr. Jn 17, 1-26).

Al contemplar a Jesús orando por sus discípulos, una profunda paz inunda mi corazón. Sé que estoy soñando, pero ya no quiero despertar, hasta que me despierta el toque de la campana y todo se esfuma. Entonces me doy cuenta de que los dos pasajes bíblicos mencionados corresponden sencillamente a las lecturas de la misa del día anterior.

El gran día

De madrugada, antes que salga el sol, empiezan a llegar autobuses y carros con gente que viene de afuera de Sierra Azul. Entre todos se destacan mis antiguos feligreses de la Purísima. Aprovecho para presentarles a los cinco seminaristas que hoy mismo se van a trasladar a la capital para continuar sus estudios de propedéutico, antes de ser admitidos a la filosofía. Ellos se van a encargar del hospedaje y de las colegiaturas. Al mismo tiempo, les van a dar una mano en todo lo que se refiere a la comprensión de textos y la redacción. En realidad, para uno que desde la niñez manejó un dialecto, el español no deja de ser una lengua extranjera, cuyo manejo exige muchos sacrificios.

Que por lo menos las primeras generaciones se preparen fuera de Sierra Azul. Una vez que contemos con los elementos suficientes, toda la preparación se va a realizar en la misma región. Durante la primera etapa, se prevé que cada año unos 4 – 8 seminaristas entrarán en el propedéutico, puesto que contamos ya con unos 15 alumnos de preparatoria, uno 20 de secundaria y unos 30 de primaria.

Poco a poco todo se va llenando de gente. No hay un rincón vacío, en la plaza, por las calles, la carretera y en el templo. Sobresalen los trajes multicolores de las mujeres indígenas. Por todas partes se oye hablar dialecto. No sé si lo hacen a propósito o quién sabe porqué: el hecho es que, cuando los indígenas se encuentran entre gente que no pertenece a su misma raza prefieren hablar dialecto. Será para presumir su idioma o poner en dificultad a los demás o para tomarles el pelo, el hecho es que, aunque puedan hablar español, prefieren utilizar su dialecto.

Posiblemente será para decir a los de afuera: “Aquí estamos en nuestra tierra. Aquí nos sentimos realmente libres. Que también ustedes experimenten qué se siente cuando uno se encuentra fuera de su tierra, entre gente que habla otro idioma y tiene costumbres diferentes”.

A la entrada del pueblo hay enormes mantas, dando la bienvenida el señor nuncio apostólico. Se oyen porras, dirigidas a los grupos de visitantes, que siguen llegando continuamente. Por todas partes hay puestos de alimentos y refrescos. Nada de bebidas alcohólicas. Hay policías de parte del municipio y vigilantes de parte de la comunidad cristiana para evitar cualquier desorden.

Llegada del señor nuncio apostólico

Por fin se oye el disparo de unos cohetes a unos kilómetros de distancia. Es la señal: el señor nuncio está por llegar. Unos amigos de mi antigua parroquia de la Purísima fueron por él al pequeño aeropuerto, que se encuentra a unas dos horas de distancia.

De inmediato los padres, los diáconos permanentes, los candidatos al diaconado permanente, que hoy se van a ordenar, y los aspirantes al diaconado permanente, todos con sotana blanca, nos dirigimos hacia la entrada del pueblo. Una valla, formada por los seminaristas, los misioneros de Cristo y los catequistas señala el recorrido hasta el curato.

El señor nuncio apostólico, no obstante su larga experiencia en este tipo de eventos, se nota visiblemente emocionado. Pronto me lo hace notar:

— Padre Antonio, lo felicito. Aquí no veo gente fanática, que grita sin saber de qué se trata. Al contrario, veo a gente consciente, que sabe lo que dice. Además, sea lo que escucho que lo que leo en las pancartas, tiene mucho que ver con la Biblia. Lo mismo en las camisetas: casi siempre hay citas bíblicas.

— Es nuestro estilo: “Biblia para todos y Biblia para todo; todo con la Biblia y nada sin la Biblia”.

— Yo pensaba que era pura propaganda. Ahora me doy cuenta de que se trata de algo real.

— Además, habrá notado que todos los agentes de pastoral y una gran cantidad de feligreses llevan la Biblia en la mano.

— Algo increíble — comenta el señor nuncio apostólico y me deja para sumergirse en el pueblo.

Los encargados de la valla con extrema dificultad logran mantenerla hasta el curato. Hay momentos en que parece que la multitud se vaya a tragar literalmente al señor nuncio apostólico. Todos los quieren tocar,

todos quieren decirle algo. A un cierto momento es tan grande la lluvia de confeti, que casi no permite respirar. Tengo que intervenir para que la gente se calme y espere otro momento para acercarse al señor nuncio y echarle confeti.

Desayuno

Al llegar al curato, le enseño mi cuarto al señor nuncio para un pequeño aseo antes del desayuno. Los aspirantes al diaconado permanente ayudan a las encargadas de la cocina para preparar la mesa. En breves momentos, todos estamos listos para la bendición de los alimentos, que hace el señor nuncio.

Estamos presentes solamente los presbíteros, los diáconos permanentes y los candidatos al diaconado permanente, que hoy se van a ordenar. El señor nuncio, para romper las barreras creadas por su alta investidura, empieza a jugar al adivino:

— Tú eres p. Domingo.

— Tú eres p. Martín.

— Tú eres el diácono Luis, yerno del p. Domingo.

Todos quedan admirados, pensando: “¿Cómo el señor nuncio apostólico conoce mi nombre, si nunca me ha visto antes?” El mismo señor nuncio despeja la incógnita:

— No se asusten por el hecho que yo ya conozca sus nombres y muchas cosas más acerca de su vida. No soy un brujo. En los informes que continuamente me envía el p. Antonio, seguido se habla de ustedes. Además, todo viene acompañado de fotografías. Hasta tengo un video de Sierra Azul, donde se ven ustedes mientras desempeñan su ministerio. De veras que los felicito por todo lo que han logrado en tan poco tiempo.

— Todo se debe al p. Antonio – enfatiza el p. Domingo.

— No todo – rebate el señor nuncio—. A cada quien lo suyo. Si el p. Antonio no hubiera encontrado en ustedes una materia dispuesta, todo esto hubiera sido sencillamente imposible.

— Como dijo San Pablo – intervengo —: “Yo sembré, Apolo regó, pero el crecimiento lo dio el Señor” (1Cor 3, 6).

— Es cierto – asienten todos.

Ya se rompió el hielo. La conversación se vuelve fluida. Se nota un ambiente relajado y familiar.

— ¿Quieren saber qué pensé la primera vez que el p. Antonio me habló acerca del proyecto de Sierra Azul? Que el p. Antonio estaba loco. Me hablaba de todo esto de una manera tan clara y convincente, como

si lo estuviera viendo. Ahora me doy cuenta de que el loco era yo.

Ya el señor nuncio se soltó. Empieza con sus chistes sobre los curas, las monjas y los agentes de pastoral. Entre un chiste y otro, alguien aprovecha para hacerle preguntas acerca del Papa, el Vaticano y su tierra natal. Si fuera por él, se pasaría todo el día contando chistes y anécdotas. Parece que perdió la noción del tiempo.

Diálogo con el señor nuncio

Tengo que intervenir para conducirlo a la realidad:

— Señor nuncio, si permite, quiero recordarle que el tiempo ya se nos está viniendo encima y aún quedan algunos detalles que afinar antes de dar inicio a la ceremonia.

— No hay problema. Hagan con toda libertad.

Una vez que todos los presentes se han despedido, el señor nuncio me invita a pasar a la oficina parroquial para dialogar conmigo a solas. Por lo visto, nuestra experiencia lo tiene aún bastante intrigado y quiere conocer el secreto que permitió un cambio tan profundo en Sierra Azul hasta volverla en el símbolo del nuevo tipo de Iglesia que hoy necesitamos.

— *Palabra de Dios y realidad.*

+ P. Antonio, ¿me puede explicar qué es lo que, en tan poco tiempo, le ha permitido conseguir cambios tan notables en Sierra Azul?

— Con mucho gusto. He aquí el secreto:

- a) *Fidelidad absoluta a la Palabra de Dios.* Por lo tanto, esfuerzo por conocerla y vivirla en plenitud, en todos los ámbitos, sin ningún tipo de temor. Mi punto de vista es el siguiente: ¿Acaso la sabiduría del hombre podrá ser más valiosa y eficaz que la sabiduría de Dios?
- b) *Conocimiento de la realidad,* a todos los niveles, con un enfoque especial a la realidad eclesial.

Pues bien, ésta ha sido la clave de mi éxito apostólico. Ante cualquier situación, he tratado siempre de profundizar las causas y buscar una solución, a la luz de la Palabra de Dios. Haciendo esto, he podido avanzar en muchos aspectos: religiosidad popular, sacramentos, liturgia, espiritualidad, etc.

— *Realidad eclesial.*

+ *¿Por qué usted insiste tanto en el análisis de la realidad eclesial?*

— Porque nos ayuda a enfocarnos a lo nuestro, como Iglesia. Una vez que tomemos conciencia de cómo nos encontramos a nivel de Iglesia, podemos ver qué hacer en concreto para dar solución a los distintos problemas.

Al contrario, el análisis de la realidad social, política y económica para nosotros puede ser desviante, en el sentido de que se queda en un plan puramente teórico, puesto que toca a otras instancias dar solución a estos problemas.

En este sentido, prefiero hablar de la pobreza y el abandono espiritual de nuestras masas católicas, más que de la pobreza material y el abandono de parte de los gobiernos. Lo mismo por lo que se refiere a la corrupción, la desorganización y la explotación de los más débiles. ¿Con que derecho podemos enseñar a los demás cómo portarse, cuando nosotros mismos, como Iglesia, estamos metidos en los mismos vicios? Como dice el refrán: "*Candil en la calle y oscuridad en la casa*".

Supongamos que se tengan tres encuentros paralelos: uno de obispos, otro de gobernadores y otro de médicos. ¿Qué temas van a tratar? Es evidente que los obispos van a tratar los asuntos de la Iglesia, los gobernadores los asuntos de los estados y los médicos los asuntos de la salud. Lamentablemente no siempre pasa esto. Muchas veces nuestros pastores, en lugar de enfrentar los problemas eclesiales, se dedican a analizar y ofrecer soluciones a los problemas que no les corresponde. De ahí su falta de incidencia en la realidad.

— *Desfase cultural.*

+ *Pues bien, ¿cómo ve usted nuestra realidad eclesial?*

— En un enorme desfase cultural. Como clérigos, tenemos los pies metido en el mundo actual, mientras nuestra cabeza navega en la Edad Media, llena de conceptos filosóficos y teológicos. Estamos entrenados para pensar y no para actuar. Todo lo queremos solucionar con el razonamiento y muchas veces manejamos el razonamiento a nuestro antojo y para nuestro beneficio, volviéndonos en sofistas.

¿Un ejemplo concreto? Vemos a nuestra gente en peligro por el fenómeno del proselitismo sectario y, en lugar de darle los elementos necesarios para no dejarse confundir, le hablamos de libertad religiosa, respeto, amor y diálogo. Y con eso pretendemos resolver el problema. ¿Qué está pasando? Que estamos utilizando la razón para zafarnos de toda responsabilidad y al mismo tiempo echarle a los mismos feligreses

la culpa de su posible fracaso. Como hacen los abogados, que se aprovechan de sus conocimientos para enredar a la gente y jalar el agua a su molino.

— **Sistema feudal.**

+ *Aparte del aspecto cultural, ¿hay algún otro aspecto donde más se manifiesta el desfase en que nos encontramos actualmente como Iglesia?*

— Claro. Nuestro modelo de relaciones es de tipo feudal, habiendo una total sujeción de una clase con relación a la otra. Cada miembro de la jerarquía se siente dueño de su territorio. Hay acaparamiento de funciones y beneficios. No hay transparencia en el manejo de los recursos económicos ni control en el uso del poder. Una imagen perfecta de la monarquía absoluta.

— **Cambios necesarios y urgentes.**

+ *¿Qué habría que hacer, entonces?*

— Crear dentro de la Iglesia una nueva mentalidad y nuevas estructuras que permitan a todos sus miembros dar lo mejor de sí, con miras a lograr una atención personalizada de todos los feligreses. Se trata de cambios necesarios y urgentes. De otra manera, seguiremos en picada.

— **Aumentar el número de los agentes de pastoral.**

+ *¿Por dónde habría que empezar?*

— Por aumentar el número de los agentes de pastoral.

+ *¿No es suficiente promover las pequeñas comunidades cristianas para lograr una mejor atención pastoral para las masas católicas?*

— Sin duda son muy importantes las pequeñas comunidades cristianas. De todos modos, ¿cómo será posible formarlas y atenderlas, si no se cuenta con un número suficiente de agentes de pastoral, debidamente preparados y remunerados? La experiencia enseña que, si se dejan solas, pronto decaen y desaparecen.

+ *Pero esto implica gastos.*

— Claro que implica gastos. Ninguna empresa puede avanzar si solamente se quiere sacar. Hay que aprender a invertir. Como se invierte en el seminario y en la construcción de los templos y los santuarios.

+ *Es que no todos los curas tienen la capacidad de organizar.*

— En este caso, se puede encargar a un diácono casado o a un laico comprometido. Según mi opinión, de hoy en adelante, éste tendría que ser el criterio fundamental para designar a un párroco: ¿cuánta gente puede atender, proporcionándole los agentes de pastoral que necesita? Si un cura puede manejar poca gente, se le asigna una parroquia chiquita; si puede manejar más gentes, se le asigna una parroquia más grande. No todos tienen los mismos talentos. A cada quien se le da una responsabilidad según su capacidad, no para sacar dinero, sino para atender debidamente a los feligreses.

Evidentemente, en esta misma línea cada parroquia y cada diócesis tendría que preparar el informe para la instancia superior, especificando la cantidad de feligreses, la cantidad de comunidades que la componen y la cantidad de agentes de pastoral empleados para atender debidamente a cada feligrés y cada comunidad.

Solamente así se puede avanzar. De otra manera, la Iglesia Católica como institución no tiene futuro.

— ***El clero, factor de resistencia.***

+ *Pues bien, ¿qué impide que esto se haga realidad?*

— La posición de privilegio que detenta el clero. Para no perderla, busca cualquier pretexto que sirva para desviar la atención hacia asuntos intrascendentes. Para no perjudicar los propios intereses, no quiere poner todas las cartas sobre la mesa, condición esencial para enfrentar seriamente la problemática eclesial, lo que sin duda representa una verdadera resistencia al Espíritu Santo (Hech 7, 51). Se da cuenta de que, con el sistema actual, todo se está derrumbando y no interviene para cambiarlo.

— ***Como funcionarios.***

+ *De todos modos, un hecho es cierto: que los curas no se dan abasto con tanto trabajo.*

— Claro que no se da abasto. La pregunta es: ¿de qué trabajo se trata? De culto y nada más. ¿Y la enseñanza? ¿Y el pastoreo? Otra pregunta: ¿por qué dedica tanto tiempo al culto, celebrando misas y administrando sacramentos al por mayor, sin la debida preparación y la debida participación de parte de los feligreses? ¿Para eso dedicó tanto tiempo al estudio de la teología?

La respuesta es muy sencilla: a cada acto litúrgico corresponde una remuneración de tipo económico. El cura se porta como si fuera un

funcionario eclesiástico, que cuenta con ciertos poderes. Según su necesidad, el feligrés se le acerca, le pide un servicio y se le concede a cambio de una determinada remuneración económica. Al clero le falta una visión de conjunto y una perspectiva realmente evangelizadora.

Es tan grande la tarea que se le hace imposible la solución de todos los problemas. Por lo tanto, se dedica casi exclusivamente a la administración de los sacramentos, algo que solamente él puede hacer por los poderes con que cuenta, dejando todo lo demás en manos de gente improvisada y de buena fe. Es que la actual estructura eclesiástica ya no funciona. No da para más. Es urgente buscar e implantar una nueva estructura pastoral. "*Vino nuevo en odres nuevos*" (Mt 9, 17).

— **Celibato opcional.**

+ *¿Qué habría que hacer, entonces?*

— Hacer opcional el celibato. Solamente así se podría contar con más elementos para el ministerio del presbiterado. Con más elementos a disposición, sería más fácil elegir a los más dignos, evitando muchos de los problemas que actualmente se están dando en el clero especialmente con relación a la vivencia del celibato y la homosexualidad.

Con relación a este asunto, mi manera de ver las cosas es la siguiente: que los presbíteros y los diáconos célibes vivan en comunidad y los casados con su familia. En este aspecto, la actual praxis eclesiástica me parece un absurdo, teniendo en cuenta de una manera especial el tipo de sociedad en que vivimos, totalmente obsesionada por el sexo.

+ *Sin duda, se trata de un problema muy serio, que solamente el Papa puede solucionar.*

— Pues bien, le voy a escribir al Papa Benedicto XVI, expresando esta inquietud, bastante generalizada dentro de la Iglesia.

— **Falta de sinceridad.**

+ *Una última pregunta: si el problema del celibato sacerdotal es tan grave, ¿por qué nunca se habla de este tema?*

— La respuesta es muy sencilla. Se trata de un rezago y de secuelas del antiguo sistema colonial. Entonces la praxis era: "Las órdenes del rey se acatan, pero no se cumplen". Lo mismo está pasando ahora. Muchos dicen: ¿para qué meternos en problemas, manifestando la propia inconformidad? Mejor actuar, sin tener en cuenta lo que dicen los de arriba.

— *El futuro de Sierra Azul.*

+ *Hábleme ahora del futuro de Sierra Azul.*

— Si todo marcha bien, creo que de aquí a unos veinte años podrán volver a funcionar todas las antiguas parroquias, presidida cada una por una comunidad de curas célibes. Todos los demás pueblos serán presididos por diáconos permanentes, a menos que no cambie la ley y puedan acceder al presbiterado.

Un sueño

Después de haber escuchado atentamente todo lo anterior, el señor nuncio apostólico se levanta y empieza a dar unos pasos en la oficina, invitándome a seguir sentado. De vez en cuando mueve la cabeza para un lado o para otro en señal de asentimiento. Por fin, me mira fijamente en los ojos y me dice:

— Mire, p. Antonio: todo lo que usted me acaba de expresar no es fruto de una mente calenturienta como muchos pueden pensar y yo mismo pensé alguna vez. De hecho, somos muchos los que estamos pensando lo mismo y no nos atrevemos a expresarlo por la misma razón que usted acaba de mencionar. Por lo tanto, permita que lo felicite una vez más por lo que está haciendo a favor de la Iglesia. Aunque muchos piensen lo contrario, usted no está loco. Cuente siempre con mi apoyo, en todo lo que le pueda servir.

Sin esperar ningún comentario al respecto, me entrega la bula del nombramiento y me invita a echarle un vistazo, antes de darlo a conocer a toda la feligresía durante la misa. Por mientras se dirige a mi cuarto para revestirse de los sagrados ornamentos. Estando solo, extendiendo el documento, borro mi nombre y en su lugar pongo el del p. Domingo. Regresa el señor nuncio y, antes de dar inicio a la procesión, llama al p. Martín para enseñarle el documento que va a leer durante la misa. Al extenderlo, nota el cambio de nombre, me mira en la cara y lleno de rabia grita:

— P. Antonio, usted está loco — y golpea fuertemente la mesa.

Me despierto. Estoy soñando. Pero, ¿quién quita que algún día este sueño pueda volverse en realidad? Pues bien, para que eso sea posible, de todos modos escribo la siguiente Carta Abierta al Papa Benedicto XVI.

CARTA ABIERTA AL PAPA BENEDICTO XVI

**Su Santidad
Papa Benedicto XVI
Ciudad del Vaticano**

Beatísimo Padre:

La gracia y la paz del Señor Jesús, el pastor supremo de las almas, lo acompañen siempre y lo sigan llenando de santo celo por la causa del Evangelio.

El motivo de la presente es acompañar mi libro *“Inculturar la Iglesia: un reto para el siglo XXI”*. Al mismo tiempo, aprovecho para concluir una serie de reflexiones, presentadas en forma de Carta Abierta, a los principales actores del quehacer eclesial, que al mismo tiempo están más implicados en el proceso de cambio, que cada día se está haciendo más necesario y urgente dentro de la Iglesia: los presbíteros, los rectores de seminario, los maestros de seminario, los obispos y los laicos comprometidos. Puesto que se trata de un género literario, evidentemente no espero ninguna respuesta al respecto. Para mí ya sería un gran honor y privilegio si el libro y la presente carta llegaran a sus manos.

Del resfriado a la pulmonía

Sin duda, con la celebración del Concilio Ecuménico Vaticano II, al abrir la Iglesia sus puertas y ventanas, se preveía algún tipo de resfriado. Sin embargo, los hechos superaron todas las previsiones. Poco a poco el malestar llegó a transformarse en una verdadera pulmonía. Muchos, entre los mismos teólogos, llegaron a perder la brújula, poniendo en tela de juicio hasta el mismo papel único e insustituible de Cristo y su Iglesia en orden a la salvación. El afán del diálogo a toda costa los volvió ciegos.

Pues bien, en esta circunstancia la publicación del documento “*Dominus Iesus*” y sus repetidas intervenciones, primero como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y después como Papa, han sido sumamente oportunas, eficaces y clarificadoras, aunque no falte

gente que aún siga manifestando signos de insatisfacción ante una doctrina que les parece atrasada y discriminatoria.

Vino nuevo en odres nuevos

Sin duda, por su misma preparación teológica, excepcional, no le ha resultado difícil aclarar muchos aspectos doctrinales, que han dado serenidad a la fe de muchos creyentes, acosados por teorías de última moda, que hacían pensar en una Iglesia demasiado diferente de la que fue durante dos milenios de historia. De todos modos, esto no es suficiente para que la barca de Pedro recobre su ritmo.

La misma barca necesita arreglos importantes. Es decir, la misma Iglesia como institución necesita cambios profundos para adecuarse a los tiempos actuales y estar en grado de cumplir con su misión. "Vino nuevo en odres nuevos" (Mt 9, 17).

Centralidad de la Eucaristía

Todos estamos de acuerdo: la Eucaristía es el centro de la vida cristiana. No puede haber auténtica comunidad cristiana sin Eucaristía, es decir, sin la celebración eucarística. ¿Y qué está pasando actualmente entre nosotros? Muchísimas comunidades cristianas, por falta de ministros, tienen la celebración eucarística de vez en cuando y de prisa.

Me pregunto: ¿Es correcto supeditar la comunidad al ministro, de manera que por falta de ministros las comunidades cristianas tengan que sufrir, hasta desaparecer? ¿No sería correcto lo contrario? Donde hay comunidad cristiana, tiene que haber ministros adecuados para su servicio.

¿Es correcto seguir administrando los sacramentos en una comunidad, sabiendo que nunca podrá tener una auténtica vivencia de la fe por falta de ministros ordenados? ¿Es correcto que para el ministerio ordenado haya requisitos tales que dejen a tantas comunidades cristianas sin lo esencial, que es la celebración eucarística?

Según mi opinión, aquí está el verdadero problema, no en saber si es mejor que el presbítero sea célibe o casado. Una cosa es la teoría y otra cosa es la práctica. Cada quien piense lo que quiera: lo importante es que no haya ninguna comunidad cristiana sin la celebración eucarística. Que lo mejor no se vuelva en enemigo del bien, el bien de la comunidad. De otra manera, corremos el riesgo de poner en segundo término la ley de Dios para cumplir con una ley humana (Mc 7, 8), aunque dicha ley en otras circunstancias haya resultado oportuna y eficaz.

Atención personalizada

Un pastor tenía cien ovejas. Por eso se dio cuenta de que le faltaba una y la fue a buscar (Lc 15, 4-5). Si, en lugar de cien, hubiera tenido doscientas, trescientas, mil o más, ya no le hubiera sido posible conocerlas a todas una por una (Jn 10, 14) ni darse cuenta si le faltaba una, cincuenta o cien.

¿Qué está pasando actualmente, por lo menos en América Latina? Que un pastor tiene diez, veinte, treinta mil o más ovejas. ¿Cómo las va a conocer y atender a todas, una por una? Apenas se puede dedicar a la administración de los sacramentos, hecha a la buena de Dios. ¿Y el ministerio profético? ¿Y el pastoreo? Nuestras masas católicas andan como “ovejas sin pastor” (Mc 6, 34).

¿Qué hacer? ¿Despedirlas (Mc 6, 36), como sugirieron los apóstoles y ahora muchos siguen pensando dentro de la Iglesia? “Puesto que nosotros no nos damos abasto para atenderlas todas – piensan -, en lugar de quedarse sin nada, es mucho mejor que sean atendidas por otros pastores, que están haciendo todo lo posible por conquistarlas. En el fondo, todo es lo mismo, puesto que todos buscamos al mismo Dios”. De ahí su alergia hacia todo tipo de apologética y su afán de considerar a todos como miembros de la única Iglesia de Cristo.

Reestructuración global del ministerio

Supongamos que alguien tuviera diez, veinte o treinta mil ovejas. (Disculpe si utilizo este tipo de comparaciones. Soy un misionero, acostumbrado a vivir entre gente sencilla). ¿Acaso se dedicaría a cuidar solamente un cierto número de ovejas, abandonando la mayor parte de ellas por no poderlas atender personalmente? Sin duda, buscaría ayudantes para que todas las ovejas quedaran convenientemente atendidas, ayudantes debidamente capacitados y remunerados.

Es precisamente lo que actualmente necesitamos dentro de la Iglesia: una reestructuración global del ministerio, de manera tal que todo católico sea atendido por gente debidamente capacitada y remunerada, cuyo ministerio sea oficialmente reconocido dentro de la Iglesia y no dependa de los humores de los ministros ordenados. En esta línea, el papel del diácono permanente casado puede representar una pieza fundamental, como puente entre la jerarquía y el pueblo católico, listo para acceder al presbiterado en el momento en que su servicio fuera requerido por alguna comunidad.

“Denles ustedes de comer” (Mc 6, 37), dijo Jesús a los apóstoles. Es lo que me gustaría escuchar de sus labios, como vicario de Cristo y sucesor de Pedro: “Denles ustedes de comer. Que todo el pueblo católico

tenga la oportunidad de alimentarse bien, mediante el pan de la Eucaristía y el pan de la Palabra". Pues bien, Usted tiene las llaves; de Usted depende dejar cerrada la puerta o abrirla.

Papa de transición

Así pensaron muchos, al momento de su elección al supremo pontificado: "Benedicto XVI será un papa de transición". Ojalá fuera un papa de transición al estilo del Papa Beato Juan XXIII, de santa memoria.

Santidad, Usted ha dado prueba de contar con la capacidad necesaria para enfrentar y resolver los grandes problemas de la Iglesia. Ya enfrentó y resolvió los problemas doctrinales. Ahora tenga el valor de enfrentar y resolver los problemas pastorales. Así podrá cerrar felizmente el ciclo abierto por el Papa Beato Juan XXIII, poniendo al día la Iglesia y lanzándola hacia el futuro con confianza.

Sociedad plural

Nos encontramos en un cambio de época. Ya pasó a la historia el régimen de cristiandad. Ahora nos encontramos en plena sociedad plural. De todos modos, seguimos con las mismas estructuras, la misma mentalidad y el mismo lenguaje de siempre, como si se tratara de una sociedad cristiana, al estilo de los siglos pasados. Se tomó conciencia de la separación jurídica entre la Iglesia y el Estado, pero aún se sigue pensando en una sociedad cristiana y no plural.

De ahí el tono vago de las intervenciones de la jerarquía, sin destinatarios precisos y sin una distinción clara entre la realidad social y la realidad eclesial. Estando así las cosas, ¿no cree oportuno establecer otro tipo de formato para las intervenciones pontificias, distinguiendo entre creyentes y no creyentes, católicos practicantes y católicos no practicantes, niños, jóvenes y adultos?

Aparte de esto, me gustaría que se hiciera un análisis preciso de la situación en que actualmente se encuentra la Iglesia, acompañado por una seria reflexión teológica, señalando al mismo tiempo adónde queremos ir y por cuáles caminos. Que también a nivel de Iglesia se aplique el método del "ver, juzgar y actuar", avocándonos esencialmente a nuestra realidad como Iglesia para ponerla en condiciones de cumplir con su misión en el mundo. Que primero la Iglesia se vuelva en un taller de humanismo y de fe para poder volverse en un signo de esperanza para el hombre actual. En realidad, hay mucha desorientación al respecto y desaliento.

Regreso a los orígenes

En concreto, ¿qué podemos hacer en un contexto plural y muchas veces adverso al sentir de nuestra fe? Regresar a los orígenes, situándonos ante el mundo a la manera de los apóstoles y las primeras generaciones cristianas y gozando de su misma libertad creativa. En todo nuestro quehacer eclesial, es tiempo de retomar el Evangelio como fuente principal de inspiración para darle vida en moldes culturales actuales.

De hecho, ésta es la perspectiva que actualmente están manejando los grupos, que más frutos están cosechando, dentro y fuera de la Iglesia. Ojalá que ésta sea también nuestra perspectiva como Iglesia. Que podamos desechar todo tipo de actitud y discurso “políticamente correcto”, para retomar con entusiasmo y sin restricciones nuestro papel primordial, volviéndonos realmente en “sal de la tierra” y “luz del mundo” (Mt 5, 13-14).

Solamente así podremos recobrar el brío y el fervor de las primeras generaciones cristianas y lanzarnos con plena confianza a la tarea de “hacer discípulos a todos los pueblos” (Mt 28, 19), tarea que nos fue encomendada desde un principio por nuestro Fundador.

Nuevo Pentecostés

Es lo que hoy necesitamos con urgencia dentro de la Iglesia. Que pronto se pueda cumplir el sueño de su predecesor, el Papa Beato Juan XXIII. Sin embargo, para que esto sea posible, no basta la oración ni el compromiso individual. Es necesario un cambio de estructuras. Y para eso Usted tiene la última palabra, puesto que cuenta con el poder de las llaves.

Con este deseo y esta confianza me despido de Usted, asegurándole un recuerdo especial en mis oraciones.

Su devmo. en Cristo

P. Antonio

APÉNDICES

Apéndice 1

EVANGELIO Y CULTURA EN EL CATOLICISMO LATINOAMERICANO

Un catolicismo extremadamente débil, poco identificado con sus propias raíces y abierto a cualquier tipo de influjo. Bajo un discurso altisonante y la búsqueda de un liderazgo social, arriesga con quedarse con las manos vacías.

1.- ¿PARA QUÉ?

Desentrañar

la realidad eclesial

Desde hace algún tiempo, ésta ha sido mi preocupación más grande: hacer todo lo posible por desentrañar la realidad eclesial, es decir, la Iglesia en carne y hueso, mirándola desde los ángulos más diferentes, para descubrir qué es lo que le impide hoy en día moverse con soltura y dar el paso decisivo para poder cumplir cabalmente con su misión, sin complejos ni añoranzas por el pasado.

Según mi opinión, se trata de un tema completamente nuevo, o casi, en campo teológico - pastoral. Claro que desde el Concilio Ecuménico Vaticano II, al cambiar de perspectiva y dar prioridad al aspecto pastoral (aggiornamento = puesta al día), ya se dio el primer paso en esta dirección. Pero todo se quedó en generalidades. Una prueba de esto fue la sucesiva iniciativa de Juan Pablo II acerca de la Nueva Evangelización, una propuesta bastante vaga y poco operativa, aunque sugestiva y abierta a toda posibilidad.

Ante esta situación, se empezó a utilizar el concepto de "realidad" en oposición a "doctrina". Con eso se creyó haber aterrizado, obligando

a la teología a bajar de las nubes y volverse “realista”, dejando el mundo abstracto de las ideas. Pero ¿qué pasó? Que por realidad se entendió la economía, la política y lo social, al estilo marxista, relegando lo espiritual al mundo de lo abstracto y por lo tanto irreal.

Se habló de “análisis de la realidad” y pronto se pasó a examinar y tratar de enfrentar los problemas de orden económico, político y social, haciendo todo, menos teología. Siguiendo por este camino, en algunos casos se llegó al extremo de perder casi completamente la perspectiva cristiana, buscando inspiración en otras fuentes totalmente ajenas al cristianismo.

Ahora bien, en este contexto lo que pretendo, es enfrentar directamente el problema de la realidad eclesial, para ver en qué nos ayuda a situarnos correctamente como individuos y como comunidad cristiana en orden a la realización del plan de Dios acerca del mundo, el género humano, la Iglesia y cada individuo.

Nuevas categorías

Para lograr esto, veo importante el manejo de algunas categorías, que me parecen bastante estimulantes, aparte de la categoría de “realidad eclesial”. En este caso quiero concretizarme a examinar el catolicismo latinoamericano a la luz de estas dos categorías, “evangelio” y “cultura”, vistas como fuentes inspiradoras del quehacer eclesial.

Manejando estas categorías, fácilmente nos damos cuenta del origen de nuestras coincidencias y nuestras discrepancias, en orden a definir situaciones y justificar opciones. Y como consecuencia, estando cada uno consciente del sentido de la propia opción, podemos vivir en paz sin molestarnos mutuamente y haciendo realidad también al interior de la Iglesia lo que pretendemos hacer con los de afuera, es decir, respetarnos mutuamente, no obstante todas las diferencias.

Separar para entender, entendernos y unir esfuerzos, hasta donde sea posible.

2.- DOS MANERAS DIFERENTES DE SER CATÓLICO

Principal fuente de inspiración

Para el catolicismo “evangélico” es la Palabra de Dios, mientras para el catolicismo “cultural” o “social” su fuente principal de inspiración, o elemento determinante, es la cultura del pueblo, tomada en el sentido

más amplio de la palabra, es decir, el sentir de la gente, sus creencias y costumbres, la moda, sus preocupaciones, sueños y aspiraciones.

Cuando en algunos aspectos concretos no hay coincidencia entre la manera "evangélica" de ver las cosas y la manera "cultural" o "social", cada uno se va por su camino, justificando su actitud a la luz de su opción fundamental.

Y ahí empiezan los problemas. Los católicos "evangélicos" acusarán a los demás de ser "mundanos" o "paganos" y estos acusarán a los católicos "evangélicos" de ser "fundamentalistas", "fanáticos" o "hipócritas", según los humores del momento. Todo depende del papel que juegan en la propia vida el Evangelio y la Cultura o la manera de situarse cada uno ante el Evangelio y la Cultura, la manera de ver las cosas que viene de arriba y la manera de ver las cosas que viene de abajo.

Catolicismo según el Evangelio

Se acepta "todo" el Evangelio, aunque en algunos casos cueste. Es una "apuesta" por el Evangelio, convencidos de que, si se trata de algo que viene de Dios, sin duda será más rico y sabroso que cualquier otra palabra "humana". Lo ideal es "vivir según el Evangelio" hasta volverse en un "Evangelio viviente".

Por lo tanto, todo el esfuerzo del católico "evangélico" está encaminado a conocer y vivir en plenitud la Palabra de Dios, según la enseñanza de la Iglesia, no según la moda del momento o la interpretación del teólogo famoso.

Para el catolicismo evangélico, la cultura es un vehículo para transmitir el Evangelio, de manera tal que pueda ser debidamente asimilado, al llegar al destinatario en moldes culturalmente entendibles. En este sentido se habla de "inculturar el Evangelio" o "Evangelio inculturado".

Si algo propio de una cultura no encaja o se opone al Evangelio, se deja a un lado. En realidad, no todo lo que forma parte de una cultura, es "evangélicamente" correcto y aceptable. De hecho, el Evangelio tiene un *plus*, que rebasa la capacidad, la sabiduría, los gustos y las exigencias puramente humanas.

Para ser un católico según el Evangelio, es necesario, por lo tanto, estar dispuesto a ir más allá de la propia cultura, los propios gustos e intereses puramente humanos, aunque esto vaya a exigir alguna renuncia. De hecho, no puede haber aceptación total del Evangelio sin renuncia. Por otro lado, la renuncia forma parte esencial de cualquier tipo de opción. En este sentido, el Evangelio no representa la excepción.

Al mismo tiempo, el Evangelio, al contacto con cualquier cultura, se enriquece, asumiendo algo propio de cada cultura y descubriendo en sí mismo nuevas potencialidades, que se explicitan bajo todo tipo de estímulo. Se enriquece y enriquece, estimulando y fecundando toda cultura con sus valores y maneras propias de sentir y ver las cosas.

Catolicismo según la cultura

Privilegia el aspecto cultural, es decir, el sentir propio de cada individuo o grupo, lo que puede ayudar a uno a satisfacer alguna exigencia, deseo o aspiración. Por lo tanto, para este tipo de católico, el Evangelio no representa la ley suprema de vida. Cuando tiene que optar entre el Evangelio y la cultura, el Evangelio y las creencias, usos y costumbres, opta por la cultura, con sus creencias, usos y costumbres.

Entre los que han optado por este tipo de catolicismo, es fácil oír expresiones como ésta: "Soy católico a mi modo", "No soy católico fanático", "Soy creyente y nada más"; (si se trata de un presbítero) "Le doy a la gente lo que me pide", "Esto le gusta a la gente; el cliente manda", etc.

La norma es el discurso "políticamente correcto". Se dice a la gente lo que la gente quiere escuchar y cómo lo quiere escuchar. Se da a la gente lo que quiere, que casi siempre tiene que ver con exigencias de tipo social y material o con sus creencias particulares, sean o no conformes al Evangelio.

Puesto que la gente pide escuelas, clínicas, misas, procesiones, bendiciones, agua bendita e imágenes, esto se le da, no como punto de partida para ayudarla, en un segundo momento, a dar pasos concretos hacia la plenitud en Cristo y su Iglesia a la luz del Evangelio, sino como manera propia de sentirse bien a nivel humano y cristiano, sin preocuparse si de veras se trata de algo que le sirve para su superación moral y religiosa o se trata de un simple paliativo.

Haciendo esto, en lugar de sujetar la cultura al Evangelio, se sujeta el Evangelio a la cultura, dando origen a un catolicismo híbrido, considerado como una manera legítima de entender y vivir la fe cristiana, no como algo provisional mientras se busca una superación.

Entonces, en lugar de ayudar a uno a "purificar" su fe, se hace todo lo posible para que uno se afiance más en sus creencias, manejando un lenguaje y utilizando prácticas, que están totalmente al margen de la auténtica fe cristiana, por estar preñadas de sentido mágico. Es la sal que pierde su sabor (M7, 5, 13).

3.- EVANGELIO Y CULTURA

EN LA EXPERIENCIA DEL PASADO

Al terminar las persecuciones y contar la Iglesia con el apoyo del Estado, poco a poco el catolicismo se volvió en algo "cultural", parte esencial del ser "ciudadano". Y decayó masivamente.

Catolicismo según el Evangelio

Solamente pocos tuvieron la oportunidad de conocer el Evangelio y tratar de vivirlo en plenitud. Resultándoles sumamente difícil hacerlo en el *maremágnum* de la sociedad civil, sumida en la más grande confusión, tuvieron que huir del mundo, buscando refugio en el desierto o la montaña. Fue la epopeya de las órdenes monásticas.

Algo increíble: en una sociedad "culturalmente católica", resultaba casi imposible vivir en paz según el Evangelio. Una advertencia para todos los tiempos y todas las latitudes: ¡tan grande puede llegar a ser la diferencia entre el catolicismo "evangélico" y el catolicismo "cultural", "social" o de "costumbres"! Una clave sumamente útil para interpretar la situación en que se debate el catolicismo actual.

Pues bien, en este contexto histórico, el pacífico y seráfico San Francisco de Asís y algunos otros, decididos seguidores de Cristo, tuvieron el valor de enarbolar la bandera del Evangelio, quedándose en el mundo y arriesgando la hoguera.

Todo esto parece una novela y sin embargo es la pura realidad histórica, donde se ve claramente hasta qué punto puede llegar la diferencia entre el catolicismo "evangélico" y el catolicismo "cultural", que muchas veces se identifica con la simple religiosidad natural con una "pantalla cristiana".

Catolicismo según la cultura

Aunque todo fuera católico y no hubiera ninguna oposición abierta contra la religión católica, en la práctica cada uno vivía la fe a su modo. Lo que importaba era la doctrina, no la práctica. Por lo tanto, mientras no se admitía ningún tipo de disidencia a nivel doctrinal, a nivel práctico había de todo, extendiéndose la inmoralidad en largos estratos de la sociedad, hasta afectar al mismo clero.

En este contexto, puesto que el ministerio eclesiástico era fuente de prestigio, poder y bienestar económico, una enorme cantidad de gente escogía la "carrera eclesiástica" como manera de satisfacer su

deseo de superación humana, sin preocuparse demasiado por los valores específicamente evangélicos. De ahí los urgentes reclamos de una "reforma", que, al no darse pacíficamente a tiempo y dentro de la Iglesia, llegó a desgarrar la cristiandad.

4.- REALIDAD ECLESIAL ACTUAL

Una pregunta: "¿Qué nos dice el pasado con relación al presente?" Según mi opinión, cambian las formas, pero queda igual la substancia. El problema sigue vigente, aunque se haga todo lo posible por ocultarlo. Ni modo. La realidad es lo que es y tarde o temprano se impone.

Ahí está el éxodo silencioso de las masas católicas, hastiadas por un tipo de catolicismo que, a nivel masivo, no tiene sentido.

Catolicismo según el Evangelio

Generalmente se identifica con los grupos apostólicos y los movimientos eclesiales, que representan la versión moderna de las congregaciones religiosas y la versión católica de los grupos que surgieron en el ámbito del protestantismo histórico desde los inicios del 1800 y actualmente representan la vanguardia del cristianismo con un fervor misionero incontenible, hasta llegar al más descarado proselitismo religioso.

En ellos prevalece el elemento laical y están marcados por un fuerte deseo de autenticidad cristiana, a la luz de la Palabra de Dios. En muchas partes, representan la única esperanza para el futuro de la Iglesia, con una fe sencilla y genuina y un entusiasmo contagioso, y al mismo tiempo representan un baluarte seguro ante el acoso de los grupos proselitistas, siempre que cuenten con una oportuna orientación al respecto.

Catolicismo según la cultura

Refleja las aspiraciones, los valores y en general la manera de sentir de la sociedad en general, en un esfuerzo por eliminar la pobreza material y conseguir más bienestar social para todos. Al mismo tiempo, manifiesta cierta alergia hacia los valores estrictamente espirituales y un rechazo rotundo hacia la aceptación de Cristo como el "único" salvador del mundo y la pretensión de la Iglesia Católica de ser en plenitud la Iglesia de Cristo.

Su ideal es la mediocridad. Visto que la montaña es demasiado alta y solamente pocos la logran escalar, tratan de rebajarla para dar a todos la posibilidad de alcanzar la cima y no se note la diferencia entre los más decididos y los flojos. Tratan de trasladar en la Iglesia la manera de pensar que prevalece en la sociedad.

Según ellos, hay muchos caminos de salvación, igualmente aceptables y válidos, haciendo una enorme confusión entre el aspecto subjetivo de la salvación (se puede alcanzar la salvación, aunque no se conozca a Cristo y su Iglesia) y el aspecto objetivo (todos los que alcanzan la salvación, la alcanzan, consciente o inconscientemente, por Cristo, que es la cabeza, y la Iglesia, que es su Cuerpo Místico, unida a él de manera indisoluble).

No se dan cuenta, o no quieren darse cuenta, de que también los que no son cristianos, si se salvan, es siempre por la sangre de Cristo, íntimamente unido a su Iglesia, y no por la intervención de Moisés, Buda, Confucio o Mahoma. Pues bien, aunque se trate de una doctrina fundamental dentro de la Iglesia Católica, de todos modos la rechazan, con tal de llevarse bien con todos y así aplanar el camino para la comprensión y el diálogo entre todos.

En esto consiste precisamente su propósito fundamental: por encima de todo poner, no la Palabra de Dios, sino el sentirse bien y el llevarse bien con todos y, por lo que se refiere a la Biblia como Palabra de Dios, tratar de rebajarla lo más posible mediante todo tipo de análisis "científicos" y equiparándola a los libros sagrados de otras tradiciones religiosas, considerados igualmente como "Palabra de Dios".

Por todo lo anterior, en la práctica, este tipo de catolicismo representa un virus dentro de la Iglesia, que la está carcomiendo poco a poco, sirviéndose de cualquier pretexto y manejando todo tipo de "relectura" bíblica y argucia con tal de reducir a lo mínimo lo "bíblicamente" seguro, especialmente por lo que se refiere a Cristo y "su" Iglesia.

Pues bien, en esta línea están la Teología de la Liberación y la Teología India. Se trata de formas "culturales" de entender y vivir la fe católica. Mientras haya coincidencia con el Evangelio, no hay problema. Las dificultades empiezan, cuando no hay coincidencia. Entonces, entre el Evangelio y la Cultura con sus creencias y costumbres, sus seguidores optan por la Cultura; entre la sabiduría divina y la humana, optan por la humana; entre los valores espirituales y terrenales, optan por los valores terrenales.

De ahí su preferencia por la Religiosidad Popular, considerada como camino de salvación a secas y cobijo seguro para una fe, que muchas

veces no tiene nada que ver con los auténticos valores cristianos y raya en el paganismo más rastrero.

Lo escalofriante de la situación es que en este tipo de catolicismo no se encuentran solamente los católicos poco ilustrados religiosamente, sino también muchos elementos del clero y la vida consagrada, que están metidos hasta el cuello en este tipo de religiosidad, manifestando mucha preocupación por lo social y las costumbres de la gente y poca sensibilidad por una vida según el Evangelio. "Las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y las demás concupiscencias les invaden y ahogan la palabra, que queda sin fruto" (Mc 4, 19).

De ahí su rechazo a implantar la Biblia en la catequesis presacramental y en las devociones populares, considerando su contenido como "imaginaciones del pasado", con poca o nula utilidad para resolver los problemas concretos, que se presentan en la sociedad actual.

Sin duda, viéndose las cosas desde esta perspectiva, no se vislumbra ningún futuro viable para el catolicismo latinoamericano, dándose por descontada su lenta agonía ante el ansia devoradora de los grupos proselitistas, la Nueva Era y un sinfín de movimientos culturales y religiosos.

Los fautores de este tipo de catolicismo, ¿han pensado alguna vez en la posibilidad de que los partidos políticos, las instituciones gubernamentales o las organizaciones culturales o religiosas se puedan encargar de "las fiestas" para las quinceañeras y las bodas, quitando espacios a la Iglesia? Entonces, ¿por qué no dedicarse desde ahora a lo propio, que es el aspecto espiritual? Ante esta realidad, la pregunta es: "¿Se trata de algo fatal, que no tiene remedio, o existe alguna posibilidad de revertir la situación?"

5.- PEQUEÑAS COMUNIDADES CRISTIANAS

Son los lugares en que están confluyendo los dos tipos de catolicismo, que estamos examinando: el "evangélico" en los grupos apostólicos y los que están integrados a los movimientos eclesiales y el "cultural" o "social" en las Comunidades Eclesiales de Base.

Grupos apostólicos y movimientos eclesiales

Por lo general, gozan de buena salud y tienen un futuro promisorio, al contar con una identidad propia y suficientes vocaciones que salen de sus filas. Cada uno tiene un carisma, un origen, una organización, unos objetivos y unos métodos propios de evangelización, forjados en la experiencia.

Representan la voz genuina del laicado, en colaboración con el clero y la vida consagrada. Su visión y acción van más allá de los estrechos confines parroquiales. Además, cuentan con un sistema económico propio, sin depender de las migajas que les puedan caer de la mesa clerical.

Sus dirigentes son auténticos líderes, fogueados en el campo de la evangelización, y sus miembros nacen de una decisión personal. Su misma existencia nos dice cómo es posible vivir la auténtica fe católica por convicción y no solamente por tradición.

En muchos casos, tienen que enfrentarse a la oposición, que les viene desde afuera y desde adentro de la misma Iglesia. De todos modos, contando con una identidad propia y una buena motivación, tienen suficiente fuerza para perseverar, no obstante todas las dificultades que se les puedan presentar, a menos que la oposición no sea tan radical hasta negarles los sacramentos.

En este caso, los que pueden, buscan apoyo por otro lado y los demás... están en las manos de Dios. ¡Hasta qué punto puede llegar el rechazo al interior de la misma Iglesia por querer seguir a Cristo con radicalidad!

Comunidades Eclesiales de Base

Generalmente están hechas a imagen y semejanza del clero y la vida consagrada y están enteramente a su servicio. Sin voz propia ni liderazgo propio. Pura caja de resonancia. El último peldaño de un sistema piramidal asfixiante.

Van y vienen, según los humores del clero y la vida consagrada, que las mantienen en vida artificialmente y las manejan a su antojo.

Para florecer, necesitan casi siempre el humus del conflicto social y el apoyo del poder clerical. Cuando no se da esto, normalmente languidecen hasta desaparecer.

No cuentan con vida propia, al carecer de un carisma propio, ideales propios y organización propia. Son apéndices del clero y la vida

consagrada. De ahí su importancia en los documentos oficiales, aunque en la práctica brillan por su ausencia o ineficacia apostólica.

¿Está equivocado, entonces, llamar a la parroquia “Comunidad de comunidades”? No. Siempre y cuando por “comunidades” no se entienda solamente a las Comunidades Eclesiales de Base, sino a cualquier tipo de pequeña comunidad cristiana, espontánea, provisional o integrada a un movimiento eclesial o grupo apostólico.

6.- CONSECUENCIAS DE TIPO TEOLÓGICO Y DISCIPLINAR

A lo largo de la historia, siempre se han presentado problemas en el quehacer eclesial. El momento actual, sin duda, no representa la excepción. Veamos.

PASADO

- Ministros indignos:

doctrina del ex opere operato

En el pasado se presentó el problema de los ministros indignos y se solucionó con la doctrina del ex opere operato, desligando la validez del sacramento de la situación moral del ministro.

- Simonía:

penas canónicas

También se presentó el problema del comercio de las cosas sagradas y, en especial, de los sacramentos, y se trató de solucionarlo imponiendo penas canónicas a los trasgresores.

PRESENTE

- Ministros con desviación doctrinal:

¿Es válida su ordenación?

Ahora la situación es más grave, puesto que se trata de desviación doctrinal en asuntos de suma importancia, como son el papel de Cristo y la Iglesia en orden a la salvación del género humano, y el sentido de la Biblia como “Palabra de Dios”.

Como punta de lanza en esta línea, hay algunos curas, que se declaran al mismo tiempo “sacerdotes católicos” y “sacerdotes mayas”, ejerciendo en los dos niveles. Celebran la misa, bautizan, casan por la Iglesia, absuelven de los pecados y al mismo tiempo van a la montaña para ofrecer sacrificios a los dioses o fuerzas de la naturaleza.

Durante la Eucaristía o la celebración de la Palabra, utilizan el Popol Vuh como primera lectura y el Evangelio como segunda lectura, dando a entender que en el fondo todo es Palabra de Dios. Además, puesto que, según ellos, el cristianismo les fue impuesto por los misioneros que llegaron de afuera, lo mejor sería poder regresar a la antigua cultura con las antiguas creencias y ritos religiosos.

Así que, por razones de tipo “cultural”, llegan al más burdo sincretismo religioso, juntando tranquilamente lo “cristiano” con lo “pagano”.

Pues bien, ¿cómo hay que ver todo eso, a la luz de la Palabra de Dios y la doctrina de la Iglesia? ¿Cómo tiene que comportarse un feligrés ante este tipo de pastores? ¿Hasta qué punto un católico “evangélico” está obligado a obedecerles?

En concreto: ¿Son válidos los sacramentos administrados con esa mentalidad? Más concreto aún: Si alguien recibe la ordenación con ese tipo de mentalidad, ¿es válida?

Quiero solamente apuntar un problema de tipo pastoral y teológico.

- Simonía:

¿Por qué no se interviene?

¿Acaso se trata de un problema ya superado, que no tiene nada que ver con la situación actual de la Iglesia? ¿Por qué, entonces, las autoridades competentes no hacen nada al respecto, permitiendo que se siga con abusos tan fragrantés en una materia tan delicada? ¿Acaso no se dan cuenta de que hay curas que celebran hasta 10-15 misas diarias, como tiroteo de metralleta y con grave escándalo para la comunidad cristiana?

Además, hay misas con 10-20-30 y más intenciones y cada una con su respectiva cuota. A veces, para leer todas estas intenciones dos o tres veces durante la misa, se tiene que hacer todo de prisa, con bastante molestia de parte de la gente que no está conforme con esa manera de llevar las cosas en la Iglesia.

Por eso no hay tiempo para la enseñanza y el pastoreo. Ahora bien, si esto no es simonía, díganme, entonces, en qué consiste la simonía.

No me dirán que todo eso es fruto de celo apostólico. Si quieren una prueba, quítenles la recompensa económica que perciben por estos “servicios” y verán si esos curas siguen con el mismo ritmo de “trabajo”.

¿Por qué, entonces, no se interviene en ese asunto? ¿No será por la ley de la demanda y la oferta? Puesto que contamos ya con tan pocos curas, ni modo, tenemos que aceptarlos así como son. De otra manera, si nos ponemos quisquillosos con ellos, arriesgamos con quedarnos sin nada.

Ante esta situación, mi pregunta es: ¿No habrá llegado el tiempo de poner mano al hacha (Mt 3, 10) y pensar en algo diferente para el futuro de la Iglesia? En realidad, de seguir así, no veo otro futuro posible que la derrota. De hecho, ¿qué se puede hacer con tan pocos ministros ordenados y estos dedicados casi exclusivamente al culto?

7.- INTENTOS DE SOLUCIÓN

- Separar la economía del culto.

Es el primer paso que hay que dar. Solamente así se despeja el panorama, se empiezan a ver las cosas en la perspectiva correcta y a enfrentar los problemas con la actitud correcta. ¿Y para encontrar los recursos económicos necesarios para sostener a los ministros y en general sufragar los gastos del culto?

¿Qué nos dice la Biblia al respecto? ¿Cuál fue la experiencia de las primeras generaciones cristianas? ¿Cómo hacen hoy en día los de la competencia? Pues bien, ¿por qué no hacemos el intento de ponernos de una vez en el camino correcto? ¿Qué estamos esperando? ¿Por qué no nos decidimos de una vez a cortar por lo sano?

Se supone que en cada parroquia habrá un cierto número de feligreses comprometidos. Pues bien, que cada uno de estos se comprometa a ofrecer periódicamente una aportación económica, según sus posibilidades y el grado de su entrega a las cosas de Dios. Y con eso se arranca con un nuevo estilo de pastoral. Se deja de una vez la costumbre de dedicar tiempo y energías en asuntos de poca trascendencia en orden a la misión de la Iglesia, como son las misas para cualquier cosa con el único objetivo de recaudar fondos económicos, descuidando lo más importante.

Después, poco a poco, dedicando más tiempo y energía a la evangelización y el pastoreo, aumentará el número de los católicos comprometidos y con eso la posibilidad de contar con más recursos económicos, que se podrían invertir en apoyar económicamente a más

agentes de pastoral, hasta no cubrir todas las necesidades espirituales de la comunidad cristiana.

Es posible que algunos presbíteros, ante esta perspectiva, prefieran retirarse de una vez por no sentirse en condiciones de dar este paso. De hecho, no faltan presbíteros que se sienten totalmente alérgicos a la evangelización y el pastoreo, tanto que, al no contar con recursos económicos suficientes mediante la administración de los sacramentos, muchas veces se dedican a la enseñanza en los colegios o a otro tipo de actividades. Es que en el seminario no les enseñaron a ser pastores de almas, sino administradores de sacramentos.

Ni modo. Todo cambio implica siempre dificultades y sufrimiento. Sin embargo, si hay fe en el poder de Dios y los destinos de la Iglesia, todo se resuelve. No nos olvidemos de las palabras de Jesús: "Busquen primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se les dará por añadidura" (Mt 6, 33).

De otra manera, todo se vuelve en pura palabrería: hablar tanto en favor de los pobres y al mismo tiempo hacer poco o nada para que se superen, dejando que se ahoguen en ritos, agua bendita, imágenes y procesiones, a la insignia de la dichosa Religiosidad Popular, un recurso "teológico" para camuflar una actitud de desinterés, abandono y hasta explotación.

De todos modos, si esto funcionó en el pasado, hoy ya no funciona, puesto que la competencia se está encargando de abrir los ojos a nuestra gente, que, disgustada, nos abandona en busca de aires más puros.

Posiblemente por esta razón, los fautores de la Religiosidad Popular, al sentirse responsables del gran abandono en que viven las masas católicas, creen acallar su conciencia, haciéndose de la vista gorda y permitiendo que su gente fácilmente se pase a los grupos proselitistas. No se olviden que un día tendrán que rendir cuentas al Pastor supremo, por no haber cumplido con su obligación de evangelizar y apacentar al pueblo de Dios (Mc 16, 15; Hech 20, 28).

- *Establecer parroquias personales.*

La Iglesia Católica ya cuenta con algunos métodos efectivos de evangelización y pastoreo, surgidos en las últimas décadas y válidos para estos tiempos. Son los métodos manejados por muchos grupos apostólicos y movimientos eclesiales. Ahora bien, para que dichos caminos de fe se perfeccionen más y puedan explicitar a lo máximo sus potencialidades, sugiero que se otorguen a los asesores eclesiásticos de dichas organizaciones facultades especiales para que puedan

administrar los sacramentos a sus integrantes, en la línea de las parroquias personales. Se puede empezar haciendo algún experimento, para ver su eficacia y funcionalidad.

En el fondo, se trata de replantear hoy en día la estrategia que se manejó en el pasado mediante las órdenes y las congregaciones religiosas, que inyectaron en las diócesis un nuevo fervor religioso con su presencia carismática. De hecho, hoy en día los grupos apostólicos y los movimientos eclesiales están dando el relevo a estas instituciones y representan el nuevo soplo del Espíritu, que puede dar a la Iglesia una nueva vitalidad.

Aunque esto no sea suficiente para marcar un nuevo rumbo a la Iglesia, de todos modos, representa una buena base para empezar a pensar en un proyecto operativo global, capaz de revertir la situación e infundir esperanza en los corazones abatidos.

8.- ACTITUD DE CONVERSIÓN

Regreso al Evangelio

Si se examinan los documentos oficiales, es lamentable notar cómo, durante los últimos 40 años, la Iglesia latinoamericana por lo general ha privilegiado la manera "cultural" de ver las cosas, descuidando lo primordial de su misión, que consiste precisamente en formar a "discípulos y misioneros" de Cristo.

Según mi opinión, ha sido un grave error, cuyas consecuencias aún no alcanzamos a percibir y medir suficientemente, un error que está llevando al catolicismo latinoamericano hacia el derrumbe, teniendo en cuenta de una manera especial la presión de los grupos proselitistas.

Pues bien, es tiempo de rectificar el rumbo, superando la tentación de empecinarnos en un camino que no tiene salida. No nos olvidemos del refrán: "Errar es humano; persistir en el error es diabólico". Empecemos, por lo tanto, a revisar todo a la luz de la fe, poniendo en primer lugar el anuncio y la vivencia del Evangelio, como manera propia de contribuir al progreso de nuestros pueblos, cumpliendo al mismo tiempo con nuestra misión específica.

Cambios necesarios

Naturalmente esto nos llevará a muchos cambios más dentro de la Iglesia, para que pueda situarse adecuadamente en el contexto histórico actual y cumplir con su misión.

- Seminarios.

Puesto que el futuro presbítero tiene que dedicarse esencialmente a la evangelización y el pastoreo, desde el seminario tiene que ser preparado y entrenado para eso. Ya no será suficiente que se le prepare solamente en el aspecto doctrinal. Teoría y práctica. Una vuelta de 180 grados en la formación de los futuros pastores de almas, que sin duda va a exigir muchos sacrificios.

- Ministerios.

Si la meta es superar el concepto de Religiosidad Popular como camino de salvación y atender a todo católico personalmente, para que se vuelva en "nueva creatura" en Cristo, necesariamente se tiene que reorganizar todo el aparato ministerial dentro de la Iglesia, dando a cada católico comprometido la posibilidad de ofrecer un servicio según el grado de su entrega y el don recibido. Y que todo servicio sea jurídicamente reconocido y económicamente remunerado, según las posibilidades concretas de cada comunidad.

En esta línea de pensamiento, la promoción del diaconado permanente sería algo prioritario, como puente entre el presbiterio y el pueblo en general.

- Seguridad doctrinal.

Es algo esencial para que el católico pueda hacer un camino de fe para volverse en "discípulo y misionero" de Cristo. Es necesario que conozca su identidad como miembro de la única Iglesia que fundó Cristo, que es el único salvador del género humano, y al mismo tiempo conozca la respuesta a las objeciones y los cuestionamientos, que vienen de los que tratan de confundirlo. Sin esta seguridad, no puede haber decisión en el seguimiento de Cristo y mucho menos entusiasmo y fervor misionero.

- Purificación de las costumbres.

En esta nueva perspectiva de fidelidad al Evangelio, no queda espacio para la mezcla entre la fe y el pecado, como se acostumbra actualmente en muchos lugares con ocasión de las fiestas religiosas o la recepción de los sacramentos, en que se junta el encuentro con Dios con la borrachera o la diversión escandalosa.

Que los acontecimientos de fe vayan tomando en la vida del cristiano el lugar que les corresponde, como momentos de gracia y motivo de mayor compromiso cristiano, en un clima de convivencia y

sano esparcimiento. Que por lo menos como Iglesia tengamos una actitud firme y decidida al respecto, no dando a nadie motivo de confusión o escándalo.

CONCLUSIÓN

El pueblo latinoamericano aún parece obsesionado por el trauma de la conquista, deseoso de cortar con su pasado colonial y siempre mirando hacia Europa en busca de un gesto de aprobación, incapaz de buscar por sí solo su sitio en el concierto de los pueblos y marcar con plena libertad y originalidad su rumbo para el futuro.

Se parece a un adolescente celoso por sus descubrimientos, caprichudo y dispuesto a perderlo todo, con tal de no reconocer sus errores y su falta de perspectiva clara.

Bajo un manto de retórica y el gesto heroico, esconde un drama existencial, cuyo desenlace rebasa toda posibilidad de intervención y depende esencialmente de factores extraños e incontrolables.

Abrumado por la miseria y sin utopías factibles para el futuro, prefiere descargar toda responsabilidad en el destino o el hombre de la Providencia, el líder carismático, que todo lo resuelve como por arte de magia, más allá de toda previsión humana. De ahí también su miedo a la libertad y fácil aceptación de todo tipo de autoritarismo.

¿Y la Iglesia? No está exenta de los mismos traumas, vicios y sueños. En el discurso ampuloso, exuberante y complaciente esconde una actitud de inseguridad y búsqueda de caminos, hasta que no aparezca la estrella, que la lleve a Belén.

+++++

Si con estas reflexiones en algo puedo contribuir a descubrir el alma del catolicismo latinoamericano y a estimular algunos de sus músculos atrofiados, me doy por bien servido.

Por otro lado, si alguien querrá compartir sus reflexiones al respecto, le estaré muy agradecido.

Que todo sea *ad maiorem Dei gloriam*.

+++++

Managua, Nicaragua, C.A., a 17 de enero de 2008.

P. Flaviano Amatulli Valente, fmap.

Apéndice 2

CARTA ABIERTA A LOS SEÑORES CURAS

Muy Señores Míos:

Permítanme que les hable con toda franqueza, de sacerdote a sacerdote y de pastor a pastor. Admiro la entrega de muchos de ustedes, su celo apostólico, su espíritu de sacrificio y la aceptación serena de su soledad e incompreensión de parte de muchos.

Falta de visión

Pero al mismo tiempo no logro entender cierto desaliento y falta de visión con relación a nuestras masas católicas, que se sienten como desamparadas ante el acoso constante de los lobos rapaces.

Claro, también los lobos son criaturas de Dios, como los zancudos o las víboras venenosas, y por lo tanto merecen cierta consideración. Sin embargo, no por eso no nos tenemos que cuidar para no quedar perjudicados.

Una cosa es el respeto al derecho ajeno y otra cosa es la rendición incondicional a los caprichos de cualquiera que se nos pare enfrente o el abandono indiscriminado de nuestras masas católicas a la merced del primero que trate de conquistarlas.

El pastor y el mercenario

¿Acaso no les dice nada la comparación que hace Jesús entre el verdadero pastor y el mercenario (Jn 10,11-13)? El verdadero pastor, cuando ve llegar al lobo, se le enfrenta, a costa de perder la vida. El mercenario, al contrario, huye, porque no le importan las ovejas. Pues bien, cada uno de ustedes ¿ha pensado alguna vez a quién se parece, al buen pastor o al mercenario?

Claro que no basta la buena voluntad. No basta la disposición interior a dar la vida por las ovejas. Es necesario dar pasos concretos para estar en condiciones de enfrentar con éxito a los lobos rapaces y así defender a las ovejas.

Proselitismo religioso

En concreto, ¿cómo se comportan ustedes con un feligrés, que se siente acosado por los grupos proselitistas, que ya le metieron muchas dudas acerca de la fe o se encuentra entre amigos y parientes que ya se cambiaron de religión y lo invitan a seguir su ejemplo?

¿Es suficiente aconsejarle que tenga paciencia, respete a los que tienen otras creencias y no haga caso a lo que le dicen? ¿No se dan cuenta de que el feligrés tiene derecho a recibir una orientación precisa de parte de su pastor, que aclare sus dudas y lo ponga en grado de resistir frente al acoso de los grupos proselitistas?

¿Qué les impide entender que el ecumenismo no tiene nada que ver con esta realidad y es un puro pretexto para no hacer nada y dejar que se pierdan las ovejas? ¿Cuándo van a dejar la demagogia para volverse más sensibles hacia los intereses reales del rebaño que está bajo su cuidado? (cfr. Ez 34).

Católicos abandonados

¿Acaso no le tienen miedo al juicio de la Historia y, peor aún, al juicio de Dios, pensando en el enorme daño que están causando a sus feligreses, al dejarlos sin ninguna protección frente a los que continuamente están tratando de confundirlos y conquistarlos? ¿A qué se debe el hecho que su manera de ver las cosas esté tan alejada del sentir del pueblo católico, que se siente abandonado por ustedes, por no saber manejar adecuadamente una problemática, que se les está escapando de las manos y lo está perjudicando gravemente?

¿Qué esperan, entonces, para ponerse al día y estar en condiciones de ayudar a sus feligreses a fortalecer su fe ante el acoso constante de los lobos rapaces? ¿Acaso les preocupa que alguien los acuse de estar en contra del ecumenismo o de estar induciendo a sus feligreses a pelearse con la gente de otras creencias?

Capacitación

Algunos de ustedes podrán objetar que están conscientes del problema y están haciendo lo que está de su parte para enfrentar con

sentido de responsabilidad el fenómeno del proselitismo religioso. En este caso, no se preocupen; esta carta no es para ustedes.

Otros le echarán la culpa a la formación que recibieron en el seminario: "Es que en el seminario no me enseñaron esto". Pues bien, no todo se aprende en el seminario. Hay libros, hay cursos, hay muchas maneras de prepararse en el campo de la apologética. Todo es cuestión de voluntad.

Y no se olviden: si en algo les puedo servir, me tienen siempre a sus órdenes. Con todo respeto, aprecio y cariño.

Su amigo y servidor de siempre,

P. Flaviano Amatulli Valente, fmap

Índice

PRESENTACIÓN	3
El poder de los sueños	3
Sueños truncados	4
Un sueño más	5
PREÁMBULO	6
Creando una nueva imagen	6
Una cita con el señor nuncio	7
Sondeando el terreno	7
El proselitismo religioso	8
Pretextos	10
Propuesta	11
Un nuevo modelo de Iglesia.	13
Inculturación	13

Primera Parte. UNA IGLESIA EN BANCARROTA

Capítulo 1

LA FE DEL CARBONERO	18
Primer encuentro	18
Una Iglesia en agonía	19
Un sistema que ya no funciona	20
Una vida dura	21
¿Y la catequesis?	22
Falsa seguridad	22
Las imágenes: ¿trampolin o trampa?	23
Un camino truncado	24
Hacia la plenitud	24

Capítulo 2

DE CASA EN CASA Y DE PUEBLO EN PUEBLO	28
La parroquia de Santa Lucía	28
Visitando los hogares	29
Curiosidad	30
Alimentación	30
Buscando a la oveja perdida	31
Bestias mañosas	33
Serpientes venenosas	35

Capítulo 3

MIGUELITO, EL CHANGUITO	37
Un caso desesperado	37
Desorden y suciedad	39
Por causa de una herida	39

La magia de los dulces	40
La sorpresa	41
Compartiendo dulces	41

Capítulo 4

UN BARCO SIN RUMBO	43
De contemplativas a revolucionarias	43
A expensas del pueblo	44
Capitalistas contra el capitalismo	46
¿Y la pastoral?	47

Capítulo 5

DOMINGO, EL REZANDERO	49
Signo de contradicción	49
Un católico a la antigüita	50
Un pueblo de músicos	50
Devoto de la Virgen	51
Conflicto	52
La oveja fiel en busca del pastor perdido	53

Capítulo 6

EN EL SEMINARIO	55
Un proyecto para Sierra Azul	55
Víctimas del destino	56
¿Y la evangelización?	57
Estructuras de protección	58
¿Una revolución?	59
Nubarrones	61
CARTA ABIERTA A LOS RECTORES DE SEMINARIO	61
Un papel trascendente	62
¿Basta el culto?	62
¿Y el pastoreo?	63
Aprender a evangelizar	63
Excelencia pastoral	64
Honestidad intelectual	64
Dar seguridad al pueblo católico	65
Importancia de la apologética	65
Abundante uso de la Biblia	65
Diálogo	66

Segunda Parte. AL CALOR DE LA PALABRA

Capítulo 1

UN SOLO DIOS	68
Paganismo con pantalla cristiana	68
Todo con la Biblia	69

Diecisiete dioses	70
Un solo Dios invisible y muchos dioses visibles	72
Peligro de linchamiento	74
Padre nuestro, que estás en el cielo	76

Capítulo 2

CENTRALIDAD DE CRISTO	78
La Trinidad	78
Jesús, nuestro único Salvador y Señor	78
Jesús el mero mero; los ángeles y los santos maromeros	80
Desequilibrio cultural	81

Capítulo 3

EL BRUJO	83
Un tema necesario	83
¿Qué dice la Biblia al respecto?	84
Una veladora a San Miguel y la otra al demonio	85
Depositario y guardián de la antigua cultura	85
Mentalidad mágica	86
Duda	87
Clero inseguro	87
Una pistola de juguete	88
El tragahombres	89
El brujo y el cura frente a frente	90
El milagro del p. Antonio	91

Capítulo 4

PROMOCIÓN HUMANA	93
La campaña de la silla, la mesa y el catre	93
Ladrillos, cal y fogón	94
Salud	94
— <i>Agua hervida. — Tuberculosis y lepra. — Dispensarios médicos.</i>	
Anécdotas	96
— <i>El milagro de la penprocilina. — Trastornos gastro-intestinales.</i>	
Intervención del gobierno	98

Capítulo 5

HACIENDO COMUNIDAD	99
Martín, el seminarista	99
— <i>Familia cristiana. — Primeros pasos en seminario.</i>	
— <i>Curso introductorio y filosofía. — Teología.</i>	
— <i>La gran prueba. — Problema de conciencia.</i>	
Domingo, el catequista	105
— <i>En busca de un sucesor. — Primer curso bíblico.</i>	
— <i>El problema de Dios. — Oración espontánea. — Despedida.</i>	
Pintando el templo parroquial	109
Vida comunitaria	110

Miguelito, el mudo	112
— <i>Curso bíblico. — Fiesta de Santa Lucía. — Proselitismo religioso.</i>	
La familia crece	118

Capítulo 6

CON LOS MAESTROS DE SEMINARIO	120
Informes de Martín	120
Desfase cultural	121
Lenguaje	123
CARTA ABIERTA A LOS MAESTROS DE SEMINARIO	124
PRINCIPIOS GENERALES	125
1.- Perspectiva del creyente	125
2.- Para una vida de fe	125
3.- La Palabra de Dios: fuente principal de inspiración	126
4.- Teoría y práctica	126
5.- Entrenamiento	127
CONSECUENCIAS PRÁCTICAS	127
1.- Revisar la doctrina del "ex opere operato"	127
2.- Reestructurar el método de enseñanza:	
doctrina, praxis y perspectivas	128
ACLARAR LAS CREENCIAS POPULARES	129
CÓMO ENFRENTAR LOS PROBLEMAS PASTORALES	130
APRENDIZAJE Y UTILIZACIÓN DEL LENGUAJE CULTURAL ACTUAL	131
1.- Programas diferentes	131
2.- Lenguaje accesible a los destinatarios	132
INVESTIGACIONES	133
¿Y LA JERARQUÍA?	133
CONCLUSIÓN	134

Tercera Parte. EL DESIERTO REVERDECE

Capítulo 1

PLAN DE ATAQUE	136
La Teología de la Liberación: una desviación	136
No violencia activa	137
Apostando por la Palabra de Dios	138
El ejemplo de Cristo	138
— <i>Muchedumbres. — Discípulos: seguidores.</i>	
— <i>72 discípulos: obreros del Evangelio. — 12 apóstoles: colaboradores.</i>	
El consejo de Jetró	139
Diez justos	140
Planeación	140
El equipo base	141
Los diez	143
Bernabé y Pablo	143
Listos para el ataque	144
Una pastoral diferente	145

¿Por qué diez?	147
Reunir a las ovejas dispersas	147

Capítulo 2

EN LA VERDAD Y EL AMOR 149

Falacias que han hecho historia y nos han hundido	149
— <i>Piedad popular.</i> — <i>Imágenes.</i>	
— <i>Fiestas religiosas.</i> — <i>Proselitismo religioso.</i>	
El cuento de los trapos sucios	153
Los signos de los tiempos	154
De la sabiduría de los ancianos	
a la experiencia personal y la reflexión	155
Claves del éxito pastoral	156
— <i>No al borreguismo.</i> — <i>Duda sistemática.</i>	
— <i>Diferentes puntos de vista.</i> — <i>No a la polarización.</i>	
— <i>Confronto con los demás.</i> — <i>Auxilio de la ciencia.</i>	
Apertura y resistencias	157
Régimen autoritario	157
Utopía y organización	158

Capítulo 3

LA REVOLUCIÓN DEL ESPÍRITU 160

El impacto de la Palabra de Dios	160
Reacciones de los Maestros del Seminario	161
Cerrar y abrir capítulos	162
Las cinco banderas del discípulo de Cristo	164
— <i>Primacía de la Palabra de Dios.</i>	
— <i>Cristo, centro de la propia vida.</i>	
— <i>Experiencia de Dios.</i> — <i>Comunidad.</i> — <i>Misión.</i>	
Comunidades "Palabra y Vida"	165
A imagen y semejanza de Dios.	165
Amor y diálogo	166
Entrenamiento práctico	166
Confesión general	168
Testimonios	169
Dispuestos al martirio	170

Capítulo 4

MIGUELITO, EL SACRISTÁN 171

Recuperación	171
Celos	171
Traumas	172
El lenguaje del amor	173
Mente y cuerpo	175
Alimento genuino	176
Inculturar la fe	177
Mediante dibujos	178

Antropología y sicología	178
<i>Capítulo 5</i>	
CHOQUES	180
Las aguas del templo	180
Los del curso	180
Católicos de hueso colorado	181
El pequeño rebaño	181
Fiestas religiosas	181
Recibí el Espíritu Santo	182
No vine para bautizar	184
¿Cuánto les pagan?	185
Con Domingo, mi primer colaborador	186
— <i>Preparación. — Organización. — Diálogo personal.</i>	
— <i>Masticar la Palabra de Dios. — Somos el rostro de Dios.</i>	
— <i>La limpia y el espanto. — Una liturgia especial.</i>	
No puedo dormir de noche	192
Una noche en oración	193
El Tercer Viernes	193
Un informe desafortunado	194
Se busca a don Amós	195
Mandamientos en dialecto	196
Yo con el Espíritu Santo no me meto	196
<i>Capítulo 6</i>	
MISIONEROS DE CRISTO	200
La misión: piedra de toque	200
Escuela de desertores	200
Curas y rezanderos	201
Misioneros populares	201
Movimiento Misionero	202
De pueblo en pueblo	202
Precursores	203
Centros catequísticos	203
Diaconado permanente	204
Martín y Domingo	204
Pastoral del retorno	204
Maestro en el seminario	206
Encuentro con los obispos de la región	208
CARTA ABIERTA A LOS SEÑORES OBISPOS	210
INTRODUCCIÓN	210
Presentación	210
Motivo de la presente	211
1.- CAMBIO DE ÉPOCA, CAMBIO DE PARADIGMA	211
Un mundo que muere y otro que nace	211
Régimen de cristiandad	212
Sociedad plural	212

Regreso a los orígenes	212
Del diálogo al indiferentismo religioso	213
Determinismo histórico	214
Clero y vida consagrada: factor principal de resistencia	214
2.- ¿QUÉ HACER?	215
1.- PRINCIPIOS GENERALES	215
1.- Seguridad doctrinal	215
2.- Vivencia de la fe	215
3.- Espíritu creativo	215
4.- Reestructuración general del aparato pastoral y ministerial (1)	216
5.- Clave de la solución:	217
separar la economía del culto	217
3.- INICIATIVAS PRÁCTICAS (2)	218
1.- Primacía de la Palabra de Dios.	218
2.- Purificación de las costumbres	218
3.- Documentos de la Iglesia	219
4.- El diaconado permanente, pieza fundamental para el cambio ...	219
CONCLUSIÓN	220

Cuarta Parte. MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS

Capítulo 1

SE SOLICITAN MISIONEROS	224
En la selva	224
En la costa	225
En el santuario	226
Los nueve viernes	229
Ejercicios cuaresmales	230
Protestantes	231
Pura basura	231
Promoción humana	232
Algunos ejemplos.	232
El hábito	234
Entrenamiento	234
La epopeya de los pobres	235

Capítulo 2

RELEVO EN SIERRA AZUL	236
Un cambio necesario	236
Ordenaciones	237
Vicario episcopal	238
Misioneros de Cristo	240
Ayuda psicológica	240
La fuerza del amor	241
Elección	243
Plan pastoral	244
Economía	245

Movimientos apostólicos	247
P. Domingo y Miguelito	247
Escritor por necesidad	248

Capítulo 3

DISPUESTOS A MORIR	249
Como corderos en medio de lobos	249
Ataques de las sectas	250
No a las drogas	250
Narco-limosnas	251
Amonestación	252
Prudentes como serpientes	252
No saldrá vivo del pueblo	252
Acusación: son una secta	253
Con nosotros o en contra de nosotros	254
Profeta de nuestro tiempo	255
La verdad los hará libres	255

Capítulo 4

FUERTES EN LA FE	256
¿Dónde estará la verdad?	256
¿Para qué estudiar la Biblia?	257
Plática, no práctica	258
Necesidad de la apologética	258
P r e m i s a s.	258
T e m a s F u n d a m e n t a l e s.	259
1.- La Iglesia de Cristo.	259
2.- Tradición y Nuevo Testamento	260
3.- Respuesta a las objeciones y ataques de los grupos proselitistas.	261
Experiencia	261
Me tocó bailar con la más fea	262
¿Por qué el abandono de las masas?	263
Liderazgo social	264
El pequeño rebaño	264
No se lo impidan	265
Catequesis presacramental	266
En otros países	266

Capítulo 5

MIGUELITO, EL REZANDERO	267
Con sotana	267
Recelo contra el p. Martín	267
Resentimiento	268
Dinámicas de superación	269
Realidad eclesial	270
Exploradores	271

Ministerios	272
Apóstol incansable	273
Genial	273
Testarudo y envidioso	274
P. Domingo, sacerdote para siempre	275

Capítulo 6

CLERO Y LAICADO COMPROMETIDO 276

Maquillaje y manipulación	276
Norte y sur	277
Falta de valores	278
Pecado colectivo	279
Responsabilidad histórica	279
Grupos apostólicos y movimientos eclesiales	280
Una relación difícil	280
Fotografías y retratos	283
Comunicador nato	283
Reacciones a mis propuestas	284
Quejas	284
Forma mentis	284

** El uso de la Biblia durante la Misa. * No a la apologética.*

** Futuro de la Iglesia. * Complejo de culpa en los laicos.*

CARTA ABIERTA A LOS LAICOS COMPROMETIDOS 288

Vino nuevo en odres nuevos	288
Carismas diferentes	288
Colaboradores, no siervos ni esclavos de nadie	289
Obediencia y autonomía	289
Influjo en la sociedad	290
Influjo dentro de la Iglesia	290
Grupos Apostólicos y Movimientos Eclesiales	291
Centros de formación	292
Conclusión	292

Quinta Parte. UN NUEVO ROSTRO DE IGLESIA

Capítulo 1

EVANGELIO Y CULTURA EN EL CATOLICISMO

LATINOAMERICANO 294

Café teológico-pastoral	294
Fiestas religiosas	295
Fondos para la Iglesia	296
Iglesia madrastra	296
Imágenes vivas	297
Santuarios	297
Simonía	298
Padre Centavín	299

Derecho a los sacramentos	299
Compra-venta de cosas sagradas	299
Misas de sanación	300
Dios y la conciencia	301
Teología India	301
Hacia la plenitud	302

Capítulo 2

MEDITACIONES SOBRE LA IGLESIA 304

1.- LAS BODAS DE CANÁ (Jn 2, 1-11)	
<i>"Hagan lo que Él les diga" (Jn 2, 5)</i>	<i>304</i>
2.- CURACIÓN DEL PARALÍTICO (Mc 2, 1-12)	
<i>"Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa" (Mc 2, 11)</i>	<i>306</i>
3.- LA MUJER ENCORVADA (Lc 13, 10-17)	
<i>"Mujer, queda libre de tu enfermedad" (Lc 13, 12)</i>	<i>307</i>
4.- RESURRECCIÓN	
DEL HIJO DE LA VIUDA DE NAÍN (Lc 7, 11-17)	
<i>"Se lo dio a su madre" (Lc 7, 15)</i>	<i>308</i>
5.- PURIFICACIÓN DEL TEMPLO (Jn 2, 13-21)	
<i>"El celo de tu casa me devora" (Jn 2, 17)</i>	<i>309</i>
6.- LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES (Mc 6, 34-44)	
<i>"Denles ustedes de comer" (Mc 6, 37)</i>	<i>310</i>
7.- INSTITUCIÓN DE LOS SIETE (Hech 6, 1-6)	
<i>"Nosotros nos dedicaremos a la oración</i>	
<i>y al ministerio de la Palabra" (Hech 6, 4)</i>	<i>311</i>
8.- LA VOZ DE LOS PROFETAS	312
Una misión difícil	312
¿En qué consiste?	312
Un mensaje siempre actual	313
— <i>Ignorancia religiosa. — Falsa religiosidad. — Pura exterioridad.</i>	
— <i>Eficacia de la Palabra de Dios. — Gozo y alegría.</i>	
Profetismo según el Evangelio y profetismo según el mundo	314
Época feudal	314
Rompiendo esquemas	315
Conclusión: pensar la Iglesia	316

Capítulo 3

VIDA CRISTIANA 317

Encuentros periódicos	317
Campo de experimentación	317
Regreso a la Iglesia	318
Informe	318
Reflexión teológica y acción pastoral	319
Pastoral social	319
Movimientos apostólicos	321
Celebración Eucarística y Celebración de la Palabra	322
El problema de la salvación	323

Cristo, el único camino	324
Acto de contrición	325
Condiciones para una buena confesión	326
Sacramentos y encuentro con Dios	327
Católicos practicantes y católicos no practicantes	328
Matrimonio y bautismo de los hijos:	328
Primera Comunión y Confirmación:	329
Unción de los enfermos:	329
Proyectos	329
Bautismo:	329
Matrimonio:	329
Necesidad de una sacudida	329

Capítulo 4

UNA IGLESIA EN ESTADO DE MISIÓN 331

Dios mío, confía en mí	331
Carro o carreta	332
Vamos a pescar	333
Todos pescadores	333
Pescadores especializados	334
Como levadura	335
Miedo al riesgo	335
El néctar de los ángeles	336
Comida chatarra	337
Atención personalizada	337
¿Una utopía?	338
La experiencia de las primeras comunidades cristianas	338
Fondo común	339
Resultados concretos	340
Profesionalizar la misión	340
El ejemplo de los santos	341

Capítulo 5

MIGUELITO, EL ANGELITO 342

El ídolo de la gente	342
Rezos y Palabra de Dios	343
¿Decepción?	343
Tuberculosis	344
Celoso	344
Las fiestas populares	345
Muerte de Miguelito	345
Apoteosis de Miguelito	346
Un ejemplo a seguir	346
Miguelito y los brujos	347
La conversión	348
La muerte de un santo	349
Como el grano de trigo	350

Capítulo 6

EL NOMBRAMIENTO	351
Invitaciones	351
Catolicismo neoconservador	352
Preparativos	353
Sueño profético	353
Como San Pablo en Éfeso	354
Oración sacerdotal de Jesús	354
El gran día	355
Llegada del señor nuncio apostólico	356
Desayuno	357
Diálogo con el señor nuncio	358
— <i>Palabra de Dios y realidad. — Realidad eclesial.</i>	
— <i>Desfase cultural. — Sistema feudal.</i>	
— <i>Cambios necesarios y urgentes.</i>	
— <i>Aumentar el número de los agentes de pastoral.</i>	
— <i>El clero, factor de resistencia. — Como funcionarios.</i>	
— <i>Celibato opcional. — Falta de sinceridad.</i>	
— <i>El futuro de Sierra Azul.</i>	
Un sueño	363
CARTA ABIERTA AL PAPA BENEDICTO XVI	364
Del resfriado a la pulmonía	364
Vino nuevo en odres nuevos	365
Centralidad de la Eucaristía	365
Atención personalizada	366
Reestructuración global del ministerio	366
Papa de transición	367
Sociedad plural	367
Regreso a los orígenes	368
Nuevo Pentecostés	368

APÉNDICES

Apéndice 1

EVANGELIO Y CULTURA EN EL CATOLICISMO LATINOAMERICANO	370
--	------------

Apéndice 2

CARTA ABIERTA A LOS SEÑORES CURAS	386
--	------------

*Se terminó de imprimir el 29 de junio de 2008,
Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.
— 5,000 ejemplares —*